OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO UNO

LA FÁBRICA MÁGICA

MORGAN RICE


OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO UNO
LA
FÁBRICA MÁGICA
MORGAN RICE

LA FÁBRICA MÁGICA

(OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO UNO)

morgan rice

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones sobre Morgan Rice

«Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trols y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan ha conseguido de nuevo producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página… Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita».
--*Books and Movie Reviews*

Roberto Mattos

«Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini… Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y pedirán más».
--*The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El despertar de los dragones*)
«Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama. *La senda de los héroes* trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia… Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles… Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos».
--*Midwest Book Review* (D. Donovan, eBook Reviewer)
«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos
«En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica *El anillo del hechicero* (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey… La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante».
--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES
LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)
LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2) LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN
TRANSMISIÓN (Libro #1)
LLEGADA (Libro #2)
ASCENSO (Libro #3)
REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1) UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2) UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5) UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6) UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1) CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2) ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3) REBELDE, POBRE, REY (Libro #4) SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5) HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6) GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7) VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1) EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2) EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
UNA FORJA DE VALOR (Libro #4) UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)
LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1) UNA MARCHA DE REYES (Libro #2) UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3) UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6) UN RITO DE ESPADAS (Libro #7) UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8) UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9) UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10) UN REINO DE ACERO (Libro #11) UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12) UN MANDATO DE REINAS (Libro #13) UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14) UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15) UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16) EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)
LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1) ARENA DOS (Libro #2)
ARENA TRES (Libro #3)

VAMPIRA, CAÍDA ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)
AMORES (Libro #2)
TRAICIONADA(Libro #3)
DESTINADA (Libro #4)
DESEADA (Libro #5)
COMPROMETIDA (Libro #6)
JURADA (Libro #7)
ENCONTRADA (Libro #8)
RESUCITADA (Libro #9)
ANSIADA (Libro #10)
CONDENADA (Libro #11)
OBSESIONADA (Libro #12)

¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!















ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Oliver Blue echó un vistazo a la lóbrega y oscura habitación. Suspiró. Esta nueva casa era más o menos igual de mala que la última. Cogía con fuerza su única maleta.

—¿Mamá? —dijo—. ¿Papá?

Los dos se giraron para mirarlo, con sus ceños permanentemente fruncidos.

—¿Qué, Oliver? —dijo su madre, que parecía exasperada—. Si vas a decir que odias este lugar, no lo hagas. Es lo único que podemos permitirnos.

Parecía más agobiada de lo normal. Oliver apretó los labios con fuerza.

—No importa —murmuró.

Se dio la vuelta y fue hacia las escaleras. Ya oía a su hermano mayor, Chris, caminando por el piso de arriba haciendo ruido. Su insoportable hermano siempre recorría cada nueva casa con sus andares pesados para reclamar su derecho a la mejor habitación antes de que Oliver tuviera ocasión de hacerlo.

Subió cansado las escaleras, maleta en mano. En el rellano, encontró tres puertas. Detrás de una había un cuarto de baño; la siguiente daba a una habitación principal con una cama doble; y en la tercera estaba Chris despatarrado en la cama como una estrella de mar.

—¿Dónde está mi habitación? —dijo en voz alta Oliver.

Como si previera la pregunta, su madre chilló hacia la escalera.

—Solo hay una habitación. Vais a tener que compartir.

Oliver sintió un remolino de pánico en la boca del estómago. ¿Tendrían que compartir? Esa no era una palabra que Oliver se tomara bien.

Como era de esperar, Chris se levantó como un cohete. Fue a toda velocidad hacia Oliver y lo sujetó contra la pared. Oliver soltó un *auuu*.

—Por supuesto que no vamos a compartir —dijo Chris entre dientes—. ¡Tengo trece años y no voy a compartir habitación con un NIÑO PEQUEÑO!

—Yo no soy un niño pequeño —murmuró Oliver—. Tengo once años.

Chris lo miró con desprecio.

—Exactamente. Un mocoso. Así que baja y diles a mamá y a papá que no quieres compartir.

—Díselo tú —se quejó Oliver—. Eres tú el que tiene el problema.

Chris frunció todavía más e ceño.

—¿Y manchar mi reputación de hijo favorito? Ni hablar. Lo vas a hacer tú.

Oliver sabía que era mejor no provocar más a Chris. Su hermano podía montar en cólera por las cosas más insignificantes. A lo largo de los años teniendo la mala suerte de ser el hermano pequeño de Chris Blue, Oliver había aprendido a cómo andar con pies de plomo, a cómo evitar los cambios de humor de su hermano. Intentó hacerlo entrar en razón.

—No hay ningún otro sitio donde dormir —replicó—. ¿Dónde se supone que voy a ir?

—No es problema mío —respondió Chris, dando otro empujón a Oliver—.

Por mí como si duermes en el armario de debajo del fregadero con los ratones. Pero conmigo no vas a compartir nada.

Hizo un gesto en el aire con el puño, una amenaza que no necesitaba ninguna explicación. No había nada más que decir.
Con un suspiro de resignación, Oliver recobró la compostura de la pared, aplanó su ropa arrugada y bajó las escaleras arrastrando los pies.
Su enorme hermano bajo las escaleras tras él armando un escándalo y lo empujó con un codazo al pasar.
—Oliver dijo que no compartiría —vociferó Chris al pasar.
Oliver oía que su madre, su padre y Chris empezaban a discutir en el salón sobre cómo iban a dormir. Él fue a un paso más lento, pues no deseaba para nada verse envuelto en la discusión.
Últimamente, Oliver había adquirido una estrategia de defensa para cuando estallaban las peleas y consistía en enviar su mente a un sitio diferente, una especie de mundo ideal donde todo era tranquilo y seguro, donde el único límite era su imaginación. Ahora había ido hasta allí, cerró los ojos y se imaginó a sí mismo en una enorme fábrica de ladrillos rodeado de inventos increíbles. Dragones voladores hechos de latón y cobre, enormes máquinas humeantes con engranajes giratorios. A Oliver le encantaban los inventos, por eso una gran fábrica llena de inventos mágicos era exactamente el tipo de lugar en el que deseaba poder estar, en lugar de aquí, en esta horrible casa con su horrible familia.
De repente, la voz estridente de su madre lo devolvió al mundo real.
—¡Oliver! ¿Qué es todo este lío que estás montando?
Oliver tragó saliva y bajó el último escalón. Cuando llegó al salón, los tres estaban ya juntos, con los brazos cruzados y con el mismo ceño fruncido en sus rostros.
—Sabes que solo hay dos habitaciones —dijo su padre.
—Y estás montando un escándalo diciendo que no compartirás —añadió su madre.
—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —continuó su padre—. No tenemos dinero para que los dos tengáis una habitación.
Oliver deseaba gritarles que todo ella por culpa de Chris, pero la amenaza de daño por parte de su hermano era demasiado grande. Chris estaba allí fulminándolo con la mirada. Oliver no podía hacer nada, excepto tragarse las duras e injustas palabras de sus padres.
—¿Y? —terminó su madre—. ¿Dónde exactamente tiene pensado dormir su señoría?
Chris sonrió con aires de superioridad cuando Oliver lo miró. Hasta donde él podía ver, la zona de las escaleras tenía forma de L, con un salón que llevaba a una especie de comedor –que en realidad solo era una esquina en la que tan solo había una mesa destartalada-y justo al lado una cocina. Allí abajo no

había otra habitación, tan solo un espacio sin paredes.
Oliver no podía creer lo que estaba pasando. Todas sus casas habían sido horribles, pero al menos había tenido una habitación.
Oliver vio que había una ligera hendidura detrás de él, quizá de alguna chimenea que habían quitado años atrás. Era poco más que un hueco, pero ¿qué otra opción había? ¡Iba a tener que dormir en un rincón! ¿Sin ningún tipo de intimidad!
¿Y qué pasaba con todos sus inventos secretos, en los que trabajaba por las noches cuando nadie le miraba? Sabía que si Chris descubría lo que estaba haciendo se lo estropearía. Seguramente los pisotearía hasta convertirlos en polvo. Sin una habitación propia y algún lugar donde guardar todos sus chismes secretos, ¡Oliver no iba a poder trabajar en ellos en absoluto!
Oliver se planteó de verdad el armario de la cocina, preguntándose si realmente podría ser mejor. Pero decidió que sería igual de malo que los ratones mordisquearan sus inventos como que Chris los pisoteara. Así que decidió que, con un poco de imaginación –una cortina, una estantería, unas luces, cosas de estas-el hueco casi podría ser un poco como una habitación.
—Allí —dijo Oliver en voz baja, señalando hacia el hueco.
—¿Allí? —exclamó su madre.
Chris soltó una de sus risas entre ladrido y risa. Oliver lo miró con furia. Su padre solo chasqueó la lengua y negó con la cabeza.
—Es un niño raro —dijo frívolamente, a nadie en particular. Entonces soltó un suspiro exagerado, como si todo este altercado fuera muy engorroso para él —. Pero si quiere dormir en la esquina, que duerma en la esquina. Yo ya no sé qué hacer con él.
—Vale —dijo su madre, exasperada—. Tienes razón. Cada vez se vuelve más raro.
Los tres se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la cocina. Chris miró a Oliver por encima del hombro y susurró:
—Friqui.
Oliver respiró profundamente. Fue andando hacia el hueco y colocó maleta en el suelo junto a sus pies. No tenía un lugar en el que poner su ropa; ni estanterías ni cajones, y no había prácticamente espacio para meter su cama – suponiendo que sus padres le dieran una cama. Pero se las arreglaría. Podía colgar una cortina para tener intimidad, hacer algunas estanterías de madera y construir un cajón extraíble para debajo de su cama –la cama que esperaba tener-para que por lo menos hubiera un lugar seguro en el que guardar sus inventos.
Además, si tenía que mirar la parte positiva –algo que Oliver siempre se esforzaba al máximo por hacer-estaba justo al lado de una gran ventana, lo que significaba que tendría suficiente luz y vistas fuera a las que mirar.
Reposó los codos sobre la repisa y contempló el gris día de octubre. Fuera hacía mucho viento y la basura volaba por la calle. Delante de su casa había un coche averiado y una lavadora oxidada que habían abandonado allí. Estaba

claro que era un barrio pobre, resolvió Oliver. Uno de los peores en los que había vivido.
El viento soplaba, haciendo que el cristal de las ventanas se moviera y por un agujero de las molduras entraba el airecillo. Oliver temblaba. Para ser octubre, el tiempo era mucho más frío de lo que habitualmente era en Nueva Jersey. Incluso había oído una noticia en la radio acerca de una enorme tormenta que se acercaba. Pero a Oliver le encantaban las tormentas, especialmente cuando había rayos y truenos.
Olfateó cuando el olor de cocina se arremolinó en los agujeros de la nariz. Se apartó de la ventana y se atrevió a girar la esquina hacia donde estaba la cocina. Su madre estaba en los fogones, removiendo una olla grande de algo.
—¿Qué hay para cenar? —preguntó.
—Carne —dijo ella—. Y patatas. Y guisantes.
A Oliver le rugió el estómago al pensarlo. Su familia siempre comía platos sencillos, pero a Oliver eso no le importaba mucho. Él tenía gustos sencillos.
—Id a lavaros las manos, chicos —dijo el padre desde donde estaba sentado a la mesa.
Por el rabillo del ojo, Oliver entrevió la mezquina sonrisa de Chris y ya supo que su hermano tenía otro cruel tormento debajo de la manga. Lo último que quería hacer era quedarse atrapado en el baño con Chris, pero su padre alzó la vista de nuevo desde la mesa, con las cejas levantadas.
—¿Tengo que decirlo todo dos veces? —se quejó.
No había ninguna salida. Oliver salió de la habitación, seguido de Chris. Subió a toda prisa las escaleras, yendo derecho al baño para intentar acabar con el lavado de manos tan rápido como fuera posible. Pero Chris ya iba en su busca y, en cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de sus padres, agarró a Oliver y lo empujó contra la pared.
—¿Sabes qué, mequetrefe? —dijo.
—¿Qué? —dijo Oliver, preparándose.
—Esta noche tengo mucha, mucha hambre —dijo Chris.
—¿Y? —respondió Oliver.
—Que vas a dejar que me coma tu cena, ¿verdad? Vas a decir a papá y a mamá que no tienes hambre.
Oliver negó con la cabeza.
—¡Ya te he dado la habitación! —rebatió—. Por lo menos, deja que me coma las patatas.
Chris rio.
—Ni hablar. Mañana empezamos en una nueva escuela. Tengo que estar fuerte por si hay otros mocosos con los que me tenga que meter.
Mencionar la escuela una nueva ola de inquietud invadió a Oliver. Él había empezado muchas nuevas escuelas en su vida y cada vez parecía un poco peor. Siempre había un equivalente a Chris Blue rastreándolo, que quería meterse con él hiciera lo que hiciera. Y nunca había ningún aliado. Hacía tiempo que Oliver había desistido en hacer amigos. ¿Qué sentido tenía si en

unos meses iba a volver a mudarse.
La cara de Chris se suavizó.
—¿Sabes qué te digo, Oliver? Seré amable. Solo por esta vez —Entonces sonrió y estalló en una risa maníaca—. ¡Te daré un sándwich de nudillos para cenar!
Levantó el puño. Oliver se agachó y el puño que se estaba agitando no lo alcanzó por unos milímetros. bajó corriendo las escaleras en dirección al salón.
—¡Vuelve, bicho! —chilló Chris.
Le estaba pisando los talones a Oliver, pero Oliver era rápido y llegó corriendo a la mesa. Su padre lo miró mientras él respiraba entrecortadamente, recuperándose de la carrera.
—¿Ya estáis peleando otra vez? —Suspiró—. ¿Qué pasa esta vez?
Chris frenó derrapando al lado de Oliver.
—Nada —dijo rápidamente.
De repente, Oliver notó una intensa sensación de pellizco en la cintura. Chris le estaba clavando las uñas. Oliver lo miró y vio el regocijo victorioso en su cara.
Su padre parecía desconfiado.
—No te creo. ¿Qué pasa aquí?
El pellizcó se intensificó, el dolor se extendió hacia el costado de Oliver. Sabía lo que tenía que hacer. No había elección.
—Solo decía —dijo, con un gesto de dolor— que esta noche no tengo mucha hambre.
Su padre lo miró sin mucha energía.
—Mamá ha estado trabajando como una esclava en los fogones por vosotros ¿y ahora dices que no quieres?
Su madre miró por encima del hombro desde los fogones con un gesto herido.
—¿Qué problema hay? ¿Ya no te gusta la carne? ¿O el problema son las patatas?
Oliver sintió que Chris le pellizcaba aún más y sentía un dolor aún más intenso.
—Lo siento, mamá —dijo, con los ojos llorosos—. Yo te lo agradezco, de verdad. Pero no tengo hambre.
—¿Qué se supone que tengo que hacer con él? —exclamó su madre—. ¡Primero la habitación, ahora esto! Mis nervios no pueden soportarlo.
—Yo me comeré lo suyo —dijo rápidamente Chris. Y, a continuación, añadió con voz dulce: No quiero que se desperdicien todos sus esfuerzos, mamá.
Su madre y su padre miraron a Chris. Cada vez estaba más gordo pero no parecían preocupados. O eso, o no querían enfrentarse al hijo abusón que habían criado.
—Bueno —dijo su madre, suspirando—. Pero tienes que poner orden a ese cerebro tuyo, Oliver. No puedo tener esta clase de escándalo cada noche.
Oliver notó que Chris dejaba de pellizcarle. Se frotó el costado dolorido.

—Sí, mamá —dijo, con tristeza—. Lo siento, mamá.

Mientras el ruido de cubiertos y vajilla tintineaba detrás de él, Oliver se fue del salón, con el estómago gruñendo, y volvió a su hueco. Para aislarse de los olores que hacían que su hambre se pronunciara aún más, se distrajo abriendo su maleta y sacando su única posesión, un libro sobre inventores. Un amable bibliotecario se lo había dado unos años atrás tras darse cuenta de que iba una y otra vez a leerlo. Ahora tenía las esquinas de las páginas dobladas y estaba deteriorado por los millones de veces que lo había hojeado. Pero no importaba las veces que lo leyera, nunca se aburría. Los inventores y los inventos le fascinaban. De hecho, una de las razones por las que Oliver no estaba tan triste por mudarse a este barrio de Nueva Jersey era porque había leído acerca de una fábrica que había por allí cerca donde un inventor llamado Armando Illstrom construyó algunas de sus mejores creaciones. A Oliver no le importaba que Armando Illstrom estuviera incluido en la sección de *Inventores chiflados* del libro, o que la mayoría de sus artilugios fallaran. Oliver aún lo encontraba muy inspirador, en especial su aparato de trampa cazabobos que estaba pensado para asustar a los mapaches. Oliver estaba intentando crear su propia versión para mantener a raya a Chris.

Justo entonces, oyó el ruido del tintineo de los cubiertos procedente de la cocina. Alzó la vista y vio a su familia sentada a la mesa, preocupados por su cena, y a Chris sorbiendo la ración de Oliver.

Oliver frunció el ceño ante aquella injusticia y, discretamente, sacó las piezas de su invento de su maleta y las colocó en el suelo delante de él. La trampa cazabobos estaba a medio completar. Tenía un mecanismo parecido a un tirachinas, que se pondría en marcha al pisar con el pie una palanca y catapultaría bellotas en la cara del intruso. Evidentemente, la versión de Armando era para un mapache, así que Oliver había tenido que aumentarla para que se adecuase a las dimensiones mucho más grandes de su hermano, y había tenido que sustituir las bellotas por la única cosa que tenía a mano, que era una figurita de plástico de un soldado. Había conseguido construir la mayor parte del mecanismo, además de la palanca. Pero cada vez que lo presionaba, no funcionaba. El soldado no salía lanzado. Se quedaba allí quieto, con la pistola preparada.

Con su familia distraída, Oliver se puso a trabajar en él. Expuso todas las piezas y colocó la trampa. Pero no podía entender por qué no funcionaba. Quizá, pensó, esta era la razón por la que a Armando Illstrom le consideraban un chiflado. Ninguno de sus inventos funcionaba muy bien. Si es que funcionaba.

Justo entonces, Oliver oyó que su familia empezaba a discutir. Cerró los ojos apretando con fuerza para aislarse, dejando que su mente lo llevara al lugar especial de sus sueños. Una vez más, estaba en una fábrica. Esta vez el aparato de trampa cazabobos estaba justo delante de él. Funcionaba a la perfección, catapultando bellotas a la izquierda, a la derecha y al centro. Pero Oliver no veía en qué se diferenciaba de su propia versión.

—Magia —dijo una voz tras él.
Oliver dio un salto. ¡Nunca había habido gente en la tierra de sus sueños!
Pero cuando miró detrás suyo, allí no había nadie. Dio vueltas sobre sí mismo, en busca del dueño de la voz, pero no pudo ver a nadie en absoluto.
Abrió los ojos y volvió al mundo real, al oscuro rincón de la sucia habitación que era su nuevo hogar. ¿Por qué narices su imaginación había evocado la magia como solución? La magia no era lo que más le gustaba. De haberlo sido, hubiera traído un libro de trucos, no un libro de inventores. A él le gustaban los inventos, las cosas sólidas, los artículos prácticos con un propósito. A él le gustaba la ciencia y la física, no las cosas intangibles y místicas.
Justo entonces, el olor de la cena llegó hasta él. Desde donde estaba en el suelo, Oliver no pudo evitar mirar hacia la mesa. Allí estaba Chris, con la mirada clavada en Oliver. Se metió una patata grande en la boca e hizo una amplia sonrisa mientras le caía la grasa hasta la barbilla.
Oliver le lanzó una mirada asesina y tuvo la sensación de que la ira lo invadía. ¡Esa patata era suya! Se apoderó de él una fuerte necesidad de ir hacia allí, barrer la mesa con el brazo y tirar al suelo todo lo que había en ella, con un fuerte estruendo. Ahora podía visualizarlo. ¡Sería una dulce victoria!
De repente, la sensación de ira de Oliver fue sustituida por algo diferente, algo nuevo que nunca antes había sentido. Con un zumbido, lo invadió una extraña calma, una rara sensación de seguridad. Y de golpe, un fuerte crujido procedente de la mesa retumbó. Una de sus patas se había partido justo por la mitad. La mesa se tambaleó, de repente, hacia un lado. Todos los platos empezaron a resbalar por ella, hasta llegar al final y hacerse añicos uno a uno en el suelo. El ruido fue espantoso.
Su padre y su madre chillaban, ambos asustados por el repentino giro de los acontecimientos. Cuando los guisantes y las patatas salieron volando por todas partes, se levantaron de sus sillas de un salto.
Estupefacto, Oliver también se puso de pie de un salto. ¿Había hecho él que esto sucediera? ¿Solo con su mente? ¡No podía ser!
Mientras su madre iba a toda prisa a la cocina, en busca de trapos para limpiar aquel desastre, su padre se arrodillaba para examinar la mesa.
—¡Qué baratija! —dijo bruscamente—. ¡La pata se ha partido por la mitad!
Desde la mesa, Chris tenía la mirada fija en Oliver. Hubiera partido la pata de la mesa con la mente o no, estaba claro que Chris culpaba a Oliver de ello.
Con la mirada clavada en Oliver, Chris se levantó poco a poco de la silla. De su regazo cayeron patatas y guisantes rodando hasta el suelo. Cada vez tenía la cara más roja. Apretó los puños con fuerza. Después, salió disparado como un cohete, pero con torpeza, hacia Oliver.
Oliver resopló y se dirigió rápidamente a la trampa cazabobos. Sus dedos se movían con rapidez para prepararlo.
—«¡Por favor, funciona! ¡Por favor, funciona!» —pensaba una y otra vez.
Todo parecía suceder como a cámara lenta. Chris se plantó amenazador ante

Oliver. Oliver pisó con fuerza la palanca. Oliver seguía con su deseo de que la máquina funcionara, imaginando que el soldado volaba por los aires igual que había imaginado que los platos se estrellaban contra el suelo. Y entonces, como era de esperar, el mecanismo empezó a zumbar. El soldado salió disparado por los aires, dibujó un arco e impactó contra Chris con su rifle de plástico afilado, ¡justo en medio de los ojos!
El tiempo aceleró hasta lo normal. Oliver resopló, anonadado, casi sin poder creer que hubiera funcionado.
Chris estaba allí, perplejo. El soldado cayó al suelo. En medio de la frente de Chris había una pequeña marca roja, una heridita de la pistola de plástico duro.
—¡Enano tarado! —chilló Chris, frotándose la cabeza incrédulo—. ¡Me vengaré de esto!
Pero por primera vez en su vida, dudó. Parecía demasiado escarmentado como para acercarse a Oliver, para golpearle en la oreja o frotar los nudillos contra su cabeza. En su lugar, se echó hacia atrás como si tuviera miedo. A continuación, salió hecho una furia de la habitación y subió las escaleras. El ruido del portazo resonó en toda la casa.
Oliver se quedó con a boca abierta. ¡No podía creer que hubiera funcionado de verdad! No solo había hecho que su invento funcionara en el último segundo, ¡sino que literalmente había hecho caer la comida de Chris al suelo con su mente!
Se miró las manos. ¿Tenía algún tipo de poder? ¿Realmente existía algo como la magia? No podía empezar a creer de repente en ella por una pequeña experiencia. Pero en el fondo sabía que de algún modo era diferente, que tenía algún tipo de poder.
Con la mente dándole vueltas, volvió a su libro y leyó, por millonésima vez, el pasaje sobre Armando Illstrom. Gracias a su invento, Oliver había asustado a Chris por primera vez en su vida. Deseaba conocer a Armando Illstrom más que nunca. Yen realidad la fábrica no estaba tan lejos de su nueva escuela. Tal vez debería visitarlo mañana después de la escuela.
Pero seguramente él ahora sería un hombre muy mayor. Posiblemente tan mayor que ya habría pasado a mejor vida. Pensar eso entristecía a Oliver. Odiaría que su héroe hubiera muerto antes de que hubiera tenido ocasión de conocerlo, ¡y de agradecerle que inventara la trampa cazabobos!
Leyó de nuevo el pasaje sobre la serie de inventos fallidos de Armando. El pasaje enunciaba –en un tono bastante irónico, observó Oliver-que Armando Illstrom había estado a punto de inventar una máquina del tiempo cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Su fábrica fue a menos. Pero cuando terminó la guerra, Armando nunca intentó terminar su invento. Desde el principio, todos lo habían ridiculizado por intentarlo, llamándolo el Edison Menor. Oliver se preguntaba por qué Armando había parado. Seguro que no era porque unos inventores bravucones se habían reído de él.
Se le despertó el interés. Decidió que, al día siguiente, encontraría la fábrica.

Y si Armando Illstrom todavía estaba vivo, le preguntaría, a la cara, qué había pasado con su máquina del tiempo.
Sus padres aparecieron por la esquina de la cocina, ambos cubiertos de comida.
—Nos vamos a la cama —dijo su madre.
—¿Y qué pasa con mis sábanas y mis cosas? —preguntó Oliver, mirando al hueco vacío.
Su padre suspiró.
—Supongo que quieres que vaya a buscarlas al coche, ¿verdad?
—Estaría bien —respondió Oliver—. Me gustaría dormir bien antes de ir mañana a la escuela.
La sensación de terror que sentía por el día de mañana empezaba a crecer, siendo un reflejo de la tormenta que se estaba formando. Ya podía decir que iba a pasar el peor día de su vida. Por lo menos, quería estar descansado para prepararse. Había tenido tantos horribles primeros días en escuelas nuevas, que estaba seguro de que mañana iba a ser otro para añadir a la lista.
Su padre salió de la casa caminando fatigosamente y de mala gana, una columna de aire se coló rugiendo cuando abrió la puerta. Volvió al cabo de unos segundos con una almohada y una sábana para Oliver.
—De aquí a dos días compraremos una cama —dijo, mientras le daba la ropa de cama a Oliver. Estaba fría por haber estado todo el día en el coche.
—Gracias —respondió Oliver, agradecido por esa mínima comodidad.
Sus padres se fueron, apagaron la luz al marcharse, sumergiendo a Oliver en la oscuridad. Ahora la única luz de la habitación venía de fuera, de una farola de la calle.
El viento empezó a rugir de nuevo y los cristales de las ventanas traqueteaban. Oliver veía que el tiempo estaba alborotándose, que había algo raro en el aire. En la radio había oído que se acercaba una tormenta nunca vista. No podía evitar emocionarse por ello. La mayoría de niños tendrían miedo de una tormenta, pero Oliver solo tenía miedo de su primer día en su nueva escuela.
Fue hacia la ventana y apoyó los codos en el alféizar, tal y como había hecho antes. El cielo estaba casi completamente oscuro. Un árbol larguirucho se movía con el viento, doblado hacia un lado de forma pronunciada. Oliver se preguntaba si podría quebrarse. Ahora podía imaginarlo, la fina corteza se partía, el árbol salía lanzado hacia el aire y se lo llevaban por el viento extremo.
Y entonces fue cuando los vio. Justo cuando estaba cambiando a su estado de ensoñación, vio a dos personas que estaban al lado del árbol. Una mujer y un hombre que se parecían extraordinariamente a él, tanto que podrían confundirse con sus padres. Tenían caras amables y le sonreían mientras se daban las manos.
Oliver se apartó de la ventana de un saltó, sorprendido. Por primera vez, se dio cuenta de que ninguno de sus padres se parecía nada a él. Los dos tenían el pelo oscuro y los ojos azules, como Chris. Oliver, por otro lado, tenía la

combinación más extraña de pelo rubio y ojos marrones.
De repente, Oliver se preguntó si sus padres no eran realmente sus padres. ¿Quizá fuera por eso por lo que lo odiaban tanto? Miró por la ventana pero las dos personas ya no estaban. Solo eran productos de su imaginación. Pero parecían muy reales. Y muy familiares.
—«Una ilusión» —concluyó Oliver.
Oliver se sentó recostado en la fría pared, acurrucado en el hueco que era su nueva habitación y se tapó con las sábanas. Se llevó las rodillas al pecho, las sujetó con fuerza y una repentina sensación extraña le golpeó, un momento de comprensión, de claridad –acerca de que todo estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO DOS

Oliver despertó con una sensación de inquietud. Le dolía todo el cuerpo de dormir sobre el suelo duro. Las sábanas no habían sido lo suficientemente gruesas para evitar que el frío le llegara a los huesos. Estaba sorprendido de haber podido dormir algo, teniendo en cuenta lo nervioso que estaba por su primer día de escuela.

La casa estaba muy silenciosa. Nadie más estaba despierto. Oliver se dio cuenta de que, en realidad, se había despertado más pronto de lo necesario gracias al apagado amanecer que se colaba por la ventana.

Se levantó y echó un vistazo por la ventana. El viento había causado estragos durante la noche, había tumbado vallas y buzones y había tirado basura por las aceras. Oliver miró hacia el árbol larguirucho y torcido donde había tenido la visión de la afable pareja la noche anterior, los que se parecían tanto a él y que le hicieron preguntarse si, tal vez, él no era para nada familia de los Blues. Negó con la cabeza. Solo son ilusiones por su parte, razonó. ¡Cualquiera que tuviera a Chris Blue como hermano mayor soñaría con no estar relacionado con él de verdad!

Como sabía que tenía un poco más de tiempo antes de que despertara su familia, Oliver dejó la ventana y fue hasta su maleta. La abrió y miró todos los engranajes y alambres, las palancas y los interruptores de dentro, que había acumulado para sus inventos. Se sonrió a sí mismo al mirar el tirachinas cazabobos que había usado el día anterior con Chris. Pero este solo era uno de los muchos inventos de Oliver y no era el más importante, ni de lejos. El invento definitivo de Oliver era algo un poco más complejo y muchísimo más importante –pues Oliver estaba intentando inventar un modo de hacerse invisible.

En teoría, era posible. Había leído sobre ello. En realidad, solo eran necesarios dos elementos. El primero era desviar la luz alrededor del objeto para que no pudiera hacer sombra, parecido al modo en el que el agua de la piscina desviaba la luz y hacía que los nadadores que estaban dentro se vieran extrañamente bajitos. El segundo elemento necesario para la invisibilidad consistía en eliminar el reflejo del objeto.

Sobre el papel parecía muy sencillo, pero Oliver sabía que existía una razón por la que nadie lo había conseguido todavía. Sin embargo, eso no iba a impedir que lo intentara. Lo necesitaba para huir de su miserable vida y no importaba el tiempo que le costara llegar hasta ahí.

Fue hasta su maleta y sacó todos los trozos de tela que había acumulado en busca de algo con propiedades refractivas negativas. Desafortunadamente, todavía no había encontrado la tela adecuada. Después sacó todos los rollos de alambre fino que necesitaría para hacer microondas magnéticas para curvar la luz de forma natural. Desgraciadamente, ninguno de ellos eran suficientemente finos. Para funcionar, los rollos tendrían que tener un ancho

menor a cuarenta nanómetros, lo que era un ancho tan pequeño que era inviable que la mente humana lo concibiera. Pero Oliver sabía que alguien, en algún lugar, algún día, tendría una máquina que hiciera los alambres suficientemente finos y las telas suficientemente refractivas.
Justo entonces, oyó que el despertador de sus padres tintineaba en el piso de arriba. Rápidamente, guardó todas sus cosas, pues sabía de sobra que a continuación irían a despertar a Chris y que si lo que estaba intentando hacer llegaba alguna vez a oídos de Chris, este destrozaría todo su duro trabajo.
Entonces a Oliver le rugió el estómago y le recordó que el abuso y el tormento de Chris estaban a punto de empezar de nuevo, y que era mejor que tuviera algo de comida dentro antes de que lo hicieran.
Pasó por delante de la mesa del comedor, todavía rota, y fue a la cocina. La mayoría de los armarios estaban rotos. La familia todavía no había tenido la ocasión de ir a hacer la compra para la nueva casa. Pero Oliver encontró una caja de cereales que había venido en la mudanza y en la nevera había leche fresca, así que rápidamente preparó un bol y lo devoró. Justo a tiempo también. Unos segundos más tarde, sus padres aparecieron en la cocina.
—¿Café? —le preguntó su madre a su padre, con cara de sueño y el pelo enredado.
Su padre sencillamente gruñó un sí. Miró la mesa rota y, con un fuerte suspiro, fue a buscar cinta de embalar. Se puso a arreglar la pata de la mesa, con un gesto de dolor mientras lo hacía.
—Es esa cama —se quejó mientras trabajaba—. Está torcida. Y el colchón está lleno de bultos —Se frotó la espalda para recalcar lo que decía.
Oliver sintió una ola de rabia. ¡Por lo menos su padre había dormido en una cama! ¡Era él el que había tenido que dormir sobre unas sábanas en un rincón! La injusticia le escocía.
—No tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir un día entero en el servicio telefónico de atención al cliente —añadió la madre de Oliver, viniendo con el café. Lo colocó encima de la mesa provisionalmente arreglada.
—¿Tienes un trabajo nuevo, mamá? —preguntó Oliver.
Mudarse de casa todo el tiempo hacía imposible que sus padres conservaran un trabajo de jornada completa. Cuando estaban en el paro, las cosas en casa eran más duras. Pero si su madre estaba trabajando eso significaba mejor comida, mejor ropa y calderilla para comprar más chismes para sus inventos.
—Sí —dijo, soltando una sonrisa forzada—. Papá y yo, los dos. Pero son muchas horas. Hoy es un día de prueba pero, después de esto, haremos el último turno. Así que no estaremos aquí después de la escuela. Pero Chris cuidará de ti, así que no hay nada de lo que preocuparse.
Oliver sintió cómo se le encogía el estómago. Preferiría que Oliver no estuviera en la ecuación para nada. Él era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.
Como convocado al mencionar su nombre, Chris entró de un salto de repente en la cocina. Era el único Blue que parecía renovado esa mañana. Se estiró y

soltó un bostezo exagerado, mientras su camiseta se subía por encima de su barriga redonda y rosada.
—Buenos días, mi maravillosa familia —dijo con su sonrisa sarcástica. Rodeó a Oliver con un brazo y le hizo una llave de cabeza astutamente enmascarada como cariño de hermano—. ¿Cómo estás, enano? ¿Con ganas de ir a la escuela?
Chris lo sujetaba con tanta fuerza que Oliver apenas podía respirar. Como siempre, sus padres parecían ajenos al acoso.
—Estoy… impaciente… —consiguió decir.
Chris soltó a Oliver y tomó un asiento a la mesa delante de su padre. Su madre trajo de tostadas con mantequilla de la encimera. Lo colocó en el centro de la mesa. El padre cogió una rebanada. Entonces Chris se inclinó hacia delante y cogió el resto, sin dejar nada para Oliver.
—¡EH! —gritó Oliver—. ¿Lo habéis visto?
Su madre miró el plato vacío y soltó uno de sus exasperados suspiros. Miró al padre como si esperara que él se metiera y dijera algo. Pero su padre solo encogió los hombros.
Oliver apretó los puños. Era muy injusto. Si él no se hubiera anticipado a un suceso así, se hubiera perdido otra comida gracias a Chris. Le enfurecía que ninguno de sus padres nunca le defendiera, o que nunca pareciera darse cuenta de lo a menudo que él tenía que quedarse sin por culpa de Chris.
—¿Iréis juntos andando a la escuela? —preguntó la madre, claramente intentando desviar el tema.
—No puedo —dijo Chris con la boca llena. La mantequilla se escurría por su barbilla—. Si me ven con un empollón, nunca haré amigos.
Su padre levantó la cabeza. Por un segundo, parecía que estaba a punto de decir algo a Chris, de reñirlo por insultar a Oliver. Pero después claramente cambió de opinión, pues simplemente suspiró con poca energía y dejó caer la mirada de nuevo a la mesa.
Oliver apretó los dientes, intentando mantener a raya su creciente ira.
—No me importa —dijo entre dientes, lanzando una mirada asesina a Chris —. Preferiría no estar a menos de treinta metros de ti, de todas formas.
Chris dejó ir una maliciosa risa de perro.
—Chicos… —advirtió su madre con una voz más mansa que nunca.
Chris sacudió su puño hacia Oliver, lo que indicaba con bastante claridad que más tarde volvería a por él.
Al terminar el desayuno, la familia se preparó rápidamente y se marcharon de casa para empezar sus respectivos días.
Oliver observó cómo sus padres entraban en su coche maltrecho y se marchaban. Después se marchó ofendido sin decir una palabra más, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido. Oliver sabía lo importante que era para Chris dejar claro que no había que molestarlo. Esta era su armadura, la forma en la que él se enfrentaba a presentarse en una escuela nueva cuando hacía seis semanas que había empezado el curso. Por desgracia para Oliver, él

era demasiado delgado y demasiado bajito para ni tan solo intentar cultivar una imagen así. Su apariencia no hacía más que incrementar lo que ya llamaba la atención.
Chris se fue hecho una furia hasta desaparecer de la vista de Oliver, dejándolo solo andando por las calles desconocidas. No fue el paseo más agradable de la vida de Oliver. El barrio era duro, con un montón de perros furiosos ladrando tras vallas de alambre, y coches ruidosos y destartalados que giraban violentamente en las calles llenas de baches sin tener en cuenta a los niños que cruzaban.
Cuando el Campbell Junior High se alzó amenazador ante él, Oliver sintió que un escalofrío lo recorría. Era un lugar de aspecto horrible hecho de ladrillos grises, completamente cuadrado y con una fachada castigada por el clima. No había ni tan solo hierba sobre la que sentarse, solo un gran patio de asfalto con aros de baloncesto rotos a cada lado. Los niños se daban empujones los unos a los otros, peleando por la pelota. ¡Y el ruido! Era ensordecedor, de discusiones a cantos, de gritos a parloteo.
Oliver deseaba dar la vuelta e irse corriendo por donde había venido. Pero se tragó su miedo y ando, con la cabeza baja y las manos en el bolsillo, a través del patio y de las grandes puertas de cristal.
Los pasillos del Campbell Junior High estaban oscuros. Olían a lejía, a pesar de que parecía que no los habían limpiado en una década. Oliver vio un letrero hacia la zona de recepción y lo siguió, pues sabía que tendría que darse a conocer a alguien. Cuando la encontró, dentro había una mujer con un aspecto aburrido y enfadado, con las luchas largas y rojas y escribiendo en un ordenador.
—Perdone —dijo Oliver.
No respondió. Él se aclaró la voz y lo intentó de nuevo, un poco más alto.
—Perdone. Soy un alumno nuevo, empiezo hoy.
Por fin, movió sus ojos del ordenador a Oliver. Entrecerró los ojos.
—¿Un alumno nuevo? —preguntó, con una mirada de sospecha en la cara—. Estamos en octubre.
—Lo sé —respondió Oliver. No hacía falta que se lo recordaran—. Mi familia se acaba de mudar aquí. Me llamo Oliver Blue.
Lo contempló en silencio durante un largo momento. Después, sin decir ni palabra, volvió de nuevo su atención al ordenador y empezó a escribir. Sus largas uñas repiqueteaban contra las teclas.
—¿Blue? —dijo—. Blue. Blue. Blue. Oh, aquí. Christopher John Blue. Octavo curso.
—Oh, no, ese es mi hermano —respondió Oliver—. Yo soy Oliver. Oliver Blue.
—No veo a ningún Oliver –respondió débilmente.
—Bueno… aquí estoy —dijo Oliver, sonriendo débilmente—. Debería estar en la lista. En algún sitio.
La recepcionista parecía extremadamente poco impresionada. Todo ese

debacle no le estaba ayudando a él lo más mínimo con sus nervios. Ella volvía a escribir y soltó un largo suspiro.
—Bueno. Aquí está. Oliver Blue. Sexto curso —Se giró en su silla giratoria y dejó una carpeta con documentación encima de la mesa—. Tienes tu horario, mapa, contactos útiles, etcétera, todo está aquí —Le dio un golpecito sin muchas ganas con una de sus uñas rojas y brillantes—. Tu primera clase es inglés.
—Perfecto —dijo Oliver, cogiendo la carpeta y metiéndosela bajo el brazo—. Se me da bien.
Sonrió para evidenciar que había hecho una broma. La recepcionista torció un poco un lado del labio hacia arriba, solo un poquito, en una expresión que podría haber parecido diversión. Se dio cuenta de que no tenían nada más que decirse y notó que a la recepcionista le gustaría mucho que se fuera, así que Oliver salió de la habitación cogiendo con fuerza su carpeta.
Una vez en el pasillo, la abrió y empezó a estudiar el mapa, en busca del aula de inglés y de su primera clase. Estaba en el tercer piso, así que Oliver fue en dirección a las escaleras.
Allí, los chicos que se daban empujones parecían hacerlo más. Oliver se dejó llevar dentro de un mar de cuerpos, empujado hacia las escaleras por la multitud más que por su propia voluntad. Tuvo que abrirse camino a la fuerza dentro de aquel enjambre para salir al tercer piso.
Salió al pasillo del tercer piso respirando con dificultad. ¡Esa no era una experiencia que quisiera repetir varias veces al día!
Usando el mapa para que lo guiara, Oliver pronto encontró el aula de Inglés. Miró a través dela ventanilla cuadrada de la puerta. Ya estaba llena de alumnos. Sintió que el estómago le daba vueltas por la angustia al pensar en conocer a gente nueva, en que lo vieran, lo juzgaran y lo analizaran. Empujó el mango de la puerta y entró.
Evidentemente, tenía razón para asustarse. Lo había hecho las veces suficientes como para saber que todo el mundo miraría con curiosidad al niño nuevo. Oliver había tenido esa sensación más veces de las que quería recordar. Intentaba no mirar a nadie a los ojos.
—¿Quién eres tú? —dijo una voz ronca.
Oliver se giró y vio al profesor, un hombre mayor con el pelo asombrosamente blanco, que alzó la mirada de la mesa hacia él.
—Me llamo Oliver. Oliver Blue. Soy nuevo aquí.
El profesor frunció el ceño. Tenía los ojos negros, pequeños y brillantes. Se quedó mirando a Oliver durante un largo e incómodo rato. Evidentemente, eso no hizo más que acrecentar el estrés de Oliver, pues ahora incluso más compañeros se estaban fijando en él y muchos más entraban a raudales por la puerta. Un público más y más grande lo observaba con curiosidad, como si fuera una especie de espectáculo de circo.
—No sabía que tendría uno más —dijo por fin el profesor, con un aire de desprecio —Hubiera estado bien que me informaran—. Suspiró con poca

energía, recordándole a Oliver a su padre—. Bueno, supongo que tendrás que sentarte.
Oliver fue a toda prisa hasta un asiento libre, sintiendo cómo todos lo seguían con la mirada. Él intentaba hacerse lo más pequeño posible, lo más invisible posible. Pero evidentemente destacaba como un pulgar irritado, por mucho que intentara esconderse. Al fin y al cabo, era el chico nuevo.
Ahora todos los asientos estaban llenos y el profesor empezó la clase.
—Seguiremos por donde lo dejamos en la última clase —dijo—. Las reglas gramaticales. ¿Alguien puede explicarle a Óscar de qué estábamos hablando?
Todo el mundo empezó a reírse por el error.
Oliver sintió que se le tensaba la garganta.
—Err, siento interrumpir, pero me llamo Oliver. No Óscar.
Al instante, la expresión del profesor se volvió enojada. Oliver supo de inmediato que no era el tipo de hombre que agradecía que le corrigieran.
—Cuando llevas sesenta y seis años viviendo con un nombre como Sr. Portendorfer —dijo el profesor fulminándolo con la mirada—, superas que la gente pronuncie mal tu nombre. Profendoffer. Portenworten. Lo he oído todo. ¡Así que te sugiero, Óscar, que seas menos preciso con tu nombre!
Oliver subió las cejas, aturdido y en silencio. Incluso el resto de sus compañeros parecía sorprendido por el arrebato, pues ni tan solo tenían una risita nerviosa. La reacción del Sr. Portendorfer estaba por encima de lo que cualquiera esperaba y que fuera dirigida a un chico nuevo lo hacía incluso peor. De la recepcionista cascarrabias al inestable profesor de inglés, ¡Oliver se preguntaba si había ni que fuera una única persona amable en toda la nueva escuela!
El Sr. Portendorfer empezó a hablar de forma monótona sobre pronombres. Oliver se agachó todavía más en su asiento, sintiéndose tenso e infeliz. Afortunadamente, el Sr. Portendorfer no se metió más con él, pero cuando sonó el timbre una hora más tarde, su reprimenda todavía sonaba en los oídos de Oliver.
Oliver caminaba fatigosamente por las aulas en busca de su clase de matemáticas. Cuando la encontró, se aseguró de ir directamente a la última fila. Si el Sr. Portendorfer no sabía que tenía un nuevo alumno, tal vez el profesor de matemáticas tampoco lo supiera. Tal vez podría ser invisible durante la siguiente hora.
Para alivio de Oliver, funcionó. Estuvo sentado, en silencio y anónimo, durante toda la clase, como un fantasma obsesionado con el álgebra. Pero Oliver pensaba que eso tampoco parecía la mejor solución a sus problemas. Pasar desapercibido era igual de malo que ser humillado en público. Le hacía sentir insignificante.
El timbre sonó de nuevo. Era la hora de comer, así que Oliver siguió su mapa hasta el comedor. Si el patio había sido intimidante, no era nada comparado con el comedor. Aquí, los chicos eran como animales salvajes. Sus voces estridentes hacían eco en las paredes, haciendo el ruido aún más insoportable.

Oliver agachó la cabeza y fue a toda prisa hacia la cola.
Bam. De repente, chocó contra un cuerpo grande y ominoso. Lentamente, Oliver alzó la mirada.
Para su sorpresa, estaba mirando a la cara de Chris. A cada lado de él, en una especie de formación de flecha, había tres chicos y una chica con la misma cara enfurruñada. *Amigotes* fue la palabra que le vino a la mente a Oliver.
—¿Ya has hecho amigos? —dijo Oliver, intentando no parecer sorprendido.
Chris entrecerró los ojos.
—No todos somos friquis antisociales y perdedores —dijo.
Oliver se dio cuenta de que esa no iba a ser una interacción agradable con su hermano. Pero, por otra parte, nunca lo eran.
Chris miró a sus nuevos amigotes.
—Este es el mocoso de mi hermano, Oliver —anunció. Después soltó una carcajada—. Duerme en un hueco.
Sus nuevos amigos abusones también empezaron a reír.
—Aquí lo tenéis para hacerle dar vueltas, tirarle de los calzoncillos hacia arriba, llaves de cabeza y mi favorito —continuó Chris. Agarró a Oliver y le apretó sus nudillos contra la cabeza—. Los coscorrones.
Oliver se retorcía y revolcaba mientras Chris lo tenía agarrado. Atrapado en la horrible y dolorosa llave de cabeza, Oliver recordó sus poderes del día anterior, el momento en el que había roto la pata de la mesa y había mandado las patatas sobre el regazo de Chris. Si supiera cómo había reunido esos poderes, podría hacerlo ahora y liberarse. Pero no tenía ni idea de cómo lo había hecho. Lo único que había hecho era visualizar en su imaginación que la mesa se rompía, que el soldadito de plomo volaba por los aires. ¿Era eso lo único que hacía falta? ¿Su imaginación?
Ahora lo intentaba, se imaginaba a sí mismo peleando hasta librarse de Chris. Pero no sirvió de nada. Con todos los nuevos amigos de Chris mirando y riendo con regocijo, estaba demasiado sintonizado con la realidad de su humillación como para cambiar su mente a la imaginación.
Finalmente, Chris lo soltó. Oliver se tambaleó hacia atrás, frotándose su dolorida cabeza. Se aplanó el pelo con la mano, que se había quedado encrespado por la electricidad estática. Pero más que la humillación por el acoso de Chris, Oliver sentía el escozor de la decepción por fracasar en reunir sus poderes. Quizás todo lo de la mesa de la cocina fue solo una coincidencia. Quizá no tenía ningún poder especial después de todo.
La chica que se apoyaba sobre el hombro de Chris habló en voz alta.
—Estoy impaciente por conocerte mejor, Oliver —Lo dijo en una voz amenazante que Oliver entendió que quería decir justo lo contrario.
Había estado preocupado por los abusones. Evidentemente, debería haber previsto que el peor abusón de todos sería su hermano.
Oliver se abrió camino entre Chris y sus nuevos amigos a empujones y se dirigió a la cola de la comida. Con un suspiro triste, cogió un sándwich de queso de la nevera y se fue, hecho polvo, hacia el baño. El cubículo del lavabo

era el único lugar en el que se sentía a salvo.

***

La siguiente clase de Oliver después de la comida era ciencias. Deambuló por los pasillos en busca del aula correcta, con el estómago revuelto por la certeza de que sería tan mala como sus dos primeras clases.

Cuando encontró el aula llamó a la puerta. La profesora era más joven de lo que él esperaba. Los profesores de ciencias, según su experiencia, acostumbraban a ser mayores y algo raro, pero la Sra. Belfry parecía completamente cuerda. Tenía el pelo largo, liso y castaño claro, que era casi del mismo color que su vestido de algodón y su chaqueta de punto. Se giró cuando lo oyó llamar y sonrió, mostrando unos hoyuelos en las mejillas y le hizo señas para que entrara.

—Hola —dijo la Sra. Belfry sonriendo—. ¿Tú eres Oliver?

Oliver asintió. Aunque era el primero en estar allí, de repente se sintió muy tímido. Por lo menos, parecía que esta profesora lo esperaba. Eso era un alivio.

—Encantada de conocerte —dijo la Sra. Belfry, alargando la mano para dársela.

Todo era muy formal, pero para nada lo que esperaba Oliver teniendo en cuenta lo que había experimentado en el Campbell Junior High hasta el momento. Pero le dio la mano. Tenía una piel muy cálida y su conducta amable y respetuosa le ayudó a sentirse a gusto.

—¿Tuviste ocasión de leer un poco? —preguntó la Sra. Belfry.

Oliver abrió los ojos como paltos y sintió un pequeño ataque de pánico en el pecho.

—No sabía que había que leer algo.

—No pasa nada —dijo la Sra. Belfry para tranquilizarlo, sonriendo con su amable sonrisa—. No hay de qué preocuparse. Este trimestre estamos aprendiendo acerca de científicos y algunos personajes históricos importantes —Señaló hacia un retrato en blanco y negro que había en la pared—. Este es Charles Babbage, inventó la…

—… calculadora —terminó Oliver.

La Sra. Belfry sonrió y aplaudió.

—¿Ya lo sabías?

Oliver asintió.

—Sí. Y a menudo se le atribuye ser el padre del ordenador, pues fueron sus diseños los que llevaron a su invención —Miró hacia la siguiente retrato que había en la pared—. Y ese es James Watt —dijo—. El inventor de la máquina de vapor.

La Sra. Belfry asintió. Parecía entusiasmada.

—Oliver, ya puedo decirte que vamos a llevarnos estupendamente.

Justo entonces, se abrió la puerta y entraron los compañeros de Oliver a raudales. Tragó saliva, su ansiedad había vuelto en una enorme avalancha.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió la Sra. Belfry.
Él asintió y se apresuró a ir al asiento más cercano a la ventana. Si se complicaba todo mucho, como mínimo podría mirar hacia fuera e imaginarse en algún otro lugar. Desde allí, tenía una gran vista del barrio, de todos los trozos de basura y las hojas crujientes del otoño que se llevaba el viento. Las nubes allá arriba parecían incluso más oscuras que por la mañana. Esto no ayudaba a la sensación de premonición de Oliver.
El resto de los niños de la clase hacían mucho ruido y estaban muy alborotados. A la Sra. Belfry le llevó un buen rato tranquilizarlos para poder empezar la clase.
—Hoy seguiremos donde lo dejamos la semana pasada —dijo, teniendo que subir la voz para que la oyeran por encima del escándalo, se dio cuenta Oliver —. Con algunos increíbles inventores de la Segunda Guerra Mundial. Me pregunto si alguien sabe quién es.
Sujetó en alto una foto en blanco y negro de una mujer sobre la que Oliver había leído en su libro de inventores. Katharine Blodgett, que inventó la máscara antigás, la cortina de humo y el vidrio no reflejante que se usó en los periscopios submarinos en tiempos de guerra. Después de Armando Illstrom, Katharine Blodgett era una de las inventoras favoritas de Oliver, pues pensaba que todos los avances tecnológicos que había hecho en la Segunda Guerra Mundial eran fascinantes.
Justo entonces, se dio cuenta de que la Sra. Belfry lo estaba mirando expectante. Seguramente por la cara que ponía él podía decir que él sabía exactamente quién era la de la foto. Pero después de las experiencias de hoy, le daba miedo decir cualquier cosa en voz alta. Con el tiempo, su clase descubriría que era un empollón; Oliver no quería acelerar el proceso.
Pero la Sra. Belfry le hizo una señal con la cabeza, entusiasta y alentadora. Contra su propia convicción, abrió la boca.
—Es Katharine Blodgett —dijo, por fin.
La sonrisa de la Sra. Belfry estalló en su rostro, mostrando sus encantadores hoyuelos.
—Correcto, Oliver. ¿Puedes decir a la clase quién es? ¿Qué inventó?
Oliver oyó unas risitas por lo bajo detrás de él. Los niños ya se estaban dando cuenta de su condición de empollón.
—Fue una inventora durante la Segunda Guerra Mundial —dijo—. Creó montones de inventos importantes y útiles en tiempos de guerra, como los periscopios submarinos. Y las máscaras antigás, que salvaron la vida de muchas personas.
La Sra. Belfry parecía entusiasmada con Oliver.
—¡FRIQUI! —gritó alguien desde atrás.
—No, Paul, gracias —dijo la Sra. Belfry seriamente al chico que había gritado. Se dirigió hacia la pizarra y empezó a escribir acerca de Katharine Blodgett.
Oliver sonrió para sí mismo. Después del bibliotecario que le había regalado

el libro de los inventores, la Sra. Belfry era la adulta más amable que jamás había conocido. Su entusiasmo era como un escudo a prueba de balas que Oliver podía ponerse sobre los hombros para parar las crueles palabras del resto de su clase. Se relajó en la clase, más a gusto de lo que había estado en días.

***

Más pronto de lo que esperaba, sonó el timbre anunciando el final del día. Todos salieron a toda prisa, corriendo y gritando. Oliver recogió sus cosas y fue hacia la salida.

—Oliver, estoy muy impresionada con tus conocimientos —dijo la Sra. Belfry cuando se encontró con él en el pasillo—. ¿Dónde aprendiste acerca de todas estas personas?

—Tengo un libro —explicó él—… Me gustan los inventores. Yo quiero serlo.

—¿Haces tus propios inventos? —preguntó, al parecer entusiasmada.

Él dijo que sí con la cabeza pero no dijo nada sobre su capa de invisibilidad. ¿Y si ella pensaba que era absurdo? No podría soportar ver algo parecido a la burla en su cara.

—Creo que eso es fantástico, Oliver —dijo, asintiendo—. Es importante tener sueños que seguir. ¿Quién es tu inventor favorito?

Oliver recordó la cara de Armando Illstrom en la foto descolorida de su libro.

—Armando Illstrom —dijo—. No es muy famoso, pero inventó un montón de cosas chulas. Incluso intentó hacer una máquina del tiempo.

—¿Una máquina del tiempo? —dijo la Sra. Belfry, levantando las cejas—. Eso es fascinante.

Oliver asintió, se sentía más capaz de sincerarse gracias a su apoyo.

—Su fábrica está cerca de aquí. Pensaba en ir a visitarla.

—Debes hacerlo —dijo la Sra. Belfry, con su cálida sonrisa—. Mira, cuando yo tenía tu edad, me encantaba la física. Todos los otros niños se burlaban de mí, no entendían por qué quería hacer circuitos en lugar de jugar con las muñecas. Pero un día, mi físico favorito absoluto vino a la ciudad a grabar un capítulo de su programa de televisión. Fui hasta allí y después hablé con él. Me dijo que nunca abandonara mi pasión. Incluso aunque las otras personas me dijeran que era rara por interesarme por ello, si yo tenía un sueño, debía seguirlo. Si no hubiera sido por esa conversación, yo no estaría aquí hoy. Nunca subestimes lo importante que es recibir ánimo de alguien que lo da, especialmente cuando parece que nadie más lo hace.

Las palabras de la Sra. Belfry impactaron fuertemente a Oliver. Por primera vez ese día, se sentía optimista. Ahora estaba completamente decidido a encontrar la fábrica y ver a su héroe cara a cara.

—Gracias, Sra. Belfry —dijo, sonriéndole—. ¡Nos vemos en la siguiente clase!

Mientras se alejaba corriendo y dando saltitos, oyó que la Sra. Belfry gritaba:

—¡Sigue siempre tus sueños!

CAPÍTULO TRES

Oliver caminaba fatigosamente hacia la parada del autobús, luchando contra las ráfagas de viento. Su mente estaba centrada en su consuelo, en el único rayo de luz en este nuevo capítulo oscuro de su vida: Armando Illstrom. Si podía encontrar al inventor y a su fábrica, la vida sería por lo menos soportable. Quizás Armando Illstrom podría ser su aliado. Un hombre que alguna vez había intentado inventar una máquina del tiempo seguramente sería el tipo de persona que se llevaría bien con un chico que estaba intentando hacerse invisible. Seguramente él, de entre todos, podría manejar algunas de las idiosincrasias de Oliver. ¡Como mínimo, sería más empollón de lo que lo era Oliver!

Oliver rebuscó en su bolsillo y sacó el trozo de papel en el que había garabateado la dirección de la fábrica. Estaba más lejos de la escuela de lo que había pensado en un principio. Tendría que coger un autobús. Comprobó si tenía algo de cambio en el otro bolsillo y descubrió que le había sobrado lo justo de la comida para pagar el viaje. Aliviado y lleno de expectación, se dirigió hacia la parada del autobús.

Mientras esperaba el autobús, el viento rugía a su alrededor. Si empeoraba, no podría mantenerse recto. De hecho, la gente que pasaba por delante de él luchaban por mantenerse erguidos. Si no estuviera tan exhausto por su primer día en la escuela, esa visión le podría haber parecido divertida. Pero ahora estaba únicamente centrado en la fábrica.

Finalmente, llegó el autobús. Era una cosa vieja y destartalada que había conocido días mejores.

Oliver subió y pagó su billete y después tomó un asiento justo en la parte de atrás. Dentro del autobús olía a patatas fritas grasientas y a cebolla. A Oliver le rugió el estómago y le recordó que seguramente se perdería la cena que estaría esperándole en casa. Tal vez gastar el dinero en un autobús en lugar de en comida era una decisión estúpida. Pero encontrar la fábrica de Armando era el único rayo de luz en la, por otro lado, lúgubre existencia de Oliver. Si no lo hacía, ¿qué sentido tenía todo eso?

El autobús se sacudía y siseaba por las calles. Oliver miraba tristemente por la ventana las calles por las que iba pasando. Los cubos de la basura habían caído al suelo al suelo y algunos incluso patinaban por la calle, empujados por el viento. Las nubes allá arriba eran tan oscuras que casi eran negras.

Cada vez había menos casa y la vista desde su ventana era aún más desierta y ruinosa. El autobús se detuvo para dejar bajar a unos pasajeros y se detuvo de nuevo, esta vez para decir adiós a una madre cansada con su sollozante bebé. Después de varias paradas, Oliver se dio cuenta de que era la última persona que quedaba a bordo. El silencio se hacía inquietante.

Finalmente, el autobús pasó por delante de una parada con una señal oxidada y descolorida. Oliver se dio cuenta de que esta era su parada. Se levantó de un

saltó y fue corriendo hacia la parte delantera del autobús.
—¿Puedo bajar, por favor? —dijo.
El conductor lo miró con los ojos tristes y vagos.
—Toca el timbre.
—Perdone, ¿quiere que…?
—Toca el timbre —repitió el conductor de manera monótona—. Si quieres bajar del autobús, tienes que tocar el timbre.
Oliver soltó un suspiro de exasperación. Apretó el botón del timbre. Se oyó un ring. Miró hacia el conductor, con las cejas levantadas a la expectativa—. ¿Y ahora puedo bajar?
—En la siguiente parada —dijo el conductor.
Oliver se enfureció más.
—¡Yo quería esa parada!
—Haber tocado antes el timbre —respondió el conductor de autobuses arrastrando vagamente sus palabras.
Oliver apretó los puños por la desesperación. Pero, por fin, notó que el autobús empezaba a frenar. Se detuvo al lado de una señal que era tan vieja que no era más que un cuadrado de óxido. La puerta se abrió chirriando.
—Gracias —murmuró Oliver al poco diligente conductor.
Bajó corriendo las escalerillas y saltó a la acera resquebrajada. Miró hacia la señal pero estaba demasiado oxidada como para leer algo. Solo podía descifrar algunas letras, escritas en aquella vieja fuente de los años 40 que fue tan popular durante la guerra.
Mientras el autobús se alejaba, soltando una nube de gases de escape, la sensación de soledad de Oliver empezó a intensificarse. Pero cuando los humos se dispersaron, un edificio con un aspecto muy familiar apareció ante él. ¡Era la fábrica del libro! ¡La verdadera fábrica de Armando Illstrom! La hubiera reconocido en cualquier lugar. La vieja parada de autobús debía haber servido a la fábrica durante su apogeo. En realidad, la cabezonería del conductor de autobús le había hecho un gran favor a Oliver, dejándolo en el lugar exacto en el que tenía que estar.
Solo que, al mirar de cerca la fábrica, Oliver se dio cuenta de que tenía un aspecto mucho peor por el desgaste. La gran fábrica rectangular lucía varias ventanas rotas. A través de ellas Oliver pudo ver que el interior estaba completamente oscuro. Parecía que dentro no había nadie en absoluto.
El miedo se apoderó de Oliver. ¿Y si Armando había fallecido? Un inventor que trabajara durante la Segunda Guerra Mundial ahora sería muy mayor, y las posibilidades de que hubiera muerto eran bastante altas. Si su héroe en efecto había muerto, entonces ¿de qué le quedarían ganas en esta vida?
Una sensación de desconsuelo abrumaba a Oliver mientras caminaba hacia el destartalado almacén. Cuanto más se acercaba, más podía ver. Todas las ventanas de la planta baja estaban selladas. Una enorme puerta de acero estaba asegurada a lo que él recordaba de la foto que era la gran entrada principal. ¿Cómo se suponía que iba a entrar?

Oliver empezó a rodear el exterior del edificio, caminando con dificultad entre enredos de ortigas y yedra que crecían alrededor del perímetro. Encontró una pequeña grieta en una de las ventanas selladas y miró dentro a través de ella, pero estaba demasiado sombrío como para ver algo. Continuó andando por el perímetro del edificio.

Cuando llegó a la parte de atrás, Oliver encontró otra puerta. Al contrario que las otras, esta no estaba sellada. De hecho, estaba parcialmente entornada.

Con el corazón en la boca, Oliver empujó la puerta. Sintió que se resistía a su fuerza y soltó el característico ruido fuerte y chirriante del metal oxidado. Oliver pensó que eso no era una buena señal mientras hacía un gesto de dolor ante el desagradable ruido. Si la puerta se usara ni que fuera de forma semifrecuente, no debería estar tan atascada por el óxido, ni hacer ese ruido.

Con la puerta abierta lo justo para que él se pudiera colar, Oliver calzó su cuerpo por el agujero y se metió de golpe en la fábrica. Sus pasos resonaron al ser impulsado unos cuantos pasos hacia delante por el esfuerzo de empujarse a sí mismo por el pequeño agujero.

Dentro del almacén, estaba negro como la boca del lobo y los ojos de Oliver todavía no se habían ajustado al repentino cambio de luz. Prácticamente ciego por la penumbra, Oliver notó que su sentido del olfato se intensificaba para compensar. Se dio cuenta de los hedores de polvo y metal, y del peculiar olor de un edificio abandonado.

Conteniendo el aliento, esperó a que sus ojos finalmente se adaptaran a la luz. Pero cuando lo hicieron, solo sirvió para que viera a pocos metros de su cara. Empezó a caminar con cuidado por la fábrica.

Oliver respiraba agitadamente por el asombro cuando se topó con un enorme artilugio de madera y metal, como una olla de cocina descomunal. Lo tocó por un lado y empezó a balancearse como un péndula en su marco de metal. También giró y a Oliver le hizo pensar que tenía algo que ver con mapear el sistema solar y el movimiento de los planetas a su alrededor, dando vueltas en varios ejes. Pero Oliver no tenía ni idea para qué servía realmente el artilugio.

Anduvo un poco más y encontró otro objeto de aspecto extraño. Consistía en una columna de metal pero con una especie de brazo dirigido de forma mecánica que salía por arriba y una garra en forma de mano al final. Oliver probó la rueda y el brazo empezó a moverse.

—«Igual que en las máquinas recreativas» —pensó Oliver.

Se movía como las que tienen brazos motorizados y una garra y con las que nunca podías coger un muñeco de peluche. Pero esta era mucho más grande, como si hubiera sido diseñada para mucho más que recoger objetos.

Oliver tocó cada uno de los dedos de la mano en forma de garra. Cada uno tenía el número exacto de articulaciones que tendría una mano de verdad, y cada parte se movía cuando la empujaba. Oliver se preguntó si Armando Illstrom había estado intentando hacer su propio robot, pero decidió que tenía más sentido que fuera un intento de autómata. Había leído sobre ellos; máquinas a cuerda con forma humana que podían realizar acciones específicas

planeadas, como escribir a mano o con un teclado.
Oliver continuó andando. A su alrededor, grandes máquinas silenciosas e imponentes, como bestias gigantes congeladas en el tiempo. Estaban hechas de una combinación de materiales como la madera y el metal, y consistían de muchas partes diferentes, como engranajes y muelles, palancas y poleas. De ellas colgaban telarañas. Oliver probó algunos de los mecanismos, despertando a una variedad de insectos que se habían acomodado en las oscuras grietas de las máquinas.
Pero la sensación de asombro empezó a desvanecerse cuando Oliver empezó a darse cuenta, con una horrible sensación de desespero, de que en efecto la fábrica había sido abandonada. Y no hacía poco. Debería haber sido décadas atrás por el grosor de polvo que se veía y la acumulación de telarañas, por el modo en el que chirriaban los mecanismos y por la gran cantidad de bichos que se habían instalado en su interior.
Con una creciente sensación de angustia, Oliver recorrió a toda prisa el resto de la fábrica, echando un vistazo cada vez con menos esperanzas a las habitaciones laterales y por los pasillos oscuros. No había señales de vida.
Se quedó allí quieto, en el oscuro y vacío almacén, rodeado por las antiguallas de un hombre al que ahora sabía que no conocería. Él necesitaba a Armando Illstrom. Necesitaba al salvador que pudiera sacarlo de su tristeza. Pero solo había sido un sueño. Y ahora ese sueño estaba frustrado.

***

Durante todo el viaje en autobús de regreso a casa, Oliver se sintió herido y desanimado. Estaba demasiado abatido hasta para leer su libro.
Llegó a su parada de autobús y, al salir, se encontró con una noche lluviosa. La lluvia le golpeaba la cabeza y lo empavaba. Él apenas se daba cuenta por lo consumido que estaba por su pena.
Cuando llegó a su nueva casa, Oliver recordó que aún no tenía su propia llave. Entrar parecía un cruel golpe extra para un día ya desesperadamente triste. Pero no tenía elección. Llamó a la puerta y se preparó.
La puerta se abrió con un rápido movimiento. Allí, delante de él, estaba Chris con una sonrisa demoníaca.
—Llegas tarde a la cena —dijo, fulminándolo con la mirada y con destellos de placer detrás de sus ojos—. Mamá y papá están se están volviendo locos.
Detrás de Chris, Oliver podía oír la voz chillona de su madre.
—¿Es él? ¿Es Oliver?
Chris le respondió gritando por encima del hombro.
—Sí. Y parece una rata mojada.
Volvió a mirar a Oliver, su expresión era de alegría ante el enfrentamiento que se avecinaba. Oliver se abrió camino hacia dentro con un empujón y pasando por delante del cuerpo grande y gordo de Chris. De su ropa empapada salía un rastro de gotas, haciendo un charco bajo sus pies.
Su madre fue corriendo hacia el pasillo y se quedó en el otro extremo

mirándolo fijamente. Oliver no podía decir si su expresión era alivio o rabia.
—Hola, mamá —dijo con resignación.
—¡Mírate! —exclamó ella—. ¿Dónde estabas?
Si era un alivio ver a su hijo otra vez en casa, ¿por qué a eso no lo seguía un abrazo o algo así? La madre de Oliver no daba abrazos.
—Tenía que hacer una cosa después de la escuela —respondió Oliver, evasivamente. Se quitó su suéter empapado.
—¿Una clase de empollones? —abrió la boca Chris. Después rio de forma estridente de su propio chiste.
Su madre extendió la mano para coger el suéter de Oliver.
—Dámelo. Tendré que lavarlo —Suspiró ruidosamente—. Ahora entra. Se te está enfriando la cena.
Acompañó a Oliver hasta la sala de estar. Inmediatamente, Oliver se dio cuenta de que habían revuelto las cosas en su hueco, que las habían movido. Al principio pensó que era porque habían traído un colchón hasta allí, y que lo habían tirado todo encima, pero después vio el tirachinas encima de su sábana. Al lado estaba su maleta, con las cerraduras rotas y la cubierta entreabierta. Y después vio horrorizado que todos los rollos para su capa de invisibilidad habían sido desparramados por el suelo y deformados, como si los hubieran pisoteado.
Oliver supo al instante que había sido cosa de Chris. Le lanzó una mirada asesina. Su hermano observaba su reacción a la expectativa.
—¿Lo has hecho tú? —preguntó Oliver.
Chris se metió las manos en los bolsillos y se meció hacia atrás sobre sus talones, en una imagen de inocencia.
—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo con una sonrisita reveladora.
Era la gota que colmaba el vaso. Después de todo lo que había sucedido en los dos últimos días, con la mudanza, la horrible experiencia en la escuela y la pérdida de su héroe, Oliver no tenía fuerzas para soportarlo. La rabia explotó en su interior. Antes de que tuviera ocasión de pensarlo, Oliver fue corriendo hacia Chris a toda velocidad.
Se estrelló fuerte contra su hermano. Chris apenas se tambaleó hacia atrás por la fuerza; era muy grande y estaba claro que esperaba que Oliver le atacara. Y era evidente que disfrutaba de los intentos de Oliver por enfrentarse a él, pues reía alocadamente. Era tan más grande que Oliver que lo único que tuvo que hacer fue colocar una mano en la cabeza de Oliver y empujarlo hacia atrás.
Desde la mesa de la cocina, su padre gritó:
—¡CHICOS! ¡DEJAD DE PELEAROS!
—Es Oliver —gritó Chris—. Me atacó sin razón.
—¡Sabes exactamente cuál es la razón! —exclamó Oliver, moviendo los puños en el aire, incapaz de llegar al cuerpo de Chris.
—¿Yo pisoteando tus rollitos raros? —dijo Chris entre dientes, lo suficientemente bajo para que ninguno de sus padres pudiera oírlo—. ¿O rompiendo tu estúpido tirachinas? ¡Eres un friqui, Oliver!

Oliver se había agotado luchando contra Chris. Se echó hacia atrás, respirando con dificultad.
—¡ODIO esta familia! —gritó Oliver.
Fue corriendo hasta su hecho, recogiendo todos los rollos dañados y los trozos rotos de alambre, las palancas partidas y el metal doblado y los tiró dentro de su maleta.
Sus padres vociferaban:
—¿Cómo te atreves? —gritó su padre.
—¡Ya te lo encontrarás! —chilló su madre.
—Ahora sí que la has liado —dijo Chris, sonriendo maliciosamente.
Mientras todos le estaban chillando, Oliver sabía que solo había un lugar al que podía escapar. El mundo de sus sueños, el lugar dentro de su imaginación. Apretó con fuerza los ojos y silenció sus voces.
Entonces, de repente, estaba allí, en la fábrica. No en la que había visitado antes, que estaba llena de arañas, sino una versión limpia, donde todas las máquinas brillaban y relucían bajo luces brillantes.
Oliver estaba allí, mirando boquiabierto a la fábrica en su antiguo esplendor. Pero igual que en la vida real, Armando no estaba allí para recibirlo. Ningún aliado. Ningún amigo. Incluso en su imaginación, estaba completamente solo.

***

Hasta que todo el mundo no se había ido a la cama y la casa estaba completamente a oscuras, Oliver no se sintió capaz de ponerse a arreglar sus inventos. Quería ser optimista mientras trasteaba con todas las piezas, intentando hacer que encajaran. Pero era inútil. Todo había sido destruido. Todos los rollos y los alambres estaban dañados sin remedio. Tendría que empezar de nuevo.
Tiró todas las piezas dentro de su maleta y la cerró de golpe. Ahora que las dos cerraduras estaban rotas, la tapa rebotó antes de volver a caer de nuevo y se quedo entreabierta. Oliver suspiró profundamente y se dejó caer sobre su colchón. Se tapó la cabeza con la manta.
Debió ser por puro cansancio que Oliver pudo quedarse dormido aquella noche. Pero sí que durmió. Y mientras se quedaba dormido, Oliver empezó a soñar y se encontró delante de la ventana mirando hacia fuera al árbol larguirucho que estaba al otro lado de la calle. Allí estaban el hombre y la mujer que había visto la noche anterior, cogidos de la mano.
Oliver dio un golpe en la ventana.
—¿Quiénes sois? —gritó.
La mujer sonrió intencionadamente. Su sonrisa era amable, más bonita incluso que la de la Sra. Belfry.
Pero ninguno de ellos habló. Solo le miraban fijamente, sonriendo.
Oliver tiró de la ventana y la abrió.
—¿Quiénes sois? —gritó de nuevo, pero esta vez el viento ahogó su voz.
El hombre y la mujer estaban allí, callados, agarrados de las manos, con unas

sonrisas cálidas y acogedoras.
Oliver empezó a trepar por la ventana. Pero mientras lo hacía, las siluetas parpadearon y se sacudieron, como si fueran hologramas y las bombillas estuvieran parpadeando. Estaban empezando a desaparecer.
—¡Esperad! —gritó él—. ¡No os vayáis!
Cayó de la ventana y fue a toda prisa al otro lado de la calle. A cada paso que daba él, se desvanecían más.
Cuando se acercó a ellos, apenas eran visibles. Alargó la mano hacia la de la mujer, pero la atravesó, como si fuera un fantasma.
—¡Por favor, decidme quiénes sois! —suplicó.
El hombre abrió la boca para hablar, pero el viento rugiente ahogó su voz. Oliver se desesperó.
—¿Quiénes sois? —volvió a preguntar, gritando para que se le oyera por encima del viento—. ¿Por qué me estáis vigilando?
El hombre y la mujer se estaban desvaneciendo rápidamente. El hombre habló de nuevo, y esta vez Oliver oyó un pequeño susurro.
—Tienes un destino…
—¿Cuál? —tartamudeó Oliver—. ¿A qué te refieres? No lo entiendo.
Pero antes de que alguno de los dos tuviera ocasión de volver a hablar, se desvanecieron por completo. Habían desaparecido.
—¡Volved! —exclamó Oliver al vacío.
Entonces, como si le estuviera hablando al vacío, oyó que la escasa voz de la mujer decía:
—Tú salvarás a la humanidad.
Oliver parpadeó hasta abrir los ojos. Volvía a estar en la cama de su hueco, bañado en la luz pálida y azul que entraba por la ventana. Era por la mañana. Podía sentir como su corazón bombeaba con fuerza.
El sueño le había sacudido hasta la médula. ¿Qué habían querido decir con que tenía un destino? ¿Y con que salvaría a la humanidad? ¿Y quiénes eran aquel hombre y aquella mujer, de todos modos? ¿Productos de su imaginación o algo más? Era demasiado para comprenderlo.
Cuando la conmoción inicial por el sueño empezó a desaparecer, Oliver sintió que una nueva sensación se adueñaba de él. La esperanza. En algún lugar, en lo profundo de su ser, sentía que estaba a punto de experimentar un día trascendental, que todo estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO CUATRO

El buen humor de Oliver se acrecentó cuando se dio cuenta de que la primera clase del día era ciencias, y que eso significaba que podría ver de nuevo a la Sra. Belfry. Incluso mientras cruzaba el patio, agachándose para esquivar pelotas de baloncesto que sospechaba que iban intencionadamente dirigidas a su cabeza, la sensación de emoción de Oliver no hacía más que crecer.

Llegó a las escaleras y sucumbió a la fuerza de los niños, que lo empujaron como un surfista hasta arriba al cuarto piso. Entonces salió paso a empujones en el rellano y se dirigió a la clase.

Fue el primero. La Sra. Belfry ya estaba dentro, llevaba un vestido gris de lino y estaba preparando una fila de modelos a escala en la parte de delante de su mesa. Oliver vio que había un pequeño biplano, un globo aerostático, un cohete espacial y un avión moderno.

—¿Va sobre vuelo la clase de hoy? —preguntó.

La Sra. Belfry se sobresaltó, pues era evidente que no se había dado cuenta de que uno de sus alumnos había entrado.

—Ah, Oliver —dijo, sonriente—. Buenos días. Sí, así es. Pero supongo que tú ya sabes un par de cosas sobre este tipo de inventos.

Oliver asintió. Su libro de inventores tenía una sección entera sobre vuelo, desde los primeros globos inventados por los hermanos franceses Montgolfier, pasando por el primer aeroplano de los hermanos Wright hasta llegar a la ingeniería aeroespacial. Igual que el resto de las páginas del libro, había leído tantas veces esta sección que en su mayoría había aprendido de memoria.

La Sra. Belfry sonreía como si ya hubiese adivinado que Oliver sería una fuente de conocimiento sobre este tema en particular.

—Podrías ayudarme a explicar algo de física a los demás —le dijo.

Oliver se sonrojó mientras tomaba asiento. Odiaba hablar en voz alta delante de sus compañeros de clase, especialmente desde que ya era un sospechoso de empollón, y confirmarlo daba la sensación de que alardeaba más de lo que él realmente deseaba. Pero la Sra. Belfry tenía una manera de ser tranquilizadora, como si pensara que el conocimiento de Oliver era algo que debía celebrarse en lugar de ridiculizarse.

Oliver escogió una silla cerca de la parte delantera de la clase. Si es que se veía forzado a hablar en voz alta, prefería no tener treinta pares de ojos mirándolo embobado mientras lo hacía. Por lo menos, de esta forma solo sería consciente de los otros cuatro niños de la primera fila que lo mirasen.

Justo entonces, los compañeros de Oliver empezaron a entrar y a tomar asiento. El ruido en el aula empezó a intensificarse. Oliver nunca entendía cómo las otras personas tenían tanto de que hablar. Aunque él podría hablar sobre inventores e inventos eternamente, no había mucho más de lo que él sintiera la necesidad de hablar. Siempre le desconcertaba cómo las otras personas conseguían conversación tan fácilmente y cómo compartían tantas

palabras sobre lo que, en su mente, parecía casi nada importante.
La Sra. Belfry empezó su clase, haciendo señales con las manos intentando que todos se callaran. Oliver se sentía muy mal por ella. Siempre parecía una batalla conseguir que los niños escucharan. Y ella era tan dulce y tenía la voz tan suave que nunca recurría a alzar la voz o a gritar, así que sus intentos por hacer callar a todo el mundo tardaban un buen rato en funcionar. Pero, finalmente, el parloteo empezó a desvanecerse.
—Niños —empezó la Sra. Belfry—, hoy tengo un problema que necesita solución —Levantó un palito de helado—. Me pregunto si alguien puede decirme cómo hacerlo volar.
Una ola de alboroto recorrió el aula. Alguien gritó:
—¡Láncelo!
La Sra. Belfry hizo lo que sugirieron. El palito de helado viajó menos de un metro antes de caer al suelo.
—Mmm, no sé vosotros, chicos —dijo la Sra. Belfry—, pero a mí me parece que sencillamente ha caído. Lo que yo quiero es que vuele. Que se eleve en el aire, no que caiga en picado al suelo.
Paul, el que se burló de Oliver en la clase anterior, hizo la siguiente sugerencia:
—¿Por qué no prueba con una goma elástica? Como un tirachinas.
—Esa es una buena idea —dijo la Sra. Belfry asintiendo—. Pero hay algo que no os he dicho. Este palito en realidad mide tres metros.
—¡Entonces hay que hacer un tirachinas de tres metros! —gritó alguien.
—¡O ponerle un lanzacohetes! —se metió otra voz en la conversación.
La clase empezó a reír. Oliver se movía en su asiento. Él sabía exactamente cómo podía volar el palito de helado. Todo se reducía a la física.
La Sra. Belfry consiguió que la clase se calmara de nuevo.
—Este es exactamente el problema al que se enfrentaron los hermanos Wright cuando estaban intentando crear el primer aeroplano. Cómo imitar el vuelo de los pájaros. Cómo convertir esto —sujetó el palito de forma horizontal— en alas que puedan aguantar el vuelo. Así que ¿alguien sabe cómo lo hicieron?
Inmediatamente fijó la mirada en Oliver. Él tragó saliva. Por mucho que deseara no hablar en voz alta, otra parte de él deseaba desesperadamente demostrarle a la Sra. Belfry lo inteligente que era.
—Tiene que crear sustentación —dijo en voz baja.
—¿Cómo dijiste? —dijo la Sra. Belfry, aunque Oliver sabía de sobra que lo había oído a la perfección.
—Con reticencia, habló un poco más alto.
—Tiene que crear sustentación.
En cuanto terminó de hablar, Oliver sintió que se le sonrojaban las mejillas. Notó el cambio en el aula, la tensión de los otros alumnos a su alrededor. Demasiada para no tener treinta pares de ojos mirándolo embobados; Oliver casi podía sentir cómo le quemaban en la espalda.
—¿Y qué es exactamente la sustentación? —continuó la Sra. Belfry.

Oliver se mojó sus secos labios y se tragó la angustia.
—Sustentación es el nombre de la fuerza que contrarresta la gravedad. La gravedad siempre está atrayendo objetos al centro de la tierra. La sustentación es la fuerza que la contrarresta.
Desde algún lugar por allí atrás, oyó la voz de Paul en un susurro y gimiendo en tono de burla imitándolo:
—La sustentación lo contrarresta.
Una risita nerviosa se extendió entre los alumnos que había detrás de él. Oliver sintió que los músculos se le tensaban como defensa en respuesta.
La Sra. Belfry estaba claramente ajena a la burla silenciosa que estaba sufriendo Oliver.
—Mmm —dijo, como si esto fuera nuevo para ella—. Parece complicado. ¿Contrarrestar la gravedad? ¿Eso no es imposible?
Oliver se movía incómodamente en su asiento. En realidad, quería dejar de hablar, tener un pequeño descanso de los susurros. Pero era evidente que nadie más conocía la respuesta, y la Sra. Belfry lo estaba mirando con su mirada centelleante y alentadora.
—Para nada —respondió Oliver, mordiendo el anzuelo—. Para crear sustentación lo único que tienes que hacer es cambiar la rapidez con la que el aire fluye alrededor de algo, que puedes hacerlo sencillamente cambiando la forma del objeto. Así que el palito de helado solo necesita una cuña en el lado superior. Eso significa que mientras el palito avanza el aire que fluye por encima y por debajo de él tiene trayectorias con diferentes formas. Por encima del lado abultado del ala la trayectoria es curva, mientras que por debajo del ala, la trayectoria es plana y continua.
Oliver terminó de hablar e inmediatamente apretó los labios. No solo había contestado la pregunta, había ido más allá en la explicación. Se había dejado llevar y ahora se iban a burlar de él sin piedad. Se preparó.
—¿Podrías dibujárnoslo? —preguntó la Sra. Belfry.
Le tendió un rotulador de pizarra a Oliver. Él lo miró con los ojos abiertos como platos. Hablar era una cosa, ¡pero estar delante de todo el mundo como un blanco era otra muy distinta!
—Preferiría no hacerlo —murmuró por un lado de la boca.
Vio un destello de comprensión en la expresión de la Sra. Belfry. Debía haberse dado cuenta de que lo había presionado hasta el límite de su zona de confort, incluso más allá de la misma, y que lo que le estaba pidiendo ahora era algo imposible.
—De hecho —dijo—, ¿quizás a alguien le gustaría intentar dibujar lo que Oliver explicó?
Samantha, una de las chicas atrevidas que quería llamar la atención, se levantó de un salto y le quitó el rotulador a la Sra. Belfry. Fueron juntas hacia la pizarra y la Sra. Belfry ayudó a Samantha a dibujar un diagrama de lo que Oliver estaba describiendo.
Pero en cuanto la Sra. Belfry se puso de espaldas, Oliver sintió que algo le

golpeaba detrás de la cabeza. Se giró y vio una bola de papel arrugado en sus pies. Se agachó y lo cogió, pero no quería abrirlo porque sabía que dentro habría una nota cruel.
—Eh… —dijo Paul entre dientes—. No me ignores. ¡Lee la nota!
Con tensión, Oliver abrió la bola de papel que tenía en las manos. La aplanó sobre la mesa que tenía delante. Las palabras «¿Sabes qué más puede volar?» estaban escritas con una horrible letra ininteligible.
Justo entonces, notó otra cosa que le golpeaba la cabeza. Otra bola de papel. Seguida de otra, y otra y otra.
—¡EH! —gritó Oliver, levantándose de golpe y girándose enfadado.
La Sra. Belfry también se giró. Frunció el ceño al ver la escena que tenía delante.
—¿Qué está pasando? —preguntó.
—Solo intentábamos encontrar cosas que volaran —dijo Paul inocentemente —. Una debe haber chocado contra Oliver por accidente.
La Sra. Belfry parecía escéptica.
—¿Oliver? —preguntó, dirigiendo la mirada hacia él.
Oliver volvió a sentarse en su silla y se agachó.
—Es verdad —murmuró.
Para entonces, la escandalosa Samantha ya había terminado su diagrama y la Sra. Belfry pudo dirigir de nuevo su atención a la clase. Señaló hacia la pizarra, donde ahora había el diagrama de un ala, no recta sino curva como una lágrima alargada hacia un lado. Dos líneas de puntos indicaban las trayectorias del aire pasando por encima y por debajo del ala. El flujo de aire que pasaba por encima del ala abultada parecía diferente en comparación con el flujo que iba directamente por debajo.
—¿Así? —dijo la Sra. Belfry—. Pero todavía no entiendo cómo esto produce la sustentación.
Oliver sabía de sobra que la Sra. Belfry lo sabía todo, pero al haber sido bombardeado por bolas de papel se sentía reticente a hablar de nuevo.
Entonces se dio cuenta de algo. Nada de lo que hiciera iba a parar la burla. O se quedaba allí callado en silencio y se metían con él por no hacer nada, o hablaba y se metían con él por su inteligencia. Entonces se dio cuenta de cuál de las dos prefería.
—Como el aire, de esta forma, sigue diferentes trayectorias, crea una fuerza hacia abajo —explicó—. Y si tomamos la tercera ley del movimiento de Isaac Newton –para cada reacción existe una reacción igual y opuesta-veréis que la reacción que resulta de esa fuerza, de la fuerza hacia abajo, es que el aire que viaja debajo del ala crea sustentación.
Cruzó los brazos y volvió a sentarse en la silla.
La Sra. Belfry parecía victoriosa.
—eso está muy bien, Oliver.
Fue hasta el dibujo y añadió unas flechas. Oliver sintió que una bola de papel chocaba contra su cabeza, pero esta vez ni tan solo reaccionó. Ya no le

preocupaba lo que sus compañeros de clase pensaran de él. De hecho, sencillamente estaban celosos de que él fuera tan inteligente y supiera cosas tan chulas como las leyes de la física de Isaac Newton, cuando ellos lo único que sabían hacer era arrugar una bola de papel y tirarla a la cabeza de alguien.
Cruzó los brazos con más fuerza y, ignorando las bolas de papel que le golpeaban la cabeza, se concentró en la imagen de la Sra. Belfry. Estaba dibujando una flecha que señalaba hacia abajo. A su lado escribió «fuerza hacia abajo». La otra flecha que había dibujado señalaba hacia arriba con la palabra «sustentación».
—¿Y qué pasa con los globos aerostáticos? —le retó una voz desde atrás—. No funcionan así, pero aun así vuelan.
Oliver se giró en su silla y buscó al propietario de la voz. Era un chico de aspecto gruñón –cejas oscuras y pobladas, hoyuelo en la barbilla-que se había unido a Paul en el lanzamiento de bolas de papel.
—Bueno, aquí entra una ley completamente diferente —explicó Oliver—. Funciona porque el aire caliente sube. Los hermanos Montgolfier, que inventaron el globo aerostático, se dieron cuenta de que si atrapas el aire dentro de una envoltura, como un globo, se vuelve flotante debido a la baja densidad del aire caliente de dentro comparado con el aire frío de fuera.
El chico parecía más furioso con la explicación de Oliver.
—Vale, ¿y qué pasa con los cohetes? —le retó—. No son flotantes o lo que sea lo que acabas de decir. Pero suben. Y vuelan. ¿Cómo funciona eso, sabelotodo?
Oliver sencillamente sonrió.
—Volvemos a la tercera ley del movimiento de Isaac Newton. Solo que esta vez la fuerza involucrada es la propulsión, no la sustentación. La propulsión es lo mismo que mueve un tren de vapor. Una gran explosión en un extremo produce una reacción contraria a la propulsión. Solo que con un cohete tiene que llegar hasta el espacio, así que la explosión tiene que ser realmente inmensa.
Oliver sentía que se emocionaba cuando hablaba de esas cosas. Aunque todos los chicos le estaban mirando como si fuera un bicho raro, a él no le importaba.
Se giró en su silla para mirar hacia delante. Allí, sonriendo con orgullo, estaba la Sra. Belfry.
—¿Y sabéis qué tenían en común todos estos inventores? —dijo—. ¿Los Montgolfiers y los Wrights y Robert Goddard, que lanzó el primer cohete de combustible líquido? Yo os lo diré. ¡Hicieron cosas que les habían dicho que eran imposibles! Sus inventos eran de locos. ¡Imaginad que alguien dijera que podríamos usar los mismos principios que las antiguas hondas chinas para lanzar a un hombre al espacio! ¡Y aún así han sido inventores revolucionarios, cuyos inventos han cambiado el mundo, y toda la trayectoria de la humanidad!
Oliver sabía que le estaba hablando a él, diciéndole que no importaba lo que

la gente hiciera o dijera, él nunca debía callarse porque lo intimidaran.
Entonces sucedió algo excepcional. En respuesta a la pasión y el entusiasmo de la Sra. Belfry, la clase se quedó en un silencio sepulcral. No era el silencio tenso de un ataque preparado, sino el silencio humilde de haber aprendido algo inspirador.
Oliver sintió que se le hinchaba el estómago. La Sra. Belfry realmente era la profesora más genial. Era la única persona que había demostrado casi el mismo nivel de entusiasmo que él tenía por la física, la ciencia y los inventores, y su entusiasmo incluso consiguió silenciar a sus alborotados compañeros, aunque solo fuera por un rato.
Justo entonces, una enorme ráfaga de viento hizo repiquetear los cristales de las ventanas. Todo el mundo saltó a la vez y dirigió la mirada al cielo gris que había fuera.
—Parece que la tormenta va a atacar pronto —dijo la Sra. Belfry.
Inmediatamente después de que ella hablara, se oyó la voz del director por el altavoz.
—Alumnos, acabamos de recibir un aviso del Servicio Nacional de Meteorología. Esta va a ser la tormenta del siglo, como nada que hayamos visto antes. Realmente no sabemos qué esperar. Así que para curarnos en salud, el alcalde ha cancelado las clases por hoy.
Todos empezaron a gritar entusiasmados y Oliver se tuvo que esforzar por oír las últimas palabras del anuncio del director.
—Se espera que llegue la tormenta en la siguiente hora. Fuera hay autobuses. Por favor, id directos a casa. El aviso oficial es no estar en al calle cuando llegue la tormenta aproximadamente dentro de una hora. Este es un aviso para toda la ciudad así que vuestros padres os estarán esperando en casa. Cualquiera que sea pillado haciendo novillos será expulsado.
Alrededor de Oliver, a nadie parecía importarle. Lo único que habían oído era que no había escuela y que iban a aprovecharlo al máximo. Cogieron los libros y salieron corriendo de la clase como una estampida de búfalos.
Oliver cogió sus cosas más lentamente.
—Lo hiciste muy bien hoy —le dijo la Sra. Belfry mientras metía todos sus pequeños modelos dentro de su bolso—. ¿Tienes cómo llegar a casa? —Parecía preocupada por su bienestar.
Oliver asintió para tranquilizarla.
—Cogeré el autobús como todos —dijo, mientras se daba cuenta de que eso podría significar soportar un viaje con Chris. Se estremeció.
Oliver se pasó la tira de su mochila por el hombro y siguió al resto de chicos de la escuela hasta fuera. El cielo estaba muy oscuro, era prácticamente negro. Parecía muy amenazante.
Con la cabeza baja, Oliver empezó a andar hacia la parada de autobús. Pero justo entonces vio algo detrás de él, algo mucho más escalofriante que una nube negra de tormenta tropical: Chris. Y corriendo a su lado estaban sus amigotes.

Oliver se giró y echó a correr. Fue directo al primer autobús que había en la cola. El autobús estaba abarrotado de niños y, evidentemente, a punto de irse. Sin tan solo ver hacia donde iba, Oliver se lanzó a bordo.
Justo a tiempo. El mecanismo siseó y la puerta se cerró tras él. Un instante después, Chris apareció al otro lado, mirando fulminándolo amenazadoramente con la mirada. Sus amigotes se acercaron a su lado y todos lanzaron una mirada amenazadora a Oliver a través de la puerta, que en realidad no era más que un fino escudo de cristal protector.
El autobús partió, alejando a Oliver de sus violentas caras.
Él miraba por la ventana mientras el autobús se alejaba y empezaba a coger velocidad. Muy a pesar de Oliver, Chris y sus compinches entraron a la fuerza en el autobús que esperaba detrás. Este también se alejó de la escuela, siguiendo de cerca.
Oliver tragó saliva por el miedo. Con Chris y sus amigos justo un autobús por detrás, sabía que si lo veían bajar ellos también lo harían. Entonces se lanzarían a aporrearlo. Se mordió el labio preocupado, sin saber qué hacer a continuación. Si su capa de invisibilidad realmente existiera, ¡ahora sería el momento de usarla!
Con un enorme chasquido, el cielo pareció abrirse. La lluvia caía en cascada y los rayos cubrían el cielo. Oliver pensó que era demasiado quedando una hora para que llegara. Ya tenían la tormenta encima.
El autobús zigzagueaba peligrosamente por la calle. Oliver se agarraba a la barra de metal y chocaba con los hombros de los otros niños que había a su alrededor. Las cosas habían pasado de parecer amenazantes a parecer, de repente, bastante escalofriantes.
Otro relámpago rasgó el cielo. Los chicos que había en el autobús gritaban de miedo.
Entonces Oliver se dio cuenta de que tal vez podía usar la tormenta a su favor. Dado que bajar en su parada era imposible con los amigotes de Chris vigilando, tendría que bajar inesperadamente. Mezclarse con la multitud. Y con la fuerte lluvia y la desorientación general, eso podría ser posible.
En ese momento exacto, el autobús fue frenando hasta detenerse. Un gran grupo de niños salió disparado hacia la puerta. Oliver miró a su alrededor y vio que estaban a las afueras del barrio bueno, que parecía ser donde la mayoría de alumnos del Campbell Junior High vivía. Oliver no conocía el barrio especialmente bien, pero tenía una ligera idea de dónde estaba en relación con el suyo.
Así que siguió a la multitud y bajó en una parada desconocida. La lluvia torrencial caía sobre él y los demás. Intentaba pegarse a la multitud pero, para su desesperación, todo el mundo se dispersó en diferentes direcciones y rápido también para escapar del tiempo. Antes de que Oliver pudiera parpadear, se quedó solo en la acera completamente al descubierto.
Ni un instante más tarde, el segundo autobús se detuvo en la parada. Oliver vio a Chris a través de la ventana empañada. Y obviamente Chris vio a Oliver,

pues empezó a señalar nervioso y a gritar algo a sus amigos. Oliver no necesitó un intérprete para saber lo que significaban los gestos de Chris. Iba a por él.

Oliver corrió.

No tenía mucha idea de dónde estaba, pero corría de todas formas, en dirección a lo que él estaba seguro que era la dirección fácil hasta casa.

Sin mirar hacia atrás, Oliver corría y corría. La lluvia y el viento lo azotaban, dificultándole avanzar, pero esta una de las pocas ocasiones en las que ser pequeño era una ventaja. Oliver sabía que a Chris le costaría arrastrar su torpe cuerpo, mientras que él era brioso.

Pero Oliver se dio cuenta de que Chris no era su único problema. Todos sus amigos estaban con él. La chica en particular corría muy rápido. Oliver miró de reojo por encima del hombro y vio que lo estaba alcanzando.

Oliver pasó por delante de algunas tiendas y después giró en un callejón que llevaba a las calles laterales. Esquivó y zigzagueó entre obstáculos como carros de compra abandonados y cajas vacías que habían sido barridas por el viento.

Entonces giró en una esquina. Por un breve instante, estaba fuera de la vista de los abusones que se acercaban.

Cuando una fuerte sacudida tumbó un cubo de la basura, Oliver tuvo un repentino golpe de inspiración. Sin dudarlo ni un momento, se metió dentro de un cubo de un salto, gateando por encima de comida podrida y envoltorios vacíos hasta que estuvo completamente fuera de la vista. Después se hizo una pelota y esperó.

Los pies de la chica aparecieron en el trozo de acera que podía ver. Se paró y caminó haciendo un círculo entero, como si lo estuviera buscando a él. Entonces Oliver oyó más pasos fuertes y vio que se le habían unido Chris y los otros amigotes.

—¿Adónde fue? —oyó que gritaba uno de ellos.

—¿Cómo lo perdiste? —dijo claramente la voz de Chris.

—¡Un segundo estaba aquí y al siguiente había desaparecido! —gritó la chica en respuesta.

Oliver estaba muy quieto. El corazón le latía fuerte y las extremidades temblaban por todo el esfuerzo.

—Ha hecho uno de sus hechizos —dijo Chris.

Dentro de su apestoso y sombrío cubo de basura, Oliver frunció el ceño. ¿Qué quería decir Chris?

—¡Qué miedo! —dijo la chica—. ¿Quieres decir que se hizo desaparecer?

—¿No te lo dije? —respondió Chris—. Es un bicho raro.

—Quizá esté poseído —dijo uno de los chicos.

—No seas imbécil —replicó Chris—. No está poseído. Pero pasa algo raro con él. ¿Me creéis ahora?

—Yo sí —dijo la chica, pero Oliver notó que su voz venía de más lejos.

Miró donde antes estaban sus pies y vio que ahora habían desaparecido de su

vista. Chris y sus compinches se iban.
Oliver esperó. Incluso después de su despreciativa conversación sobre que él se había disipado en la nada, no quería dejar la seguridad del cubo de basura. Todavía existía una posibilidad de que uno de ellos estuviera esperando, por si acaso él estuviera a punto de descubrir su escondite.
Pronto, la lluvia empezó a caer de verdad. Oliver oía cómo golpeaba con fuerza el cubo de basura de metal. Hasta entonces no aceptó que Chris decididamente se había ido. Aunque deseara pegar a Oliver, no iba a quedarse bajo la lluvia torrencial para hacerlo, y Oliver estaba bastante seguro de que no convencería a sus amigotes para que los hicieran.
Finalmente convencido de que estaba a salvo, Oliver empezó a salir del cubo de basura. Pero justo cuando serpenteaba hacia la parte delantera, empezó una enorme ráfaga de viento. De un golpe lo metió de nuevo dentro. Entonces el viento debió cambiar de dirección, pues Oliver sintió que el cubo daba tumbos debajo de él de repente. ¡El viento era tan fuerte que le hacía dar vueltas!
Oliver se agarraba al borde de su cárcel de metal. Llenó de terror, desorientado, empezó a dar vueltas y más vueltas. Tenía náuseas por el pánico y por el movimiento. Oliver deseaba que terminara pronto pero parecía que iba para largo.
Daba vueltas y se movía bruscamente.
De repente, se golpeó muy fuerte la cabeza con el lado del cubo. Aparecieron estrellas en sus ojos. Los cerró. Después todo se volvió oscuro.

***

Oliver parpadeó hasta abrir los ojos y contempló la visión de la prisión esférica de metal que lo rodeaba. El movimiento giratorio había terminado pero aún oía el rugido de la tormenta a su alrededor. Parpadeó, desorientado, la cabeza golpeteaba por el golpe que lo había dejado sin sentido.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente pero estaba cubierto de basura apestosa. Tenía el estómago revuelto por las náuseas.

Rápidamente, Oliver se arrastró hasta la parte delantera del cubo y miró hacia fuera. El cielo estaba oscuro y la lluvia torrencial parecía una sábana gris.

Oliver salió gateando del cubo de basura. Helaba y apenas en unos segundos estaba ya empapado. Se frotó los brazos para intentar calentarlos un poco. Temblando, Oliver miró a su alrededor, intentando distinguir su paradero.

De repente, cayó en la cuenta de dónde estaba, de dónde el cubo de basura le había llevado rodando durante la tormenta. ¡Estaba en la fábrica! Solo que esta vez, Oliver se dio cuenta de que había luces brillando dentro.
Abrió la boca de golpe. ¿Eran imaginaciones suyas? Quizás había recibido una sacudida con el golpe en la cabeza.
La lluvia continuaba descargando sobre Oliver. Las luces de dentro de la

fábrica brillaban como una especie de faro que lo atraía hacia ella.
Oliver fue corriendo a toda prisa. Llegó a la hierba que rodeaba la fábrica y chapoteaba bajo sus pies, estaba cenagosa por el chaparrón. Entonces rodeó el lateral del almacén, pisoteando la yedra y las ortigas con prisa por llegar a la puerta trasera, bajo cobijo. Encontró la puerta tal y como la había dejado, entreabierta, y con la anchura justa para que él se metiera. Rápidamente, lo hizo y fue a parar a la misma habitación oscura, con el mismo olor de polvo, el mismo eco de abandono.
Oliver se paró, aliviado por no estar bajo la lluvia. Esperó a que la vista se le ajustara. Cuando lo hubo hecho, vio que todo estaba igual que la última vez que había estado aquí, con máquinas polvorientas, con telarañas, en desuso y en mal estado. Excepto…
Oliver vio una línea recta amarilla y muy delgada que se extendía por el suelo. No era pintura, sino luz. Un fragmento de luz. Bueno, Oliver sabía que un fragmento de luz necesitaba un origen, así que fue a toda prisa hacia ella, siguiéndola como si fuera un camino de migas de pan. Llegaba hasta una pared de ladrillos sólidos.
—«Qué raro» —pensó Oliver mientras paraba y apretaba los dedos contra la pared—. «Se supone que la luz no atraviesa los objetos».
Buscaba a tientas en la tenue luz, intentando averiguar cómo la luz podía atravesar un objeto sólido. Entonces, de repente, tocó algo diferente con la mano. ¿Un pomo?
Oliver sintió que un subidón repentino de esperanza se apoderaba de él. Giró el pomo y saltó hacia atrás cuando retumbó un enorme ruido chirriante.
El suelo tembló. Oliver se tambaleó al intentar mantenerse recto mientras el suelo se movía bajo sus pies.
Estaba girando. No solo él, también la pared. ¡Debieron construirla sobre una plataforma giratoria! Y mientras giraba, estalló un enorme fragmento de luz dorada.
Oliver parpadeó por el repentino y cegador brillo. Sentía las piernas inestables por el movimiento del suelo giratorio.
Pero tan pronto como empezó el movimiento, terminó. Se oyó un clic cuando la pared encontró su nueva posición. Oliver se tambaleó, esta vez por la repentina desaceleración.
Miró a su alrededor y se quedó atónito con lo que vio. Ahora estaba en una la de la fábrica completamente nueva. ¡Estaba llena de inventos increíbles y fantásticos! No las reliquias con telarañas, chirriantes y oxidadas del almacén de antes, sino, del suelo hasta el techo, hasta que la vista alcanzaba, había máquinas gigantescas, brillantes, nuevas y relucientes.
Oliver no pudo evitarlo. Lleno de emoción, fue corriendo hasta la primera máquina. Tenía un brazo movible que giraba justo por encima de su cabeza. Se agachó justo a tiempo y vio que la mano al final del brazo dejaba un huevo hervido dentro de una taza para huevos. Justo a su lado, dos manos autómatas sin cuerpo se deslizaban por las teclas de un piano, mientras a su lado un

mecanismo de relojería de latón muy grande hacía tictac.
Oliver estaba tan absorto y deleitado con los inventos que tenía alrededor, que ni tan solo vio el extraño aparato con forma de cuenco del día anterior, ni al hombre que lo trasteaba. Hasta que el cuco de un reloj no echó a volar, haciendo que él se tambaleara hacia atrás y chocara contra el hombre, Oliver nos e dio cuenta de que no estaba solo.
Oliver se quedó sin aliento y dio una vuelta allí mismo. De repente, se dio cuenta de a quién estaba mirando. Aunque tenía muchos más años que en la foto de su libro, Oliver supo que estaba mirando a los ojos a Armando Illstrom.
Oliver respiraba agitadamente. No podía creerlo. ¡Su héroe estaba realmente allí, delante de él, vivo y bien!
—¡Oh! —dijo Armando, sonriendo—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

CAPÍTULO CINCO

Oliver parpadeó, atónito ante lo que estaba viendo. Al contrario que la parte polvorienta y cubierta de telarañas de la fábrica, que estaba al otro lado de la pared mecanizada, este lado de la fábrica era luminoso y acogedor, relucía por la limpieza y rebosaba de señales de vida.

—¿Tienes frío? —preguntó Armando—. Parece que has estado bajo la lluvia.

Oliver fijó rápido la vista otra vez hacia el inventor. Estaba estupefacto por estar realmente cara a cara con su héroe. A pesar de que pasaban los segundos, estaba completamente mudo.

Oliver intentaba decir que sí, pero el único sonido que salió de su garganta fue una especie de gruñido incoherente.

—Ven, ven —dijo Armando—. Te prepararé una bebida caliente.

Aunque sin lugar a dudas era el Armando de su libro de inventores, su cara había sido desolada por el tiempo. Oliver hizo algunos cálculos rápidos en su cabeza; por su libro de inventores sabía que la fábrica de Armando estaba abierta y en funcionamiento durante la Segunda Guerra Mundial, y que Armando era un joven de apenas treinta años durante el auge de la fábrica, ¡lo que significaba que ahora estar bien entrado en los noventa! Vio por primera vez que Armando tenía un bastón para apoyar su frágil cuerpo.

Oliver empezó a seguir a Armando por la fábrica, la luz era demasiado débil para averiguar qué eran exactamente las grande sombras oscuras que había a su alrededor, aunque sospechaba que eran más de los magníficos inventos de Armando, en funcionamiento, no como los que había al otro lado de la pared mecanizada.

Bajaron por un pasillo y Oliver todavía era incapaz de creer realmente que nada de eso fuera real. Continuaba esperando despertar en cualquier momento y descubrir que era un sueño provocado por el golpe que se había dado en la cabeza dentro del cubo de basura.

Lo que para Oliver hacía que las cosas parecieran aún más fantásticas e irreales era la misma fábrica. Estaba diseñada como los túneles de los conejos, un laberinto lleno de puertas y arcos, de pasillos y escaleras, que salían todos del piso principal de la fábrica. Ni tan solo cuando había andado por todo el perímetro externo de la fábrica el día anterior no había notado nada extraño en su arquitectura, ninguna señal de escaleras exteriores o algo parecido. Pero pensó que la fábrica era tan enorme que desde fuera solo parecía un enorme prisma rectangular de ladrillos. Desde fuera, nadie imaginaría cómo estaba diseñado el interior. Ni tampoco lo esperarían. Sabía que se decía que Armando estaba chiflado, ¡pero la forma en la que la fábrica estaba estructurada era realmente estrambótica!

Oliver miraba a izquierda y derecha mientras andaba y, al mirar a través de una puerta, vio una máquina enorme que se parecía al primer prototipo de ordenador de Charles Babbage. Al otro lado de otra puerta había una

habitación con un tejado en punta, como en una iglesia y un entresuelo, sobre el que había una inmensa de enormes telescopios de latón, dirigidos hacia una enorme ventana de cristal.
Oliver continuaba siguiendo al tembloroso inventor, con la respiración continuamente atrapada en la garganta. Echó un vistazo dentro de otra habitación al pasar. Estaba llena de autómatas que tenían un aspecto siniestramente humano. La siguiente contenía un tanque militar entero, que estaba montado con las armas de aspecto más extraño que Oliver hubiera visto jamás.
—No te preocupes por Horacio —dijo de repente Armando. Oliver dio un salto, rompiendo una vez más su ensimismamiento.
Miró a su alrededor en busca del tal Horacio, su mente evocaba todo tipo de máquinas que podrían haberse ganado ese nombre, hasta que vio a un sabueso de aspecto triste que estaba tumbado en una cesta a sus pies.
Armando continuó hablando:
—Su artritis es peor que la mía, pobre. Le hace ser muy irascible.
Oliver echó un vistazo rápido al perro. Horacio olfateó el aire cuando el pasó y, a continuación, se colocó para dormir otra vez con un suspiro cansado.
Armando fue cojeando hasta una pequeña cocina y Oliver lo siguió. Era un lugar modesto y muy desordenado; el tipo de cocina que esperarías de un hombre que en los últimos setenta años había puesto su atención en inventar máquinas chifladas que no funcionaban.
Oliver parpadeó por el titileo de los fluorescentes.
—¿Te gusta la sopa de tomate? —preguntó de repente Armando.
—Eeh… —dijo Oliver, todavía con la lengua trabada para poder hablar, para incluso entender realmente el hecho de que su héroe se estuviera ofreciendo a hacerle sopa, nada más y nada menos.
—Me lo tomaré como un sí —dijo Armando, sonriendo amablemente.
Oliver observó cómo cogía dos latas de sopa de un armario cuya puerta apenas se aguantaba en sus bisagras. Entonces cogió un artilugio de un cajón que por su diseño parecía un abrelatas, pero que era tan grande que se necesitaban dos manos para manejarlo.
—Existe una razón por la que dicen que no hace falta reinventar la rueda — dijo Armando con una risita cuando vio la curiosa expresión de Oliver.
Finalmente se abrieron las latas y Armando se puso a hervir la sopa a fuego lento dentro de un pote en un pequeño fogón de gas. Oliver estaba completamente inmovilizado, incapaz de hablar o incluso moverse. Lo único que podía hacer era mirar fijamente a este hombre, la versión viva de su héroe. Incluso se pellizcó un par de veces para asegurarse. Pero era real. Estaba allí de verdad. De verdad, con Armando Illstrom.
—Por favor, siéntate —dijo Armando mientras venía y colocaba dos cuencos de sopa sobre la endeble mesa.
Por lo menos, Oliver recordaba cómo sentarse. Tomó asiento, sintiéndose ciertamente muy raro. Armando se sentó lentamente en el asiento de delante.

Oliver percibió la naturaleza neblinosa de sus ojos y los trozos de piel decolorada en la cara. Todas las señales de una edad avanzada. Cuando Armando colocó las manos sobre la mesa, todas las articulaciones de sus dedos se veían rojas e hinchadas por la artritis.
El estómago de Oliver rugió cuando el vapor de la sopa le llegó a la cara. Aunque estaba en una nube y muy impactado por todo, su deseo por comer se apoderó de él y, antes incluso de tener tiempo para pensar, ya había cogido su cuchara y había tomado un enorme trago de sopa caliente y sabrosa. Era muy rica y nutritiva. Mucho mejor que cualquier cosa que sus padres hubieran cocinado alguna vez. Tomó otra cucharada, sin preocuparle que la sopa le estaba quemando el paladar.
—¿Está buena? —preguntó Armando de modo alentador, comiéndose su propia sopa a una velocidad mucho más lenta.
Oliver consiguió usar una pizca de control y se detuvo entre tragos para asentir.
—Espero que pronto entres en calor —añadió Armando, amablemente.
Oliver no estaba seguro de si quería decir entrar en calor después de la fría lluvia o entrar en calor socialmente. La verdad es que no había dicho mucho desde que había llegado aquí, pero estaba tan confuso por la tormenta y después tan sorprendido por ver a Armando en persona, ¡que su facultad para la habla le había fallado por completo!
Entonces intentó hablar para hacer algunas de sus preguntas urgentes. Pero cuando abrió la boca, en lugar de palabras, la única cosa que salió fue un bostezo.
—Estás cansado —dijo Armando—. Evidentemente. Hay una habitación libre en la que puedes dormir una siesta, y yo te traeré algunas mantas más, pues ahora hace bastante frío.
Entonces Oliver parpadeó.
—¿Una siesta?
Armando asintió y, a continuación, matizó su oferta.
—¿No estarás pensando regresar con esta tormenta, verdad? El último mensaje del alcalde decía que debíamos pensar en no salir durante horas.
Por primera vez, los pensamientos de Oliver se dirigieron a sus padres. Si habían hecho caso a las indicaciones del alcalde para volver a casa, ¿qué habría pasado cuando descubrieron que solo uno de sus hijos había regresado de la escuela? No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente en el cubo de basura, ni tampoco de cuántas horas habían pasado mientras había estado viajando dentro de él. ¿Estarían preocupados por él?
Entonces Oliver se sacudió la preocupación. Posiblemente sus padres ni se habían dado cuenta. ¿Por qué debería perder la oportunidad de descansar en una cama de verdad cuando lo único que le esperaba en casa era un lóbrego hueco?
Alzó la vista hacia Armando.
—Eso suena muy bien —dijo, consiguiendo decir al fin una frase entera—.

Gracias —Entonces hizo una pausa para pensar sus palabras—. Tengo muchas preguntas para hacerle.
—Todavía estaré aquí cuando despiertes —dijo el viejo inventor, sonriendo amablemente—. Una vez estés caliente, alimentado y descansado, entonces podremos hablar de todo.
Tenía una mirada cómplice. Por alguna razón, Oliver se preguntaba si Armando sabía algo sobre él, sobre sus extraños poderes, sus visiones y lo que significaban. Pero Oliver pronto rechazó esos pensamientos. Por supuesto que no. Armando no tenía nada mágico. Él solo era un viejo inventor en una extraña fábrica, no un mago o un hechicero o algo así.
Vencido de repente por la fatiga, a Oliver no le quedaba nada para pensar. La tormenta, los días de estrés por la mudanza y por empezar en una escuela nueva, la falta de comida suficiente, de repente todo esto era demasiado para poderlo manejar.
—Vale —cedió él—. Pero solo será una siesta rápida.
—Por supuesto —respondió Armando.
Oliver se puso de pie y se frotó sus ojos cansados. Armando usó su bastón para ayudarse a levantar su frágil cuerpo.
—Por aquí —dijo Armando, haciendo un gesto hacia el pasillo estrecho y tenuemente iluminado.
Oliver dejó que Armando lo guiara, caminando fatigosamente y sin energía detrás de él. Ahora le pesaba mucho el cuerpo, como si hubiera estado reprimiendo demasiado estrés y tristeza y hasta ahora no fuera consciente.
Al final del pasillo había una extraña puerta de madera que era más baja que una puerta normal y era curva por arriba como si perteneciera a una capilla. Incluso tenía una ventanilla, con un marco de hierro pulido.
Armando abrió la puerta y acompañó a Oliver hasta dentro. Oliver tuvo una sensación nerviosa de expectación al cruzar el umbral.
La habitación era más grande de lo que esperaba y estaba mucho más limpia en comparación con el estado de la cocina. Había una cama grande cubierta con un edredón blanco y suave y unas almohadas a juego, con una manta de lana de repuesto doblada al final de la misma. Había un escritorio de madera cubierto de pequeñas figuritas de guerra, bajo una ventana con unas largas cortinas azules. En un rincón de la habitación había una silla forrada de tela, al lado de una estantería abarrotada de libros de aventuras con un aspecto apasionante.
En todos los sentidos, tenía el aspecto del tipo de habitación que un niño de once años como Oliver debería tener, en lugar de un hueco en un rincón frío y sombrío de una sala de estar sin muebles. Sintió un repentino ataque de pena por su vida. Pero la gratitud que sentía por su repentina oportunidad de escapar de todo eso, aunque solo fuera por unas horas, era más grande.
Oliver miró a Armando por encima del hombro.
—Esta habitación es muy bonita —dijo—. ¿Está seguro de que no le importa que me quede aquí?

Entonces fue muy consciente de su ropa empapada y de la porquería que debía haber arrastrado hasta la fábrica de Armando. Pero en lugar de castigarlo o reñirlo –como habían hecho sus padres el día anterior con el lluvioso tiempo-Armando solo le hizo una sonrisa cómplice.
—Espero que duermas bien y te sientas descansado cuando te levantes —dijo.
Después se giró y salió de la habitación.
Oliver se quedó de pie y fascinado durante un momento más antes e darse cuenta de que estaba demasiado agotado incluso hasta para estar de pie. Quería pensar en los extraños acontecimientos del día, intentar encontrarles un sentido, recordarlos, ordenarlos y catalogarlos dentro de su mente. Pero ahora mismo su cuerpo solo le pedía una cosa y era dormir.
Así que se quitó la ropa, se puso un pijama demasiado grande que encontró colgado en el armario y se metió en la cama. El colchón era cómodo. El edredón era caliente y olía a lavanda fresca.
Mientras Oliver se acurrucaba en la gran y cálida cama, se sentía más seguro que nunca antes en su vida. Finalmente, sentía que estaba en algún lugar en el que encajaba.

CAPÍTULO SEIS

El mundo estaba bastante tranquilo. La luz del sol calentaba los párpados de Oliver. Dejó que parpadearan hasta abrirlos. Por un agujero de las cortinas entraba un rayo de luz.

De repente, Oliver recordó dónde estaba. Se incorporó, parpadeando, asimilando la visión del dormitorio de la fábrica de Armando. Todo era real. Realmente estaba allí.

De repente se le ocurrió que era por la mañana. Su siesta se había convertido en un sueño profundo que había durado toda la noche y hasta el día siguiente. No debería sorprenderse; la cama era la más calentita y cómoda en la que había dormido. De hecho, la fábrica de Armando tenía más sensación de hogar para Oliver que cualquiera de las casas previas que había tenido. Se acurrucó bajo el edredón, sintiéndose feliz y completamente enamorado de ese lugar. No quería irse nunca.

Pero ¿y su familia?, se preguntó Oliver con una creciente sensación de angustia. A estas alturas ya deberían haber notado que no estaba. No había ido a casa en toda la noche. Tal vez pensaban que se lo había llevado la tormenta. Debían estar preocupados.

Aunque el pensamiento preocupaba a Oliver, estaba la otra cara de la moneda. Si realmente pensaban que se lo había llevado la tormenta, eso significaba que no tendría que ir a casa para nada…

Oliver luchaba contra sus pensamientos, atrapados en algún lugar entre la angustia por causarles algún sufrimiento y la emoción por la oportunidad que, al parecer, el destino le presentaba. Finalmente, decidió que hablaría del tema con Armando.

Sintiéndose rejuvenecido por su reposo, Oliver pegó un salto y salió a toda prisa de la habitación para encontrar a Armando. Iba a toda velocidad por los túneles de conejos que eran los pasillos, intentando encontrar el camino de vuelta a la planta baja de la fábrica donde sospechaba que estaría Armando. Pero aquel lugar era un laberinto. Puertas que él estaba seguro que estaban allí el día anterior ahora parecían no estarlo. Hasta que no encontró la cocina y a Horacio, el sabueso, medio dormido en su cesta no pudo calcular dónde estaba y en qué dirección tenía que ir.

Finalmente, apareció en la planta de la fábrica. A plena luz del día era aún más magnífica de lo que era con la luz sombría y tempestuosa. Ahora podía ver hasta arriba del todo del techo –que era tan alto como el de una catedraly ver que encima de las vigas de madera posaban varios pájaros mecánicos. Otros aleteaban por los travesaños, moviéndose del mismo modo que los pájaros de verdad, con excepción del hecho que sus alas estaban hechas de latón y sus ojos eran pequeñas luces rojas que brillaban. Vio que también había murciélagos, que dormían boca abajo con sus enormes alas de metal dobladas por encima del pecho.

—¿Qué demonios…? —murmuró Oliver en voz alta, alzando la mirada hacia las innumerables máquinas voladoras que había por encima de su cabeza.
—Oh, Oliver, buenos días —se oyó la voz de Armando.
Oliver volvió de golpe la mirada a la planta de la fábrica. Allí estaba Armando, levantándose de donde había estado doblado sobre una máquina, trasteando. Inmediatamente, Oliver perdió toda la valentía para preguntarle si se podía quedar en la fábrica.
—¿Has dormido bien? —preguntó el viejo inventor.
—Sí —dijo Oliver—. De hecho, mejor que nunca. Pero se suponía que solo era una siesta. ¿Por qué no me despertó cuando terminó la tormenta?
Armando soltó una risita.
—Lo intenté, querido, pero estabas profundamente dormido. Supongo que realmente necesitabas ese reposo —Sonrió—. Bueno, prometí contártelo todo sobre mi fábrica y mi vida como inventor, ¿verdad? ¿Te gustaría desayunar primero? ¿Una ducha? ¿Ponerte ropa nueva?
Hasta entonces Oliver nos e había dado cuenta de que todavía llevaba el pijama. Dudó, sopesando la oferta de Armando dentro de su mente. Desayuno, una ducha caliente y ropa limpia no eran cosas que sus padres le ofrecerían si volvía a casa. Se convenció a sí mismo de que no haría ningún daño si se quedaba un poco más. Al menos para hacer la visita con Armando.
—Si lo que te preocupa es tu familia, entonces ¿no deberías llamarlos? —añadió el viejo inventor, contestando a su duda.
Esa era la última cosa que Oliver quería hacer. Simplemente, negó con la cabeza.
—De acuerdo. Primero puedo hacer la visita.
El viejo inventor alargó el brazo y colocó su mano firme pero tranquilizadora sobre el hombro de Oliver. Lo miró con sus ojos neblinosos. Oliver veía la profunda bondad y la calidez que había en su interior. Daban confianza, le imploraban que se relajara. No por primera vez desde que llegó a la fábrica, Oliver tuvo la sensación de que Armando sabía más de lo que decía.
El anciano hizo un gesto con el brazo hacia la planta de la fábrica.
—Por favor, por aquí —dijo.
Los pensamientos sobre su familia se movieron al fondo de su mente relevados por la curiosidad. Caminaba lentamente junto a Armando, siguiendo su paso.
—Yo tenía más o menos tu edad —empezó Armando— cuando empecé a hacer mis propios inventos. Nada que funcionara, eso sí —Soltó una risita—. Creo que conseguí hacer un tirachinas mecánico pero eso es todo.
Oliver recordó el tirachinas que había hecho y usado con Chris. La coincidencia le impactó y esa sensación se quedó y se mezcló con todas las otras emociones que fluían en su interior.
—Yo destacaba en la escuela —continuó Armando—. Aunque no me llevaba muy bien con ninguno de los niños.
—Ni usted ni yo —añadió Oliver.

Llegaron a una habitación y Armando entró. Oliver vio que era una biblioteca, con el techo alto y tarimas de madera en el suelo. Una escalera de caracol llevaba a un segundo piso donde había una butaca de flores de aspecto cómodo y una gran lámpara de lectura.
Armando cogió un libro de la estantería que tenía al lado. Era un tomo con tapas de cuero con el título grabado en oro en relieve: *Odontodactylus scyllarus*.
—Era un lector voraz —dijo Armando—. Quería aprender todas las leyes de la física, la historia de la aviación. Todo. Era lo que tú llamarías un empollón.
Oliver solo asentía. La historia de Armando era tan parecida a la suya que era reconfortante. Observó cómo Armando devolvía melancólicamente el libro a la estantería. Después salió caminando lentamente de la habitación. Oliver lo siguió, llevado por la curiosidad.
—Salí de la escuela con buenas notas y fui a la facultad —continuó Armando mientras andaba—. Entonces fue cuando las cosas realmente empezaron a alzar el vuelo para mí. Por primera vez, tenía acceso a materiales y herramientas, a talleres y, evidentemente, a algunos magníficos mentores. Algunas de las mejores mentes.
De golpe, un faisán mecánico bajó en picado y voló por encima de su cabeza, haciendo que Oliver se quedara sin aliento y se agachara. Su vientre rozó la cabeza de Oliver y Oliver vio que era del mismo color arcoíris que un vertido de petróleo. Armando no parecía muy sorprendido por la intromisión. Continuó caminando. Oliver se puso derecho y se cepilló.
—Entonces había entusiasmo por la innovación —decía Armando—. Y la guerra me proporcionó una oportunidad de verdad. Estaban dispuestos a arriesgarse con mentes brillantes como la mía. Ya ves, empecé a inventar cosas para la guerra.
Hizo una señal hacia una habitación. Oliver vio que era la que tenía el tanque militar dentro. Tenía una infinidad de armas extrañas que sobresalían de la parte delantera. Con más luz, ahora Oliver podía ver que había todo tipo de orugas y neumáticos diferentes que llenaban la habitación, algunos hechos de goma, otras de metal, otras todavía con pinchos afilados.
—Me dieron esta fábrica —dijo Armando, continuando—. Y gente para que trabajara conmigo.
—¿De verdad? —preguntó Oliver, un poco desprevenido. En su libro no había ninguna mención real de que Armando tuviera una fábrica en funcionamiento de verdad. Lo habían pintado como un alocado, alguien que se dejaba llevar por la fantasía, en lugar de alguien a quien confiaron el funcionamiento de una fábrica y, de hecho, alguien que lo había hecho con éxito.
Armando asintió.
—Lo sé. Ahora parece extraño pensarlo. Ahora que aquí todo está tan… tranquilo.
Por un segundo, pareció perdido en su ensoñación. Pero volvió de golpe al

momento y guió lentamente a Oliver hacia delante.
Entonces entraron en una habitación llena de vasos de precipitación de cristal y de líquidos burbujeantes, con quemadores Bunsen en fila y máquinas grandes que hacían ruidos como resoplidos. En la habitación hacía calor y olía a productos químicos extraños. Oliver arrugó la nariz por el hedor.
—Puede que hayas oído rumores —dijo Armando— de que nada de lo que yo inventé funcionó.
Oliver se sintió mal por el anciano y se puso rojo.
—Sí, sí que lo oí.
Armando asintió tristemente.
—Se llevaron a mi equipo. Los mandaron a otro lugar, a sitios en los que serían más útiles. Cerraron la fábrica. Al menos oficialmente. Yo continué trabajando aquí en secreto.
¡El muro secreto! Claro. No era de extrañar que este ala de la fábrica fuera tan rara y estuviera tan escondida tras la pared mecánica. Armando había tenido que esconderse, para que su trabajo pasara inadvertido y pudiera continuar.
—¿Así que ha estado solo aquí desde entonces? —preguntó Oliver.
—No financiado sería una palabra mejor —dijo Armando. Suspiró, como si tuviera algún peso pesado haciendo presión sobre él y que le diera golpes en el cráneo con un dedo huesudo—. Aquí tengo mucho conocimiento y nadie a quien pasárselo. Ningún hijo o hija. Ningún aprendiz.
Se acercó lentamente a una máquina. Era igualita al invento grande en forma de cuenco que Oliver había visto primero en la fábrica principal. Pero mientras aquella estaba cubierta de polvo y deteriorada, esta parecía nuevecita.
Oliver tocó el mecanismo de latón con las puntas de los dedos.
—A esta la llamo Vista de Pájaro _dijo Armando.
—¿Qué hace? —preguntó Oliver.
—Permite mirar hacia abajo desde arriba en ciertos lugares. Se supone que ayudaba con el reconocimiento el esfuerzo de guerra.
Oliver frunció el ceño.
—Pero ¿cómo funciona? Necesitaría cámaras en el cielo. ¿Y para qué sirve el cuenco? ¿Y esta pieza giratoria? No lo entiendo.
Lo sopesó. Tal vez era algo que tenía que ver con las corrientes electromagnéticas que atravesaban las gotas de lluvia en las nubes, causando algún tipo de imagen de la misma manera que un ultrasonido, o de cómo los murciélagos ciegos usan un sonar para ver. Pero incluso eso estaba demasiado fuera de lugar para que Oliver lo aceptara. En realidad, la única forma en la que algo así pudiera funcionar era a través de alguna fuerza física no descubierta. Una especie de magia.
Armando soltó una sonrisa malhumorada.
—Nunca funcionó. Siempre faltaba un ingrediente. En todos y cada uno de mis grandes inventos, siempre faltaba un ingrediente.
Oliver se preguntaba qué quería decir con eso Armando. ¿Cuál podía ser el

ingrediente al que estaba aludiendo?
Entonces se dio cuenta de que Armando había seguido avanzando. Oliver se apresuró para atraparlo.
—¿Así que lleva setenta años haciendo inventos? —preguntó.
—Y sumando —respondió Armando.
—¿No le mandaron a luchar después de cerrar la fábrica?
Armando puso una cara un poco de aversión.
—Se suponía que yo iba a ser reclutado como todos los demás. Pero el gobierno quería que yo intentara terminar mi gran invento. Uno que sería increíblemente útil para el esfuerzo de guerra. Me dieron una última oportunidad para hacerlo funcionar.
—¿Qué era? —preguntó Oliver. Recordó las páginas de su libro de inventores. Habían dicho que Armando estaba trabajando en una máquina del tiempo antes de que la guerra detenido sus esfuerzos. ¿Era a eso a lo que se refería?
Armando negó con la cabeza.
—Nunca funcionó, así que no importa.
Parecía incluso más malhumorado. Oliver se sentía mal por haber sacado un fracaso del pasado por que todavía era delicado.
—No se dé por vencido —dijo en un intento de devolver al inventor a su nivel normal de felicidad—. Tal vez mañana será el día en el que encontrará la pieza que falta.
Pero en lugar de animarlo, las palabras de Oliver parecieron entristecer más a Oliver. Se sentó lentamente, crujiéndole las articulaciones.
—Me estoy quedando sin tiempo, Oliver —dijo—. Mis días están contados.
Oliver tenía la clara impresión de que no solos e refería a su avanzada edad, sino a algo más concreto, algo en el horizonte, tal vez algo para lo que incluso había tenido una premonición.
Armando suspiró con poca energía. Parecía haberse quedado completamente sin entusiasmo. Con voz triste dijo:
—Supongo que con eso acaba la visita.
Oliver volvió de golpe a la atención. Sentía como si se desinflara. Esto no podía terminar. No quería que este momento con su héroe se acercara al final. Quería quedarse aquí para siempre, no marcharse nunca. Pero ni cuando Armando se levantó y se dirigió a la puerta, haciéndole gestos para que lo siguiera, Oliver no pudo reunir el valor para preguntar. Volvía a estar mudo.
En silencio, con un nudo en la garganta por la cobardía, Oliver siguió a Armando de vuelta al pasillo largo. En un extremo estaba la puerta de la habitación en la que había dormido la noche anterior. Le había parecido su habitación de verdad, como si se supusiera que él siempre había estado allí. Pero giraron en la dirección contraria, lejos de aquella acogedora habitación con comodidades y se dirigieron a la planta principal de la fábrica.
Cuando llegaron a la parte principal de la fábrica, Oliver miró a su alrededor con una sensación de anhelo. Ver todas las máquinas y las vigas llenas de

murciélagos y de pájaros mecánicos todavía le dejaba estupefacto. Pensar en todas estas máquinas increíbles que Armando había creado le impresionaba. Amargamente, Oliver se dio cuenta de que nunca tendría la oportunidad de trabajar en ellas con su héroe.
—Ha sido un placer conocerte, Oliver —dijo entonces Armando, ofreciéndole la mano a Oliver para que se la diera.
Era igual de educado que siempre, pero Oliver aún notaba la melancolía en su voz. Le dio la mano al viejo inventor, deseando sacar el tema de quedarse pero incapaz hasta de encontrar las palabras.
—Sí —fue lo único que consiguió decir—. Ha sido verdaderamente maravilloso.
Entonces dio la espalda a Armando y se dirigió a la pared rotatoria. Arrastraba los pies al andar y pensaba con tristeza en la vida a la que volvía, con el horrible hueco y el abusón de su hermano.
Llegó a la pared y empezó a buscar la palanca. Entonces fue cuando vio una mesita con correo y el periódico de la mañana encima. Oliver vio las caras tristes de su madre, su padre y Chris. Se quedó sin aliento. ¿Qué estaban haciendo en el periódico? Vislumbró el título: «Chico desaparecido en la tormenta. Los padres piden».
Le dio un pinchazo en el corazón. ¿Así que realmente estaban preocupados por él? El sentimiento de culpabilidad volvió multiplicada por diez.
Cogió el periódico y lo desdobló. Fue entonces cuando Oliver vi que el titular era más largo. Ahora que estaba todo a la vista, el titular entero decía: «Chico desaparecido en la tormenta. Los padres piden apoyo económico para ayudar en la búsqueda».
El corazón se le encogió.
«Pues claro» —pensó amargamente. Sus padres en realidad no estaban preocupados por él. En el poco tiempo en el que había estado desaparecido, ya habían encontrado una manera de exprimir la situación en busca de compasión y dinero. Cuando regresara a casa, seguramente se enfadarían con él por estropear su momento en primer plano y por poner fin a todo el dinero que el generoso público al que estaban engañando les estaba dando.
En la pared dudó, con la mano sobre la palanca. Al otro lado estaba el mundo que él conocía, un mundo de abusos y tormento, de desesperación y de potencial sin explotar. Pero a este lado, al lado de Armando, había mucho más. Aquí sus sueños podían hacerse realidad. Y la fábrica de Armando le parecía más un hogar que cualquiera de sus innumerables casas antes lo hubiera hecho. Aquí tenía una habitación, tenía sabiduría y una oportunidad de aprender. Estaría loco si se marchara de aquí. No podía evitar sentir que se suponía que debía estar aquí. No había nada para él al otro lado, nada de nada. Aquí era donde estaba su sitio.
Un rayo de valor le alcanzó como un relámpago. Poco a poco, Oliver retiró la mano de la palanca. Se giró y dio un paso adelante, mirando de frente a la figura de Armando que estaba al otro lado de la planta de la fábrica.

Todavía tenía la garganta espesa y pegajosa, como si no quisiera que pronunciara las palabras que estaba a punto de pronunciar, pero de algún modo encontró la fuerza para proyectar su voz al otro lado de la planta de la fábrica y pronunciar en voz alta las palabras que tan desesperadamente quería decir.

—Deje que me quede a ayudarle. Si deja que me quede, yo puedo traerle una nueva perspectiva.

Se mordió el labio y observó cómo Armando se quedaba parado al otro lado de la fábrica.

—¿Quedarte? —respondió Armando.

Oliver se movía incómodamente.

—Me refiero a trabajar aquí. Con usted —Se mordió el labio con recelo. Confesar esto le parecía muy atrevido y necesitaba toda la valentía que pudiera reunir. Fue corriendo hacia delante, cerrando el espacio que había entre los dos—. Soy bueno con los inventos y realmente podría ayudar. Sé que podría.

Armando levantó una ceja.

—¿Te refieres a quedarte a largo plazo? Pero ¿qué pasa con tu propia vida, Oliver?

—Mi vida es horrible —dijo Oliver sin vacilar—. Mi hermano es un abusón. Duermo en un hueco. Siento que… siento que es aquí donde se supone que debo estar. ¿No tiene sentido?

Armando suspiró ligeramente. Parecía indeciso.

—Yo soy demasiado mayor para cuidar de ti…

—Ya ha cuidado de mí más de lo que lo hacen mi madre y mi padre —dijo Oliver, aceptando que tendría que ser incluso más independiente y autosuficiente si se quedaba aquí de lo que lo era en casa.

—Y se supone que tienes que ir a la escuela…

—¡Ya sé todo lo que me están enseñando! Allí soy el más listo. Además, podría aprender de usted. Podría guiarme y enseñarme a cómo hacer sus máquinas. Yo podría ser su aprendiz.

Oliver pensaba que Armando parecía angustiado, como si estuviera luchando contra un dilema. No quería ser una carga y sobrepasar el límite, pero esta era la primera vez en su vida que las cosas parecían cerca de estar bien. Ahora no podía irse y dejar todo esto atrás.

—Haré lo que sea—le suplicó Oliver—. Por favor. Déjeme que se lo demuestre. Déjeme mostrarle lo que sé hacer.

Armando hizo una pausa. Pasó un largo silencio antes de que hablara de nuevo.

—Supongo que no hay nada malo en ver de qué estás hecho —dijo al final.

Oliver levantó las cejas. No era un sí, pero tampoco era un no.

—¿De verdad? ¿Me dejará trabajar en algo? ¿Demostrarle lo que puedo hacer?

—Así es —respondió Armando, con una expresión indescifrable—. Pero primero tienes que hacer una cosa.

—Por supuesto —dijo Oliver—. Lo que sea.

Armando hizo sonrisa bondadosa.

—Por favor, ponte ropa de verdad.

Oliver bajó la mirada hacia su pijama y se puso rojo.

CAPÍTULO SIETE

La mente de Oliver daba vueltas mientras se duchaba a toda prisa. Armando no había dicho que pudiera quedarse o ser un aprendiz, pero le estaba dando una especie de oportunidad que mantenía la llama de la esperanza ardiendo en su interior. No podía evitar sentir que iba a pasar una especie de prueba. No es que Armando hubiera dicho tal cosa; de hecho, no había dicho mucho al respecto. Pero Oliver estaba desesperado por probarse a sí mismo y demostrarle a Armando que ese era su sitio.

Fue hasta el armario y encontró que estaba lleno de varios monos de trabajador. Aunque estaban limpios y bien hechos, parecían muy anticuados. Escogió un mono azul oscuro y se lo puso. Evidentemente, era demasiado grande para él, así que se arremangó las piernas del pantalón. Entonces se miró al espejo y se asombró por su apariencia. ¡Parecía que había salido de los años cuarenta!

En cuanto estuvo listo, volvió corriendo a la planta de la fábrica, ansioso por su primera lección con Armando.

—Aquí estoy —dijo, con los ojos muy abiertos, mientras llegaba derrapando al lado del anciano.

Armando asintió al ver su apariencia, claramente aprobando el hecho de que ya no estuviera rondando por allí con el pijama.

—Veo que has encontrado el armario con mi ropa vieja de trabajo —dijo—. Esta ropa es lo que quedó de la guerra. La gente trabajaba aquí y dormía aquí día y noche en aquella época.

—¿Le importa que la lleve? —preguntó Oliver, preocupado de repente.

—En absoluto. Está bien ver que se les da algún uso después de todos estos años —Armando apartó la mirada a lo lejos como si rememorara tiempos mejores—. Venga. Recuerdo que querías demostrarme tus habilidades.

Oliver asintió, a pesar de que estaba lleno de temor. Se mordió el labio y empezó a seguir a Armando por delante de una fila de mesas de trabajo. Al pasar, Oliver se dio cuenta de que una estaba llena de telas y un montón de alambres. Al momento supo que estaba mirando a todos los componentes teóricamente necesarios para crear una capa de invisibilidad. Estiró el cuello cuando pasaban por delante y después se giró, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, para mirar a Armando.

—¿Está fabricando una capa de invisibilidad? —preguntó.

—Ya no —respondió Armando, sin ganas—. Nunca nadie lo ha conseguido y yo tampoco he sido capaz.

—Yo lo he intentado —confesó Oliver.

—Bueno, si quieres mi consejo, mejor que no pierdas más el tiempo con esto —respondió Armando—. Yo desistí hace años.

Oliver no podía evitar sentirse decepcionado. Pensar en resolver la capa de invisibilidad era una de las cosas que más le entusiasmaban de inventar. Pero

si Armando no quería que trabajara en ello, él no podía hacer nada. Tendría que abandonar ese sueño particular.
Oliver continuó siguiendo a Armando a través de los sinuosos pasillos de la fábrica. Pronto identificó que habían entrado en el pasillo de la habitación que contenía el gran tanque militar. Para sorpresa de Oliver, esta fue la habitación a la que se fueron directamente.
—No quiere que yo fabrique un arma, ¿verdad? —preguntó Oliver, mirando fijamente con los ojos muy abiertos al enorme tanque mientras se acercaban.
—¡No, por Dios! —dijo Armando—. Quiero ver si puedes hacer digital el periscopio que hay dentro.
—Oh —dijo Oliver, sin estar completamente seguro de que eso era mejor.
Los únicos periscopios que él había hecho con éxito habían sido usando la ya vieja técnica de los telescopios y los espejos inclinados de forma precisa. Pero él sabía que la Marina había inventado telescopios televisados allá por los años sesenta y, más tarde, los mástiles fotónicos más moderno, que usaban cámaras e infrarrojos. Así que sí que era posible. Y Oliver estaba decidido a no fallar. Armando había dicho que esto no era una prueba, o incluso que pudiera quedarse en la fábrica según el resultado de la tarea, pero Oliver personalmente sentía que todo su futuro dependía de este éxito. No habría prácticamente ninguna posibilidad de convencer a Armando de que se hiciera cargo de él si ni tan solo podía demostrar lo que valía con esta pequeña tarea.
Pasó un largo tiempo reflexionando, mirando al actual montaje del periscopio, que de hecho era la misma vieja y rudimentaria versión que él ya había hecho. Cuando finalmente pensó en una posible solución en su mente, decidió qué materiales específicos necesitaría para lograr una hazaña así.
—¿Tiene un tubo de rayos catódicos? —preguntó Oliver, pensando que el primer paso sería crear una pantalla que funcionara como una televisión.
—Por supuesto —dijo Armando—. Yo tengo algo de todo en algún lugar.
—En ese caso, también necesitaré una cámara. Y un rollo entero de cable. Una placa base y soldadura. Ah, y un paquete de pilas o un tipo de fuente de energía parecido.
Oliver no estaba seguro, pero le pareció ver que Armando hacía una pequeña mueca con la boca. Después de todo, tal vez el viejo inventor estaba empezando a preguntarse si Oliver podría ser un aprendiz. Aun así, Oliver no iba a empezar a envalentonarse. Todavía tenía que hacerlo.
—Eres mi invitado —dijo Armando, haciendo un gesto hacia el resto de la fábrica que estaba detrás suyo—. Puedes servirte tú mismo. Yo tengo que continuar con algunas cosas. Ven a buscarme cuando termines.
Oliver cayó en la cuenta de que iba a tener que encontrar todo lo que necesitaba solo.
Observó cómo Armando salía de la habitación arrastrando los pies. Ahora que estaba solo, Oliver se puso a dibujar un diagrama de lo que esperaba conseguir. Dibujó un simple mástil con una cámara montada arriba del todo y unos cables que pasaban a través de un tubo de plástico que salían al otro

extremo y que iban pegados a la pantalla. En teoría, era sencillo, pero distaba mucho de cualquier cosa que Oliver hubiera diseñado o construido antes.
Cuando hubo resuelto qué aspecto debía tener su invento, Oliver se puso a buscar los artículos que necesitaría para construirlo. Deambuló por la fábrica, explorando los pasillos en busca de materiales, atónito ante el extraño despliegue de artículos disponibles. Armando no hablaba en broma cuando decía que tenía algo de todo en la fábrica. Había todo tipo de trozos de trastos, como grandes tubos flexibles, muelles de colores que parecían sacados de la caja de los trucos de un mago, madera, neumáticos y rollos de alambre.
Oliver estuvo mucho rato buscando entre las cosas para encontrar lo que realmente necesitaba. Cuando hubo recopilado todos los cachivaches necesarios, se dirigió de nuevo a la mesa de trabajo, con los brazos cargados.
Trabajaba con rapidez, intentando abstraerse del estrés que sentía. Ahora no era el momento de acobardarse o desmoronarse bajo presión. Pero estaba seguro de que si fracasaba en demostrar su habilidad ahora, Armando seguramente perdería la confianza en él. Realmente necesitaba demostrar lo que valía o volvería directo a casa a su hueco, al abusón de su hermano y a su estómago constantemente vacío. Se jugaba demasiado con su éxito como para quedarse bloqueado ahora.
Oliver se puso sus gafas de protección y encendió la soldadora. Estaba entusiasmado por estar usando una herramienta para la que su escuela consideraba que él era demasiado joven. Conectó todos los cables en el lugar correcto de la placa base, copiando de memoria un diagrama que había mirado millones de veces en su libro de inventores. Se deleitaba con el olor de la soldadura fundente, en la sensación de logro mientras conectaba el aparato a su fuente de energía.
Ignorando cuánto tiempo había pasado con esta tarea en particular, Oliver colocó las últimas piezas en su sitio y retrocedió para admirar su obra. Debía confesar que en realidad no parecía tan impresionante como lo había sido en su mente o en su esquema. El trozo de cañería que había usado como mástil para conectar la cámara a la pantalla estaba torcido. La televisión era antigua, obviamente sacada de una chatarrería y tenía una pantalla extrañamente convexa. El tubo era voluminoso y su posición por detrás era una monstruosidad. Pero era lo mejor que sabía hacer.
Fue a buscar a Armando y lo llevó hasta la habitación. Armando no parecía demasiado impresionado con lo que veía. Parecía estar observando el artilugio con un aire de decepción.
—¿Has terminado? —preguntó.
Una vez más, Oliver sintió la magnitud de su tarea presionándolo. ¿Realmente había hecho todo lo que podía? ¿Esto era lo mejor de su habilidad? De repente, se sintió extremadamente inseguro de su creación. Por no decir aterrado de que si esto no funcionaba, demostraría de una vez por todas que Oliver no tenía el talento suficiente para ser el aprendiz de Armando. Entonces lo devolverían a su terrible vida con toda seguridad. El pensamiento

era insoportable.
—Está listo —dijo Oliver asintiendo, con el pecho tenso por la angustia.
Encendió la máquina y oyó el zumbido de la electricidad cuando cobró vida. Soltó un poco de respiración sostenida. Por ahora todo iba bien.
La luz led del final de la cámara parpadeaba roja.

—«Así que también funciona» —pensó Oliver con una creciente sensación de alivio y logro.

Entonces Armando y él fueron hacia la pantalla. Para total consternación de Oliver, solo se veía oscuridad. La imagen de la cámara no se mostraba en la pantalla, que era justamente de lo que se trataba. Si no podía hacer que la imagen apareciera en la pantalla, efectivamente no había conseguido nada.

A su lado, sentía que Armando desprendía decepción. Pero ni tan solo se podía comparar con la decepción que Oliver sentía consigo mismo. Se había decepcionado. Había sido un estúpido por pensar que podía ser más que un niño pobre de un barrio malo.

Oliver no podía soportar oír lo que Armando estaba a punto de decir. No necesitaba que se lo confirmaran, ya lo sabía. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, alejándose fatigosamente y afligido de su fracaso.

—Oliver… —dijo Armando.

Oliver ni tan solo podía soportar mirar atrás.

—No, no, no hace falta que lo diga. Ya me voy.

—Oliver… —repitió Armando.

—No pasa nada. Lo comprendo. Me voy.

—¡OLIVER! —exclamó Armando, interrumpiéndolo.

Esta vez, Oliver se detuvo. Había llegado hasta la puerta y se giró en el umbral, mirando con ojos tristes a Armando, que todavía estaba junto a su rudimentario invento.

—¿Sí? —dijo tristemente, preparándose para la decepción de Armando.

—Creo que olvidaste algo —dijo Armando.
Oliver frunció el ceño. No era lo que esperaba oír.
—¿Qué?
Armando hizo un gesto con la cabeza hacia el invento.
—Ven y mira. Lo entenderás cuando vengas aquí.
Frunciendo todavía más el ceño, Oliver fue de vuelta a su horrible máquina. En realidad no quería volver a mirar a su fracaso. ¿Para qué serviría, que no fuera para hurgar en la herida?
Pero mientras se acercaba, se dio cuenta de lo mismo que Armando. Algo no funcionaba con la cámara que había conectado a la pantalla. Aunque estaba encendida y funcionaba, como indicaba la luz intermitente, la lente no se veía bien en absoluto. De hecho, parecía que estaba cubierta por una película de algo negro, como petróleo o polvo.
Oliver se apresuró y usó la manga de su mono de trabajo para limpiar la lente.

La porquería gruesa y negar empezó a salir con su manga y, mientras la limpiaba, Oliver vio que en la pantalla estaba empezando a aparecer una imagen borrosa.
No podía creerlo. ¡La máquina había funcionado todo el tiempo! Era la lente sucia la que tapaba la imagen, proyectando solo su oscura superficie.
—Lo conseguí —murmuró Oliver, demasiado aturdido para creerlo de verdad.
Continuó limpiando la lente, sorprendido al ver que iba apareciendo más imagen. A medida que sacaba porquería, más clara se veía. Con las pruebas irrefutables apareciendo delante de sus ojos, Oliver empezó a darse cuenta de que su invento era un éxito. De que lo había conseguido.
Miró a Armando. El viejo inventor parecía entusiasmado. De repente, la esperanza hizo que Oliver se sintiera optimista. Aparecieron a asomar lágrimas en sus ojos.
—¿Eso significa… —empezó, con la voz llena de emoción— que puedo quedarme?
—Sí —confirmó Armando asintiendo con la cabeza—. Puedes quedarte —A continuación, añadió con un austero énfasis—: Por ahora.
El apunte no pudo sofocar la emoción de Oliver. No podía contenerse. Saltaba arriba y abajo sin moverse del sitio, dando golpes al aire, gritando de alegría y chillando.
—¡Lo conseguí! —gritaba, dando vueltas victoriosas por la sala—. ¡Lo conseguí!
Armando soltó una risita pero mantuvo una reacción más moderada.
—Siento que con tu determinación y tu esmero, por no hablar de la magnitud de tu capacidad intelectual, bueno, sería un estúpido si te despidiera en lugar de alimentar tus talentos.
Oliver dejó de correr, se detuvo delante del inventor y miró a su héroe. Estaba tan abrumado por la gratitud que quería abrazar al anciano. Peros e contuvo. No le parecía adecuado.
—¿Y ahora qué? —preguntó, contento de haberlo conseguido de verdad, de haber demostrado lo que valía—. ¿En qué quiere que trabaje ahora? ¿Qué tal en la capa de invisibilidad?
El miedo de Oliver había dado paso a la emoción. Lo único que tenía que hacer ahora era continuar. Pero Armando negó con la cabeza con buen humor.
—Te estás adelantando, mi chico. Primero tengo que ver cómo progresas. Con inventos de verdad, en lugar de los que son teóricamente posibles pero prácticamente imposibles. Debemos empezar con lo elemental.
—Con lo que usted quiera —dijo Oliver—. Estoy preparado para aprender. Empecemos ahora.
Armando sonrió amablemente.
—Por supuesto. Ven conmigo. Trabajaremos en más cosas y veremos cómo avanzas. Después podemos hablar de qué hacemos contigo a más largo plazo.
Oliver sentía como si estuviera andando en el aire mientras seguía a Armando

a un rincón de la fábrica. Allí había una mesa de trabajo preparada con un surtido de herramientas –sierras, tornillos de banco y limas-y una variedad de materiales –madera, metal y plástico. Oliver pasó los dedos con cuidado por ellos, encantado con la perspectiva de usarlos pronto.
—Vamos a revisar lo fundamental —empezó Armando, señalando hacia unas gafas de plástico—. Primero, la seguridad.
Oliver se puso las gafas de protección.
—Estas son especiales, por cierto —dijo Armando—. Modificadas por mí para una mejor funcionalidad.
Estiró el brazo e hizo clic en un botoncito que había en el puente de las gafas. Oliver se quedó sin aliento cuando el mundos e volvió blanco y negro.
—La función blanco y negro mejora el contraste —explicó Armando. Después hizo clic de nuevo en el botón y el mundo de Oliver se volvió verde —. Infrarrojos para trabajar por la noche.
—¿Habrá mucho de eso? —preguntó Oliver—. ¿Trabajo por la noche?
No le importaba si lo había. De hecho, la perspectiva era bastante emocionante. La idea de trabajar hasta medianoche a Oliver le parecía bastante romántica.
Armando no era más que una mancha roja detectada por el calor cuando contestó:
—Intentaré mantenerlo a un mínimo —Hizo clic en el botón y reapareció ante los ojos de Oliver una vez más como el anciano al que se había acostumbrado —. Pero habrá veces que debamos y veces en las que tendrás que renunciar a dormir.
—Haré lo que sea —respondió Oliver estoicamente. Y lo decía en serio. No había nada que quisiera más en el mundo que ayudar a Armando. Ser su aprendiz. Tener al anciano como mentor.
Pero la expresión preocupada de Armando parecía dar a entender que tenía otras cosas en mente.
—Estoy bastante seguro de que lo harás —Entonces cambió bruscamente a la atención—. Venga, venga, vamos a trabajar.
Para Oliver, el resto del día fue una confusión de ensueño. Armando le enseñó todos los conocimientos básicos de carpintería y electrónica. Empezaron haciendo sencillos circuitos de papel con cinta de cobre, pilas de botón y LEDS, después continuaron construyendo un pequeño motor eléctrico con una batería, cable e imanes.
—En otro momento hablaremos de la química —explicó Armando cuando aquel emocionante día llegó a su fin.
Oliver tenía la cabeza bastante llena, pero lo absorbía todo como una esponja, ansioso solo por saber más, más y más, ansioso también por demostrarle a Armando lo que valía para que el anciano inventor confiara en él lo suficiente para cogerlo como aprendiz en jornada completa.
Cuando llegó la noche en el segundo día de Oliver en la fábrica, Armando anunció:

—Vamos a parar para cenar.

Oliver se quitó las gafas protectoras, se alisó el pelo lacio y se secó otros que se le habían pegado a la frente con el sudor. Había sido un trabajo duro pero él no lo haría de otra manera.

Cuando empezaron a caminar juntos hacia la cocina, Oliver oyó un ruido repentino desde la otra punta de la fábrica. Se encogió por el susto y oyó el débil gruñido de Horacio el sabueso a lo lejos.

—Aquí hay alguien —exclamó, dirigiéndose a Armando con una expresión de pánico.

—Sí —confirmó el viejo inventor—. Será Lucas, el capataz de la fábrica.

Oliver se detuvo, atónito y sorprendido.

—¿Quiere decir que alguien más trabaja en la fábrica?

Sintió una extraña ola de celos en el pecho. Pensaba que sería el único que trabajara allí. Pensar en compartir a su héroe con otro le dejaba mal gusto de boca.

—Te lo quería decir —añadió Armando, algo frívolamente—. Lucas ha estado a mi lado desde el primer día. Es la única persona que ha estado conmigo en lo bueno y en lo malo. Cuando yo no esté por aquí, trabajarás junto a él. Él te mostrará lo que hay que hacer.

—¿Cuándo usted no esté aquí? —repitió Oliver, sintiendo que los nervios se le atragantaban. ¡Compartir a su héroe con otra persona era una cosa, pero no tener a su héroe disponible era otra muy diferente! —¿Qué quiere decir? ¿Dónde iba a estar que no fuera aquí?

Antes de que Armando tuviera ocasión de contestar, se acercó una figura hasta su lado. Lucas también era un anciano, aunque obviamente no tan mayor como Armando. Oliver le ponía unos ochenta años. De hecho, si había sido el capataz de la fábrica durante setenta años, ¡debía tener la edad de Oliver cuando empezó a trabajar allí! Ese pensamiento inquietaba aún más a Oliver.

La cara arrugada de Lucas parecía fruncir el ceño de forma permanente, su cara arrastrada hacia abajo por la gravedad, le hacía parecer tan triste como el sabueso Horacio. Observó a Oliver con desconfianza.

—Lucas —dijo Armando animadamente—. Este es Oliver.

La expresión de Lucas solo podía describirse como fría. Sus ojos eran muy pálidos y muy azules y parecían penetrar directamente en el alma de Oliver. Estaba claro que a Lucas tampoco le gustaba la idea de compartir al viejo inventor con alguien.

—Trabaja aquí, ¿verdad? —dijo Lucas, con la voz destilando asco.

—Sí —respondió Armando alegremente, obviamente sin percatarse del odio en la voz de Lucas—. Bueno, por ahora. Mañana por la mañana, necesito que le muestres cómo son las cosas y que lo pongas al corriente. Tengo algunos asuntos importantes que atender y estaré fuera todo el día.

Oliver movió su mirada de Lucas a Armando, sintiéndose aterrado de repente. Eso no era para nada lo que él había imaginado. Pensaba que Armando le enseñaría, ¡no este horrible hombre con el ceño fruncido que evidentemente lo

odiaba!
—Ven, ven —dijo Armando—. A cenar y después a dormir.
—Espere… –dijo Oliver, a punto de protestar por los planes del día siguiente.
Pero Armando de golpe parecía muy distraído. Era como si su atención hubiera cambiado al instante de Oliver a otra cosa completamente diferente.
Oliver miró a Lucas, al intruso en su, por lo demás, perfecta vida. Lucas clavó la mirada en Oliver. Lentamente, una sonrisa amenazadora se dibujó en su cara. Oliver tragó saliva.

CAPÍTULO OCHO

A la mañana siguiente, Oliver se preparó para el día y se puso un mono de trabajo de los años cuarenta limpio. Salió de su habitación y fue hacia la planta de la fábrica, donde Lucas ya le estaba esperando. No había ni rastro de Armando. Oliver tragó saliva por los nervios.

Lucas lo fulminó con la mirada. Nos e molestó en decir hola.

—Me han dicho que cuide de ti todo el día —fue todo lo que dijo y su tono daba a entender que era la última cosa del mundo que quería hacer.

Oliver encogió los hombros y metió las manos en sus profundos bolsillos. Se sentía muy incómodo en presencia de Lucas.

Justo entonces, vino un ruido por detrás. Oliver miró por encima del hombro y vio a Armando, bastón en mano, cojeando por la fábrica. Llevaba una gabardina verde larga y se dirigía hacia la puerta falsa. Oliver se preguntó a dónde iba.

—¿Armando? —exclamó Oliver. Pensar en quedarse en la fábrica solo con Lucas le aterraba bastante.

Cuando el viejo inventor no respondió, Oliver fue a acercarse a él. Pero antes de que tuviera la oportunidad incluso de hacer un paso hacia Armando, sintió una mano fuerte que le agarraba el hombro. Se giró, sorprendido, y vio la cara de pocos amigos de Lucas mirándolo con furia. Para ser un hombre de ochenta y tantos, lo cogía con mucha fuerza.

—No te metas —dijo Lucas entre dientes.

Oliver ya había deducido que a Lucas no le gustaba, pero el odio que había en su cara era inconfundible. Oliver no podía ni tan solo empezar a comprender por qué Lucas lo odiaba tanto.

—Pero ¿a dónde va? —preguntó Oliver.

—No es asunto tuyo —ladró Lucas en respuesta. Estrechó todavía más los ojos, hasta quedar entrecerrados. Retorció sus finos labios , como si se deleitara con el hecho de que él tenía más información que Oliver.

Entonces la pared falsa de la fábrica chirrió. Cuando Oliver miró, vio que Armando ya no estaba.

Lucas le soltó el hombro a Oliver. A Oliver le pareció que se tranquilizaba un poco. Soltó algo de la tensión en su actitud.

—Déjame que te enseñe esto un poco más —dijo—. Me imagino que Armando no hizo una visita particularmente exhaustiva de la fábrica.

Oliver no podía evitar sentirse desconfiado por la invitación. Por todo lo que había sufrido por parte de Lucas hasta el momento, no le extrañaría que se llevara algo entre manos. Tal vez tuviera un plan malvado para deshacerse de él. Quizás encerraría a Oliver dentro del tanque mecanizado ¡o le echaría encima una bandada de pájaros mecánicos!

—Ah… vale —dijo Oliver con voz insegura.

No quería que Lucas supiera el miedo que tenía, así que mantuvo la barbilla

alta mientras seguía al anciano lejos de la mesa de trabajo.
Primero lo llevó a un pasillo nuevo que él todavía no había visto. Dentro había una gran escalera de caracol roja.
—Allá arriba está mi despacho y mi habitación para cuando hago noches —le dijo Lucas—. Zona prohibida para ti, por supuesto.
—Por supuesto —repitió Oliver secamente.
Fueron a otro pasillo y después a otro que Oliver no había visto. Le asombraba cuántos había en la fábrica y lo fácil que era perderse dentro.
—Aquí tenemos todas las piezas de plástico —explicó Lucas, mientras andaba lentamente. Señaló hacia una habitación en la que había una enorme máquina de moldear y una cinta transportadora—. Allí puedes hacer lo que quieras. Solo tienes que programar el ordenador, añadir los ingredientes brutos y dejar que las máquinas hagan el resto.
Oliver abrió los ojos como platos por la emoción.
—¿Voy a trabajar aquí?
Lucas encogió los hombros de forma evasiva.
—Quizás algún día. Pero hoy tengo una tarea reservada para ti que no incluye moldear.
Oliver estaba un poco decepcionado por no poder usar la máquina chula, pero estaba seguro de que su tarea real sería igual de apasionante.
En la siguiente habitación, había una máquina con un aspecto aún más sofisticado. Oliver se dio cuenta de que era una impresora 3D.
—La usamos para plásticos más complicados —dijo Lucas—. Todos los trozos complejos.
Oliver abrió todavía más los ojos cuando vio la impresora 3D. Siempre había querido probar una.
—¿Y esto será parte de mi tarea? —preguntó.
Lucas negó con la cabeza.
—Los diseños son demasiado avanzados para ti.
Oliver hizo pucheros. No le gustaba que le hablaran en forma paternalista, especialmente cuando Lucas no sabía nada sobre él ni de sus habilidades. Lucas no tenía ni idea de lo listo que era Oliver ni de lo rápido que aprendía las cosas. Pero, de nuevo, Oliver no protestó. Había visto tantas cosas apasionantes en la fábrica que sabía que cualquier cosa en la que acabara trabajando hoy sería igual de fantástica.
Lucas llevó a Oliver por otro pasillo que no había visto nunca. Era sumamente estrecho y Oliver calculó que debía estar atrapado entre el pasillo en el que estaba su habitación y el de las máquinas de los plásticos. Estaba tan escondido que sería fácil pasarlo por alto por completo, pasar por delante sin ni tan solo verlo. De hecho, el mismo Oliver podría haberlo hecho.
—Por aquí tenemos la habitación de Armando —dijo Lucas—. Es una zona prohibida, por supuesto.
—Sí, sí —dijo Oliver con un suspiro. Parecía que Lucas disfrutaba restregándole en la cara lo mucho que no podía saber.

Miró a la puerta con curiosidad, preguntándose qué clase de habitación tendría el viejo inventor y qué tipo de secretos podría haber escondido en su interior.
Continuaron por el pasillo extrañamente estrecho. Era bastante claustrofóbico y la débil iluminación no ayudaba. Pero, de repente, el pasillo se abrió, tanto en anchura como en altura y ante ellos había una enorme puerta.
Lucas se detuvo. Oliver también. La puerta era enorme y estaba hecha de acero grueso. Tenía unas rayas amarillas y negras pintadas y las palabras NO PASAR se habían pintado en rojo con aerosol. La puerta parecía muy segura, su grueso acero evidentemente era impenetrable con cualquier tipo de máquina de cortar.
—El invento secreto de Armando está seguro aquí dentro —dijo Lucas. Después se giró, miró a Oliver y repitió su mantra favorito—. Pero es una zona prohibida para ti.
Oliver notó la sonrisita en la cara de Lucas y se dio cuenta de que toda la "visita" había sido una farsa, solo un modo de mostrarle a Oliver todas las cosas que no tenía permiso para hacer y todos los lugares de la fábrica a los que no tenía acceso. Lucas solo estaba intentando dejar claro que cuando se trataba del orden jerárquico, Oliver estaba el último.
Pero la elección de las palabras de Lucas había despertado el interés de Oliver. *El invento secreto de Armando*. Sonaba muy misterioso y la curiosidad de Oliver creció.
—¿Puede decirme qué hay dentro? —preguntó—. Aunque no se me permita verlo, me encantaría saber en qué está trabajando Armando.
Lucas frunció más el ceño.
—Eso es información confidencial —dijo de forma evasiva.
Oliver se dio cuenta de golpe de que Lucas tampoco lo sabía.
—También es zona prohibida para usted, ¿verdad? —dijo, escondiendo su placer de que incluso el arrogante capataz anciano no era tan importante como quería aparentar.
El silencio de Lucas lo decía todo. Si ser el capataz de Armando durante setenta años no le había permitido a Lucas ningún lujo particular, Oliver podía empezar a entender el resentimiento del hombre hacia él. Pero no hacía falta que se comportara de forma tan desagradable por ello. Oliver estaba seguro de que Armando no guardaba cosas en secreto para ser cruel. Seguramente existía una buena razón para ello. Aun así, quería saber desesperadamente qué estaba pasando detrás de aquellas puertas.
—Venga, es hora de empezar a trabajar —espetó Lucas. Ahora que Oliver lo había descubierto, parecía estar incluso de peor humor.
A pesar de la grosera personalidad de Lucas, Oliver estaba emocionado por empezar a trabajar. Esperaba que su tarea fuera algo que molara. Hasta el momento, había visto muchas cosas increíbles en la fábrica, desde los laboratorios de química hasta las impresoras de plástico, la planta de astronomía y las habitaciones de electricidad, que el corazón le dio un brinco por la emoción de pensar que, por fin, iba a poder empezar.

—Puedes ayudar con eso —ladró Lucas cuando llegaron a un banco de trabajo.
Oliver miró y vio que allí encima había mil engranajes diminutos. Se le encogió el corazón.
—¿Pero esto qué es? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?
El ambiente era tenso. Oliver podía sentir que Lucas lo perforaba con la mirada. Lucas suspiró profundamente.
—Es un engranaje con mecanismo de cremallera —dijo—. Los usamos para alimentar cintas transportadoras. Y esas cosas —dio un golpecito con el dedo índice a los minúsculos piñones— tienen que ir allí para hacer que funcione.
Oliver se sentía abatido. Su primer trabajo era repara lo que evidentemente era una máquina insignificante, una cinta transportadora rota, en lugar de inventar algo importante o interesante. Solo lo usaban para trabajos forzosos.
—¿Por qué los necesita todos? —exclamó, observando el tablero. Por lo menos había mil piñones. ¡Le llevaría horas!— ¡Incluso los engranajes más complejos no necesitan mil piñones para funcionar!
Lucas entrecerró los ojos.
—Tú no eres ningún experto en cómo funcionan los engranajes con mecanismo de cremallera —dijo fríamente—. Este sí que necesita todos estos piñones. Así que ponte a trabajar.
Resoplando, Oliver se sentó en el taburete y empezó su insignificante tarea. No podía evitar sentir que Lucas se equivocaba. ¡No tenía sentido que un engranaje tuviera tantos piñones! Pero el no quería montar un escándalo o ir en contra de sus indicaciones. Si eso era lo que Armando le había dicho a Lucas que tenía que hacer, entonces Oliver lo iba a hacer. Por lo que él sabía, podría tratarse de otra prueba. Una prueba de docilidad y resistencia.
Mientras trabajaba, empezó a dibujar esquemas en su mente, de cómo la máquina podía diseñarse de manera mucho más sencilla. Aquí había muchos componentes innecesarios, tantos de hecho, que haría que la máquina fuera mucho menos potente. Con cada piñón llegaba una transferencia de energía y con el diseño actual se malgastaba mucha.
Justo entonces, Lucas se levantó.
—Me voy a tomar un descanso. Continúa.
—Claro —dijo Oliver sin prestar atención. Ahora toda su atención estaba en la máquina.
Empezó a reorganizarla, siguiendo el esquema que tenía en mente. Empujó varios de los piñones más pequeños hacia el lado, escogiendo en su lugar a los que proporcionarían una fuerza más grande y potente una vez arrancara. Todos los piñones más pequeños estaban disminuyendo la potencia, gastando la energía por ninguna razón en absoluto. Calculó que al menos cincuenta de los piñones eran dañinos para el funcionamiento de la máquina y por lo menos otros cien eran completamente inútiles. Lo que le quedaba era mucho más manipulable y trabajaba rápido para conectarlos en su posición.

Cuando hubo acabado, aseguró una palanca para probar el mecanismo. La arrancó y los piñones empezaron a correr, cada uno hacía avanzar el siguiente. Como era de esperar, su diseño era perfectamente adecuado para completar la deseada acción necesaria.
Oliver aplaudió, satisfecho con el trabajo bien hecho. Después miró a su alrededor. Había terminado su tarea, pero Lucas no estaba por allí para darle una nueva.
Entonces se acordó de la capa de invisibilidad. Armando había dicho que no perdiera el tiempo en ella, pero allí sentado sin hacer nada Oliver estaba perdiendo el tiempo y prefería insistir aunque no llegara a ningún lugar. Al fin y al cabo, nadie conseguía nada sin intentarlo.
Fue hasta la mesa de trabajo y miró todas las telas y los cables acumulados. Cuando empezaba a revisarlos, oyó los pasos de Lucas, que regresaba.
—¿Qué estás haciendo? —exclamó Lucas—. Te dije que trabajaras en los piñones.
Parecía furioso. Oliver no pudo evitar acobardarse ante su ira.
—Lo terminé —tartamudeó, al cogerle desprevenido la ira de Lucas.
—No es posible —refutó Lucas—. No puedes haber terminado ese trabajo todavía.
—Lo he hecho —insistió Oliver. Volvió a la mesa de trabajo y le mostró a Lucas lo que había hecho. Giró la manivela para demostrar que el mecanismo funcionaba con exactitud—. Tomé un atajo —explicó. Señaló hacia todos los piñones sobrantes —Ninguno de estos era necesario para hacerla funcionar.
Lucas estaba completamente mudo. Parecía completamente atónito ante lo que Oliver había conseguido. Pero en lugar de felicitar a Oliver por hacer un buen trabajo de una forma tan rápida, parecía incluso más enfadado.
Oliver no iba a disculparse por hacer lo que le habían pedido, o por mejorarlo. Cruzó los brazos y preguntó tranquilamente:
—¿En qué querría que trabajara ahora?
Lucas encogió los hombros.
—Sigue con la capa si quieres. A mí no me importa. De todos modos, estás perdiendo el tiempo.
A Oliver se le ocurrió que la tarea de los piñones se suponía que debía llevarle todo el día, que Armando no había dejado ningún otro trabajo para que él lo hiciera porque esto era todo lo que esperaba que consiguiera. Se sentía victorioso. Era evidentemente mejor de lo que cualquiera esperaba. Estaba impaciente por el regreso de Armando y por poderle mostrar sus logros.
—vale —dijo Oliver con la barbilla en alto—. Si no soy necesario en la planta, me gustaría trabajar en esto en mi habitación —Por lo menos allí podría trabajar en la capa sin el escrutinio de Lucas.
—Como quieras —dijo Lucas, encogiendo los hombros. Ni tan solos e molestó en mirar a Oliver mientras hablaba.
Oliver cogió la caja de materiales y se alejó de la mesa de trabajo. Mientras se marchaba, Lucas soltó una horrible carcajada.

—Buena suerte, chico. Nadie lo ha resuelto nunca. Ni tan solo Armando.

Oliver sentía que le ardían las mejillas, pero no dejó que las palabras de Lucas le disuadieran. Si podía sobrevivir al tormento de Chris, ¡podía sobrevivir a la burla de Lucas!

Se marchó ofendido con la caja, fue hasta su nueva habitación y puso la caja encima del escritorio. Con cuidado, examinó todos los materiales que contenía. La tela mate negra no había funcionado, pero de entre todas parecía la más buena. Al fin y al cabo, el negro era lo que sucedía cuando algo no absorbía nadad e luz.

De repente, a Oliver le vino un momento de inspiración. El negro no absorbía nada de luz, pero el blanco era lo que sucedía cuando toda la luz era absorbida. ¡Quizá si usaba el blanco en su lugar, le ofrecería el mínimo reflejo porque lo estaba absorbiendo todo a cambio!

Rebuscó en la caja y encontró material blanco. Entonces empezó la tarea minuciosa de coser un entrecruzado de cables en una esquina de la tela. En cuanto tuvo un área de muestra lo suficientemente grande, se giró hacia la lámpara de mesa que tenía a su lado y sujetó la tela debajo de ella.

Con amarga desilusión, Oliver vio que no lo había resuelto.

Se recostó en la silla y resopló. ¿Qué se le escapaba? El cable parecía suficientemente fino y él estaba seguro de que la tela blanca era la mejor opción de entre todo lo que había allí.

Buscó dentro de la caja, sacó el cable y esta vez lo inspeccionó bajo la luz. Tal vez tenía algún problema después de todo. Se suponía que la delgadez era casi imperceptible para el ojo humano y, aun así, Oliver podía verlo más o menos. ¿Tenía que ser más fino? ¿Pero cómo? Y aunque lo fuera, ¿cómos e suponía que debía trabajar con algo que era más fino de lo que sus ojos podían ver?

Entonces se preguntó si Armando tenía algún tipo de microscopio o lupa que él pudiera usar. Si quería hacer los cables aún más finos, necesitaría un microscopio para hacerlo. Seguramente el viejo inventor tenía algunos por allí. De hecho, él podía recordar vagamente haber visto uno o dos durante la visita.

El problema era que a Oliver no le apetecía mucho volver a la planta de la fábrica mientras Lucas estuviera trabajando. No quería que el huraño anciano lo viera cogiendo más cosas para su inútil tarea. No quería oír, una vez más, que iba a fracasar.

Entonces recordó su clase con la Sra. Belfry. Ella lo había animado a ser el foco de atención a pesar de que tuviera miedo de que sus compañeros le avasallaran. Esto, en realidad, no era diferente. Si pudo aguantar sus burlas y crueles susurros, podía manejar a Lucas.

Suspiró profundamente y se fue de la habitación. Ya en el pasillo, Horacio el sabueso lo miró con sus tristes ojos. Oliver se arrodilló y le dio una palmadita en la cabeza. El perro suspiró antes de volver a quedarse dormido.

Oliver se metió en la fábrica. Lucas estaba ocupado en su mesa de trabajo. Tal vez Oliver podía pasar por delante de él sin ser visto.

En la sombra, Oliver examinaba la planta de la fábrica para ver si había un microscopio en algún lugar por allí cerca, o si podía localizar el lugar donde Armando guardaba las herramientas.
Justo entonces, vio un montado colgado en una pared. Era igual que los que había en la clase de taller de la escuela, donde guardaban todos los taladros y destornilladores. Oliver pensó que debía ser ese.
Fue directamente hacia allí. Pero en cuanto Oliver salió de la sombra y empezó a andar hacia el armario de herramientas, Lucas se giró rápidamente y le lanzó una mirada asesina. Era como si hubiera notado que venía con un sexto sentido. Incluso a esa distancia, Oliver podía ver la frialdad en sus ojos azules.
—¿Cómo va? —ladró desagradablemente Lucas desde la otra punta de la planta de la fábrica—. ¿Todavía no lo has resuelto? ¡Qué sorpresa! Me imagino que te volverás loco intentándolo.
Oliver metió las mejillas hacia dentro. Estaba demasiado decidido como para parar ahora, sin importar lo mucho que Lucas intentaba desautorizarlo y desanimarlo. Fue directamente al armario y lo abrió.
Para su agrado, era en efecto un armario de herramientas. Dentro había una variedad de herramientas para cortar; cuchillos, alicates, destornilladores, tijeras, principalmente cualquier cosa que alguien pudiera necesitar. Escogió varios bisturís diferentes con anchuras de hoja variadas, mirándolos uno a uno. Entonces descubrió uno tan fino que su hoja era como un pelo. Cuando lo sacó del armario, la hoja brilló a la luz. Oliver cayó en la cuenta de que debía de estar hecho de diamante. El diamante es conocido por ser la mejor herramienta de cortar del mundo. ¡Decididamente este era el cuchillo para su trabajo!
Contento con su primer éxito, Oliver cerró las puertas del armario con cuidado y empezó a buscar el microscopio. Indudablemente, había visto uno durante la visita de Armando pero no recordaba bien dónde había sido. La visita había sido, a lo más, escasa. Y, desde luego, no iba a preguntar a Lucas. El anciano amargado probablemente lo mandaría en la dirección equivocada solo para divertirse.
Oliver volvió sobre los pasos que había hecho en la fábrica, en dirección al lugar en el que él sabía que Armando había empezado, siguiendo después la ruta más lógica que pudo. Había varias habitaciones en las que Armando había metido la cabeza antes de decidir que dentro no había nada importante, así que Oliver los ignoró, pues él ni tan solo había mirado dentro. Después estaba la habitación con el invento de Vista de Pájaro y otra habitación llena de autómatas a medio terminar, pero en ninguna estaba el microscopio.
Oliver estaba en el pasillo, confundido. La fábrica tenía tantos pasillos extraños y habitaciones laterales que era imposible orientarse.
Empezó a deambular sin rumbo fijo. Pronto, se encontró de pie delante de la puerta de acero con rayas negras y amarillas. La miró con curiosidad y se preguntó de nuevo qué podría haber dentro. Probablemente el invento más

increíble de todos, dedujo Oliver, dejando volar su imaginación. Fuera lo que fuera, era algo que solo Armando había visto. Ni tan solo había confiado en Lucas para que mirara dentro. Oliver se preguntaba si algún día a él se le permitiría entrar. Tal vez si resolvía la capa de invisibilidad, Armando lo recompensaría con un vistazo a la habitación secreta.
Oliver tenía que regresar a la tarea que tenía entre manos. Se giró. Para su sorpresa, Horacio el sabueso estaba quieto detrás de él.
—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Oliver, inclinándose para frotar detrás de las orejas al viejo perro.
Horacio soltó un gemido. Se giró y trotó, de forma artrítica, hasta el final del pasillo y se detuvo allí. Miró hacia atrás expectante, como si estuviera esperando a Oliver. Oliver encogió los hombros y siguió al perro. Pero antes de que llegara a él, Horacio empezó a trotar de nuevo y desapareció al doblar la esquina. Con curiosidad, y con la clara impresión de que lo estaba llevando a algún lugar, Oliver también dobló la esquina. Y, como era de esperar, Horacio lo estaba esperando, mirándolo con sus ojos caídos y tristes.
En el momento en el que Oliver apareció, Horacio desapareció tras una puerta abierta. Oliver lo siguió de nuevo. Cuando entró en la habitación detrás de Horacio, se quedó atónito al ver que estaba en una habitación llena de microscopios. ¡El perro lo había llevado justo a donde tenía que ir!
—¡Gracias, Horacio! –gritó, preguntándose tanto cómo él perro había sabido lo que estaba buscando y por qué había decidido ayudarle.
Como respuesta, el perro soltó uno de sus tristes suspiros. Después se giró y se marchó cojeando, sus garras repiqueteaban contra las tarimas mientras avanzaba.
Oliver no perdió el tiempo. Inspeccionó todos los microscopios uno a uno. Algunos eran muy grandes y muy potentes; otros eran más pequeños y más portátiles. Escogió uno que no pesaba mucho, a medio camino entre los dos extremos y salió a toda prisa, emocionado por ponerse a trabajar.
Horacio estaba roncando profundamente dentro de su cesta cuando él pasó por delante. El pobre debía haberse quedado exhausto al ayudarle, por lo que Oliver estaba muy agradecido.
Oliver pasó corriendo por delante de él y se apresuró a entrar en su habitación, en dirección a su escritorio. Colocó el microscopio encima de la superficie y se puso directo a trabajar, bajo la luz de la lámpara, usando el cuchillo con la hoja de diamante ultrafina para cortar los cables aún más finos. Era una tarea ardua y difícil, pero para Oliver era muy satisfactorio estar absorto. Además, ayudaba que él estuviera completamente seguro de que esto lo cambiaría todo, ¡de que la capa de invisibilidad que había estado intentando fabricar durante años estaba realmente muy cerca de ser una realidad!
Oliver se concentró tanto en su trabajo que ni tan solo notó el olor a estar cocinando cuando Lucas paró para comer, ni la luz que se iba debilitando con la puesta de sol. Solo fue vagamente consciente de que alguien asomaba la cabeza por la puerta para vigilarlo y del ruido chisporroteante de la paella de

Lucas mientras cocinaba la cena de los dos. Pero no le preocupaban ni su estómago rugiente ni su cansancio al caer la noche. Y no tardó mucho en quedarse dormido allí sentado.

***

Oliver estaba nadando en el profundo océano. Estaba muy oscuro, la superficie del agua apenas era visible por encima suyo. Oliver se mantenía a flote mientras echaba un vistazo a su alrededor, su pelo rubio oscuro se meneaba cuando el movía la cabeza. De algún modo, a pesar de estar bajo el agua, podía respirar perfectamente bien.

Parpadeaba confundido. Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad del océano, se dio cuenta de que estaba rodeado de vida marina. A su alrededor había enormes gambas con la cáscara color arcoíris. Medían por lo menos diez centímetros, tenían el cuerpo verde y brillante y las patas naranjas y brillantes, y estaban llenos de una multitud de manchas relucientes multicolor simulando la piel de un leopardo.

Oliver estiró la mano hacia delante y tocó una con la punta de los dedos. Esta salió disparada a la vez que él sentía la chispa de una descarga eléctrica en la punta del dedo. Oliver se echó hacia atrás, llevándose la mano al pecho. Aunque la chispa no le había causado ningún dolor, le había hecho recordar una sensación que crecía en su interior, algo que recordaba haber sentido antes. Oliver se miró la mano y se dio cuenta de que la sensación era la misma fuerza que había sentido cuando había roto la mesa de la cocina. Cuando había tocado la gamba color arcoíris había sentido la misma subida de energía, de poder.

Alzó la vista y se concentró en el banco que flotaba a su alrededor. Estiró el brazo de nuevo y tocó otra. Esta vez, al tocar a la criatura nos e echó para atrás por la extraña sensación. Como un rayo de electricidad que se movía entre ellos. Y esta vez, apareció información en su mente como si el contacto físico con el animal lo hubiera sacado a rastras de las profundidades de su mente. Era el nombre de su especie: gamba mantis pavo real. Una vez, en una visita a la biblioteca, lo había leído todo sobre ellas. Recordaba con todo lujo de detalles todo el capítulo del libro que había leído, su maravillosa habilidad para ver partes del arcoíris que eran invisibles al ojo humano, cómo los científicos las estudiaban ampliamente a causa de su habilidad para ver la luz circularmente polarizada.

Oliver retiró su mano y, de repente, las imágenes se disiparon enseguida. Pero no la información, como si ahora estuviera sellada en su mente, trasladadas de forma fotográfica de las páginas a su memoria. Se le ocurrió que esta información podía ser el eslabón perdido que se necesitaba para crear invisibilidad con éxito.

De golpe, Oliver soltó un soplido y abrió los ojos. Era el amanecer. Estaba de nuevo en su habitación, tirado sobre el escritorio en el que se había quedado dormido mientras trabajaba en la capa.

De hecho, se sentía muy raro, con la sensación persistente de que su poder todavía chisporroteaba por las venas. Se miró fijamente la mano, el dedo índice que había tocado la gamba, abrumado por la experiencia de tener información implantada en su mente aparentemente de la nada.

Su mente repetía lo que había sucedido en su mente, para intentar comprenderlo. Había parecido más que sencillamente un sueño. Los poderes que se habían conjurado durante el mismo todavía estaban dentro de su cuerpo. Todavía podía sentirlos. Seguro de que sus poderes mágicos le habían traído la inspiración para ayudarle a solucionar su dilema, Oliver se levantó de un brinco.

Caminaba de un lado a otro por su habitación, sopesándolo todo. *Odontodactylus scyllarus* era el nombre científico de la gamba mantis pavo real. Lo había leído antes, pero hacía poco, no años atrás en la biblioteca. Oliver chasqueó los dedos cuando de repente se dio cuenta de dónde había leído el nombre. ¡El estudio de Armando! El libro que él había cogido de su estantería se titulaba *Odontodactylus scyllarus*.

Oliver salió corriendo de la habitación hacia los pasillos. Evidentemente, vio que estaba perdido de inmediato. No podía recordar todos los recovecos de la fábrica, todas las escaleras y las habitaciones que daban paso a habitaciones. ¿Dónde estaba la biblioteca?

Tenía la sensación de que estaba corriendo en círculos, cuando por fin vio a Horacio. El sabueso dormilón parecía ser la única cosa que estaba en el mismo sitio de toda la fábrica y, una vez más, calculó hacia dónde tenía que ir en relación con el lugar en el que el perro estaba dormitando.

Al fin, encontró la biblioteca. Y el libro *Odontodactylus scyllarus* sobresalía de la estantería de la que Armando lo había sacado y lo había vuelto a poner, como si fuera una pista del universo.

Oliver lo cogió y empezó a leerlo tan rápido como podía. El fragmento sobre polarización circular era espeso y difícil incluso para que Oliver pudiera descifrarlo del todo, pero lo importante era que todo trataba de alterar la percepción. De cómo teníamos que engañar a la vista para que pensara que no estaba mirando nada para conseguir la invisibilidad, cambiando el movimiento circular de una onda electromagnética lo suficiente se crearía el mismo efecto.

Se recostó, pues se sentía mareado por la revelación. Pero su alegría duró poco. Incluso aunque inventara unas gafas que alteraran las ondas electromagnéticas, tendría que llevarlas la persona que viera la capa para funcionar, pues el procedimiento solo funcionaba en el modo en el que los ojos procesaban la información.

A no ser que… a no ser que existiera la manera de crear una especie de corriente que recorriera la superficie de la capa, ¡que expulsara ondas electromagnéticas que ya estuvieran polarizadas circularmente!

¡Lo tenía!

Oliver se puso de pie de un salto, su mente iba a un kilómetro por

minuto mientras volvía a toda velocidad a su habitación. Aunque se perdió varias veces en el camino, no le importaba porque su mente estaba muy ocupada revisando frenéticamente la teoría, ordenando las piezas del rompecabezas en su mente.

Al final, regresó a su escritorio y cogió el abrigo. Ya estaba a medias con el diseño. Ya sabía que necesitaría los cables para crear la onda electromagnética, solo había fallado en hacer la conexión en cómo alterarlas podía engañar al ojo del observador.

Aunque el último paso era teóricamente complicado, en la práctica solo suponía conectar dos corrientes opuestas. Después de su prueba del periscopio, preparar una placa base para una corriente sencilla ahora era extraordinariamente simple para Oliver. Después solo hacía falta modificarlo todo hasta que las corrientes estuvieran en perfecta sincronización opuesta.

Cuando el amanecer daba paso a la mañana, Oliver terminó su tarea. Se recostó y admiró su obra. Con el cable más fino solo había podido coser un pequeño cuadrado de tela. Pero esta vez estaba completamente seguro de que lo había conseguido, de que había resuelto el misterio de la invisibilidad.

Lleno de expectación, Oliver colocó la mano debajo de la lámpara. Entonces aguantó la respiración y, con mucho cuidado y muy despacio, colocó el pequeño cuadrado de tela encima.

Como era de esperar, ante sus ojos, un pequeño cuadrado en medio de su mano desapareció de la vista.

Oliver gritó y se echó hacia atrás. Era una reacción instintiva a una experiencia extraña. Su mente no podía comprender cómo había desaparecido parte de su mano, a pesar de que sabía exactamente el sentido que tenía la ciencia. Solo que parecía demasiado magia como para que su pobre mente lo aceptara.

Su grito debió alertar a Lucas, pues de repente apareció por la puerta. Llevaba una bandeja con un plato con tostadas.

—Espero que hayas dormido bien —dijo bruscamente—. Tengo un trabajo para ti hoy.

Oliver estaba tan en el cielo por su invento que no podía ocultar la enorme sonrisa de su cara.

—¿Por qué sonríes? —le retó Lucas—. Hoy vamos a estar muy ocupados. Es un trabajo difícil. Duro. ¿Crees que eso es gracioso?

Todavía sonriendo, Oliver negó con la cabeza.

—¿Ha vuelto Armando? —dijo educadamente.

Lucas parecía desconfiado. Lanzó una mirada al escritorio desordenado, al libro abierto y a todos los componentes eléctricos adicionales con los que Oliver había estado trabajando.

—Sí. ¿Por qué? —dijo entrecerrando los ojos.

Aunque Lucas no era la persona de la que quería conseguir validación, Oliver no pudo evitar soltarle su logro.

—¡Porque lo conseguí! ¡Inventé la invisibilidad!

Lejos de parecer impresionado, Lucas le lanzó una mirada amenazadora.

—Muéstramelo —dijo bruscamente.

Oliver estaba todavía tan entusiasmado por haberlo resuelto, que le mostró de inmediato a Lucas el cuadrado de tela bajo la luz y el modo en el que hacía el cuadrado transparente correspondiente en la palma de su mano.

—Hace un zumbido —explicó Oliver— por la corriente, que es una especie de revelación. Así que todavía queda trabajo por hacer. Pero desde el punto de vista de resolver el primer obstáculo, bueno, lo he conseguido.

Todavía no podía creer del todo que hubiera resuelto algo que se había escapado a los inventores durante tanto tiempo.

—¿Cómo? —dijo Lucas—. Entonces dámelo. Yo se lo daré a Armando. No quiere que lo molesten esta mañana. Ayer tuvo un día muy estresante y está cansado.

Instintivamente, Oliver apretó el puño con el cuadrado de tela dentro.

—Me gustaría mostrárselo yo mismo —rebatió.

Lucas suspiró profundamente.

—Mira, chico, te necesito en la planta de la fábrica. Se tiene que barrer un poco. Te prometo que se lo enseñaré a Armando en cuanto él esté libre.

—¿Barrer? —preguntó Oliver, indignado.

—Sí —respondió Lucas seriamente—. El trabajo en la fábrica es un cuarenta por ciento inventos y un sesenta por ciento limpiar el desorden.

Oliver estaba hecho un lío. Por un lado, no quería decepcionar a Armando no haciendo el trabajo que en realidad se le había encargado, pero por otro lado, ¡realmente prefería pasar el día entero cosiendo otro cuadrado diminuto en la capa de invisibilidad que barriendo suelos!

—Venga —insistió Lucas.

Al final, con cierta reticencia, Oliver se levantó y fue hacia la puerta. Lucas lo paró en el umbral, con la mano estirada y la palma hacia arriba.

—Creo que olvidas algo —dijo.

La tela de la invisibilidad. Oliver la tenía todavía apretada en su mano. La última cosa que quería hacer era entregársela a Lucas.

—Me la puedo quedar yo —dijo—. Se la enseñaré a Armando cuando esté preparado.

Lucas no se movió ni un centímetro. Oliver se dio cuenta de que no estaba dispuesto a discutir. Lucas se iba a llevar la tela quisiera Oliver o no. Con un gran suspiro, estiró la mano y dejó caer la tela en la palma de Lucas. Igual que antes, un pequeño cuadrado de invisibilidad apareció en medio de su mano, haciendo que Oliver parpadeara ante lo ilógico que era.

Lucas apagó y encendió la corriente varias veces, mirando fijamente cómo el trozo de invisibilidad aparecía y desaparecía. Finalmente, se metió todo aquel artilugio en el bolsillo.

—La escoba está en la cocina —dijo, torciendo los labios y haciendo una de sus maliciosas sonrisas—. Voy a tomarme un descanso. Cuando

vuelva, quiero la el suelo de la fábrica impoluto.

Se fue a toda prisa.

Con una sensación de intranquilidad por haber entregado su invento a Lucas, Oliver fue a la cocina a buscar la escoba. Se dirigió a la planta de la fábrica arrastrándola detrás de él, la sensación de desasosiego crecía en su interior.

Fue hasta la mesa de trabajo y empezó a barrer. Pero esa sensación en su conciencia de que algo no iba bien continuaba creciendo.

De golpe, s le ocurrió cuál era el problema. Lucas. No se fiaba para nada de que él le entregara la capa de invisibilidad a Armando. Siempre parecía tenérsela jurada a Oliver. Entonces cayó en la cuenta. ¿Y si Lucas se adjudicaba el mérito de su invento?

Oliver tiró la escoba. Esta repiqueteó en el suelo mientras él salía corriendo, a toda pastilla, hacia la fábrica, en dirección al despacho de Armando. Pero, evidentemente, los pasillos serpenteantes y parecidos a un laberinto eran demasiado insondables para que él se orientara. Se perdió, corriendo en círculos, cada vez más y más confundido.

Entonces oyó unas voces –la de Lucas y la de Armando. Siguió la dirección de la cual venían. Cada vez se hacían más y más fuertes hasta llegar a una puerta que estaba entreabierta.

Oliver estaba a punto de abrir la puerta de golpe cuando oyó lo que Lucas estaba diciendo.

—Lo resolví esta mañana. Estuve despierto toda la noche. ¿Puedes creerlo? ¡Después de intentarlo todas esas personas, soy yo quien ha resuelto la invisibilidad!

Oliver se quedó sin aliento, horrorizado. ¡Lucas se estaba atribuyendo el mérito de su invento!

A través de la puerta pudo ver por un momento el trocito de tela invisible en su mano.

—Estoy muy impresionado —se oyó la voz de Armando.

Oliver no podía creer lo que estaba viendo y oyendo. ¡Lucas lo había apuñalado por la espalda! ¡Se estaba atribuyendo el mérito del duro trabajo de Oliver y Armando se lo estaba tragando!

Estaba a punto de entrar en la habitación cuando Lucas se giró de repente. A través de la pequeña abertura, Oliver supo que lo habían pillado. La sonrisa de Lucas era siniestra, todavía se hizo más sombría cuando se dio cuenta de que Oliver acababa de presenciar que él se atribuía el mérito de todo su duro trabajo.

Con una última mirada amenazadora y arrogante, Lucas fue hacia allí y le cerró la puerta en la cara a Oliver, dejándolo fuera y apartado de Armando antes de que el inventor pudiera ver que estaba allí.

Mirando la madera que estaba solo a un centímetro de su cara, Oliver estaba sin palabras, atónito, sintiendo como si de repente se hubiera quedado sin ningún apoyo.

CAPÍTULO NUEVE

Oliver se quedó con la nariz de cara a la puerta por un momento, demasiado conmocionado por la traición de Lucas como para incluso moverse. Pero cuando recuperó los sentidos, vino un ruido del otro lado de la fábrica.
Oliver se sobresaltó y se giró. ¡Había unos hombre dentro de la fábrica! Hombres trajeados. Se quedó sin aliento. Se suponía que no tenían que estar allí. Un horrible pensamiento le pasó por la mente: ¿Le estaban buscando a él? Se agachó, no quería que lo vieran, y miró a través de la balaustrada a los hombres mientras estos caminaban decididos por allí. Uno llevaba un portapapeles, otro un maletín. Oliver consiguió oír un trozo de su conversación.
—Como pueden ver —decía un hombre con barriga y el pelo blanco—, aquí hay muchas posibilidades de remodelación. Tenemos los permisos necesarios para añadir otra planta y hay fontanería y electricidad por toda la propiedad.
Entonces Oliver se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Uno de esos hombres era el dueño, ¡y estaba mostrando la fábrica a posibles compradores! ¿Estaba intentando venderla delante de las narices de Armando? ¿O Armando lo sabía? Tal vez tenían dificultades económicas.
A Oliver se le contrajo el estómago dolorosamente. Acababa de decidir que la fábrica era el lugar donde encajaba y ahora también podían quitársela. Pensar que la fábrica podía desaparecer justo cuando la había encontrado era demasiado para soportarlo.
Miraba con impotencia cómo el dueño continuaba hablando con los hombres trajeados, hablando sobre finanzas. Todos se dieron las manos y volvieron a la pared falsa.
—Podemos hacer que quiten esta estúpida pared —añadió el dueño mientras operaba el mecanismo para hacerla girar.
Después desaparecieron al otro lado de la pared giratoria.
Oliver se levantó de su posición agachada. Tenía que hablar con Armando; sobre los hombres, sobre el invento. No podía quedarse mirando y ver cómo su mundo se desmoronaba a su alrededor.
Volvió hacia la puerta y tocó intencionadamente. El ruido de voces amortiguadas al otro lado paró.
—Adelante —gritó Armando.
Oliver cruzó la puerta y entró en el despacho de Armando. Era la primera vez que estaba dentro y veía completamente el grado de desorden.
Armando tenía varios escritorios de distintas medidas esparcidos por las paredes más lejanas. Cada uno de ellos estaba cubierto de montones de papel, algunos altos e inestables. Había libros por todas partes, tirados sobre las sillas, embutidos en las estanterías, amontonados en pilas en el suelo, y cuatro ordenadores, cada uno de una época diferente.
—Oliver, querido —dijo Armando, alzando la vista desde detrás de uno de los

ordenadores de aspecto más antiguo, que Oliver imaginaba que era de los años setenta—. ¿En qué puedo ayudarte?
Lucas estaba de pie al lado de Armando con pose de policía. Miró a Oliver siniestramente.
—Sí, ¿en qué podemos ayudar, Oliver? ¿Tienes problemas con tu tarea de hoy?
Oliver miró a Lucas con los ojos entrecerrados. Le daba miedo enfrentarse a él, pero no podía quedarse quieto mirando a aquel hombre malvado llevándose el mérito por su duro trabajo e ingenuidad.
—La capa —empezó Oliver, la garganta se le trababa por la ansiedad—. Es… usted sabe que es…
—Maravilloso —respondió Armando asintiendo con la cabeza—. Totalmente maravilloso.
A su lado, Lucas parecía victorioso.
—Pero… —intentó Oliver.
Armando interrumpió:
—De hecho, Lucas, quería pedirte si podrías recoger los murciélagos y los búhos. Les toca su mantenimiento anual.
—Ahora tenemos a Oliver para esto —respondió Lucas.
—Hoy lo necesito —respondió Armando—. Le puedes enseñar a manejar los pájaros en otro momento.
Lucas dudó. Parecía indignado, como si hubiera chupado un limón. Estaba claro que no quería dejar a Oliver a solas con Armando. Pero no tenía elección. Armando le había dado una orden. Por eso, tras un momento en el que se quedó sin palabras, asintió por fin y salió de la habitación, con las mejillas ardiendo.
En el momento en el que cerró la puerta, Oliver se dirigió a Armando.
—¡La túnica! —dijo sin pensar—… ¡Yo hice la capa! ¡Fui yo, no él!
Armando soltó una risita y asintió.
—Lo sé, Oliver. No pasa nada, lo sé.
Oliver se quedó quieto.
—¿Lo sabe?
—Sí, por supuesto —respondió Armando—. Lucas no tiene el talento para hacer esto —Miró hacia el trozo invisible de su mano—. Ni la constancia. Debo decir que es bastante sorprendente. Tienes talento de verdad, Oliver. Estoy orgulloso de ti.
Oliver sintió que toda la lucha abandonaba su cuerpo. Era un gran alivio saber que Armando ya se lo había imaginado y que no tenía que pelear por el reconocimiento. Pero entonces recordó la otra razón por la que necesitaba ver a Armando; los hombres trajeados. Su ansiedad volvió en su totalidad.
—Armando —dijo—, había unos hombres en la fábrica. El dueño, creo. ¿Está intentando vender este sitio?
Armando parecía algo perturbado por la noticia.
—¿El dueño estaba aquí? Oh. Sí. Bueno, se suponía que tú no debías saberlo,

Oliver. De las dificultades económicas me debo preocupar yo, no tú.
—Así que es cierto. La fábrica tiene dificultades económicas. ¿Qué vamos a hacer? ¿La fábrica cerrará?
Armando hizo una pausa. Dio un golpecito al asiento que había a su lado.
—Ven, Oliver. Quiero hablar contigo.
Oliver fue a sentarse a su lado, con el estómago removido por los nervios.
—Es cierto que estamos en una situación económica nefasta —empezó Armando—. Y es completamente asunto mío. Todos estos años he dedicado mi tiempo, talento y esfuerzo a inventos para mejorar la humanidad. Y aun así, no he conseguido vender ni uno.
—La capa de invisibilidad —sugirió Oliver—. Seguro que podríamos venderla. Y me imagino que por un montón de dinero. Solucionaría todos nuestros problemas.
Armando negó con la cabeza.
—No es tan sencillo como eso. Con los grandes inventos vienen grandes responsabilidades. No podemos vender un invento como este a cualquiera. Debemos protegerlo. En las manos equivocadas, puede usarse para grandes maldades. De hecho, yo podía haber sacado un gran provecho vendiendo mis inventos a compañías químicas y de armas, pero siempre los he rechazado.
Por lo menos, Oliver estaba aliviado de que Armando pusiera su ética primero, pero eso no significaba que su situación fuera menos triste. Además, él había trabajado tanto en la capa que no quería que fuera para nada.
—Debe haber algo que podamos hacer con la capa —dijo Oliver.
Armando se acarició la barbilla.
—Tienes razón. No podemos abandonarla y continuar sencillamente. Tu éxito es mucho para toda la comunidad científica.
—Tal vez podría pasar el cable al resto —dijo Oliver—. Entonces podríamos recorrer todo el país con ella. Dar conferencias en todas las ferias de ciencia. No tendríamos que venderla si le preocupa que caiga en las manos equivocadas, pero debe haber alguna otra manera de hacer dinero con ella.
Armando asentía con entusiasmo.
—Estoy de acuerdo en que es un descubrimiento importante. Gente de todo el mundo se sorprenderá con tu logro. Debemos hacer lo que queda del cableado y, a continuación, vender la capa a la gente adecuada —Se dio un golpecito en la barbilla—. Le encargaré la tarea del cableado a Lucas. Tú tienes otras cosas por hacer. Cosas más adecuadas a tus talentos particulares…
Oliver sintió que el pecho se le hinchaba un poco por el orgullo.
—¿En qué otras cosas necesita que trabaje?
Pero Armando dudaba, como si estuviera en profunda consideración. La sensación de orgullo de Oliver empezó a desvanecerse, sustituida en cambio por un remolino de recelo en el estómago.
—¿Armando? —preguntó—. ¿A qué cosas se refiere?
Armando no respondió. Parecía tener dudas acerca de continuar la conversación. Oliver tuvo un pensamiento repentino. ¿Armando sabía algo

sobre sus poderes? ¿Era eso a lo que se refería cuando había dicho que había otras cosas más adecuadas para los talentos de Oliver?
Finalmente, Armando dirigió su mirada llorosa a Oliver.
—No creo que estés preparado para saberlo —dijo en tono solemne.
—¿Saber el qué? —preguntó Oliver, con la voz un poco temblorosa. Pensó en la pata de la mesa rota, en el hombre y la mujer de sus visiones —Añadió, ahora más insistentemente—: Por favor, lo puede gestionar, sea lo que sea.
Armando se quedó callado durante un buen rato.
—Oliver —dijo al final—. Tú eres lo que se conoce como un Vidente.
—¿Un qué? —Tartamudeó Oliver. Nunca había oído esa palabra.
—Un Vidente —repitió Armando—. Es un poder con el que se nace. Y es un poder que puedes albergar, una vez aprendes a manejarlo.
—¿Puede enseñarme? —preguntó Oliver—. ¿Es usted también un vidente?
—¿Yo? —dijo Armando. Negó con la cabeza—. No, querido. Yo no. Ni nadie. A lo largo de toda la historia solo ha habido unos cuantos Videntes. No es que vayan andando por ahí. De hecho, no me sorprendería si tú fueras el único Vidente vivo de la tierra.
Ese pensamiento fue como un rayo en el corazón de Oliver. Qué solitaria existencia, ser el único Vidente. Era como ser el último de una especie.
—¿Y cómo aprendo entonces? —preguntó Oliver—. Si soy el único, ¿quién me enseñará?
Armando alargó el brazo y le dio unas palmaditas en las manos a Oliver.
—Basta. No hagas más preguntas, Oliver. Ya te he contado mucho. Necesitas tiempo para pensar en ello y procesarlo todo. No quiero agobiarte con todo en un día.
—Necesito saber —suplicó Oliver—. Toda mi vida me he sentido diferente y ahora sé que es por esto. Si me está escondiendo algo, por favor, dígamelo ahora. Solo quiero saber.
Oliver tenía la garganta seca y áspera. Su corazón estaba acelerado.
Pero Armando negó con la cabeza.
—Lo único que te diré es que esto para ti es el principio. Más está por llegar. Mucho, mucho más —Hizo una pausa y miró profundamente a los ojos de Oliver—. Un día, Oliver Blue, tú salvarás a la humanidad.

CAPÍTULO DIEZ

Oliver se metió en la cama. Estaba muy agotado por los acontecimientos del día, después del bombazo sobre que él era un vidente.

Pero a pesar de lo extraño e intenso que había sido su día, Oliver no abordaba el dormir con ninguna sensación de terror. Sus sueños desde que llegó a la fábrica habían sido cuando menos extraños, pero nunca malos. Incluso con el peso de la humanidad ahora sobre sus hombros, Oliver estaba seguro de que no tendría pesadillas.

Oliver no tardó mucho en quedarse profundamente dormido. En su sueño, estaba en la fábrica. Era plena noche y todo estaba muy oscuro. A su alrededor había las gigantes máquinas robot que había por toda la planta de la fábrica.

Oyó un ruido que venía de lejos. Lo reconoció al instante como el zumbido de un motor. Cuando miró a través de la penumbra vio un delgado rayo de luz que venía del despacho de Armando.

Siguió la luz a toda prisa, confundido porque el ruido del motor era más y más fuerte y, a continuación, cruzó a toda prisa la puerta y parpadeó por el resplandor del despacho de Armando.

Parecía igual que siempre, menos por una rara excepción. Allí, en medio de la habitación, había un gran capullo de metal con unas puertas de vidrio opaco. Ocupaba tanto espacio que apenas quedaba sitio para andar por ahí. Peleando contra el rugir de los motores, Oliver gritó.

—¿Armando? ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. De repente, la máquina quedó en silencio. Se oyó un silbido mientras las puertas se abrían. Entonces cayó algo de dentro.

Oliver se echó hacia atrás, vencido por el miedo. Pues Armando estaba tumbado boca abajo en el suelo, mirando hacia arriba con la mirada ciega y muerta.

Respirando con dificultad, Oliver se incorporó. Estaba de nuevo en su habitación, la pesadilla había acabado. Tenía la frente empapada de sudor.

Oliver se sentía inquieto por el sueño y sabía que no volvería adormir. Era muy pronto por la mañana pero él se preparó igualmente para el día. Después salió hacia la planta de la fábrica.

Como esperaba, estaba muy silenciosa. Seguramente Lucas todavía estaba en su habitación arriba del todo de la escalera de caracol roja de su propia ala especial, y Armando todavía estaría durmiendo.

Pero entonces Oliver oyó voces. Parecían venir del otro lado de la pared falsa. Fue a toda prisa hacia allí y pegó la oreja. La pared falsa debía estar hecha de placa de yeso porque apenas tuvo que esforzarse por escuchar lo que decían.

—Ya ves lo valiosa que esta tecnología podría ser para ti —dijo la primera voz. Era inconfundiblemente la de Lucas.

—Es fantástico —respondió otra voz—. Ya veo que en CorpQuim podemos

usar esta genial pieza de tecnología.
Oliver tragó saliva. No le gustaba lo que estaba oyendo. CorpQuim debía ser la abreviación de Corporación Química. ¿Podrían ser unos de los peligrosos fabricantes de armas sobre los que Armando le había advertido? ¿Los que había descrito como las manos equivocadas para sus inventos? Estaba claro que Lucas les estaba vendiendo algo.
Justo entonces, Oliver oyó el ruido chirriante al tirar de una palanca al otro lado de la pared. Echó a correr mientras el suelo giratorio empezaba a rotar y se escondió en la sombra que hacía uno de los autómatas gigantes de bronce.
Del otro lado de la pared salieron varios hombres trajeados. Confirmando las sospechas de Oliver, Lucas estaba entre ellos. Entonces, con absoluto horror, vio que Lucas tenía el trozo de tela que él había hecho invisible. ¡Lucas estaba vendiendo su invento! ¡A una compañía química!
Oliver ya había visto bastante. Fue como un rayo por las sombras tan rápida y silenciosamente como pudo, directamente al despacho de Armando.
Llegó a la puerta cerrada y empezó a llamar. No hubo respuesta desde el interior pero Oliver abrió la puerta de todos modos. Todo estaba oscuro. Encendió las luces y soltó un grito de horror.
La habitación estaba completamente desordenada, con papeles por todas partes y libros tirados por el suelo. Entonces Oliver vio algo que hizo que le hirviera la sangre. Sobresaliendo por debajo de las hojas de papel había dos pies.
—Armando. ¡No…!
Fue corriendo hacia allí y empezó a apartar papeles, dejando al descubierto más parte del cuerpo de Armando a medida que lo hacía. Descubrió la cara de Armando y se echó hacia atrás respirando agitadamente. Armando tenía los ojos abiertos, miraba fijamente hacia arriba y respiraba con dificultad como un pez fuera del agua.
—Oliver —dijo con voz ronca.
Oliver se inclinó hacia delante y puso las manos sobre los hombros de Armando.
—Déjeme ayudarle. Llamaré a una ambulancia.
Iba a levantarse cuando Armando le agarró con fuerza por el mono de trabajo.
—Oliver… —murmuró de nuevo.
Oliver se dio cuenta de que el anciano estaba intentando decirle algo. Reprimió su necesidad de ir corriendo hacia el teléfono y se agachó de nuevo, acercando la oreja a la boca de Armando para que este no tuviera que forzar la voz.
—Siempre supe que vendrías.
Oliver entrecerró los ojos mirando a Armando a la cara, pasando su mirada de un ojo al otro.
—¿Qué quiere decir?
—Lo sabía. Te estaba esperando. Tú tienes un destino.
Oliver negó con la cabeza. No había tiempo para esto. Tenía que buscar ayuda

para Armando. Pero el anciano no lo soltaba.
—La habitación… —balbuceó.
Cada vez era más incoherente. Oliver intentó sacarle las manos de su mono de trabajo para poder escapar y pedir ayuda.
—La habitación… —dijo Armando más insistentemente.
—¿Qué habitación? —preguntó Oliver cada vez con más pánico—. Por favor, Armando, déjeme que busque ayuda.
Armando decía que no con la cabeza.
—No hay tiempo. No hay tiempo. Recuerda el tiempo.
—¿Recuerda el tiempo? ¿Qué quiere decir?
Oliver no entendía el sentido de sus palabras.
—¡No lo olvides! —gritó Armando con apremio—. No olvides el tiempo…
Entonces la luz lo abandonó por completo. Se desplomó y soltó a Oliver.
Sintiéndose como dentro de una pesadilla, Oliver sacudió a Armando. Esto no podía ser verdad.
Entonces soltó un llanto ahogado. Armando estaba muerto.

CAPÍTULO ONCE

Las lágrimas aparecieron al instante. Oliver cayó sobre el pecho de Armando, vencido por sollozos de dolor. Le temblaba todo el cuerpo al llorar. Nunca había sentido un dolor así.

¿Qué había intentado decirle en su último suspiro? Algo sobre el tiempo y el destino. No había tenido ningún sentido para Oliver.

De repente, oyó unos pasos por detrás. Miró por encima del hombro, aterrorizado. A través de su visión empañada por las lágrimas, vio la amenazadora silueta de Lucas.

—¿Qué le ha hecho? —chilló Oliver—. ¡Lo ha matado!

La expresión de Lucas era fría. Parecía casi encantado con la escena que tenía ante él.

—¿Yo? —preguntó con falsa inocencia—. Si alguien ha tenido algo que ver con su muerte, niño, has sido tú. El estrés al que lo has sometido, con tus constantes preguntas e incesantes exigencias. Por no hablar del trabajo extra que le has creado, con esa capa. Nadie con su edad y debilidad podría soportarlo. En fin —dijo con un suspiro indiferente—, en breve vendrá la ambulancia para llevárselo.

Oliver tenía mucho miedo. Empezó a temblar. Pero rodeaba a Armando con los brazos de manera protectora. No quería que nadie lo apartara de su héroe. Y no se fiaba de que Lucas realmente hubiera llamado a una ambulancia.

—¿Y qué pasa con el invento secreto…? —tartamudeó Oliver—. El futuro de la humanidad…

Lucas ladró una risa.

—Ah, eso. Armando era propenso a episodios de melodrama. Sinceramente, sufría un poco de arrogancia —Encogió los hombros. Parecía como si la muerte de su compañero de toda la vida no fuera más que una molestia para él —. No te preocupes por nada de eso. Todo era palabrería. Ahora la fábrica es mía, igual que todos los inventos de Armando. Los del tiempo también. Hay muchas cosas para vender, pero Armando siempre las guardaba en secreto y escondidas—.Miró hacia arriba.

—No puede hacer eso —gritó Oliver—. ¡No puede vender todo en lo que Armando trabajó!

—Sí que puedo —respondió Lucas fríamente—. Y lo haré. Y también tus inventos. Me pertenecen todos. Y lo que también haré es deshacerme de toda la escoria que Armando trajo. Tú y ese perro sarnoso ya no sois bienvenidos aquí. Ya he llamado a la policía para denunciar tu invasión de mi propiedad privada y tu robo de mis inventos. Vas a ir a la cárcel por un buen tiempo.

Oliver sentía como si todo su mundo se le cayera encima. De repente, vio que Lucas ya no estaba solo. Dos fornidos guardias de seguridad habían aparecido detrás de él.

—¡Cogedlo! —vociferó Lucas.

Oliver tenía que hacer algo, escapar de alguna manera. Desesperado, pegó un salto hacia delante y corrió hacia los guardias, que estaban en la puerta. Pasó entre sus piernas, su pequeña estatura le ayudó a esquivarlos igual que aquella vez con Chris y sus amigotes.
Ya en el pasillo, Oliver iba a toda velocidad, zigzagueando a través del laberinto con la esperanza de perder a sus perseguidores. Pero oía el ruido de los pasos no muy lejos, persiguiéndolo a través de la red de habitaciones y pasillos.
Si podía llegar a la planta de la fábrica, podría escapar a través de la pared mecanizada. Pero esa parte de la fábrica estaba completamente descubierta y revelaría su ubicación. Y lo que era peor, la pared giraba tan lento que podrían atraparlo incluso antes de que él hubiera hecho noventa grados. Tenía que esconderse. Pero ¿dónde?
Entonces a Oliver se le ocurrió algo. Había un lugar en el que Lucas no podía perseguirlo, un lugar en el que no tenía autorización para entrar. Y ese era la habitación secreta de Armando. El único problema era que Oliver tampoco tenía acceso a él. Pero sí que tenía algo que Lucas no tenía. Era un Vidente. Tenía poderes. Tal vez podría abrir las puertas de acero con su mente.
Mientras corría hacia la habitación secreta, oía al personal de seguridad detrás de él, con pasos ruidosos. La puerta de acero apareció ante su vista. Oliver sabía que estaba cerrada y era casi impenetrable. Y no sabía lo suficiente sobre ser un Vidente o cómo hacer uso de sus poderes para dar órdenes. Pero iba a tener que intentarlo.
Concentrándose mucho, intentó cambiar a la actitud necesaria para conjurarlos. Una sensación de inmensa energía fluyó dentro de él.
Concentró su mente en las puertas de acero e imaginó que se abrían, cediendo al poder de su mente. Pero no pasó nada. A medida que se acercaba más a las puertas de acero, estas continuaban cerradas.
Oliver oía que los guardias de seguridad lo estaban alcanzando. Aterrorizado, miró detrás suyo. Vio a los guardias y a Lucas en la otra punta del pasillo. Pero, para su sorpresa, los tres estaban retenidos por Horacio. El perro estaba gruñendo, sus dientes rechinaban y chasqueaba la mandíbula.
Mientras Horacio los entretenía, Oliver volvió su concentración hacia la puerta. Apretó los dientes. El corazón le latía con fuerza. Canalizó todo lo que pudo reunir en concentrarse en que se abrieran las puertas. Entonces, de repente, oyó un chirrido. Algo en el metal estaba empezando a ceder.
Con otro ruido de metal agitándose y girando, las puertas se abrieron de golpe como dos mandíbulas de metal invitando a su presa. Oliver ni tan solo se paró a preguntarse si realmente lo había hecho con su mente. En su lugar, entró a toda prisa en la habitación secreta. Las puertas se cerraron de golpe tras él.
Aunque se había ganado un momento de prórroga, Oliver no podía relajarse. Casi no había tiempo para asimilar lo que estaba viendo. La habitación tenía forma de bóveda y una serie de escalones llevaban de la puerta por la que había entrado a un nivel inferior. Aquí había una barrera, un especie de valla

que rodeaba la cosa más extraña que Oliver jamás había visto.
Era un remolino de agua oscuro, negro y lila. Aquello le recordó el invento de Vista de Pájaro que Armando le había mostrado, pero a una escala mucho mayor. Y la substancia que daba vueltas dentro era menos como las nubes y más como el torbellino de una tormenta. Un rayo se bifurcaba en la superficie.
Oliver fue corriendo hacia un lado, quedándose al lado de la barrera, sorprendido y atemorizado. ¿Qué podía ser?
Justo entonces, Oliver oyó que aporreaban la puerta. Los guardias de seguridad estaban intentando derribarla. Por el ruido que hacía, estaban usando una especie de ariete. Oliver se preguntaba cuánto tiempo aguantarían las puertas y los mantendrían fuera. Por lo que él sabía, sus poderes podrían haberlas debilitado. Puede que solo le quedaran unos segundos para tomar alguna decisión.
Oliver miró fijamente al remolino. Fuera lo que fuera, Armando había pensado que sería necesario para la supervivencia de la especie humana. Pero, por otro lado, había estado intentando proteger a Oliver de él, alejarlo de él el mayor tiempo posible. Fuera lo que fuera, era motivo de inmensa gloria, un invento con unas propiedades mágicas sorprendentes.
Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes. Oliver desvió su mirada del remolino y, al mirar por encima del hombro, vio una enorme abolladura en el centro de la puerta. Lo estaban consiguiendo, más rápido de lo que él había imaginado.
No había tiempo que perder. Oliver corría alrededor del remolino, buscando alguna señal de lo que podría ser la máquina, o de cómo podía manejarse.
Al final, vio un botón grande en la pared. Era un enorme pulsador rojo, del tipo que esperarías que operara un arma nuclear. Apretarlo parecía la última cosa que Oliver debía hacer y, aun así, su instinto sabía que precisamente era lo que tenía que hacer.
Fue corriendo hacia él, justo cuando las puertas de acero cedían a otro golpe. Ahora se estaban abriendo una grieta, lo suficiente para que él viera a Lucas y a los guardias de seguridad al otro lado. Lanzaron el ariete que habían usado a un lado y, en su lugar, usaron un gran gato, del tipo que podría usarse para levantar un vehículo del tamaño de un camión gigantesco. En cuestión de segundos, estarían dentro.
Sin pensar ni un segundo más, Oliver golpeó con la mano el gran botón rojo.
Inmediatamente, el remolino lila empezó a dar vueltas. Y de su interior vino un sonido de tictac. No el tictac de una bomba, sino el tictac de un reloj. Un reloj enorme. El tictac se hizo más fuerte y rápido, y una pantalla que antes estaba a oscuras cobró vida de repente. En ella había una serie de números rojos y estaban contando rápidamente hacia atrás. A Oliver le llevó solo unos segundos darse cuenta de que estaba mirando una fecha –año, mes, día, hora, minuto, segundo-y que estaban bajando a una velocidad cada vez más rápida.
Todas las piezas encajaron. Armando le había dicho que recordara el tiempo. ¡El remolino era una máquina del tiempo! La misión de Oliver, su destino

para salvar a la humanidad, suponía retroceder en el tiempo.

De repente, las puertas se abrieron de golpe tras él. Lucas y su seguridad entraron de golpe. Fueron corriendo hacia él, con los brazos extendidos.

Sin perder ni un segundo, Oliver fue a toda pastilla hacia el remolino, impulsándose tan rápido como le permitían sus piernas. Los guardias estaban justo detrás suyo, apenas a unos milímetros de cogerlo. Con cada pizca de poder que poseía, Oliver saltó. Notó que unos dedos le agarraban la pierna, pero era demasiado tarde, ya estaba en el aire, la fuerza de su salto era lo suficientemente fuerte para vencer a las puntas de los dedos que lo acababan de coger.

De repente, había pasado la barrera. Ahora no había nada entre él y el remolino. Cerró los ojos con fuerza y saltó dentro. Con un enorme destello de luz blanca, Oliver Blue desapareció.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO DOCE

Cuando Oliver abrió los ojos, descubrió que estaba en la misma habitación que había estado antes. Solo que ahora el remolino lila había desaparecido. Igual que habían desaparecido también Lucas y los guardias de seguridad. En su lugar, de dentro de la máquina del tiempo, salía un remolino de humo.

Un segundo más tarde, hubo una enorme explosión. Unas luces parpadearon. Un humo negro se infló hacia arriba. La fuerza tiró a Oliver hacia atrás. Se dio un fuerte golpe en la pared y la cabeza le daba vueltas por el impacto.

Las estrellas le taparon la visión y el humo lo dejó a ciegas. Pero cuando el humo se despejó, Oliver vio la destrucción que tenía delante. La máquina del tiempo había desaparecido. No estaba solo rota, sino completamente destruida, como si no hubiera existido nunca.

De golpe, unos restos de la máquina cayeron al suelo haciendo un ruido sordo delante de él. Parecían los números de madera con los que anotarías los puntos en un partido de béisbol. Podía leerse 1944.

Oliver parpadeó y miró a su alrededor. ¿Realmente había ido atrás en el tiempo? ¿Hasta 1944? ¿Y su único camino a casa había desaparecido con el humo? ¿Estaba atrapado en el pasado aquí?

Se levantó con esfuerzo. Con cuidado, fue andando hasta la puerta de la habitación. Ya no estaba hecha de acero, sino de roble grueso y oscuro.

Sin saber qué le esperaba al otro lado, Oliver probó el pomo. Giró fácilmente y cedió a su fuerza. Abrió la puerta, con nudos en el estómago por los nervios.

La vista que le esperaba lo dejó sin aire. En lugar de los túneles de conejos con pasillos zigzagueantes, el otro lado era un gran almacén diáfano. Era como la planta principal de la fábrica en la que había trabajado con Lucas, pero con el doble de tamaño. Y era un hervidero de actividad. La gente se movía afanosamente por allí, transportando rollos de papel y tablas de madera, llevando cascos y botas.

Oliver oía el ruido de pistones girando, de motores a vapor y de hidráulicos silbando. ¡Todo era muy brillante! Los gigantes de latón oxidados de la fábrica del presente de Armando resplandecían bajo las brillantes luces fluorescentes, con un aspecto nuevo y lujoso, casi como si estuvieran hechos de oro en lugar de cobre. Las enormes ventanas de la fábrica –que actualmente estaban selladas-ahora estaban abiertas, dejando entrar grandes rayos de luz. Las tarimas estaban pulidas hasta la perfección, con un color castaño cálido en lugar del marrón polvoriento del presente.

Oliver vio un equipo de trabajadores subidos a escaleras de madera de diferentes tamaños, con destornilladores en las manos, trabajando en cada una de las bisagras de un gigante mecánico. Iban vestidos con los mismos monos de trabajo azules que ahora llevaba Oliver, los que había cogido del armario del mecánico y que Armando le había dicho que dejaron sus trabajadores tras la guerra.

—¡Sal de en medio, niño! —gritó una voz.
Cuando Oliver se giró, vio a dos hombres que llevaban una gran viga de acero. Se agachó justo a tiempo.
Una vez pasaron, se levantó y su mirada cayó sobre una cara muy conocida.
—Armando… —dijo Oliver en voz alta.
El inventor tenía exactamente el mismo aspecto que en la fotografía del libro de inventores de Oliver; setenta años más joven, con la cara fresca e inmaculada de un veinteañero. Llevaba exactamente la misma camisa ancha de algodón y los pantalones oscuros de pana que en la foto, el mismo chaleco y el cinturón de herramientas. Y su bastón no se veía por ningún lado.
Oliver no podía creer lo que estaba viendo. Pero no había duda; realmente había viajado atrás en el tiempo. Hasta un tiempo en el que Armando todavía estaba vivo. Hasta 1944.
A pesar de que la conmoción y la confusión eran profundos, Oliver estaba tan emocionado por ver a Armando vivo que lo único que sentía era alegría. Saludaba con las manos por encima de su cabeza, saltaba arriba y abajo y gritaba a través del escándalo de la planta de la fábrica:
—¡Armando! ¡Armando!
Pero su voz se perdía en el barullo de la concurrida fábrica. El inventor tampoco vio el saludo frenético de Oliver; estaba muy ocupado mirando unos diagramas que había encima de una mesa, observándolos con un monóculo microscópico.
Sin embargo, Oliver no pasó completamente desapercibido. Un joven que estaba al lado de Armando alzó la mirada y la clavó sobre él.
Oliver retrocedió de inmediato. Conocía esa cara, esos ojos. Era Lucas.
Oliver dejó caer los brazos y dio un paso hacia atrás, como si Lucas fuera un imán que lo repelía. Incluso de joven, Lucas parecía siniestro. Sus ojos pálidos eran penetrantes.
Oliver vio que el joven Lucas tiraba de la ancha manga de Armando, intentando llamar su atención. Armando estaba tan ocupado que no reaccionó de inmediato al chico que estaba tirando de él. Pero al final se giró y miró a Lucas. Oliver vio que Lucas hablaba con el atareado inventor y, a continuación, señalaba hacia él.
Oliver tragó saliva cuando Armando lo buscaba con la mirada por la fábrica, con el ceño cada vez más fruncido y la expresión confusa. Entonces sus miradas se encontraron. Oliver sintió una chispa de dolor en su interior; en la mirada de Armando estaba claro que no lo reconocía. Este Armando no lo conocía. Ni tan solo un poco. Ni tan solo una chispa. Se le encogió el corazón.
De golpe, sintió que unas manos lo cogían con fuerza por la parte de arriba de los brazos. Miró hacia arriba –de izquierda a derecha-y vio a dos guardias, uno a cada lado. Le tenían cogidos los brazos or debajo de las axilas.
—Esta es una propiedad privada —dijo uno.
—¿Cómo entraste aquí? —exigió otro.
—Es una larga historia —dijo Oliver, tragando saliva—. Dentro de setenta

años…

Los guardias se miraron por encima de su cabeza. Entonces, sin mediar palabra, empezaron a llevárselo.

—¡Esperen, esperen, esperen! —protestó Oliver, intentando clavar sus tacones.

Pero no sirvió de nada. Los guardias eran demasiado fuertes. Oliver volvió la mirada hacia Armando por encima de su hombro, suplicando.

—¡Armando! ¡Ayuda! ¡Soy yo! ¡Soy Oliver!

Pero el inventor ya había vuelto al trabajo. Solo Lucas observaba la escena, sus ojos pálidos penetrantes como los de un halcón y una sonrisita de malvado deleite en los labios.

Arrastraron bruscamente a Oliver hasta la puerta de la fábrica. Los guardias la abrieron con un golpe. A continuación, sin más ceremonia, lo lanzaron a través de ella.

Oliver se cayó al suelo cuando la puerta se cerró de golpe tras él. Estaba allí tumbado, aturdido y acurrucado. Era la primera vez que estaba fuera de la fábrica desde que había entrado. Solo que al salir no era el mismo lugar que cuando entró.

Lentamente, consiguió sentarse. Mientras se sacudía el polvo del mono de trabajo, echó un vistazo alrededor. No lo reconocía para nada. Lo habían arrojado al mismo mundo que conocía, pero en algún lugar completamente diferente.

—En algún lugar, no —se corrigió a sí mismo Oliver—. Sino en algún tiempo.

CAPÍTULO TRECE

Oliver volvió la mirada con pena hacia la fábrica a la que ahora tenía prohibida la entrada. Había sido su hogar durante un periodo de tiempo muy corto, pero para él significaba más que cualquier casa en la que hubiera vivido. No sabía qué haría sin ella.

Desde fuera, las diferencias con su versión –la que existía más de setenta años en el futuro-eran incluso más llamativas. Los ladrillos rojos descoloridos eran brillantes. Las manchas por la lluvia y las salpicaduras de caca de pájaro eran totalmente inexistentes. Donde antes las tejas habían vencido y las ventanas estaban hechas pedazos, ahora todo estaba exactamente como debía estar. La yedra que se había apoderado de la fachada de la fábrica en la época de Oliver no era más que un arbusto manejable, y las ortigas que le habían picado la primera vez que exploró el perímetro no existían. Incluso había un letrero de la fábrica, «Los inventos de Illstrom», en el mismo estilo retro de tipografía de los carteles de la Segunda Guerra Mundial. Y en la calle, el letrero oxidado de la parada de autobús donde él había bajado primero estaba nuevecita y reluciente.

—¿Y ahora qué? —dijo Oliver en voz alta.

Rememoró en su mente el momento en el que había saltado al remolino. No había sido su intención retroceder en el tiempo, no lo había planeado, pero en el ardor del momento y bajo la persecución de Lucas y sus guardias, algo le había obligado a correr hacia la habitación secreta, a saltar dentro del remolino lila. ¿Podía esto ser parte de su destino? ¿Alguna especie de fuerza más allá de su control que lo guiara? Y si se suponía que era aquí donde tenía que estar, ¿por qué? ¿Qué pasaría a continuación?

Perdido, Oliver deambulaba por las calles. El barrio anteriormente ruinoso parecía nuevo. Las casas que en el presente tenían grafitis y estaban abandonadas estaban limpias y bien cuidadas. Los jardines descuidados y llenos de basura en el recuerdo moderno de Oliver estaban cuidadosamente podados y llenos de flores.

Los otros almacenes, desperdigados entre las casas, también estaban llenos de actividad. Oliver leía los letreros al pasar y se fijó en que todos estaban construyendo algo para la guerra; de todo desde cristal termoplástico a pistolas, de botas a balas. Era sorprendente ver todo el barrio lleno de gente, rebosante de actividad.

Pero Oliver no tenía ni idea de qué hacer ahora. A dónde ir. Intentando salvar a Armando, había viajado atrás en el tiempo accidentalmente. Y sí, Armando estaba vivo en esta época, un joven lozano, pero ¡eso apenas era una solución al problema! ¿Qué iba a hacer ahora Oliver? No podía vivir toda su vida en los años cuarenta.

Mientras su mente acelerada empezaba a aterrorizarse, Oliver vio a alguien parcialmente escondido en la sombra, apoyado contra una pared y

observándole. Oliver se sobresaltó por la repentina aparición de un extraño y observó con cautela cómo la silueta se apartaba de la pared y salí a la luz.
Era un chico alto y desgarbado, que parecía mayor que Oliver. De unos trece años, supuso. Parecía amable. Tenía unos cálidos ojos verdes y una salpicadura de pecas sobre una nariz torcida. El pelo oscuro y rizado y unos hoyuelos solo aumentaban su amable apariencia.
—Pareces perdido —dijo mientras se acercaba perezoso a Oliver—. ¿Puedo ayudarte?
Oliver quería decirle al chico que, en efecto, estaba perdido, pero la verdad era que eso no era cierto. Él sabía exactamente dónde estaba. El problema era el cuándo.
Sin poder hablar, Oliver lo miró a la cara. El chico frunció el ceño. Parecía perplejo ante la duda de Oliver.
—¿Y si primero nos decimos nuestros nombres? —dijo el chico, amablemente. Tendió la mano a Oliver—. Yo me llamo Ralph Black.
Oliver miró la mano, la extensión de la amistad. Aunque de algún modo desconfiaba del extraño que había aparecido de la nada, Oliver no había necesitado tanto un amigo en su vida como ahora mismo. Y Ralph, definitivamente, parecía fiable.
Después de cierta reflexión, Oliver tomó la mano de huesudos dedos del chico en la suya y la estrechó.
—Yo me llamo Oliver —dijo—. Oliver Blue.
La expresión de Ralph cambió de golpe, de una de abierta amabilidad a una de completa conmoción.
—¡¿Tú eres Oliver?! —exclamó—. ¿De verdad eres tú? ¿Vaya golpe de suerte! ¡Pensaba que serías mayor! Y más alto, también.
Ralph pareció recibir muy bien la noticia pero no tenía ni idea del porqué. Ralph empezó a dar vueltas a su alrededor, entusiasmado de repente, comentando en voz alta que Oliver no era lo que esperaba. ¡Oliver, para empezar, quería saber exactamente por qué Oliver lo estaba esperando! ¿Cómo podía un niño estar esperando a conocerlo en 1944?
—De verdad que pensaba que tendría que esperar mucho más para encontrarte –dijo Ralph.
Tiró de Oliver para abrazarlo y, a continuación, lo soltó y lo sujetó por los hombros a un brazo de distancia.
—¿Y qué pasa con la ropa? —preguntó, frunciendo el ceño con curiosidad—. ¿Intentas ir de incógnito? Menos mal que hablé contigo porque nunca me hubiera dado cuenta de que eras tú vestido así. Te me podrías haber escapado por completo. Te esperaba con tejanos y una camiseta. Eso es lo que lleváis los niños del tercer milenio, ¿verdad?
Oliver miró su mono de los años cuarenta. Era cierto que se integraba bien a la época.
—Es una larga historia —dijo Oliver, sin estar seguro de lo que estaba pasando—. Espera. ¿El tercer milenio? ¿Qué quieres decir con eso?

Todo el diálogo era profundamente desconcertante para Oliver. Pero, a la vez, no podía evitar quedarse atrapado en la emoción de Ralph. Aunque no entendía el cómo o el porqué, ahora era muy evidente para él que se suponía que tenía que estar aquí. Se suponía que tenía que estar en 1944, en el exterior de Illstrom's Inventions con este chico, Ralph Black. Esto le hacía sentir mucho menos perdido al saber que ya no estaba rondando sin poder hacer nada en el pasado solo.

—Entonces vamos —dijo Ralph alegremente, ignorando su pregunta—. No tiene sentido que nos quedemos aquí. Es mejor que nos vayamos.

—¿Irnos? —preguntó Oliver—. ¿Irnos a dónde?

Ralph se detuvo y lo miró, frunciendo el ceño.

—A la escuela —declaró—. Evidentemente —Oliver solo había levantando las cejas confundido y Ralph añadió—: Bueno, por eso viniste aquí, ¿no? Por eso viniste a 1944, ¿verdad?

Oliver negó con la cabeza.

—Yo… no, en realidad, no. Yo no quería ir atrás en el tiempo. Fue una especie de accidente.

Ralph parecía desconcertado. Pero después de pocos segundos, encogió los hombros despreocupado.

—Bueno, la historia no es algo fijo. Y supongo que no me hubieran mandado aquí a esperarte si no existiera ninguna posibilidad de que aparecieras pronto. Esta debe ser una línea temporal en la que vuelves accidentalmente atrás en el tiempo en lugar de después de que te digan que se supone que debes hacerlo —Encogió los hombros—. En cualquier caso, será mejor que nos vayamos. No queremos perdernos la cena.

Él se dispuso a marcharse, pero Oliver no iba a limitarse a seguirlo. Se mantuvo firme.

—Lo siento, pero no lo entiendo —dijo a la espalda de Ralph.

Ralph se paró y se giró para mirarlo, parpadeando como si estuviera perplejo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que viajara atrás en el tiempo para ir a la escuela —tartamudeó Oliver—. ¡No tiene ningún sentido!

—Por supuesto que lo tiene —dijo Ralph, caminando de vuelta hacia donde estaba Oliver—. ¿De qué otra forma se supone que ibas a aprender?

—¿Qué tal en una de las millones de escuelas que existen en el tercer milenio? —le dijo Oliver, repitiendo su extraña fraseología de antes y abriendo los brazos en cruz exasperado.

Ralph parecía incluso más confundido.

—¿De qué estás hablando? ¡Solo hay una escuela en la totalidad del universo donde se enseña a los Videntes!

Oliver se quedó helado. Los Videntes. Pensó en Armando y en cómo había empezado a contarle que él era un Vidente antes de terminar la conversación súbitamente.

—Quieres decir… —empezó Oliver, con un susurro aturdido como voz.

Ralph interrumpió.
—Sí. Voy a llevarte a la Escuela de Videntes. Tú eres un Vidente, ¿verdad? ¿Inexperto y necesitado de estudio?

Oliver se alejó, negando con la cabeza con recelo. ¡Esto era lo que Armando le había escondido! ¡Esta escuela en el pasado a la que se suponía que tenía que ir!

Pero entonces recordó que Armando le había dicho que era el único Vidente vivo en el mundo. Confundido, se dirigió de nuevo a Ralph.

—¿Tú también eres un Vidente?

Ralph sonrió.

—Sip.

—Pero ¿cómo? —preguntó Oliver—. Me dijeron que era el único en el mundo.

Ralph empezó a reírse por lo bajo.

—Un truco semántico —dijo—. Quienquiera que te lo dijera tenía algo de sentido del humor.

Oliver frunció el ceño. No había nada divertido en esto por lo que a él hacía referencia.

—Por favor —le dijo a Ralph—. He soportado mucho y mi mente está hecha un lío. ¿Puedes explicarme las cosas de una manera que pueda comprenderlas?

Ralph lo cogió por los hombros.

—Voy a llevarte a la Escuela de Videntes para que puedas entrenar y aprender a perfeccionar tus poderes. Todos los Videntes de todas las dimensiones diferentes vienen aquí a aprender. Así que sí, puede que tú hayas sido el único Vidente en tu mundo, pero hay muchos, muchos más de nosotros, todos de diferentes líneas temporales y mundos paralelos. Todos venimos aquí, a este tiempo y lugar exactos en algún punto de nuestras vidas, pues es el único donde existe la Escuela de Videntes.

Oliver se sentía como si le faltara el aire. Tuvo que esforzarse mucho para llenar de aire los pulmones. Sentía que ahora podía desmayarse por la conmoción en cualquier momento. Esto era demasiado para poderlo asimilar. Si no hubiera sido por la mano firme de Ralph sobre su hombro, podría haber caído de rodillas.

Respirando profundamente, alzó la mirada hacia los ojos cándidos de Ralph.

—¿Y tú me estás diciendo la verdad? —cuestionó Oliver. Era como si parte de su mente no pudiera aceptar o creer que esto pudiera ser real—. ¿De verdad que hay más Videntes? ¿Toda una escuela de estudiantes?

Si el chico estaba diciendo la verdad, entonces él no era el único Vidente vivo. Había más como él. No era un bicho raro solitario.

—Hay muchos más de donde yo vengo –dijo Ralph, asintiendo—. Bueno, no de donde vengo, sino de cuando. Tú ya me entiendes.

Oliver no lo entendía, no del todo, pero empezaba a asimilarlo. Y cuanto más

lo hacía, más de locos parecía.
Se apartó un poco de Ralph, se pasó los dedos temblorosos por su pelo rubio color arena y murmuró en voz alta:
—¿Una escuela para entrenar a los Videntes? ¿En un momento preciso del tiempo y del espacio? —Miró de nuevo a Ralph—. ¿Y a ti te dijeron que vinieras a buscarme, desde ese punto exacto en el tiempo?
Ralph asintió.
—Bueno, no en un momento preciso como tal. Como te dije, la historia puede cambiar. Per sí, más o menos, me dijeron que viniera a buscarte.
Oliver no lograba entenderlo. El mero concepto de mundos paralelos era una paradoja. Posible en teoría pero imposible en la práctica. Pero, ahora mismo, Oliver tenía preguntas mucho más urgentes que cómo algo así era posible. Lo que realmente necesitaba saber era…
—Pero ¿por qué?
Ralph frunció el ceño.
—¿Por qué… qué?
—¿Por qué? —repitió Oliver—. ¿Por qué hay una escuela de Videntes? ¿Por qué te mandaron a buscarme? ¿Por qué se supone que debo ir allí?
Ralph se detuvo por un largo momento, torciendo la boca hacia un lado como si estuviera reflexionando profundamente. Finalmente, encogió los hombros.
—No lo sé exactamente –explicó—. El Profesor Amatista –que, por cierto, es el director-me dijo que si lo descubres todo de golpe, te explota la mente. Literalmente. Así que con el tiempo tendrás todas las respuestas a tus porqués concretos. Pero mientras tanto, la clave general es que tienes un papel especial en proteger a la humanidad. Una misión importante para la que tendrás que entrenar tus poderes.
Lo dijo con un tono tan indiferente que Oliver casi podría aceptar que no se trataba de gran cosa. Solo que sí que tenía importancia. ¡De hecho, tenía mucha importancia! Todo lo que Ralph le había dicho rozaba la demencia. ¿Y si solo se había cruzado en el camino de un loco y se había creído sus divagaciones?
Pero no. El viaje en el tiempo era real. Lo había visto con sus propios ojos. Y Armando le había dicho que él era un Vidente. ¿Qué posibilidades había de cruzarse en el camino de un chico loco que resulta que sabía sobre los Videntes? Era mucho más probable que Ralph fuera exactamente quien decía ser, que Oliver realmente estuviera destinado a asistir a la Escuela de Videntes.
Pero ¿y si él no quería? ¿Y si sencillamente quería una vida normal?
Pensó en la alternativa: el Campbell Junior High. Quitando la clase de ciencias de la Sra. Belfry, el lugar era horrible. ¿Realmente prefería volver a su antigua vida, al acoso de Chris y a que el Sr. Portendorfer le llamara Óscar a propósito para molestarlo? ¿Y qué pasaba con Armando? Atrás, en la vida de Oliver, su héroe y mentor estaba muerto. Pero aquí, en 1944, Armando estaba vivo. Si se quedaba y perfeccionaba sus poderes, ¿existía una

posibilidad de que pudiera cambiar el curso de la historia y salvar la vida de Armando en la actualidad?

—Diría que no estás convencido —dijo Ralph, interrumpiendo sus turbulentos pensamientos—. Todavía hay tiempo de dar la vuelta si quieres. Una pequeña ventana en el tiempo. Pero yo que tú no lo haría. Puede que no tuvieras otra oportunidad de volver atrás. No es que la gente pueda entrar y salir de la Escuela de Videntes cuando ellos quieran. Si te vas ahora, puede que nunca puedas volver a este punto en el tiempo y el espacio.

Oliver negó con la cabeza, tratando de resolver el dilema.

—Es una gran decisión que tomar. Ni tan solo te conozco. Podrías estar mintiendo sobre todo.

—Puedo demostrártelo —dijo Ralph—. Aunque la Doctora Ziblatt me llamaba el peor alumno que había tenido la Escuela de Videntes. Así que tendrás que tener paciencia conmigo.

Sonrió, evidentemente sin inmutarse por el mote y cogió una hoja crujiente de la acera. La colocó sobre su mano y dirigió su atención a ella. Oliver observaba con curiosidad.

La mirada de Ralph se volvió húmeda y desenfocada, como alguien en estado de hipnosis. Durante un buen rato no pasó nada. Oliver empezaba a tener más la sensación de que todo esto era una broma pesada, o algo que él estaba imaginando. Pero entonces, la hoja empezó a moverse. Muy lentamente, sus lados empezaron a enroscarse hacia dentro. Oliver se quedó sin aliento cuando vio que empezaba a marchitarse y morir. Su color naranja se atenuaba hasta volverse marrón. Entonces, de repente, se convirtió en polvo en la mano de Ralph antes de que se la llevara la suave brisa.

Oliver se quedó con la boca abierta. Miró a Ralph atónito e impresionado. Nunca había visto algo así. Pero aquí estaba la prueba. Todo era real. Realmente lo era.

—Uf —dijo Ralph, secándose el sudor de la frente—. Estaba preocupado por si no funcionaba.

Sonrió, volvió rápidamente a su alegre naturaleza, al chico amable y de ojos verdes con el que Oliver se sentía cómodo.

—Entonces ¿qué? —preguntó—. Todavía hay tiempo para cambiar de opinión. No tienes que descubrir cuál es tu misión si no quieres. Pero te lo aseguro, no encontrarás ninguna respuesta en tu antigua vida —Adoptó un tono ligeramente engatusador—. Ven a la Escuela de Videntes conmigo y descubre cuál es tu destino realmente. Venga.

Oliver se quedó congelado. Su mente repetía una y otra vez el momento de magia que Ralph le había mostrado, mientras las palabras del chico resonaban en sus oídos. Debía tomar una decisión monumental.

Solo que, ¿qué opción tenía en realidad? La máquina del tiempo que lo había traído aquí había estallado. Ya no existía. Estaba atrapado. O bien vagabundeaba sin rumbo fijo en el pasado, o aprovechaba la oportunidad e iba a la escuela.

Oliver tragó saliva y se decidió.
—Vale. Lo haré. Voy contigo.

CAPÍTULO CATORCE

Ralph y Oliver avanzaban por la calle que era, a la vez, conocida y desconocida, con edificios más bajos y ni un solo rascacielos que tapara el horizonte. Coches antiguos y extraños pasaban por delante de ellos, los hombres de dentro llevaban sombreros de fieltro. Muchos de los terrenos aún no se habían urbanizado, aunque en la época de Oliver aquí había almacenes y edificios de apartamentos. Pasaron por delante de una escuela en la que los niños llevaban ropa gris pasada de moda jugando con aros de madera. A Oliver todo esto se le hacía extraño e inquietante. Todavía no podía creer que estaba en 1944.

Llegaron a un viejo letrero entre dos almacenes, Ralph se detuvo y, a continuación, señaló hacia arriba. Oliver se acercó a su lado y alzó la vista. El letrero estaba hecho de madera y hierro, de los que encontrarías en un pueblecito histórico fuera de la taberna. Oliver se fijó en un símbolo grabado en el hierro oxidado. Parecía un anillo, o un aro. En tres intervalos repartidos por igual alrededor del aro había la misma imagen e un ojo.

—¿Qué es esto? —preguntó Oliver.

—Ese es el símbolo de la Escuela de Videntes —dijo Ralph—. Un círculo que representa que el tiempo no es lineal y los ojos que representan el ver en todas direcciones; presente, futuro y pasado. Solo los Videntes podemos ver el símbolo. Para el resto del mundo, es un letrero normal. Siempre que veas el símbolo, te guiará de vuelta a la escuela. Justo por aquí.

Se apartó. Oliver pensaba que Oliver parecía demasiado despreocupado por todo. Su actitud relajada contrastaba completamente con cómo se sentía Oliver. Oliver sentía como si el suelo apenas fuera firme bajo sus pies, como si toda su vida se hubiera puesto del revés y se hubiera sacudido. Apenas había tenido tiempo de aceptar su nuevo estatus como Vidente antes de la muerte de Armando, su repentina propulsión atrás en el tiempo y su encuentro con Ralph. Su cabeza todavía daba vueltas a todo esto.

Oliver siguió a Ralph hasta el sombrío callejón. Temblaba. Hacía mucho más frío en la oscuridad. Solo llevaba su fino mono de trabajo. Se sentía muy poco preparado para lo que fuera que estaba a punto de pasar.

Había muchos otros callejones que salían de este y Oliver siguió a Ralph por uno muy estrecho. Le recordaba a los pasillos laberínticos de la fábrica de Armando y del pasillo extrañamente estrecho que llevaba a su habitación secreta. Las paredes a ambos lados eran muy altas; solo había un rayo de cielo sobre su cabeza. En algunos puntos el callejón era tan estrecho que rozaba con los hombros a ambos lados.

Por fin pararon y Ralph se agachó al lado de un matorral que había crecido bajo oreo símbolo del aro de tres ojos. Apartó las hojas y Oliver vio que había un interruptor escondido dentro. Ralph pulsó el interruptor. La pared desapareció de repente, dejando al descubierto en su lugar un agujero del

tamaño de una puerta dentro del enladrillado.
Oliver resopló. Era como su capa de invisibilidad pero al revés. En lugar de esconder algo real, estaba creando algo no real.
—es una ilusión óptica —explicó Ralph, estudiando la expresión de Oliver—. La ilusión de algo sólido.
Oliver pensó en la tecnología que se necesitaría para hacerlo funcionar. No había luces que proyectaran una imagen. No era una holografía. Aunque su capa de invisibilidad había sido una posibilidad teórica antes de que él la hiciera una realidad, no había ninguna teoría para explicar esto.
—Increíble —dijo Oliver—. Me encantaría estudiar el mecanismo. Yo soy bastante inventor, ¿sabes?
Apartó la mirada del matorral y vio que Ralph ya se había ido. Estaba a medio camino del callejón que tenían delante.
—Vuelve a girarlo cuando estés dentro, ¿de acuerdo? —gritó por encima del hombro—. ¡No quiero que los no Videntes se metan por accidente!
Oliver tenía la clara impresión de que tenían algo de prisa. Ralph, sin duda, no parecía estar perdiendo el tiempo.
Rápidamente, cruzó el agujero y pulsó el interruptor de la luz al otro lado. La ilusión de ladrillos volvió a aparecer, dándole la inquietante sensación de que lo habían atrapado entre ladrillos. Fue a toda prisa detrás de Ralph.
El callejón que seguían ahora no solo era estrecho, sino que por arriba no entraba nada de luz. Oliver pensó que ahora estaban dentro de una especie de edificio. Pero dentro de dónde era un misterio.
Más adelante, Ralph avanzaba a pasos largos a propósito. Oliver se dio cuenta de que ahora se estaba encorvando. Ahora el techo se había vuelto visible sobre ellos y cada vez descendía más y más mientras avanzaban a lo largo del pasillo, haciendo que el espacio se volviera más bajo. Oliver agachó la cabeza a medida que el techos e acercaba más, después dobló las rodillas, hasta que no había suficiente espacio ni para estar de pie. Igual que Ralph estaba haciendo delante de él, Oliver no tuvo otra elección que gatear sobre manos y rodillas. Ya no estaban en un pasillo, sino en un túnel. Oliver luchaba contra sus sensaciones claustrofóbicas.
De repente, Oliver chocó contra el trasero de Ralph. Había dejado de gatear y se estaba colocando para sentarse sobre su trasero.
—Esta es la parte divertida —le dijo Ralph—. ¿Estás preparado?
—¿Preparado para qué? —preguntó Oliver.
Pero era demasiado tarde. De repente, Ralph cayó hacia delante y desapareció. Con un soplido de sorpresa, Oliver gateó hasta el lugar donde había estado. Vio una abertura cuadrada, no más grande que el final de un conducto de ventilación. Estaba tapada con una especie de red, como una gruesa telaraña. Dentro del conducto estaba negro como la boca de un lobo.
—¡Ralph! —exclamó Oliver, aterrorizado—. Ralph, ¿dónde estás? ¿Estás bien? ¡Ralph! ¡Contéstame!
Hubo un momento de silencio antes de que la respuesta incorpórea de Ralph

viniera de algún lugar de la oscuridad.
—¡Venga! —Sonó como si estuviera llamando de un lugar muy lejano.
Oliver soltó un suspiro de alivio. Por lo menos Ralph estaba bien; no se había lanzado al olvido.
—¿Dónde estás? —respondió gritando Oliver—. No veo nada.
—Es un tobogán —gritó la voz de Ralph, más débil por estar todavía más lejos.
—¿¡Un tobogán!?
—Hay una red en el medio —gritó Oliver al abismo.
Oyó la débil respuesta de Ralph.
—Solo es otra ilusión…
Entonces hubo un silencio.
Con indecisión, Oliver alargó la mano hacia delante, esperando notar la sensación de hilo contra su piel. Pero como era de esperar, no sintió nada. Su mano atravesó la "red" sin resistencia. Realmente era otra ilusión.
Oliver sabía que solo había una opción. Tenía que seguir a Ralph. Pero saltar a lo desconocido era más fácil e decir que de hacer.
Respiró profundamente y calmó los nervios. Al fin y al cabo, había hecho cosas más difíciles en su vida, como entrar en clases como el chico nuevo, bajo la mirada fisgona de los niños que lo juzgaban. Esto no era nada en comparación.
Oliver cerró los ojos con fuerza y, desde su postura sentada, se tiró por el borde.
El estómago le daba vueltas mientras caía en picado. A continuación, estaba planeando a lo largo del liso tobogán. Era muy rápido y muy sinuoso, como un tobogán de agua en un parque temático. Iba tan rápido que oía el viento pasando deprisa por sus orejas. Si no hubiera estado tan atónito ante todo, incluso podría haberlo disfrutado.
Entonces, de golpe, Oliver fue a parar sobre algo blando. Abrió los ojos. Estaba en un lugar muy iluminado, tumbado sobre su espalda, rebotando arriba y abajo sobre una cama elástica.
Oliver tocó su cuerpo, casi sorprendido al encontrarse con que todavía estaba entero. Parpadeó y sus ojos se adaptaron a la luz.
A continuación, la cara de Ralph apareció de repente por encima suyo, con una amplia sonrisa. Oliver se sintió aliviado al verlo de nuevo.
Pero Ralph no le dejó tiempo a Oliver para que recuperara el aliento. Lo sacó a rastras por los brazos, sin mucha ceremonia, fuera de la cama elástica. Oliver fue a parar, jadeando, sobre unas tarimas duras.
Alzó la vista y descubrió que estaban en una especie de pasarela de madera. Recorría todo el perímetro interior de la habitación, con el área central completamente abierta. Una barrera de cristal protegía de lo que parecía una gran caída.
—Oliver Blue —dijo Ralph—, bienvenido a la Escuela de Videntes.

CAPÍTULO QUINCE

De pie al lado de la barrera de cristal, Oliver miraba hacia abajo al interior de la Escuela de Videntes. La vista era asombrosa.

Descendía por lo menos cuarenta pisos y parecía una universidad moderna y en crecimiento. Atravesando el hueco del atrio central había una serie de pasarelas que se entrecruzaban y, por encima de ellas, los estudiantes caminaban, con libros en los brazos y sonrisas en las caras. Había muchos. Muchos niños como Oliver.

Observaba, con los ojos muy abiertos, cómo todos los estudiantes iban deprisa y corriendo, apresurándose hasta sus siguientes clases. Parecía que se movían muy rápido, como si alguien los hubiera acelerado. De repente, Oliver se dio cuenta de que todas las pasarelas eran cintas transportadoras.

En cuanto la gente desaparecía detrás de las puertas que daban a las pasarelas, se abría otra puerta y otro montón de estudiantes salía en fila, yendo a toda velocidad en diferentes direcciones, corriendo por las cintas transportadoras.

Había algo hipnótico en esa vista. Era como observar una colonia de hormigas; todos tenían un lugar en el que estar, todos iban a toda prisa y, aun así, todos trabajaban en completa sincronía.

Había demasiado para asimilar y todo era mucho más moderno de lo que Oliver esperaba. Vio un enorme árbol tropical, muy por debajo de él, tan lejos que incluso sus ramas más altas no les alcanzaban.

—Esto es increíble —dijo Oliver con voz entrecortada.

—Pues espera a que te enseñe el resto —dijo Ralph con una sonrisa—. Tengo tiempo suficiente para hacerte una visita rápida antes de la cena.

Caminaron a lo largo de la pasarela, Oliver miraba a su alrededor, contemplando las vistas de aquel lugar desconocido. Sentía como si la cabeza le diera vueltas.

—El Profesor Amatista es el director —dijo Ralph por encima del hombro—. Su despacho está aquí, en el último piso. Con el tiempo lo conocerás, pero a menudo está en otra dimensión.

Se dirigieron al ascensor, que estaba hecho de cristal, y entraron. Oliver observó que todos los números de los pisos tenían un signo negativo delante. Toda la escuela estaba bajo tierra, se dio cuenta, aunque era imposible imaginarlo pues el techo parecía exactamente un tragaluz que dejaba entrar luz de verdad y todo el lugar tenía tanta luz y el aire era tan puro, que era casi imposible creer que era luz artificial y aire acondicionado.

—El Profesor Amatista no da clases —continuaba Ralph mientras se cerraban las puertas del ascensor—. Pero tenemos tutores: la Doctora Ziblatt, el Sr. Lazzarato y el entrenador Finkle.

Ralph dio un golpecito al botón de la planta baja y el ascensor cayó en picado repentinamente, con una rapidez incómoda. Oliver se agarró al pasamanos, mientras se le removía el estómago. A través de las ventanas de cristal, veía

pasar todos los diferentes pisos a gran velocidad.
—Te acostumbras a la velocidad —rio Ralph, su voz se oía por encima del zumbido del aire—. Con un lugar así de grande, es importante moverse rápido. Lo cual es irónico ahora que lo pienso, pues esta escuela existe fuera del tiempo.
Oliver tenía demasiadas náuseas como para ni tan solo dudar de lo que Ralph acababa de decir. Decidió que iba a tener que aceptar todas las cosas extrañas que pasaran. Más tarde, habría tiempo de procesarlo todo. Con suerte.
Llegaron al piso final, el -50, y las puertas del ascensor se abrieron. A Oliver le temblaban las piernas al salir. Se sentía como si hubiera estado en una montaña rusa.
Allá abajo en el interior del edificio, Oliver realmente sentía el bullicio, una especie de sensación vibrante, como si el lugar estuviera vivo y respirara. Aquí podía oler el increíble olor de vegetación fresca y reconoció el árbol central como un árbol del kapok, una de las variedades de árbol más enormes del planeta. Normalmente se encuentran en los bosques lluviosos, pero este parecía crecer muy bien en su propio ecosistema. Su tronco era tan grueso que se necesitaría a diez personas agarradas por los brazos para rodearlos, y sus reforzadas raíces se enrollaban y serpenteaban por el suelo. Tenía millones de ramas que sujetaban las diferentes pasarelas del atrio.
Mirar hacia arriba desde abajo era una experiencia totalmente diferente, pues ahora el techo estaba tan lejos que parecía nada más que una rendija de luz. Pero aun así el lugar estaba iluminado con lo que parecía, en todos los sentidos, luz real del día.
—¿Por qué hay tanta luz aquí abajo? _preguntó Oliver con curiosidad.
_Tiene que ver con los espejos —explicó Ralph—. Alguien me lo contó en mi primer día, pero no lo entendí muy bien. Al parecer, si inclinas espejos puedes crear luz…
—Como en un periscopio —añadió Oliver. Él, obviamente, lo sabía todo sobre periscopios por su libro de inventores, por no hablar de su trabajo rediseñando el que había en el tanque de la fábrica.
—Sí, eso mismo —asintió Ralph como confirmación_. Eres muy inteligente para tener, ¿cuántos? ¿doce años?
—Once —rectificó Oliver. Él se preguntó de nuevo cuántos años tendría Ralph. Era alto y su seguridad sin duda le hacía parecer mayor_. ¿Y tú?
—Tengo trece —dijo Ralph—. Pero soy de primer año como tú. No nos entrenan según nuestra edad. La mayoría de los estudiantes de aquí están entre los diez y los dieciséis. Todo depende de cuándo el Profesor Amatista descubre su existencia y los hace venir. Supongo que es muy complicado seguir el hilo de una sola persona cuando hay numerosas líneas de tiempo e incontables dimensiones —Encogió de nuevo los hombros de forma despreocupada—. En fin, ven por aquí. Quiero que veas la parte divertida, no solo el lugar en el que están todas las clases.
Se dirigió hacia una puerta grande marcada con una S. Oliver fue detrás,

frunciendo el ceño, curioso.
—¿Qué significa D? —preguntó.
Ralph contoneó las cejas.
—Deportes.
Abrió las grandes puertas de golpe y Oliver se quedó sin aliento. Dentro, la sala era del mismo tamaño que el atrio entero que acababan de dejar, pero en lugar de pasarelas y estudiantes yendo a toda velocidad a las clases, esta estaba llena de lugares para todos los tipos de deportes imaginables, cada uno contenido en una caja de cristal, colgando a varios niveles. En el piso de arriba, dos alumnos estaban jugando a tenis, encima de ellos otros dos estaban en una batalla. En el lado opuesto había un partido de baloncesto en pleno desarrollo, y un par de niveles más arriba, había un campo entero de béisbol. Atravesando el amplio espacio había una pista de esquí, que zigzagueaba alrededor de un túnel de bobsleigh. Oliver vio una piscina con el fondo de cristal llena de nadadores, otra solo para saltar, todo tipo de aparatos para gimnasia y acrobacias, una pista para correr, una barra de salto de altura, mesas de ping-pong y un parque de skate.
—Es muy importante que los Videntes estemos en forma físicamente —explicó Ralph—. Todos tenemos que participar en actividades físicas cada día con el Entrenador Finkle.
Oliver hizo una mueca. Él no era para nada deportista. En ninguna de las escuelas a las que había asistido en su vida normal se habían preocupado de que odiara la actividad física. Había conseguido pasar toda su educación evitándola.
—¿tenemos que hacerlo? —preguntó.
—Es una de las normas —dijo Ralph, asintiendo—. No importa el tipo de actividad que escojas, de aquí todas las opciones. Encontrarás algo que te guste y no te importe hacer. Te lo prometo. Te sorprenderás.
Hizo su relajada sonrisa y salieron del atrio por la puerta por la que habían entrado al principio. De vuelta al vestíbulo principal, Ralph guió a Oliver hasta una puerta con una gran P en ella.
—P de premio —explicó.
Acompañó a Oliver al cruzar la puerta. Oliver se quedó sin aliento. Estaba en otra sala enorme, esta llena de máquinas expendedoras de caramelos. Estaban distribuidas por toda la habitación, como filas de canicas. Oliver observaba con la boca abierta cómo los niños pulsaban los botones y veían cómo su caramelo rodaba a través de la red de tubos de colores llamativos antes de caer en sus manos al final.
—¡INCREÍBLE! —gritó Oliver. Miró hacia Ralph—. ¿Qué tienes que hacer para conseguir caramelos?
—Seguir las normas —le dijo Ralph—. Hay muchísimas normas.
Dejaron el increíble almacén de premios y se dirigieron de nuevo al atrio principal. Aquí, Oliver vio una puerta con una B grande en ella.
—¿B de qué? —le preguntó a Ralph, deseoso de mirar en el interior.

—B de biblioteca —explicó Ralph. Asintió con la cabeza para darle ánimos y Oliver se adelantó para abrir la puerta.

Una vez más, la sala era igual de grande que el atrio principal, el gimnasio y el almacén de premios con caramelos; cincuenta pisos de libros. Unas amplias escaleras conectaban todas las estanterías con todos los pisos, y los alumnos pasaban a toda velocidad por ellas, moviéndose por allí con facilidad. Algunas personas incluso llevaban arneses, colgaban como monos de las estanterías y brincaban con los libros en las manos y flotando de nuevo hacia el suelo. Y justo en medio había una columna de asientos; un conjunto de sofás de piel roja gigante y vertical, con diferentes reservados y butacas en diferentes puntos.

—Bueno, este es exactamente el sitio que a mí me gusta —dijo Oliver, estupefacto—. Me encanta leer.

—No se pueden sacar libros fuera —dijo Ralph—. Es una norma. No estoy seguro del porqué, algo relacionado con textos paradójicos que explotan —Soltó una risita—. En fin, no te quedes ahí embobado, hay mucho más por ver.

Volvieron al atrio central y se dirigieron hacia más puertas. La siguiente puerta a la que llegaron estaba marcada con una X.

—¿X? —dijo Oliver, rompiéndose la cabeza—. ¿X para rayos X? ¿O xilófono? —En realidad no podía imaginar el propósito de una sala llena de xilófonos pero por lo que había visto en el lugar hasta entonces, no le sorprendería.

—La X significa que está prohibida la entrada —dijo Ralph—. Hay lugares en los que los estudiantes no pueden entrar. Cualquier sitio que tenga una X.

—Ah, de acuerdo —dijo Oliver, sintiéndose un poco desanimado por la respuesta. Se había entusiasmado bastante con la sala de xilófonos—. ¿Por qué?

—Es otra de las normas —dijo Ralph—. Piensa en ellas como salas de profesores. Ya sabes, incluso los profesores tienen vidas —Volvió a soltar una risita.

Al mencionar a los profesores, Oliver volvió a la realidad. Al fin y al cabo, él estaba aquí para aprender, no para comer caramelos y jugar al bádminton. Y aunque estaba disfrutando mucho de la visita de Ralph, todavía tenía muchas preguntas urgentes en su mente, sobre quién era, por qué estaba aquí y cómo podía existir todo esto.

—¿Cómo son los profesores? —le preguntó a Ralph—. ¿Y qué es lo que estudiamos?

—Tenemos tres clases en nuestro primer año de entrenamiento. La Doctora Ziblatt enseña Clarividencia, que es aprender a mirar al futuro y al pasado y a través de las dimensiones. El Sr. Lazzarato es nuestro tutor de Transformación, es el que nos enseña a usar nuestros poderes para alterar la estructura de la realidad. Y después está el Entrenador Finkle, que nos enseña a estar fuertes físicamente y a tener energía. Los vemos todos los días, dos

horas a cada uno.
Parecía mucho trabajo, pensó Oliver con una mezcla de emoción e inquietud. Le gustaba el trabajo duro, sobre todo cuando sabía que iría dirigido a desarrollar sus poderes, pero aun así estaba nervioso por todo. Todo era muy abrumador.
—¿Qué sucede cuando has completado tu primer año de estudio? —le preguntó Oliver a Ralph.
—Pasas al segundo año. Más clases, tutores diferentes y un horario completamente nuevo que seguir. Lo cual es muy importante, debo remarcar —Le dedicó a Oliver una expresión seria, casi autoritaria—. El horario se planifica de forma meticulosa para evitar que algunas líneas de tiempo se derrumben sobre sí mismas.
A Oliver le daba vueltas la cabeza. Nunca había sentido una presión tan inmensa. Apenas conocía las normas de la escuela ¡y ahora se esperaba que las siguiera a rajatabla para no crear reacciones en el tiempo! Todo parecía poseer el potencial para provocar que una línea de tiempo se derrumbara, ¡incluso el simple hecho de sacar un libro de la biblioteca!
—Ya le pillarás el truco —dijo Ralph—. Yo estaré ahí para mostrarte cómo son las cosas. Yo y mis amigos. Todo el mundo es amable, de verdad. Bueno, todo el mundo no. En mi grupo están Walter, Simon y Hazel. Te gustarán, te lo prometo. Y también Ichiro. Está en el segundo curso y a veces se junta con nosotros. Simplemente, mantente alejado de Edmund y Vinnie.
Oliver asintió, intentando asimilarlo todo. Pero Ralph hablaba tan rápido y le daba tanta información, que Oliver no podía ni empezar a memorizar algo.
Señaló hacia una puerta con una Z.
—¿Y esto qué es? ¿La escuela de Videntes tiene su propio zoo?
Ralph rio.
—No, aunque estaría muy bien. Es la Z de zzz, como cuando duermes. Aquí es donde están las cápsulas para dormir.
—¿Las cápsulas para dormir? —preguntó Oliver, curioso—. ¿Puedo mirar?
Ralph negó con la cabeza.
—Todos tenemos horas asignadas para dormir y no se nos permite dormir fuera de ellas. Mientras la escuela entera es algo que existe fuera del tiempo, el área de dormir está en una noche perpetua. Es una norma…
—… muy importante —terminó Oliver.
Había más noemas para la Escuela de Videntes de las que podía hacerse a la idea.
—¿Puedo ver a alguien usando sus poderes? —le preguntó Oliver a Ralph—. Todavía no entiendo del todo lo que soy, lo que cualquiera de aquí es.
—¿Tu guía no te lo explicó? —preguntó Ralph, frunciendo el ceño.
—¿Mi guía? —preguntó Oliver, abriendo mucho los ojos—. ¿No eres tú?
Ralph rio.
—No, me refiero a tu guía humana en tu línea de tiempo. Debes de haber tenido uno. Una persona que apareció cuando más la necesitabas, que tenía

respuestas que no habías encontrado antes.
—¿Te refieres a … Armando? —preguntó Oliver. Su corazón parecía una roca escarpada cuando recordó a su querido amigo moribundo en sus brazos.
—Todos tenemos uno —dijo Ralph—. Un humano a quien se le ha encargado que nos inicie en el camino. Normalmente, el resto del mundo los considera chiflados, ¡pues como no iban a serlo una vez saben lo que nosotros sabemos!
Rio. Para Ralph, todo parecía muy sencillo, como si no fuer algo enorme, loco y alucinante. Oliver envidiaba un poco su naturaleza relajada.
—¿Así que se suponía que Armando tenía que guiarme hasta aquí? —murmuró en voz alta Oliver—. Eso explica que supiera cosas sobre mí. Imagino que lo mataron antes de que tuviera la ocasión de acabar de explicarlo todo.
—¿Lo mataron? —preguntó Ralph, comprensivo—. Lo siento mucho.
Oliver sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Resolló, pues no quería llorar delante de Ralph.
—No estés triste —le dijo Ralph—. Yo puedo atar cabos. ¿Qué necesitas saber?
Oliver reprimió su tristeza. Finalmente, alguien iba a darle respuestas de verdad. Se avergonzaba de confesar su ignorancia, pues estaba muy acostumbrado a ser el listo.
—¿Por qué no empiezas por contarme lo que es realmente un Vidente?
Ralph hizo una mueca.
—Ah. Vale. Necesitas que empiece por lo fundamental.
Oliver se sonrojó y encogió los hombros.
—Muy bien entonces —empezó Ralph—. Vamos a sentarnos. Ponte cómodo. Empezaré por el principio.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Volvieron a la biblioteca y se sentaron juntos en uno de los sofás de cuero rojo. Ralph escogió un libro de las estanterías y lo dejó abierto sobre la mesa baja que había delante de ellos. Estaba maltrecho y tenía las páginas manchadas y dobladas que a Oliver le recordaban su tan leído libro de inventores.

—Lo primero es lo primero —dijo Ralph, volviendo a la página inicial—. Olvida todo lo que crees saber sobre el tiempo. El tiempo no es real. No hay principio ni final. Todo existe siempre.

Oliver parpadeó.

—Ese no es un concepto especialmente fácil de entender para mí.

—Mira —dijo Ralph, señalando a un fragmento de texto—. Esto lo explica mejor.

Oliver leyó.

«El tiempo es simultáneo. Todo lo que sucederá ya ha sucedido y está sucediendo ahora mientras lees este fragmento».

Oliver se frotó su dolorida frente.

—No lo comprendo.

—Bueno, yo también soy un alumno —dijo Ralph—. Puede que yo no sea la mejor persona para explicarlo. Pero básicamente, para que el viaje en el tiempo exista –que ambos aceptamos que sí, pues estamos aquí sentados en 1944-el tiempo no puede ser real. Pues no puedes ir a un sitio que no existe, ¿verdad?

—Verdad… —asintió Oliver, con incertidumbre—. Pero si es así, todo debe estar fijo. Para que existan todos los tiempos y todos los acontecimientos que ya han sucedido y estén sucediendo actualmente, nada puede cambiar o crearía contradicciones.

Ralph negó con la cabeza rotundamente.

—No exactamente. Pues existe una cantidad infinita de líneas de tiempo. El universo quiere que la línea principal de tiempo siga una ruta segura, la mejor ruta. Para mantener a todo el mundo en el camino correcto, el universo infunde el poder de cambiar y transformar la línea del tiempo a los Videntes, para que la modifiquen, la realineen y vuelva al camino correcto. Nadie sabe lo que nosotros hemos hecho porque todo se remezcla y eso se convierte en la nueva realidad. Pero los Videntes lo sabemos. Al contrario que los mortales normales nosotros tendemos a olvidar las realidades en conflicto, podemos guardar muchas líneas de tiempo diferentes en nuestras cabezas —Sonrió emocionado—. Aunque puede ser confuso tener controlados muchas líneas de tiempo e hilos diferentes. Por eso los Videntes tienen clases de Historia Reescrita durante casi toda su vida.

Oliver frunció el ceño. La mente le daba vueltas, sentía martillazos en la cabeza por intentar comprenderlo todo.

—¿Así que somos solo peones del universo?
Ralph parpadeó. Parecía un poco herido. Cuando volvió a hablar, su tono era más suave, su tono más moderado.
—Nuestros poderes son un regalo del universo. Nos escogió para hacerlo. Somos parte de la misma estructura y esencia que hace que la realidad sea real. Personalmente, creo que eso es muy, muy chulo.
Oliver miró los sinceros ojos verdes de Ralph. Se sentía culpable por sentirse tan agobiado que no podía compartir el evidente entusiasmo de Ralph.
—¿Por qué no me hablas un poco más de nuestros poderes? —sugirió.
Ralph se animó de nuevo de inmediato, claramente ansioso por ayudar.
—Bueno, pues cada uno de nosotros tiene una especialidad que le permite manipular el mundo físico para cambiar el futuro. Yo tengo una especialidad biológica. Puedo reorganizar la materia; hacer que las enredaderas crezcan para inmovilizar a alguien, o separar los árboles de un bosque para abrir un camino. Por eso pude cambiar antes la hoja. No es gran cosa, pero cuando me haya entrenado adecuadamente seré fuerte. Ahora mismo solo puedo hacer caer una hoja de un ranúnculo.
—¿Y qué pasa con los otros? —preguntó Oliver—. ¿Qué tipo de reorganización pueden hacer?
—Bueno, mi amigo Simon tiene una especialidad molecular —explicó Ralph —. De líquidos a gases, de plomo a oro, ese tipo de cosas. Hazel tiene una especialidad química. Puede cambiar el estado de ánimo de alguien de feliz a triste, por ejemplo. Una vez me ayudó a digerir un burrito muy grande. Así que si quieres ver tu papel como una especie de carga predeterminada, puedes hacerlo. O puedes escoger verlo GENIAL como hago yo.
—Vale, vale —dijo Oliver, ablandándose—. Esa parte parece bastante impresionante. Jugar con moléculas y átomos y la estructura de la realidad es bastante chulo. Pero ¿cómo funciona realmente esto?
—Tienes que mirar al futuro —explicó Ralph— e imaginar lo que necesitas. Entonces calculas qué parte de la manipulación lo conseguirá. Digamos que quiero hacer que una montaña crezca, tendría que visualizar el futuro, en el que la montaña ya haya crecido, y manipular las partes necesarias para lograrlo. ¿Tienes alguna idea de cuál es tu especialidad?
Oliver se exprimió los sesos. Hasta el momento solo la había usado para romper la pata de una mesa y abrir unas puertas de acero.
—¿Existe alguna especialidad para manipular materiales? —preguntó—. ¿Como la madera o el acero?
Ralph parecía un poco inexpresivo.
—No estoy seguro. Es decir, una especialidad atómica podría hacerlo. Es de lejos la más potente pero la más de difícil de dominar. También es superrara… —Se le fue apagando la voz y abrió de repente los ojos como platos. Oliver vio que tras ellos se encendía una chispa—. ¡A menos que seas el que estábamos esperando!
—¿Qué quieres decir? —preguntó Oliver.

De golpe, Ralph parecía entusiasmado.
—Estamos esperando a alguien. Alguien muy especial, que será el Vidente más poderoso de todos. Cada vez que llega un niño nuevo pensamos que es él, pero siempre acaban decepcionándonos.
Oliver tragó saliva.
—¿Y no pensarás que puedo ser yo, verdad?
Ralph encogió los hombros.
—Solo el tiempo lo dirá —Después se puso de pie de repente y se dio golpecitos en la barriga—. Estoy muerto de hambre. Vamos a cenar.
Oliver también e levantó y echó un vistazo hacia atrás al pesado tomo que contenía todas las teorías del espacio y el tiempo de las que había hablado con Ralph. Sabía que volvería para leerlo lo más pronto posible. Tenía que revisarlo todo con detenimiento. Sus teorías habían ampliado su mente mucho más allá de la teoría de la relatividad de Einstein.
Pero por ahora, Oliver tenía que aceptar que su rugiente estómago tenía preferencia.
Salieron por la puerta con la L y Ralph lo guió hasta una puerta con una C. C de comida, supuso Oliver.
Ralph abrió de golpe la puerta y ante los ojos de Oliver estaba el comedor más magnífico que había visto jamás.
Era igual que las otras salas, un enorme espacio abierto de cincuenta pisos. Había tubos de colores brillantes entrecruzando todo el espacio, con cintas transportadoras y pequeños platos de comida moviéndose por ellas. Era como un restaurante de sushi en Technicolor 3D.
En el centro había una columna de cemento con mesas de cristal redondas rodeándola a varias alturas. Oliver observaba cómo los niños iban hacia allí, se sentaban y se sujetaban con cinturones de seguridad. Cuando se ocupó la última silla, la mesa empezó a levantarse en el aire. La columna era una especie de sistema elevador. Una vez la mesa de cristal alcanzó su posición, veinte pisos más arriba, encajó con un clic. Oliver vio que los chicos que estaban en ella alargaban los brazos para coger los platos de comida que ahora tenían a su alcance, charlando alegremente los unos con los otros.
Oliver no podía creer lo que estaba viendo. Como todo lo que había visto hasta ahora en la escuela, comer también era algo que se hacía a toda prisa.
—Esto es de locos —dijo en voz alta.
—Vamos —dijo Ralph, tirándole del collar—. Vamos a buscar asiento rápido o tendremos que esperar a la siguiente mesa.
Tiró de Oliver hasta la columna mientras la siguiente mesa comunitaria se elevaba a través de un agujero en el suelo y se colocaba con un clic. Los niños iban corriendo a los asientos de su alrededor. Al mismo tiempo, Ralph lo metió de un empujón en una de las sillas.
—Abróchate —dijo.
Oliver peleaba por encontrar sus cinturones. Era muy complicado hacerlos encajar, y los otros asientos se estaban llenando de niños rápidamente.

Justo en el último segundo, Oliver consiguió abrochar su hebilla. Después salió disparado hacia arriba de repente.
Oliver se agarró al borde de la mesa para sujetarse. Cometió el error de mirar hacia abajo, a través de la mesa de cristal, vio sus piernas colgando por encima del suelo, que se reducía rápidamente hasta desaparecer de la vista.
Entonces la mesa paró bruscamente. A Oliver le daba vueltas el estómago por la repentina sensación de desaceleración.
—¿Estás bien? —preguntó Ralph.
—Creo que sí —respondió Oliver, soplando para apartar su pelo despeinado de los ojos.
El ruido de zumbido mecánico llamó la atención de Oliver y, al mirar, vio cientos de tubos de diferentes colores que se movían hacia la mesa. Con un silbido, platos diferentes empezaron a volar delante de él; cuencos de arroz rosa fucsia, platos de hamburguesas de color arcoíris, un plato lleno de brócoli brillante.
—¿Pero qué…? —murmuró Oliver.
Miró a Ralph, que estaba ocupado escogiendo platos, relamiéndose los labios con gula. Ya tenía tres platos; una salchicha envuelta en masa de hojaldre marmolada, patatas fritas enroscadas con las letras del abecedario y verduras con forma de dinosaurio. Oliver cogió rápido el siguiente plato que fue hacia él. Se sintió agradablemente aliviado de ver que era un trozo normal de pizza de pepperoni. La mordió con ansia. Era excelente.
Cuando la explosión de intensidad inicial disminuyó, Oliver tuvo la ocasión de mirar a los otros que estaban sentados con él a la mesa por primera vez; una chica con dos trenzas impecables recogidas sobre su cabeza, del color del dulce de azúcar y mantequilla, un chico con la piel oscura y el pelo corto y rizado a lo afro, y un chico muy pálido con unos grandes ojos azules y el pelo tan claro que casi parecía plateado.
—Tú eres nuevo —dijo la chica cuando cruzaron las miradas. Sus ojos eran grises, un poco desviados hacia abajo en los extremos de un modo que la hacía parecer ligeramente apenada.
—¿Por qué lo dices? —preguntó Oliver.
—Pareces sorprendido —bromeó—. Así es como se ve todo el mundo la primera vez que ve el comedor. Además, solo has cogido una cosa.
Oliver miró lo que ella había cogido: puré de patata azul, guisantes rojos y una salchicha enorme con forma de avión. Su bebida parecía un batido de galletas Oreo. Oliver se relamió los labios.
—Esta es Hazel —dijo Ralph, señalando hacia la chica—. Este es Oliver, el chico que el Profesor Amatista me mandó a buscar.
Hazel deslizó su batido hacia él.
—Toma. Te he visto mirando. A veces tienes que ser rápido para conseguir lo que quieres.
—Gracias —respondió Oliver—. No estoy acostumbrado a tanta variedad —
Se sonrojó al recordar su triste pasado y la pobreza de la que venía—. En casa

no teníamos comida así.
—Me sorprendería mucho que sí —dijo Hazel con una amable risita.
Justo entonces, el chico de piel oscura que estaba a su lado se inclinó hacia delante y pinchó algunas de sus patatas con el tenedor. Sonrió maliciosamente y se las metió todas en la boca.
—¡Walter! —le riñó Ralph desde el otro lado. Cruzó los brazos—. Cógete las tuyas.
Walter no parecía molesto por la reprimenda. Sencillamente, continuó sonriendo. Oliver tenía la clara impresión que, al ser el mayor, Ralph a veces tenía que adoptar el papel de profesor. Quizás era más el papel de padre, pues ninguno de los niños que había allí tenía acceso a sus familias. Oliver se preguntaba si alguna vez se sentían solos. A él no le gustaba su familia y se sentía aliviado por no tener que actuar nunca más con ellos. Pero muchos niños se llevaban bien con sus padres y hermanos. Para ellos debía ser más difícil estar aquí solos. Debían sentir nostalgia.
—¿Así que eres nuevo? —le dijo a Oliver Walter, el chico con el peinado a lo afro y la boca llena con el puré de patatas de Hazel robado—. ¿Cómo lo llevas?
—Hay mucho que asimilar —confesó Oliver, pensando en la conversación con Ralph en la biblioteca—. Es muy diferente de a lo que estoy acostumbrado.
—¿De cuándo eres? —preguntó Walter.
Oliver se fijó en el *cuándo*. No *dónde*. No estaba seguro de cuál era la mejor descripción.
—¿El tercer milenio? —probó.
—Entonces no estamos tan lejos —respondió Walter—. Yo soy de 1982. Hazel es del cuarto milenio –del 3032.
Oliver abrió los ojos como platos y giró la cabeza rápido hacia ella. Hazel se sonrojó.
—Lo sé —dijo—. Me da mucha vergüenza.
Oliver no tenía ni idea de por qué se avergonzaba de una cosa así. Lo único que pensaba era lo completamente salvaje que era todo. ¡Hazel era del futuro!
—¿Hay alguien aquí del pasado? —preguntó Oliver.
Entonces Ralph alzó la vista y soltó una risita.
—Depende cuál sea tu punto de referencia. Walter para ti es del pasado. Tú para mí eres del pasado.
—¿De cuándo eres tú entonces? —le preguntó Oliver. Ni se le había ocurrido que Ralph pudiera ser de un punto en el tiempo completamente diferente al suyo.
—Nací en 4040 —dijo Ralph—. El quinto milenio —sonrió como si eso fuera algo de lo que estar muy orgulloso. Miró al chico pálido que había a su lado —. ¿De cuándo eres tú, Simon? Siempre se me olvida.
—De 1890 —dijo el chico con un acento británico muy afectado.
Oliver apenas podía creer lo que estaba oyendo. Una escuela suspendida en el

tiempo, llena de niños de diferentes épocas. La mente le daba vueltas.
—¿Ya has conocido a los profesores? —preguntó Hazel, cambiando de tema. Se sirvió un bol de palomitas.
Oliver negó con la cabeza.
—No he visto a un solo adulto desde que llegué aquí.
Hazel soltó una risa nerviosa.
—Cuesta un poco acostumbrarse. Los adultos confían en que nos comportemos, sigamos nuestros horarios y hagamos nuestro trabajo. Tenemos mucha libertad.
—Siempre y cuando sigamos las normas —añadió Ralph.
—Los único adultos que verás aquí son tus profesores —añadió Hazel, comiendo sus palomitas—. Ah, y de vez en cuando charla con tu guía en forma de holograma para comprobar que estás bien.
Al mencionar a su guía, Oliver bajó la mirada a su plato. Esa cicatriz de dolor que siempre acompañaba a sus pensamientos sobre Armando se abrió de nuevo.
Ralph le lanzó una mirada de advertencia a Hazel desde la otra punta de la mesa.
—¿He dicho algo malo? —preguntó Hazel con un aire preocupado pero incrédulo.
Oliver negó con la cabeza.
—No. Solo que mi guía falleció.
Todos los chicos alrededor de la mesa intercambiaron miradas.
—Lo siento mucho —dijo Hazel en voz baja.
—Una suerte horrible, amigo —dijo Simon, negando tristemente con la cabeza.
—Muy mala —añadió Walter.
Oliver se detuvo. Intentó tragar el duro nudo que tenía en la garganta.
Ralph fue al rescate.
—El guía de Oliver murió antes de que le pudiera decir quién era él realmente o por qué tenía que venir aquí. Tenemos que ser extrasensibles, ¿vale? Intentad no agobiarlo. No queremos que le explote la cabeza.
Oliver se sentía agradecido de tener a Ralph pendiente de él, a pesar de que lo más cerca que había estado su cabeza de explotar desde que había llegado aquí había sido a causa de la explicación del tiempo de Ralph.
Hazel alargó el brazo y le dio unos golpecitos en la mano.
—Debe de haber sido muy duro perder a tu guía. Pero aquí vas a pasarlo muy bien, te lo prometo. No podrías estar en un lugar mejor.
Entonces Walter sonrió.
—Has visto el aula D, ¿verdad? ¿No es increíble?
—Claro —dijo Oliver encogiendo los hombros de forma pausada.
—Después de comer deberíamos jugar un partido de switchit —sugirió Walter.
—Es un juego muy vulgar —se mofó Simon—. Yo prefiero el críquet. Es

mucho más refinado.
—¡Pero el switchit es genial! —exclamó Walter—. Yo estoy obsesionado. Es como el baloncesto pero con muchas canastas. Y vuelas sobre aguistruces.
—¿Qué es una aguistruz? —preguntó Oliver.
—Es un animal del año tres mil —explicó Hazel—. Una unión genética entre una avestruz y una águila.
—Vale. Lo pillo —dijo Oliver, sintiéndose excepcionalmente desbordado.
Ralph volvió a hablar en su modo paternal.
—Walter, nosotros, los de primer año, no tenemos tiempo para el switchit antes de ir a dormir. Ya lo sabes.
Walter giró los ojos y volvió a comer.
Abrumado por todo, Oliver volvió la mirada de nuevo a su plato y picoteó el pepperoni. Al hacerlo, se dio cuenta de que alguien por debajo de él estaba mirando hacia arriba.
Era una chica muy guapa, con los ojos verde esmeralda y el pelo negro y liso. Le sonrió tímidamente y después miró de nuevo a su comida.
—Esa es Ester —dijo Hazel—. A todos los chicos les gusta —Lo dijo de una manera muy melodramática, soltando una pequeña burla desde el fondo de su garganta.
Oliver pensaba que era totalmente encantadora. Quería preguntar más sobre la hermosa chica pero la actitud de Hazel parecía indicar que era un tema doloroso, al menos para ella. Parecía celosa de Ester, aunque ella era muy bonita, con sus ojos grises y su pelo del color del dulce de azúcar y mantequilla. Oliver podía imaginar que Hazel sería el amor platónico de más de un chico; solo que a él le atraía la belleza etérea de Ester.
De repente, apareció un brazo mecanizado y recogió todos los platos, cuencos y tazas de la mesa, justo debajo de sus narices. Se llevó rápidamente su pizza inacabada. Alargó el brazo hacia ella en vano.
La mesa empezó a descender rápidamente, cayendo en picado hacia el suelo – una experiencia muy desagradable después de acabar de comer. Cuando llegaron al suelo, Ralph se desabrochó al instante y se acercó a Oliver.
—Será mejor que vayamos a dormir —dijo—. Es nuestro hueco asignado.

CAPÍTULO DIECISIETE

Ralph llevó a Oliver fuera del atrio. Estaba igual de concurrido por los estudiantes que siempre. Un grupo de chicos que aparentaban unos quince o dieciséis años salían en fila de la sala Z, con un aspecto fresco y deseosos de empezar sus clases. Oliver dedujo que estaban en los cursos superiores.

El pequeño grupo con el que Oliver había compartido la cena caminaba alrededor del enorme árbol del kapok, en dirección a la puerta marcada con una Z. Había otros chicos reuniéndose fuera y miraron a Oliver con recelo mientras él y su pandilla se acercaban.

—Puf —dijo Hazel—… Es Edmund. Diga lo que diga, ignóralo.

Pero en cuanto llegaron a la puerta, Edmund se giró y miró con desprecio.

—Otro chico nuevo —dijo en voz alta a su amigo, que tenía la misma expresión de desdén—. Ya hemos tenido un montón de niños que supuestamente eran el Vidente más importante y poderoso de todos los tiempos y ninguno ha resultado serlo. Estoy bastante seguro que no eres tú el que hemos estado esperando —Hizo una desagradable sonrisita de superioridad por encima del hombro y se dirigió directamente a Oliver—, A mí no me lo pareces para nada.

—Lárgate, Edmund —dijo Ralph entre dientes.

Rodeó con el brazo a Oliver de forma protectora y lo apartó un poco de Edmund, Mientras se iban, Edmund gritó:

—¡Estoy seguro de que eres un cobalto!

—¿Un cobalto? —preguntó Oliver, alzando la mirada hacia Ralph, que lo apartaba a toda prisa para que no oyera—. ¿Eso es un insulto del futuro?

Lamentaba el hecho de que hubiera abusones por todas partes, desde la escuela a la fábrica, aquí, en este lugar mágico situado entre el tiempo. Por lo menos aquí no entendía sus burlas.

—Tú ignóralo —dijo Ralph.

Pero Oliver no pudo evitar notar la mirada de preocupación en su cara. Algo que Edmund había dicho le había puesto nervioso. Oliver tenía la clara impresión de que había algo que Ralph no le decía.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Oliver—. ¿Hay algo que no me estés contando?

Ralph se quedó callado, con la mirada fija en Edmund y el resto de los chicos amontonados delante de la puerta con la Z. La Z de la puerta se volvió blanca y todos los que estaban a su alrededor empezaron a entrar en fila, pero Ralph esperó a que Edmund se fuera.

—Venga, entremos —dijo.

Oliver lo siguió.

—Ralph, ¿puedes contestarme la pregunta, por favor? —preguntó—. ¿Hay algo que no me hayas contado?

Entraron en la sala Z. Era una especie de compartimento estanco. Estaba

bastante oscura, a excepción de unas filas de puertas circulares blancas y brillantes, como las taquillas de un vestuario.
Una vez más, Ralph no respondió las súplicas de Oliver.
—Coge tu traje para dormir de allí —dijo, abriendo un contenedor. Este silbó y salió una espiral de vapor blanco.
Todavía confundido, Oliver metió la mano y sacó un extraño traje blanco. Parecía un pelele de niño.
—¿Tengo que dormir con esto puesto?
Ralph solo asintió.
—Los vestuarios están por allí —Hizo un gesto hacia una hilera de cortinas.
—Gracias —murmuró Oliver.
No entendía el cambio repentino en la conducta de Ralph. O bien *cobalto* era una palabra sumamente ofensiva, o significaba algo totalmente diferente que Ralph no quería decirle.
Fue corriendo detrás de las cortinas y se cambió rápido, deseando salir otra vez e interrogar un poco más a Ralph. El extraño pelele tenía un tacto muy frío contra la piel, más como si se hubiera puesto un traje de aire en lugar de tela. Salió a toda prisa con su ropa hecha un bulto en sus brazos.
—Ponla en el contenedor —dijo Ralph de inmediato, metiendo la ropa de Oliver dentro del ahora vacío contenedor de donde había sacado el traje—. Te la lavarán mientras duermes.
El proceso de dormir en esta escuela era igual de desconcertante que lo había sido el de comer, pensó Oliver. Pero lo más desconcertante de todo era que Ralph lo hacía correr.
—¿Preparado? —preguntó, sonando impaciente.
Oliver asintió.
—Sí, pero Ralph, ¿puedes explicarme por qué Edmund te puso tan nervioso, por favor?
Veía al abusón mirando con desprecio esperando con el resto de los niños, vestidos para ir a dormir con sus correspondientes trajes de dormir blancos.
—No es nada —dijo Ralph.
Se abrió la siguiente puerta y todos empezaron a hacer fila.
—Está claro que sí que es algo… —empezó Oliver, siguiendo a los demás.
Pero sus palabras murieron dentro de su garganta cuando vio los dormitorios. Igual que las otras zonas especializadas, esta era un enorme atrio de cincuenta pisos, con unas extrañas cápsulas de cristal pegadas a las paredes y una columna central. Estaba muy oscuro, con excepción del brillo blanco de cada cápsula y algunas pequeñas luces brillantes que caían como copos de nieve sin parar por el aire.
—¿Cómo funciona esto…? —murmuró, embelesado por los copos de nieve.
Echó un vistazo y vio que Ralph ya estaba haciendo cola. Recuperó rápidamente la atención y fue corriendo tras él. No iba a perdérselo.
Al frente había un chico japonés más mayor que dirigía a cada niño hacia una cápsula. Era un proceso fluido, hecho casi con precisión militar. La cápsula se

colocaba en su sitio con un zumbido, el chico apretaba un botón para abrir la tapa, el chico se metía dentro y apretaba de nuevo el botón, la tapa se cerraba, la cápsula se iba con un zumbido y todos los que estaban en la cola daban un paso adelante.
Edmund estaba justo al frente de la cola. Se giró, obviamente buscando a alguien. Cuando encontró a Oliver con la mirada, gritó:
—Espero que duermas bien. ¡Mañana va a ser un gran día para ti! —Después se metió en su cápsula y se fue zumbando.
Oliver se giró inmediatamente hacia Ralph.
—¿Un gran día? —preguntó—. ¿De qué está hablando? —Ahora empezaba a sentir pánico. Esto era más que un insulto fortuito que él no entendía. Estaba claro que Ralph le escondía algo.
Hazel, que estaba justo delante de ellos, se metió en la conversación:
—Solo se refiere a tus primeras clases —dijo a toda prisa—… Ya sabes, profesores nuevos, niños nuevos, estas cosas. Está siendo cruel.
Aunque Oliver, en efecto, estaba muy nervioso por las clases nuevas y toda la gente que conocería mañana, podía decir por el tenso ambiente que había entre Ralph y Hazel que había más.
—Por favor —suplicó—. ¿Qué pasará mañana?
A medida que más chicos se metían en sus cápsulas y se marchaban zumbando, ellos se iban acercando poco a poco al frente. Oliver vio a Simon, el pálido chico victoriano, meterse en la cápsula, irse volando y desaparecer. El siguiente fue Walter, el chico de piel oscura y pelo corto a lo afro. Pronto le tocaría a él. No podía meterse sin saber qué destino le esperaba.
Finalmente, Ralph suspiró.
—Te van a hacer una prueba —dijo.
Oliver tragó saliva.
—¿Una prueba? ¿Cómo?
—No pasa nada —dijo Hazel, metiéndose de nuevo para intentar tranquilizarlo y suavizar la tensión—. La pasarás sin problemas.
Pero sus palabras pusieron más tenso a Oliver.
—Pero ¿esto es una prueba que tengo que pasar? —preguntó Oliver—. ¿Qué sucede si no la paso?
La expresión de Ralph era incluso más seria que antes. Miró a Hazel con dolor. Era obvio que Edmund había sacado el tema para poner nervioso a Oliver, y ahora Ralph tendría que aclarar aquel lío.
—Es para descubrir qué especialidad tienes —explicó Ralph.
—Muy bien… —dijo Oliver. Podía decir que había más por venir.
—Pero… —añadió Ralph.
Oliver tragó saliva.
—Existe una pequeña posibilidad de que no la pases. El Profesor Amatista no siempre acierta.
Oliver sintió que una sacudida como un rayo le golpeó en el pecho.
—¿Te refieres a que puedo descubrir que no soy un Vidente después de todo?

Ralph negó con la cabeza.
—Eres un Vidente, no hay problema, Oliver. Solo se trata de si eres un Vidente de bromo o de cobalto.
—No lo entiendo —tartamudeó Oliver—. El bromo y el cobalto son elementos. ¿Qué significa eso?
—Hay dos tipos diferentes de Vidente —explicó Ralph, que parecía cada vez más preocupado por estarle dando a Oliver demasiada información—. El bromo es rojo y el cobalto es azul.
Oliver estaba receloso.
—Si solo se trata de averiguar si soy rojo o azul, entonces ¿por qué te has puesto blanco como el papel?
—Porque los Videntes cobalto normalmente se pasan al otro lado —espetó Ralph—. Usan sus poderes para mal.
La noticia golpeó a Oliver como un tren de carga. Su corazón empezó a palpitar incontroladamente. Sintiéndose mareado por la conmoción, se tambaleó y extendió un brazo para sujetarse. Hazel apareció a su lado, aguantándolo cuidadosamente por el hombro con una expresión de preocupación en la cara.
—estarás bien —le aseguró—. Incluso aunque fueras un Vidente cobalto, eso no significa que tengas que irte o algo así. Todavía tendrás un lugar aquí. Solo significa que deberás tener mucho cuidado con tus poderes. Tendrás que aprender a resistir la tentación del mal.
Llegó la siguiente cápsula para Hazel. También se la llevó volando hacia la oscuridad. Entonces, llegó de repente el turno de Oliver. Una cápsula vino volando para colocarse ante él.
—Hemos dicho demasiado —dijo Ralph, con aspecto preocupado—. Vamos. Duerme un poco. Por la mañana te sentirás mejor.
—Ahora no puedo dormir —protestó Oliver—. ¿Y si mañana resulta que soy un cobalto?
Echó un vistazo al rostro de Ralph. Parecía cansado y preocupado. El enorme agujero de angustia en el estómago de Oliver parecía hacerse más grande.
Miró de nuevo al frente, al chico japonés más mayor que lo estaba mirando a él.
—Tú eres nuevo —declaró el chico—. Yo soy Ichiro, el asistente interno, o AI. Puedo ayudarte mientras estés aquí. Métete dentro.
Pero Oliver no podía moverse en absoluto. Estaba casi hiperventilando. Todo este tiempo que se había estado preguntando por sus poderes, no se le había ocurrido que podrían ser algo malo, algo oscuro y malvado. Era demasiado para asimilarlo.
—Está un poco atemorizado —dijo Ralph por él.
—Todo el mundo lo está la primera vez —lo tranquilizó Ichiro.
Pulsó el botón para abrir la tapa de la cápsula y Oliver echó un primer vistazo dentro. Parecía un ataúd.
Ichiro habló.

—Una vez estés dentro, conecta las sondas blancas a tus sienes, presiona la almohadilla adherente en forma de corazón contra tu pecho, pon el dedo en el broche de pulsar y aprieta el botón blanco.
Sus palabras fueron muy rápidas, demasiado rápidas para que la ya confusa mente de Oliver las siguiera.
—Lo siento —tartamudeó Oliver—. ¿Que haga qué con la almohadilla adherente…?
Pero no había tiempo. Ralph lo estaba empujando por detrás con delicadeza hasta el interior de la cápsula.
—Estarás bien —dijo Ichiro, mientras empujaba a Oliver para que se colocara dentro de la cápsula—. Sencillamente, no aprietes el botón rojo, ¿vale?
Oliver estaba aterrado mientras se metía dentro de la cápsula. A un lado por encima de él, veía a Ichiro y, en el otro, a Ralph con un gesto de preocupación. Quizá Ralph había hecho bien al intentar ocultarle la prueba. Saberlo solo lo había puesto más nervioso. Ahora no dormiría nunca.
Ichiro dio un golpe fuerte con la mano a un botón y una tapa de cristal opaco se cerró sobre él. Ahora estaba realmente atrapado.
Aterrorizado, Oliver sintió cómo la cápsula salía dando tumbos hacia delante. Se agarró de los lados, sintiéndose como si estuviera en la montaña rusa más inestable del mundo.
Miró a su alrededor en busca de los cables y las cosas que se suponía que debía atarse, pero era igual de confuso que lo había sido estar en el cubo de la basura durante la tormenta. Además, la cabeza le daba vueltas con todo lo que había pasado durante el día, con todas las normas y cosas que tenía que recordar, con la ansiedad ante lo que estaba por llegar.
La cápsula dejó de moverse de golpe y todo quedó en silencio. Oliver estaba allí tumbado, mirando fijamente al cristal opaco, respirando rápidamente. Se tomó un momento y, a continuación, empezó a repasar en su cabeza los pasos que se suponía que debía seguir.
Encontró un montón de cables. Entre ellos había una almohadilla adherente en forma de corazón, que se colocó en el pecho. Después encontró un pequeño broche con la forma y tamaño de su dedo y metió su dedo índice dentro. Finalmente, encontró dos almohadillas que debían de ser las que iban en sus sienes. Después se recostó, con el corazón latiendo con fuerza.
Por encima suyo había tres botones. Uno blanco. Uno rojo. Uno azul.
Rojo o azul. Bromo o cobalto. Bueno o malo. Mañana averiguaría qué tipo de Vidente era, qué especialidad tenía en realidad. Por fin encontraría respuestas a sus preguntas, respuestas que podría desear no haber sabido nunca.
Oliver respiró profundamente. Ahora no había vuelta atrás. Con una mezcla de nervios y pánico, estiró el brazo y apretó el botón blanco. Y, en un instante, estaba durmiendo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—¿Cómo ha ido la primera vez que dormías en la cápsula?

Oliver parpadeó confundido. Al mirar, vio la cara de Ichiro, el chico que hacía unos instantes –o, al menos, esa era la sensación que tenía Oliver-lo había metido en la cápsula para dormir en la que ahora mismo estaba tumbado. Detrás de Ichiro, el cielo ya no eran estrellas brillantes sobre una cortina negra, sino la suave y cálida luz del sol, como una mañana de primavera muy temprano.

Con un ataque de sorpresa, Oliver se incorporó. Se frotó los ojos. Se sentía desorientado y rápidamente se quitó las almohadillas adherentes de la piel.

—¿Es por la mañana? Pero parece que no haya pasado nada de tiempo.

Ichiro soltó una risita.

—Aquí no hay ni mañana ni noche. Todo es sintético, todo manipulado. Pero si esto te hace sentir menos raro, entonces seguro, es por la mañana. En cuanto a si ha pasado o no el tiempo…

Oliver alzó una mano para parar en seco a Ichiro. Ralph ya le había provocado un buen dolor de cabeza ayer hablando de la no existencia del tiempo. Lo último que necesitaba era un debate justo después de levantarse.

En su lugar, tomó la mano que Ichiro le había tendido y se puso de pie.

Pero en cuanto Oliver estuvo de pie, sus recuerdos le vinieron de repente. Con un ataque de miedo, recordó que hoy –su primer día entero de clases-incluía la temida prueba. ¿Y si resultaba que era un Vidente cobalto con el potencial de convertir sus poderes en maldad?

Ichiro debió notar el cambio en la expresión de Oliver.

—Al principio, el sueño interdimensional puede resultar un poco extraño —dijo para tranquilizarlo—. Pero te acostumbrarás.

—No es eso —murmuró Oliver—. Hoy es mi prueba.

—¿Vas a descubrir tu especialidad? —preguntó Ichiro—. ¿Qué piensas… eléctrico? ¿O quizás elemental como yo? Eso sería genial. Me encantaría otro compañero elemental.

—Esa parte de la prueba no —rebatió Oliver—. La parte de si soy bromo o cobalto. Bueno o… —Bajó la voz hasta susurrar— malo.

Ichiro hizo una mueca.

—Estoy harto de esas comparaciones binarias. ¡Los Videntes cobalto pueden ser buenos! Los Videntes bromo pueden volverse malos. Equivale a decir que todos los sociópatas son malvados. Es reduccionista y para nada cierto. Tú eres un buen chico, Oliver. No hay ninguna razón por la que pudieras volverte malo, cobalto, bromo u otra cosa.

Sus palabras tranquilizaron enormemente a Oliver.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó a Ichiro—. ¿Realmente no hay para tanto?

—Para nada —le dijo Ichiro—. Y yo debería saberlo. Yo sí que soy cobalto.

A Oliver le sorprendió la confesión. Era obvio que no era tan malo, después de todo. Ichiro no parecía otra cosa que amable y tranquilizador y el Profesor Amatista tampoco lo había echado. Oliver se había preocupado por nada.

—Tu ropa estará en el compartimento estanco —añadió Ichiro, dando golpecitos en el hombro a Oliver—. Limpia y lista para ti. ¡Disfruta del día!

Oliver se sentía muy aliviado. Pensar en que le hicieran la prueba ya no lo aterrorizaba. De hecho, sin que la ansiedad ocupara su mente, de repente se sintió ansioso por aprender más sobre sus poderes y cómo aprovecharlos.

Fue hasta donde Ichiro había señalado, la misma zona de vestuarios de la noche anterior, y se preguntó quién más habría dentro. Esperaba ver a Ralph, a Hazel, a Walter y a Simon. Y a la hermosa Ester. Pero no a Edmund y a su horrible amigo con el ceño fruncido, Vinnie.

Oliver entró al compartimento estanco y se sintió aliviado al encontrar que Ralph y Hazel eran las únicas personas que había dentro. Hazel ya se había hecho las trenzas y las llevaba en dos moños igual que el día anterior.

—¿Te sientes descansado? —preguntó Ralph.

—Te cogí tu ropa —dijo Hazel, pasándole su mono de trabajo azul, limpio y con olor a lavanda fresca—. Ah, y con ella venía esto.

Le tendió un pequeño rectángulo de plástico duro transparente.

—Tu horario —explicó.

Oliver cogió el trozo de plástico y, de repente, vibró. Aparecieron unas luces en la superficie. Se recolocaron en horas y coordinadas.

—Son todos los sitios en los que tienes que estar y cuándo —le dijo Hazel.

—¿Esto me muestra cuando será mi prueba? —preguntó Oliver.

Hazel señaló a una serie de dígitos y números. Era justo después de todas las clases del día. Le sonrió amablemente.

—Te prometo que no será tan malo.

Oliver cogió el montón de ropa de sus brazos.

—Lo sé —dijo mientras se dirigía a los vestuarios—. Ichiro me dijo que la prueba no es para tanto —Cerró la cortina y empezó a cambiarse, hablando en voz alta mientras lo hacía—. Si él es cobalto, entonces no será para tanto —Se sentía bien por no llevar aquel extraño pelele blanco. Ahora mismo, su mono azul era la única cosa conocida en su vida y llevar la ropa de trabajo de la fábrica de Armando le hacía sentirse seguro—. Podríais haberme tranquilizado más. ¡Hicisteis que la prueba pareciera muy dramática! Pero si debo guiarme por Ichiro, no hay tanta diferencia en si soy cobalto o bromo.

Entonces recordó que las palabras exactas de Ichiro habían sido *cobalto, bromo u otra cosa*. Se preguntaba si era una forma de hablar, o si se podía pertenecer a más categorías de Vidente.

Oliver metió el horario en el bolsillo de su mono y salió de detrás de la cortina. Vio que Ralph y Hazel aún estaban allí, pero ahora la habitación también estaba llena de un montón de otros niños. Entre ellos estaban Edmund y su odioso amigo. Todos lo habían oído. Edmund lo miró con desdén.

—¿Lo has oído, Vinnie? —le dijo a su amigo—. Al parecer no cambia nada el tipo de Vidente que seas.
Vinnie empezó a reírse a carcajadas.
Entonces Edmund gritó hacia Oliver:
—¡Eso te lo dices a ti mismo cuando la prueba demuestre que eres cobalto!
Oliver sentía que le ardían las mejillas. Pasó dando un empujón por delante de Edmund y Vinnie y se puso al lado de Ralph y Hazel, deseando en silencio que le hubieran dicho que dejara de divagar en voz alta desde detrás de la cortina. No tenía ninguna intención ponerse en la línea de fuego de Edmund tan pronto después de levantarse.
Justo entonces, Walter salió de detrás de la cortina con zapatillas deportivas y una camiseta con un personaje de dibujos animados. Se les unió.
—Estoy impaciente por el entrenamiento de switchit de hoy —Sonrió y le dio un golpecito en la espalda a Oliver—. ¿Dormiste bien?
—Sí. Bien —dijo Oliver con tensión.
Simon se les unió vestido a su extraña manera victoriana, con el aspecto de elegante caballero inglés de pies a cabeza.
—A la caza —dijo.
Justo entonces se abrieron las puertas del compartimento estanco y todos salieron en fila, con su habitual modo apresurado. A Oliver lo llevaba la multitud.
Una multitud de emociones se agitaban en su interior mientras seguía a todo el mundo hacia la sala C para el desayuno en la mesa que levitaba. Se abrochó al lado de Hazel, esta vez preparado para la repentina sensación de elevación. También sabía que debía ser rápido y se cogió un plátano con forma de óvalo y un montón de tortitas de neón. Pero mientras estiraba el brazo para coger un vaso de zumo de naranja verde, atravesó con la mirada su mesa de cristal para mirar a la que estaba debajo de él. Allí estaba Edmund sentado con Vinnie. Ambos le lanzaron una mirada asesina. Oliver rompió rápidamente el contacto visual.
—¿Estás bien, Oliver? —preguntó Hazel. Parecía preocupada—. Ya no es la prueba, ¿verdad? Yo ya intenté decirte que no era para tanto.
—No es eso —respondió Oliver—. Es Edmund. Estoy harto de los abusones. Si pensaba que en algún lugar no se meterían conmigo era aquí.
Hazel lo miró empáticamente.
—Intenta ignorar a Edmund. Sé que cuesta. También se metían conmigo en mi antigua escuela.
—¿En serio? —preguntó Oliver, sintiendo que su conexión de amistad con Hazel se hacía más profunda.
Ella asintió, empática con su situación.
—Ser un Vidente te hace diferente, incluso cuando tus poderes aún no se ven. Supongo que somos más listos que el promedio de los niños y eso nos hace destacar.
Desde el otro lado de Oliver, Ralph dijo algo de repente—. Yo no soy más

listo —Rio y se señaló a sí mismo con los dos pulgares—. El peor Vidente que se ha visto jamás en la escuela, según la Doctora Ziblatt.
Al mencionar a su profesora, Oliver recordó que pronto sería la hora de sus clases, de aprender. Sentía cómo temblaba por los nervios.
Una vez hubieron comido el desayuno, los brazos de robot retiraron los platos y la mesa descendió. Salieron de la sala C y fueron hacia el atrio principal. Estaba incluso más concurrido de lo que lo había estado el día anterior con estudiantes por todas partes, que pasaban a toda prisa por la infinidad de pasarelas de arriba.
Ralph guió el camino hasta el ascensor; gracias a su altura, tenía la zancada más grande que los otros. También parecía disfrutar de ser el líder, lo que a Oliver ya le iba bien pues ahora mismo lo único que quería era seguir.
Todos se metieron a presión –Oliver, Walter, Hazel, Simon y Ralph. Aunque hacía poco que los conocía, Oliver sentía que había encontrado almas gemelas. Eran de diferentes puntos en la historia pero estaban unidos por sus poderes. Se sentía más cerca de ellos de lo que había estado con nadie antes. Por primera vez en su vida, Oliver sentía que había encontrado amigos.
Subieron con un zumbido. Después se abrieron las puertas del ascensor y Ralph los guió a todos por una pasarela. Pararon ante una puerta. Entonces, por primera vez desde que su llegada a la Escuela de Videntes, Oliver entró en una aula.
No sabía qué esperaba, pero debía de haber sabido que no sería la típica clase. En su lugar, era una sala abovedada, con los asientos en forma de herradura a los lados. En el centro había una especie de escenario, con una plataforma elevada. Y allí había una mujer con una bata blanca. Oliver se acordó inmediatamente de la Sra. Belfry, con su pelo castaño y su cálida sonrisa. Se preguntaba cómo le iría a la Sra. Belfry, allá en el Campbell Junior High.
—La Doctora Ziblatt es una tutora maravillosa —le dijo Simon a Oliver—. Es la persona más inteligente que alguien puede tener el placer de conocer.
Tomaron sus asientos y Oliver se dio cuenta de que Ester estaba sentada unas cuantas filas más adelante. Tenía una apariencia muy serena, pensó Oliver, como si fuera consciente de que llamaba la atención de todos los chicos que había en el aula.
—Ah —dijo Ralph, inclinándose desde su lado—. Debes ponerte el cinturón.
—¿Qué? —preguntó Oliver—. ¿Por qué?
Vio unas tiras negras que colgaban a cada lado y rápidamente se abrochó. En cuanto lo hubo hecho, toda la habitación empezó a dar vueltas. Oliver se cogió con fuerza al borde de la mesa, notando que sus tortitas de neón daban vueltas dentro de su estómago y arrepintiéndose ahora de la velocidad con la que se las había comido.
—¿Qué está pasando? —dijo.
Pero cuando echó un vistazo, Walter, Simon, Ralph y Hazel no eran más que manchas borrosas a su lado. De hecho, ¡toda la sala era una mancha borrosa!
Entonces, por fin, todo volvió a hacerse nítido, con una precisión cristalina y

nítida.
—¿Estás bien? —preguntó Ralph, mirando hacia Oliver. Hizo una amplia sonrisa.
Oliver parpadeó varias veces.
—Eso creo. ¿Qué ha pasado?
—Movimiento centrífugo —explicó Hazel—. Nos ayuda a acceder a nuestros poderes con más facilidad. Pero evidentemente tienes que llegar al punto en el que sientes que ya no estás girando, lo cual es muy rápido. No es divertido llegar allí, pero una vez lo haces está bien.
—¿O sea que aún estamos girando? —preguntó Oliver, sorprendido.
—¡Sí! —exclamó Walter entusiasmado—. Mola, ¿eh?
Justo entonces, la Doctora Ziblatt se dirigió a la clase.
—Hoy vamos a retomar nuestros estudios sobre la visión dimensional. ¿Alguien podría recordar al resto de la clase qué es eso?
Para sorpresa de Oliver, casi todas las manos salieron disparadas hacia arriba. Se dio cuenta de que la Escuela de Videntes era muy diferente a Campbell Junior High: los alumnos realmente querían aprender. A pesar de que a Edmund y a Vinnie no les había gustado, por lo menos no tendría que lidiar con que le llamaran bicho raro o empollón en este lugar.
La Doctora Ziblatt examinó a los alumnos que tenían la mano levantada.
—Señorita Valentini —dijo, señalando a Ester.
Oliver observó cautivado cómo la hermosa Ester se levantaba, su pelo negro brillando bajo las luces.
—La visión dimensional es la capacidad de ver a través de tu plano dimensional actual hasta el siguiente —dijo.
Su voz era como un piano, o un arpa, que hacía la música más maravillosa. A Oliver se le paró el corazón.
—Gracias —dijo la Doctora Ziblatt—. Así que si pensáramos en las dimensiones como capas de cristal puestas una encima de la otra, cada dimensión está en paralelo con la otra, y así hasta el infinito. Como Vidente, es importante poder ver a través de todas estas diferentes dimensiones, pues la información que hay dentro de ellas puede ser fundamental cuando toméis vuestras decisiones dentro de esta dimensión. Un Vidente puede acceder a todos los momentos del tiempo de cada dimensión, una vez haya entrenado lo suficiente.
Oliver sintió una repentina ola de emoción al pensar en poder ver diferentes dimensiones y líneas de tiempo. ¡Qué cosa tan maravillosa que experimentar! Finalmente podía ver las cosas como Ralph. Pero tenía muchas preguntas.
—¿Eso significa que podemos mirar en el pasado? —preguntó con impaciencia.
—Sí —dijo la Doctora Ziblatt—. Con el suficiente trabajo y entrenamiento.
—¿Así que podría ir a observar a los dinosaurios?
—Sí —confirmó la Doctora Ziblatt—. Y también viajar hasta allí después de estudiar mucho más.

—¿Viajar hasta allí? —preguntó Oliver, sin aliento y lleno de asombro.
Vio que las esquinas de los labios de la Doctora Ziblatt se curvaban hacia arriba.
—Tú debes ser nuevo aquí —dijo—. ¿Cómo te llamas?
—Oliver Blue.
Normalmente, Oliver se sentiría intimidado al hablar delante de tanta gente, pero no se sentía así en la Escuela de Videntes. Aquí sentía que encajaba.
—Sr. Blue —dijo la Doctora Ziblatt—. Venga aquí delante y veremos si podemos hacer que vea en la siguiente dimensión.
Oliver se levantó de un salto inmediatamente. Aunque estaba nervioso, era más por una sensación de emoción y expectación que por el miedo. Bajó a toda prisa las escaleras hasta la parte delantera de la clase y hacia la Doctora Ziblatt.
Ella le dio la mano.
—El resto de la clase ya ha completado este ejercicio —explicó—. Pero quiero ver cuál es tu punto de partida.
Le dio unas gafas de protección. Oliver las cogió, pensando de inmediato en las gafas que Armando le había dado en la fábrica. Eran verdaderamente muy parecidas, quitando que al lado había dos electrodos pegados, un poco como las almohadillas que Oliver había tenido que fijar a su cabeza en la cápsula de dormir. La Doctora Ziblatt los apretó contra sus sienes y, tras ella, apareció una gran imagen holográfica de la visión a través de los ojos de Oliver.
—¡Eso es lo que yo estoy viendo! —dijo Oliver respirando agitadamente.
—En efecto —dijo la Doctora Ziblatt—. Ahora este botón de aquí ayudará a tus ojos a desenfocar esta dimensión. Piensa en las gafas como en las ruedas pequeñas de una bicicleta. Con el tiempo podrás hacerlo sin ellas, pero por ahora ellas te guiarán.
Ella apretó el botón y la visión de Oliver se hizo borrosa de inmediato. La imagen que había detrás de él se volvió borrosa al unísono.
—Este es el estado en el que debe estar tu mente para empezar a penetrar las capas de dimensiones —explicó la Doctora Ziblatt—. Debes ser capaz de mirar más allá de este mundo hacia el siguiente.
—Cuando lo dice parece muy fácil —dijo Oliver y, ante su sorpresa, la clase empezó a reír.
Miró hacia la mancha borrosa de caras y, de algún modo, de entre todas pudo concentrarse en Ester riendo de su chiste. Sonriendo era aún más guapa, su actitud normalmente seria se iluminó momentáneamente. Se quedó mirándola. De repente, oyó una pequeña risa.
—¡Alguien está colado! —gritó Vinnie en voz alta.
Oliver se dio cuenta de que, muy a su pesar, la imagen de Ester estaba reflejada con enorme precisión holográfica detrás de él. La cara le ardía y estaba muy rojo. Apartó rápidamente la vista y su visión se nubló de nuevo.
—Tranquilizaos —dijo la Doctora Ziblatt a la clase en un tono brusco.
El alboroto se fue apagando y Oliver observó a través de su vista borrosa que

la Doctora Ziblatt sacaba algo de su cajón. Parecía una cartulina blanca muy grande y brillante. Justo en el centro había un punto negro.
—¿Más ruedecitas pequeñas? —preguntó Oliver.
—Esto te ayudará a concentrarte en un punto —confirmó—. Y entonces, con un poco de suerte, a través de ese punto y más allá hasta el siguiente plano.
Oliver asintió. Estaba decidido a hacerlo. ¡Era apasionante!
Inspeccionó la cartulina blanca, su visión borrosa se esforzaba por concentrarse en el punto negro. Después apretó los dientes. Parecía que cada ápice de su cuerpo era necesario para esta tarea, ¡incluso usando los chismes que estaban pensados para sacar el trabajo duro!
Pero finalmente la forma borrosa empezó a aclararse en su mente. El punto se convirtió en una escueta forma negra en contraste con el fondo blanco. Entonces empezó a cambiar de color, del negro al rojo y después al azul. Los colores parpadeantes hicieron que Oliver sintiera náuseas de repente.
—¿Qué está pasando? —preguntó Oliver, sintiéndose un poco asustado.
—Tu mente está intentando mirar a través de la capa dimensional _explicó la Doctora Ziblatt—. Es una experiencia muy inusual, especialmente la primera vez. Los cerebros humanos no están diseñados exactamente para este tipo de trabajo.
El corazón de Oliver empezó a latir muy rápido. Las manos le empezaron a sudar. Se llevó la mano hacia arriba y tiró del cuello de su camisa. Podía sentir el sudor bajando por su cuello.
De repente, no pudo aguantar más. Tiró la cartulina sobre la mesa y se arrancó las gafas de protección. Se agarró a la mesa para sujetarse, reprimiendo la necesidad de hacer arcadas.
—¡Jaja! —oyó la voz burlona de Edmund—. ¡Oliver no puede hacerlo ni con las gafas!
—Sr. Banner —dijo bruscamente la Doctora Ziblatt.
Mientras Oliver recuperaba la respiración, notó que la Doctora Ziblatt colocaba la mano suavemente sobre su espalda.
—Quizá debería verte una enfermera.
—No, una enfermera no—tartamudeó Oliver. Tal como estaban las cosas estaba muy avergonzado. Nunca superaría la vergüenza de tener que ir a la enfermería en su primer intento de acceder a sus poderes—. Estoy bien.
Se quedó quieto, la cabeza le daba vueltas y tenía el estómago revuelto. Sentía que las piernas se le debilitaban. La Doctora Ziblatt lo cogió por el hombro.
—Sr. Black —dijo por encima de su cabeza—. ¿Puede ayudar al Sr. Blue a llegar a su silla?
Cuando Oliver empezó a recuperar la visión, vio que Ralph iba a toda prisa hacia él. Pero la mirada de Oliver fue de Ralph a Ester; ella parecía atraer su atención. Miraba hacia abajo, desviando la mirada. Debía sentirse profundamente avergonzada por él por su fracaso. Eso solo hizo que Oliver se sintiera peor.
Entonces Ralph llegó hasta él y le rodeó el hombro con un brazo.

—No te preocupes, Ollie. A todo el mundo le cuesta empezar.

Oliver intentaba consolarse con sus palabras. Pero los ruidos de fondo de Edmund y sus amigos riendo por lo bajo parecían ahogarlos.

—El Sr. Black tiene razón —añadió la Doctora Black—. A todo el mundo le cuesta —Después, al dar la vuelta, murmuró con una voz que ella debió dar por sentado que era demasiado baja para que Oliver la oyera—: Supongo que, después de todo, no es el especial que todos hemos estado esperando.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Las palabras de la Doctora Ziblatt rondaron por la mente de Oliver durante el resto de la clase. Se sentía como si fuera un chasco.

Se sentía tan consumido por su vergüenza que apenas asimilaba nada de lo que ella decía, y no se atrevía a mirar a su izquierda hacia Ester. La imagen de sus mejillas sonrojadas estaba grabada en su mente.

Cuando terminó la clase, Oliver no pudo salir lo suficientemente pronto. Fue a toda prisa hacia la salida, para intentar colocarse en medio de su grupo de amigos. Pero con la prisa por hacer la maniobra de meterse entre ellos, Oliver chocó con su hombro contra alguien.

—¡Lo siento! —dijo, girándose para ver contra quién había chocado.

Vio un pelo negro y brillante. Unos ojos verde esmeralda. Era Ester.

—No pasa nada —dijo ella rápidamente, desviando de inmediato la mirada a sus pies. A continuación, se marchó a toda prisa.

Oliver no pudo evitar pensar que estaba intentando escapar de él tan rápido como podía. Se sentía abatido.

Mientras los estudiantes salían de la clase, Oliver notó un golpecito en la espalda. Al girarse, vio a Hazel sonriendo amablemente.

—No estés tan triste —le dijo, animándolo—. ¡No lo hiciste tan mal!

—Quedé como un tonto —dijo Oliver con tristeza.

Walter hizo una gran sonrisa.

—Al menos no potaste —bromeó.

Oliver solo hizo una mueca.

Ralph bajó la mirada hacia Oliver con un gesto empático.

—Échatelo a la espalda —dijo—. Siempre está la siguiente clase.

—¿Te refieres a otra oportunidad de fracasar? —dijo Oliver tristemente—. Genial.

Simon le dio una palmadita en la espalda.

—Anímate, colega. Irá bien.

Walter añadió:

—Y no puede ir peor de lo que fue en la clase de la Doctora Ziblatt, ¿no?

Hazel le dio un puñetazo en el brazo.

—Ay —se quejó Walter, frotándose el lugar donde le había golpeado.

Justo entonces, Oliver sintió una vibración en su mono. Sacó el horario de plástico. Las coordinadas habían cambiado, indicando que se solicitaba su presencia en el decimocuarto piso. No había nada de tiempo para descansar. Nada de tiempo para asimilar nada de lo que acababa de aprender. ¡En la Escuela de Videntes todo era correr, correr y correr!

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Ralph, metiendo su propio horario vibrante de nuevo en el bolsillo.

Oliver tenía una sensación de miedo mientras los seguía a lo largo de la pasarela que se movía rápidamente. Sentía como si hubiera mordido mucho

más de lo que podía masticar. Tal vez él no tenía que estar allí en absoluto. Quizá no encajaba.
Todos se apretujaron dentro del ascensor y este subió hasta el decimocuarto piso. Después se dirigieron hacia otra clase. En la puerta, con unas letras de un blanco tenue parpadeaba la palabra *Transformación*. Oliver tragó saliva.
Entraron y Oliver vio que estaba decorado como un laboratorio de ciencias, pero no del tipo que hay en la escuela con mesas de madera y un puñado de mecheros Bunsen. Tenía más aspecto de los laboratorios de alta tecnología de una compañía médica o química. El lugar era blanco reluciente.
—Alumnos, tomen sus asientos —dijo el profesor. Era un hombre joven con bigote.
—Ese es el Sr. Lazzarato —dijo Ralph, inclinándose hacia Oliver.
Oliver asintió, haciendo todo lo que podía por absorber aún más información en su ya saturada mente.
El Sr. Lazzarato empezó a hablar:
—La semana pasada nuestro mejor alumno fue la Señorita Kerr. Fue la única alumna que consiguió reorganizar con éxito la materia química que se le dio para crear un pequeño fuego. Así que démosle todos un aplauso a Hazel.
Todos aplaudieron y cuando Oliver miró a Hazel vio que estaba sonriendo.
El Sr. Lazzarato continuó:
—Hoy espero cosas buenas del Sr. Black. Con una especialidad biológica, esta tarea debería ser de lo más fácil para usted.
Oliver vio que Ralph se sonrojaba profundamente. Por lo que le había dicho a Oliver, él batallaba con sus poderes. A Ralph no muchas cosas le resultaban fáciles.
Entonces Walter resopló.
—Tener una especialidad magnética es lo peor —refunfuñó—. Nunca hemos hecho ni una sola tarea en la que haya tenido la oportunidad de sobresalir.
El Sr. Lazzarato continuó:
—Sr. Cavendish —dijo, mirando a Simon—. ¿Puede repartir las hojas de ejercicios? Y Sr. Branner, por favor, reparta las cajas.
Simon se dirigió a la parte delantera de la clase y cogió un montón de papeles. Al mismo tiempo, Edmund fue hacia un carrito en el que había varias cajitas de termoplástico dentro.
—¿Qué son eso? —caviló en voz alta Hazel, entrecerrando los ojos para intentar ver dentro de las cajas.
Oliver estiró el cuello. En cada caja, parecía haber un ratoncito blanco.
—¡Ratones! —le dijo—. No vamos a diseccionarlos, ¿verdad?
Entonces apareció Simon con las hojas de ejercicios. Oliver leyó rápido el título y vio que, lejos de diseccionar ratones, su tarea era reorganizar sus componentes anatómicos.
—Yo nunca podré hacerlo —tartamudeó.
—¡No te preocupes, yo tampoco! —dijo Ralph jovialmente—. O sea, me viste con la hoja. Soy un inútil.

—Por lo menos sabes hacer eso —respondió Oliver—. ¡Yo no puedo hacer nada!
Su fracaso en la clase de la Doctora Ziblatt aún le consumía el pensamiento.
Justo entonces, Edmund llegó a su mesa. Llevaba el carrito con las cajas dentro, cada una con un ratón blanco en su interior. Edmund dejó una caja delante de Ralph y, a continuación, otra delante de Hazel. Cuando llegó a Oliver, sujetaba una caja diferente a las demás. Estaba cubierta de cables y tenía un ordenador conectado a un lado.
—Más ruedecitas para Oliver —dijo con desprecio y dejó la caja—. La mayoría de nosotros puede hacer transformaciones sin herramientas. Pero tú tendrás que depender de alguna ayuda como las gafas de la última clase —Hizo una pausa y sonrió maléficamente—. Hablando del tema, fue muy incómodo para ti. ¡Todo el mundo te vio mirando fijamente a Ester en el holágrafo! ¡Y después tu pequeño ataque de pánico! Jaja, fue graciosísimo.
Oliver sentía que sus mejillas estaban cada vez más rojas mientras Edmund hablaba. No solo por la vergüenza sino también por la rabia. Pensaba que por fin había escapado de los abusones en su vida pero era evidente que no. Incluso aquí, en este lugar maravilloso y mágico, se metían con él. Se tiró del cuello de su mono.
A su lado, Hazel habló en voz baja:
—Ignóralo, Oliver.
Pero Edmund no había terminado. Sabía que sus comentarios habían molestado a Oliver. Rio de manera desagradable.
—Por cierto, deberías saber que no tienes ninguna posibilidad con Ester Valentini. Ella solo saldrá con el mejor jugador de switchit de la escuela. Y ese soy yo.
A Oliver se le formó un nudo en la garganta de repente al pensar en Edmund y Ester juntos.
De golpe, Walter intervino:
—Edmund, todos sabemos que el mejor jugador de switchit soy yo. ¡Si a Ester le importara el switchit, estaría saliendo conmigo!
Edmund cerró de golpe la boca y lanzó una mirada asesina a Walter.
—Ya te gustaría —soltó antes de irse hecho una furia.
Oliver se deshinchó. Miró hacia sus amigos.
—Gracias —murmuró.
Dirigió su atención a la tarea que tenían entre manos y miró a la caja. Estaba cubierta de botones, pantallas y otros componentes electrónicos. Dentro, un ratoncito blanco correteaba.
—¿Le haré daño? —preguntó Oliver con preocupación—… Reorganizar sus átomos suena doloroso.
—No se enterará de nada —le dijo Hazel—. Lo primero que hay que hacer es suspenderlo en el tiempo.
—Claro… —murmuró Oliver.
El SR. Lazzarato empezó recordando a la clase los primeros pasos para

congelar a su ratón en el tiempo. Sin embargo, Oliver solo tenía que apretar un botón. Parecía que estuviera haciendo trampa para saltarse ese primer paso, pero sus poderes no eran lo suficientemente fuertes como para que intentara hacer cosas tan complicadas sin sus “ruedecitas”.
Oliver apretó el botón y, al instante, el ratón se quedó completamente helado, su hociquito apuntando hacia arriba a medio olfatear. Era una visión extraña. Oliver le costaba comprender el hecho de que el ratón estuviera atrapado en el tiempo, como si su cerebro no pudiera aceptarlo del todo. Un poco como con el trozo de tela de invisibilidad. ¡Empezaba a comprender que un cerebro humano pudiera explotar si se exponía a demasiada información relacionada con ser Vidente con demasiada rapidez!
—Lo tengo —exclamó de repente Hazel.
Oliver echó un vistazo y se quedó atónito ante lo que vio. En la caja de Hazel, el ratoncito de Hazel había cambiado. Tenía el aspecto de un adorable personaje de dibujos animados, con los ojos grandes y con pestañas. Incluso estaba levantado sobre sus patas traseras.
—¡Increíble! —tartamudeó Oliver.
—Cielos, Hazel —añadió Simon—. Un trabajo excelente y rápido.
Walter aplaudió el éxito de Hazel, claramente emocionado por ella. Pero Ralph todavía no había conseguido nada.
—Se suponía que esto tenía que ser fácil para mí —dijo.
Mientras Hazel fue a mostrarle al Sr. Lazzarato su ratón, el resto del grupo agachó la cabeza hacia sus hojas de ejercicios. Oliver intentaba absorber toda la información, pero nunca antes esto había supuesto un desafío tan grande. La escuela siempre había sido fácil para él. Por fin, estaba en un lugar en el que lo forzarían a crecer y con suerte, algún día, sobresalir. Pero eso ahora mismo parecía estar muy lejos de su alcance.
Oliver se pegó los electrodos de encima de la caja a las sienes. Sintió una extraña sensación vibrante que parecía nublar su mente. Después cerró los ojos y visualizó lo que quería conseguir: un ratón musculoso, como una especie de luchador.
En la hoja decía que tardaría treinta segundos en hacer efecto, así que Oliver esperó, contando los números dentro de su cabeza. Era extraordinariamente difícil. Las vibraciones que venían del electrodo provocaban la sensación de que sus pensamientos estaban nadando dentro de una sopa.
Finalmente, llegó a treinta y abrió los ojos. El ratón estaba exactamente igual. La decepción se lo comía por dentro.
—No sé hacerlo —dijo con tristeza.
—No te preocupes —dijo Walter—. Es difícil.
Pero en la caja de Walter, su ratón había cambiado. No mucho, pero indudablemente había hecho su cabeza más grande y su cola más larga. A pesar de las afirmaciones de Walter de que el magnetismo era una especialidad mala que tener, lo había hecho mejor que Oliver.
—¿Cuál es la peor especialidad para un Vidente? —preguntó Oliver.

Walter reflexionó durante un momento.
—Probablemente sonar. ¿Por qué lo preguntas?
—Porque estoy seguro de que mi prueba demostrará que la tengo —respondió Oliver—. ¡O eso o demostrará que no soy un Vidente para nada!
Walter negó con la cabeza amablemente.
—Fallaste en tu primer intento, eso es todo. No es el fin del mundo.
—No te desalientes —añadió Simon—. Inténtalo una y otra vez.
—Para ti es muy fácil decirlo —resopló Ralph, cada vez más obviamente frustrado con su propio fracaso—. Tu especialidad es la molecular. Si me preguntas, es un segundo lugar muy ajustado después de la atómica.
Volvieron a su trabajo. A pesar de todos sus esfuerzos, Oliver no tuvo éxito. Empezaba a sentir como si los electrodos fueran un obstáculo. Tenía entendido que estaban pensados para enseñarle cómo hacer que su mente llegara al estado adecuado, pero a él la vibración le molestaba.
Decidió intentarlo sin los electrodos. Cambiar su mente a la actitud correcta no era fácil, pero Oliver sí que consiguió imitar la misma sensación espesa y pesada que le había dado la vibración. Solo que esta ves, su mente estaba más despejada. Contar no supuso tanto esfuerzo. Sentía que controlaba más, y la imagen de su mente del ratón musculoso era más fácil de mantener.
—«Veintiocho, veintinueve, treinta…»
Oliver abrió los ojos. Entrecerró los ojos mirando al ratón y, a continuación, inclinó la cabeza hacia un lado, en busca de alguna señal de transformación.
—Parece un poco más grande —dijo Walter.
—No —respondió Oliver. Sabía que Walter solo intentaba animarlo.
Dándose por vencido, Oliver apretó el botón que descongelaría al ratón. Observó cómo volvía a la vida, correteando por la caja y olfateando. Entonces se levantó de repente sobre sus patas traseras de manera que se mantenía erguido y flexionó los músculos del brazo.
Oliver resopló. El ratón volvió a corretear por la caja. ¿Había tenido visiones o realmente había conseguido cambiar los átomos de dentro del ratón? Solo un poco y no se acercaba al ratón luchador que él había estado intentando, ¡pero aun así era algo! Quizá no era completamente inútil después de todo.

Oliver se sentía alentado después de su pequeño primer éxito. Pero sabía que la prueba aún estaba por llegar.

El Sr. Lazzarato anunció el final de la clase. Todos recogieron sus cosas y empezaron a irse.

Justo entonces, alguien dio un puñetazo en la mesa de delante de Oliver. Él se sobresaltó y alzó la vista. Se encontró mirando fijamente a los ojos negros y crueles de Edmund.

—En la siguiente clase jugaremos al switchit —dijo de forma amenazadora— y te voy a machacar.

CAPÍTULO VEINTE

Oliver siguió a sus amigos hasta el atrio para el entrenamiento de switchit. La sala era igual de enorme que el comedor y la biblioteca. En todos los aspectos parecía una cancha de baloncesto descomunal, a excepción del hecho que había alrededor de mil canastas diferentes a diversas alturas. Bastó para que a Oliver le doliera la cabeza al mirarlas todas.

Pero más que el tamaño de la cancha, Oliver estaba muy abrumado por las jaulas con barras a un extremo de la sala, tras las cuales, acechando en las sombras, estaban las aguistruces. Parecían igual de malas que un águila normal, solo que eran diez veces su tamaño. Pensar en montar una era muy amedrentador para Oliver.

Se dirigió a sus amigos.

—¿Puede saberse cómo se juega a este juego? —preguntó—. Hay muchísimas canastas. ¿También hay un montón de pelotas?

Walter, que había dejado claro que pensaba de él mismo que era una especie de experto del switchit, empezó a explicar las reglas:

—Usas tus poderes para esconder la pelota o deformarla de manera que los otros no sepan quién la tiene y en qué canasta la estás tirando.

Ralph añadió:

—Evidentemente, los mejores jugadores usan sus poderes para multiplicar la pelota y marcar en varias canastas a la vez.

Oliver levantó las cejas.

—¿Quieres decir que no jugamos en equipos? ¿Es más que nada tú contra todos los demás?

—Por supuesto que no es por equipos —dijo Walter como si fuera evidente —. Te dan un punto por bloquear el intento de otro de meterla en el aro, y tres puntos por meterla tú. La persona con más puntos después de sesenta minutos gana. O sea que es un juego de poder, fuerza y resistencia.

—Y de ofensiva —interrumpió Ralph—. Es decir, no es que muchos Videntes hagan carrera como defensas.

Hazel asintió dándole la razón.

—Eso es cierto. El ganador normalmente es la persona más segura de sí misma y lo suficientemente agresiva para intentar lanzar.

—Ya te dije que era vulgar —añadió Simon.

Oliver se sentía inquieto. Las reglas del switchit hacían que el juego pareciera un poco despiadado, por no hablar de lo cansado que parecía.

—¿Y todo eso pasa sobre le lomo de una de esas? —preguntó, incrédulo, señalando hacia las aguistruces enjauladas. No quería ni pensar en que tendría una docena de ellas persiguiéndole a la vez.

—Sip —dijo Walter, sonriendo. Le dio un golpecito en la espalda—. Ya le pillarás el truquillo.

Simon añadió:

—Y si no te gusta, entonces estarás bien acompañado. Detesto este juego absolutamente.

Oliver siguió a sus amigos hacia donde el entrenador estaba guiando a los alumnos, de uno en uno, hasta la sala enjaulada. Oliver se puso al final de la cola, sintiendo que sus nervios iban en aumento. Desde la pare delantera, Edmund y Vinnie estaban susurrando y señalándole. Edmund sacudió su puño y Oliver tragó saliva.

Cuando todos sus amigos desaparecieron en la habitación oscura, su temor creció. Después llegó su turno.

El Entrenador Finkle era un hombre alto y flaco con el pelo rizado y pelirrojo. Miró a Oliver con curiosidad mientras cruzaban las puertas enjauladas.

—Tú eres nuevo —enunció.

Oliver asintió.

—Y estoy asustado. Nunca he montado en una aguistruz.

Mientras lo decía, una de las enormes criaturas se alzó ante su vista. Retrocedió ante su tamaño.

—Bueno, solo hay una manera de aprender —dijo el Entrenador Finkle. Dio un golpecito en el flanco de la aguistruz y esta soltó una especie de ruido chirriante—. Y consiste en ir a por ello. Mabel es muy noble. Es buena para un principiante.

Oliver temblaba mientras se acercaba Mabel, de tremendo aspecto. Tenía los ojos amarillos y penetrantes. Le tocó suavemente su costado emplumado. Ella soltó otro chirrido.

El Entrenador Finkle habló de nuevo.

—Necesitarás esto.

Le puso un casco en la cabeza a Oliver. De inmediato, Oliver sintió una extraña sensación vibrante entre las orejas.

—Más ayudas para el entrenamiento no —se quejó—. ¡Soy el único que tiene que usarlas! ¡Todo el mundo se reirá de mí!

—Todos tuvieron que usarlas una vez también —le dijo el Entrenador Finkle rotundamente.

Pero Oliver sabía que eso no importaba en absoluto. Si los otros estudiantes habían necesitado ayudas o no era irrelevante. Hoy era él el único que las estaba usando. Esto lo hacía diferente.

—Vamos —dijo el Entrenador Finkle con impaciencia.

Resignado a llevar el casco, Oliver montó en el lomo del animal. Era sorprendentemente cómodo. Las plumas de Mabel tenían un tacto suave mientras se agarraba a ellas con sus puños, justo por la base del cuello.

Cuando todo el mundo hubo montado, el Entrenador Finkle se dirigió a la puerta y puso la mano sobre una palanca.

—¡Preparados, listos, ya! —Tiró de la palanca y la puerta subió. Las aguistruces salieron disparadas.

Oliver se sujetaba con fuerza, el viento le golpeaba en la cara por la velocidad. De repente, había salido de las sombras y se metía en la enorme pista, volando

hacia arriba. Por encima de él podía ver a Hazel. A su lado estaba Ralph. Pero sentía que su mente iba lenta. La vibración del casco le hacía sentir soñoliento y desorientado.

De golpe, alguien pasó como un zumbido por delante de él.

—¡Bonito sombrero, imbécil! —se oyó la voz de Edmund.

Oliver miró a su alrededor, pero Edmund ya no estaba. Entonces una voz gritó desde arriba.

—¡Arriba del todo es más seguro!

Era el inconfundible acento británico de Simon. Pero lo único que pudo distinguir Oliver era su pálido pelo rubio.

Se sentía aturdido. El casco prácticamente lo cegaba. Si Edmund realmente quería machacarlo, ¡entonces su casi ceguera indudablemente le daría ventaja!

Mucho más abajo, Oliver solo distinguía al Entrenador Finkle sujetando una pelota de baloncesto. El entrenador la lanzó directamente al aire. El partido había empezado.

Las aguistruces reaccionaron inmediatamente. Parecía que la pelota contenía alguna especie de faro para mostrar el camino a casa. Todo el mundo bajó en picado hacia ella. A Oliver se le removió el estómago mientras Mabel iba disparada en su busca.

—¡No, para! —le gritó. Lo único que veía eran imágenes borrosas. Esto hizo que se le removiera el estómago.

De repente, Mabel paró en seco. Soltó un bufido que se parecía mucho al enojo.

—Lo siento —le dijo Oliver, respirando lentamente para calmar su corazón acelerado—. Apenas puedo ver nada. ¡Si bajamos hasta allí, me machacarán!

Mabel volaba en lentos círculos. Oliver no tenía ni idea de si entendió lo que le había dicho pero, sin embargo, estaba haciendo caso de sus instrucciones, soltando bufidos de disgusto cada dos por tres.

Desde su posición allá arriba, Oliver observaba la espantosa vista de las aguistruces mientras todas se acercaban a una persona. Se dio cuenta de que estaban persiguiendo a Walter. Era como observar a los buitres dando vueltas sobre su presa.

—«Este juego se me va a dar fatal» —pensó Oliver. No solo sentía su mente demasiado lenta para continuar, ¡no quería ni tocar la pelota si eso significaba que todos los pájaros se le echarían encima!

Entrecerró los ojos para intentar ver qué estaba sucediendo. Walter se movía con tanta rapidez por el atrio que la mente farfullada de Oliver apenas podía distinguir lo que estaba pasando.

La especialidad de Walter con el magnetismo evidentemente le permitía ser bueno en el switchit. Usó su poder para impregnar a la pelota de un fuerte imán. Fue atraída hasta una de las canastas y atravesó zumbando el atrio tan rápido que apenas se pudo percibir. A continuación, atravesó directamente la canasta.

Sonó un claxon. Walter levantó el puño en el aire victorioso.

—Tres puntos, Walter Stroud —gritó el Entrenador Finkle.

Pero Oliver se dio cuenta de que no había ni un respiro, pues el Entrenador Finkle ya tenía una nueva pelota en las manos. La lanzó hacia arriba y empezó de nuevo el juego.

Debajo de él, Oliver veía que Mabel estaba cada vez más frustrada. Ella deseaba desesperadamente unirse a la diversión. Pero a Oliver le daba vueltas la cabeza. No podía concentrarse en nada de lo que le rodeaba. Apenas podía decir quién era quién, por no hablar del paradero de la pequeña pelota dentro del enorme atrio. Era frustrante. De esa manera, era imposible que marcara alguna canasta.

—Vamos, Oliver —oyó que gritaba Hazel—. ¡Únete!

Al echar un vistazo, vio una forma borrosa que pasaba por delante de él zumbando. La única cosa por la que no había duda de que era Hazel era el color del dulce de azúcar y mantequilla. Su deseo de unirse creció aún más. No quería ser como Simon y perderse toda la diversión.

Entonces, de golpe, alguien fue corriendo hacia él. Oliver sintió que una repentina descarga eléctrica lo atacaba. Mabel tembló por el dolor y Oliver perdió el agarre a sus plumas. Hubo un soplido colectivo cuando Oliver resbaló hacia un lado.

Aterrado, se sujetó más adelante y la cogió por las garras con las puntas de los dedos. Ahora estaba suspendido a cien metros en el aire, apenas agarrándose. Con toda su fuerza, Oliver tiró de él hacia el lomo de Mabel otra vez.

Cuando su adrenalina disminuyó, Oliver vio otra aguistruz planeando a su lado. Sobre su lomo, pudo distinguir a Edmund.

—Te dije que te machacaría —se burló.

Oliver estaba enfurecido. Edmund había usado sus poderes para atacar a Oliver y a su aguistruz. Era un truco sucio. Él ya tenía ventaja sin el casco, lo que lo hacía un golpe aún más bajo. Oliver no iba a quedarse sin hacer nada.

Oliver estiró el brazo y se quitó el casco. De inmediato, la horrible sensación de vibración desapareció. Su visión se reenfocó. Clavó la mirada con la de Edmund y tiró el casco al suelo.

—¿Piensas que puedes hacerlo sin tus poderes? —dijo Edmund con una sonrisita—. ¡Buena suerte!

—Con o sin poderes, por lo menos será una pelea justa —replicó Oliver.

Edmund le lanzó una mirada asesina con frialdad. Después dio una patada en el flanco de su aguistruz y la criatura salió disparada.

En unos segundos, Edmund tenía la pelota. Subió con un zumbido en un movimiento zigzagueante. Pequeños rayos de electricidad le seguían el rastro y ahuyentaban a las aguistruces que lo perseguían. Entonces Edmund lanzó la pelota hacia una canasta. Pero en lugar de entrar a la canasta, la pelota desapreció por completo.

Todas las aguistruces se detuvieron a medio vuelo, lanzando sus miradas de halcón por toda la pista, esperando a que la pelota reapareciera en algún lugar.

Lo hizo, justo al lado de Hazel. Ella había usado su poder para hacer que la

pelota saltara de un lugar a otro. El claxon sonó para el punto de bloqueo de Hazel y por debajo el Entrenador Finkle anunció:
—Un punto, Hazel Kerr.
Oliver estaba absolutamente impresionado, por no hablar de lo contento que estaba de que Edmund no hubiera marcado.
Hazel fue a coger la pelota. Pero una repentina vibración recorrió el atrio, como la onda de una piedrecita en el agua. Esto empujó la pelota lejos de los dedos de Hazel y fue flotando justo a las manos de Ester. Su aguistruz fue corriendo a la canasta más cercana. Sonó el claxon.
—Tres puntos, Ester Valentini.
—Increíble —dijo Oliver en voz alta. Ahora tenía la sensación de saber realmente de qué iba el juego.
Mucho más abajo, el Entrenador Finkle estaba listo para lanzar hacia arriba la pelota para empezar el juego.
Cogiéndose con fuerza a Mabel, Oliver le preguntó:
—¿Estás preparada? Esta vez quiero unirme.
Ella hizo un bufido de felicidad.
El Entrenador Finkle lanzó la pelota. Mabel voló. El estómago de Oliver daba vueltas mientras bajaba en picado por los aires.
De golpe, la pelota desapareció. Mabel dejó de planear hacia abajo, haciendo que a Oliver se le removiera de nuevo el estómago. Entonces la bola desapareció justo al lado de Oliver. Él imaginó que lo había hecho Hazel, para darle una oportunidad de marcar.
Mabel se adelantó hacia la pelota. Las otras aguistruces también salieron disparadas hacia arriba desde abajo. Oliver no tenía tiempo para pensar. Cogió la pelota y la lanzó con todas sus fuerzas hasta la canasta más cercana.
Salió disparada hacia el aire, justo en dirección a su objetivo. Pero, de repente, la electricidad golpeó la canasta y la derritió por completo. La pelota siguió adelante, donde había estado la pelota, pero no le dieron ningún punto a Oliver.
Cuando sonó el claxon para el punto de bloqueo, Oliver echó un vistazo alrededor para ver quién le había bloqueado. Para su enfado, fue Edmund el que había bloqueado su punto derritiendo la canasta. Dio un puñetazo al aire frustrado.
—Un punto, Edmund Branner.
—¡Buen intento! —gritó Hazel a Oliver cuando pasó a toda velocidad por delante suyo.
Oliver sabía que ella había hecho todo lo que podía para ayudarle, pero nunca conseguiría ningún punto si no usaba sus poderes.
Una vez más, el Entrenador Finkle tenía la pelota. Este gritó:
—¡Cavendish! ¡Participa!
Desde el punto más alto del atrio, la aguistruz de Simon planeó. Simon hizo un gesto con la mano desde su lomo sin ganas. Era evidente que no tenía ninguna intención de unirse al juego en absoluto. Pero Oliver sí que quería.

Quería marcar una canasta. Tres puntos serían más de lo que Edmund tenía y derrotarle a él sería como ganar para Oliver.
El Entrenador Finkle lanzó la pelota. Oliver descendió sobre el lomo de Mabel para atacar. Edmund llegó primero a ella. Agarró la pelota y la lanzó de inmediato a la canasta más cercana, que resultó estar en el hombro derecho de Oliver.
Todo sucedió en una milésima de segundo. Oliver deseaba tanto que la pelota entrara a la canasta que su mente cambió inmediatamente al lugar donde podía reunir sus poderes. Oliver dirigió su mente a la pelota y les ordenó a sus átomos que cambiaran.
De golpe, la pelota se transformó en pleno vuelo, pasando de ser una pelota sólida a una extraña sustancia viscosa. Había estado justo a un par de centímetros de la canasta, pero ahora se escurría por el aire hasta convertirse en un charco en el suelo.
El esfuerzo por usar sus poderes de novato hizo que a Oliver se le llenara la frente de sudor. Pero el esfuerzo valió la pena cuando sonó el claxon.
—Un punto, Oliver Blue.
¡Había conseguido un punto! ¡Había bloqueado el tiro de Edmund! ¡Incluso sin casco, había reunido sus poderes! Oliver sentía que estaba tocando el cielo con las manos. Él nunca había sido bueno en los deportes y, aun así, aquí estaba pasándolo en grande y sobresaliendo de verdad. Podría acostumbrarse a esto.
—¡Venga, Oliver! —empezaron a animarle sus amigos.
Miró a su alrededor y vio que Ralph levantaba los pulgares. Después avistó a Ester. Parecía completamente impresionada y le lanzó una bonita sonrisa.
Pero hubo muy poco tiempo para celebraciones. La pelota apareció una vez más en las manos del Entrenador Finkle. Una vez más, la lanzó directamente al aire.
Rápido como un rayo, Edmund estaba allí. Parecía más decidido que nunca cuando cogió la pelota.
A Oliver se le removió el estómago mientras Mabel bajaba en picado, como las otras aves, yendo directamente hacia la pelota que estaba en manos de Edmund. Pero Mabel fue más rápida que las otras, más decidida, como si su victoria anterior la llevara. Adelantó al resto de la bandada.
Cuando la distancia entre Oliver y Edmund disminuyó, Oliver pudo ver la mirada de pura concentración en el rostro de Edmund. Era evidente que estaba intentando reunir sus poderes. Por lo que parecía, no lo estaba logrando. El sudor le caía por la frente. Echó una mirada a Oliver, con los dientes apretados, su expresión de sobresalto al ver que la aguistruz se le echaba encima a su espantosa velocidad.
—¡Lanza la pelota! —exclamó Oliver.
Pero Edmund todavía la tenía agarrado, ansioso de que sus poderes funcionaran.
Oliver se dio cuenta de lo que iba a pasar un segundo antes de que lo hiciera.

Solo tuvo tiempo de taparse los ojos con las manos. Después ¡cataplam! Su aguistruz chocó contra la de Edmund. Los dos chicos cayeron de sus aguistruces y empezaron a desplomarse hacia el suelo.
Oliver soltó un gritó enorme cuando se encontró de cara con el suelo. Pero en lugar de pegarse contra el suelo duro, se encontró con que la superficie sobre la que fue a parar era suave como una almohada de plumas. Rebotó suavemente, el suelo cedió a su peso como la espuma. Se dio cuenta de que el Entrenador Finkle había usado sus poderes para cambiar las propiedades físicas del suelo y que este fuera elástico, pues tras un segundo rebotando, el suelo volvió a su estado sólido.
Tumbado sobre su espalda, Oliver miró fijamente a las dos aguistruces sin jinete que volaban en círculo por encima y parpadeó sorprendido. A continuación, de golpe, Edmund apareció por encima de él. Tenía la cara roja por la rabia.
—¡Tú, idiota! —chilló, agarrando a Oliver por los hombros—. ¡Viniste volando hacia mí a propósito!
Oliver golpeó las manos de Edmund.
—¡No quería hacerlo! Mi aguistruz quería la pelota y no hubo forma de detenerla. ¡Te dije que la lanzaras!
Edmund tenía la cara roja por la rabia mientras zarandeaba a Oliver bruscamente, sus dedos soltaban descargas eléctricas, cada una de ellas como una pequeña aguja que se clavaba.
Oliver no iba a quedarse allí tumbado aguantándolo. Puede que hubiera aguantado las palizas de Chris, pero no iba a tolerarlo más, aquí no, en la Escuela de Videntes, el lugar en el que por fin encajaba de verdad. Durante todo el día, la tensión entre él y Edmund había ido creciendo, y ahora por fin iba a explotar.
Con toda la fuerza que pudo reunir, Oliver empujó con los brazos. Pero al hacerlo, alguna otra fuerza en su interior explotó. Sus poderes. No había hecho ningún intento para hacer que aparecieran y, aun así, su mente había visualizado con tanta claridad que sus manos se convertían en acero sólido que había hecho que se materializara como una realidad ante él. Y sus dos manos de acero eran tan fuertes que hicieron que Edmund saliera volando.
El tiempo parecía ir más lento mientras Edmund dibujaba un arco en el aire a través de la amplia expansión de la cancha. Impactó con fuerza en el suelo y soltó un chillido de dolor.
Oliver se incorporó de golpe, boquiabierto. No tenía la intención de empujar así con su mente. Se tocó la cabeza. No había el sudor que había sentido cuando usó sus poderes antes. Parecía que algunas situaciones sacaban sus poderes sin esfuerzo por su parte, como la vez en la que Chris había intentado hacerle daño. Entonces sus poderes le habían protegido, igual que ahora. Había sido incontrolado, inesperado. Había hecho mucho daño a Edmund cuando lo único que había deseado era que parase el acoso. Los remordimientos daban vueltas en su interior.

A su alrededor, la clase estaba murmurando, susurrando; su repentina explosión de poder había pillado a todo el mundo por sorpresa. Pero no estaba seguro de si alguien lo había visto transformar su propio cuerpo. Ir de apenas cambiar la estructura de un ratón en clase de Transformación a hacerlo con su propio cuerpo parecía un salto enorme para Oliver.

Se miró las manos, que habían vuelto a la normalidad. ¿Cómo lo había hecho? Sin tener la intención, había reorganizado los átomos de su propia carne, convirtiendo la piel en metal. ¿Era posible que fuera ese el tipo de poder que costaba años de entrenamiento conseguir? Oliver se preguntaba si, después de todo, era posible que tuviera una especialidad atómica. ¿Podría ser que sus fracasos no hubieran sido porque él era débil sino porque poseía una especialidad que era la más difícil de perfeccionar?

—De golpe, el Entrenador Finkle estaba allí a su lado. Fulminó a Oliver con la mirada.

—Tú. Al despacho del director. Ahora.

Oliver tragó saliva.

—¿El di… director? —tartamudeó.

El entrenador Finkle cruzó los brazos, no parecía en absoluto impresionado.

—Ya me ha oído, Blue. Vaya.

—No sé dónde está el despacho del director —confesó Oliver.

—Coge el ascensor hasta el último piso. Atraviesa la puerta de la sexta dimensión —dijo el Entrenador Finkle enojado. Se giró y se alejó de Oliver, gritando a los demás:

—¡Que alguien vaya a buscar a una enfermera!

Oliver se puso de pie. Al otro lado de la pista, el resto de los niños estaban aterrizando y bajando de sus aguistruces, amontonándose alrededor de Edmund para ver si estaba bien. Vinnie lanzó una mirada asesina a Oliver. No iba a dejar que escapara de esta.

Pero fuera cual fuera el castigo que Vinnie y Edmund le prepararan, no iba a ser nada en comparación con el director. Así no era cómo Oliver quería que hubiesen ido las cosas. Con una mezcla de decepción y una aterrorizada premonición de su castigo, Oliver se fue a toda prisa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Oliver subió con el ascensor hasta arriba del todo de la Escuela de Videntes. Miró a su alrededor en busca del despacho del director y encontró una puerta con un número seis grande en ella.

Se dispuso a llamar pero la puerta se abrió incluso antes de que sus nudillos entraran en contacto con la superficie. Con cautela, entró y gritó:

—¿Hola?

En el momento en el que cruzó el umbral, Oliver empezó a flotar. Dentro de la habitación estaba oscuro, como el vacío del espacio. La luz venía de una galaxia de esferas multicolor que flotaban por ahí. Oliver estiró el brazo y tocó una al pasar. Se alejó de él formando una espiral como lo haría un objeto con gravedad cero.

—Oliver, ¿eres tú? —gritó una voz.

Oliver miró por todas partes. No podía decir desde dónde había hablado la voz. Hasta donde él podía ver, no había nadie por ahí.

—Aquí arriba, Oliver. ¡Yuhu!

Oliver alzó la vista y vio un hombre de aspecto muy amable, que flotaba con los brazos y las piernas extendidos. Tenía una amplia sonrisa y vestía un traje de dos piezas de un naranja brillante. Si este era el director de la Escuela de Videntes, no era para nada como la imaginación de Oliver lo había evocado. Y tampoco parecía a punto de castigar a Oliver por su pelea con Edmund.

Confundido, Oliver observaba cómo el hombre iba flotando hacia él, propulsándose como un nadador a través de una piscina. Llegó hasta Oliver y se quedó flotando a su lado. Se dieron las manos.

—Yo soy el Profesor Amatista —dijo, haciendo una sonrisa aún más amplia.

—Yo soy Oliver…

—¡Ya sé quién eres! —interrumpió el Profesor Amatista—. Como puedo ver el pasado, el presente y el futuro de todas las líneas de tiempo, ya lo sé todo sobre ti.

Oliver parpadeó sorprendido.

—¿Ah, sí?

Era muy difícil mantener una conversación mientras él estaba flotando alrededor, y no facilitaba las cosas que, en ocasiones, diera vueltas de manera que quedaba lejos del director.

—Oh, sí —dijo el Profesor Amatista—. Tú eres un joven muy importante, Oliver. Algunos podrían decir que eres tan importante como yo, pero eso depende del libro de historia que estés leyendo, supongo.

—Lo siento —dijo Oliver, girándose para ver de cara al hombre que ahora mismo flotaba detrás de él—. Pero ¿a qué se refiere?

La Doctora Ziblatt parecía estar segura de que Oliver no podía ser el que estaban esperando. Con todos sus fracasos, Oliver se inclinaba a darle la razón. Pero el director parecía estar sugiriendo lo contrario. Oliver nos e

atrevía ni a tener esperanzas de que el director estuviera en lo cierto en esto.
—Todo se aclarará —dijo el Profesor Amatista—. Un trozo de información cada vez. No queremos que tu cabeza…
—… explote —terminó Oliver. Ahora ya había oído el mantra lo suficiente.
El Profesor Amatista soltó una risita.
—Te llamé porque en el noventa y nueve como noventa por ciento de las líneas de tiempo, Edmund usa el sentido común y te da un golpe que te deja tonto.
—Ah —dijo Oliver—. Sobre eso…
—No voy a tirarte de las orejas —dijo el Profesor Amatista—: Aunque no puedo tolerar la violencia en mi escuela y, a su debido tiempo, serás castigado. Pero esta reunión no es para esto. Esto es una presentación. Una bienvenida.
Oliver se sintió aliviado por irse de rositas por un tiempo.
—¿Podemos sentarnos en algún sitio? —preguntó—. Me están entrando náuseas con tantas vueltas.
—Por supuesto —respondió el Profesor Amatista.
Chasqueó los dedos y, en un abrir y cerrar de ojos, el espacio se transformó. La galaxia desapareció y, de repente, Oliver estaba sentado en un sofá. Un sencillo sofá marrón liso de piel, con un pequeño desgarrón en el reposabrazos. A la derecha, había una chimenea y, delante de él, una mesa de centro, colocada sobre una alfombra persa desgastada.
—¿Esto es más a lo que tú estás acostumbrado? —dijo el Profesor Amatista.
Oliver miró por toda la habitación, que tenía la apariencia de un estudio de la década de los cuarenta. La cabeza le daba vueltas por la repentina transformación que había tenido lugar ante sus ojos. El Profesor Amatista debía de ser un Vidente muy poderoso si podía reorganizar todos esos átomos con tanta rapidez sin sudar.
—Supongo —dijo Oliver.
—Bueno, vamos a empezar —dijo el Profesor Amatista. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre sus protuberantes rodillas—. En primer lugar, quiero disculparme.
—¿Disculparse por qué? —preguntó Oliver, parpadeando confundido.
—Por la muerte de tu guía. El inventor Illstrom, ¿no es así?
Oliver sintió un horrible vacío en el pecho al mencionar el nombre de Armando. No había ni pensado en su héroe fallecido desde que llegó a la escuela; había dejado que la fábrica se desvaneciera en la parte de atrás de su concentración. Ahora se sentía fatal por ello, por dejar que el asesinato de Armando hubiera pasado a un segundo plano en su aventura en la escuela.
Pero entonces le vino otro pensamiento. ¿Por qué se estaba disculpando por ello el Profesor Amatista?
—La muerte de Armando no fue culpa suya —dijo Oliver.
—No —respondió el Profesor Amatista—. Pero como director de la escuela, es mi responsabilidad asignar un guía a todos los Videntes. Él era perfecto

para ti, pero la elección del momento adecuado fue desafortunada. He comprobado todas las líneas de tiempo, Oliver, he tirado de un montón de hilos dimensionales. Todos esos días que estuviste con él fueron lo mejor que pude conseguir.
Parecía abatido, como si fuera su fracaso personal que Armando hubiera muerto tan pronto después de llegar a la vida de Oliver. Oliver no estaba seguro de si se suponía que debía consolar al anciano profesor, así que terminó sentado allí en el incómodo silencio.
Finalmente, habló:
—¿Se suponía que Armando iba a hablarme de mi destino? —preguntó Oliver —. Porque, en realidad, no tuvo ocasión. Todo fue muy rápido, me refiero a mi tiempo en la fábrica.
El Profesor Amatista asintió.
—Su papel era iniciarte en tu viaje. Convertirse en Vidente es psicológicamente agotador. Estoy seguro de que eres consciente de eso. No es fácil aceptar el hecho que el mundo físico puede doblarse y manipularse, o experimentar el viaje en el tiempo y contrastar las versiones de los hechos. Estas cosas están más allá de la comprensión humana habitual. El guía está allí para ayudarte en el primer paso, para decirlo de alguna manera. Para darte las partes de un rompecabezas que no hará que se te derrita el cerebro.
Oliver asintió solemnemente. Evidentemente, las cosas eran más complicadas de lo que él había previsto.
—Y usted, ¿me lo puede decir? —preguntó—. ¿Ahora que estoy aquí en la escuela? Porque la gente no para de decir cosas sobre las especialidades. Y mis poderes parece que vienen cuando no quiero que lo hagan, y no cuando los necesito. Después tengo estas visiones…
—Oliver —dijo suavemente el Profesor Amatista, interrumpiendo su diatriba —. Ningún cerebro lo puede asimilar todo de una vez. Confía en que estás aprendiéndolo todo a la velocidad que puedes hacerlo. Si decimos a la persona equivocada la cosa equivocada en el momento equivocado, las cosas se colapsan. Líneas de tiempo enteras pueden colapsarse cuando se cometen errores. Si te contara todo lo que yo sabía, por ejemplo, tu cabeza explotaría como un globo. A mí me ha llevado siglos adquirir todo el conocimiento que tengo. Todo debe tomarse lenta y regularmente.
—«Siglos»— pensó Oliver. ¿Significaba eso que el director hacía cientos de años que vivía? ¿Cuántos años tenía en realidad?
Estaba a punto de preguntarlo cuando el Profesor Amatista habló de nuevo:
—Vamos a empezar por el principio. Lo que podemos hacer aquí mismo y ahora mismo es averiguar tu especialidad.
—¡La prueba! —exclamó Oliver.
Con todo el drama, había olvidado la prueba que le diría su especialidad y tipo de Vidente, si era cobalto o bromo. Cuando se había ido a dormir la noche anterior, los pensamientos lo habían consumido. Pero durante el día, no había pensado mucho en todo eso. Inclusos e había olvidado de su horario, que le

decía dónde tenía que estar y cuándo. Ahora, al comprobarlo, se dio cuenta de que esos eran el lugar y la hora exactos para su prueba. Aquí era donde debía tener lugar desde siempre.
—A estas alturas, posiblemente ya habrás oído el nombre de las nueve especialidades —empezó el Profesor Amatista—. Biológica, sonar, química, molecular, magnética, eléctrica, elemental y nuclear. Y después está la especialidad más poderosa: la atómica.
—Por lo que he visto de mis compañeros de clase, todos los Videntes tienen grandes poderes —dijo Oliver—. Todos han podido manipular el entorno a su antojo de un modo u otro.
El Profesor Amatista sonrió.
—Sabio para tu edad. Un indicio de especialidad atómica.
Oliver sentía que sus mejillas estaban calientes. Estaba emocionado ante la posibilidad de tener poderes atómicos pero, a la vez, sentía que esto sería en parte una carga, como si tuviera que estar a la altura de las expectativas, de algún modo. No quería que existiera ningún resentimiento entre él y sus nuevos amigos, ya había sido testigo del enfado de Ralph por no poder hacer algo que un Vidente con la especialidad biológica debía hacer, y a Walter quejándose de que su especialidad magnética era débil. No parecía importar que todos ellos fueran increíbles, aun así tenían hándicaps. Oliver odiaba la idea de sumarse a eso de algún modo.
¿Y si su tipo era el cobalto? ¿Qué significaría una especialidad atómica en manos de un Vidente cobalto? ¿La combinación era potencialmente más peligrosa? Oliver sentía que sus nervios iban en aumento.
—He oído que ser Vidente es más que solo la especialidad —dijo, tímidamente. Tragó saliva—. Que también hay dos tipos.
El Profesor Amatista parecía un poco decepcionado.
—Te lo han dicho —dijo, suspirando—. Prefiero que los de primer año nos e aterroricen con los tipos, pero estas cosas no pueden evitarse. Los rumores corren —Negó con la cabeza y continuó—. Sí. Bromo y cobalto. Procura no quedarte atascado en las palabras. A fin de cuentas es lo que tú hagas con tus poderes lo que cambia las cosas. Todos los Videntes tienen el potencial para ser los mejores. Y todos los Videntes tienen la misma misión: proteger el universo y los humanos inocentes que lo habitan.
Sus palabras calaron hondo en la mente de Oliver. Existía una misión, una colectiva para proteger el universo. Hasta ahí Ralph se lo había dicho mientras miraban fisgoneaban el libro de la biblioteca, pero Oliver no lo había entendido del todo. Ahora se daba cuenta de que tenía el deber de proteger a la humanidad.
—¿De quién estamos protegiendo el universo exactamente? —preguntó.
La expresión del Profesor Amatista se volvió seria.
—En cada momento de la historia, en cada dimensión, existen villanos decididos a causar destrucción e inestabilidad. Algunos Videntes canallas los ayudan. Nosotros los vemos como nuestros enemigos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Oliver—. ¿Por qué la gente querría causar destrucción?
—¿Por el poder? —reflexionó el director—… ¿Por la naturaleza humana? Puede que no sepamos el porqué, lo único que sabemos con seguridad es que lo hacen. Hitler. Genghis Jhan. Jack el destripador. La historia está cargada de gente así. A los Videntes canallas les atrae su destructividad, su deseo de caos. Puedes distinguir a los Videntes canallas por sus muy peculiares ojos azules y brillantes. Solo son perceptibles para un Vidente. Podemos verlos por lo que son. Y nuestra misión, aquí en la Escuela de Videntes, es seguir la guía del universo para mantener en orden las líneas de tiempo, prevenir sus acciones destructivas, reescribir las que han escapado a nuestra detección y minimizar la destrucción de las que no se pueden erradicar.
Oliver apenas podía creer lo que estaba oyendo. Tenía el sino de mantener a la humanidad a salvo de las personas más horribles que jamás han existido.
—Pero… —empezó— el hecho de que yo sepa quiénes son estas personas y sepa lo que han hecho, ¿no significa que ellos se han salido con la suya y que nosotros ya hemos fracasado?
Estaba recurriendo a la información que Ralph le había contado, sobre cómo todo el tiempo ya existía y cómo todos los acontecimientos que podían suceder ya habían sucedido.
El Profesor Amatista sonrió a Oliver con una mirada de asombro.
—*Au contraire*, Oliver. Lo que tú conoces de esas personas es solo una fracción de lo que podrían haber hecho. En efecto, lo que han hecho en otras líneas de tiempo. Si no hubieran Videntes parándolos a constantemente, sus acciones hubieran sido mucho más grandes.
Oliver lo sopesó por un momento. Pensar en un Hitler que hubiera hecho cosas incluso peores de lo que él sabía era bastante aterrador.
Entonces un nuevo pensamiento le atacó.
—Es un trabajo interminable, ¿verdad? —preguntó—. Con todas esas líneas de tiempo sucediendo a la vez. Es como una partida de ajedrez. Ellos mueven y nosotros hacemos la contrajugada. Ellos cambian la historia y nosotros intentamos cambiarla de nuevo. ¿Cuándo termina esto?
El Profesor Amatista lo miró con seriedad.
—Esto no termina, Oliver. Y es por ello que es tan duro ser Vidente. Muy exigente. Es una responsabilidad enorme, una que tendrás que soportar el resto de tus días. Aquí debes trabajar duro y perfeccionar tus habilidades. Tienes el potencial para convertirte en un Vidente completo y uno de los más poderosos, fuertes y grandes que jamás ha existido. Debes entrenar y concentrarte, y no rendirte nunca. Hagas lo que hagas, resiste al lado oscuro, porque sus tentaciones son fuertes —Apartó la mirada, contrariado, como si hubiera algo en su mente que no le estaba contando a Oliver—. El destino del mundo pronto estará sobre tus hombros.
Oliver tragó mucha saliva. Ahora no había ninguna duda en su mente de que alguna misión difícil y aterradora le estaba aguardando, una que el Profesor

Amatista había visto desarrollar antes, pero una a la que Oliver tendría que enfrentarse solo cuando llegara el momento.
—Nos estamos desviando —dijo el director—. La prueba. ¿Empezamos?
Después de lo que acababa de oír, Oliver no sentía que estuviera en el mejor estado de ánimo para una prueba. Pero asintió. Era el momento de descubrir qué era realmente.
El director hizo un movimiento con la mano delante de su cara. De golpe, una esfera blanca se materializó, flotando justo delante de su nariz. Desprendía un brillo suave y cálido.
—¡Guau! —murmuró Oliver apreciándola.
—Es hermosa, ¿verdad? —dijo el director—. A esto le llamamos perla.
Oliver lo miró con curiosidad.
—¿Perla?
El Profesor Amatista movía las manos de manera que la perla bailaba y se balanceaba al ritmo de sus movimientos.
—Es un mundo a estrenar. Una dimensión paralela. Formada por una desviación en la estructura del universo. No está completo todavía. Es un bebé.
—¡Guau! —repitió de nuevo Oliver.
—Es extremadamente frágil —continuó el director, la luz de la dimensión bebé se reflejaba en sus pupilas—. Tiene mucho potencial. Muchas posibilidades.
De repente, el Profesor Amatista lanzó la esfera hacia arriba. Al contrario que la pelota en el switchit, que viajaba en una trayectoria normal, la esfera no se detenía, volaba con rapidez.
—¡NO! —gritó Oliver por instinto, alargando el brazo para cogerla.
—Dedos de mantequilla —dijo el director—. Sería mejor que la atraparas antes de que se hiciera añicos. Detestaría que todo ese potencial se destruyera.
Oliver lo captó enseguida. Esta era la prueba. Lo que hiciera por salvar al mundo bebé desvelaría su especialidad.
Dio un salto hacia arriba, sorprendido al ver que la gravedad ya no lo retenía. Usando los brazos para darse impulso, podía atravesar el aire flotando. El Profesor Amatista estaba sentado observando desde el sofá, encogiéndose en la distancia a medida que Oliver continuaba avanzando.
Apenas podía distinguir la luz de la perla a lo lejos. Pero a su alrededor todo era cada vez más silenciosos. El silencio era casi palpable. Y pronto se le unió una oscuridad casi asfixiante.
Oliver sentía que se le empezaba a acelerar el corazón. La luz de la esfera era cada vez más débil mientras desaparecía en el vacío que se había abierto de repente a su alrededor. Él se movía con demasiada lentitud como para alcanzarla. No importaba lo mucho que se impulsara con brazos y piernas, no podía alcanzar la velocidad suficiente para alcanzarla. Pero en su pecho había una sensación de anhelo, como una llamada. Era poderosamente fuerte, una fuerza que lo forzaba a salvar al mundo bebé.

Solo existía una cosa para ello. Tendría que reunir sus poderes.
Oliver se propulsó una vez más hacia delante con los brazos. Se elevó mientras respiraba profundamente para recomponerse y cerró los ojos.
Al principio, fue muy difícil para Oliver meterse dentro del extraño estado medio despierto y medio dormido desde el que podía reunir sus poderes. Pero entonces, como si le llamara de algún lugar lejano, sintió la llamada de la perla. La sintió, no la oyó, pues era como una sensación de deseo que se apoderó de cada fibra de su ser.
De golpe, como si de repente hubiera cambiado a la frecuencia correcta, la mente de Oliver empezó a avanzar. Sintió que sus poderes fluían dentro de su mente, creciendo e hinchándose. Visualizó la esfera -delicada, perdida y en peligro-y fijó la imagen en su mente.
Abrió los ojos, con su enfoque borroso, apenas existente, apenas en la realidad, pero con la perla todavía fija en el centro de su visión. Lentamente, alzó las manos, ahuecadas, y las levantó con delicadeza para sostener la perla. Pero no podía sentirla. La esfera era solo una ilusión.
Así que Oliver presionó con su mente, deseando que la esfera, allá donde estuviera, separara sus átomos y los reorganizara en este lugar, en la seguridad de sus manos. Él presionaba y presionaba, exigiendo a la nueva realidad, la que existía dentro de su mente, que tuviera lugar. Empezaron a formarse gotas de sudor en su frente. Pero no iba a rendirse. No descansaría hasta que la pequeña esfera estuviera a salvo en sus manos. Se sentía con el deber de llevarla a la seguridad, de preocuparse por ella.
De repente, notó una sensación de hormigueo en los dedos, como si tocara unas plumas. Procedía de la esfera. ¡Estaba funcionando! Lo estaba haciendo real, arrancándola del espacio literalmente, átomo tras átomo, y reconstruyéndola dentro de sus manos delicadamente ahuecadas.
Empezó a notar que el peso de la esfera aumentaba. La luz que despedía cada vez era más fuerte, más brillante y más caliente. Empezó a pesarle en las manos y, de golpe, pesaba tanto que los músculos de los brazos empezaron a tensarse. Pero él aún resistía y deseaba que la esfera se sometiera a él. Quemaba aún más, hasta que le daba la sensación de que estaba sosteniendo una bombilla. A Oliver empezó a temblarle todo el cuerpo por el esfuerzo. Apretó los dientes. El dolor corría por sus manos, abrasándole la piel.
Entonces, de repente, todo paró.
Oliver parpadeó. Volvía a estar en el sofá, sentado frente al Profesor Amatista. La esfera había desaparecido.
Respirando con dificultad, desorientado, Oliver se miró las manos. No tenían ninguna ampolla en absoluto. No había ninguna señal de que hubiera sostenido una esfera abrasante.
—¿A dónde fue? —dijo angustiado, mirando al director—. ¡La perla! La perdí.
El Profesor Amatista se inclinó hacia atrás. Levantó lentamente una ceja hacia la frente.

—¿La perla…?
Oliver se sentía aturdido por el cambio brusco, por la repentina ausencia del mundo diminuto que él se había sentido tan atraído por proteger.
—La perdí —tartamudeó Oliver. Sentía un peso en el pecho—. ¿Significa eso que he suspendido?
—No puedes suspender la prueba, Oliver —El director sonrió—. La prueba es para ver de qué modo te afecta la sexta dimensión. Tú me informas de tus visualizaciones y evalúo tu experiencia. Háblame más de esa perla.
Oliver parpadeó.
—Espere. ¿Visualizaciones? ¿Significa que nada de eso fue real?
El director asintió.
Oliver se recostó con una enorme exhalación. Intentó recoger sus pensamientos, aceptar que no había ningún mundo bebé flotando por ahí en peligro. No acababa de creerse que nada de lo que le había pasado había sucedido en realidad. Había parecido muy real. Y esa llamada en su interior para proteger al universo bebé no era algo que hubiera sentido antes en su vida. ¿Cómo podía haberlo ideado de la nada?
—La perla… —presionó el director—. Estoy intrigado por saber más de ella.
Oliver recuperó la tranquilidad.
—Se parecía un poco a las pequeñas bolas de luz que estaban flotando por aquí cuando entré. Solo que era más espectacular. Usted me dijo que era una perla. Un mundo o dimensión bebé. Y yo tenía que protegerla.
La expresión del director era indescifrable. Parecía estar peleando con sus pensamientos. Entonces se levantó.
—Ven conmigo.
Oliver se levantó y lo siguió por la habitación. Mientras caminaban, la fachada del estudio que el Profesor Amatista había creado a su alrededor empezó a derretirse hasta que Oliver estaba caminando por encima de un suelo de mármol negro dentro de una amplia y oscura habitación. En la distancia, vio un pequeño brillo. Inmediatamente, notó una sensación de tirón en lo profundo de su estómago.
—es ella —exclamó—. ¡La perla!
A cada paso, el deseo de estar cerca de ella se hacía más fuerte.
—Muy interesante —murmuró el profesor.
Se acercaron a un pedestal sobre el que, flotando en el aire, estaba la perla de la visualización de Oliver. Verla de nuevo le provocó que una ola de emoción lo recorriera. Por instinto, alargó el brazo hacia ella.
De repente, el director le apartó las manos.
—¡No toques! —dijo con seriedad—. Es la Esfera de Kandra. Proporciona energía a toda la Escuela de Videntes. Es nuestra fuerza vital. Lo más preciado del universo entero.
Oliver la miró fijamente, maravillado. Era exactamente igual a la perla de su visión. Pero ¿cómo? ¿Cómo había hecho aparecer esa cosa en su mente cuando no la había visto nunca en su vida?

—No lo entiendo —le dijo Oliver al director—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué soy yo?
—Que visualices esto es una muy buena señal, Oliver —le dijo el Profesor Amatista—. Significa que estás profundamente conectado con el universo. Significa que tu especialidad es indiscutiblemente atómica. Eres el que estábamos esperando.
Oliver estaba anonadado. Ya había abandonado casi por completo la esperanza de que él pudiera ser el poderoso Vidente atómico que todo el mundo había estado esperando. La noticio lo dejó con una mezcla de emociones. Emoción, pero también aprensión y un poco de miedo. Era una gran noticia a la que hacerse a la idea. El peso de la expectativa presionaba con fuerza sobre sus hombros.
—Pero cuéntame más —apuntó el director—. ¿Qué pasó a continuación en tu visión?
—Usted lanzó la perla y yo tenía que intentar salvarla —dijo Oliver—. Yo flotaba por el espacio, pero no pudo llegar a ella lo suficientemente rápido. Así que usé mis poderes. Visualicé que aparecía en mis manos.
—¿Y lo hizo?
Oliver asintió.
—Sí. Al principio.
—¿Qué quiere decir al principio?
—Me quemó —respondió Oliver—. Estaba tan caliente que me hizo daño en la piel.
El Profesor Amatista lo miraba fijamente con mucha atención.
—¿Qué hiciste con ella?
—Resistí —le dijo Oliver—. A continuación, de repente, todo terminó y yo volví aquí.
Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios del director.
—Bueno, bueno, bueno. Qué resultado más interesante.
—¿A qué se refiere? —preguntó Oliver.
—Un Vidente bromo no se quemaría. Pero un Vidente cobalto no resistiría. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Lo que significa que tú, mi chico, no eres ni cobalto ni bromo. Eres ambas cosas.
A Oliver se le aflojó la mandíbula. De todos los resultados que había imaginado, ese no era ninguno de ellos.
—¿Ambos? —preguntó—. ¿Cómo puedo ser ambos?
—Es muy raro —explicó el profesor—. Excepcionalmente raro. Si me pongo a pensar, la combinación de poderes atómicos y un tipo mezclado, bueno, creo que nunca hemos tenido algo así en la Escuela de Videntes. ¡Eres único en tu especie, Oliver! ¡Único en tu especie!
El director parecía emocionado con la noticia. Pero Oliver, por otro lado, no lo estaba. Había pasado toda su vida siendo el otro, siendo diferente, siendo acosado. Venir aquí le había hecho sentir que, por primera vez, encajaba de verdad en algún sitio. Pero no encajaba para nada. Porque, una vez más,

Oliver era el intruso.
Tragó la saliva que tenía en la garganta.
—¿Puedo irme, Profesor? —preguntó.
—Por supuesto. Imagino que querrás ir corriendo a contarles la buena noticia a tus amigos.
Oliver negó con la cabeza.
—En realidad, creo que quiero que quede entre nosotros dos. Ni profesores ni alumnos, solo nosotros. Por lo menos, durante un tiempecito. Hasta que yo lo haya podido asimilar. ¿De acuerdo?
El Profesor Amatista le puso una expresión de curiosidad.
—Si eso es lo que deseas, Oliver, entonces ¿quién soy yo para discutirlo? —Dejó ir una carcajada de celebración y empezó a alejarse flotando, murmurando para sí mismo mientras lo hacía—. Me pregunto si la Señorita Obsidiana alguna vez tuvo un Vidente atómico mezclado.
Oliver observó cómo desaparecía en la oscuridad. Lejos de tener ganas de celebrar la noticia como evidentemente tenía el director, tenía una sensación extraña y premonitoria en lo profundo de su estómago. Fuera lo que fuera, y se convirtiera en lo que se convirtiera, el viaje no iba a ser fácil.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Oliver tomó el ascensor superrápido hacia la planta baja, mientras su encuentro en la sexta dimensión se repetía una y otra vez. Lo que había visualizado durante su prueba había sido intenso. No podía quitarse la Esfera de Kandra de la mente. Era alucinante.

Cuando las puertas se abrieron con un sonido metálico, Oliver se sorprendió al ver que Ralph, Hazel, Walter y Simon estaban al lado del enorme árbol del kapok. Todos fueron a toda prisa hacia él, como si lo hubieran estado esperando.

—¿Y qué? —dijo Hazel, fijando sus ojos grises sobre él.

—¿Qué pasó? —insistió Ralph.

Oliver sabía que querían conocer los resultados de la prueba, pero él no tenía ganas de compartirlos. Decir a sus amigos que tenía la especialidad más poderosa podía provocar resentimiento. Decirles que su tipo de Vidente era mezclado era realmente escalofriante.

—Vamos, Oliver —intentó sonsacarlo Walter—. Por favor, cuéntanos.

—No pasó nada —respondió Oliver evasivamente—. El Profesor Amatista dijo que más adelante me castigaría y…

—¡Sobre la pelea con Edmund no! —interrumpió Hazel—. ¡La prueba! Te llamaron a su oficina para la prueba, ¿verdad?

Oliver se avergonzó. No quería en absoluto dar a conocer lo que había averiguado sobre sí mismo en la sexta dimensión y no quería hablar de la Esfera de Kandra. Verla le había parecido especial y profundamente personal, no algo para compartir con alguien.

Simon soltó una risita y le dio una palmadita en el hombro a Oliver.

——Vamos a dejarlo tranquilo. Pasara lo que pasara en la prueba, Oliver tiene derecho a su intimidad.

—Gracias —dijo Oliver, agradecido por el aliado.

Los demás suspiraron, evidentemente decepcionados porque no iba a revelar nada.

Justo entonces, Oliver sintió que su horario vibraba. En el mismo momento exacto, todos sus amigos debieron tener la misma sensación, pues todo el mundo se llevó la mano al bolsillo.

—Hora de cenar —dijo Hazel, mirando en su aparato—. Quizá cuando hayas comido tendrás más ganas de contarnos qué pasó —Le hizo una sonrisa pícara.

—Hazel —dijo con su voz de profesor que avisa—. Simon tiene razón. Oliver no tiene la obligación de contarlo si no quiere.

Oliver sacó su horario del bolsillo de su gran mono de trabajo. Pero no le decía que fuera a la sala C como al resto de sus amigos. En su lugar, parpadeaba una gran P.

—¿Qué significaba P? —dijo, alzando la vista.

Walter abrió los ojos como platos. Hazel se mordió el labio.
—¿Qué? —exigió Oliver—. ¿Qué es?
—La P de penalización —explicó Ralph. Le dio un golpecito en el hombro a Oliver—. Supongo que el Profesor Amatista no iba a permitir que quedarás absuelto por la pelea con Edmund durante mucho tiempo.
Oliver tragó saliva. No tenía ni idea de cómo sería un castigo en la Escuela de Videntes y, en realidad, no quería averiguarlo.
—Será mejor que nos vayamos —dijo Ralph. Parecía sentirlo un poco por Oliver. Le dio un golpe suave y cariñoso con el puño en el hombro.
Oliver observó cómo Simon, Ralph, Hazel y Walter se marchaban con mucho ajetreo hacia la puerta C.
Ahora que estaba solo, miró su horario. Las coordenadas parecían guiarlo hasta el atrio de dormir. Se aproximó hasta la puerta y se sorprendió cuando la Z gris se volvió blanca para indicar que podía entrar. Abrió la puerta del compartimento estanco.
Allí, colocada en la habitación, había una mesita. Encima había un sándwich de queso y un vaso de leche.
Oliver rio. ¿Este era su castigo? ¿Una cena diminuto y pronto a dormir? Sus años en casa de los Blue lo habían preparado para lo peor. Esto lo podía gestionar. De hecho, teniendo en cuenta todas las cenas que sus padres le habían confiscado por mal comportamiento, un sándwich de queso era un lujo.
Oliver se sentó a la mesa y comió lentamente. Su mente revisaba concienzudamente todo lo que había pasado aquel día –convertir sus manos en acero, descubrir que su especialidad era la atómica, su inusual tipo mezclado de Vidente, los hermosos ojos verdes de Ester, las horribles burlas de Edmund. Y, sobre todo, la Esfera de Kandra. El día había cundido.
Cuando terminó el sándwich, se dirigió a las taquillas para recoger el traje para dormir. Realmente agradecía el respiro, el momento de tranquilidad para recuperar la respiración, para cambiarse lentamente y con tranquilidad. La Escuela de Videntes era tan frenética que realmente había necesitado este momento para despejar la mente, lejos de las distracciones de todos los demás.
La luz del compartimento estanco indicaba que ahora podía entrar al dormitorio. Entró y vio que ninguna de las cápsulas estaba ocupada. Ni tan solo Ichiro estaba allí.

Oliver fue hasta una de las cápsulas y se metió dentro. Se pegó los electrodos y el monitor del corazón y cerró la tapa. Allí tumbado mirando hacia arriba al cristal opaco, lo único que veía era la Esfera de Kandra. Lo había cautivado. Le llamaba. No entendía por qué o qué significaba, pero sentía que algo había cambiado en su interior con su presencia.

Bostezó profundamente. El día lo había agotado. Le dio al botón que provocaba el sueño ligero. No podía tardar mucho.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A la mañana siguiente, Oliver estaba sentado en la clase de la Doctora Ziblatt, con la Esfera de Kandra en la mente.

Mientras los estudiantes continuaban con sus estudios, mirando a través de portales a la siguiente dimensión, Oliver no podía concentrarse.

Oliver dirigió su atención a la mancha negra que tenía delante. Hoy cada estudiante tenía su propia cartulina y estaban trabajando el proyectar sus mentes a la siguiente dimensión. Muchos de ellos habían conseguido su objetivo –Hazel, por ejemplo, que estaba chillando con asombro a un campo de hierba-, pero muchos otros todavía se veían cara a cara con el fracaso frustrado.

De repente, hubo un ruido fuerte de aplausos procedente del otro lado de la sala. Todos dirigieron su atención hacia el ruido. Era Edmund. Estaba de pie, con aspecto victorioso.

—¡Acabo de mirar en el día de ayer! —gritó.

Inmediatamente, el ruido del alboroto de los susurros, los alumnos emocionados llenaron el aula.

Todas las miradas estaban puestas en Edmund mientras este iba corriendo hasta la parte delantera de la sala para presumir de su increíble talento en la máquina de hológrafos.

Justo entonces, Ester se giró en el banco que tenían delante. Fijó sus bonitos ojos verdes en Oliver. Oliver tragó saliva.

—Edmund es un creído —dijo, girando los ojos—. ¿A ti cómo te va?

A Oliver le parecía que se le estrechaba la garganta. Le sudaban las manos.

—Todavía no he tenido suerte—consiguió tartamudear—. ¿Y tú?

Ella encogió los hombros.

—Pude hacerlo con las gafas de protección pero sin ellas no.

Oliver recordó de golpe las gafas de aspecto ridículo que llevaba. Se las quitó, avergonzado.

—¿Así que ya estás adaptado ahora? —preguntó Ester con dulzura—. ¿Conoces todo esto?

Sin saber qué decir, Oliver solo asintió.

—Pero la escuela es muy grande. Yo solo he visto una parte.

—¿Ya has estado en el jardín? —preguntó Ester—. A mí me encanta. Es el sitio al que más me gusta ir.

—Todavía no he estado allí —confesó Oliver. Entonces, de repente, espetó—: Quizás tú podrías enseñármelo.

Ester hizo una pausa. Sus labios se retorcieron en una sonrisa.

—Sí, me encantaría —respondió—. ¿Después de clase?

Oliver asintió y Ester se giró de nuevo para mirar hacia delante.

Hazel se inclinó hacia Oliver.

—¿Acabas de pedirle una cita a Ester? —preguntó, con las cejas levantadas con incredulidad.

—Sí —gimió Oliver—. Creo que sí —A continuación, en un arranque repentino de materialización, añadió con voz temblorosa—: ¡Y ha dicho que sí!

Hazel se deshizo en ataques de risitas.

—Muy buena, Romeo.

Ralph parecía impresionado.

—No creo que Ester haya aceptado nunca quedar con alguien —dijo, dándole un golpecito en la espalda a Oliver—. Ahora, asegúrate de que no metes la pata.

***

—¿Preparado?

Oliver levantó la mirada de su cartulina a los ojos de Ester. La clase había terminado.

—Ah, oh, sí —tartamudeó, sintiéndose tímido de repente. Recogió sus cosas y se levantó y, por el rabillo del ojo, pilló a sus amigos guiñándole el ojo y levantando los pulgares.

Oliver y Ester salieron del aula y atravesaron el atrio principal hacia una de las puertas que Oliver todavía no había tenido la oportunidad de cruzar, la que estaba marcada con una J. Cuando la abrió, se sorprendió al ver que se parecía en todos los sentidos al exterior, aunque sabía que no podía ser. En la escuela todo estaba bajo tierra, los jardines incluidos, pero realmente parecía que estaba caminando al aire libre. Incluso olía a vegetación fresca y había una suave brisa. El aire era cálido, como una mañana de primavera.

Caminaban juntos lentamente por la hierba y llegaron a un seto verde lleno de rosas brillantes de color rosa. A su lado había un camino de ladrillos descolorido, el cual siguieron juntos.

—Guau, qué bonito —comentó Oliver.

—Es un lugar genial para meditar —le dijo Ester—. Para los que nos cuesta relajarnos para nuestros poderes.

—¿A ti te cuesta? —le preguntó—. ¿por qué?

Ester parecía incómoda, como si realmente no quisiera hablar de ello.

—Mi especialidad es sonar —dijo—. Lo que significa que estoy bastante limitada.

—Todo el mundo dice que es la peor —comentó Oliver, recordando las clasificaciones que habían hecho sus amigos.

Se arrepintió de sus palabras de inmediato. Ester parecía abatida.

—No es que yo lo piense —dijo apresuradamente, intentando retractarse—. Quiero decir, otras personas dicen que el magnetismo es la peor, así que supongo que es cuestión de perspectiva.

Ester refunfuñó un poco como respuesta. Oliver se sentía fatal. ¡Esto estaba yendo muy mal!

Caminaban en un incómodo silencio. Ester chutaba algunas piedrecitas sueltas del camino. Oliver se exprimía los sesos, desesperado por encontrar algo que decir que pudiera salvar la desastrosa cita.

—¿Y de cuándo eres? —preguntó.

—De 1977 —dijo—. Nueva Jersey. ¿Y tú?

—¡Nueva Jersey! —exclamó Oliver—. ¡Yo también! Solo que cuarenta años después de ti.

—Genial —dijo—. Así que en tu línea de tiempo yo tengo cincuenta años. Extraño.

Oliver no sabía si había salvado la conversación o no. Ester era difícil de interpretar. Y hacerla pensar en sí misma como una mujer mayor puede que no hubiera sido la mejor idea. Intentaba pensar en más cosas para preguntarle, pero Ester habló en su lugar.

—¿Así que eres italiano? —preguntó—. Mi familia lo es. Lo era, debería decir.

Oliver oyó la nota de melancolía en su voz. Le resultaba evidente que a la familia de Ester le había pasado algo. Pero no quería insistir.

—¿Yo? No —respondió él, soltando una risita mientras señalaba a su pelo color arena—. Mi familia se muda mucho. Solo llevábamos una semana en Nueva Jersey cuando yo llegué aquí. Y realmente no conozco mi ascendencia. No es que me hayan hablado mucho de ella en casa. Ni de nada.

Ahora la melancolía había calado en su voz. Estaba claro que las familias eran un tema delicado para ambos.

Oliver quería desviar la conversación hacia algo seguro. ¿Las mascotas? No, eso sería un poco aburrido. ¿Los jugadores de switchit favoritos? No es que él tuviera mucho conocimiento de eso.

Pero antes de que Oliver tuviera la oportunidad de pronunciar alguna de sus preguntas, algo llamó su atención a lo lejos.

—Eh, mira —dijo—. ¿Qué es eso?

Ester entrecerró los ojos hacia arriba a donde Oliver estaba señalando. Una masa oscura se movía en el horizonte, ondulándose como una especie de nube extraña. Pronto se hizo evidente que estaba formada de criaturas aladas, que se movían como una bandada de pájaros.

—Parecen murciélagos —dijo Ester.

—¿Alguna vez has visto murciélagos en el jardín? —preguntó Oliver.

Ester parecía confundida mientras negaba con la cabeza.

De golpe, la nube de murciélagos cambió su trayectoria. Ahora se iban directos hacia Oliver y Ester e iban a una velocidad alarmante.

—Vienen hacia aquí —tartamudeó Oliver, que empezaba a tener miedo de la extraña vista.

Justo entonces, Oliver vio un destello en los ojos de los murciélagos. Era un tipo de azul brillante peculiar. Al instante, recordó las palabras del Profesor Amatista sobre el extraño color azul de los ojos de sus enemigos. ¿Podrían ser Videntes canallas disfrazados de murciélagos para infiltrarse en

la escuela?

—¡Canallas! —gritó Oliver.

Ester alargó el brazo y le cogió la mano a Oliver, apretándola con fuerza en la suya. Parecía muerta de miedo.

—Tenemos que evitar que ese adentren más en la escuela —dijo Ester.

—¡Tu escudo sonar! —dijo Oliver, recordando el pulso que había usado Ester en el entrenamiento de switchit.

De repente, apareció una mirada de determinación. Cambió su posición, de manera que estaba arraigada en el suelo y, a continuación, empujó sus poderes hacia fuera. De repente, fue como si les hubieran colocado un escudo alrededor, como una túnica de cristal protectora.

Los murciélagos fueron rápido hacia el escudo protector, chillando, batiendo sus horribles alas negras. Pero no consiguieron penetrar la barrera protectora, chocando en su lugar contra ella.

Ester empujó el escudo protector hacia fuera. Provocó un reflujo como el de pequeñas olas en el agua, que impulsaba a los murciélagos hacia atrás..

Oliver estaba boquiabierto. Ester usaba sus poderes con una precisión tan hermosa que hacía que su corazón latiera con fuerza.

—Eres increíble —tartamudeó Oliver.

—Gracias —dijo Ester apretando los dientes—. Pero esto no puede soportarlo para siempre. Tenemos que avisar a los demás. Existe un botón del pánico.

El esfuerzo era evidente en su cara. Oliver saltó a la atención.

—¿Dónde está el botón? —preguntó Oliver.

Con toda su concentración en el escudo, Ester gritó por encima del hombro:

—¡Allí, en los árboles!

Oliver se giró y fue corriendo hacia el gran roble. Cuando llegó a él, buscó en la corteza, intentando encontrar algo que se pareciera a un botón frenéticamente. Vio un nudo elevado en la corteza, demasiado perfectamente esférico para ser natural. Susurrando en voz baja una oración silenciosa, Oliver dio un golpe con la mano al nudo. Inmediatamente, un ruido estridente y quejumbroso penetró en el aire.

En cuestión de segundos, lo que antes eran unos jardines tranquilos se llenaron de profesores y personal de seguridad. Oliver vio a la Doctora Ziblatt y al Entrenador Finkle entre ellos. También había muchos guardias, los Videntes que se dedicaban a defender la escuela.

De entre la multitud apareció el Profesor Amatista.

—Oliver. Ester. Volved. Dejádnoslo a nosotros.

A Ester no tuvieron que decírselo dos veces. Dejó caer su escudo y se desplomó hacia delante agotada. Oliver la cogió en brazos.

—¡Ester! —exclamó, alarmado.

—Se pondrá bien —le aseguró el Profesor Amatista a Oliver—. Solo se ha agotado al usar todos sus poderes. Llévala a un lugar seguro.

Oliver asintió decidido. Colgó el brazo de Ester alrededor de su hombro y tiró de ella hasta levantarla. A ella le quedaba la fuerza suficiente para soportar su propio peso, pero se apoyaba con fuerza sobre él mientras iban a toda prisa por la hierba y por el camino.

Cuando llegaron a la puerta abierta de los jardines, Oliver vio todavía a más guardias reteniendo multitudes de estudiantes que estiraban el cuello para ver qué estaba pasando.

Oliver echó un vistazo rápido por encima del hombro. Inmediatamente, deseó no haberlo hecho. En lo que antes fueron unos hermosos jardines, estaba teniendo lugar una batalla épica. Los murciélagos se estaban transformando en humanos. Sus ojos destellaban azules.

Entonces entraron los guardias y sacaron apresuradamente a Oliver y a Ester del jardín, tapándoles la visión. Pero Oliver ya había visto lo suficiente como para saber que esto es de lo que el Profesor Amatista le había advertido. Sus enemigos. Los Videntes Canallas. De algún modo, se habían adentrado en la Escuela de Videntes. Estaban siendo atacados.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Oliver ayudó a Ester a llegar al banco que había debajo del árbol del kapok. Ella se dejó caer, con la cabeza colgando hacia delante. Oliver se sentó a su lado y le pasó el brazo por la cintura.

Todo el atrio estaba lleno de estudiantes confundidos, sus expresiones iban de sorprendidos a aterrados. La alarma estridente continuaba resonando.

—¡Oliver! —llamó una voz.

Alzó la vista y vio a Hazel atravesando el atrio hacia él. Tras ella, le seguían Simon, Walter y Ralph.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ralph al llegar a él—. ¿Estáis bien?

—¡Oh, no, Ester! —gritó Hazel, con los ojos muy abiertos por el miedo. Se agachó para atender a Ester, apartándole de la cara con ternura bucles sueltos de pelo.

—estamos bien —dijo Oliver—. La escuela está siendo atacada por Videntes canallas.

Todos se quedaron sin aliento.

—Todo irá bien —los tranquilizó Oliver—. El Profesor Amatista y los guardias se están encargando de esto ahora.

Intentaba parecer seguro e ignoraba el escalofrío que recorría su cuerpo al recordar los espeluznantes ojos azules de los canallas.

Hazel alzó la vista desde su posición agachada.

—¿Qué le pasó a Ester?

—Vació sus poderes —dijo Oliver—. Hizo un escudo para retener a los atacantes. Nos salvó. Fue impresionante.

Ester levantó ligeramente la cabeza y consiguió hacer una tímida sonrisa. Después dijo resollando:

—No es exactamente cómo esperaba que fuera nuestra cita.

Justo entonces, la alarma se cortó. El bullicio de estudiantes en el atrio cesó de inmediato. Todos desviaron sus miradas hacia la puerta del jardín.

El Profesor Amatista entró dando largos pasos. Los guardias y los profesores, incluidos la Doctora Ziblatt, el Entrenador Finkle y el Sr. Lazzarato le seguían. Todas las miradas observaban con mucha atención.

—Reunión de escuela —anunció el Profesor Amatista—. Ahora.

No tuvo que decirlo dos veces. La escuela entera se apresuró hacia una puerta por la que Oliver no había entrado todavía. Estaba marcada con una letra D y la luz brillaba ligeramente para indicar que podían entrar todos.

Oliver y Hazel ayudaron a Ester a ponerse de pie. Aunque ahora estaba considerablemente más estable, la aguantaban entre los dos mientras caminaban lentamente hacia la puerta D. Los otros seguían detrás.

—La D significa debate o discusión —explicó Ralph, recurriendo a su modo profesor—. Aunque hoy no creo que haya mucha discusión.

Al entrar al atrio, Oliver echó un vistazo a su alrededor. Parecía una catedral,

con grandes bancos de iglesia colocados en forma de herradura y un escenario en medio sobre el que estaba el Profesor Amatista. El ambiente era solemne y ominoso.
Ellos se sentaron. Ni un segundo más tarde, el Profesor Amatista empezó a hablar.
—Videntes Canallas —anunció, proyectando la voz a lo largo de la amplia extensión. Coincidió con el silencio extasiado de los espectadores—. Los que se han pasado al lado oscuro.
Hubo un soplido colectivo, seguido de murmullos y alboroto. El director bajó la mirada. Oliver pensó que parecía avergonzado, como si percibiera que los Videntes que se convertían en canallas era un fracaso personal. Esto hacía que su determinación por seguir en el buen camino fuera más fuerte todavía.
—Intentaban robar la Esfera de Kandra —continuó el Profesor Amatista—. Para destruir la escuela. La crisis se evitó gracias a nuestro valiente personal de seguridad y a los profesores. A eso y a nuestros valientes estudiantes que tocaron la alarma.
Miró directamente a Oliver y a Ester. Oliver sintió vergüenza desde su asiento.
El director continuó.
—He sellado la rasgadura de la pared invisible que nos protege. Pero todavía no estamos fuera de peligro. Pues, para empezar, para que los canallas encontraran la escuela y entraran, alguien debe haberlos ayudado. Creo que hay un traidor entre nosotros. Un espía.
Hubo otro gran soplido. Oliver miró hacia sus amigos. Ralph en particular parecía muy afligido por la noticia. Simon se había puesto aún más blanco. Ester le agarró la mano a Oliver como consuelo y Oliver la apretó de forma tranquilizadora.
—Vuestros horarios serán inhabilitados durante las próximas cuarenta y ocho horas —añadió el Profesor Amatista—. Para que el claustro y yo mismo tengamos tiempo de buscar una estrategia. Me gustaría que todo el mundo descansara, comiera sano y durmiera mucho. Las clases y los horarios normales se reanudarán en dos días.
Oliver comprobó su horario y vio que estaba completamente deshabilitado, sin ninguna coordinada ni un reloj haciendo tictac. Por primera vez desde que vino aquí, todos sus movimientos no estaban predeterminados. Eso lo hacía sentir extrañamente sin ataduras.
Cuando terminó el anuncio, todos salieron en fila del atrio y se dirigieron a la sala C. Ester había vuelto a la normalidad más o menos, pero Oliver estaba cerca de ella por si acaso. Todos estaban silenciosos y serios mientras se abrochaban a una mesa.
La mesa se elevó y se colocó en su sitio. Los conductos de comida se situaron en su sitio, mostrando una amplia variedad de comida de todos los colores. Nadie cogió nada. Todos estaban demasiado aturdidos. Finalmente, Simon rompió el silencio.

—Sé que no debería confesarlo —dijo—, pero yo, por mi marte, estoy bastante asustado.
—Yo también —coincidió Hazel asintiendo.
—Fue prácticamente un aviso —comentó Ralph—. El hecho que penetraran la pared invisible. Me hace sentir muy inseguro. ¿Y si vuelven?
—¿Pensáis que la escuela aún está en peligro? —preguntó Simon.
—El Profesor Amatista dijo que él cerró la rotura —le recordó Hazel.
—¡Pero también dijo que había un espía! —exclamó Walter.
Oliver escuchaba cómo sus amigos hablaban de la situación, pero permanecía en silencio. El ataque había hecho que le diera vueltas a la cabeza. Mientras miraba las caras de sus amigos, podía decir que todo había cambiado. El ataque les había robado a todos la inocencia y la sensación de asombro, sustituyéndolos por la dura realidad, con el peso de sus misiones colectivas. Pero no todo era negro. Ahora Ester estaba sentada entre ellos como una nueva amiga.
—«¿Una novia?» —se preguntaba Oliver.
No sabía cómo definir su relación pero estaba muy contento de tenerla a su lado.
El grupo de amigos picotearon su comida. Nadie tenía hambre y apenas habían tomado un bocado entre todos cuando llegaron los brazos motorizados para recoger sus platos. Después la mesa descendió y todos salieron de la sala C.
No tuvieron ni que decir hacia donde se dirigían. Todos fueron directos al atrio Z. La luz estaba blanca para que los estudiantes pudieran entrar libremente, de acuerdo con las instrucciones del Profesor Amatista de que durmieran mucho. Oliver lo agradeció. Estaba agotado.
Ichiro estaba de servicio, su habitual sonrisa fue sustituida por una especie de intenso cansancio. Les mostró las cápsulas de dormir a cada uno de ellos sin hacer ninguna broma.
Oliver se puso los cables y los monitores rápidamente. No podía tardar en dormirse. Quería sacarse dela mente los terrores del día. Así que en cuanto lo conectó todo, apretó el botón blanco y se quedó profundamente dormido al instante.

***

Oliver estaba en el límite de un edificio alto. A pesar de no haber visto nunca la Escuela de Videntes por fuera, su instinto le decía que allí era donde estaba. Veía la barrera brillante parecida a una burbuja del escudo protector trazando un arco alrededor del edificio, que abarcaba los amplios campos verdes de la escuela que se extendían.
Justo entonces, algo llamó la atención de Oliver a lo lejos. Había movimiento. Una especie de forma oscura subía y bajaba en el horizonte.
Oliver entrecerró los ojos e intentó descifrar lo que estaba viendo. La forma parecía ir de arriba abajo una y otra vez. Oliver se quedó sin aliento cuando se

dio cuenta de lo que estaba mirando. Un ejército. Cien hombres fuertes. El extraño movimiento era su marcha perfecta.

Oliver respiraba agitadamente. ¡El ejército se dirigía directamente a la escuela!

A medida que se acercaban, pudo distinguir más detalles. Sus uniformes, de un color caqui oscuro, recordaban a los uniformes que llevaban los soldados en la Segunda Guerra Mundial. Y hacían maniobras para llevar algo con ellos, una especie de arma sobre una camilla de metal con ruedas. Parecía un cohete, con un extraño cuerpo en forma de huevo y unos cables que sobresalían de él. Oliver lo reconoció al instante. La primera bomba atómica. Había visto su imagen en su libro de inventores.

El ejército llegó a la frontera brillante de la pared protectora de la escuela y se detuvo con un movimiento repentino e uniforme. Oliver observó atónito y en silencio cómo empezaban a alinear la bomba, inclinándola hacia la pared.

—Van a hacer volar la escuela por los aires —tartamudeó en voz alta.

Justo entonces, una única silueta se separó de la fila de soldados. Fue andando hasta la bomba, colocó la mano sobre el botón y, a continuación, hizo una pausa y se giró para mirar a Oliver.

Oliver soltó un grito desesperado al caer en la cuenta. Conocía esa cara perfectamente bien.

Era Lucas.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Oliver despertó sin aliento. El sueño rebotaba en su mente. ¿Había sido solo un sueño? ¿O una premonición? Los sueños de Oliver lo habían guiado otras veces, así que ¿por qué no esta?

De forma frenética, le daba vueltas en su mente, intentando encontrar el sentido a la idea que Lucas estuviera detrás del ataque a la escuela, de que mandara a un ejército para terminar el trabajo. ¿Por qué querría destruir la Escuela de Videntes? ¿Cómo sabía que existía, para empezar? Él no era un guía como Armando, ni un Vidente.

En un abrir y cerrar de ojos, recordó su conversación con el Profesor Amatista en la sexta dimensión. El director le había hablado de los Videntes canallas que ayudaban a la mayoría de personas malvadas de la humanidad. ¿Podría ser Lucas una de esas personas? ¿No solo mala sino… malvada? ¿Era por eso que lo había visto dirigiendo un ejército?

Fuera cual fuera la razón, Oliver sabía que debía actuar. Y rápido. Las visiones que tenía cuando cerraba los ojos por la noche eran más que simples sueños, eran premoniciones. La muerte de Armando. La gamba mantis pavo real. El universo lo estaba guiando.

De repente, Oliver oyó una voz que sonaba dentro de su mente. Era la de la Sra. Belfry, diciéndole que siguiera siempre sus sueños. Ahora Oliver se preguntaba si lo había querido decir literalmente, si había algo que ella supiera sobre él.

Lo supiera o no, que sus palabras vinieran a él en este momento fue como un grito de guerra, como otra señal del universo para guiarlo en su camino.

No había tiempo que perder. Oliver tenía que frustrar el plan de Lucas, detenerlo de golpe para proteger la escuela. Tenía que irse y regresar a la fábrica.

Mientras sentía que su cápsula se movía debajo de él, se arrancó los monitores y los cables, deseando que se moviera más rápido, que lo liberara con más rapidez.

Finalmente, se paró con un clic. La tapa se abrió con un silbido y apareció la cara sonriente de Ichiro por encima de él.

—Hola, Oliver —empezó.

Pero Oliver se puso de pie en un segundo.

—¡Lo siento, Ichiro! ¡No tengo tiempo para explicaciones! —gritó.

Fue a toda prisa hacia el compartimento estanco. Dentro, fue directamente a la taquilla y sacó su ropa recién lavada. Se cambió rápidamente en el vestuario. Mientras salía a toda prisa, chocó con Hazel.

—¡Ay! —gritó ella, echándose hacia atrás—. ¿estás bien, Oliver? ¿Qué es esta prisa?

—Estoy bien —tartamudeó Oliver, evitando el contacto visual. Miró hacia la puerta, desesperado porque la luz blanca lo dejara salir—. Solo es que

tengo… tengo cosas que hacer.
Intentó pasar de largo de ella, pero Hazel dio un paso para obstruirle el camino. Fijó su mirada preocupada y gris en él.
—Oliver, ¿qué pasa? —dijo, esta vez más insistente.
Justo entonces, Ralph salió del vestuario. Tardó un segundo en ver que Hazel y Oliver estaban delante de él y, a continuación, giró la cabeza a un lado.
—¿Qué está pasando, chicos?
A Oliver la mente le daba demasiadas vueltas como para poner sus pensamientos en orden.
—Tengo que detenerlo.
Ralph y Hazel intercambiaron una mirada confundida.
—¿Detener a quién? —preguntó Ralph.
La mente de Oliver estaba frenética. Se alejó lentamente de ellos, peros e encontró el camino bloqueado por Walter, Simon y Ester, que salían de detrás de las cortinas del vestuario e iban hacia el compartimento estanco principal.
—¿Estáis bien, chicos? —preguntó Walter, que parecía perplejo.
—Caramba, de verdad deseo que no estéis en una riña —dijo Simon.
—Es Oliver —les dijo Hazel—. Ha tenido una pesadilla o algo parecido.
—No es un sueño —explicó Oliver—. Una visión o una premonición o algo así. Ya las he tenido antes. Sé quién atacó la escuela.
Ester soltó un soplido. Cogió a Oliver por el codo y lo guió hasta la puerta –su luz ahora era roja-y hasta los bancos de debajo del árbol del kapok. Todos los siguieron, reuniéndose alrededor de Oliver.
—¿Quién atacó la escuela? —le preguntó Ester.
—Lucas —tartamudeó Oliver—. El hombre que mató a mi guía. Él estaba detrás del ataque y está planeando otro. Esta vez, con un ejército y una bomba. Tengo que regresar a la fábrica de Armando. Tengo que detenerlo.
—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Hazel. Parecía muy confundida.
—¡Lo vi en mi sueño! —exclamó Oliver. No tenía tiempo para esto. Tenía que irse. Ahora.
Intentó abrirse camino a empujones, pero ellos juntaron los hombros para evitar que pasara de largo. Hazel parecía perturbada. Simon, Walter y Ester intercambiaron miradas de preocupación.
—No vas a irte de la escuela —le dijo Ralph seriamente— y arriesgarte a que te expulsen solo por un sueño.
Empujó a Oliver hacia abajo por los hombros y le obligó a sentarse. Oliver cedió y se hundió en el banco con una enorme exhalación. Sentía como si le hubieran sacado el aire.
—No fue solo un sueño —dijo Oliver—. Fue una premonición. Las he tenido antes.
Ester se sentó al lado de Oliver. Puso la mano suavemente sobre el brazo de Oliver. Fue reconfortante.
—Empieza por el principio —dijo, en voz baja.
Oliver sintió que algo de la tensión que había en su cuerpo desaparecía.

—Soñé que Armando moría. Y lo hizo. Ahora el hombre que creo que lo mató está intentando destruir la escuela.
Sus pensamientos estaban tan desordenados que era casi imposible articularlos de un modo que sus amigos pudieran comprender.
—¿Y lo sabes por un sueño? —preguntó Hazel, cruzando los brazos y mirándolo.
—Sí —dijo Oliver secamente.
—Esto es una locura —dijo Walter.
—Completamente ridículo —añadió Simon.
—No puedes irte de la escuela —suplicó Ralph.
Oliver estaba cada vez más exasperado. ¿Por qué no le creían sus amigos?
Ester los hizo callar a todos.
—Ralph tiene razón —dijo diplomáticamente—. Aunque quisieras, no podrías irte. Tu horario no te lo permitiría.
Oliver cogió su horario y lo movió en el aire.
—No hay horario —dijo—. El Profesor Amatista los apagó, ¿recordáis? Es otra señal del universo.
Nadie parecía convencido.
—Debo irme y ahora es el momento de hacerlo —añadió Oliver con decisión.
—Pero aquí te necesitamos —dijo Ester, con una voz que parecía de dolor—. Para proteger la escuela.
Oliver sintió que se le encogía el corazón al pensar que Ester se sintiera asustada y vulnerable sin él aquí.
—¿No lo veis? –dijo Oliver—. La única manera en la que puedo proteger la escuela es, precisamente, yéndome.
—Pero ¿y si hay otro ataque desde dentro? —preguntó Ester.
—Entonces vosotros lucharéis contra él —dijo—. He visto lo fuertes que sois.
Pero Ralph no iba a pasar por ahí. Cruzó los brazos y miró a Oliver como un profesor autoritario.
—Ni hablar —dijo—. Esto no va a suceder. Con horario o sin él, el Profesor Amatista no dejará que te vayas de la escuela.
—El Profesor Amatista no tiene por qué saberlo.
—Si descubre que tienes pensado seguir tu camino, te expulsará.
Oliver estrechó los ojos. No era estúpido. Sabía que estaba prohibido marcharse de la escuela. No era algo que se hiciera a la ligera o por capricho. Podría quedarse atrapado fuera para siempre, con un enorme sacrificio personal. Pero era un peligro que se sentía obligado a correr.
—Entonces asegurémonos de que no se entera —dijo Oliver con un tono de advertencia en la voz.
Ralph parecía sorprendido por su tono.
—¿Cómo tienes pensado detener a Lucas? —preguntó Ester—. No tienes nada que te guíe aparte de tu instinto. Ningún horario te avisará si te desvías del camino. Irás a ciegas.
—Aún no lo sé. Pero el universo me está guiando. No puedo no seguir su

guía.
Oliver miraba de una cara escéptica a la otra. Su frustración iba en aumento. No le creían. No confiaban en él. Hiciera lo que tuviera que hacer para detener a Lucas y salvar la escuela, iba a tener que hacerlo solo.
Justo entonces, un ruido de pasos llamó la atención de todos. El grupo retrocedió y, a través de un espacio abierto entre sus cuerpos, Oliver vio una silueta que se alejaba. Inconfundiblemente, era Edmund.
—¡Oh, no! —gritó, levantándose de un salto—. Edmund nos ha oído. Me apuesto lo que sea a que se lo contará al Profesor Amatista. ¿Cómo voy a salir ahora? ¡Me estará observando como un halcón!
Entonces Oliver se dio cuenta de que marcharse de la Escuela de Videntes iba a ser incluso más difícil de lo que había previsto. No solo sus amigos no estaban de su lado, sino que su enemigo sabía lo que estaba planeando. Tendría que preparar un plan de escape y guardarlo para sí mismo. Era la única manera en la que sería capaz de marchar y detener a Lucas. Pero eso solo hacía que las cosas parecieran más tensas para Oliver. Él había imaginado que detener a Lucas ya sería lo suficientemente duro sin el peso añadido de escapar de la escuela.
—Quizás —dijo Ester en voz baja— esa sea la verdadera señal del universo. Quizá te está diciendo que no te vayas.
Oliver miró sus ojos centelleantes. No quería mentir a Ester, pero nada podía hacerle cambiar de opinión. Se le iba a ocurrir un plan para marcharse e iba a hacerlo sin ellos. Fuera cual fuera el plan que se le ocurriera, tendría que ser a prueba de errores. Tenía que probarlo.
—Tenéis razón —respondió, suspirando profundamente para ocultar la incomodidad de su mentira—. Lo siento, chicos, supongo que se me ha ido la cabeza.
Todos soltaron un suspiro de alivio colectivo.
—¿Así que no te vas? —confirmó Hazel.
Oliver negó con la cabeza.
—Bien —dijo Ralph, que parecía aliviado—. Ahora vamos a desayunar algo y a dejar todo esto atrás.
Oliver los siguió hacia el atrio C. No podían imaginárselo…

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Oliver fue discreto durante todo el día, preparando su plan de escape en silencio, fingiendo delante de sus amigos que se había quitado de la cabeza el estúpido sueño. Sabía que solo tenía una oportunidad para marcharse –mientras los horarios estuviesen apagados-y decidió que su mejor opción sería mientras todos estuvieran en sus cápsulas para dormir. Solo tenía que hacerles creer que se iba a dormir y, a continuación, podía escapar.
Cuando el día ya llegaba a su fin, Oliver fue andando hasta el atrio Z con sus amigos. La letra de la puerta tenía una luz brillante blanca y entraron por la puerta del primer compartimento estanco.
Cuando fueron hasta las taquillas a recoger sus trajes para dormir, Oliver se dejó el mono puesto. De ninguna manera iba a salvar el mundo llevando un extraño traje de dormir blanco.
Se cambió rápidamente, metió su traje en la parte delantera de su traje y después salió corriendo hacia las taquillas, fingiendo que dejaba su ropa dentro de la taquilla por si alguien se daba cuenta. Justo cuando cerraba la puerta de la taquilla, Ester volvió a aparecer vestida con su propio traje de dormir. Oliver se giró bruscamente, intentando esconder cualquier señal de culpa de su cara. Ester pareció no darse cuenta de que algo iba mal y se dispuso a poner su ropa en una de las taquillas.
El resto de los amigos de Oliver se congregó en el vestuario y, a continuación, cruzaron la puerta del compartimento estanco hacia la zona en la que estaban las cápsulas de dormir. Oliver nunca había visto el atrio de dormir tan lleno. Ahora mismo, todos los estudiantes debían estar durmiendo, de acuerdo con las instrucciones del Profesor Amatista. Ni tan solo Ichiro estaba allí para mostrarles sus cápsulas. Este fue otro golpe de suerte para Oliver; sería más fácil escabullirse si Ichiro no estaba despierto.
Uno a uno, los amigos de Oliver se metieron en una cápsula de dormir y se perdieron en la oscuridad con un zumbido. Con cada uno, Oliver sentía como una puñalada de dolor al saber que podía ser la última vez que los viera. Deseaba poderles decir lo que significaban para él, pero no había manera de hacerlo sin que imaginaran de inmediato que todavía tenía pensado marchar.
Se quedó al final, con la esperanza de que pudiera ser el último y evitar meterse en una cápsula. Pero Ester estaba esperando un poco más atrás de lo que estaba él.
—Después de ti —le dijo cuando la siguiente cápsula llegó a su lugar. La voz se le rompía por la emoción de pensar que estas podían ser las últimas palabras que intercambiaran.
—Tú primero —respondió Ester, sonriendo con dulzura.
No había salida. Oliver echó la última mirada larga a la hermosa cara de Ester en un intento de grabarla en su memoria. Después se tragó el dolor que tenía en la garganta y se alejó de ella. Se metió en la cápsula y colocó la tapa en su

sitio, mirando fijamente hacia el cristal opaco, intentando no obsesionarse por la pérdida y concentrándose, en cambio, en el trabajo que tenía entre manos.
La cápsula empezó a colocarse. Oliver esperaba que no viajara muy lejos en el aire. No tenía ganas de arriesgarse a romperse los tobillos en el primer obstáculo.
En cuanto el movimiento paró, abrió la tapa de su cápsula para fisgonear. Para su frustración, descubrió que la cápsula estaba, de hecho, flotando a kilómetros del suelo, justo cerca de la parte de arriba del todo del atrio.
Abrió la puerta del todo empujando y, rápidamente, se cambió el traje de dormir por su mono, haciendo maniobras torpemente dentro de la cápsula. Una vez vestido, se levantó, sintiendo que la cápsula se balanceaba de forma inestable debajo de él.
Cada una de las cápsulas estaba conectada a un cable grueso. Oliver se colgó del suyo mientras entrecerraba los ojos para ver en la oscuridad, intentando planear una ruta hacia abajo usando las cápsulas como peldaños. Había un camino muy largo hasta abajo; tendría que usar por lo menos veinte cápsulas en su descenso.
Oliver se movió con lentitud por la tapa de su cápsula y estiró el brazo para coger el cable de la siguiente. Lo agarró y pasó de una cápsula a la siguiente, sintiendo cómo se tambaleaban cuando pasaba su peso de una a la otra. El corazón le subió a la boca. Pero la cápsula pronto se estabilizó.
Oliver se desplazó lentamente hasta la siguiente. El salto hacia abajo era más grande que en la última. Se estiró, cogiendo con una mano el cable de la cápsula en la que estaba y, con la otra, alargando el brazo hasta el siguiente cable. Pero no podía llegar con los dedos al siguiente cable. Se estiró más y más y se puso de puntillas para ganar unos centímetros más, pero no sirvió de nada. No podía alcanzarlo.
Mientras Oliver buscaba a su alrededor una ruta alternativa, de repente, perdió el equilibrio. Resbaló e impactó con la barriga en la tapa de la cápsula. Entonces empezó a resbalar por su superficie lisa.
Oliver buscó el cable a tientas. Consiguió cogerlo, pero aún estaba resbalando, y el cable pasaba dolorosamente por sus manos irritadas, haciéndole hacer una mueca de dolor.
De golpe, dejó de resbalar y Oliver se quedó colgando en el borde de una cápsula que se balanceaba. Por un instante, se colgó del cable. Pero, a continuación, también se soltó sin querer y empezó a caer en el aire.
No había tiempo para pensar. En un instante, Oliver reunió sus poderes, recordando el modo en el que había cambiado su propio cuerpo en la sala de switchit. ¿Podría hacerlo de nuevo?
Mientras caía por el aire visualizaba que su cuerpo se volvía elástico, como si en lugar de huesos tuviera muelles en las piernas. El suelo se acercaba rápidamente a él. Si esto no funcionaba, estaría acabado con toda seguridad.
Oliver impactó contra el suelo y sintió que sus piernas cogían fuerza como pogos saltarines. Se doblaron completamente hacia abajo y después rebotaron

de nuevo hacia arriba, haciéndolo saltar unos metros hacia arriba.
¡Había funcionado!
Oliver fue a parar al suelo una segunda vez, esta vez sin rebotar. Se paró por un momento para recuperar la respiración, aliviado y un poco sorprendido de estar entero todavía. Después se dirigió a toda prisa en la oscuridad hacia el compartimento estanco.
Pero justo al llegar a la puerta del vestuario, una silueta apareció amenazadora delante de él, obstruyéndole la salida. Oliver se tambaleó hacia atrás y se encontró mirando fijamente a los ojos de Edmund.
—¿Qué estás haciendo? —dijo Oliver respirando con dificultad y dando otro paso hacia atrás.
Pero no sirvió de nada. No pudo alejarse de Edmund. El abusón agarró a Oliver y lo tiró al suelo. Forcejearon y Oliver consiguió rodar de manera que Edmund estuviera debajo de él. Pero en cuanto intentó ponerse de pie, Edmund le dio una patada, haciendo un barrido a las piernas de Oliver. Este cayó y Edmund lo agarró de nuevo, haciendo que ambos giraran de nuevo para volver a estar encima. Lanzó una mirada asesina a Oliver, su cara furiosa enmarcada por un telón de cápsulas blancas voladoras sobre terciopelo negro.
—¿Qué problema tienes? —refunfuñó Oliver con los dientes apretados mientras intentaba quitarse las manos de Edmund de encima.
—Sabía que desobedecerías las instrucciones del Profesor Amatista —dijo Edmund—. Así que me quedé despierto para detenerte.
Empujó con fuerza a Oliver por los hombros, inmovilizándolo contra el suelo. Oliver se retorcía contra su fuerza, moviendo el cuerpo hacia un lado para intentar liberarse. Fue inútil. Estaba completamente inmovilizado.
—¿Me estabas esperando? —dijo Oliver—. ¿Por qué? ¿Por qué estás tan decidido a pararme?
En algún lugar en lo profundo de su ser, Oliver sentía que sus poderes empezaban a crecer. Luchó por controlarlos. Fue una reacción instintiva, como en la lucha o el vuelo.
Edmund ignoró la pregunta de Oliver. Empujó con más fuerza los hombros de Oliver contra el suelo. Oliver hizo una mueca de dolor.
Oliver se quedó sin aliento cuando, de golpe, le vino un pensamiento horrible.
—¿Eres tú el traidor?
Edmund soltó una fuerte carcajada.
—Eres incluso más imbécil de lo que pensaba. Yo no soy ningún traidor. Yo amo esta escuela. Es a ti a quien odio.
—¿Por qué? —preguntó Oliver con dolor—. Yo nunca te he hecho nada.
Continuaron forcejeando. Edmund tenía ventaja. Su fuerza física era mayor que la de Oliver. Pero los poderes de Oliver eran más fuertes. Demasiado fuertes. Oliver luchaba contra ellos mientras estos crecían en su interior. No quería hacer daño a Edmund otra vez.
—¿No es evidente? —dijo Edmund con desprecio.
De repente, un movimiento procedente de arriba llamó la atención de Oliver.

Alguien estaba saltando por las cápsulas de dormir, usándolas como escalones hasta el suelo. Sus movimientos parecían de ballet, casi sin esfuerzo. Oliver cayó en la cuenta de que era Ester.
Al verla, algo encajó en su mente. A Edmund también le gustaba Ester. Toda esta rivalidad entre ellos solo había sido por Ester.
Oliver vio que Ester llegaba a la última cápsula y daba un salto hasta el suelo. Después fue como un rayo hacia ellos.
—Sal de encima de él, Edmund —resonó su voz por todo el espacio.
Edmund se retrajo y miró por encima del hombro.
Esto le dio a Oliver el segundo que necesitaba. Empujó con sus brazos y echó a Edmund hacia atrás. Ala vez, se llevó las rodillas al pecho y dio una patada como un canguro. Sin necesidad de usar sus poderes, Oliver consiguió quitarse a Edmund de encima. El abusón se fue dando vueltas e impactó contra el suelo con un *ay*. Oliver se puso de pie de un salto.
—¡Voy a contar al Profesor Amatista lo que estás haciendo! —gritó Edmund hecho un lío en el suelo.
Se levantó rápidamente y fue a atacar a Oliver. Pero a la vez, Ester proyectó uno de sus escudos. Edmund chocó contra la barrera, cortando por completo su voz. Desde el otro lado, él todavía chillaba pero Oliver no podía oír sus palabras. Daba golpes a la barrera invisible, enojándose cada vez más.
Oliver miró a Ester. Estaba serena, concentrada en el escudo que estaba proyectando.
—¿Cómo supiste que intentaría marchar? —le preguntó Oliver.
—Puedo intuirte con facilidad —dijo Ester—. Por eso y por el hecho que no guardaste tu mono en la taquilla.
—«Me está bien empleado por irme de rositas» —pensó Oliver.
—Pero ¿por qué me estás ayudando? —preguntó—. Pensé que estabas en contra de que me fuera.
—Confío en ti, Oliver —respondió sinceramente Ester—. Vi lo que hiciste durante el switchit, ya sabes, cómo convertiste tus manos en acero. Eso es algo muy avanzado. Debes de ser muy poderoso para hacerlo. Así que debo fiarme de que sabes lo que estás haciendo.
Su apoyo lo era todo para él.
—Gracias —susurró. A continuación, volvió a mirar a Edmund—. ¿Qué hacemos con él?
Ester sonrió.
—Tengo una idea.
Dejó caer su escudo. Inmediatamente, Edmund fue a la carga contra Oliver.
—¡Agáchate! —gritó Ester.
Oliver se apartó del camino de Edmund de un salto lateral. Edmund tropezó y cayó de rodillas. Después Ester giró rápidamente y expulsó uno de sus escudos sonar vibrantes. Actuó como una ola, empujando a Edmund por el suelo en dirección a las cápsulas de dormir.
Había un abierta preparada. Oliver enseguida entendió lo que Ester estaba

intentando hacer. Fue corriendo tras Edmund y lo alcanzó justo cuando otra de las ataques con onda de Ester lo empujó hacia la cápsula abierta. Pero antes de que tuviera ocasión de incorporarse, Oliver presionó con un brazo el pecho de Edmund con fuerza y lo inmovilizó. Con su mano libre, cogió los cables plancos y pegó las almohadillas a las sienes de Edmund.

—¡Déjame! —gritó Edmund enojado.

Empujó el brazo de Oliver, pero Oliver se mantenía firme. Entonces apareció Ester al lado de Oliver. Metió el brazo dentro de la cápsula y apretó el botón blanco.

—¡NO! —gritó Edmund, dándose cuenta demasiado tarde de lo que estaba sucediendo.

Un instante después, Edmund caía en un sueño profundo e inconsciente.

Ester cerró la tapa de golpe y apretó el botón que mandaba la cápsula a flotar en el atrio. La saludó con la mano mientras se iba volando.

—Que duermas bien, Edmund.

Oliver se dirigió a ella.

—¡Eso fue increíble! —dijo.

Ester sonrió. Pero el momento era agridulce, pues Oliver sabía que ahora tenía que despedirse de verdad. Tenía que dejarla, seguramente para siempre.

—Ester… yo… —empezó, con la voz rota.

Pero Ester negó con la cabeza.

—Guárdate las despedidas para después —le dijo, seria—. Primero tenemos que sacarte de este lugar.

Oliver abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que me ayudarás a escapar?

Sus ojos brillaron de forma traviesa.

—¿De verdad pensabas que podrías salir por ti solo? Venga. Vamos.

Cruzaron corriendo el atrio y cruzaron a toda prisa el compartimento estanco y, a continuación, salieron al atrio principal. Estaba totalmente oscuro y en silencio. La única fuente de luz provenía del piso de arriba del todo.

—Los profesores deben estar en la sexta dimensión —le susurró Oliver a Ester.

—Tendremos que pasar por delante de ellos a hurtadillas —dijo Ester.

Se metieron en el ascensor y subieron hasta el piso de arriba. Después salieron a la pasarela y la cruzaron a toda prisa hasta que llegaron a la red elástica y al tobogán que salía de ella hacia arriba.

Oliver miró hacia arriba. El tobogán era tan largo que no podía ver el final. Los lados eran completamente lisos, sin una sola rugosidad que usar como punto de apoyo. Trepar por ahí sería imposible.

—¿Y ahora qué? —susurró Ester.

Era su única salida de la escuela. Oliver vio que tendría que usar sus poderes.

—Tengo una idea —le dijo.

Oliver cerró los ojos para ayudar a calmar su mente. Reunió sus poderes y, a continuación, visualizó que sus manos se convertían en ventosas. Mientras se

desconcentraba de la realidad, expulsaba la nueva imagen a su lugar. Cuando bajó la mirada, sus manos, en efecto, se habían transformado.

Ester parpadeó atónita.

—¿Qué son eso?

—Ventosas —dijo Oliver, saludando con ellas—. Para escalar.

—¿Y esperas que yo me agarre? —preguntó Ester con una ceja levantada.

—¿Tienes alguna idea mejor? —replicó Oliver.

Ester suspiró, aceptando sin mucho convencimiento. Saltó sobre la espalda de Oliver y se agarró con fuerza a él. Oliver empezó a trepar dentro del tobogán.

Era difícil avanzar, tanto físicamente para sus extremidades como mentalmente aferrarse a la realidad de sus manos convertidas en ventosas. El peso extra de Ester lo hacía aún más difícil. Se agarraba con tanta fuerza a su cuello, que a él le costaba respirar.

—Ester —dijo con dificultad—. Me estás estrangulando.

—Lo siento, sin apenas aflojar un poco.

Oliver seguía trepando.

Un momento después, Ester le susurró al oído:

—Espero que esto no lo cuentes como nuestra segunda cita.

Oliver sintió que sus labios se torcían hacia un lado.

—No. Tendremos una de verdad cuando vuelva.

Por fin, llegaron arriba del todo del tobogán. Salieron trepando y fueron a parar al estrecho pasillo. Oliver recordó que, a su llegada a la escuela, había seguido a Ralph por aquí y sintió una punzada de dolor por su amigo ausente. Por lo menos tenía a Ester a su lado. Bueno, por ahora.

Avanzaron sobre sus manos y rodillas hasta que el techo fue lo suficientemente alto para levantarse. Después fueron a toda prisa por los pasillos, siguiendo los caminos serpenteantes hasta la puerta.

Se detuvieron. Aquí era donde estaba la pared invisible del Profesor Amatista.

Oliver alargó el brazo y tocó su superficie. Parecía una burbuja, como un elástico que se le resistía. Lo presionó y notó como retrocedía. Tal y como sospechaba, era impenetrable. Miró a Ester.

Estaba mirando fijamente al vacío. Alargó el brazo y tocó el aire con la punta de sus dedos.

—Se parece a una de las mías —dijo.

—¿Crees que está hecha de la misma forma? —preguntó—. ¿Con ondas?

Ester asintió.

—Sí.

—¿Cómo la atravesaré? —se lamentó Oliver.

—Creo que yo podría hacer una brecha —dijo Ester—: Usando mi especialidad para contrarrestarla.

Oliver abrió los ojos como platos.

—¿Y tú pensabas que sonar era la peor?

Ester sonrió con falsa modestia.

Oliver observaba mientras ella llevaba su mente al lugar necesario para reunir

sus poderes.
—¡Guau! —tartamudeó, mientras al instante aparecieron gotas de sudor en su frente—. Esto no va a ser fácil.
Alargó los brazos. Parecía que estaba intentando separar dos imanes, o rasgar una tela por la mitad solo con sus manos.
—No soy lo suficientemente fuerte para abrir esto yo sola —le dijo.
—Deja que te ayude —dijo Oliver.
Reunió sus poderes y esta vez transformó una de sus manos en una palanca. Alargó el brazo hacia delante, encontró el agujero que Ester había conseguido hacer en el escudo y lo abrió más en un movimiento brusco. Había mucha resistencia, pero yo ellos continuaron, trabajando juntos hasta que hubieron hecho un espacio lo suficientemente grande para que Oliver se colara por ahí.
—Ya está —dijo Ester, dando un paso hacia atrás.
Pero en el momento en que lo soltó, el agujero se selló al instante.
Ester miró a Oliver, en su cara estaba claro que se había dado cuenta y su piel estaba pálida.
—El escudo es tan fuerte que puede cicatrizar —dijo—. No quedará abierto.
Oliver soltó una fuerte exhalación.
Una vez lo cruce, me quedaré atrapado en el otro lado.
Ester negó con la cabeza enérgicamente, como si la idea de que Oliver se quedara atrapado al otro lado fuera inconcebible para ella.
—Voy a tener que mantenerlo abierto hasta que regreses.
—No puedes —dijo Oliver—. Esto te agotaría.
—Soy fuerte —replicó Ester—. Tú mismo lo dijiste.
Oliver negó con la cabeza.
—Es una tarea demasiado enorme. No puedo pedirte que lo hagas.
—No me lo estás pidiendo —razonó ella—. Yo me estoy ofreciendo.
Oliver la cogió por los hombros.
—Entonces no acepto tu ayuda.
Ester continuó vehementemente terca.
—Voy a hacerlo de todos modos, con o sin tu permiso.
Oliver suspiró frustrado.
—No quiero que pongas en peligro tu salud por mí.
—Y yo no quiero que no tengas oportunidad de regresar. Puedo hacerlo —Asintió con decisión—. Voy a hacerlo.
Oliver vio que no valía la pena discutir. Ester no iba a dar marcha atrás.
—Vale —cedió él—… Pero solo mientras los horarios están apagados. Cuando mañana vuelvan a estar en línea, estarás en zona prohibida. Podrías desestabilizar la dimensión.
Ester parecía consternada mientras luchaba con la realidad de la situación.
—El Profesor Amatista dijo que volverían después de cuarenta y ocho horas. Esto te da menos de ocho horas.
Oliver asintió serio. Sabía lo que había en juego.
Volvieron de nuevo a la pared, los dos en silencio mientras trabajaban juntos

para crear una nueva brecha. Ester rasgó un filón que Oliver acabó de separar usando su mano palanca. Oliver ya veía el esfuerzo de ella.

—Ester —dijo, con la voz apenas un susurro—. No tienes que hacerlo.

—Sí que tengo que hacerlo —respondió ella. Después miró brevemente, con sus ojos esmeralda brillando y llenos de lágrimas—. VETE.

Oliver no perdió el tiempo. Se coló por la brecha, sintiendo que un frío extraño le recorría todo el cuerpo. Una vez estuvo en el otro lado, miró hacia atrás buscando a Ester. Pero, por supuesto, ahora la ocultaba la pared invisible.

—Adiós —susurró, con la voz rota.

CAPÍTULO VEINTISIETE

De repente, Oliver oyó una bocina. Se giró bruscamente. Un taxi venía corriendo hacia él.

Su corazón latía con fuerza cuando saltó hacia atrás y fue a parar a la acera. Llegó justo a tiempo. El coche pasó a toda pastilla por delante de él.

Pero mientras Oliver observaba cómo se iba, vio que para nada era un taxi. Era un coche de policía, con un pequeño letrero arriba y la palabra *sheriff* grabada en un lateral. Tenía un extraño cuerpo redondeado y unos grandes guardabarros brillantes. Era un coche de policía anticuado del periodo de guerra.

Entonces Oliver supo, sin ninguna duda, que había vuelto al pasado. Había vuelto a 1944.

Oliver miró a su alrededor. Las calles de Nueva Jersey en 1944 estaban exactamente como las había dejado cuando siguió a Ralph hasta la Escuela de Videntes. Había salido al mismo punto exacto en el que había entrado. Incluso reconoció a los mismos niños jugando con el aro y la pelota y a los mismos hombres vestidos elegantemente conduciendo coches negros y relucientes. Era como si el tiempo se hubiera detenido mientras él había estado dentro de la escuela, como si un segundo allí fuera hubiera sido un día allí dentro.

Era un pensamiento inquietante pero que no sorprendía en absoluto a Oliver, teniendo en cuenta el hecho que la escuela existía fuera del tiempo. Pero eso significaba que la cantidad de tiempo que tenía para detener a Lucas antes de que Ester soltara la brecha de la pared podría ser incluso menos de lo que había previsto.

Oliver avanzaba a toda prisa, en dirección a Illstrom's Inventions. Sin Ralph guiándolo, tuvo que orientarse solo por las calles, una tarea que intensificaba lo muy solo que se sentía sin sus amigos. Ahora se habían compartido en sus compañeros y deseaba desesperadamente que pudieran estar a su lado. Se preguntaba qué sucedería si todos estuvieran despiertos cuando él regresara, y qué les contaría Ester sobre que le había ayudado a escapar. Y lo más importante, qué diría el Profesor Amatista cuando descubriera que Oliver se había ido. ¿Lo expulsaría? Aunque Oliver sobreviviera a esta dura experiencia y regresara con vida a la escuela, ¿le permitirían entrar?

Seguía corriendo, pasando por delante de urbanizaciones y fábricas de munición, los trabajadores y los civiles seguían con sus vidas bajo la sombra de la guerra. Podía sentirlo en el aire, esa sensación tensa de desastre esperando en cada esquina. Vivir en una época en la que el mundo estaba en guerra debió haber sido espantoso y Oliver se sentía absolutamente agradecido por los días seguros y tranquilos que había pasado en la Escuela de Videntes. Los había necesitado; su próxima tarea probaría sus límites.

Por fin, la fábrica se alzó a la vista. Oliver sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Incluso con su nuevo aspecto de la década de los cuarenta, la

fábrica le parecía su hogar. Pensar en ella en peligro de muerte hacía que a Oliver se le revolviera el estómago.
Se dirigió hacia ella, impresionado una vez más por lo dinámica que era, con una corriente regular de trabajadores, que llevaban el mismo mono azul que Oliver, entrando y saliendo en fila por las grandes puertas principales.
—«¡El mismo mono de trabajo!« —pensó Oliver, al darse cuenta que podría mezclarse bien.
Fue a toda prisa hacia un grupo de trabajadores que iba de la parada de autobús a la fábrica y se metió entre medio de ellos a empujones. Como si fuera un camaleón, nadie pareció darse cuenta de su intrusión. Y de esta forma lo llevó el grupo, justo hasta los escalones y hasta cruzar las dobles puertas de Illstrom's Inventions.
Ahora dentro de la fábrica, Oliver estaba impresionado una vez más por lo animado que estaba el lugar en 1944, con tantos trabajadores y máquinas, tanto ruido y escándalo. Se quedó sin aliento ante el asombro de lo brillantes que estaban las máquinas, como si estuvieran hechas de oro en lugar de latón. Y el espacio estaba muy abierto sin las paredes falsas de Armando ni el laberinto de pasillos que ocultaban habitaciones secretas. En esta época, todavía no había perdido los fondos de la fábrica, el resultado de lo cual fue la construcción de falsas paredes y los pasajes secretos para que no entraran los invasores. Este era el apogeo de la fábrica, totalmente financiada, cuando Armando había estado a punto de inventar cosas increíbles. En aquel entonces, había habido muchas promesas, mucho entusiasmo, el aire parecía impregnarse de ello.
Justo entonces, la multitud de trabajadores que había escondido a Oliver empezó a dispersarse. Empezaron a ir en diferentes direcciones hacia sus diferentes proyectos, dejando a Oliver naufragando en medio de la planta sin paredes interiores. Tenía que encontrar a Armando antes de que lo vieran los guardias y lo echaran.
Miró a su alrededor en busca de Armando. El inventor estaba en su mesa de trabajo la última vez que Oliver lo había visto aquí, pero desde entonces se había ido. Oliver dedujo que la cantidad de tiempo que había pasado aquí mientras él había estado en la Escuela de Videntes era solo de unos cuantos minutos. De unos cuantos minutos a varios días. Pero si eso fuera cierto, su horario volvería a estar en línea a estas alturas. ¿Podría ser que el tiempo hubiera cambiado al salir él de la escuela, y que ahora corriera más lentamente allí que aquí? Se agarraba a esa remota posibilidad. Quizá todavía había una posibilidad de que pudiera detener a Lucas antes de que a Ester le fallaran las fuerzas.
Mientras examinaba la planta de la fábrica. Oliver de repente pareció percibir que lo estaban mirando. Se giró bruscamente. El joven Lucas lo observaba como un halcón desde el otro lado de la fábrica. Sabiendo lo que sabía ahora acerca del hombre en el que se convertiría, Oliver se sentía más incómodo bajo su penetrante mirada que nunca antes. Incluso en su versión joven, Lucas

tenía una expresión desagradable en la cara, como si hubiera chupado un limón agrio. Se preguntaba qué lo hacía tan amargado.
Oliver sabía que Lucas llamaría otra vez a los guardias para que fueran a por él, igual que había hecho la última vez que se había colado en la fábrica. Se giró y echó a correr a toda prisa, intentando calcular desde dónde se podría llegar a las habitaciones traseras de la fábrica. Se abría camino zigzagueando entre grupos de trabajadores, intentando perderse en el barullo.
Pero, de repente, chocó contra alguien. Lucas. El chico de aspecto malvado lanzó una mirada asesina a los ojos de Oliver.
—¡Qué rápido has vuelto! —gruñó Lucas—: Pensaba que nuestros guardias habían dejado claro que aquí no eres bien recibido. ¡Debes querer que te den un par de bofetadas al volver otra vez!
Oliver no tenía tiempo para tratar con la joven encarnación de Lucas, no cuando su homólogo más mayor iba a destrozar la escuela. Pero incluso de chico, Lucas era malhumorado y terco. Cruzó los brazos y bloqueó los intentos de Oliver por pasar, con un aspecto tan lleno de odio como tendría de más mayor. Parecía que en su interior había algo oscuro, evidente incluso de joven.
Oliver intentó empujar a Lucas para pasar. Pero el chico lo agarró bruscamente y lo empujó hacia atrás.
—¡GUARDIAS! —chilló Lucas—. ¡Ha vuelto! ¡Cogedlo!
Desde el otro lado de la fábrica, Oliver vio que los dos hombres fornidos lo divisaban y saltaban a la acción. Parecían furiosos venían a toda velocidad hacia él entre los trabajadores.
Se sacó las manos de Lucas de encima y salió disparado en la otra dirección. Pasó zumbando por la planta de la fábrica, mirando las grandes máquinas, corriendo entre los trabajadores y agachándose bajo sus piernas.
De un salto se puso debajo de una mesa, se deslizó por el suelo sobre sus rodillas y apareció al otro lado. Volvió a ponerse de pie y fue corriendo hacia el siguiente grupo de trabajadores, recorriendo la planta de la fábrica en una extraña danza en zigzag. El pasillo con las habitaciones traseras estaba a la vista. Ya casi estaba allí. Quedaban unos metros.
Oliver salió del grupo y chocó directamente contra los pechos de los dos guardias fornidos. Estos lo agarraron y empezaron a arrastrarlo bruscamente hacia la salida.
—¡No, parad! —suplicaba Oliver.
—Te dijimos que te perdieras —vociferó uno bruscamente.
—No lo entendéis —suplicó Oliver.
Lo ignoraron, arrastrándolo por la sala. Cada vez veía los pasillos más lejos a medida que tiraban de él.
Llegaron a la salida y uno de los guardias abrió la puerta de un tirón.
—¡Fuera! —gritó.
—¡Y quédate fuera! —exclamó el otro.
Lo lanzaron fuera desde la puerta. Oliver voló por los aires y fue a parar al

suelo de un fuerte golpe. Se quejó de dolor. Las puertas se cerraron de golpe tras él.

De repente, Oliver sintió una vibración procedente del fondo de su bolsillo. Al coger su horario se quedó sin aliento. Empezaba a volver a estar en línea. Lentamente, una única luz débil estaba empezando a cobrar vida.

Oliver había estado en lo cierto. La velocidad del tiempo dentro de la escuela y fuera de ella había cambiado cuando él cruzó el umbral. Aquí pasaba más tiempo que allí. Pero pronto se encenderían más luces y, una vez el horario volviera a estar en línea completamente, él estaría atrapado fuera de la Escuela de Videntes para siempre. Tenía que irse ahora si le quedaba alguna posibilidad de volver a la escuela antes de que se notara su ausencia.

Pero no podía, no mientras Lucas estuviera suelto.

Oliver apretó con fuerza su horario. La única cosa de la que podía estar seguro era que tenía que quedarse, aunque eso significara sacrificar su escuela, su nueva vida y sus amigos. Tenía que encontrar la bomba.

Con un peso pesado presionándole el pecho, Oliver metió de nuevo el horario en el bolsillo de su mono de trabajo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

No había tiempo que perder. Oliver volvió a ponerse de pie de inmediato. Dio la vuelta al perímetro del edificio y se alegró de que las ortigas y las zarzas con las que había tenido que luchar en su propia era no habían crecido todavía. Otra diferencia: en su era, las ventanas estaban selladas, pero aquí no.

Oliver se dirigió a la parte de atrás del edificio y miró con cautela dentro por la primera ventana. Parecía que había una especie de armario de almacenaje, con fregonas y escobas dentro. Continuó hacia delante.

La siguiente ventana daba a una sala de descanso. Oliver se agachó rápidamente cuando vio que había hombres sentados alrededor de una mesa comiendo sándwiches.

Fue a toda prisa de cuclillas a la siguiente ventana. Esta vez se levantó muy, muy despacio. Miró dentro. Y allí estaba Armando, sentado a su mesa y parpadeando confundido hacia Oliver a través de la ventana.

Oliver sintió un revuelo de alivio al verlo vivo y bien. Pero, por otro lado, Armando no parecía contento de ver a Oliver. Fue hacia la ventana dando largos pasos y la abrió de un tirón.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó—. Estás pisando una propiedad privada.

—Es Lucas —soltó Oliver.

—¿Mi aprendiz? —preguntó Armando, levantando una ceja—. ¿Qué pasa con él.

—Está construyendo una bomba —dijo Oliver apresuradamente.

—¡Pero si solo es un chico!

No hubo tiempo para explicar que se refería a una versión de Lucas del futuro, pues Armando cerró la ventana de golpe y le dio la espalda a Oliver.

Oliver sintió que el cristal chocaba con su nariz. Se sentía abatido. Armando no le creía.

Pero no iba a rendirse. Tendría que tomar alguna acción drástica para demostrar a Armando que valía la pena escucharle.

Mientras el inventor volvía a sus diagramas, Oliver respiró profundamente y llevó su mente al lugar que necesitaba para acceder a sus poderes.

Enseguida descubrió que era extraordinariamente más difícil hacerlo aquí de lo que había sido en la Escuela de Videntes. Se preguntaba si alrededor de la escuela había alguna especie de campo de fuerza mágico que facilitara a los estudiantes el poder acceder a sus poderes, ruedecitas extra como las gafas de protección de la Doctora Ziblatt y el casco del Entrenador Finkle.

Pero tras unos segundos más, sintió que su mente se colocaba en su sitio. Una pequeña ola de alivio lo recorrió. Era más difícil acceder a sus poderes, sí, pero no imposible. Requería más esfuerzo de lo normal conjurar la imagen en su mente, e incluso más esfuerzo sacarla a la realidad, pero Oliver sentía que

empezaba a funcionar, lento pero seguro. Le caían gotas de sudor por la frente mientras concentraba su atención en los artículos que había sobre la mesa de Armando, haciendo que una nueva realidad saliera de su mente.

Una regla, un lápiz, un compás y un transportador de encima de la mesa a la que Armando estaba sentado trabajando empezaron a levantarse en el aire. El inventor se echó hacia atrás en su asiento, y saltó hasta ponerse de pie mientras los artículos planeaban en el aire delante de él.

Oliver sostenía los artículos, sus átomos, y empezó a separarlos. Armando observaba la escena desplegarse ante sus ojos incrédulos.

Lentamente y con gran esfuerzo, Oliver cambió la composición de los átomos de cada artículo, pasándolos de sólidos a gases. A continuación, usando una concentración extraordinaria, empezó a reorganizarlos, convirtiendo el gas en una nube gris en remolino. Escribió un mensaje para Armando: «Déjame entrar».

Armando se giró y miró por encima de su hombro, mirando boquiabierto a Oliver a través de la ventana. Por su expresión, quedaba claro que estaba nervioso. Oliver rezaba por haber hecho lo suficiente para que Armando le escuchara.

El inventor parecía haberse quedado helado, mientras miraba del mensaje a Oliver y otra vez a empezar, su rostro era un combinación de confusión, curiosidad y miedo. Después, con un movimiento repentino, negó con la cabeza, dio media vuelta, tiró por los aires algunos esquemas de su mesa y salió por la puerta.

Desanimado al instante, Oliver exhaló y abandonó su visualización. La regla, el lápiz, el compás y el transportador volvieron a sus estructuras normales y cayeron sobre la mesa repiqueteando.

Él se dobló hacia delante y se agarró las rodillas, agotado por el esfuerzo de usar sus poderes en el mundo real. Sentía como si hubiese corrido una maratón. Y todo había sido en vano. Armando se había negado a creer lo que había ante sus ojos.

Tendría que encontrar la bomba solo.

Desde fuera, sujetó la parte de debajo de la ventana y la empujó hacia arriba. Tiró de él, trepó a través de la ventana abierta y, a continuación, cayó al suelo despatarrado. Deseaba poder acceder a sus poderes con más facilidad aquí; seguramente podría hacerlo con algo de amortiguación con todos estos batacazos que se estaba dando. No muy tarde estaría lleno de morados.

Salió corriendo de la habitación y miró primero a izquierda y derecha en el pasillo. Estaba vacío.

Sabiendo que si giraba a la izquierda volvería a la planta de la fábrica donde estaban situados los guardias, Oliver giró a la derecha en el pasillo.

Avanzaba tan rápida y silenciosamente como era posible. Llegó a una puerta y se arrodilló para mirar por el ojo de la cerradura. Era un almacén. Fue hasta la siguiente puerta. Esta estaba entreabierta. Pero cuando Oliver echó un vistazo dentro, solo vio una habitación llena de estanterías de madera y libros viejos

llenos de polvo.
Oliver siguió avanzando, echando un vistazo en cada habitación por la que pasaba. ¿Dónde podría haber escondido Lucas la bomba?
Finalmente, llegó a la última habitación del pasillo. En la era moderna, estaba habitación contenía la máquina del tiempo de Armando y la puerta era una enorme barricada de acero. Pero aquí no era así. En el pasado, la puerta era de madera, igual que las demás.
Oliver probó el pomo y este cedió. Miró dentro. Le esperaba la decepcionante visión de una habitación llena de muebles viejos.
Frustrado, Oliver cerró la puerta y apoyó la espalda sobre ella. Su corazón latía con fuerza por los nervios. Cada segundo que pasaba parecía un segundo desperdiciado, un segundo más cerca del fracaso.
Buscó en su mente frenéticamente, desesperado porque apareciera algún recuerdo o pista.
De repente, le vino un pensamiento a Oliver. Durante el corto tiempo que había estado trabajando junto a Lucas, había observado un extraño tic en el anciano; un lugar alrededor del cual gravitaba a menudo. No era más que un rincón cerca del lugar en el que estaba colocada su mesa de trabajo, pero él iba hacia allí varias veces al día, como si el lugar le proporcionara una especie de consuelo. Ahora, Oliver se preguntaba si el lugar tenía algún significado para Lucas. Valía le pena dar un vistazo, pues estaba en un callejón sin salida.
Oliver corrió a toda velocidad por el pasillo. Miró el patio delantero principal de la fábrica. Todavía estaba lleno de gente, con trabajadores yendo a toda prisa por el lugar, pero las multitudes habían empezado a dispersarse un poco pues la jornada de trabajo se acerca a su fin. Oliver echó un vistazo al lugar donde estaba situada la mesa de trabajo de Lucas en la fábrica moderna. Aunque en esta era no había mesa de trabajo, el rincón efectivamente estaba allí. Oliver tenía que intentar llegar hasta allí sin ser visto.
Esperó a que un grupo de trabajadores empezara a dirigirse a la puerta, ocultándolo de la vista de los guardias. Después fue corriendo tan rápido como pudo y se metió en el rincón, fuera de la vista.
Una vez allí, Oliver no estaba seguro de qué buscar. La pared parecía ser una pared sencilla. No había ninguna trampilla ni nada parecido bajo sus pies. Tocó a su alrededor, palpando los ladrillos de la pared. Entonces, de golpe, notó que la textura cambiaba bajo las puntas de sus dedos.
Enseguida, Oliver descubrió que este ladrillo en particular estaba suelto. Forcejeó con él, intentando engancharlo con los dedos por debajo y, finalmente, consiguió moverlo con una maniobra. Y allí, detrás del ladrillo, había una palanca.
Oliver no perdió ni un segundo. Tiró de la palanca. Inmediatamente, la pared se movió hacia atrás con un clic. ¿Podría ser solo otra de las secciones secretas de Armando, escondida tras una pared falsa? ¿O algo más siniestro acechaba al otro lado? En cualquier caso, solo había un modo de averiguarlo. Oliver tendría que entrar.

Echó un vistazo rápido al lado del rincón, mirando la casi vacía planta de la fábrica. Los guardias estaban ocupados acompañando a los trabajadores hasta la salida. Mientras estaban distraídos, Oliver dio el paso. Empujó la pared falsa hasta abrirla del todo y se coló dentro rápidamente. Después se cerró dentro.

Estaba oscuro y olía a polvo. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, Oliver vio que delante de él había una escalera de caracol de metal estrecha y pintada de un rojo brillante. Le sonaba. Recordó la escalera de caracol roja de su propia era, la que había donde estaba situado el dormitorio de Lucas. ¿Podría ser que la habitación de Lucas estuviera arriba del todo de estas escaleras?

Oliver respiró hondo para calmar sus nervios. Después, sin hacer ruido y de puntillas, empezó a subir por las escaleras.

Subió más y más durante lo que le pareció una eternidad. Cuando finalmente salió arriba del todo, el techo era puntiagudo. Debía de estar justo arriba del todo de la fábrica, donde había un desván.

Y allí, enfrente de él, había una puerta.

Oliver probó el pomo. Estaba cerrado con llave; una clara señal de secretismo.

Forzar pomos era una habilidad que Oliver había perfeccionado durante los años de ser el hermano de Chris. Había perdido la cuenta del número de veces que el abusón de su hermano lo había cerrado fuera de la casa, obligándole a aprender a abrir las ventanas con un apalanca o a forzar los pomos. Había llegado a ser muy bueno. En aquel momento había sido horrible, pero ahora Oliver veía que todo había sido un buen entrenamiento.

Lo manipuló hasta oír que el pomo se abría con un clic. Lo probó. Esta vez cedió. Oliver entró al desván.

Un escalofrío lo recorrió de inmediato cuando cayó en la cuenta de donde estaba. Este era el cuartel general de Lucas.

En el escritorio de al lado de la ventana Oliver vio libretas y bocetos.

Fue hasta allí y analizó los diagramas, intentando adivinar qué representaban. Era un gran ovoide con una compleja red de cables que lo cubría y una especie de base estabilizadora, como la de un cohete espacial.

Giró la página y vio un nuevo diseño, una reelaboración del primero. Y en la siguiente página, aún más líneas y formas.

Mientras examinaba el cuaderno, una sensación de ansiedad crecía en su interior. Los esquemas cada vez eran más precisos. Ya no parecían los garabatos entusiasmados de una mente imaginativa. Cada vez tenían más aspecto de esquema: precisos, ordenados y meticulosos. La letra era más clara, después temblorosa, como si la mano que la había escrito hubiera envejecido.

El miedo trepó por la garganta de Oliver. La verdad le golpeó. Tenía en sus manos los diseños terminados de Lucas.

Esta era la bomba.

Pero había algo más. Encima de la mesa había más documentos. Y no estaban

escritos en su idioma.
Oliver había hecho clases de lengua en la escuela. Sabía lo suficiente como para saber que el escrito estaba en alemán. Y sus clases de historia le habían enseñado que, en 1944, los alemanes eran los enemigos.
El corazón de Oliver empezó a latir rápido. Hojeó rápido los papeles. Tenía el grosor de un dosier, lleno de correspondencia escrita. Deseaba desesperadamente poder leer lo que se estaba comunicando.
Pero cuando llegó a la última página, no necesitó que una traducción le dijera lo peligroso que era realmente lo que tenía en sus manos. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que la última página era un contrato, firmado por Lucas. Y allí, estampada en el lugar para un segundo firmante, había una esvástica.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

A Oliver le daba vueltas la cabeza. ¿Había vendido Lucas su bomba a los Nazis?

Oliver vio que en medio de los papeles había una foto de Lucas. No de la versión joven de su línea de tiempo, sino del anciano que Oliver conocía. Y más escalofriante que ver al anciano Lucas en el pasado al que él no pertenecía era lo que llevaba puesto en la foto: un uniforme nazi.

El ejército de su sueño. ¡Los uniformes coincidían!

Oliver se echó hacia atrás, respirando con dificultad. Pero no tuvo tiempo de asimilar nada, pues de repente oyó el ruido de un motor revolucionado. Desde la ventana, vio que un camión entraba en el sombrío aparcamiento de la fábrica. Se detuvo y salieron varios hombres de un salto. Atravesaron el patio como un rayo. Una pequeña silueta oscura los acompañó al interior de la fábrica. Era el joven Lucas.

Oliver agarró todos los papeles y los metió a toda prisa en los bolsillos de su mono. Después salió disparado de la habitación, haciendo ruido al bajar la escalera de caracol.

Llegó justo a tiempo. El ruido de unas botas pesadas resonaba en el pasillo cuando Oliver dio marcha atrás hacia un rincón. Oía unas voces susurrantes en un alemán brusco y apresurado.

Más adelante, la salida estaba abierta, dejando entrar un rayo de luz de luna. Los hombres salían de otro pasillo. Empujaban un gran contenedor por la planta de la fábrica, en dirección a la salida, guiados por Lucas.

A Oliver se le encogió el corazón. ¿Estaba la bomba dentro del contenedor?

Justo entonces, Oliver oyó un golpe seco procedente de la otra punta del pasillo, seguido inmediatamente de un grito ahogado. Armando. ¡Lucas debió haberlo encerrado en su despacho!

Oliver se sintió indeciso de inmediato entre liberar a Armando o seguir al contenedor. Mientras los hombres hacían maniobras para sacar el contenedor por la salida, él se quedó quieto, mirando primero hacia el pasillo hacia el lugar del fuerte ruido y después de nuevo a la salida.

—«Lo siento, Armando» —murmuró en voz baja.

Se puso en movimiento, no en dirección a su héroe atrapado, sino corriendo como una bala por el patio delantero, siguiendo a la bomba. Se escabulló discretamente por la puerta, dejando que la luz de la luna del atardecer le proporcionara refugio.

Oliver se agachó tras un montón de cubos de basura y observó la escena que se desplegaba ante él. Estaba pasando muy rápido; los hombres cargaban su camión con cargamento que sacaban de la fábrica. Tenía que hacer algo.

Oliver cerró los ojos y concentró su mente del modo en que tenía que hacerlo para reunir sus poderes. Pero un ruido súbito por detrás de él rompió su concentración.

Se giró bruscamente y vio una silueta que salía de entre las sombras. La primera cosa que llamó la atención de Oliver fue el tono sobrenatural de los ojos azules. Los ojos de un Vidente cobalto. Era Lucas.
¡Lucas era un Vidente! Pero canalla, uno malvado con unos inconfundibles y brillantes ojos azules.
—¿Qué has hecho? —le gritó Oliver al chico.
Lucas solo sonrió con superioridad.
—Me lo dijo todo. El hombre del futuro. Sobre ti y sobre que te convertirías en el favorito de Armando. Sobre que me quitarías mi lugar. Dijo que lo único que tenía que hacer para recuperar el favor de Armando era entregar este contenedor.
Todas las piezas encajaron en la mente de Oliver. El Lucas del futuro había hecho hacer su voluntad al joven Lucas vendiendo su bomba a los Nazis, las únicas personas suficientemente chifladas como para dispararla.
—¡Te engañó! —gritó Oliver—. ¿No lo ves? ¡Esos hombres son soldados alemanes! ¡Lo que hay dentro es una bomba!
Lucas frunció el ceño.
—No seas estúpido. Los alemanes son los enemigos.
—Ese hombre del futuro —tartamudeó Oliver—. Eres TÚ. ¡Te ha engañado para que le entregues una bomba a Hitler!
Pero no iba a convencer a Lucas. Tampoco había tiempo para explicaciones. Oliver tenía que evitar que la bomba llegara a su destino.
Sin pensar en su seguridad, escapó. Pero Lucas se lanzó a por él. Oliver lo esquivó, saltando a la izquierda y notó que las puntas de los dedos de Lucas le rozaban el mono de trabajo.
—¡Para! —gritó el chico—. ¡Vas a estropearlo todo!
Al recuperarse. Oliver salió disparado hacia delante, pisando con fuerza el pavimento. Le dolían las piernas por el esfuerzo de correr a toda velocidad. Pero Lucas estaba justo detrás de él. Muy cerca.
El motor del camión ya estaba en marcha. Salía humo del tubo de escape. Oliver se precipitó sobre la acre nube, usando todas sus fuerzas para saltar hacia arriba.
Fue a para a la parte de atrás del camión dando un batacazo, sus pies en un equilibrio inestable sobre una pequeña plataforma. Intentó abrir la puerta pero estaba cerrada con llave. Cuando el camión aceleró, sintió que el motor rugía debajo de él. Oliver se sujetó con fuerza mientras el camión empezaba a salir del aparcamiento. Los neumáticos trituraban las piedrecitas que había debajo de ellos, solo a unos treinta centímetros por debajo de él.
Oliver se agarraba con todas sus fuerzas, intentando todavía abrir la cerradura a la fuerza. Lucas se le estaba echando encima. Pero el camión estaba cogiendo velocidad. La distancia entre ellos crecía.
De golpe, la cerradura cedió. Oliver tiró de la puerta del camión hasta abrirla y se metió dentro. El viento azotó su cabello cuando miró hacia fuera desde la parte de atrás del camión abierto mientras la silueta de Lucas se hacía más

pequeña en la distancia.
Oliver no tenía tiempo para sentirse aliviado. Lucas era una simple inconveniencia, un pequeño obstáculo que superar. El verdadero reto era el contenedor y la bomba que contenía. Cerró la puerta de golpe tras él y se giró para mirarla de frente.
El camión cogió velocidad, aceleró e hizo que Oliver cayera hacia atrás. Se dio un golpe seco en la espalda contra las puertas cerradas. Cayó sobre sus rodillas, sin aliento. El camión lo hacía ir de un lado a otro bruscamente, revolviéndole el estómago. Pero apretó los dientes y apartó las sensaciones desagradables. A fin de cuentas, había ido a lomos de una aguistruz. Esta sensación no era nada comparada con eso. Se dio cuenta de que el entrenamiento de switchit había sido bueno.
Apoyándose sobre sus inestables rodillas, Oliver fue tambaleándose a través del camión hacia el contenedor que contenía el arma. Tenía que meterse dentro de algún modo. Estaba seguro de que si podía llegar hasta la máquina, encontraría una manera de desmantelarla.
Oliver se agarró a una de las tablas de madera con sus manos. Tiró con tanta fuerza como pudo. Pero sin éxito. Las tablas estaban clavadas con clavos. Necesitaría una llave inglesa para meterse dentro.
Miró frenéticamente por el camión, en busca de una herramienta que pudiera ayudarle en su empeño. Pero el camión se movía con demasiada rapidez. Continuaba yendo de un lado para otro. Por mucho que lo intentara, no podía mantenerse de pie el tiempo suficiente para buscar dentro del camión algo que pudiera usar.
De golpe, Oliver tuvo la sensación de moverse hacia arriba. El camión estaba subiendo por una rampa.
Fue corriendo hasta el fondo y miró a través de la ventanilla oscura de la puerta. ¡Para su sorpresa, vio que estaban subiendo a la parte posterior de un gran avión de carga militar!
Con auténtico horror, Oliver entendió lo que estaba pasando. El camión que contenía el arma iba de camino a la Alemania controlada por los nazis. Y él iba con ella.

CAPÍTULO TREINTA

El corazón de Oliver latía con fuerza por el miedo. En la parte de atrás del avión hacía mucho ruido con los motores rugiendo. También estaba muy oscuro. Tan oscuro, que Oliver apenas podía ver sus manos delante de su cara.
Intentó ordenar sus pensamientos. Pero no hubo tiempo, pues Oliver sintió de repente la horrible sensación de silbido cuando el avión ganaba velocidad en la pista. A su alrededor, todo empezó a temblar. No había nada a lo que sujetarse, ni ningún asiento en el que abrocharse un cinturón. ¡Iba a despegar en la parte de atrás de un camión! El pánico se apoderó de él.
Por debajo, sintió que la inclinación cambiaba. El avión estaba empezando a levantarse de la pista. Oliver empezó a resbalar hacia atrás y sintió la extraña sensación de la sustentación cuando las alas del avión contrarrestaban los efectos de la gravedad. Iba a tientas hacia delante, en busca de algún tipo de asidero. Pero no había nada. Rodó por el suelo, hasta chocar contra las puertas traseras del camión. No podía hacer otra cosa que cerrar los ojos, apretar los dientes y esperar a que se completara la rápida ascensión del avión.
Parecía no acabar nunca. El avión continuaba subiendo y subiendo, girando como si fuera una montaña rusa. Al contrario que los aviones de pasajeros a los que Oliver estaba acostumbrado, este avión de carga militar no tenía ninguna necesidad de hacer que los pasajeros estuvieran cómodos, y era evidente que el piloto lo estaba llevando al límite de sus capacidades físicas. Su inclinación continuaba, forzando a Oliver a estar en una posición incómoda, despatarrado contra las puertas cerradas del camión. Se dio cuenta de que debía de estar ascendiendo a una gran altitud, mucho más arriba de las nubes para evitar que los enemigos lo detectaran desde allá abajo.
Pero, por fin, notó que se estabilizaba. Al fin, Oliver pudo recomponerse.
Cambió la incómoda postura en la que había estado a la fuerza contra las puertas del camión y se levantó sobre sus inestables piernas. Realmente, el camión estaba mucho más tranquilo de lo que lo había estado cuando el camión iba dando golpes de un lado al otro.
Una vez más, estaba cara a cara con el contenedor. Dentro estaba su peligrosa carga. La bomba. Tenía que entrar dentro y destrozar la bomba.
Buscó por la parte trasera del camión, en la penumbra, para encontrar alguna herramienta que pudiera ayudarlo. Metida entre las otras cajas de madera del camión, encontró una palanca. La agarró, aliviado.
Oliver fue a toda prisa hacia el contenedor y entrecerró los ojos para encontrar los clavos. Costaba encontrar el pequeño destello del metal en la oscuridad, pero finalmente lo hizo y actuó con rapidez, sacando los clavos con la palanca y tirando las tablas a un lado. Se movía frenéticamente, la oscuridad dificultaba aún más su trabajo. Pero consiguió quitar las tablas una a una. Hasta que, finalmente, dio un paso atrás.
Estaba mirando la bomba.

Verla en realidad era más espeluznante de lo que él esperaba. Ya no era ni un plan ni un boceto. Era algo real. La bomba real. Una compleja máquina de metal pulido. De dos metros de altura. Con forma de huevo. Cubierta de cables. Llena de una fuerza mortífera.

Oliver temblaba al pensar en la mente retorcida que la había creado –Lucas. La determinación de Oliver para destruir la bomba antes de que esta pudiera destruir a alguien creció aún más.

Rápidamente, buscó en el bolsillo de su mono y sacó los planos que había robado de la habitación secreta de Lucas. Estaba tan oscuro que tenía que sujetarlos muy cerca de su cara. Los analizó, comparando lo que había en la hoja con lo que él estaba mirando, intentando imaginar cómos e había diseñado y, a la vez, cómo podría desmantelarse.

Para su angustia, descubrió que había sido extremadamente bien diseñada. Impecablemente. Evidentemente, Lucas se había apropiado de las ideas de Armando y las había malinterpretado para sus fines oscuros. La bomba no había nacido de la mente de un ser humano brillante, sino de la mente perturbada de un aterrador Vidente malvado. Estaba llena de trampas –cables e interruptores extra-que hacían que fuera casi imposible decodificarla, igual que los escudos como los de Ester y la pared invisible que rodeaba la escuela. Un movimiento en falso y todo aquello explotaría allí y en ese preciso momento.

Oliver necesitaría maneras de decodificarla. Pero en unas horas, el avión llegaría a Alemania. Se sentía abrumado y, de golpe, desesperadamente solo. Deseaba tener el apoyo de sus amigos, la sabiduría de Armando y la experiencia del Profesor Amatista y de los otros profesores de la Escuela de Videntes.

Pero en cuanto lo pensó, se dio cuenta de que los tenía. Todas aquellas personas le habían dado algo durante el tiempo que los había conocido; su valor, su conocimiento, su experiencia. Esta era una misión diseñada para él. Dentro de él, se juntaba toda la información. Aparte de Lucas, él era el único Vidente que Armando Illstrom había entrenado. La persona más capaz de desmantelar esta bomba era el mismo Oliver. Por eso el universo le había llamado a él en primer lugar.

Alentado por la revelación, Oliver se puso a trabajar, concentrándose en la tarea que tenía entre manos. Puede que no dispusiera de días, pero todavía tenía una oportunidad de poder hacer los suficiente para evitar que la bomba funcionara durante las horas que tenía por delante. Estaba absorto, igual que cuando fabricó el periscopio o cuando creó la túnica de invisibilidad. Recurrió a cada pizca de conocimiento que tenía sobre inventos, perdiéndose en la teoría y en la física, concentrando toda su mente en desmantelar el arma.

Perdió la noción de todo o que le rodeaba, su mente estaba enfocada solo en una única cosa.

***

De repente, Oliver sintió que los motores cambiaban debajo de él. Estaban perdiendo velocidad. Sabía lo que eso significaba. El avión se estaba preparando para empezar su descenso.

Parpadeó sorprendió y comprobó su horario. En efecto, habían pasado varias horas. De hecho, la luz roja parpadeaba completamente en su horario, avisándolo de que estaba fuera del límite y fuera de curso. Eso significaba que la brecha de Ester ahora estaría cerrada y su oportunidad de regresar alguna vez a la escuela completamente vencidas. Había estado tan absorto con la bomba que no solo había perdido la noción del tiempo sino de su propio sacrificio personal, la escuela. Había estado tan concentrado que cualquier otra distracción había huido de su mente. Y aun así, la bomba estaba prácticamente intacta, preparada todavía para llevar a cabo su destrucción del mundo. El pánico se apoderó de él.

Oliver sintió que la inclinación del avión cambiaba. Buscó algún asidero al que agarrarse, pero no pudo encontrar nada. Resbaló, esta vez hacia la parte delantera del camión, hacia la parte de detrás de la cabina del conductor. Se dio un golpe fuerte contra la pared y se acurrucó, apretando los dientes, con el estómago hecho un nudo. La presión cambió rápidamente, haciendo que sus oídos petaran dolorosamente. El descenso fue aterradoramente rápido, el piloto estaba forzando el avión en un descenso igual de rápido que había sido el ascenso.

Después hubo la horrible sensación de sacudida cuando las ruedas del avión tocaron el suelo.

Habían aterrizado. Habían tomado tierra en Alemania.

Oliver iba dando tumbos de un lado al otro mientras el avión bajaba inclinado hacia la pista. Mientras rebotaba por la parte de atrás del camión, con los dientes repiqueteando, Oliver oyó que los motores del avión empezaban a ir más lentos. Debajo de él, sentía la desaceleración. Pronto se detendrían por completo.

Las cosas ahora apremiaban. Tenía que hacer algo. Tenía que pensar en algo. Pero todo sucedía tan rápido que no podía ni empezar a formular un plan.

El avión iba cada vez más lento hasta que paró de golpe. Oliver oyó el chirrido de los motores cuando los apagaron y empezaron a reducir la velocidad. Después unos ruidos de raspado le dijeron que las puertas del avión de carga se estaban abriendo. Oyó unos pasos que se acercaban, el raspón de una llave dentro de una cerradura y, a continuación, el golpe de la puerta del camión al cerrarse. El conductor del camión había vuelto.

De repente, el motor retumbó debajo de él y se revolucionó. Entonces, con algunas sacudidas y temblores, la luz del día empezó a colarse por la ventana. Estaban fuera.

Oliver se levantó de un brinco y miró hacia fuera desde la parte de atrás. La vista a la que se enfrentaba hizo que la columna vertebral se le helara.

La Alemania de los años cuarenta estaba llena de esvásticas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Oliver se quedó sin aliento con la visión que tenía desde la ventana. De cada edificio gris colgaba una bandera con una esvástica. De cada señal de tráfico, de cada ventanilla de coche. Era como un aniversario, pero en lugar de banderines de colores había banderas con el odioso símbolo. Oliver tragó saliva, angustiado por la visión, por el mar de rojo y negro.

Las calles estaban más o menos vacías, solo con algunos coches que pasaban y otros camiones militares. Oliver observaba mientras se dirigían hacia un control dirigido por el ejército alemán y por delante de un camión al otro lado de la carretera con soldados de pie a su lado y las pistolas preparadas. Sintió náuseas al ver todo aquello.

Apartó su mirada de la ventana y la dirigió de nuevo a la bomba. Tendría que tomar una decisión, correr un riesgo. Si escogía el cable incorrecto, la bomba explotaría y el mundo se acabaría. Pero si no hacía nada, Hitler detonaría la bomba y el mundo se acabaría igualmente.

Oliver intentaba acercarse a la bomba, pero el camión le daba demasiados empujones. Cuando el camión dio un brusco giro a la izquierda, se quedó colgando de lado y cayó de rodillas de manera dolorosa. En cuanto consiguió ponerse de pie, otro giro brusco lo tiró de nuevo al suelo. Debajo de él, los badenes lo hacían rebotar hacia arriba y chocar de nuevo contra el suelo. Apretaba los dientes con fuerza, una y otra vez, cuando el camión corría por encima de ellos.

Entonces se detuvieron de golpe. Oliver se levantó y fue a toda prisa hacia la ventana. Habían llegado a un edificio gris de aspecto imponente, rodeado de alambres de púas. Oliver se dio cuenta con horro que no podía ser otra cosa que el cuartel general de Hitler.

El camión empezó a moverse de nuevo y cruzó el puesto de control. Unas torres de vigilancia proyectaban unas sombras oscuras sobre todo. Oliver alzó la mirada hacia ellas, temblando al ver a los soldados armados hasta los dientes patrullando de un lado al otro en ellas.

Entonces el camión dio una sacudida, se detuvo del todo y el ruido del motor se cortó. Era demasiado tarde. Habían llegado. El tiempo había terminado y Oliver no había tenido ocasión de escoger un cable. Fue corriendo a esconderse detrás del contenedor, algún instinto de supervivencia le forzaba a huir en lugar de ser atrapado.

Oyó el ruido de arañazos sobre metal cuando las puertas traseras del camión se abrieron desde fuera. Echó un vistazo desde su escondite y vio, con horror, una cara muy conocida. Una cara conocida y temida por todos los humanos del planeta. Hitler.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La respiración de Oliver se quedó atrapada en sus pulmones. Casi no podía creer que estuviera viendo al mismo Hitler, al humano más malvado que jamás había existido. Continuó observando, helado por la conmoción, mientras el terrorífico líder nazi miraba en el interior del camión.

Hitler pareció no darse cuenta de los trozos desparramados de las tablas de madera. Su oscura mirada estaba demasiado fija en la bomba como para darse cuenta.

La examinó, su mirada perversa analizaba lo que tenía delante. Oliver vio el placer brillando en sus ojos al ver la avanzada tecnología del futuro, la creación de Lucas.

Hitler parecía entusiasmado con lo que tenía delante. Habló con alguien que Oliver no podía ver en un alemán nervioso y rápido. Después se marchó.

De golpe, Oliver tenía una oportunidad. Hitler regresaría pronto a recoger el arma. Pero durante los segundos que, de repente, tenía disponibles, Oliver tenía que hacer algo. Era ahora o nunca. Tenía que correr un peligro. Tomar una decisión.

Pero entonces, como si el mismo universo se lo hubiera clavado en la mente, Oliver se dio cuenta de lo que tenía que hacer para desmantelar la bomba. Lo había estado haciendo mal todo el rato, como un experto en explosivos en lugar de cómo un Vidente. No tenía que cortar un cable para detener la bomba, tenía que meterse dentro de ella con su mente y usar su especialidad atómica para reorganizar los átomos que tenía dentro. Como con los objetos del despacho de Armando, tenía que pasar sus átomos de un estado al otro. Y después tenía que mantenerlos así.

Oliver desconcentró sus ojos y relajó su cerebro, dando paso a las hora conocidas sensaciones necesarias para reunir sus poderes. Esta vez, vinieron a él con rapidez, fácilmente, mucho más rápidamente que jamás antes, como si los avivara su miedo. Inundaron su mente con su fuerza cegadora, haciendo que su corazón latiera con fuerza por el esfuerzo.

Visualizó la bomba en minúsculo detalle, en completa precisión, no solo en cada uno de los cables o tornillo o placa de metal, sino en cada uno de sus átomos. Lo podía ver todo con una precisión perfecta, clara como el agua, desde el escudo sonar con el que Lucas la había rodeado hasta todos los elementos químicos que había dentro de ella y que la harían estallar.

Oliver visualizó de inmediato lo que necesitaba –que los peligrosos y volátiles elementos químicos de su interior se convirtieran en agua-y después lo hizo salir con su mente. Inmediatamente, notó la resistencia cuando su propio poder como Vidente contrarrestaba el escudo de Lucas. Pero sentía que estaba funcionando, casi como si pudiera sentir los átomos de dentro reconfigurándose según sus órdenes.

De repente, oyó unos pasos. Su tiempo había terminado. Habían regresado a

por la bomba. Tenía que aguantar su visualización. Lo que significaba que no podían pillarlo. Tenía que esconderse. Se agachó detrás de una pila de cajas de madera más pequeñas.

Hitler había vuelto, con varios soldados a su lado.

Él miraba mientras descargaban la bomba de la parte trasera del camión. Desde su escondite, Oliver observaba cómo preparaban la bomba y la montaban sobre el lanzamisiles que la propulsaría hacia la atmósfera. Había muchos soldados nazis por allí, cada uno de ellos parecía tan amenazante como el siguiente. Casi no podía soportarse la tensión. Se agravaba por el esfuerzo de mantener los átomos cambiados dentro de la bomba.

Observaba cómo montaban el arma en una camilla vertical, con su extremo puntiagudo dirigido hacia el cielo. Estaba preparado para ser lanzada.

Se acercó alguien. Su actitud era desafiante, su halo escalofriante. Llevaba el deseo de apretar el botón escrito en la cara. Ahora era su momento de gloria.

Con una sonrisa maliciosa, Hitler estiró el brazo hacia el gran botón rojo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Oliver no quería mirar pero no podía apartar la mirada. Debía concentrarse en su visualización. No podía titubear. Perder la concentración ni que fuera una milésima de segundo tendría consecuencias catastróficas.

Aguantó la respiración. Tensó todos sus músculos. Se concentró con cada pizca de fuerza de la que disponía. Tenía que evitar que la bomba detonara.

Hitler colocó la mano sobre el gran botón rojo y la dejó allí. Por un breve segundo, Oliver se preguntó si había cambiado de opinión, si la gravedad de sus acciones de repente le había golpeado. Pero después se dio cuenta de que Hitler en realidad estaba prolongando el momento, divirtiéndose con él. Era como si quisiera darse un baño en el auténtico poder que este momento le brindaba. Estaba jugando a ser Dios y disfrutaba del máximo poder que le daba este arma.

Oliver podía ver, de forma clara y explícita, lo que el Profesor Amatista le había dicho sobre la maldad, sobre el deseo de poder que consumía a la gente. En ese momento, Oliver decidió que si salía vivo de esta, nunca jamás se iba a dejar corromper por sus poderes de Vidente. No se convertiría en Lucas. A pesar del cobalto de su interior, lucharía contra la tentación del lado oscuro por el resto de sus días.

Y ahora no fracasaría. Aguantó la respiración y fijó la imagen en su mente.

Hitler dobló los dedos sobre el botón. A su alrededor, los soldados tenían los ojos abiertos como platos por la adrenalina, por los nervios. Entonces, con un movimiento súbito y violento, Hitler golpeó con la mano el botón.

El mundo entero pareció detenerse. El tiempo se detuvo. Oliver sintió un horrible tirón dentro de su mente, un dolor de cabeza como rayos que le golpearan el cerebro. Los átomos de la bomba estaban luchando contra su realidad, aporreando su mente como los puñetazos de un matón. La orden de su mente estaba en oposición directa a la orden del botón que Hitler había apretado, a las leyes de la física sobre las que se basaba el diseño de la bomba. El esfuerzo no se parecía a nada que Oliver hubiera sentido jamás.

Pero aguantó los golpes, una y otra vez mientras Hitler daba golpes sin parar al botón y su cara enrojecía más tras cada intento inútil por detonarla.

Oliver notaba que sus poderes se consumían a cada golpe. Su fuerza se estaba debilitando. No sabía si podía soportarlo más. Pero Hitler todavía estaba intentando detonar la bomba, su mano era ahora un puño con el que aporreaba el botón.

Oliver notó que la última pizca de fuerza le abandonaba. No pudo soportarlo más. Pero justo en ese momento, Hitler dio un paso atrás.

¡Se había rendido!

Miró hacia el cielo y rugió de rabia.

Oliver soltó las cadenas de su mente. Con una ola de alivio, soltó su tensión, exhalo el aire que había estado aguantando y relajó los músculos que había

estado forzando. Por primera vez, fue consciente del dolor de su mandíbula por los dientes apretados, y del sudor que caía por su cara y su espalda. Sentía todo el cuerpo débil, como si por accidente se hubiera convertido en gelatina.
No le quedaba nada. Ningún poder. Se habían consumido por completo. Oliver se tambaleaba, apenas podía mantenerse erguido. Se agarró con fuerza a los cubos de basura para sujetarse. Había evitado que la bomba explotase por ahora, pero con sus poderes tan fuertemente debilitados no tendría ninguna posibilidad de aguantar otra vez sus átomos. Si Hitler daba la vuelta y apretaba el botón una vez más, no habría nada que Oliver pudiera hacer para detenerlo.
Continuaba observando, tenso, deseando que Hitler se marchara. De repente, el hombre dio la vuelta. A Oliver le dio un salto el corazón. Hitler observó el botón rojo. Oliver rezaba para que no lo apretara una última vez. Sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaron cuando Hitler dio un paso lento para acercarse a la bomba. Y otro.
Finalmente, Hitler se detuvo. Se quedó justo al lado de la bomba, al lado del gran botón rojo detonador. Después se dirigió a los soldados, vociferó una orden a los soldados y se fue dando largos pasos.
Se había rendido.
Empezaba a tomar conciencia de la realidad. Oliver lo había conseguido de verdad. Había evitado que el malvado plan de Lucas diera frutos. Se sentía muy orgulloso.
Pero el peligro no había terminado todavía. Puede que Oliver hubiera salvado al mundo, pero ahora tenía que salvarse a sí mismo. Aquí era una presa fácil. Solo sería cuestión de segundos antes de que lo encontraran. Tenía que escapar.
Los soldados de Hitler estaban hablando entre ellos en alemán acelerado. Parecían muertos de miedo y muy confundidos mientras observaban cómo su furioso líder cada vez estaba más indignado. Parecía un hombre al borde de la locura, las babas salían volando de sus labios mientras les gritaba órdenes.
Oliver pudo entender una palabra.
—¡Sabotaje!
Los soldados corrían en todas direcciones, en busca de sus sitios, tratando de encontrar escondites. A continuación, alguien señaló al camión en el que Oliver se escondía.
Muerto de miedo, Oliver se echó hacia atrás acobardado y se le hizo un nudo en la garganta. Tenía que hacer algo.
Rápidamente se replegó dentro de su mente, intentando reunir sus poderes. Pero lo único que sintió fue una burbuja. No podía acceder a ellos en absoluto. Se habían secado.
Sin sus poderes, solo tenía una opción. Tenía que escapar.
Dio un brinco desde su escondite y salió a toda velocidad. Pero fue inútil. Sus piernas apenas podían mantenerlo erguido. Cayó, despatarrado contra el duro asfalto.

Los soldados lo divisaron de inmediato. En unos segundos estaba rodeado. Unas caras aterradoras lo estaban mirando, lanzándole su odio con miradas asesinas. Entre ellas estaba la cara que él más temía. Hitler.
Miraba a Oliver con un gesto de desprecio como ninguno que hubiera sentido antes. Ni de Edmund. Ni de Chris. Ni tan solo de Lucas. No eran nada en comparación con la mirada de puro odio en los ojos de Hitler. Era como si Hitler supiera que era él el culpable.
Entonces Hitler dijo una palabra entre dientes que confirmó las sospechas de Oliver.
—Vidente.
Hitler lo sabía. Y, Oliver se dio cuenta estremeciéndose, que había descubierto que había sido él quien le había frustrado los planes.
Hitler vociferó algo en alemán a Oliver. Oliver no entendía sus palabras, pero la frialdad de su tono era inconfundible. Hitler acababa de ordenar su muerte.
Oliver sabía que se había acabado para él. Lo matarían. Su vida había terminado. Su único consuelo era que había salvado al mundo. Su sacrificio valía la pena. Ahora podía morir una muerte noble. Se preparó para lo inevitable, para el golpe que terminaría con su vida.
No llegó.
De repente, desde arriba, el rugido del motor de un avión surcó el cielo. Hitler apartó los ojos de Oliver y alzó la vista, igual que hicieron los soldados que le rodeaban. Su expresión era salvaje, perturbada.
Oliver examinó el oscuro cielo, en busca del origen del enorme ruido. Esperaba ver aviones alemanes acercándose pero, en cambio, vio algo completamente diferente.
Cortando el cielo gris había un pequeño avión que no se parecía a nada que Oliver hubiera visto antes. Se movía más rápido que cualquier avión que conociera, planeando por el cielo sin esfuerzo. Era de un color blanco metálico extraño y la ventana translúcida de delante parecía estar hecha de una película de plástico, como si fuera un escudo de alta tecnología. Oliver se dio cuenta de golpe que la tecnología del avión solo podía venir del futuro.
El primer pensamiento espantoso de Oliver fue Lucas. ¿El anciano había diseñado una especie de aeronave y había regresado a este punto para reescribir la historia que Oliver ya había cambiado? ¿Para ponerlo todo de vuelta a cómo él quería que fuese?
Pero no era así, se dio cuenta Oliver. El avión no pertenecía a un enemigo, sino a un amigo. Pues en la cola había un dibujo con el que Oliver estaba muy familiarizado: un aro con tres ojos uniformemente espaciados. El símbolo de la Escuela de los Videntes. Verlo aquí, en los años cuarenta, entre las esvásticas, parecía increíblemente incoherente. Era casi como si lo hubiera conjurado con su mente.
Entonces Oliver vio algo que le llegó hasta la médula. Cuando miró a la extraña ventana de la cabina, descubrió que el avión era pilotado el mismísimo Profesor Amatista!

Hitler gritó algo en alemán. Al instante, Oliver oyó el ruido de las botas de los soldados. Desvió su mirada del cielo a la jaleo que había delante de él, observando aterrorizado cómo los soldados iban corriendo a por sus armas. Se amontonaron en formación, apuntando con sus armas al cielo y empezaron a disparar al avión.

—¡NO! —chilló Oliver.

El ruido era diferente a todo. Mil chasquidos, cada uno de ellos como una astilla en su tímpano. Los disparos eran tan fuertes que podía sentirlos en sus huesos. Oliver no podía hacer otra cosa que encogerse de miedo y rezar para que el fuego cruzado no le alcanzara. Rezar para que el avión del Profesor Amatista resistiera las balas. Rezar para que él saliera vivo de esto.

—¡OLIVER! —oyó que una voz gritaba de repente.

Miró bruscamente por encima de su hombro. Su cerebro no podía aceptar lo que estaba viendo. Era demasiado incoherente. Debía de ser un espejismo. Pero no, era real. Allí, en la sombra, estaba Ester.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Todo sucedió muy deprisa. Oliver observó cómo Walter, Hazel, Simon y Ralph salían de las sombras. Iban en formación de flecha detrás de Ester.

Oliver no tenía tiempo para pensar en cómo estaban aquí y cómo lo habían encontrado. Lo único que su cerebro podía entender era que todavía estaba vivo cuando un segundo antes su muerte había parecido una certeza.

Todavía despatarrado en el suelo, su cuerpo inútil y sus poderes ausentes, Oliver sintió una ola de gratitud y alivio mientras sus amigos avanzaban hacia los soldados. Él había salvado el mundo, ahora ellos lo salvarían a él.

Mientras todos los soldados estaban distraídos con el avión del Profesor Amatista, Ralph reunió sus poderes, los dirigió hacia arriba y lanzó nubes gruesas y oscuras hacia el cielo. Llegaban como olas negras, ahogando la luz. Una oscuridad cegadora descendió. El ruido de los disparos cesó de inmediato. Sin una visión clara de su objetivo, los soldados no tenían nada a lo que apuntar.

Mientras tanto, Simon sacaba gotas de lluvia de las nubes de Ralph. Bajaron tronando en un torrente, empapando a Oliver y al resto de los soldados hasta los huesos al instante.

El grupo de soldados que había a su alrededor empezó a dispersarse. Oliver pudo ver a Hitler escapando, abandonando a su ejército como el cobarde que los libros de historia demostrarían que era. Él podría haber imaginado lo que estaba pasando, que los Videntes, cuyo poder no podía igualarse al de cualquier mortal, estaban frustrando sus planes. Pero sus soldados no lo sabían. Los había abandonado, dejándolos para que arreglaran el lío que él había hecho.

Finalmente, Oliver tenía una oportunidad para escapar. Todavía atónito por estar vivo, se puso de pie con esfuerzo. Intentó aguantar de pie, pero sus piernas parecían casi inútiles. Estaba completamente vacío de cualquier fuerza.

De repente, había alguien a su lado. Dentro de la oscuridad de la nube de Ralph, podía distinguir el brillo de unos ojos verde esmeralda.

—Ester —tartamudeó.

Ella lo rodeó con el brazo y tiró de él hasta que se puso de pie. Aguantando todo su peso, Ester arrastró a Oliver por todo el patio y lo llevó hasta el cobijo de un porche. Se desplomó contra el escalón.

Ester se dispuso a volver a refriega. Pero Oliver alargó el brazo hacia ella, le agarró la mano y la apretó con fuerza.

—¿Cómo es que estáis aquí? —preguntó.

—No hay tiempo para explicaciones —le dijo Ester—. Quédate a salvo y espera instrucciones.

—Hitler… —tartamudeó Oliver—. Escapó.

—No hay tiempo —le dijo Ester.

Su mano escapó de la de él y desapareció en la oscuridad.
Rápidamente, Ester proyectó un escudo alrededor de todos ellos, tal y como había hecho para mantenerlos a salvo de los murciélagos. Refugiado en el porche, Oliver observó que ahora era el turno de Hazel para lanzar sus poderes al cielo. Su especialidad era química y Oliver se dio cuenta de que estaba alterando la composición del agua de las nubes, convirtiéndolas en un color naranja difuso y quemado. Nuevas gotas de lluvia cayeron del cielo. Cuando golpearon a los soldados, los hombres empezaron a gritar de dolor. Fuera lo que fuera con lo que Hazel había contaminado las nubes, les escocía la piel. El escudo de Ester los mantenía a salvo.
Entre Ralph, Hazel, Simon y Ester habían obstaculizado por completo a sus enemigos.
Pero aún tenían que destruir la bomba. Tenían que ganar algo de tiempo, una última distracción para mantener a sus enemigos a raya el tiempo suficiente para que Oliver hiciera su parte.
Walter fue a toda prisa hacia delante y reunió sus poderes magnéticos. De repente, todos los vehículos del aparcamiento se sintieron atraídos entre ellos. El ruido de metal chirriante los rodeó mientras sus ruedas intentaban girar, sucumbir a las fuerzas que les estaba imponiendo el poder de Walter.
De golpe, el magnetismo ganó. Sus frenos no pudieron aguantar más. Fueron zumbando el uno hacia el otro, ganando velocidad, hasta que llegaron al centro y chocaron de cara los unos con los otros. Hubo una explosión de luz y calor. Fue tan fuerte que el suelo tembló. Volaron bolas de fuego por el aire. Todo estaba en llamas. Walter había creado una barrera de fuego impenetrable entre ellos y sus enemigos.
Con las llamas iluminando la escena, Oliver vio que sus amigos venían corriendo hacia él. Nunca en su vida había estado tan contento de ver a alguien.
Casi no le quedaban fuerzas, pero con voz ronca y quebrada pudo decir:
—¿Quién dijo que el magnetismo era la peor especialidad?
Walter sonrió y, a continuación, se dio la vuelta para mirar la escena de destrucción. Oliver hizo lo mismo. Apenas podía creer lo que estaba viendo. El poder de los Videntes contra los mortales era innegable.
—Tenemos que destruir la bomba —dijo Ralph.
Oliver dijo que no con la cabeza.
—Primero tenemos que desactivarla. Un movimiento en falso y explotará.
—¿Puede hacerlo tú? —preguntó Simon—. ¿Puedes desactivarla?
—Lo intenté —le dijo Oliver —. Pero mis poderes han fallado. Los he agotado por completo.
Ester se inclinó y lo miró a los ojos.
—No con tus poderes. Con tu conocimiento.
—Ella tiene razón —dijo Hazel—. Si Lucas hizo la bomba usando lo que había aprendido de Armando, entonces tú eres la única persona del mundo que será capaz de desmantelarla.

Aunque él ya había pasado horas en el avión intentando y fracasando en averiguar cómo se hacía, Oliver sabía que sus amigos tenían razón.
Asintió con determinación. Walter y Simon tiraron de él para que se pusiera de pie. Oliver apretó los dientes por el dolor. Juntos, lo ayudaron a cruzar el patio hasta donde todavía estaba la bomba y el resto de sus amigos fue detrás. El fuego de los camiones ardiendo ardía en su piel. El humo era negro y acre.
Oliver cogió el boceto de la bomba de los bolsillos de su mono de trabajo.
—Primero, Ester, ¿puedes atravesar el escudo? —preguntó—. Hay uno construido alrededor que está dificultando el acceso a los cables.
Ella asintió y desconcentró su mirada. El escudo brillante de alrededor de la bomba desapareció.
Oliver examinó los esquemas. Todo su cuerpo temblaba por la fatiga. Pero sin el escudo brillante, podía ver más claramente lo que tenía que hacer. A través de la compleja red de Lucas de cables y cables de mentira, trampas cazabobos y cosas que no llevaban a ninguna parte, vio cómo el rompecabezas encajaba.
—El cable rojo —tartamudeó—. Es el cable rojo.
—¿Estás seguro? —preguntó Ralph. Tenía los dientes prácticamente apretados.
—Estoy seguro —dijo Oliver.
Se dispuso a inclinarse, pero notó la mano de Hazel sobre su muñeca.
—Estás temblando —dijo—. Déjame a mí. Mi mano es más pequeña y estable.
Todos aguantaron la respiración cuando Hazel estiró la mano hacia delante. Sus ágiles dedos rodearon delicadamente el montón de cables multicolor, y cogieron con delicadeza el rojo que Oliver había indicado.
—vale —dijo, mientras estrujaba con los dedos el cable—. Ahora o nunca.
Simon cerró los ojos. Ralph apartó la vista. La tensión que desprendía Walter podía palparse. Ester estaba empezando a temblar por el esfuerzo de contener el escudo. Oliver apretó las manos en puños. Si lo había calculado mal, todos morirían.
Hazel tiró. El cable se rompió. La bomba no explotó.
—¡Lo conseguiste! —gritó Walter.
Los chicos se giraron hacia Oliver, dándole golpecitos en la espalda, gritando de alegría. Ester se dejó caer hacia delante, agotada por haber sujetado el escudo. Hazel parecía paralizada en su posición en cuclillas, sujetando el cable rojo partido.
—Tenemos que destruirla —dijo Oliver—. Toda. Rápido.
Se pusieron a trabajar, quitando las placas de metal, estirando los cables y lanzándolo todo a la hoguera.
Ralph señaló al cielo.
—El avión del Profesor Amatista viene a recogernos. ¡Vamos!
Todos alzaron la vista y vieron que el extraño avión del director bajaba en picado. Se comportaba como algo entre un helicóptero y un águila. Tocó tierra, no con las ruedas, sino con unos pies en forma de garras.

Sus amigos salieron corriendo hacia él.
Pero Oliver sabía que tenía que hacer una cosa más. Para destrozar del todo la bomba y asegurarse de que no podría fabricarse otra vez, tenía que destruir los planos.
Sacó el dosier del bolsillo de su mono y lo lanzó al fuego. Observó cómo ardían los planos. Mientras se quemaban, sintió una ola de alivio.
Satisfecho de que nunca volvería a fabricarse, Oliver dio la vuelta y atravesó corriendo el patio, en dirección al avión del director. Hazel y Simon ya estaban dentro y Ester estaba en la puerta, haciéndoles un gesto para que se apresuraran a entrar.
Walter entró de un salto al avión. Ralph empujó a Oliver y también entró volando por la trampilla abierta. Un segundo después, Ralph dio un salto detrás de él.
Los motores del avión zumbaron y, en cuestión de segundos, empezaron a elevarse. Hazel forcejeó con la puerta. Tiró de ella hasta cerrarla, pero no antes de que Oliver echara un vistazo a la escena de caos que dejaban tras ellos.
El lugar estaba destrozado, inundado de agua y charcos de color óxido. El fuego embravecido del centro ocultaba el metal retorcido de todos los camiones que habían explotado y los pedazos de bomba. Los soldados estaban desperdigados por ahí, incapacitados. Era una visión satisfactoria.
Oliver miró a sus amigos, empapándose de la visión de cada una de sus caras; los sinceros ojos grises de Hazel los simpáticos hoyuelos de Ralph, la sonrisa pícara de Walter, los ojos pálidos y separados de Simon y, finalmente, el rubor coqueto de Ester. Estaba orgulloso.
—Lo conseguimos —les dijo tartamudeando.
A pesar de su agotamiento, todos gritaron de alegría.
De golpe, Oliver se dio cuenta de que era el momento de contar a sus amigos la verdad sobre los resultados de su prueba. Lo había evitado porque no quería que sus amigos lo trataran diferente por ello. Pero después de todo lo que habían pasado juntos, sabía que era el momento de contar la verdad.
—tengo que deciros algo —dijo Oliver—. Sobre quién soy. Lo que soy. Mi prueba. Soy atómico. Pero mi tipo es mezclado. Soy bromo y también cobalto.
Se miraron los unos a los otros, atónitos.
—No puede ser —murmuró Ester, que parecía a la vez sorprendida e impresionada—. No sabía ni que eso fuera posible.
—Qué giro más inesperado —exclamó Simon.
—Siento habéroslo escondido a todos. Yo solo quería encajar. Me daba miedo que no me aceptarais.
Oliver sintió que amable le apretaba en al parte superior del brazo. Al mirar, vio que Ester lo estaba mirando de forma bondadosa.
—Claro que te aceptamos —dijo.
Entonces todos se acercaron, dando palmaditas y abrazando a Oliver. Él sonrió, agradecido de que lo aceptaran por lo que era.

De repente, Oliver fue consciente de la sensación de peso que tenía en todo su cuerpo. Se sentía vacío, como un cascarón. Había consumido tanto de sus poderes que un cansancio como jamás había sentido se apoderó de él.
Mientras el avión surcaba el cielo, Oliver se sentía superado por el cansancio. Sus amigos hablaban felices y entusiasmados, dando vueltas a los sucesos de Alemania, pero Oliver estaba demasiado cansado incluso para concentrarse en sus voces. Estaba demasiado cansado incluso para oír sus palabras de felicitación y sus afirmaciones de que él había salvado al mundo.
Le pesaban mucho los párpados. Intentaba luchar contra ello, pero empezó a parpadear hasta cerrarlos. No podía mantenerlos abiertos más tiempo. Lo único que pudo hacer era echarse en la parte de atrás de la cabina, agotado, superado por el cansancio y dejar que la oscuridad lo envolviera. Cayó en un sueño muy profundo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Dos caras conocidas estaban mirando a Oliver.
—Creo que está consciente —dijo el hombre.
—Tienes razón —respondió amablemente la mujer—. Oliver, ¿puedes oírnos?
Oliver se incorporó como un rayo, mirando de una cara a la otra. Eran el hombre y la mujer de sus visiones. Ya no estaba en el avión, sino en algún lugar oscuro y vacío como el abismo de la dimensión del Profesor Amatista. Lo único que existía en la vasta oscuridad eran ellos tres.
—¿Dónde estoy? —preguntó Oliver—. ¿Dónde están mis amigos? ¿Dónde está el avión del director? —Su voz sonaba extraña y directa, como si las ondas del sonido viajaran de forma diferente a la normal.
—Estás en algún lugar entre el sueño y la vigilia —dijo el hombre—. Todavía estás en el avión. Tus amigos todavía están contigo.
Oliver se sintió aliviado.
—¿Por qué estáis aquí? —preguntó.
—Vinimos a felicitarte —dijo la mujer—. Por salvar la humanidad.
Oliver recordó la visión que había tenido en la que el hombre y la mujer le habían dicho que tenía una tarea para salvar a la humanidad. Por alguna razón, a estos dos extraños les preocupaba mucho que le saliera bien. Pero él no tenía ni idea del porqué. Nunca le habían dado respuestas satisfactorias, ni ninguna explicación.
—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Mis ángeles de la guardia o algo parecido? ¿Por qué me estáis observando siempre? ¿Por qué aparecéis en mis sueños?
El hombre y la mujer intercambiaron miradas.
—Creo que sabes quiénes somos —dijo la mujer en voz baja.
—¿Ah, sí? —preguntó Oliver.
El hombre asintió. Su sonrisa era muy agradable.
—Sí. Lo sabes. Solo tienes que aceptarlo.
A Oliver se le hizo un nudo en la garganta. Se llevó la mano a su pelo rubio. Su color coincidía a la perfección con el de la mujer. Y sus ojos eran del mismo color marrón que el de los del hombre, totalmente al contrario que los ojos azules de su familia. Nunca nada había encajado en su vida. Nunca había sentido a su familia como propia. ¿Realmente podía ser que los Blue no fueran sus padres? ¿Qué Chris no fuera su hermano? ¿Parecería una locura insinuar que estas personas eran sus padres?
Su voz titubeó al hablar, llena de esperanza.
—¿Sois mis padres?
De inmediato, la pareja explotó en sonrisas. Se cogieron de las manos.
—Así es —confirmó la mujer—. Somos tu papá y tu mamá.
Mamá. Papá. Repitió las palabras en su cabeza como si fueran conceptos nuevos y extraños.
—Pero no lo entiendo —dijo—. Yo tengo un papá y una mamá. ¿Cómo

podéis ser vosotros mis padres?
La expresión del hombre titubeó y, a continuación, se desmoronó. Miró con tristeza a la mujer y después de nuevo a Oliver.
—Te perdimos —dijo, con la voz tensa—. Es muy complicado.
Oliver empezó a dar vueltas a su mente. Era demasiado para poder comprenderlo. Pero una sensación de entendimiento se apoderó de él, como si todas las piezas encajaran. Por supuesto que él no era un Blue. Ni tan solo se parecía a ellos. No compartían ni parecidos ni intereses. Siempre había sido la oveja negra de la familia y esto explicaba el porqué.
Estas personas, el hombre y la mujer de sus visiones, eran sus verdaderos padres. Su mamá y su papá. Se dio cuenta que decir esto en su cabeza no se le hacía extraño. Le sentaba bien.
Justo entonces, la imagen de sus padres verdaderos empezó a desvanecerse.
—¿A dónde vais? —preguntó Oliver.
—Estás despertando —le dijo amablemente su mamá.
—Pero ¿dónde estáis? —preguntó Oliver exasperado—. ¿Por qué solo os veo cuando estoy soñando? ¿Dónde puedo encontraros en el mundo real?
—No hay tiempo para explicaciones —respondió su papá—. Pero nos volverás a ver. Pronto.
—Y un día nos reuniremos —añadió su mamá—. Como es debido. Estaremos juntos.
Las dos siluetas eran poco más que sombras ahora.
—¡No me dejéis! —gritó Oliver.
—Nunca te dejamos —dijo su papá. Oliver ya no podía ni distinguir sus rasgos—. Recuérdalo. Siempre estamos contigo.
A continuación, como el ruido del viento susurrando, Oliver oyó las palabras de sus padres al partir: —Te queremos.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Oliver sintió que lo sacudían ligeramente por los hombros. Abrió los ojos parpadeando. Estaba mirando directamente a los ojos esmeralda de Ester.
Oliver se entretuvo un momento a mirar fijamente sus agradables rasgos. Después la confusión que tenía en la cabeza empezó a desvanecerse y recordó dónde estaba: el avión del Profesor Amatista. Se incorporó como un rayo.
Al contrario que con la cápsula para dormir, Oliver notaba que habían pasado las horas. Tenía el cuerpo agarrotado. El cuello le daba dolorosos tirones mientras miraba a su alrededor en el interior del extraño avión del Profesor Amatista.
Los motores eran poco más que un suave zumbido de fondo. No había ningún indicio de empujones.
—Hemos aterrizado —le dijo Ester, sonriendo con dulzura.
—¿Aterrizado? —preguntó. Le salió la voz ronca—. ¿Dónde?
—En casa.
—¿En casa? Te refieres a…
Ester asintió amablemente.
—La Escuela de Videntes.
Oliver cayó hacia atrás, atónito. Pensaba que nunca le dejarían volver a este lugar, que nunca volvería a poner un pie en la escuela. Se sentía muy aliviado. Aturdido por la felicidad.
Todavía se oía la voz musical de Ester. Concentró toda su atención en ella.
—Has dormido durante todo el viaje —le dijo—. El Profesor Amatista dijo que te habías quemado al consumir tanto de tus poderes para destrozar la bomba. No puede creer que pudieras hacerlo, después del poco entrenamiento que has tenido. Pero yo sí. Siempre supe que eras especial, Oliver.
Oliver se puso muy rojo.
—¿Qué pasó? ¿Y el agujero de la pared? ¿Y los horarios?
—Lo aguanté mientras pude —explicó Ester—. Pero cuando los horarios volvieron, supe que tenía que hacer algo. Por supuesto, Edmund fue de inmediato a contarle al Profesor Amatista lo que le habíamos hecho. Creo que esperaba que te condenara para siempre o algo parecido, pero él en su lugar reunió a la escuela inmediatamente.
—¿Edmund me salvó sin querer? —reflexionó Oliver. Qué irónico.
Ester soltó una risita.
—Supongo. El Profesor Amatista ya sabía que tú estabas en Alemania, en el cuartel general de Hitler. Al menos, dijo que allí era donde acababas en la mayoría de líneas de tiempo. Así que volamos hacia allí, entramos tirándonos en paracaídas y, bueno, ya conoces el resto.
—¿Cómo le convencisteis para que os dejara venir? —preguntó Oliver.
—En realidad no lo hicimos—. Nos escogió para ir. Él sabía que sacaríamos lo mejor de nuestros poderes por nuestro vínculo contigo, por la emoción.

Al mencionar a sus amigos, Oliver recorrió con la mirada la cabina vacía.
—¿Dónde están? ¿Ralph, Hazel, Simon, Walter? —Vio que la puerta de la cabina estaba abierta, dejando entrar la luz brillante.
—Se adelantaron para hacer correr la buena noticia —explicó Ester—. ¿Estás preparado para tu recibimiento de héroe?
—¿Mi… qué? —preguntó tímidamente Oliver.
Ester hizo una sonrisa más amplia, mostrando todos sus dientes blancos como perlas.
—¡Eres un héroe, Oliver! Vamos.
Todo estaba pasando demasiado deprisa para que Oliver pudiera hacerse a la idea. Pero cuando Ester alargó la mano para coger la suya, todos sus pensamientos quedaron en nada. Ahora, en lo único que podía concentrarse era en sus dedos entrelazados, en su piel cálida y suave.
Tiró de él hacia las puertas abiertas del avión. Oliver se tambaleaba, desorientado por el ruido de los aplausos que parecían ser más fuertes a medida que se acercaba a la puerta.
Al salir se encontró con una cacofonía de gritos de alegría. La brillante luz del sol sintetizada le hizo parpadeó.
Cuando pudo ajustar su enfoque, pudo ver que estaba dentro de uno de los atrios de la escuela de Videntes –uno grande lleno de todos los vehículos que se puedan imaginar desde ferris a helicópteros y a algunos futuristas como el avión del director. El avión debía de haber entrado merodeando por alguna abertura en la parte de arriba del atrio.
Amontonados en todas las pasarelas de su perímetro había estudiantes y profesores, observándolo con entusiasmo, aplaudiendo, dando gritos de alegría por él, saltando de arriba abajo, gritando contentos y dando voces por su éxito.
Oliver sintió que se le hinchaba el pecho por la emoción. Era más que simple orgullo. Más que simple gratitud. Se sentía en casa.
Más adelante había una plataforma sobre la que estaba el Profesor Amatista con Ralph, Hazel, Walter y Simon en fila detrás de él. Le estaban haciendo gestos a Oliver para que se acercara. Ester tiró de su mano suavemente, guiándolo hacia ellos.
Cuando Olive se acercó al lado de sus amigos, todo el atrios e quedó en silencio. El Profesor Amatista empezó a hablar, proyectando su voz retumbante por todo el auditorio.
—Oliver y sus amigos completaron hoy una hazaña extraordinaria. Salvaron al mundo de la destrucción. Nunca en la historia de nuestra escuela un Vidente había conseguido una hazaña como esta.
Todos volvieron a vitorear, lanzando gritos de alegría y dando voces. Fue entonces cuando Oliver vio una única cara inexpresiva en el público. Edmund. Tenía los brazos cruzados y los ojos entrecerrados y fijos en Oliver. Oliver tembló.
—El peligro en el que nos pusieron los Videntes canallas al atacarnos ha

pasado —continuó el Profesor Amatista—. No pueden atacarnos de nuevo. Aunque nos encontraremos con más desafíos en adelante, por ahora, debemos disfrutar de nuestro triunfo. ¡Habrá un banquete de celebración en la sala C!
La multitud empezó a dispersarse, ansiosos por la comida. Los amigos de Oliver se amontonaron a su alrededor.
—Es terriblemente bueno ver que has recobrado la salud, amigo —dijo Simon, dándole un golpecito cariñoso en el hombro.
—me alegro mucho de que estés bien —añadió Hazel.
—Fue increíble —sonrió Walter—. Mira qué eres valiente.
—O estúpido —añadió Ralph con su tono de profesor—. Casi me da un ataque de corazón cuando desperté y oí que te habías ido.
—Fue una locura hacerlo —le dio la razón Hazel—. Tienes suerte que el Profesor Amatista decidiera ayudar.
—No le quedó otra opción —discutió Ester—. Toda la escuela estaba en peligro. Tuvo que aceptar la verdad.
—Es un milagro que pudiera regresar a la escuela —dijo Ralph.
Sus voces continuaban, pero Oliver se perdía en sus palabras. Se sentía incapaz de seguir el hilo de su conversación. Estaba muy desorientado. Sentía que algo no estaba bien.
Se alejó de sus amigos y tiró de la manga al director.
—¿Podemos hablar en privado? —preguntó.
El Profesor Amatista asintió. Miró por encima de la cabeza de Oliver y, al girarse, este vio que todos sus amigos les estaban mirando, con la confusión dibujada en la frente.
—¿No vas a venir a la fiesta? —preguntó Hazel.
—es que tengo que… —tartamudeó Oliver—. Tengo que hablar de una cosa.
—¡Oliver, trabajas mucho! —exclamó Walter—. ¿Por qué no comes primero?
—Descansa —añadió Ralph.
—Relájate un poco —les dio la razón Simon.
Pero Oliver dijo que no con la cabeza.
—Lo siento. Tengo que hablar con el Profesor Amatista.
Se quedó mirando a Ester. Podía ver la tristeza en sus ojos. Era como si supiera algo que Oliver todavía no conocía del todo, sobre lo que iba a decirle al director y sobre cuál sería el resultado de su conversación.
El Profesor Amatista guió a Oliver por los hombros a través de las puertas. Salieron al atrio principal, justo en el piso de arriba del todo de la escuela y cruzaron la corta distancia hasta la sexta dimensión. Después entraron en la habitación y empezaron a flotar hacia arriba. A su alrededor flotaban medusas brillantes con una variedad decolores brillantes. Era hermoso. Relajante.
O, al menos, lo sería, si la sensación de angustia de Oliver no hiciera más que crecer a cada segundo que pasaba.
—¿Qué te preocupa? —preguntó el Profesor Amatista.
—Lucas —confesó Oliver—. Creo… que es culpa mía que odiara tanto la escuela.

—¿Por qué lo dices?
—Lucas siempre fue un Vidente —explicó Oliver—… Un cobalto. Pero Armando no pensaba que lo fuera, y por eso no lo guió ni lo mandó aquí a la escuela. El cobalto que tenía dentro lo volvió canalla. ¿Y si al viajar atrás en el tiempo y mostrarle mis poderes a Armando, fui yo el que le hizo pensar que Lucas no era el Vidente al que debía guiar? Todo es culpa mía. Yo hice que pasara todo.
El director negó con la cabeza.
—Quizá deberías saber que a Lucas le prohibimos la entrada a la escuela.
—¿Qué? —dijo Oliver con la respiración entrecortada.
El Profesor Amatista asintió.
—Fue un error mío, Oliver. Yo fui el que falló en ver al Vidente en Lucas. Pero aun así, nosotros no somos responsable de las elecciones que hacen los demás. Lucas se fue al lado oscuro por su propia voluntad.
—¿Ah, sí? —refutó Oliver—. Tenía la misma edad que yo. La fábrica era su hogar. Armando era su guía. Creo que yo se lo estropeé todo.

Notó que el director posaba la mano sobre su hombro. Lo apretó.

—En efecto, Lucas tuvo una vida dura de nicho. Nadie puede discutirlo. Pero tú también, Oliver. Y, aun así, tú no te has permitido ser un amargado. Lucas escogió qué camino seguir. No tiene la culpa tu presencia en el pasado.

Oliver deseaba poder creer al director. Pero pasaría mucho tiempo hasta que aceptara que no era él el culpable. Que su intromisión en el pasado no había provocado una reacción en cadena. Era una carga pesada que llevar.

—Al final consigue su venganza —dijo en voz alta Oliver—. Quizá no tan radicalmente como el quería, con Hitler y destruyendo el mundo, pero consigue matar a Armando de todos modos.

—Un Vidente no puede arreglarlo todo —le dijo el Profesor Amatista —. Es duro aprender esta lección y tú no eres el primero en tratar de resolver ese dilema. He tenido esta conversación conmigo mismo una y otra vez. Pero hay algunas cosas entretejidas en la estructura del espacio y el tiempo que un Vidente no puede controlar. Hitler, por ejemplo. Tú boicoteaste la trama de un Vidente que estaba interfiriendo en el tiempo, ayudándolo a destruir. Pero Hitler todavía es el hombre sobre el que lees en clase de historia. Las cosas que ha hecho no pueden cambiarse. A no ser que actúes contra el sabotaje de los Videntes canallas, debes dejarlo ir. No podemos hacer que todo sea perfecto.

—Hitler iba a matarme —dijo Oliver—. Pero ¿es incluso posible la muerte si cambia tu destino?

El director respondió con un tono cauteloso en su voz.

—Incluso aunque tu destino te exija que vivas, puedes morir. Nada es definitivo. Pero el universo siempre intentará encontrar la manera. Si mueres cuando todavía queda algo en tu destino, el universo intervendrá, tirará de más hilos, llamará a más Videntes. Algunas cosas nos e pueden entretejer en la

estructura del tiempo. Especialmente los actos de los Videntes canallas.

—Espere —dijo Oliver, al venirle un pensamiento repentino a la cabeza—. Lucas era un Vidente canalla. ¿Significa eso que sus acciones se pueden enmendar?

Si Armando fue asesinado por Lucas, un Vidente canalla, ¿significaba eso que había alguna oportunidad de poder alterar la línea de tiempo una vez más? ¿Qué había una ruta mejor que el universo quería que siguiese?

El director hizo una pausa. Se dibujó una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Oliver tenía la particular impresión de que lo estaba llevando a una conclusión. La emoción lo recorría.

—Tengo razón, ¿verdad? —tartamudeó—. Ninguna de las acciones de Lucas están entretejidas en la estructura del tiempo porque es un Vidente canalla. Incluyendo el matar a Armando.

La sonrisa del Profesor Amatista se hizo incluso mayor.

—Se suponía que Armando nunca debía morir —dijo Oliver dándose cuenta de repente—. Igual que la bomba de Hitler se suponía que nunca se haría explotar. —Miró al director—. Usted lo sabía, ¿verdad? ¿LO sabía desde siempre?

El Profesor Amatista asintió.

—Todo tiene un propósito, una razón. Nada puede dictarse. Un Vidente debe encontrar cómo llegar a su camino. Y tú lo has hecho. Armando Illstrom es tu guía no solo porque sois la combinación perfecta, pues él, por sí mismo, es importante para el universo. Vuestros destinos están entrelazados. Os necesitáis el uno al otro. Y el universo os necesita a los dos.

Oliver sentía que le faltaba el aire tras la revelación. La mente le daba vueltas. Pensaba que se había perdido toda esperanza con Armando. Pero ahora tenía que adaptarse a la realidad de que tal vez no. De que todavía podía salvar a Armando.

—Armando es parte de mi destino —declaró en voz alta.

—Y está en peligro a cada momento que pasa —añadió el Profesor Amatista—. En nuestra primera reunión te dije que yo solo podía asegurarte unos cuantos días con él. Ese es el poder de la interferencia de Lucas. Será difícil. Casi imposible. Y a cada momento que pasa, las acciones de Lucas se afianzan más en el tiempo.

De golpe, Oliver se dio cuenta de otra cosa. Sintió cómo si le aplastaran el pecho.

—Tengo que regresar… —dijo sin respiración.

Al fin, la mirada de dolor de Ester tenía sentido para él. Ella ya había deducido que Armando podía salvarse y que era Oliver el que iba a hacerlo. Que la dejaría. Dejaría la escuela. Y eso significaría seguramente no regresar jamás.

—Me necesitan en la fábrica. Tengo que ir allí. Ahora.

El director se quedó en silencio. Pero Oliver entendía su mirada. Este era su destino. Esto era donde cada momento hasta ahora lo había estado

guiando.

La alineación del destino había sido la que le había permitido regresar a la Escuela de Videntes. La próxima vez, podría no tener tanta suerte. No había ninguna garantía de que en el futuro lo hiciera. Marcharse ahora podría ser el fin de su tiempo en la Escuela de Videntes.

El Profesor Amatista continuaba estoico.

—¿Entiendes del todo lo que significa para ti marchar? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de tus acciones?

Oliver asintió seriamente.

—Que es posible que no pueda volver nunca.

—¿Y estás preparado para hacer este sacrificio? —insistió el director —. ¿De verdad vas a dejar todo lo que tienes aquí por tu guía?

Oliver sentía la pena como un peso sobre su pecho.

—Tengo que hacerlo —tartamudeó—. Armando tiene que vivir. Todavía no sé el porqué, pero quizá tiene algo que ver con los inventos. Está haciendo muchas grandes cosas para la humanidad.

—Entonces debo darte esto —dijo el director.

Se sacó algo del bolsillo y se lo entregó a Oliver. Era un amuleto. El dibujo grabado encima era una ro con tres ojos. El símbolo de la Escuela de Videntes.

—Llévalo siempre puesto. Brillará cuando una línea de tiempo converja con el momento en el que tú estás, una que pueda permitirte regresar a la escuela. Te guiará hasta aquí.

Oliver lo cogió con fuerza, agradecido. Después de todo, había una cuerda salvavidas. Tal vez un día podría regresar a este sitio.

—Ahora, ve a la fiesta —dijo el Profesor Amatista—. Tus amigos merecen saber lo que tienes pensado hacer. Después de todo, te acompañaré hasta la salida. Una adecuada —remarcó, levantando una ceja—, y no el desgarrón que usted y la Señorita Valentini hicisteis en mis escudos.

Oliver asintió con seriedad. Salió de la sexta dimensión y se dirigió al ascensor. Mientras bajaba a la planta baja, se contenía las lágrimas. ¿Cómo podía decir adiós a sus amigos? ¿Cómo podía mirarlos a la cara sabiendo que nunca los volvería a ver? ¿Que esta podía ser la última vez que les decía adiós?

Llegó al comedor. Pero antes de que pudiera entrar, se abrieron las puertas. Salieron sus amigos a la vez.

—¡Oliver!—gritó Ralph sorprendido—. Íbamos a buscarte.

Oliver bajó la mirada al suelo. Como Ester, debió notar que algo iba mal. Seguro que no habían tenido tiempo de comer nada y habían preferido ir en su busca.

Con una chispa de dolor en su interior, miraba de una cara a la otra. Pensar en decirles adiós era tan doloroso que casi bastó para hacerle cambiar de idea. Pero la sensación de que se suponía que debía ir era demasiado fuerte. Era como un imán que lo atraía hacia la fábrica.

—Me voy —dijo, yendo directamente al grano, sin paños calientes y del tirón.

No hubo jaleo, ni desacuerdo. Era como si en silencio, todos hubieran llegado a la misma conclusión. Pero la sensación de pérdida era palpable y se ensanchaba en el silencio.

—No vamos a poder hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? —dijo Simon.

Oliver dijo que no con la cabeza.

—Aunque te digamos que eres un idiota —añadió Hazel. NO había ninguna crueldad en su tono, solo lágrimas que brillaban en sus ojos grises.

Oliver reía con tristeza y negaba con la cabeza.

—¿O si te dijera que te estás saltando las reglas de nuevo? —añadió Ralph.

Oliver volvió a decir que no con la cabeza.

—¿No te apuntarás a un último partido de switchit? —preguntó Walter.

—No puedo —dijo Oliver, la tristeza crecía más y más en su interior.

Ester dio un paso adelante.

—Me prometiste una segunda cita —dijo, con la voz rota.

—Lo sé —respondió Oliver—. Lo siento. Pero quién sabe lo que el futuro nos depara. Puede que algún día vuelva.

Ralph le puso una mano en el hombro a Oliver.

—Buena suerte —dijo, con las lágrimas contenidas en los ojos a punto de salir.

Oliver lo abrazó. De repente, unos brazos lo rodearon, cogiéndolo con fuerza, envolviéndolo con amor, aprobación y amistad. Oliver pensaba que podía quedarse en este momento para siempre, empapándose de los sentimientos de cariño y calor que toda su vida había anhelado. Pero existía un propósito más grande. Su deber como Vidente se lo exigía. Armando tenía que vivir. Por el bien del universo y de todo lo que había dentro de él, tendría que sacrificar a sus amigos.

Se apartó del abrazo, con mucho dolor al mirarlos por última vez. Después, se dio la vuelta y se fue corriendo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Oliver caminaba junto al Profesor Amatista, con la mirada puesta en sus zapatos y sin mucho ánimo. Entraron en la sexta dimensión y Oliver disfrutó de la vista de la increíble habitación, sabiendo que estas ería la última vez que entraría en ella. A su alrededor, unas esferas brillaban en la oscuridad. Era un vista hermosa.

—He creado un agujero espacio-temporal —explicó el director, mientras llevaba a Oliver más hacia la oscuridad—. Uno que te llevará de vuelta a tu línea de tiempo.

Oliver se quedó con la boca abierta.

—¿Quiere decir que me llevará directo a casa?

El director asintió.

—Te llevará directamente a la fábrica.

—Gracias —dijo Oliver inmensamente agradecido.

Pero la expresión del Profesor Amatista continuaba estoica.

—Los agujeros espacio-temporales no son cosas que puedan crearse fácilmente. No lo haría por cualquiera pero por ti, Oliver, creo que vale la pena correr el riesgo. Pero debes actuar con rapidez. Es un agujero espacio-temporal de un minuto y muy pronto expirará.

Oliver asintió y respiró profunda y tristemente. Tocó el amuleto que el Profesor Amatista le había regalado y sintió que estaba ardiendo bajo las puntas de sus dedos. El Profesor Amatista empujó la puerta para abrirla.

Oliver parpadeó sorprendido ante la visión surrealista del almacén de la fábrica desde el otro lado. Una especie de película brillante parecía ser lo único que separaba este punto del espacio de ese.

—¿Cómo regresaré? —preguntó Oliver.

El Profesor Amatista lo miró con seriedad.

—No lo harás —dijo.

La rotundidad de su tono le llegó a Oliver a la médula.

—Este es un agujero espacio-temporal solo de ida —remarcó de nuevo el Profesor Amatista—. Una vez la cruces, la puerta desaparecerá por completo de la existencia. No te llevará de vuelta a la escuela. ¿Comprendes?

Oliver miró al director.

—Comprendo.

Oliver se sentía sobrepasado de gratitud por el tiempo que había pasado en la Escuela de Videntes. Sin el Profesor Amatista, nada de esto hubiera pasado. Nunca hubiera hecho unos amigos tan increíbles como Walter, Ralph, Simon, Hazel y Ester, ni hubiera tenido ocasión de descubrir quién era ni de pulir sus habilidades. ¡Incluso había encontrado, por fin, un deporte que le encantaba con el switchit! Gracias a la escuela, ahora tendría unos recuerdos que podría albergar para siempre, por no hablar de los poderes que continuaría desarrollando.

—Gracias por todo —tartamudeó.

El Profesor Amatista asintió.

—De nada, Oliver. Y buena suerte.

Oliver se giró y miró a través de la puerta al armario a la alacena. Pensar en dejar la escuela era casi insoportable. Puede que nunca volviera a este lugar, que nunca volviera a ver a sus amigos o a sus profesores. El futuro era muy incierto. No tenía ni idea de lo que le esperaba al otro lado de esa puerta. De cómo había cambiado él el futuro.

Pero ahora era el momento de ser valiente. Si había aprendido algo, era a ser valiente, seguro, a confiar en él. Así que estrujó con fuerza el amuleto dentro de su puño y dio un paso grande dentro del agujero espacio-temporal.

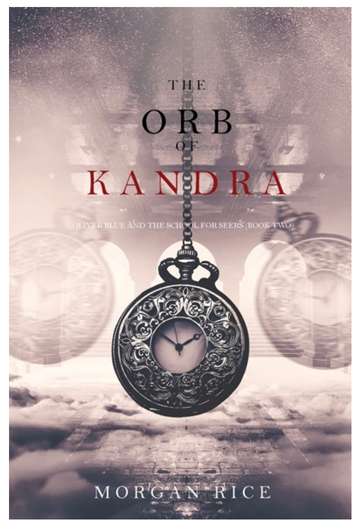
Había un extraño ruido parecido a un zumbido. Oliver sentía que el viento pasaba rápidamente por su pelo. Su camisa se hinchaba como las velas de un barco y sentía raro su cuerpo, como si cada átomo se separara. Costaba respirar dentro del túnel de viento. Y aún costaba más ver. Lo único que podía hacer Oliver era girar la cabeza hacia un lado e ir a tientas hacia delante.

De repente, Oliver chocó con algo duro. Abrió los ojos a tiempo para ver que, agitando las manos, había tirado varias escobas de la pared en la que estaban apoyadas. El viento rápido y las extrañas sensaciones se detuvieron por completo.

Oliver echó mano de su amuleto de inmediato. Ahora el metal estaba frío como el hielo en su puño. Lo soltó y miró detrás suyo. La puerta había desaparecido y, con ella, la Escuela de Videntes.

Ahora no había vuelta atrás.

¡AHORA DISPONIBLE POR ADELANTADO!



LA ESFERA DE KANDRA

(Oliver Blue y la escuela de Videntes—Libro dos)

«Un poderoso primer libro de una serie [que] mostrará una combinación de protagonistas enérgicos y circunstancias desafiantes para involucrar plenamente no solo a los jóvenes adultos, sino a los adultos aficionados a la fantasía que buscan historias épicas avivadas por poderosas amistades y adversarios».

-- Midwest Book Review (Diane Donovan) (re *Un trono par alas hermanas*)

«¡La imaginación de Morgan Rice no tiene límites!»

--Books and Movie Reviews (re *Un trono par alas hermanas*)

De la autora de fantasia #1 en ventas Morgan Rice llega una nueva serie para jóvenes lectores -¡y también para adultos! Los fans de harry Potter y Percy Jackson ¡no busquéis más!

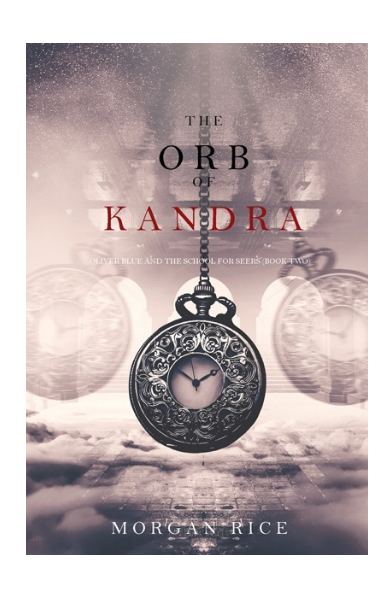
En *LA ESFERA DE KANDRA: OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES* (LIBRO DOS), Oliver Blue, de 11 años, vuelve al presente y corre a salvar a Armando antes del momento en el que está destinado a morir.

Pero cuando Oliver descubre que la sagrada Esfera de Kandra ha sido robada, sabe que depende de él –y solo de él-salvar la escuela. Y la única manera es viajando atrás en el tiempo, a la Inglaterra de 1690, y salvar a una persona muy importante: Sir Isaac Newton.

Mientras tanto, la escuela Obsidiana tiene sus propios videntes poderosos, y todos quieren la destrucción de Oliver. Y cuando reclutan y transforman al hermano abusón de Oliver, Chris, eso solo puede significar una lucha a muerte.

Una novela de fantasía inspiradora, *LA ESFERA DE KANDRA* es el libro#2 en una nueva y fascinante serie llena de magia, amor, humor, desamor,

tragedia, destino y una serie de giros sorprendentes. Hará que te enamores de Oliver Blue y no podrás ir a dormir hasta tarde.
¡El Libro#3 (*LOS OBSIDIANOS*) ahora está también disponible!
«El principio de algo extraordinario está aquí».
--San Francisco Book Review (re *La senda de los héroes*)
También están disponibles muchas series de fantasía de Morgan Rice, incluida *LA SENDA DE LOS HÉROES* (LIBRO#1 EN *EL ANILLO DEL HECHICERO*), ¡una descarga gratuita con cerca de 1.300 críticas de cinco estrellas!



LA ESFERA DE KANDRA
(Oliver Blue y la escuela de Videntes—Libro dos)

¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!















Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES
LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)
LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2) LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN
TRANSMISIÓN (Libro #1)
LLEGADA (Libro #2)
ASCENSO (Libro #3)
REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1) UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2) UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5) UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6) UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1) CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2) ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3) REBELDE, POBRE, REY (Libro #4) SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5) HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6) GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7) VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1) EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2) EL PESO DEL HONOR (Libro #3)
UNA FORJA DE VALOR (Libro #4) UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)
LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1) UNA MARCHA DE REYES (Libro #2) UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3) UN GRITO DE HONOR (Libro #4)
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6) UN RITO DE ESPADAS (Libro #7) UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8) UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9) UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10) UN REINO DE ACERO (Libro #11) UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12) UN MANDATO DE REINAS (Libro #13) UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14) UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15) UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16) EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)
LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1) ARENA DOS (Libro #2)
ARENA TRES (Libro #3)

VAMPIRA, CAÍDA ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)
AMORES (Libro #2)
TRAICIONADA(Libro #3)
DESTINADA (Libro #4)
DESEADA (Libro #5)
COMPROMETIDA (Libro #6)
JURADA (Libro #7)
ENCONTRADA (Libro #8)
RESUCITADA (Libro #9)
ANSIADA (Libro #10)
CONDENADA (Libro #11)
OBSESIONADA (Libro #12)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

LA ESFERA DE KANDRA

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO DOS



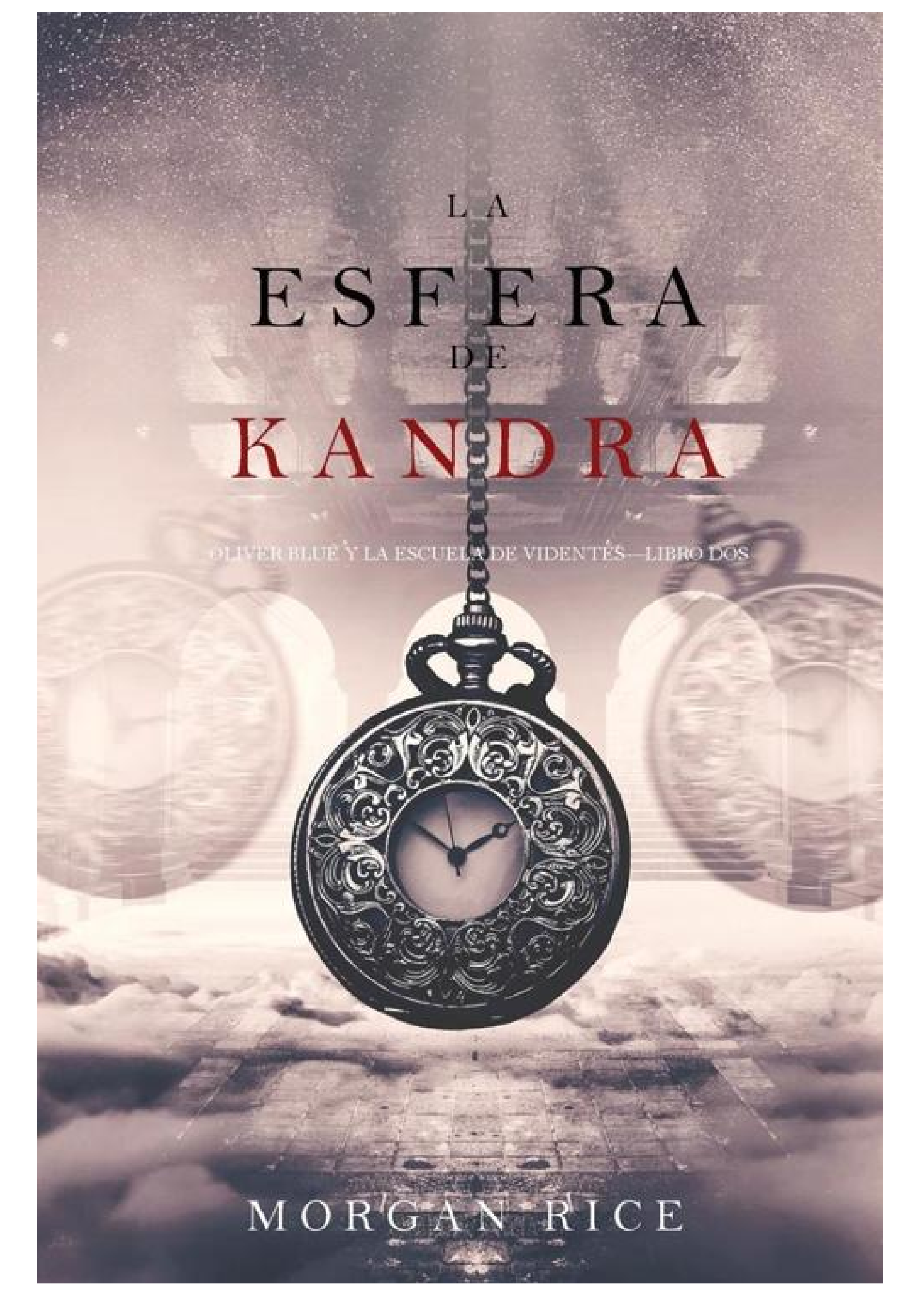
MORGAN RICE

LA ESFERA DE KANDRA

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO DOS



MORGAN RICE



LA ESFERA DE KANDRA

(OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO DOS) **MORGAN RICE**

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE

SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones sobre Morgan Rice

«Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL

ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS

DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trols y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan ha conseguido de nuevo producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página… Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita».

--Books and Movie Reviews

Roberto Mattos

«Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL

CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini… Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y

pedirán más».

--The Wanderer, A Literary Journal (sobre El despertar de los dragones)

«Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama.

La senda de los héroes trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia…

Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles… Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos».

--Midwest Book Review (D. Donovan, eBook Reviewer)

«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos

«En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica El anillo del hechicero (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey… La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante».

--Publishers Weekly

Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3)

UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5)

HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6) **EL ANILLO DEL HECHICERO**

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

VAMPIRA, CAÍDA

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA(Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

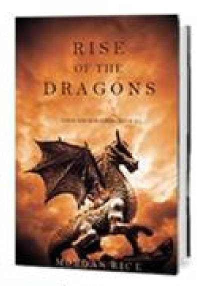
CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

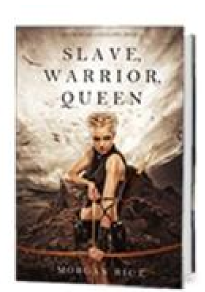
¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de

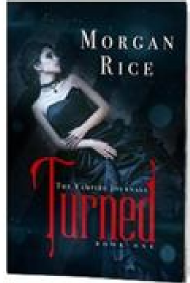
una serie!

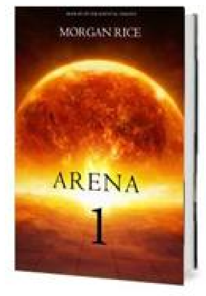


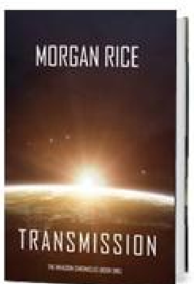












¿Quieres libros gratuitos?

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratis, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis ¡y regalos exclusivos!

Para suscribirte, visita:

www.morganricebooks.com

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

Oliver Blue estaba en una alacena y no sabía por qué. Tenía una extraña sensación en todo el cuerpo, como si una le recorriera una rara sensación. El corazón le latía con fuerza.

Miró a su alrededor, desorientado, intentando dar sentido a fragmentos de memoria. Había llegado aquí a través de un remolino. Un agujero espacio-temporal. ¡Sí! Ahora lo recordaba. El Profesor Amatista había creado un agujero espacio-temporal y había mandado a Oliver a través de él. Pero ¿por qué?

Se giró para buscar el agujero espacio-temporal a través del que había viajado, para ver si podía darle alguna pista de por qué había ido a parar aquí. Pero ya no estaba allí.

De repente, notó la fría sensación del metal sobre su pecho y sacó un amuleto.

Recordó que el Profesor Amatista se lo había dado. ¿Qué fue lo que le dijo?

¿Qué cuando el metal se calentara significaba que existía una posibilidad de regresar a la Escuela de Videntes? Eso era.

Ahora mismo, estaba frío como el hielo. Eso significaba que el camino de vuelta a la Escuela de Videntes había desaparecido.

Una enorme tristeza abrumó a Oliver cuando se acordó de la escuela que había dejado atrás. Pero, para empezar, Oliver no podía recordar por qué la había abandonado. La ansiedad se apoderó de él mientras intentaba darle sentido a todo y recordar dónde había aterrizado. Y por qué. ¿Dónde estaba? ¿Qué año era?

Y a continuación, poco a poco, le vino a la memoria: Armando.

Había regresado al presente para salvar a Armando Illstrom.

Miró a su alrededor con una prisa repentina. Estaban a punto de matar a Armando. Cada segundo contaba.

Oliver salió despedido de la alacena hacia los pasillos de lo que inmediatamente

identificó como una fábrica.

La fábrica de Armando. En efecto, había un letrero: «Illstrom's Inventions».

Fue corriendo hacia el patio delantero de la fábrica. Llegó al otro extremo del pasillo y sacó la cabeza por una esquina. En lugar de los falsos pasillos internos de Armando, la fábrica tenía un diseño abierto y rebosaba de actividad, llena de trabajadores que llevaba el mono azul pasado de moda que Oliver llevaba ahora mismo.

Todo el lugar parecía limpio y bien mantenido. Unas criaturas mecánicas voladoras pasaban zumbando por el aire. Las chispas salían volando de las máquinas de soldar de los trabajadores mientras estos arreglaban las juntas de unas vastas y enormes máquinas. Unos pájaros metálicos volaban por las vigas, donde las ventanas ya no estaban selladas.

Todo había cambiado. Oliver tuvo un momento de orgullo. Era evidente que sus acciones de 1944 habían cambiado el presente. Gracias a él, Illstrom's Inventions estaba en marcha.

Pero no por mucho tiempo.

No si no salvaba a Armando a tiempo.

Oliver vio unas oscuras nubes de tormenta a través de las claraboyas.

La lluvia empezaba a golpear sobre el cristal. A continuación, un repentino destello de rayo se bifurcó en el cielo, seguido rápidamente por el enorme estruendo de un trueno.

Las luces de la fábrica empezaron a parpadear. A continuación, se apagaron por completo. Con un zumbido, todas las máquinas se apagaron.

Los generadores de reserva se pusieron en marcha y las luces de emergencia se encendieron parpadeando por toda la fábrica, haciendo que todo el lugar brillara con un rojo amenazante.

Entonces Oliver se dio cuenta de a cuándo había vuelto. Era el día de la gran tormenta. El día en el que el alcalde había cerrado todas las escuelas y negocios de la ciudad. El día en el que él se había escondido en un cubo de basura para escapar de Chris y sus amigos acosadores. El día en el que había conocido a Armando.

A través de las sombrías luces rojas, Oliver avistó a Armando. A su Armando.

No al joven de 1944, sino a su héroe entrado en años.

Se le aceleró el corazón. Pero, un instante después, volvió a frenar. Armando no se acordaría de él. Ni siquiera se habían conocido. Todos esos estimados recuerdos de su tiempo juntos ahora habrían desaparecido de la mente de Armando.

—¡Supongo que por hoy ya hemos terminado! —gritó Armando a sus trabajadores—. Parece que la tormenta ha llegado antes de lo que dijo el alcalde.

El autobús os llevará a todos a casa.

Mientras los trabajadores se dirigían a la puerta, Oliver entrevió algo raro. Algo azul y reluciente.

Al instante, reconoció aquel tono único de azul. Era el color de ojos de un vidente canalla. Y eso solo podía significar una cosa. Lucas, el malvado vidente canalla, estaba aquí.

Oliver buscó a través de la oscuridad. Un relámpago repentino iluminó todo el lugar. Oliver vio una silueta que corría como una bala a través de las sombras de la fábrica.

Se quedó sin aliento y se le heló la sangre. Era Lucas. Estaba siguiendo

a Armando.

Un trueno retumbó. Oliver se puso en marcha enseguida, yendo hacia de Armando y Lucas. Se acercó más y más al malvado vidente canalla hasta que iban corriendo en paralelo.

Con otro relámpago inesperado, el anciano giró la cara de golpe hacia un lado.

Oliver vio el rostro arrugado de Lucas en todo su esplendor. Su malvada mirada azul se clavó en Oliver y sus ojos destellaban de forma desconcertante.

—Oliver Blue —gruñó.

Oliver tragó saliva. Parecía que se le había estrechado la garganta. Verse cara a cara con el hombre que lo quería muerto era aterrador. Paralizante.

Justo entonces, el perro Horacio salió de la oscuridad de un brinco. Movió su cuerpo en zigzag alrededor de los tobillos de Lucas, haciendo caer al anciano.

—¡Dichoso perro! —chilló Lucas mientras se tambaleaba para mantenerse erguido.

Oliver nunca se había alegrado tanto de ver al viejo sabueso. Inmediatamente, aprovechó el momento que Horacio le había regalado y corrió en la dirección en la que Armando había ido. Llegó al pasillo justo a tiempo para ver a Armando desaparecer dentro de su despacho.

Por detrás venía el ruido de unas pisadas fuertes. Oliver echó un vistazo por encima del hombro justo cuando un relámpago iluminó el rostro perturbado de Lucas. Avanzando con dificultad por el miedo, Oliver llegó a la puerta del despacho de Armando y entró de golpe.

El despacho de Armando estaba en su estado caótico habitual. Había varios escritorios esparcidos por ahí cubiertos por montones de papeles. Ordenadores de diferentes épocas. Estanterías abarrotadas de libros.

Y en medio de todo esto estaba Armando.

Se giró y miró perplejo a Oliver.

—¿Puedo ayudarte?

Oliver lo miró fijamente, preguntándose si Armando lo reconocía. No sabía decirlo. Y no había tiempo para preocuparse de eso. Tenía que encontrar la amenaza.

Oliver miraba desesperadamente a su alrededor. No había nada incorrecto.

Ninguna señal de una trampa. Nada que sugiriera para nada que la vida de Armando estaba en un peligro inminente. No pudo evitar cuestionarse a sí mismo. ¿Era un error todo este viaje hacia atrás? ¿Había sacrificado su querida escuela para nada?

De repente, Lucas entró en el despacho.

—¡Ya vienen los guardias, pequeña alimaña!

Se lanzó hacia Oliver pero Oliver se apartó de un salto. Miró a su alrededor de forma frenética, en busca de la amenaza. No tenía mucho tiempo para salvarle la vida a Armando. ¿Qué podía ser?

—¡Vuelve aquí! —espetó Lucas.

Armando dio un salto atrás cuando Oliver pasó a toda prisa por delante de él, se deslizó por debajo del escritorio y apareció al otro lado. Lucas alargaba el brazo hacia él pero el ancho escritorio hacía de barrera. Se lanzó hacia Oliver, golpeando el escritorio una y otra vez con sus frenéticos intentos por atraparlo.

Entonces fue cuando Oliver lo vio. A un lado del escritorio había una taza de café que lo estaba salpicando todo con los movimientos de Lucas. Y ahora Armando estaba alargando el brazo para evitar que se derramara. Pero había un extraño brillo reluciente en su superficie.

«¡Veneno!»

Oliver saltó encima del escritorio y dio un puntapié. La taza de café salió volando de las manos de Armando. Se hizo añicos en el suelo y de ella se formó un charco de líquido marrón.

—¿Qué está pasando? —exclamó Armando.

Lucas cogió a Oliver por las piernas y tiró. Oliver cayó y fue a parar encima del escritorio con un fuerte golpe.

—¡Es VENENO! —intentaba gritar, pero Lucas le tapaba la boca con

las manos.

Oliver daba golpes y puntapiés al anciano para intentar soltarse.

Justo entonces, unos guardias entraron a toda prisa en la habitación.

—Llevaos a este chico —dijo Lucas.

Oliver le mordió la mano.

Lucas se echó hacia atrás y gritó de dolor. Oliver dio un salto desde el escritorio e iba a toda prisa de izquierda a derecha para intentar escapar de los guardias.

Pero no sirvió de nada. Lo atraparon y le retorcieron bruscamente los brazos

detrás de la espalda. Empezaron a llevarlo a empujones hacia la puerta.

—¡Armando, por favor, escúcheme! —gritó Oliver con insistencia—. ¡Lucas está intentando matarte!

Lucas cuidaba de su mano dolorida. Estrechó los ojos mientras arrastraban a Oliver hacia la puerta.

—Absurdo —dijo con desprecio.

Justo entonces, Oliver vio un pequeño ratón que había salido de las sombras del rincón a toda prisa. Olfateó el café derramado en el suelo.

—¡Mira! —gritó Oliver.

Armando desvió la mirada hacia el ratón. Este lamió el café derramado. A continuación, en un instante, todo su cuerpo se quedó tieso y rígido.

Cayó sobre un costado, muerto.

Todos se quedaron helados. Los guardias dejaron de arrastrar a Oliver.

Todos se giraron hacia Armando.

Armando miró fijamente a Lucas y, poco a poco, su expresión cambió. Se convirtió en una incómoda. Una mirada de traición.

—¿Lucas? —preguntó con la voz afligida, incrédulo.

Lucas se sonrojó por la vergüenza.

El rostro de Armando se endureció y, lentamente, señaló con el dedo a Lucas.

—Lleváoslo —ordenó a los guardias.

Inmediatamente, los guardias soltaron a Oliver y fueron a por Lucas.

—¡Esto es una locura! —chilló Lucas mientras ellos inmovilizaban sus brazos detrás de su espalda—. ¡Armando! ¿Vas a creer a este niño esquelético antes que a mí?

Armando no dijo nada mientras los guardias se llevaban a Lucas.

La cara del anciano se retorcía por la rabia. Gritaba y parecía igual de enloquecido que había estado Hitler cuando Oliver rompió su bomba.

—¡Esto no ha terminado, Oliver Blue! –exclamó—. ¡Un día te atraparé!

Después lo arrastraron hasta la puerta y desapareció de la vista.

Oliver soltó un suspiro de alivio. Lo había conseguido. Había salvado la vida a Armando.

Levantó la mirada hacia el viejo inventor, que estaba allí en el caos de su despacho y parecía estupefacto y aturdido. Durante un largo instante, se aguantaron la mirada el uno al otro.

Entonces, finalmente, Armando sonrió.

—He esperado mucho tiempo para volverte a ver.

CAPÍTULO DOS

Malcolm Malice apuntó con su ballesta. Se aseguró. Y a continuación la soltó.

Cortó el aire a la velocidad del rayo antes de dar de lleno en la diana. Un tiro perfecto. Malcolm sonrió de oreja a oreja.

—Excelente trabajo, Malcolm —dijo el entrenador Royce—. No esperaría menos de mi alumno estrella.

Lleno de orgullo, Malcolm le devolvió la ballesta y fue a colocarse al lado del resto de sus compañeros. Estos estrecharon los ojos y lo

miraron con envidia.

—El alumno estrella —imitó alguien.

Hubo una tímida risa.

Malcolm ignoró sus burlas. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Solo llevaba unos cuantos meses en los Obsidianos pero ya había dejado atrás a chicos que llevaban años aquí. Era un vidente poderoso. Atómico –el tipo más fuerte, con una mezcla rara de cobalto y bromo.

Así que, ¿qué más daba si ninguno de los otros chicos quería pasar el rato con él? Él ya no tenía amigos antes de venir a los Obsidianos. Si se quedaba así, no cambiarían mucho las cosas para Malcolm. De todos modos, no estaba aquí por la amistad. Estaba aquí para sobresalir, para convertirse en el mejor vidente posible, de modo que cuando llegara el momento, pudiera hacer polvo a esos fracasados de Amatista.

De repente, notó que algo chocaba contra la parte de atrás de la cabeza. le escocía y, por instinto, se llevó la mano hacia allí. Cuando la apartó, vio una abeja muerta en su mano.

Alguien había usado sus poderes sobre él. Se giró bruscamente, buscando con una mirada asesina al culpable. Candice apenas ocultaba su sonrisa de satisfacción.

Malcolm estrechó los ojos.

—Fuiste tú.

—Solo fue una picada de abeja —respondió ella con dulzura.

—Sé que fuiste tú. Tienes una especialidad biológica. Si alguien lo hizo, fuiste tú.

Candice encogió los hombros inocentemente.

El entrenador Royce tocó las palmas con fuerza.

—Malcolm Malice. La vista al frente. Que puedas hacer esto con facilidad no significa que puedas enredar mientras tus compañeros lo intentan. Un poco de respeto.

Malcolm metió las mejillas para dentro. La injusticia escocía tanto como lo había hecho la abeja.

Malcolm intentó concentrarse en sus compañeros mientras estos se iban turnando para practicar su puntería. Era un día encapotado habitual en los Obsidianos, con una ligera niebla colgando en el aire, que lo volvía todo neblinoso. El gran campo de juegos se extendía hasta la impresionante mansión que era la Escuela de Videntes de la Señorita Obsidiana.

Candice se preparó para disparar. La flecha pasó volando por encima del blanco y Malcolm no pudo evitar sonreír por su mala suerte.

—Esta es exactamente la habilidad que tienes que perfeccionar —gritó el Entrenador Royce—. Cuando se trata de luchar contra los videntes de Amatista, este es el tipo de maestría que los deja destrozados de verdad. Están tan centrados en sus especialidades de vidente, que lo han olvidado todo sobre las buenas armas anticuadas.

Las esquinas de la boca de Malcolm tiraron un poco más hacia arriba. Disfrutaba con tan solo pensar en dar una patada a los videntes ñoños de la escuela del Profesor Amatista. Estaba impaciente hasta el día en que, por fin, estuviera cara a cara con uno de esos fracasados. Entonces les demostraría quién manda de verdad. Les demostraría por qué la mejor escuela era la de los Obsidianos. Por qué merecía ser la única escuela para videntes.

Justo entonces, Malcolm vio que algunos de los chicos de segundo curso salían a los campos de juego, con palos de hockey en las manos. Entre ellos vio a Natasha Armstrong. Estaba en las clases privadas a las que él había asistido en la biblioteca, las que eran para alumnos dotados como él. A pesar de que con doce años era el más joven de allí, los demás eran amables con él. Especialmente Natasha. No se burlaban de él por ser inteligente. Y ella compartía con él el mismo odio hacia el Profesor Amatista.

Natasha dio un vistazo y saludó con la mano. En sus mejillas aparecieron unos bonitos hoyuelos. Malcolm le devolvió el saludo con la mano y notó que tenía las mejillas más calientes.

Justo entonces, Malcolm oyó la voz aterciopelada de Candice susurrándole a la oreja—. Ay, mira. Malcolm está colado.

Malcolm mantuvo la mirada hacia delante e ignoró sus burlas. Candice estaba siendo cruel porque él había despreciado sus progresos. Su rencor nacía de los celos –de que una chica mayor, una tan hermosa y talentosa como Natasha Armstrong, pudiera interesarse por él.

Mientras la otra clase empezaba su partido de hockey, Malcolm alzó la vista hacia la impresionante mansión victoriana de la Escuela de los Obsidianos, hasta la torrecilla de arriba del todo. Solo podía distinguir la oscura silueta de la Señorita Obsidiana en la ventana. Estaba mirando a sus estudiantes. Entonces fijó su mirada en él.

Él sonrió para sí mismo. Sabía que lo estaba controlando. Era a él a quien había elegido personalmente para una misión especial. Mañana iba a tener una reunión con la misma Señorita Obsidiana. Mañana ella le contaría los detalles de su misión especial. Hasta entonces, podía aguantar a los abusones y las burlas. Pues pronto él sería su héroe. Pronto, el todos los videntes de todas las líneas de tiempo conocerían el nombre de Malcolm Malice. Él saldría en todos los libros de historia.

Pronto, sería conocido en todo el universo como el que destruyó la Escuela de Videntes de una vez por todas.

CAPÍTULO TRES

El alivio fluía por el cuerpo de Oliver. Después de todo, Armando se acordaba de él. A pesar de todas las acciones del pasado que cambiaron esta línea de tiempo, su héroe no había olvidado quién era él.

—¿Me… me recuerda? —tartamudeó Oliver.

Armando fue andando hacia él. Caminaba más erguido, con la barbilla más alta.

Iba mejor vestido, con un pantalón de vestir oscuro y una camisa que transmitía confianza en sí mismo. Este no era el mismo Armando que había dado refugio a Oliver la noche de la tormenta; el hombre encorvado, dejado y callado que había pasado décadas viviendo bajo la etiqueta de “chiflado”. Este era un hombre que mantenía la cabeza alta con orgullo.

Le dio una palmadita en el hombro a Oliver.

—Recuerdo hace años, en 1944, que tú me dijiste que en setenta años todo tendría sentido. Y ahora todo lo tiene. Lucas ha ido tras mi espalda durante años —Apartó la mirada con una expresión afligida— Pensar que me quería muerto.

Oliver sintió un pinchazo de dolor. Armando había confiado en Lucas y Lucas le había traicionado de la peor manera que se pueda imaginar.

—Pero eso ahora está en el pasado —respondió Armando—. Gracias a ti.

Oliver notó una ola de orgullo. Entonces recordó su conversación con el Profesor Amatista. Todavía no había terminado. Había más trabajo por hacer. El trabajo de un vidente era una tarea sin fin. Y su destino se entrecruzaba con el de Armando. Pero no sabía de qué manera.

Pensar en el Profesor Amatista provocó una pizca de dolor en el corazón de Oliver. Tocó el amuleto con los dedos. Estaba frío como el hielo. Regresar a la Escuela de Videntes no era una opción. Probablemente no volvería nunca. Nunca volvería a ver a sus amigos: Walter, Simon, Hazel, Ralph y Ester. Nunca volvería a jugar al switchit o a andar por los pasillos que sujetaba el árbol del kapok.

Armando le dedicó una sonrisa amable.

—Ya que técnicamente nunca nos hemos conocido, quizá debería presentarme.

Soy Armando Illstrom, de Illstrom's Inventions.

Oliver se sacudió su triste ensimismamiento. Le dio la mano a Armando y notó cómo el calor se extendía por todo su cuerpo.

—Yo soy Oliver Blue. De…

Hizo una pausa. ¿De dónde era ahora? Ni de la Escuela de Videntes, ni de la fábrica en su nueva realidad donde Armando y él nunca se habían conocido. Y, mucho menos, ni de su casa en Nueva Jersey con los Blue, que ahora sabía que no eran sus verdaderos padres.

Con tristeza, añadió:

—En realidad, no sé de dónde soy.

Alzó la mirada hacia Armando.

—¿Quizá sea esta tu verdadera misión, Oliver Blue? –dijo Armando con voz suave y firme—. ¿Encontrar tu lugar en el mundo?

Oliver dejó que las palabras de Armando calaran. Pensó en sus padres verdaderos, el hombre y la mujer que se le aparecían en sus visiones y sueños.

Quería encontrarlos.

Pero estaba confundido.

—Pensaba que mi misión al volver era salvarle a usted —dijo.

Armando sonrió.

—Las misiones tienen múltiples capas —respondió él—. Salvarme y descubrir quién eres en realidad –no se excluyen la una a la otra. Al fin y al cabo, es tu identidad la que te llevó hasta mí para empezar.

Oliver reflexionó sobre ello. Quizá tenía razón. Quizá su regreso en el tiempo no era tan sencillo como una misión; quizá estaba destinado a una serie de misiones.

—Pero ni siquiera sé por dónde empezar —confesó Oliver.

Armando se dio golpecitos en la barbilla. De repente, se le iluminaron los ojos.

Fue a toda prisa hacia uno de sus muchos escritorios, chasqueando los dedos.

—Claro, claro, claro.

Oliver estaba perplejo. Observaba con curiosidad mientras Armando rebuscaba en un cajón. A continuación, se puso derecho y se dirigió a Oliver.

—Aquí.

Fue hacia allí y colocó un objeto circular de bronce en las manos de Oliver.

Oliver lo examinó. Parecía antiguo.

—¿Una brújula? —preguntó, levantando una ceja.

Armando negó con la cabeza.

—En la superficie, sí. Pero es mucho más. Un invento que nunca he sido capaz de descifrar.

Oliver la miraba con asombro y a las miles de esferas y símbolos extraños de su superficie.

—Entonces ¿para qué la tiene?

—La dejaron en los escalones de mi fábrica —dijo Armando—. No había ninguna nota que explicara de dónde venía. En el paquete estaba mi nombre, pero ahora me doy cuenta de que no era a mí a quien iba dirigido. Mira en el otro lado.

Oliver giró la brújula. Allí, grabadas en el bronce, estaban las letras O.B.

Oliver se quedó sin aliento y casi se le cayó la brújula. Alzó rápidamente la mirada para encontrarse con la de Armando.

—¿Mis iniciales? —dijo—. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué alguien le iba a enviar algo que iba dirigido a mí?

Armando respiró profundamente.

—Se suponía que yo era el guía de un vidente, Oliver. Tú. Al principio lo entendí mal y pensé que era Lucas. Pero cuando tú llegaste en 1944 y me mostraste tus poderes, me di cuenta de mi error. Después de eso fui prudente y esperé a que un vidente viniera a mí. Oliver, esta brújula la dejaron en el umbral de mi puerta hace once años. El dos de diciembre.

Oliver dijo con la voz entrecortada:

—Es mi cumpleaños.

Armando dio el golpe de gracia.

—Ahora creo que lo dejaron tus padres.

Oliver sintió como si le hubieran dado un puñetazo. No podía creerlo.

¿Realmente tenía un trocito de ellos en sus manos? ¿Algo que les había pertenecido y que habían mandado a Armando para que lo custodiara?

Susurró en voz baja:

—¿Mis padres?

Seguramente era una señal. Un regalo del mismo universo.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que era de ellos? —preguntó Oliver.

—Mira las manecillas —dijo.

Oliver bajó la mirada. Vio que entre las más de doce manecillas, una señalaba directamente a un símbolo. A Oliver, el símbolo le recordaba a los jeroglíficos egipcios por su estilo, dibujos raspados en líneas negras. Pero lo que representaban estaba claro. Un hombre y una mujer.

Ahora Oliver no tenía ninguna duda. Decididamente era una señal.

—¿Qué más sabe? —le preguntó a Armando—. ¿Les vio dejar el paquete?

¿Dijeron algo? ¿Dijeron algo sobre mí?

Armando negó tristemente con la cabeza.

—Me temo que no sé nada más, Oliver. Pero tal vez esto te ayudará a guiarte en tu misión para descubrir de dónde vienes realmente.

Oliver volvió a posar la mirada sobre la brújula. Era muy extraña, cubierta de símbolos y manecillas. Puede que no tuviera ni idea de cómo descifrarla, pero sabía que era importante. Que, de algún modo, sería parte de la misión para encontrar a sus padres. Para descubrir quién era y de dónde venía. Solo tener una parte de ellos en sus manos le daba fuerza para buscar.

Justo entonces, vio que una de las manecillas se estaba moviendo. Merodeaba alrededor de unas líneas onduladas que a Oliver le hicieron pensar en agua.

Alargó la mano y frotó el símbolo con el dedo pulgar. Ante su sorpresa, cuando salió la suciedad, vio que el símbolo de debajo era de colores. Las líneas de agua estaban hechas del azul más vivo y brillante.

—Y sé por dónde empezar —dijo Oliver decididamente.

Azul. Los Blue. Sus supuestos padres. El hombre y la mujer que lo habían criado como si fuera suyo. Si alguien tenía respuestas sobre de dónde venía, serían ellos.

Y, además, tenía un asunto pendiente.

Ya era hora de poner por fin a Chris en su sitio.

CAPÍTULO CUATRO

En el oscuro y tormentoso atardecer, Oliver salió de la fábrica hacia

las calles de Nueva Jersey. Los restos de la tormenta estaban desparramados por las aceras, moviéndose con el viento que todavía soplaba con fuerza.

Mientras caminaba, Oliver se quedó atónito al ver que aunque todo estaba igual desde el punto de vista de edificios, calles y aceras, nada tenía el mismo aspecto que antes. Habían transformado toda la zona. Parecía más nueva, más limpia, más próspera. En los jardines delanteros había arbustos y parterres, en lugar de lavadoras rotas y coches destartalados. No había baches en el asfalto, ni bicicletas oxidadas y abandonadas atadas a las farolas.

Oliver se dio cuenta de que el hecho de que Illstrom's Inventions no hubiera cerrado significaba que mucha gente de la ciudad había conservado su trabajo.

Las repercusiones de sus acciones en el pasado parecían muy trascendentales.

Oliver parecía algo abrumado por las enormes responsabilidades que implicaba ser vidente. Un solo cambio en el pasado parecía afectar a todo en el futuro. Pero también sentía orgullo porque las cosas habían cambiado para mejor.

Oliver esperó en la parada del autobús, ahora su señal era brillante en lugar de oxidada. El autobús llegó y él subió. Este no olía a cebollas y patatas fritas grasientas como el de su antigua línea de tiempo, sino a loción de afeitar persistente y a abrillantador.

—¿No eres un poco joven para estar fuera tan tarde? —preguntó el conductor.

Oliver le dio dinero para el billete.

—Ahora me voy a casa.

«¡Incluso los conductores son más simpáticos que en mi antigua línea de tiempo!» —pensó Oliver.

Mientras el autobús se iba, Oliver intentaba recordar en qué momento del tiempo regresaría. En referencia al Sr. y la Sra. Blue, Oliver no había conseguido volver en autobús de la escuela durante la tormenta. Era una cosa muy extraña de entender. Para Oliver, él había vivido toda una aventura. Había viajado atrás en el tiempo y se había encontrado cara a cara con Hitler, había jugado a un juego de locos a lomos de una criatura modificada genéticamente del año 3000 y se

había hecho amigo de chicos de todas las épocas diferentes. Y lo más importante de todo, había descubierto que tenía un papá y una mamá, de verdad, no los odiosos Blue. Por lo que a ellos respectaba, Oliver no había logrado regresar a casa de la escuela durante la tormenta y dudaba que ni siquiera les aliviara verlo regresar sano y salvo. Probablemente solo se quejarían de la preocupación que les había causado.

Mientras el autobús se movía ajetreadamente, se sacó el regalo de Armando del bolsillo. Mirarlo le llenaba de asombro. El latón estaba pulido y le hacía falta un buen abrillantado. Pero aparte de eso, era un instrumento extraordinario. Había muchas flechas y manecillas y, por lo menos, cien símbolos diferentes. Con curiosidad, Oliver intentaba imaginar a sus padres con la brújula. ¿Para qué la habían usado? ¿Y por qué se la habían mandado a Armando?

Justo entonces, Oliver se dio cuenta de que había llegado a su parada. Se levantó de un salto y tocó el timbre y fue corriendo hasta la parte de delante del autobús.

El conductor aparcó y le dejó salir.

—Cuidado, chico —dijo—. Los vientos podrían empezar de nuevo en cualquier momento.

—Estaré bien, gracias —le contestó Oliver—. Mi casa está allí mismo.

Bajó del autobús. Pero la escena que tenía delante de sus ojos le quitó la respiración. No era para nada lo que esperaba. El que había sido un barrio en decadencia tenía un aspecto mucho mejor que cuando él se fue. No parecía el tipo de lugar que sus padres podían permitirse. De repente, le atacó el miedo de que quizás esta ya no era su casa.

Rápidamente, consultó la brújula. Las manecillas todavía señalaban a la imagen incompleta de un hombre y una mujer, igual que a las líneas azules onduladas. Si lo estaba interpretando correctamente, este era el lugar correcto. Esta todavía era su casa.

Con el corazón acelerado por el miedo, Oliver abrió la verja del jardín y fue hasta la puerta delantera. Probó su llave y se sintió aliviado al ver que entraba en el cerrojo. La giró y entró.

La casa estaba muy oscura y muy silenciosa. Lo único que oía Oliver era el tictac de un reloj a lo lejos y un ligero ronquido. Cayó en que era de noche y todos estarían durmiendo.

Pero al entrar en la sala de estar, se sobresaltó al ver que sus padres estaban dentro. Estaban sentados en el sofá, ambos con la cara pálida. Parecían desaliñados, como si ninguno de ellos hubiera ni siquiera hecho la intención de ir a dormir.

Su madre se puso de pie de un salto.

—¡Oliver! —gritó.

A su padre se le cayó el teléfono que tenía cogido con fuerza en las manos. Miró a Oliver como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Dónde estabas? —preguntó su madre—. ¿Y qué llevas puesto?

Oliver no tenía una explicación para el mono de trabajar azul. Pero no importó porque no tuvo ocasión de hablar. Su padre se lanzó a dar un discurso.

—¡Estábamos muy preocupados! ¡Llamamos a todos los hospitales! ¡Llamamos al director del Campbell Junior High para echarle la bronca! ¡Incluso llamamos a la prensa!

Oliver cruzó los brazos al recordad el artículo del periódico en el que pedían ayuda económica. Esto había sucedido en otra línea de tiempo, pero eso no significa que si Oliver no hubiera regresado a casa esa noche, no hubiera pasado en esta también.

—Pues claro que lo hicisteis —dijo irónicamente.

—¿Por qué no estabas en el autobús escolar? —preguntó su madre—. Chris pudo cogerlo. ¿Por qué tú no?

—Creo que ya lo sé —interrumpió su padre—. Oliver tiene la cabeza tan en las nubes que ni siquiera lo pensó. Ya sabes cómo es, siempre perdido en su imaginación —Suspiró profundamente—. Por la mañana tendré que llamar a la escuela para disculparme. ¿Sabes lo incómodo que es eso para mí?

Su madre chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Dónde estabas? ¿Vagabundeando por las calles? ¿No te has resfriado? —A continuación, cruzó los brazos y resopló—. En realidad, espero que estés resfriado. Por lo menos, de ese modo aprenderías la lección.

Oliver escuchaba los discursos de sus padres en silencio. Por primera

vez, sus palabras le rebotaban. Sus caras de enfado ya no le hacían temblar. Sus duras palabras no le escocían.

Oliver se dio cuenta de lo mucho que había cambiado. Lo mucho que la Escuela de Videntes le había cambiado, por no hablar de descubrir que los Blue no eran realmente su familia. Era como si convertirse en vidente le hubiera cubierto la espalda con un abrigo invisible a prueba de balas y nada pudiera hacerle daño.

Estaba delante de ellos con seguridad, esperando pacientemente una pausa en su furia dispersa.

Pero antes de que tuviera ocasión de dar su opinión, se oyeron unos pasos estruendosos en la escalera de detrás suyo. Y allí estaba Chris.

—¿Qué haces aquí? —vociferó—. Pensaba que habías muerto en la tormenta.

—¡Chris! —le regañó su padre.

Durante un breve segundo, Oliver pensó que tal vez sus padres iban a defenderlo. Iban a enfrentarse al abusón de su hijo. Pero, evidentemente, no lo hicieron.

Oliver cruzó los brazos. Chris ya no le daba miedo. Ni siquiera el ritmo de su corazón se había acelerado.

—Me escondí. De ti. ¿Te acuerdas de que me perseguías con tus amigos? ¿De que me amenazaste con darme una paliza?

Chris puso un gesto incrédulo.

—¡Yo no hice eso! ¡Eres un mentiroso!

Su madre hundió la cara con las manos. Odiaba las discusiones pero nunca hacía

nada por pararlas.

Oliver solo dijo que no con la cabeza.

—Me da igual que me llames mentiroso. Yo sé la verdad y tú también —Cruzó los brazos—. Y, de todos modos, nada de eso importa. Vine aquí para deciros que me voy.

Su madre levantó de repente la cabeza de las manos.

—¿Qué?

Su padre lanzó una mirada asesina a Oliver horrorizado.

—¿Te vas? ¡Tienes once años! ¿A dónde vas a ir?

Oliver encogió los hombros.

—Todavía no lo sé. Pero el caso es que sé que no sois mis verdaderos padres.

Todos se quedaron sin aliento. Chris se quedó con la boca abierta. Toda la sala se quedó en silencio.

—¿De qué hablas? —gritó su madre—. Por supuesto que lo somos.

Oliver estrechó los ojos.

—No. No lo sois. Mentís. ¿Quiénes son? Mi padre y mi madre de verdad. ¿Qué les pasó?

Su madre tenía el aspecto de que la hubieran pillado. Movía los ojos rápidamente por toda la habitación, como si buscara una salida.

—Vale —soltó de repente—. Te adoptamos.

Oliver asintió lentamente. Pensaba que sería duro oír sus palabras, pero en realidad fue un alivio tener aún más confirmación de que las dos personas de su visión eran sus padres, no estas personas horribles. De que Chris tampoco era su hermano de verdad. Parecía que el gran abusón estaba a punto de desmayarse por el susto de la revelación.

Su madre continuó:

—No sabemos nada de tus verdaderos padres, ¿vale? No nos dieron ninguna información.

Oliver sintió que se le encogía el corazón. Tenía la esperanza de que le darían una pieza en el rompecabezas de su identidad. Pero no sabían nada.

—¿Nada? —preguntó con tristeza—. ¿Ni siquiera sus nombres?

Su padre dio un paso al frente.

—Ni sus nombres, ni su edad, ni sus trabajos. Los padres adoptivos no sabemos esas cosas. Es una lotería, ¿sabes? Por lo que sabemos

nosotros, podrías ser hijo de un criminal. De un lunático.

Oliver le lanzó una mirada asesina. Estaba seguro de que sus padres no eran ninguna de esas cosas, pero la actitud del Sr. Blue aun así era horrible.

—Para empezar, ¿por qué me adoptasteis?

—Fue tu madre —se burló su padre—. Quería un segundo. No tengo ni idea de por qué.

Se acomodó en el sofá al lado de su madre. Oliver los miró fijamente, sintiendo como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga.

—En realidad nunca me quisisteis, ¿verdad? Por eso me tratasteis tan mal.

—Deberías estar agradecido —murmuró su padre sin mirarle a los ojos —. La mayoría de niños se pierden en el sistema.

—¿Agradecido? —dijo Oliver—. ¿Agradecido de que apenas me dabais de comer? ¿De que nunca me comprasteis ropa o juguetes nuevos? ¿Agradecido por un colchón en un rincón?

—Nosotros no somos los malos aquí —argumentó su madre—. ¡Tus padres de verdad te abandonaron! Deberías hacerles pagar los platos rotos a ellos, no a nosotros.

Oliver escuchaba sin reaccionar. De todos modos, no tenía ninguna prueba de si sus padres de verdad lo habían abandonado o no. Ese era un misterio para otro día. Por ahora, iba a coger las palabras de su madre con pinzas.

—Al menos, por fin ha salido la verdad —dijo Oliver.

Finalmente, Chris cerró la boca.

—¿Queréis decir que este mocoso no es mi hermano después de todo?

—¡Chris! —le regañó su madre.

—No hables así —añadió su padre.

Oliver sencillamente sonrió con satisfacción.

—Oh, sí, Christopher John Blue. Ya que estamos en una misión por la verdad.

Vuestro querido hijo –el de verdad, el biológico-es un abusón. Me ha atemorizado toda la vida, por no hablar de los otros chicos de la escuela.

—¡Eso no es verdad! —vociferó Chris—. ¡No le creáis! Ni siquiera es vuestro hijo. ¡No es… no es nada! ¡Nadie! ¡un don nadie!

Su madre y su padre miraron a Chris consternados.

Oliver simplemente hizo una sonrisa de satisfacción.

—Creo que has revelado la verdad tú solito.

Todos se quedaron en silencio, desanimados por las revelaciones. Pero Oliver no había terminado. Todavía no. Caminaba de un lado a otro, atrayendo la atención de todos los que estaban en la sala.

—Esto es lo que va a pasar a partir de ahora —dijo mientras andaba —. Vosotros no me queréis. Y yo tampoco os quiero a vosotros. Yo nunca tendría que haber estado aquí. Así que me voy. Vosotros no me buscaréis. Vosotros no hablaréis de mí. Desde este día en adelante, será como si yo nunca hubiera existido. Y para cerrar el acuerdo, yo no iré a la policía a hablarles de los años de tormento, de dormir en un hueco y de que me racionarais la comida. ¿Hacemos un trato?

Miró de unos ojos azules a los otros. Ahora pensaba que era de tontos no haberse dado cuenta antes, al tenerlos él marrones.

—¿Hacemos un trato? —dijo otra vez, con más firmeza.

Con gran satisfacción, vio que todos estaban temblando. Su madre asintió. Chris también.

—Trato hecho —tartamudeó su padre.

—Bien. Ahora dejad que recoja mis cosas y no os molestaré nunca más.

Notaba que todas las miradas estaban sobre él mientras se dirigía al hueco.

Agarró su maleta, todavía llena de trozos de sus inventos y puso el libro de inventores dentro.

Después se sacó la brújula del bolsillo y la colocó encima.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la maleta, se dio cuenta de que

las manecillas de la brújula se habían movido. Ahora estaba señalando a un símbolo que parecía un quemador Bunsen. Una segunda se detuvo en el símbolo de una única silueta femenina. Una tercera señalaba un birrete.

Oliver juntó todas las piezas en su mente. ¿Podría ser que la brújula lo estuviera guiando hacia la Sra. Belfry. El quemador Bunsen podía representar la ciencia, que es lo que ella enseñaba. La única silueta femenina era evidente. Y el birrete podía representar a un profesor.

Oliver pensó emocionado que debía ser una señal. El universo lo estaba guiando.

Cerró la maleta y se dio la vuelta para mirar a los Blue. Todos le estaban contemplando completamente atónitos y en silencio. Era muy satisfactorio ver la mirada en sus rostros.

Pero entonces Oliver vio que Chris estaba apretando las manos en puños. Sabía de sobra lo que eso significaba –Chris estaba a punto de atacar.

Oliver solo tuvo una fracción de segundo para reaccionar. Usó sus poderes rápidamente para atar los cordones de los zapatos de Chris.

Chris se lanzó hacia delante. Tropezó de inmediato con sus cordones atados y se desplomó sobre el suelo. Gimió.

Su madre soltó un chillido.

—¡Sus cordones! ¿Has visto sus cordones?

Su padre se puso pálido.

—Se… se han atado solos.

Desde donde estaba tirado en el suelo, Chris lanzó una mirada asesina a Oliver.

—Lo hiciste tú, ¿verdad? Eres un bicho raro.

Oliver encogió los hombros inocentemente.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Se dio la vuelta, maleta en mano, y salió de la casa hecho una furia. Cerró la puerta de golpe tras él.

Mientras andaba por el camino, se le dibujó una sonrisa en los labios.

No tendría que volver a ver a los Blue.

CAPÍTULO CINCO

Oliver estaba fuera del Campbell Junior High. En el patio había el mismo ruido de siempre, lleno de niños corriendo, gritando y lanzando pelotas como granadas.

Oliver notó un nudo de angustia en el estómago. No era porque tuviera miedo de los chicos –o de cruzar el patio lleno de pelotas de baloncesto voladoras-era porque pronto volvería a ver a la Sra. Belfry.

Respecto a su profesora favorita, justo ayer había estado sentado en su clase.

Pero para Oliver, parecía que hacía toda una vida. Él había pasado toda una aventura tumultuosa atrás en el tiempo. Esto le había cambiado, le había hecho madurar. Se preguntaba si ella notaría sus cambios cuando estuvieran cara a cara.

Cruzó el patio, agachándose bajo las pelotas de baloncesto voladoras y, a continuación, fue directamente por el pasillo hasta la clase de ciencias de la Sra.

Belfry. Estaba vacía, no había nadie dentro. Él había tenido la esperanza de que ella estaría allí temprano y podría hablar con ella. Pero pronto, sus compañeros empezaron a entrar en fila. Todavía no había ni rastro de la Sra. Belfry, así que a Oliver no tuvo más remedio que sentarse. Buscó un asiento delante y al lado de la ventana.

Oliver miró hacia fuera a los campos de juego, a todos los niños que jugaban deportes diferentes. Le sorprendía lo raro que se le hacía fingir que era un alumno normal otra vez, estar con gente normal en lugar de videntes con poderes extraordinarios.

Entraron más chicos a la clase. Entre ellos estaba Samantha, la chica que se había burlado de Oliver cada vez que había respondido una de las preguntas de la Sra. Belfry. Se sentó al final de la clase. Después entró Paul. Él fue el que lanzó papel estrujado a la cabeza de Oliver por detrás.

Ver de nuevo a los chicos que se burlaban de él hacía que Oliver se sintiera incómodo. Pero los recuerdos de ellos intimidándole ya se estaban disipando, el escozor de sus palabras tenía mucho menos

poder sobre él. Gracias a la Escuela de Videntes y a los amigos que había hecho allí, a Oliver le parecía que esas heridas habían sanado. Él había avanzado. Los que le amenazaban ya no podían hacerle daño.

La clase se llenó y todos reían y charlaban en voz alta hasta el momento en que la Sra. Belfry entró corriendo por la puerta. Parecía nerviosa.

—Lo siento, iba con retraso —Dejó su material didáctico sobre la mesa. Entre sus cosas había una lustrosa manzana roja—. Hoy vamos a hablar de las fuerzas —Cogió la manzana y la tiró al suelo—. ¿Quién puede adivinar lo que vamos a aprender hoy?

Oliver levantó la mano de inmediato. La Sra. Belfry le hizo una señal con la cabeza.

—La gravedad —dijo.

Inmediatamente, Oliver oyó la voz de Samantha imitándole. Rápidamente le siguieron las risitas de sus amigos.

Oliver decidió que era el momento de vengarse. Nada demasiado cruel, solo una pequeña revancha por sus acciones.

Echó un vistazo hacia atrás, la miró directamente a los ojos y usó sus poderes para arrastrar un chorro de polvo directamente a su nariz.

Samantha estornudó de inmediato. De su nariz salió un enorme moco. Todos los chicos que había a su alrededor se echaron a reír y la señalaban.

La Sra. Belfry mostró un pañuelo en dirección a Samantha. Samantha rápidamente limpió todo aquel caos. Tenía las mejillas encendidas.

Oliver le sonrió y después se giró de nuevo hacia delante.

La Sra. Belfry tocó las palmas para atraer la atención de todos.

—La gravedad. La fuerza que nos mantiene con los pies en el suelo. La fuerza que hace que todas las cosas caigan hacia la tierra. Dime, Oliver, ¿cómo supiste que hoy íbamos a hablar de la gravedad?

Oliver habló con voz fuerte y segura:

—Porque Sir Isaac Newton descubrió la ley de la gravedad cuando vio caer una manzana. No en su cabeza, por cierto. Ese es un error común.

Justo entonces, Oliver notó que algo le daba en la cabeza. Un lápiz repiqueteó en el suelo a su lado. Ni siquiera tuvo que mirar hacia atrás para saber que el misil había venido de Paul.

«Intenta lanzar lápices sin las manos» —pensó Oliver.

Se giró y clavó su mirada en Paul. Después usó sus poderes para pegar las manos de Paul a la mesa.

Paul bajó la mirada hacia sus manos de inmediato. Intentó moverlas. Estaban firmemente pegadas.

—¿Qué está pasando? —chilló.

Todos se giraron y vieron las manos de Paul pegadas a la mesa. Empezaron a reírse, evidentemente pensando que estaba de broma. Pero Oliver sabía que la mirada de pánico en los ojos de Paul era real.

La Sra. Belfry no parecía impresionada.

—Paul. Pegarte las manos a la mesa no es la idea más sensata que hayas tenido.

La clase bajó a una risa estridente.

—¡No lo hice, Sra. Belfry! —gritó Paul—. ¡Me está pasando algo raro!

Justo entonces, Samantha soltó otro enorme estornudo.

Sonriendo para sí mismo, Oliver se giró hacia delante.

La Sra. Belfry tocó las palmas.

—Prestad todos atención. Sir Isaac Newton era un matemático y físico inglés.

¿Alguien sabe cuándo fundó la ley de la gravedad?

Oliver levantó de nuevo la mano con seguridad. Era el único. La Sra. Belfry lo miró y asintió. parecía contenta de que ya no fuera reticente a levantar la mano.

Antes, había tenido que sacarle las respuestas a la fuerza.

—¿Sí, Oliver?

—1687.

Ella sonrió.

—Correcto.

Justo entonces, Oliver oyó que Paul se burlaba de él de nuevo. Era evidente que pegarle las manos a la mesa no bastaba para pararlo. Oliver tenía que cerrarle la boca también.

Se giró y miró a Paul estrechando los ojos. En su mente, visualizó que una cremallera le cerraba los labios a Paul. Entonces expulsó la imagen. Y de esta manera, la boca de Paul se cerró con una cremallera.

Paul empezó a hacer un ruido sordo de pánico. Los estudiantes se giraron y empezaron a chillar al verlo. La Sra. Belfry parecía asustada.

Oliver supo de inmediato que había ido demasiado lejos. Rápidamente dio marcha atrás a lo que le había hecho a Paul y le liberó la boca y las manos. Pero era demasiado tarde. Paul le lanzó una mirada asesina y levantó un dedo.

—¡Tú! ¡Eres un bicho raro! ¡Tú hiciste que esto pasara!

Mientras los chicos empezaban a soltar insultos a Oliver, este miró a la Sra.

Belfry. Había una extraña mirada de confusión en sus ojos, como si se estuviera haciendo una pregunta en silencio.

Mientras "¡Bicho raro!" sonaba a coro detrás de él, la Sra. Belfry tocó las palmas.

—¡Callaos todos! ¡callaos!

Pero los compañeros de Oliver estaban enloquecidos. Todos se amontonaron alrededor de Oliver, señalándole y gritando, insultándole. Se sentía acosado, menospreciado. Fue horrible.

Los quería lejos de él. Cerró los ojos y sacó sus poderes. De repente, todo se quedó en silencio.

Oliver abrió de nuevo los ojos y vio que los chicos se agarraban el cuello y la boca. Todavía le estaban gritando pero no salía ningún ruido. Era como si, sencillamente, Oliver hubiera apagado sus laringes.

La gente empezó a alejarse de él tambaleándose, hacia la puerta.

Pronto, salieron corriendo de la clase. Pero Oliver no había acabado. Ellos tenían que aprender a no intimidar a la gente, a no insultarla o señalarla a la cara. Tenían que aprender la lección de verdad.

Así que mientras iban a toda prisa por el pasillo, Oliver hizo aparecer una nube de tormenta. Llovió sobre los chicos mientras corrían, empapándolos tanto como el sistema de aspersión.

El último niño salió corriendo de la clase. Entonces solo quedaban Oliver y la Sra. Belfry.

Él la miró y tragó saliva. Ahora no había ninguna duda. Oliver le había revelado sus poderes.

La Sra. Belfry fue corriendo hacia la puerta y la cerró con firmeza. Se giró y miró a Oliver. Tenía la frente profundamente arrugada entre las cejas.

—¿Quién eres?

Oliver sintió una presión en el pecho. ¿Qué pensaría de él la Sra. Belfry? Si estaba asustada o pensaba que él era un bicho raro como sus compañeros de clase, se sentiría abatido.

Fue andando hacia él.

—¿Cómo lo hiciste?

Pero a medida que se acercaba, Oliver se dio cuenta de que su expresión no era de conmoción o miedo. Era una mirada de sorpresa. Una mirada de asombro.

Arrastró una silla hacia el lado de él y se acomodó en ella, mirándolo atentamente. Su mirada brillaba por la intriga.

—¿Quién eres, Oliver Blue?

Oliver se acordó de la brújula. Lo había dirigido hacia aquí, hacia la Sra. Belfry.

Esto era una señal del universo de que ella era alguien de quien se podía fiar.

Alguien que lo ayudaría en su misión.

Se tragó los nervios y empezó a hablar.

—Tengo poderes. Poder sobre los elementos y las fuerzas de la naturaleza.

Puedo viajar a través del tiempo y cambiar la historio.

La Sra. Belfry estaba completamente en silencio. Lo miró fijamente y parpadeó varias veces. Finalmente, habló:

—Siempre sospeché que tenías algo diferente —El tono de su voz era de asombro.

Oliver estaba atónito. La Sra. Belfry no pensaba en absoluto que él fuera un bicho raro. El corazón le dio un salto de alegría.

—¿Usted me cree? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí, te creo —Después arrastró su silla para acercarse un poco más y le miró fijamente.

—Vamos. Cuéntamelo todo.

Así lo hizo Oliver. Empezó justo por el principio, el día de la tormenta. Para la Sra. Belfry, había sido la noche anterior, pero para Oliver habían pasado días y días.

Le habló de Armando Illstrom y de Lucas. De su encuentro con Ralph Black y de su viaje a la Escuela de Videntes. De que la escuela se encontraba entre dimensiones y solo se podía acceder a ella a través de un portal especial en 1944.

Le habló de las clases, de la Doctora Ziblatt y de los portales interdimensionales.

Le habló del comedor y de la mesa que se levantaba. de Hazel Kerr, Simon Cavendish y de Walter Stroud, el increíble jugador de switchit. Le habló de la Esfera de Kandra y del despacho del Profesor Amatista, con gravedad cero, de las cápsulas para dormir y de la prueba que determinó qué tipo de vidente era.

Después le habló de su cita con Ester Valentini y de su ataque a la escuela. Le

explicó en detalle los acontecimientos en la Alemania nazi con la bomba de Lucas. Le mostró el amuleto que le había regalado el Profesor Amatista, el que se calentaría si alguna vez se acercaba a un

portal que pudiera llevarle de vuelta a la Escuela de Videntes. Y, finalmente, le habló de sus padres, de que los Blue no eran su verdadera familia y de cómo deseaba encontrar a su madre y a su padre verdaderos, las personas de sus visiones.

Finalmente, cuando hubo completado su historia, Oliver dejó de hablar.

La Sra. Belfry parecía estupefacta. Solo asintió lentamente y miraba para todos lados. Parecía que estaba intentando procesar todo lo que le acababa de contar.

Oliver pensó que era muy difícil asimilarlo todo a la vez. Esperaba que no le explotara el cerebro con todo aquello.

—Fascinante —dijo por fin.

Se reclinó en su asiento, con la mirada puesta en él. Sus ojos estaban llenos de curiosidad y asombro.

Oliver esperaba, el estómago se le retorcía ante la expectación.

Finalmente, la Sra. Belfry se tocó la barbilla.

—¿Puedo ver esa brújula tuya?

Él la sacó de su mochila y se la pasó. Ella la examinó muy lentamente. A continuación, se animó mucho de repente.

—Yo he visto una de estas, una vez…

—¿Ah, sí?

—Sí. Pertenecía al Profesor Ruiseñor, de Harvard. Un antiguo profesor mío. El hombre más brillante que he conocido.

Su emoción era evidente. Oliver observaba mientras ella se levantaba de la silla de un salto e iba a toda prisa hacia las estanterías. Sacó un libro de texto y se lo pasó.

Oliver miró el libro con curiosidad. Leyó la portada. La teoría del viaje a través

del tiempo. Se quedó sin aliento y alzó rápidamente la mirada hacia la de ella.

—No… no lo entiendo.

La Sra. Belfry volvió a sentarse de nuevo.

—La especialidad del Profesor Ruiseñor era la física –haciendo hincapié en el viaje a través el tiempo.

A Oliver le daba vueltas la cabeza.

—¿Piensa que podría ser un vidente? ¿Cómo yo?

Él pensaba que no había otros videntes en su línea de tiempo. Pero quizás este Profesor Ruiseñor lo era. Quizá por eso la brújula lo había guiado hacia la Sra.

Belfry en primer lugar.

—Siempre que me enseñaba nuevos inventores, hablaba como si los conociera personalmente —Se llevó la mano a la boca y negó con la cabeza incrédula—.

Pero ahora me doy cuenta de que en realidad era así. ¡Debe haber viajado en el tiempo para conocerlos!

Oliver se sentía abrumado. Su corazón empezó a latir incontroladamente. Pero la Sra. Belfry le puso la mano encima de la suya, consolándolo.

Oliver —dijo suavemente—, creo que tienes que conocerlo. Creo que el camino hacia tus padres y hacia tu destino pasa por él.

En cuanto lo hubo dicho, la Sra. Belfry dijo con la voz entrecortada:

—Oliver, mira.

Justo entonces, Oliver vio que las manecillas de la brújula se estaban moviendo.

Una señalaba hacia el símbolo de una hoja de olmo. La segunda señalaba hacia un símbolo que parecía un pájaro. La tercera continuaba en la imagen de un birrete.

Los ojos de Oliver se abrieron como platos por la sorpresa.

Señaló a la hoja de olmo.

—Boston —Después al pájaro—. Ruiseñor —Y finalmente al birrete—. Profesor

—Sintió una gran emoción repentina en el pecho—. Tiene razón. Tengo que ir a Boston. Conocer al Profesor Ruiseñor. Él tiene la siguiente pista.

La Sra. Belfry garabateó algo rápido en su libreta y arrancó la página.

—Toma. Aquí es donde vive.

Oliver cogió el papel y miró la dirección de Boston. ¿Era esta la siguiente pieza del rompecabezas en su misión? ¿El Profesor Ruiseñor era otro vidente?

Dobló cuidadosamente el papel y se lo metió en el bolsillo, de repente ansioso por empezar su viaje. Se levantó dando un salto.

—Espera —dijo la Sra. Belfry—. Oliver. El libro —El libro de viajes del Profesor Ruiseñor estaba encima de la mesa—. Cógelo —añadió—. Quiero que lo tengas tú.

—Gracias —dijo Oliver, sintiéndose conmovido y agradecido. La Sra. Belfry realmente era la mejor profesora no vidente que había tenido.

Cogió el libro y se dirigió hacia la puerta. Pero cuando llegó a ella, oyó que la Sra. Belfry gritaba.

—¿Volverás alguna vez?

Él se detuvo y la miró.

—No lo sé.

Ella le respondió sintiendo triste con la cabeza.

—Bueno, si esto es un adiós, lo único que queda por decir es buena suerte.

Espero que encuentres lo que estás buscando, Oliver Blue.

Oliver sentía una profunda gratitud en su corazón. Sin la Sra. Belfry, probablemente no hubiera sobrevivido a esos tristes primeros días en Nueva Jersey.

—Gracias, Sra. Belfry. Gracias por todo.

Oliver salió corriendo de la clase, ansioso por coger el primer tren hacia Boston para conocer al Profesor Ruiseñor. Pero si iba a marcharse de Nueva Jersey para siempre, primero tenía que hacer una

cosa.

Los abusones.

Era la hora de comer.

Y él tenía una injusticia más que enmendar en el mundo.

*

Bajó a toda prisa las escaleras, el olor de las patatas fritas grasientas subía flotando del comedor. La Sra. Belfry y él habían estado hablando tanto tiempo que ya era la hora de comer.

«Perfecto» —pensó Oliver.

Se dirigió al comedor. Estaba lleno de estudiantes y había muchísimo ruido. Vio a Paul y a Samantha, sus torturadores de la clase de ciencias. Estos miraron hacia él y empezaron a señalar y a susurrar. Se giraron otros chicos, que también se reían de él. Vio a los chicos que le lanzaban pelotas en el patio. Los chicos de la clase del Sr. Portendorfer que disfrutaban con la insistencia del viejo profesor gruñón de llamarle Óscar.

Oliver echó un vistazo hasta encontrar a su objetivo: Chris y sus amigos. Estos eran los chicos que lo habían perseguido durante la tormenta. Que lo habían acosado hasta un cubo de la basura. Que le habían llamado bicho raro, rarito y un montón de cosas horribles.

Ellos también lo vieron. La chica odiosa que llevaba el pelo en unas austeras trenzas empezó a sonreír. Dio un codazo al chico larguirucho y pecoso que había mirado con regocijo mientras Chris tenía a Oliver en una llave de cabeza. Hasta donde ellos sabían, el día anterior habían perseguido a Oliver durante una tormenta, obligándole a esconderse en un cubo de basura. Verlos sonreír hizo que apretara los dientes en una repentina ola de furia.

Chris también levantó la mirada. Cualquier rastro del miedo que había mostrado hacia Oliver cuando estaban en su comedor había desaparecido, ahora que estaba rodeado por sus amigos abusones.

Incluso desde la otra punta del comedor, Oliver pudo leer en los labios de Chris sus palabras mientras les decía a sus amigos:

—Oh, mirad, es la rata ahogada.

Oliver concentró toda su atención en su mesa. A continuación, accedió a sus poderes de vidente.

Sus bandejas empezaron a subir flotando de la mesa. La chica se echó atrás de un salto en la silla, completamente aterrorizada.

—¿Qué está pasando?

El chico pecoso y el chico regordete también se levantaron de golpe. parecían igual de atemorizados y hacían ruidos de susto. Chris se levantó de un salto de la silla. Pero no parecía asustado. Parecía furioso.

A lo largo de toda la mesa, otros estudiantes empezaron a girarse para ver de qué iba aquel escándalo. Cuando vieron que las bandejas se elevaban en el aire como por arte de magia, todos empezaron a sentir pánico.

Oliver subió las bandejas más, más y más. Después, cuando estaban más o menos a la altura de la cabeza, las inclinó.

Sus contenidos cayeron como la lluvia encima de las cabezas de los abusones.

«A ver cuánto os gusta estar cubiertos de porquería» —pensó Oliver.

El caos estalló en el comedor. Los chicos empezaron a chillar, corriendo por todas partes, empujándose los unos a los otros con prisas por llegar a la salida.

Uno de los torturadores de Oliver –cubierto de puré de patata de pies a cabeza-resbaló con las judías que habían caído. Derrapó en el suelo e hizo tropezar a otro que estaba corriendo.

A través del caos, Oliver vio que Chris estaba en el otro extremo del comedor, con los ojos entrecerrados y clavados en Oliver. Se le puso la cara roja por la rabia. Hinchó toda su corpulencia para tener un aspecto más amenazador.

Pero Oliver no se sentía en absoluto amenazado. Ni en lo más mínimo.

—¡Tú! —vociferó Chris—. ¡Sé que eres tú! ¡Siempre lo has sido! Tienes poderes raros, ¿verdad? ¡Eres un friqui!

Fue a toda velocidad hacia Oliver.

Pero Oliver ya estaba dos pasos por delante. Lanzó sus poderes hacia

fuera y cubrió el suelo bajo los pies de Chris con aceite espeso y resbaladizo. Chris empezó a bambolearse, después se tambaleó y, finalmente, patinó. No pudo mantener el equilibrio y cayó de culo. Patinó por el suelo, deslizándose a toda prisa hacia Oliver como si estuviera en un tobogán de agua.

Oliver abrió la puerta de salida de un empujón. Chris pasó deslizándose por delante de él y la atravesó, chillando todo el rato. Deslizándose, llegó al patio y siguió hacia delante, montado en el tobogán invisible de Oliver, hasta que desapareció a lo lejos.

—¡Adiós! —gritó Oliver, saludando con la mano.

Con suerte, esta sería la última vez que vería a Christopher Blue.

Cerró de un portazo las puertas y se dio la vuelta.

Con la cabeza en alto, Oliver se abrió paso a través del caótico comedor y anduvo con confianza por los pasillos del Campbell Junior High. Nunca se había sentido mejor. Nada podía superar esa sensación.

Cuando llegó a la salida, abrió de un empujón con ambas manos las dobles puertas principales. Una ráfaga de aire limpio y fresco le golpeó. Respiró profundamente, sintiéndose fortalecido.

Y entonces fue cuando la vio.

A pie de las escaleras y mirando hacia arriba había una figura solitaria. Con el pelo negro. Los ojos verde esmeralda.

Oliver no podía creerlo. El corazón le dio un brinco, de repente estaba latiendo a

un kilómetro por segundo en su pecho. Su cerebro empezó a dar vueltas mientras desesperadamente intentaba entender cómo… por qué…

Empezaron a sudarle las manos. Se le secó la garganta. Un escalofrío de emoción le recorrió la espalda.

Pues allí delante de él había una visión de belleza.

Era nada más y nada menos que Ester Valentini.

CAPÍTULO SEIS

—¿Ester? —exclamó Oliver.

La cogió por los hombros, empapándose de la visión de cada trocito de ella. No podía creer lo que estaba viendo.

—Oliver —Se dibujó una sonrisa en la cara de Ester. Lo rodeó con sus brazos—.

Te encontré.

Su voz era muy dulce, como la miel. Era como una canción para su oído. Oliver la abrazó con fuerza. Era maravilloso envolverla con sus brazos. Pensaba que nunca la volvería a ver.

Pero, inmediatamente, se apartó de ella, sobresaltado de repente.

—¿Por qué estás aquí?

Ester le lanzó una sonrisa pilla.

—En la escuela hay una máquina del tiempo. Escondido dentro del árbol del Kapok. Vi que había una X pequeña grabada allí y, como en todas las entradas que solo pueden usar los profesores hay una X, imaginé que eso significaba que allí dentro había una entrada. Así que cotilleé un poco, vi que algunos profesores desaparecían, y entendía que dentro debía de haber una máquina del tiempo. De uso estrictamente prohibido para los estudiantes, por supuesto.

Oliver negó con la cabeza. Estaba claro que la genialmente prodigiosa Ester Valentini encontraría una máquina del tiempo escondida. Pero nadie viajaría a través de una sin una muy buena razón, ¡en especial no a una línea de tiempo que no es la suya! Por lo que Oliver había aprendido en la Escuela de Videntes, pasar una cantidad significativa de tiempo en la línea temporal equivocada sobrecargaba mucho el tiempo. De hecho, él se había sentido muy raro al viajar a la suya.

Por no hablar del sacrificio. No había ninguna garantía de que volviera. A Oliver, dejar la Escuela de Videntes le había roto el corazón y solo lo había hecho para salvarle la vida a Armando. Así que algo debía de haber llevado a Ester hasta aquí. Una cruzada, quizás. Una misión. ¿Tal vez la escuela volvía a estar en peligro?

—¿No cómo? —dijo Oliver—. ¿¡Por qué!?

Para gran sorpresa de él, Ester hizo una sonrisa de satisfacción.

—Me prometiste una segunda cita.

Oliver se quedó parado, frunciendo el ceño.

—¿Quieres decir que viniste aquí por mí?

No podía comprenderlo. Ester podría no regresar. Podía estar atrapada para siempre en la línea de tiempo equivocada. ¿Y lo había hecho por él?

Se le sonrojaron las mejillas. Intentó ignorarlo, sintiéndose más tímida —. Pensé que necesitarías ayuda.

Aunque no podía entenderlo, Oliver estaba agradecido por el sacrificio que había hecho Ester. Puede que estuviera atrapada para siempre en al línea de tiempo equivocada y lo había hecho por él. Se preguntaba si eso significaba que lo quería. No se le ocurría otra razón por la que alguien pasara por eso.

El pensamiento le hizo sentir una calidez por todo el cuerpo. Cambió rápidamente de tema, pues de repente se sintió tímido y vergonzoso.

—¿Cómo te fue el viaje por el tiempo? —preguntó—. ¿Llegaste aquí sin ningún daño?

Ester se dio golpecitos en la barriga.

—Me encontré un poco mal. Y me dio un dolor de cabeza horrible. Pero ya está.

Justo entonces, Oliver se acordó del amuleto. Lo sacó de debajo de su mono.

—El Profesor Amatista me dio esto antes de irme.

Ester tocó el amuleto con los dedos.

—¡Un detector de portales! Se calientan cuando estás cerca de un agujero espacio-temporal, ¿verdad? —Sonrió despreocupadamente—. Un día, esto nos podría guiar de vuelta a la Escuela de Videntes.

—Pero desde que llegué aquí está frío como el hielo —dijo Oliver con tristeza.

—No te preocupes —le dijo ella—. No tenemos ninguna prisa. Tenemos todo el tiempo que queramos —Sonrió pillamente por su propio chiste.

Oliver también se rio.

—Tengo una nueva misión —le contó Oliver.

Ester abrió los ojos como platos emocionada.

—¿En serio?

Él asintió y le mostró la brújula. Ester la miró con asombro.

—Es preciosa. ¿Qué significa?

Oliver señaló a las manecillas y a los extraños símbolos jeroglíficos.

—Me llevará hasta mis padres. Estos símbolos representan algunos lugares y personas. ¿Ves?, estos son mis padres —Señaló a la manecilla que no se había movido nunca, la que estaba fija en la imagen de un hombre y una mujer dándose las manos.

—Parece que estas otras manecillas se mueven dependiendo de dónde tenga que ir a continuación.

—¡Oh, Oliver, qué emocionante! ¡Tienes una misión! ¿A dónde te va a llevar a continuación?

Él señaló a la hoja de olmo.

—A Boston.

—¿Por qué a Boston?

—No estoy seguro —respondió Oliver, guardándose la brújula en el bolsillo de

su mono—. Pero tiene relación con encontrar a mis padres.

Ester deslizó la mano dentro de la de él y sonrió.

—Entonces vayamos.

—¿Vas a venir conmigo?

—Sí —Sonrió tímidamente—. Si me dejas.

—Por supuesto.

Oliver sonrió. Aunque no entendía del todo cómo Ester estaba tan tranquila con el hecho de que podía quedarse atrapada en la línea de

tiempo equivocada para siempre, su presencia le animaba el espíritu. De repente, todo parecía mucho más esperanzador, mucho más como si el universo lo estuviera guiando. La misión para buscar a sus padres sería mucho más agradable con Ester a su lado.

Bajaron las escaleras, dejando Campbell Junior High detrás de ellos y se marcharon en dirección a la estación de tren, andando uno al lado del otro.

Oliver sentía la mano de Ester suave en la suya. Era muy reconfortante.

A pesar de que era un día frío de octubre, Oliver no sentía frío en absoluto. Solo estar con Ester le abrigaba. Era muy bueno verla. Pensaba que nunca más lo haría. Pero no podía evitar preocuparse por si era un espejismo que podía desaparecer en cualquier momento. Así que mientras caminaban, no dejaba de mirarla para asegurarse de que era real. Cada vez, ella le regalaba su dulce y tímida sonrisa y él sentía otra explosión de calor en el pecho.

Llegaron a la estación de tren y se dirigieron a la plataforma. Oliver nunca había comprado un billete de tren y la máquina de billetes parecía muy desafiante.

Pero entonces se acordó de que él solito había desactivado una bomba así que, sin duda, podía adivinar cómo funcionaba una máquina de billetes.

Compró dos billetes para Cambridge en Boston y seleccionó la opción billete de ida ya que no tenía ni idea de si regresaría alguna vez a Nueva Jersey o no. El pensamiento le preocupaba.

El tren a Cambridge iba a durar más de cuatro horas. Vieron que estacionaba en el andén, subieron y buscaron un vagón tranquilo en el que pudieran sentirse cómodos durante el largo viaje.

—¿Cómo están todos en la escuela? —preguntó Oliver—. ¿Ralph? ¿Hazel?

¿Walter? ¿Simon?

Ester sonrió.

—Están bien. Todos te echamos de menos, por supuesto. Walter mucho, de hecho. Dice que el switchit no es lo mismo sin ti.

Oliver notó que una triste sonrisa tiraba de sus labios. Él también echaba mucho de menos a sus amigos.

—¿Y la escuela? —preguntó—. ¿Está segur? ¿Algún ataque más?

Sintió escalofríos al recordad cuando Lucas había dirigido a los videntes canallas en su ataque a la escuela. Y a pesar de que él había saboteado a Lucas en su línea temporal, tenía la sensación de que no era la última vez que vería al malvado anciano.

—No ha habido más ataques de murciélagos con los ojos brillantes —dijo ella con una sonrisa.

Oliver pensó en ese horrible momento durante su cita. Estaban paseando por los jardines –Ester le hablaba de su vida y su familia, de crecer en Nueva Jersey en los setenta - cuando el ataque los interrumpió.

Oliver caía ahora en la cuenta de que nunca habían terminado su conversación.

Nunca había vuelto a tener la oportunidad de descubrir quién era Ester Valentini antes de que entrara en la Escuela de Videntes.

—Somos del mismo barrio, ¿verdad? —le preguntó.

Ella pareció sorprenderse de que lo preguntara.

—Sí. Solo con unos treinta años de diferencia.

—¿No se te hace extraño? ¿Estar en un lugar que conoces tan bien pero viendo cómo es en el futuro?

—Después de la Escuela de Videntes ya nada se me hace extraño —respondió ella—. Me preocupa más tropezarme conmigo misma. Estoy seguro de que ese tipo de cosas podrían hacer que el mundo se colapsara.

Oliver pensó en sus palabras. Recordó cómo el viejo Lucas había estado envenenando la mente del joven Lucas para hacerle hacer su voluntad.

—Creo que no hay ningún problema siempre y cuando no te des cuenta de que eres tú. Tiene sentido, ¿verdad?

Cruzó los brazos con fuerza en su cintura.

—Prefiero no arriesgarme.

Oliver vio que su gesto se volvía serio. Debía de haber algo escondido detrás de su mirada.

—Pero ¿no tienes curiosidad? —preguntó—. ¿Por ver a tu familia? ¿Por verte a ti misma?

Ella dijo que no con la cabeza repentinamente.

—Tengo siete hermanos, Oliver. Lo único que hacíamos era pelear, especialmente porque yo era la rarita. Y lo único que hacían mamá y papá era discutir por mí, por qué problema tenía yo —Hablaba en voz baja y llena de melancolía—. Estoy mejor fuera de todo eso.

Oliver se sentía mal por ella. Aun con lo terribles que eran su propia vida en casa y su educación, él tenía una profunda compasión por cualquiera que lo hubiera pasado mal.

Pensó en que todos los chicos de la escuela estaban solos, apartados de su familia para formarse. En ese momento, se había preguntado por que ninguno de ellos parecía solo o nostálgico. Quizá fuera porque ninguno de ellos venía de un hogar feliz. Quizá ser vidente implicaba que se separaran del resto, volvía recelosos a sus padres e infelices sus hogares.

Entonces Ester alzó la mirada hacia él.

—Tus verdaderos padres. ¿Estás seguro de que te aceptarán tal y como eres?

Oliver se dio cuenta de que ni tan solo había pensado en ello. Para empezar, lo habían abandonado, ¿verdad? ¿Y si se habían asustado tanto con su extraño bebé que lo habían dejado y se habían ido corriendo?

Pero entonces recordó las visiones en las que sus padres habían venido hacia él.

Eran cariñosos. Amables. Agradables. Le habían dicho que lo amaban y que siempre estaban con él, observando, guiando. Él estaba seguro de que estarían encantados de reunirse con él.

¿O no?

—Estoy seguro —dijo. Pero, por primera vez, no estaba tan seguro. ¿Y

si toda esta misión estaba mal concebida?

—¿Y qué harás cuando los encuentres? —añadió Ester.

Oliver reflexionó sobre sus palabras. Debía de haber alguna buena razón por la que lo habían abandonado de bebé. Alguna razón por la que no habían venido a buscarlo. Alguna razón por la que actualmente no estaban en su vida.

Miró a Ester.

—Esa es una buena pregunta. Sinceramente, no lo sé.

Se quedaron en silencio, el tren los balanceaba suavemente de un lado a otro mientras atravesaba el paisaje.

Oliver miró por la ventana cuando la histórica Boston apareció ante su vista. Se veía maravillosa, como sacada de una película. Una ola de emoción lo abrumó.

Aunque puede que no supiera lo que haría cuando encontrara a su madre y a su padre verdaderos, estaba impaciente por encontrarlos.

Justo entonces, una voz anunció por el altavoz:

—Próxima parada: Boston.

CAPÍTULO SIETE

Cuando el tren paró en la estación, Oliver sintió que su pecho daba un brinco por la emoción. Él nunca había viajado –los Blue nunca iban de vacaciones-así que estar en Boston era muy emocionante.

Ester y él bajaron del tren y se dirigieron hacia la muy concurrida estación. Tenía un aspecto lujoso con columnas de mármol y esculturas esparcidas por todas partes. Gente con trajes formales pasaban por allí a toda velocidad hablando en voz alta en sus móviles. A Oliver, todo eso le parecía bastante agobiante.

—Bueno, desde aquí a la Universidad de Harvard hay un poco más de tres kilómetros —explicó—. Tenemos que dirigirnos hacia el norte y cruzar el puente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ester—. ¿Tu brújula también da direcciones?

Oliver soltó una risita y negó con la cabeza. Señaló hacia un gran

mapa de colores vistosos que estaba colgado en la pared de la estación. Mostraba todos los lugares turísticos, incluyendo la Universidad de Harvard.

—Oh —dijo Ester, sonrojándose.

Cuando salieron de la estación, una suave brisa de otoño revolvía las hojas caídas en la acera y había un destello dorado en el cielo.

Empezaron a caminar en dirección a Cambridge.

—Se ve muy diferente a mi época —comentó Ester.

—¿De verdad? —preguntó Oliver, recordando que Ester venía de la década de los setenta.

—Sí. Hay más tráfico. Más gente. Pero todos los estudiantes se ven iguales —

Sonrió con satisfacción—. La pana marrón se debe haber puesto de moda otra vez.

De hecho, había muchos estudiantes universitarios caminando por las calles, con un aspecto decidido con los libros en los brazos. A Oliver le recordó a los chicos de la escuela de Videntes, que siempre iban a toda prisa a algún lugar con un gesto serio y estudioso en sus caras.

—¿Cómo crees que están todos en la escuela? —preguntó—. Los echo de menos.

Pensaba en Hazel, Walter y Simon, los amigos que había hecho en la Escuela de Videntes. Pero por encima de todo echaba de menos a Ralph. Ralph Black era lo más cerca que había estado de tener un mejor amigo.

—Estoy segura de que están bien —respondió Ester—. Estarán ocupados con las clases. La Doctora Ziblatt estaba empezando sus clases de proyección astral cuando yo me fui.

Oliver abrió los ojos como platos.

—¿Proyección astral? Me sabe mal perdérmelo.

—A mí también.

Oliver oyó un toque de melancolía en la voz de Ester. Se preguntó de nuevo qué había empujado a Ester a seguirlo hasta aquí. Tenía la

sensación de qué en aquella historia había más, algo que ella no le contaba.

Llegaron al puente que cruzaba el río Charles. Estaba atestado de estudiantes universitarios. Abajo en el agua veían botes de remos, canoas y kayaks. Parecía un lugar muy alegre y animado.

Empezaron a andar por el puente.

—¿Ha cambiado en algo tu brújula? —preguntó Ester.

Oliver lo comprobó.

—No. Todavía muestra los mismos cuatro símbolos.

Ester extendió la mano y Oliver se la pasó. La inspeccionó con una mirada de asombro.

—Me pregunto qué es. De dónde viene. me sorprende que Armando no lo supiera, siendo inventor.

—Creo que es tecnología de videntes —dijo Oliver—. Es decir, solo el universo conoce las líneas temporales y puede guiar por ellas a alguien, así que debe de serlo.

Ester se la devolvió a Oliver, que se la metió en el bolsillo con cuidado.

—Me pregunto si el Profesor Ruiseñor lo sabrá —dijo ella—. Dijiste que era un vidente, ¿verdad?

Oliver asintió. Tenía curiosidad por la brújula, y aún más curiosidad por conocer al Profesor Ruiseñor.

—¿Crees que sabrá algo de tus padres? —preguntó Ester.

Oliver notó que se le formaba un pequeño nudo en la garganta. Tragó saliva.

—No quiero hacerme ilusiones. Pero todas las señales me llevan aquí. Así que soy optimista.

Ester sonrió.

—Esa es la actitud.

Llegaron al final del puente y anduvieron por la calle principal. Allí

había mucho tráfico, así que tomaron una de las muchas calles laterales que van paralelas a ella.

Cuando estaban solo a media calle, Oliver vio a un grupo de chicos, un poco mayores que Ester y él, merodeando juntos en las sombras. Al instante, sintió una puñalada de peligro.

Cuando Ester y él se acercaron al grupo, los chicos levantaron la mirada de repente y la fijaron en ellos. Empezaron a darse empujoncitos entre ellos y a susurrar, evidentemente hablando de Oliver y de Ester. Sus malvadas miradas de odio dejaban claro que no eran amables.

—Oh, oh, parece que hay problemas —dijo Ester, que evidentemente también

los había visto.

Oliver se acordó de los abusones con los que había lidiado en Campbell Junior High. No se sentía ni de cerca tan atemorizado acercándose a los chicos como lo hubiera estado antes. Pero notaba que Ester se acercaba más a él. Parecía acobardada.

—¡Bonito mono! —dijo uno de los chicos con desprecio.

Los otros empezaron a reírse.

—¿Qué eres? —se metió el siguiente—. ¿Un limpiachimeneas o algo así?

Oliver mantenía la vista apartada. Aceleró el paso. A su lado, Ester hizo lo mismo.

—¡Eh! —gritó el primer chico—. ¡Te estoy hablando!

De repente, el grupo los rodeó. En total, eran cinco chicos, formando un círculo alrededor de Oliver y Ester. Ester parecía sumamente agobiada con la situación.

—Por favor —le susurró a Oliver en voz baja—. Nada de peleas. No creo que mi escudo sea lo suficientemente fuerte para cinco.

Pero Oliver estaba tranquilo. Había visto la fuerza de Ester. Y él también tenía sus poderes. Entre los dos, nadie podría hacerles daño. Bueno, ningún mortal.

Oliver mantenía la barbilla levantada.

—Perdonadnos —dijo, educadamente—. Por favor, dejadnos pasar.

El principal, el más alto del grupo, cruzó los brazos.

—No hasta que os vaciéis los bolsillos. Venga—Extendió la mano—. Móvil.

Cartera. Dádmelos.

Oliver se mantuvo firme. Habló con voz tranquila y confiada:

—No tengo ni móvil ni cartera. Y aunque los tuviera, no te los daría.

Procedente de su lado, Oliver oyó la voz de Ester, apenas por encima de un

susurro:

—Oliver. No les provoques.

El principal soltó una risa sonora.

—Oh, ¿en serio? Entonces tendré que cogerlos yo mismo.

Fue a lanzarse sobre Olive.

—Yo no lo haría —dijo Oliver.

De inmediato, Ester expulsó uno de sus escudos, proporcionándoles una barrera a su alrededor. El chico se estrelló contra ella. Parecía confundido. Lo intentó de nuevo, lanzándose hacia delante. Pero la barrera impenetrable lo paraba, como un cristal a prueba de balas.

—¿A qué esperas, Larry? —incitó el tercer chico—. ¡Cógelo!

—No puedo —tartamudeó Larry, que cada vez parecía más confundido—. Hay algo en el medio.

—¿De qué hablas? —preguntó el cuarto chico.

Él también se lanzó hacia delante. Pero se estrelló contra la barrera de Ester y soltó un gruñido de dolor.

Oliver miró hacia Ester. Lo estaba haciendo magníficamente, pero veía el esfuerzo en su cara mientras ella intentaba mantener la barrera en su sitio. Tenía que hacer algo para ayudar.

Oliver se retiró a su mente y visualizó que el viento azotaba las hojas caídas y las convertía en tornados. A continuación, empujó la imagen hacia fuera.

A la vez, las hojas caídas empezaron a arremolinarlas. Unas columnas de viento se alzaron en el aire, girando como tornados. Oliver hizo aparecer cinco, uno para cada uno de los chicos.

—¿Qué está pasando? —chilló Larry, el viento hacia que su pelo volara salvajemente de aquí para allí.

Oliver se concentró. Fortaleció los vientos con su mente y después empujó hacia fuera.

En un instante, la ráfaga de hojas estaba golpeando a los chicos. Ellos intentaban sacárselas de encima a golpes, atizando con sus brazos como si les atacara un enjambre de abejas, pero no servía de nada. Los tornados de Oliver eran demasiado fuertes para ellos.

Se giraron y se fueron corriendo. Los vientos eran tan fuertes que tropezaron más de una vez.

Oliver cogió la mano de Ester. Tenía una risita nerviosa.

—vamos. Iremos por una ruta diferente.

CAPÍTULO OCHO

La Universidad de Harvard era un lugar de aspecto impresionante. La arquitectura era hermosa, con un montón de edificios altos de ladrillo y torrecillas. Había un campo grande cubierto de hierba rodeado de cafeterías, bares y librerías.

—¿Cómo encontraremos al Profesor Ruiseñor? —preguntó Ester—. ¡Este sitio es enorme!

Oliver buscó el libro que la Sra. Belfry le había dado. Se dirigió a la biografía del autor sobre el Profesor Ruiseñor y leyó en voz alta: «El Profesor H. Ruiseñor es miembro del Departamento de Física de la Universidad de Harvard, donde lleva a cabo experimentos en el histórico Laboratorio Farnworth del Centro de Ciencia, junto con un pequeño equipo de estudiantes de doctorado».

Ester señaló hacia delante a un edificio que estaba al otro lado del campo.

—Allí. Ese es el Centro de Ciencia.

Oliver guardó el libro. Atravesaron el campo a toda prisa y subieron las escaleras hacia el edificio. Arriba del todo había un guardia de seguridad.

—¿La tarjeta de visitante? —dijo bruscamente, extendiendo la mano.

—¿La tarjeta de visitante? —repitió Oliver. Empezó a dar palmaditas al bolsillo de su mono—. Oh… mmm. ¿Y ahora dónde la he metido?

—¡Aquí! —dijo Ester de golpe.

Oliver vio que se sacaba algo del bolsillo y se lo daba al guardia. Se dio cuenta de que debía de haber usado sus poderes para alterar algo para que pareciera un pase. Esperaba que hubiera hecho un trabajo suficientemente convincente.

Pero el guardia lo miró con una expresión no impresionada antes de

devolvérsela.

—Una de verdad, señorita —dijo. Parecía muy aburrido, como si un par de niños intentando colarse en una biblioteca fuera poco más que una molestia para él—.

No esta cosa falsa.

Oliver se exprimió los sesos. El intento de Ester por crear una identificación había fracasado. Tendrían que pensar en otro plan.

Echó un vistazo a su alrededor en busca de inspiración y vio un cubo de la basura al otro lado de las escaleras. Rápidamente, usó sus poderes para hacer que saliera humo de él.

—¡Oh, no! ¡Creo que el cubo de la basura está ardiendo! —chilló.

El guardia corrió rápidamente a ocuparse de él. Oliver y Ester aprovecharon la ocasión y se metieron en el edificio.

—Bien pensado —dijo Ester mientras iban a toda prisa por el pasillo.

Por dentro parecía un poco un laberinto. A Oliver le recordaba más a un hospital que a un laboratorio, aparte del extraño olor a productos químicos, por supuesto.

Se detuvieron junto a un letrero que mostraba qué planta ocupaba

cada una de las diferentes disciplinas.

—Departamento de Física —dijo Oliver, señalando con el dedo—. Último piso.

Subieron las escaleras fatigosamente. Ante ellos se extendía un largo pasillo.

Unas placas doradas con los nombres de los profesores y los académicos estaban pegadas en las puertas. Empezaron a andar por el pasillo, leyendo los nombres.

—Aquí está —dijo Ester.

Oliver se dio la vuelta y vio que estaba delante de una puerta. «Profesor H.

Ruiseñor». Su corazón empezó a acelerarse. ¿Estaba a punto de conseguir las respuestas a sus preguntas?

Oliver se tragó los nervios y llamó.

No pasó nada. Estaba completamente en silencio. Lo intentó de nuevo.

De nuevo, no hubo ninguna respuesta. Oliver miró a Ester. Ella encogió los hombros y probó el pomo con valentía.

—No está cerrada con llave —le dijo.

Empujó la puerta y se abrió de golpe. La habitación estaba completamente vacía.

Oliver se quedó sin respiración.

—Oh, no. Ya no debe estar aquí —Sintió una horrible sensación de peso en el estómago cuando la decepción se apoderó de él.

—No te preocupes —dijo Ester—. Lo encontraremos.

En el pasillo detrás de ellos, un profesor pasó por delante. Ester se giró.

—Disculpe. ¿Sabe dónde podríamos encontrar al Profesor Ruiseñor? —Señaló a la placa de la puerta.

El hombre ni siquiera disminuyó su paso ligero. Pero sí que respondió, hablando por encima del hombro mientras avanzaba a toda prisa.

—¿Ruiseñor? Hace años que no trabaja aquí. Desde que lo echaron.

CAPÍTULO NUEVE

Oliver y Ester intercambiaron una mirada.

—¿Lo echaron? —repitió Oliver, con el corazón encogido—. Ahora nunca lo encontraremos.

Ester negó con la cabeza.

—No nos vamos a rendir tan fácilmente. Vamos.

Ester atravesó el campo y entró en una de las cafeterías que lo rodeaban. Al fondo había unos ordenadores. Llevó a Oliver hacia uno.

—Mm, Ester, ¿no crees que tienes que pedir algo? No puedes entrar y usar los ordenadores gratis.

—Vale. Un brownie de chocolate estaría bien —Se sentó y alzó la mirada sonriendo hacia él—. Gracias.

Oliver fue hacia el mostrador y pidió un brownie para compartir. Para cuando volvió a Ester, ella ya estaba navegando en una página web de gente de la ciudad.

—R… Rui… Ruise… Aquí. ¡Ruiseñor! —Sonrió a Oliver—. En Cambridge solo hay uno. ¡Debe de ser él!

Rápidamente apuntó el nombre y la dirección.

—Te dije que no íbamos a rendirnos.

Entonces se levantó, cogió el brownie del plato y se fue hacia la puerta.

Con la cabeza dándole vueltas por la velocidad con la que Ester actuaba, Oliver miró parpadeando las migas que quedaban en el plato.

—¡Oliver! —gritó desde la puerta—. ¡Venga!

Oliver dejó el plato en el mostrador y fue corriendo detrás de ella.

*

La dirección que Ester había encontrado los llevó a una pintoresca calle lateral justo al lado de un tranquilo parque. Las calles estaban

adoquinadas, parecía que pertenecían a la era victoriana. Las casas eran más casas de campo –todas hechas de ladrillo y construidas en una larga fila, con fachadas de piedra.

Se detuvieron delante de la casa. Tenía una puerta de madera con pintura verde que se estaba desconchando y un rosal descuidado que crecía al lado. Justo detrás de las ramas y las flores, en un letrero descolorido se leía «Profesor H.

Ruiseñor».

Ester y Oliver intercambiaron una mirada.

—Allá vamos —dijo Oliver.

Llamó a la puerta.

Una voz amortiguada exclamó:

—Voy.

Oliver miró a Ester nervioso. Ella asintió con la cabeza para tranquilizarlo.

Oyeron el ruido del chasquido de un pestillo y, a continuación, la puerta se abrió lentamente chirriando.

Un tipo apareció arrastrando los pies. Era muy mayor y tenía una áspera barba blanca. Parecía tener los ojos llenos de lágrimas. Llevaba una chaqueta de pana marrón.

—¿Sí? —preguntó el hombre con voz rasposa.

Oliver sentía que su garganta estaba sofocada por los nervios.

—Me llamo Oliver. Esta es mi amiga Ester. Nos preguntábamos si podríamos hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Preguntas? —interpeló el anciano—. Otra encuesta no. Ya he contestado suficientes.

Se dispuso a cerrarles la puerta. Oliver alargó la mano para evitar que se cerrara.

Habló con una voz que sonó mucho más segura de lo que él se sentía.

—Esto no es una encuesta. Estoy buscando a una persona. A unas

personas, en realidad. Mis padres —Oliver respiró hondo para calmar los nervios—. tengo razones para pensar que usted podría conocerlos.

—¿Tus padres? —dijo con voz ronca—. ¿Qué te hace pensar que podría saber algo de eso?

—Soy un vidente —soltó abruptamente Oliver.

El anciano se quedó parado.

—¿Un vidente?

—Los dos lo somos —añadió Ester.

El hombre miró del uno al otro.

—Los dos, ¿eh?

Los dos asintieron a la vez.

El profesor echó mano del reloj que llevaba en la muñeca. Lo desabrochó con dedos temblorosos y arrugados, le dio la vuelta y se lo pasó a Oliver. En la parte de atrás había una inscripción. Un anillo con tres ojos.

El símbolo de la Escuela de Videntes.

—Será mejor que entréis —dijo el profesor—. Estoy seguro de que tenemos muchas cosas de las que hablar.

CAPÍTULO DIEZ

El interior de la casa del Profesor Ruiseñor estaba muy oscuro. Todas las cortinas estaban cerradas. Oliver imaginó que a un hombre casi ciego no le servía de mucho abrirlas.

Oliver se sentó en una butaca con la espalda muy recta. Después oyó que la puerta se abría y entraban el Profesor Ruiseñor y Ester con una bandeja de te.

Ester ayudó al anciano guiándolo hasta el sofá. Colocó la bandeja en la mesa de centro. En ella había una tetera de aspecto polvoriento y tres tazas resquebrajadas.

—¿Abro las cortinas? —le preguntó al anciano mientras este se hundía en su asiento.

—Sí, si tu quieres, querida. Pero a Percy no le gustará.

—¿Percy? —sopesó Oliver.

Ester fue hasta allí y corrió del todo las cortinas. Una luz deslumbrante llenó la habitación, alcanzando las nubes de polvo que ella había provocado.

—¡Demasiada luz! —gritó una repentina voz—. ¡Demasiada luz!

Oliver pegó un salto y vio una jaula enorme en el rincón de la habitación. Dentro había un loro, que iba de un lado para otro encima de una rama, batiendo sus hermosas alas de colores de una forma muy furiosa.

—Lo siento, Percy —murmuró Ester al pájaro—. Las volveré a cerrar cuando me vaya, lo prometo.

Le mandó un beso al loro. Esto pareció calmarlo. Dejó de andar de un lado a otro y empezó a arreglarse las plumas con el pico.

—Rescaté a Percy de un incendio durante una de mis misiones —dijo el anciano, riéndose por lo bajo—. Me mandaron a cerrar un túnel del tiempo. Londres.

1666. Hacía mucho calor.

Oliver escuchaba atentamente mientras el anciano servía el te. Después les pasó una taza a cada uno.

—¿Así que sois estudiantes? —preguntó el Profesor Ruiseñor, cogiendo su humeante taza de te—. ¿En la Escuela de Videntes?

Oliver sintió un pinchazo en la barriga. Por instinto, tocó su amuleto. Estaba, como siempre, helado.

—Lo éramos —respondió Oliver—. Pero nos fuimos para ir a esta misión para encontrar a mis padres.

—Ah, sí, tus padres —El profesor tomó un sorbo de te largo—. ¿Qué os hace pensar que yo los conozco?

Oliver se movió hacia delante en su asiento.

—Es difícil de explicar. He estado siguiendo un artilugio. Una especie de brújula. Me llevó hasta aquí.

—¿Un artilugio? —dijo el anciano.

Ester se aclaró la garganta.

—Enséñasela.

Oliver buscó en su bolsillo.

—¿Sabe lo que es esto, Profesor Ruiseñor?

Le pasó la brújula al anciano. El Profesor Ruiseñor se la acercó mucho a la nariz y entrecerró los ojos.

—Sí, alguna vez he visto una de estas.

Su tono era algo plano. No parecía emocionado. Oliver se preguntaba por qué.

—¿Qué es? —preguntó Oliver.

El Profesor Ruiseñor negó con la cabeza.

—Una de las muchas baratijas inventadas por videntes a lo largo de los milenios.

Se supone que te ayuda como guía al tomar decisiones. Se supone que te muestra el futuro.

«¿Muestra el futuro?» —pensó Oliver, abriendo los ojos como platos sorprendido.

Había tenido la impresión de que las manecillas le mostraban un camino a seguir. Pero, en cambio, le estaban mostrando el futuro que estaba a punto de llegar.

Así que si le estaba mostrando el futuro, ¡entonces debía querer decir que realmente iba a encontrar a sus padres! La esperanza y la emoción borboteaban en su interior.

Llamó la atención de Ester. Tenía una amplia sonrisa.

—Los símbolos son demasiado pequeños para mis ojos —dijo el Profesor Ruiseñor—. ¿Qué te muestra a ti?

Oliver se acercó más arrastrando los pies.

—Bueno, está señalando a un pájaro, que creo que es usted, Profesor

Ruiseñor.

El birrete es Harvard. Y la hoja de olmo es Boston —Después señaló a la manecilla fija, la que nunca se movía—. Estos son mis padres.

El Profesor Ruiseñor pasó un buen rato mirando la imagen fijamente. Después volvió a sentarse y negó con la cabeza.

—Este símbolo no es lo que tú crees que es.

Estaba señalando a la imagen del hombre y la mujer dándose las manos.

Oliver frunció el ceño.

—¿Ah, no?

El anciano dijo que no con la cabeza.

—Hay un símbolo más adecuado para los padres. Echa un vistazo. Muestra una silueta sosteniendo un niño.

Oliver empezó a examinar los símbolos, hasta que encontró uno que se correspondía con la descripción. Antes no le había prestado atención, pero ahora que lo miraba se daba cuenta de que como representación de paternidad y maternidad realmente daba más la talla de lo que lo hacían el hombre y la mujer que se daban las manos.

—Es por ello que estas cosas son engañosas —añadió el profesor—. Es fácil ver lo que tú quieres ver en ellas.

—Bueno, entonces ¿qué es este símbolo? —le retó Oliver—. ¿El hombre y la mujer?

El profesor negó con la cabeza.

—No es un hombre y una mujer. Es un chico y una chica. Podría significar amistad. Compañerismo. Quizás incluso un primer amor.

Entonces se percató de lo que el símbolo significaba. Era Ester. Todo el tiempo, la brújula le estaba mostrando que tendría una compañera en esta aventura.

Por el rabillo del ojo, vio que Ester escondía su cara con la taza de te, dando sorbos de ella muy lentamente. Estaba claro que ella también lo había adivinado, que ella era la otra figura en el símbolo, un símbolo que podía representar el primer amor. Oliver notó que las mejillas se

le calentaban.

El Profesor Ruiseñor le devolvió la brújula a Oliver. Se la metió en el bolsillo, con el corazón ahora acelerado. No lo había estado guiando hacia sus padres en absoluto. Sencillamente le había estado mostrando su futuro. Ahora estaba completamente perdido. Intentaba no sentirse demasiado abatido. Al fin y al cabo, había estado siguiendo las pistas del universo y le había guiado hasta el Profesor Ruiseñor. No toda la esperanza estaba perdida.

—Me pregunto —dijo Oliver— si conoce a mis padres.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó el profesor.

Oliver se quedó parado. No lo sabía. Lo único que sabía de sus padres era que lo

habían abandonado.

—No lo sé —Su voz sonó desinflada. Abatida.

Ester, notando claramente su creciente desaliento, avanzó arrastrando los pies.

—Lo único que sabemos de ellos es que hace once años tuvieron un hijo. Uno al que abandonaron. Es Oliver.

—Oliver… —El anciano repitió el nombre—. Sí, tal vez sí que sepa algo.

El corazón le dio un vuelco a Oliver ante el toque de reconocimiento en el tono del profesor. ¿Sabía algo sobre su patrimonio después de todo? Quizás no todas las esperanzas estaban perdidas.

—Yo tuve dos estudiantes brillantes. Theodore Blue y Margaret Oliver. Los mejores de mi clase. Científicos. Inventores. Dos mentes brillantes.

Naturalmente, se atrajeron el uno al otro y se enamoraron. Teddy y Maggie, se llamaban ellos —Soltó una risita—. Yo quería que no fueran tan rápido y se centraran en sus estudios, pero rápidamente se casaron. Ella tomó el apellido de él con la condición de que su primer hijo fuera Oliver u Olivia. No tuvieron que esperar mucho. Ella se quedó embarazada enseguida.

Oliver estaba atónito. ¿Eran ellos sus padres? ¿Podían haber sido estudiantes aquí en la Universidad de Harvard, estudiando con el

Profesor Ruiseñor?

Notó que Ester alargaba la mano hasta la de él y la apretaba para tranquilizarlo.

—¿Eran videntes?

—No, no —El profesor negó con la cabeza—. Solo mortales increíblemente listos.

—¿Qué les pasó?

El profesor Ruiseñor se frotó la barbilla.

—Cuando llegó la fecha en la que esperaban al bebé, a principios de diciembre creo, dejaron los estudios por un tiempo. Pero nunca volvieron —La voz se le rompió—. Lo que yo oí era que algo terrible había sucedido durante el nacimiento. El bebé había muerto y Maggie también. Mandé tarjetas de condolencia a Teddy pero las devolvieron sin abrir —De repente, giró la mirada bruscamente hacia Oliver como si lo viera por primera vez—. ¿Me estás diciendo… que Oliver eres tú?

Oliver asintió lentamente.

—Eso creo. Creo que soy su hijo.

La cabeza le daba vueltas con la nueva información. ¿Por qué sus padres lo habían abandonado de esa manera? Si él había sobrevivido, ¿vivía también su madre?

—Así que tú no moriste… —tartamudeó el profesor—. ¿Significa eso que Maggie también sobrevivió?

Oliver no estaba más cerca de sus respuestas.

—No lo se´. Solo sé que me dieron en adopción —Se le formó un doloroso nudo en la garganta —¿hay algo más que pueda decirme? —Se podía oír la desesperación en su tono.

Pero el hombre dijo que no con la cabeza.

—Me gustaría que así fuera. Ahora soy viejo y mi memoria no es lo que era.

Quizá si me encuentras en otra línea temporal, pueda tener algo más para decirte

—Soltó una pequeña risita.

Justo entonces, Percy el pájaro empezó a graznar:

—¡Cuaderno! ¡Cuaderno!

De repente, los ojos del profesor empezaron a chisporrotear.

—¡Claro! —Se levantó y fue hacia una de sus abarrotadas estanterías, en busca de algo.

—¿Qué cuaderno? —preguntó Oliver.

El profesor regresó y le entregó algo a Oliver. Parecía un libro extraño.

Cuando Oliver lo miró más de cerca, vio que era un frágil cuaderno con tapa de cuero.

—Esto, querido señor —dijo—, perteneció a su padre.

CAPÍTULO ONCE

Oliver miró el pequeño cuaderno que tenía en sus manos. Estaba cubierto de garabatos y monigotes. El nombre Theodore Blue estaba escrito en pulcra cursiva en la esquina de arriba a la derecha.

Lo abrió y miró lo que había escrito dentro. Solo eran apuntes de clase, pero él lo examinó todo con la esperanza de encontrar pistas. ¡Casi no podía creer que estas eran las palabras de su padre! El corazón empezó a latirle rápido.

Realmente tenía en sus manos un trozo de sus padres.

Continuó hojeando las páginas, desesperado por alguna información que pudiera hacerlo avanzar. Pero no había nada. Solo fórmulas y esquemas y ecuaciones matemáticas indescifrables. Notó que se le hundía el pecho.

Ahora lo único que tenía para continuar era el cuaderno de su padre. Pero por lo menos era algo. Un cuaderno y un nombre.

Ester y él se levantaron. Ya le habían quitado bastante tiempo al anciano.

—Adiós, Profesor Ruiseñor —dijo Oliver—. Gracias por todo.

El hombre los acompañó hasta la puerta.

—Siento no haber podido ser de más ayuda. Buena suerte en vuestra búsqueda.

*

Ester y Oliver salieron de la casa. Ahora estaba oscuro y el aire era mucho más frío. Ester temblaba al lado de Oliver.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—¿Yo? —Sonrió ella—. Yo estoy bien. Eres tú el que me preocupa. Porque la

brújula no te está guiando hasta tus padres.

Oliver sintió que se le desplomaban los hombros.

—Realmente pensaba que sí —Se sentía desolado. Se preguntaba si vería a sus padres alguna vez.

Ester entrelazó el brazo con el de él.

—Venga. Vamos a pasear.

Se dirigieron de vuelta al río Charles y empezaron a caminar a lo largo de sus orillas. Era muy hermoso con las luces de los edificios reflejadas en él. Quizás en algún otro momento Oliver hubiera pensado que era romántico. Pero con el corazón tan pesado, no podía.

Se pararon en un pequeño banco y se sentaron.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Ester.

Oliver encogió los hombros. Se sentía muy abatido. Muy desmoralizado.

—No tengo ni idea.

—¿Podríamos ver si hay algún rastro de papeles de Teddy y Maggie? Quizás haya un registro en la biblioteca, como un censo o algo así.

—Eso solo nos dirá que una vez estuvieron en Harvard —Oliver hablaba en un tono triste—. No nos dirá a donde fueron. O por qué.

Ester le frotó el hombro suavemente.

—No pierdas la esperanza, Oliver. En algún lugar habrá una pista.

Quizá tu brújula te mostrará a donde ir a continuación.

Pero antes de que Oliver tuviera la oportunidad de mirar la brújula, lo distrajo el ruido de unos pasos que se acercaban corriendo. Miró por encima de su hombro y vio una silueta que corría hacia él.

Oliver pegó un salto. No veía ningún azul parpadeante, así que la persona no era un vidente canalla.

Pero cuando la silueta se acercó más, Oliver empezó a distinguir sus rasgos. Se quedó sin aliento. Era…

—¡Ralph!

—¡Ester! ¡Oliver! —gritó Ralph.

Su tono no era alegre. Era frenético. Preocupado. Casi chocó contra ellos y, a continuación, se dobló, respirando con dificultad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Oliver, sorprendido.

Pero Ralph negó con la cabeza.

—La escuela. Está en problemas.

Oliver miró a Ester a los ojos.

—¿Cómo en problemas? —preguntó Oliver.

Ralph alzó la mirada, con el ceño profundamente fruncido en su frente. El miedo brillaba en sus ojos.

—Es la Esfera de Kandra. La han robado.

CAPÍTULO DOCE

Oliver miró fijamente a Ralph a los ojos con incredulidad.

—¿Han robado la Esfera de Kandra?

Ralph todavía estaba jadeando muy rápido. Asintió, su expresión asustada. Su piel estaba pálida y sudado, obviamente por los efectos de viajar a través del tiempo para llegar aquí.

—Siéntate —le indicó Ester—. Parece que estés mareado.

Ralph se hundió en el banco y dejó caer la cabeza y las manos. Oliver

y Ester también se sentaron, uno a cada lado, de cara al Carlos y el reflejo de las farolas brillando sobre la superficie negra del río. Intercambiaron una mirada de preocupación por encima de la espalda arqueada de Ralph.

—Empieza por el principio —le dijo Oliver a Ralph.

Ralph se puso derecho, mirando fijamente las agitada aguas del río. Sus ojos miraban rápido de un lugar al otro como si reviviera un momento terrible.

—Hubo un asedio a la escuela —empezó, la emoción hacía que se le rompiera la voz—. El Profesor Amatista pudo mandarme un mensaje —. Miró fijamente a Oliver—. Hay un portal temporal, justo aquí en Boston. Una ruta que los videntes han usado durante siglos para urgencias, un agujero espacio-temporal que el director ha conectado a donde tenemos que ir a continuación.

Oliver recordó el agujero espacio-temporal en el despacho del Profesor Amatista, el que armó para llevar a Oliver directamente de vuelta a la fábrica de Armando. Deben necesitarse algunas proezas de magia extremas para crearlo; el tipo de magia que solo alguien tan anciano y dotado como el Profesor Amatista puede poseer.

—¿Qué quieres decir con que tenemos que ir a continuación? —dijo Oliver.

Ralph juntó las cejas con consternación.

—Solo hay una persona en el universo que pueda ayudarnos a recuperar la Esfera de Kandra. Tenemos que encontrarle.

—¿Quién es? —preguntó Oliver, el corazón le golpeaba mientras se hacía a la idea de la magnitud del momento.

Ralph negó con la cabeza.

—El Profesor Amatista no me lo dijo. Era muy peligroso incluso pronunciar el nombre en voz alta. Lo único que dijo fueron sus iniciales. I.N.

—¿I.N.? —repitió Oliver—. Eso no es mucho para continuar.

—No —respondió Ralph—. Y esta persona es nuestra única esperanza. Si no la encontramos y recuperamos la Esfera de Kandra, la Escuela de Videntes solo podrá mantenerse en pie veinticuatro horas antes de

convertirse en polvo.

La noticia era grave. Oliver sentía un gran peso sobre sus hombros.

—¿Sabes quién se llevó la Esfera? —le preguntó a Ralph—. ¿Fueron los canallas?

Ralph negó con la cabeza.

—No. Sus ojos no eran azules como los de los canallas. Pero, desde luego, eran poderosos. Otros videntes. Y todos iban vestidos iguales. Con uniforme.

—¿Cómo los soldados? —preguntó Oliver.

—No. Como… como estudiantes.

Ester parecía extremadamente confundida ante la noticia.

—No hay otros estudiantes videntes. La Escuela de Videntes es el único lugar en todo el universo donde los videntes podemos aprender.

Pero Oliver no estaba tan seguro. El Profesor Amatista ya había escondido la verdad antes para protegerlos. Y él sabía que había muchas cosas de las cuales no les habían informado, considerándolos demasiado jóvenes y demasiado inexpertos para manejar todos los aspectos de convertirse en vidente de golpe.

—Hay muchas cosas que todavía no sabemos —dijo él—. Cosas que se nos esconden para mantenernos a salvo.

Ester se levantó de golpe.

—Vayamos entonces. ¡Encontremos este agujero espacio-temporal y salvemos la escuela!

Pero Ralph todavía se estaba recuperando de su viaje! Oliver recordó lo confuso que fue cuando él viajó por un agujero espacio-temporal, y que lo llevaba a una línea de tiempo a la que él pertenecía de manera natural. Pero Ralph estaba a unos mil años fuera de la sintonía de su propia línea temporal. Debía de sentirse fatal.

—Solo hay un problema —tartamudeó Ralph—. El Profesor Amatista no está seguro de que el portal todavía funcione.

Ester volvió a repantigarse.

—Genial.

—Tiene siglos —explicó Ralph—. No puede estar seguro de que todavía estará activo.

—Tendremos que intentarlo —dijo Oliver con decisión—. Si solo tenemos veinticuatro horas para devolver la Esfera de Kandra y salvar la Escuela de Videntes, tendremos que actuar rápidamente.

Ester miró a Oliver con la expresión pálida y ojerosa. Pero no tan pálida como la de Ralph. Parecía que tuviera un grave caso de mareo por viajar en el tiempo, como si pudiera vomitar en cualquier segundo.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Oliver a Ralph.

—Esto es lo otro… —empezó Ralph.

—¿Eh? —preguntó Oliver, sintiéndose nervioso de que todavía les esperaran más noticias.

—Para escabullirme de la escuela y atravesar el tiempo inadvertido, no podía

usar la ruta normal.

—¿Quieres decir que no tomaste el portar del árbol del kapoc? —preguntó Ester.

Ralph parecía preocupado.

—No. Tuve que hacer un desgarrón.

Se sacó algo del bolsillo. Parecía un cuchillo pequeño, pero la hoja era negra como el carbón. Al verlo, Ester dio un grito ahogado.

—Eso es un cuchillo de canalla.

Ralph asintió.

—Sí. Un cuchillo Obsidiano. Me lo dio el Profesor Amatista. Es la única herramienta que puede cortar el tiempo. Muy peligrosa. Es ilegal usarlo en casi todas las circunstancias con excepción de las de vida o muerte.

Oliver lo miró con una extraña mezcla de miedo y asombro.

—¿Podríamos usarlo para regresar a la escuela?

Ralph negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. No deberíamos usarlo para nada. Cada vez que se hace un corte, este permite que los canallas del reino oscuro se cuelen.

Oliver abrió los ojos como platos. Estaba claro que el cuchillo era un instrumento de poder oscuro. No algo con lo que tuvieras que molestar.

—Espera —dijo, mirando a Ralph—. Pero tú ya lo has usado. ¿Significa eso …?

Ralph asintió muy serio.

—El corte puede haber dejado entrar a los canallas.

En ese preciso instante, un ruido los hizo saltar.

Oliver miró a lo largo de las orillas del río. Lo que vio hizo que se le helara la sangre. Ojos azules destellantes. En efecto, Ralph había llevado a los canallas hasta ellos.

—¡CORRED! —gritó Oliver.

CAPÍTULO TRECE

Oliver bombeaba sus piernas tan rápido como podía. Detrás, el ruido de los pasos de los canallas era cada vez más y más fuerte. Les estaban alcanzando, rápidamente.

—¡Por aquí! —exclamó Oliver.

Fue a toda prisa hacia un callejón. Ester y Ralph le siguieron. Las sombras los ocultaban pero Oliver aún podía ver el terrible aspecto de Ralph. No iba a poder correr mucho más tiempo.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Ester desesperadamente.

Oliver habló a toda prisa.

—Tenemos que usar nuestros poderes para frenarlos. Para cerrarles el paso.

Se agachó en una esquina, de cara a sus perseguidores. Estaban en el

otro lado de la calle, a no más distancia de varios autobuses desde donde ellos estaban.

Tragándose su miedo, Oliver concentró su mente en la realidad que quería crear y sacó la imagen hacia fuera con sus poderes.

El suelo empezó a temblar. Parecía un terremoto. Los canallas cayeron de rodillas, incapaces de luchar contra la fuerza de la tierra temblando. Entonces se abrió una gran grieta en el pavimento.

Oliver apretó los dientes, sintiendo el esfuerzo de usar sus poderes en cada fibra de su cuerpo.

Entonces, en un movimiento repentino, el suelo se separó. Una enorme barricada se alzó de la grieta, obstruyendo la calle por completo.

Oliver sintió una ola de alivio. Pero solo duró un nanosegundo. Pues, de repente, la barricada explotó, esparciendo hormigón pulverizado a cientos de metros hacia el aire.

A la vez que llovían escombros, los videntes canallas aparecieron de la nube de polvo. Volvían a estar de pie y avanzando de nuevo.

—¡Ester! —gritó Oliver. Los canallas habían destruido su obstáculo. Pero ya no le quedaban fuerzas para hacer otro.

Ester salió corriendo de donde estaba escondida hacia la calle.

Le llevó tan solo un segundo tener una visión general de la escena antes de hacer lo mismo, usar sus poderes para hacer aparecer otra barricada.

Pero esta vez, los canallas estaban preparados. Pasaron como un enjambre por encima de ella, como hormigas por encima de un hormiguero.

—No sirve de nada —gritó Oliver—. Son demasiado poderosos. Demasiado rápidos. Nuestra única esperanza es encontrar el portal.

Miraron a Ralph. Parecía medio muerto, tenía la espalda apoyada en la pared y el sudor brillaba en su piel.

Pero con una inmensa valentía, Ralph apretó los dientes.

—Por aquí —dijo con decisión.

Se apartó de la pared y empezó a tambalearse por el callejón. Ester y Oliver lo siguieron.

Mientras zigzagueaban por las calles laterales, Oliver seguía mirando a los canallas por encima del hombro. Era como jugar al ratón y al gato. Un segundo estaban allí y al siguiente habían desaparecido, como si les produjera un placer enfermizo tener a Oliver adivinando.

Cada vez que aparecían, Oliver sacaba fuera sus poderes, haciendo que las ramas de los árboles cayeran y se desplomaran sobre ellos, batiendo ráfagas de hojas para que les golpearan. Pero sus poderes se iban debilitando a medida que los usaba. En sus rostros veía cómo los canallas se deleitaban de que sus ataques no pudieran ni tan solo frenarlos.

Continuaron corriendo. Corriendo a pesar del cansancio por usar en exceso sus poderes. Corriendo a pesar del pánico que los consumía. Corriendo durante lo que parecía una eternidad.

Entonces, de repente, volvían a estar en el río.

—¡Está aquí! —gritó Ralph.

Oliver miró a su alrededor de forma frenética.

—Allí.

Oliver fue corriendo hacia el lado del puente y miró con los ojos entrecerrados a las oscuras aguas. Para su sorpresa, vio una trampilla de aspecto oxidado a varios metros por debajo de la superficie. Verla estaba muy lejos de tranquilizarlo. Parecía más la entrada a una cloaca que un portal místico. Estaba oxidada, vieja y cubierta de algas.

Todos intercambiaron miradas.

—No podemos saltar allí —tartamudeó Ester con miedo.

—Tenemos que hacerlo —le dijo Oliver—. ¡Es nuestra única esperanza!

—Pero parece inestable —refutó ella—. Si el portal no funciona, seguro que moriremos.

—Si nos quedamos aquí, estamos muertos igualmente —respondió Ralph.

—A la de tres —dijo Oliver.

Justo entonces, los canallas aparecieron en el extremo del puente, sus ojos azules destellaban en la oscuridad. No había tiempo. Ni tan solo para una cuenta atrás.

—¡TRES! —exclamó Oliver.

Todos saltaron.

CAPÍTULO CATORCE

Malcolm Malice sintió una punzada de nervios mientras tomaba asiento en la gran mesa redonda en el despacho de la Señorita Obsidiana. La directora todavía no había llegado. Un grupo de estudiantes más mayores estaban sentados alrededor de la misma mesa y observaban a Malcolm en silencio. Le parecía un poco intimidante ser el más joven allí. Todos estaban en los cursos por encima del suyo, todos eran videntes excepcionalmente talentosos por derecho propio.

Él intentaba que sus nervios no salieran a la superficie y, en su lugar, levantó la barbilla, recordándose a sí mismo lo orgulloso que estaba de que le hubieran invitado.

Justo entonces, se abrió la puerta y la Señorita Obsidiana entró con aire despreocupado. Su largo vestido negro y suelto giró a su alrededor cuando se dejó caer en el asiento parecido a un trono a la cabeza de la mesa. En su cara había una sonrisa victoriosa. Se inclinó hacia delante y miró fijamente a todas las caras del grupo de estudiantes a los que había pedido que se reunieran allí.

Cuando su mirada se encontró con la de Malcolm, él sintió una profunda chispa en su interior, como si la Señorita Obsidiana le mandara un relámpago directamente al pecho.

Se reclinó hacia atrás y dio toquecitos con sus uñas pintadas de negro sobre los reposabrazos de su trono.

—Tengo una noticia maravillosa —Hizo una pausa melodramática—. Han incautado la Esfera de Kandra.

Malcolm sintió una ola de emoción. La Esfera de Kandra proporcionaba energía a la estúpida escuela de Amatista. Sin ella, tendrían un gran problema. Podría incluso derrumbarse. Sintió que una sonrisa de gozo se extendía en sus labios.

La Señorita Obsidiana continuó.

—La hemos encerrado y pronto empezará el proceso de moverse a través de diferentes periodos de tiempo para esconderla.

Uno de los estudiantes levantó la mano.

—Discúlpeme, Señorita, pero ¿por qué no la destruimos simplemente?

La directora negó con la cabeza, parecía un poco enojada por la interrupción.

—Es muy peligroso destruirla. En su lugar, debemos esconderla y ganar algo de tiempo. Después de veinticuatro horas, la Escuela de Videntes de Amatista estará tan debilitada que se derrumbará por sí sola. Así que debemos mantener la Esfera lejos de sus manos hasta que llegue ese momento. Aquí es donde entráis vosotros.

Malcolm se incorporó más. Se sentía muy importante.

—Os enviaré por equipos —continuó la directora—. Todos con el objetivo de confundir al Profesor Amatista y evitar que encuentre la Esfera y la devuelva a su pedestal en la sexta dimensión. Debemos provocar muchas distracciones y entretenimientos para que no tenga ni idea de dónde tenemos la esfera escondida en el tiempo y el espacio. Y, evidentemente, podemos causar un poco de caos de paso.

Los chicos empezaron a sonreír, encantados con el pensamiento. La expresión de la Señorita Obsidiana iba a la par con su alegría. después dirigió su atención a una pizarra donde había escrito las listas de sus nombres con su letra desordenada.

—Os he dividido en equipos. Los equipos de la A a la E van a llevar esferas trampa. Su papel es distraer al Profesor Amatista. Obligarle a mandar sus propios equipos separados a una misión imposible.

Malcolm examinó la lista. Su nombre no estaba en las listas de la A a la E. El suyo estaba en una lista con un grupo mucho más pequeño. Se preguntaba cuál sería su misión.

La Señorita Obsidiana continuó:

—El último grupo va a salir a una misión muy importante. Algo un poco especial. Un poco extra —Miró directamente a Malcolm—. Tenemos algo debajo de la manga que Amatista nunca verá venir. Malcolm Malice, te encargo a ti que dirijas esta importante parte de la misión.

Todas las miradas de alrededor de la mesa se clavaron en Malcolm con envidia.

Él sintió que el pecho se le llenaba de orgullo. Evidentemente era él el escogido.

Al fin y al cabo, él era el mejor estudiante. También tenía la mezcla más singular de poderes. Todo su duro trabajo estaba a punto de dar sus frutos. Ahora el acoso no tenía ninguna importancia.

—Por supuesto, Señorita —dijo—. Sería un honor. ¿Qué es lo que quiere que haga?

La directora aplaudió y los dos guardias de seguridad que estaban al lado de la puerta de su despacho la abrieron. Entraron unos cuantos estudiantes que llevaban un gran cuenco de cristal. Lo dejaron encima de la mesa que había delante de la Señorita Obsidiana y se fueron por donde habían venido.

Malcolm frunció el ceño. Dentro del cuenco había un extraño líquido brillante.

La Señorita Obsidiana se inclinó hacia delante y el brillo que salía del cuenco le iluminó la cara. Todos los estudiantes alrededor de la mesa también se inclinaron para acercarse.

Mientras Malcolm avanzaba lentamente hacia el cuenco, la Señorita Obsidiana movió su mano por encima del brillante líquido que había dentro. Se empezó a formar una imagen en él.

Todos lanzaron un grito ahogado.

Malcolm se inclinó hacia delante para tener una mejor visión. Dentro del líquido apareció una imagen. Era un chico. Con un aspecto un poco raro, con el pelo oscuro y los ojos azul pálido dentro de una cara redonda y regordeta.

Malcolm se rió con desprecio.

—Solo es un chico normal.

La Señorita Obsidiana negó con la cabeza.

—Un chico humano, sí. Pero lejos de ser normal —Una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios—. Esta es nuestra arma secreta.

Malcolm estaba desconcertado. ¿De qué les iba a servir un chico

mortal normal

sin poderes? ¿Qué le convertía en arma?

La Señorita Obsidiana continuó hablando:

—Debemos secuestrar a este chico y convertirlo a nuestro bando. Aquí es donde entras tú, Malcolm.

—¿Sí, Señorita?

—Debes encontrarlo y atraerlo hasta la escuela. Él es la única persona que puede ayudarnos en esta misión. Robar la Esfera de Kandra solo es el primer paso para destruir a esos míseros mocosos para siempre. Hay que hacer más. Con este chico de nuestro lado, la escuela Obsidiana ganará.

La Señorita Obsidiana se sentó de nuevo, repiqueteó las uñas encima de la mesa y sonrió.

—Tiene un vínculo familiar con un joven vidente al que me encantaría ver destruido. Uno que está destinado a ser el vidente más importante del universo.

Uno con el que dio el Profesor Amatista antes de que yo pudiera ponerle las manos encima —Dio un puñetazo sobre la mesa con una rabia repentina.

Después le pasó la furia—. Así que nos apañaremos con el segundón. Por el vínculo entre ellos, una vez secues… —Tosió— …quiero decir, atraigamos al chico y lo convirtamos a nuestro bando, podremos usarlo para destruir al otro.

—Pero ¿quién es? —preguntó Malcolm.

La Señorita Obsidiana sonrió maliciosamente a la cara regordeta del chico de la visión de dentro del cuenco.

—Se llama Christopher. Usándolo a él, podremos matar a su hermano. Uno de los videntes de Amatista. Un chico llamado Oliver Blue.

CAPÍTULO QUINCE

Oliver gritó al atravesar el portal dando vueltas. No veía a Ester y Ralph por ningún lado, pero por otro lado el remolino lila por el que pasaban disparados se sacudía de forma inestable, haciendo que costara ver algo. Oliver se preguntaba si, después de todo, saltar había

sido una buena idea. Parecía que el portal se podía derrumbar en cualquier momento. Pero, por otro lado, no tenían ninguna otra opción.

Mientras salía propulsado por el remolino, con el pelo volando alborotado, logró ver algo muy extraño. Dos pares de ojos aparecieron flotando ante él. Y, a continuación, las caras se hicieron más claras tras ellos. ¡Eran sus padres!

¡Apareciéndosele en una visión!

Entonces Oliver se dio cuenta de que debía de haber caído en la parte subconsciente de su mente, el lugar imaginario al que escapaba en momentos de estrés.

El hombre y la mujer sonreían. Oliver recordó lo que el Profesor Ruiseñor le había dicho sobre ellos.

—¿Estáis muertos? —le preguntó a la mujer.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Pero ¿eres mi madre? ¿Maggie Oliver?

Ella hizo una sonrisa bondadosa y asintió. Oliver miró al hombre.

—¿Y tú eres mi padre? ¿Teddy Blue?

El hombre también asintió.

Oliver quería hacerles millones de preguntas pero sabía que pronto serían expulsados del portal del tiempo. Al parecer, sus padres tampoco podían hablarle en esta visión. Los dos estaban callados.

Les lanzó otra pregunta, desesperado por averiguar toda la información que pudiera antes de que se los arrancaran cruelmente de nuevo.

—¿Estudiasteis en Harvard? ¿Con el Profesor Ruiseñor?

Sus padres intercambiaron una expresión de satisfacción como si estuvieran impresionados por el trabajo de detective de Oliver. Asintieron con entusiasmo.

—Iba a buscaros —les dijo Oliver—. Pero entonces… entonces una misión me entretuvo.

Se avergonzaba de haberlos abandonado. Donde fuera que sus padres estuvieran dentro del universo, solo se le aparecían en sus visiones, en esos extraños momentos entre la realidad. ¿Podían estar atrapados en algún lugar?

¿Necesitaban que los rescataran?

Vio que las esquinas de los labios de su madre iban hacia abajo. Pero su padre decía que no con la cabeza, como si quisiera comunicarle a Oliver que no pasaba nada.

Oliver vio que los labios del hombre se movían. Entrecerró los ojos para averiguar lo que estaba diciendo.

—Podemos esperar…

De repente, Oliver fue expulsado al otro lado del portal del tiempo. El dolor le recorrió las piernas cuando fue a parar al suelo torpemente. Soltó un quejido.

Se puso en una posición sentada. Notaba la cabeza machacada por haber sido propulsado a través del portal y por ver a sus padres. Pero ahora se habían ido, dejándole un dolor en el pecho por la soledad.

«¿Dónde estoy?» —pensó Oliver.

Indudablemente, ya no estaba en Boston. Miró a su alrededor y vio que estaba tumbado en un campo de hierba cubierta de rocío. El aire era neblinoso. Todo estaba muy, muy tranquilo. No había el zumbido del tráfico de fondo. El aire estaba limpio y fresco. Oliver tenía la clara impresión de que había viajado bastante más atrás en el tiempo que en su último viaje. Algo en el ambiente parecía muy antiguo.

Echó una mirada atrás hacia el portal. Estaba a unos cuantos metros del suelo y los había tirado sobre la tierra dura. Aquella cosa oxidada parecía aún más decrépita a este extremo de lo que era en el río Charles. Y mientras lo miraba, empezó a desmoronarse. Cayó al suelo hecho un fino polvo. Estaba destrozado.

No había vuelta atrás.

El pánico de apoderó de él. Parecía que estaba solo. ¿Y si Ester y Ralph no habían conseguido atravesar el portal antes de que se hiciera pedazos?

Echó un vistazo por el campo neblinoso en busca de pistas, de alguien,

algo que pudiera ayudarle.

—¿Ester? —gritó—. ¿Ralph? ¿Dónde estáis?

Justo entonces, Oliver oyó un gemido bajo. Buscó entre la niebla y sus ojos de posaron en una silueta que yacía desmoronada a tan solo unos cuantos metros.

Con todas sus fuerzas, Oliver se puso poco a poco de rodillas. El dolor de sus piernas aumentó inmediatamente, como rayos de electricidad corriendo por ellas.

Las palmeó para intentar notar si había algo roto. Parecían normales. Debía estar solo amoratado. Realmente era un milagro que hubiera sobrevivido a una caída así.

La silueta se quejó de nuevo.

Oliver caminó arrastrando los pies hasta ella. Cuando estuvo más cerca, vio que era Ester la que estaba tumbada desplomada sobre la hierba. Estaba muy quieta.

Llegó hasta ella y le dio la vuelta hacia él. Su preciosa cara estaba manchada de barro. La sacudió por los hombros.

—¿Ester? ¡Ester, despierta!

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ester volvió a gemir. Por lo menos, Oliver se sentía aliviado de que estuviera viva. Pero estaba inconsciente.

La sostuvo en sus brazos, meciéndola suavemente para intentar devolverle la consciencia.

De repente, vio movimiento por allí cerca.

«Por favor, que no sea un canalla. ¡Que no nos hayan seguido!».

Pero cuando la silueta se acercó Oliver vio con alivio que era Ralph que venía hacia ellos arrastrándose. Hacía un gesto de dolor con cada movimiento.

—El portal —tartamudeó Ralph cuando llegó hasta Oliver—. Debe de habernos dejado caer.

Oliver asintió.

—Sí. Y después se hizo pedazos detrás nuestro. No hay vuelta atrás. ¿Estás bien?

Ralph se sentó, respirando entrecortadamente.

—Eso creo. Entero, más o menos. Creo que estoy sufriendo más por haber viajado dos veces por el tiempo que por caer a tres metres desde el aire. ¿Está bien Ester?

Creo que la caída la dejó inconsciente —respondió Oliver. Miró a su alrededor, a la espesa niebla y a los campos salpicados de vacas—. ¿Es aquí donde se supone que debemos estar, Ralph? ¿En un campo? ¿En medio de la nada?

Ralph puso cara de preocupación.

—No lo sé. Tendremos que buscar pistas.

Justo entonces, Ester parpadeó hasta abrir los ojos.

—Ayyyy… —murmuró.

El alivio anegó a Oliver. Soltó toda la tensión que había contenido con una exhalación y puso una sonrisa por el bien de ella.

—Bienvenida.

Ester se apartó de sus brazos y se incorporó hasta quedarse sentada. Se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos una pequeña caída —explicó Oliver.

Ester hizo una mueca. Después miró a su alrededor, al campo neblinoso y cubierto de rocío.

—¿Y dónde estamos?

Ralph encogió los hombros.

—Tendremos que encontrar a alguien para preguntárselo —dijo—. Pero si estamos en el lugar equivocado, no hay vuelta atrás. El portal se hizo pedazos detrás nuestro.

Ester parecía preocupada por la revelación.

—No pensemos en eso todavía. Concentrémonos en una cosa a la vez. Tenemos que encontrar al misterioso I.N.

Poco a poco, consiguieron ponerse de pie, todos ellos haciendo muecas por el dolor.

Justo entonces, algo de un color naranja vivo llamó la atención de Oliver. Era un pequeño animal que corría por el campo.

—¿Una ardilla roja? —dijo en voz alta—. Son originarias de Inglaterra.

Ralph levantó las cejas.

—¿Crees que el portal nos llevó a Inglaterra?

—Quizás… —respondió Oliver—. Estad alerta para encontrar más pistas.

Empezaron a caminar por los campos lodosos. A Oliver le dolían mucho las piernas y no podía evitar cojear. Ester le rodeó la cintura con el brazo para apoyarse. Estaba caliente, lo que ayudaba a disipar el fresco del aire.

—Parece invierno —dijo él.

—Si estamos en Inglaterra, podría ser cualquier estación —comentó Ester—.

¿No se supone que allí llueve cada día?

—¡Buena observación! —respondió Ralph.

Mientras andaban, Oliver empezó a sentirse nervioso por su dilema actual.

Estaban agotados, mareados por el viaje en el tiempo, heridos por la caída y no tenían ni idea de dónde los había llevado el portal en el espacio o el tiempo, ¡ni a quién estaban buscando! Realmente las cosas no podían ir mucho peor.

De repente, Oliver vio algo a lo lejos y el corazón le dio un vuelco esperanzado.

—¡Allí! —dijo, señalando hacia delante—. ¿Eso no es una casa?

A través de la niebla pudo distinguir una choza rudimentaria a lo

lejos. De su chimenea salía una columna de humo.

Ester entrecerró los ojos.

—Sí, creo que tienes razón.

Fueron corriendo hacia allí.

Cuando se acercaron, un pequeño edificio se hizo mucho más nítido. Ahora veían que no se trataba de una sola cabaña, sino de varias, como una aldea. Las calles entre ellas eran poco más que caminos de tierra. Los tejados de los edificios estaban hechos de paja. Por su arquitectura, Oliver vio que habían viajado muy atrás en el tiempo, a una época en la que las casas todavía se construían con piedra y madera.

—Hay un hombre —dijo Ralph.

Oliver vio que el hombre los estaba mirando. Estaba de pie al lado de una verja sujetando los mangos de una carretilla de madera. Parecía un granjero, con un gorro de legionario y unas botas grandes de piel manchadas de barro. Su ropa era muy vieja. Oliver intentaba adivinar de qué época debían de ser, pero iba vestido de manera tan sencilla que era imposible decirlo.

—Ve. Habla con él —le ordenó Oliver a Ralph, sabiendo que su cojera solo los estaba frenando e igual de ansioso por descubrir dónde habían ido a parar.

Ralph fue a toda prisa hacia allí, gritando mientras avanzaba:

—¡Perdone! ¡Perdone!

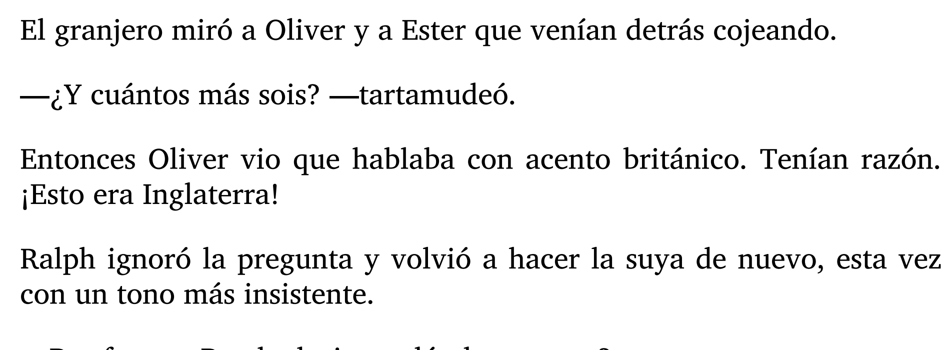
Oliver se esforzaba por oír lo que decía Ralph. Su voz era distante, pero aún podía distinguir las palabras.

—¿Podría decirme dónde estamos, por favor?

El granjero soltó la carretilla en el barro y miró a Ralph con un gesto confundido.

—¿Qué estás haciendo en los campos a esta hora de la mañana?

Oliver se dio cuenta entonces de que se habían ido de Boston por la noche y habían llegado aquí –dondequiera que fuera-al amanecer. Solo sirvió para hacerle sentir más desorientado.



El granjero miró a Oliver y a Ester que venían detrás cojeando.

—¿Y cuántos más sois? —tartamudeó.

Entonces Oliver vio que hablaba con acento británico. Tenían razón. ¡Esto era Inglaterra!

Ralph ignoró la pregunta y volvió a hacer la suya de nuevo, esta vez con un tono más insistente.

—Por favor. ¿Puede decirnos dónde estamos?

—Estáis en Cranbury Park, jovencito –dijo el granjero.

—¿Cranbury Park? —repitió Ralph—. ¿Dónde está eso?

Pero a Oliver le sonaba el nombre. Se exprimió los sesos para descubrir dónde lo había oído antes.

El granjero parecía cada vez más perplejo.

—¿Por qué? Está en Winchester, Inglaterra.

—Winchester… —dijo Oliver. había oído hablar de la ciudad. Había sido la capital de Wessex, cuando Inglaterra estaba dividida en siete reinos. Pero de eso hacía mucho tiempo. Se preguntaba si habían viajado tan hacia atrás—. ¿Se refiere a la capital?

El granjero lo miró, con una expresión de completa confusión.

—No es que yo tenga mucha educación —dijo—. ¡Pero incluso yo sé que Londres es la capital de este bonito país!

Oliver dedujo dentro de su cabeza que no podían haber ido más atrás del siglo doce, cuando Londres se convirtió en la nueva capital.

Ralph se dirigió de nuevo al granjero.

—¿En qué año estamos? —preguntó a toda prisa.

Ahora el hombre frunció todavía más el ceño. Miró a los tres como si fueran seres extraños.

—¿Qué sois? ¿Bru… brujas? —tartamudeó.

Oliver se dio cuenta de que debían de haber ido a parar a algún punto entre los años 1500 y 1600, una época en la que los miedos a la

brujería estaban en el punto máximo. Tres chicos vestidos de forma extraña que salían de un campo neblinoso haciendo preguntas raras seguramente bastaban para aterrorizar a los lugareños en esa época.

—No somos brujas —dijo a toda prisa Oliver, intentando calmar al granjero—.

Somos… er… exploradores. Vinimos en barco desde…

—¡China! —soltó sin pensar Ralph.

La expresión escéptica del granjero fue a menos.

—Ah. Llegasteis en una de esas embarcaciones nuevas de mercancías, ¿no es así?

Oliver asimiló la nueva información. La Marina Real de Inglaterra empezó el comercio con China a finales de los años 1600. Rápidamente lo iba acotando.

Pero ¿a quién estaban buscando? Cranbury Park. Winchester, Inglaterra. A finales de los años 1600. Las iniciales I.N.

Si era alguien importante para los videntes, parecía lógico que aquí también fuera alguien importante. Un aristócrata o un terrateniente.

—¿Dónde está la casa del dueño? –preguntó Oliver al granjero.

El granjero señaló hacia un extenso campo de manzanos.

—Por allí, jovencito. Encima de la colina.

Partieron hacia allí. El cielo empezaba a iluminarse cuando llegaron a los árboles, pero una vez dentro del soto las ramas tapaban la luz. Tuvieron que maniobrar entre las manzanas que se estaban pudriendo en el suelo.

—Ralph —dijo Oliver mientras caminaban—. ¿Puedes contarnos más cosas de la batalla en la escuela? ¿Y de la gente que robó la Esfera?

Ralph se estremeció.

—Fue horrible. Aparecieron de la nada. Como si de alguna manera se hubieran transportado hasta la escuela. Peleamos todos. Profesores y estudiantes por igual.

Entonces todo empezó a temblar y los atacantes desaparecieron de

nuevo, así como así. Entonces fue cuando el Profesor Amatista se dio cuenta de que, de algún modo, habían conseguido entrar en la sexta dimensión y habían robado la Esfera. Y entonces fue cuando el reloj empezó a marcar.

Era horrible pensar en eso. Oliver pensó en sus amigos de la escuela, en el miedo que debían de estar sintiendo ahora. Aún más, sentía la presión del tiempo separándolos de ellos. no tenía ni idea de cuánto tiempo habían pasado en el portal, o si el tiempo corría a diferentes velocidades dentro de la escuela en comparación a fuera de ella. Lo único que sabía era que el tiempo se estaba agotando y debían actuar rápidamente. Tenían que encontrar a I. N. y rescatar la Esfera de Kandra.

Justo entonces, llegaron al final del campo de manzanos y ante ellos se extendía un pasto perfectamente cuidado. En la parte de arriba del pasto, en la cima de una colina, había una hermosa mansión. Era una correcta casa señorial inglesa.

Corrieron por la hierba mojada y fueron a parar a la parte de atrás de la mansión.

Después siguieron las grandes paredes alrededor de la parte de delante, donde había una puerta imponente. Parecía el tipo de lugar en el que viviría un aristócrata, o un rey con centenares de sirvientes. Oliver estaba seguro de que era aquí donde encontrarían a una importante figura histórica como el misterioso I.N.

Al lado de la puerta había una cuerda de campana. Ralph tiró de ella. Desde dentro de la casa pudieron oír el ruido de una campana sonando.

Mientras esperaban, Oliver intercambió una mirada con Ester. Su expresión parecía una mezcla de curiosidad y preocupación.

Tras un instante, la puerta de abrió. Allí había una mujer con un grueso vestido marrón y un delantal. Tenía una expresión desconfiada. De detrás de ella llegaba el olor a fuego de leña y pan acabado de hacer.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Oliver no respondió su pregunta. En su lugar, hizo una.

—¿Está su señor en casa?

—¿Mi señor? —contestó ella—. ¿De parte de quién?

Oliver no sabía cómo responder a esa pregunta. Solo se le ocurrió una cosa que decir y esperaba que tuviera el efecto deseado.

—Nos mandó el Profesor Amatista.

Una mirada de entendimiento brilló en sus ojos.

—El Profesor Amatista. Pues, sí, mi señor me ha dicho que a cualquiera que esté relacionado con el Profesor Amatista se le debe conceder una audiencia de inmediato.

Oliver sintió que el pecho le daba un salto por la emoción.

—Entonces ¿podemos verle?

La mujer negó con la cabeza.

—No, jovencito. Mo está aquí. Acaba de mudarse a Londres.

Una apabullante decepción se apoderó de Oliver.

—¿A Londres? —tartamudeó.

—Podemos preparar un coche de caballos para que os lleve hasta allí —añadió la mujer—. Mi señor dejó muy claro que cualquiera que estuviera relacionado con el Profesor Amatista debía ser llevado hasta él inmediatamente. Permitidme que llame al mozo de cuadra.

Pero antes de que se retirara, a Oliver le asaltó otra pregunta.

—Perdone, ¿podría decirme, por favor… quién es su señor?

La mujer frunció el ceño, evidentemente sorprendida de que estos tres extraños chicos que estaban en su puerta ni tan siquiera supieran a quién estaban buscando.

—Pues —dijo— es Sir Isaac Newton.

CAPÍTULO DIECISIETE

Christopher Blue merodeaba al fondo de la clase de la Sra. Belfry. Sabía que era la profesora favorita de Oliver y eso le enojaba todavía más.

Solo habían pasado unos días desde que Oliver lo había humillado en

la cafetería y, aunque desde entonces no había habido ni rastro de él, Chris todavía echaba humo. Había pasado el tiempo planeando su venganza.

Su amiga Kirsty se inclinó para mirar el garabato enfadado que había hecho rascando en su pupitre.

—¿Ese es tu hermano? —preguntó.

Chris apretó los dientes y asintió.

—Sí. Y esa es su cabeza dando vueltas.

Kirsty se rió.

—Te humilló de verdad el otro día, ¿eh?

Chris levantó la mirada bruscamente. Le lanzó una mirada asesina.

—¿A mí? Fue a ti a quien tiró toda esa comida por encima. ¿O te has olvidado?

Kirsty desvió la mirada.

—No fui yo la que fue derrapando por todo el comedor con el culo al aire.

Chris notó que se le enrojecían aún más las mejillas. Iba a matar a Oliver. En el momento en el que viera a ese mocoso lo iba a hacer polvo. Si es que aparecía, claro. Había dicho unas cosas bastante raras antes de desaparecer, sobre que era adoptado y que nunca volvería a casa. Chris pensaba que todo eso era demasiado bueno para ser verdad. Oliver volvería a aparecer. La pequeña rata llorona siempre acababa haciéndolo.

Justo entonces, el timbre anunció el final de la clase. Chris se puso de pie

rápidamente, dando codazos a los otros estudiantes para apartarlos de su camino mientras iba hacia la puerta dando pisotones.

—Christopher —gritó la Sra. Belfry antes de que saliera de la clase.

Él se giró.

—¿Qué?

Ella hizo un gesto ante su tono brusco pero no le regañó.

«Demasiado débil» —pensó Chris, sonriendo para sí mismo con satisfacción—.

«Incluso los profesores me tienen miedo».

—Solo es que me preguntaba si sabes algo de Oliver —preguntó la Sra. Belfry.

Chris pensó que tenía una vocecilla que le hacía parecer aún más frágil y débil.

No era de extrañar que Oliver y ella se llevaran tan bien. Los dos eran patéticos fracasados.

—No —dijo—, Se fue. Hace días que nadie sabe nada de él.

La Sra. Belfry asintió, con una expresión de melancolía en sus labios.

—De acuerdo. Si sabes algo de él, ¿me lo dirás?

Chris se burló.

—Oh, no se preocupe, estoy seguro de que usted será la primera persona a la que volverá arrastrándose a ver.

Entre las cejas de la Sra. Belfry se formó una arruga. Le lanzó una mirada a Chris que le hizo avergonzarse. Parecía compasión, algo que él detestaba profundamente.

—¿Está todo bien en casa, Chris? —preguntó—. Debe ser duro no saber dónde está tu hermano.

—Me da igual —dijo Chris rápidamente—. Me da igual si no lo vuelvo a ver más.

Entonces se dio la vuelta y salió de la clase hecho una furia antes de que ella pudiera decir algo con su voz sensiblera.

Bajó las escaleras montando un escándalo, apuntando con el codo a las espaldas de las chicas al pasar. Nada le daba mayor placer que hacer llorar a una de esas nenazas con un golpe certero en la espalda.

Saltó los últimos tres escalones y aterrizó pesadamente, después atravesó el pasillo, apartando a los chicos de su camino al pasar.

Salió dando largos pasos del Campbell Junior High a una fresca tarde de otoño.

Entonces chocó contra la espalda de alguien que estaba arriba del todo de las escaleras.

—¡MUÉVETE! —preguntó Chris—. ¡Estás en medio del paso!

El chico se giró y quedó de cara a él. Chris retrocedió. Era el chico más extraño que jamás había visto –con el pelo negro azabache engominado y con un peinado pasado de moda, como si fuera un cantante melódico de baladas. Su piel era blanca como la de un vampiro y sus finos labios no tenían sangre. Tenía una nariz huesuda y las mejillas altas, lo que le daba una expresión extraña y deprimida. Y después estaban sus ojos. De un extraño azul profundo, como zafiros.

—¿Quién cojones eres tú? —soltó Chris.

Él ya conocía a todos los chicos raritos de la escuela. No era posible que este rarito hubiera escapado a su radar.

—Oh —dijo el chico—. Christopher Blue. Justo la persona con la que esperaba encontrarme.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Chris estrechó los ojos.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Entonces se le ocurrió. Este niño raro era uno de los de Oliver, ¿no? Uno de esos bichos raros con poderes. Por eso parecía un vampiro. ¡Seguramente lo era!

El chico extraño sonrió, retorciendo sus finos labios.

—Me llamo Malcolm Malice.

Tenía una voz pija, como la de uno de los chicos de la cara escuela católica del final de la calle. Chris había también había golpeado a unos cuantos de ellos en su momento.

—No me importa quién eres tú —dijo bruscamente Chris—. Yo quiero saber cómo me conoces.

Enfurecido por el desconocido, Chris se lanzó sobre el chico y lo agarró por la parte de delante de su camisa. Enroscó la tela en su puño

y miró al chico a la cara con odio.

El chico miró su camisa arrugada. Cuando su mirada hizo el recorrido de vuelta a la cara de Chris, su expresión había cambiado. Se volvió muy dura y muy fría.

Estrechó sus desconcertantes ojos.

Entonces, de repente, Chris salió volando por los aires. El chico lo había empujado con las manos y lo había lanzado hacia atrás. Bajó los escalones dando vueltas y fue a parar a la gravilla con un golpe seco.

Chris intentó ponerse de pie, pero la gravilla hizo resbalar sus zapatos, haciéndolo caer. El chico bajó las escaleras a una velocidad espantosa. De golpe, estaba acercándose amenazador a Chris. Chris se acobardó, aterrorizado de repente.

—Me han mandado aquí para pedirte ayuda —respondió Malcolm—. En relación a tu hermano, Oliver.

Chris negó con la cabeza.

—No es mi hermano. Y segundo, ¡nunca haría nada para ayudarle!

Malcolm soltó una risita.

—No, no me has entendido. No quiero que ayudes a Oliver. Quiero que me ayudes a mí. Quiero que me ayudes a -¿cómo podría decirlo?- destruir a Oliver.

Chris se quedó parado. Levantó las cejas hasta el nacimiento de su pelo. Desde luego, Malcolm había despertado su interés.

—¿Destruirlo? ¿Cómo? —Bajó la voz hasta un susurro emocionado—. ¿Te refieres a matarlo?

En cuanto dijo la palabra matar notó que una maravillosa ola de alegría lo recorría.

—Pues, sí —respondió Malcolm—. De hecho, a eso me refiero.

Se inclinó y le ofreció la mano a Chris. Chris todavía estaba asustado por el chico y el poder que había demostrado. Pero también estaba intrigado. Le estaban ofreciendo la cosa que más deseaba en el mundo. Matar a Oliver.

Una sonrisa se le dibujó en la cara cuando le cogió la mano a Malcolm

y dejó que tirara de él hasta ponerse de pie.

—Muy bien —dijo Chris—. Hablemos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Oliver casi no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Sir Isaac Newton era uno de sus héroes!

—¿Newton? —tartamudeó—. ¿Cómo el científico? ¿El hombre que descubrió la gravedad?

Desde donde estaba en el umbral, la doncella soltó una risita.

—Bueno, lo que ha descubierto no lo sé, chico, eso escapa a mi cabeza. Pero creo que es un genio de la ciencia. Se marchó de Londres por la plaga y acaba de regresar allí.

Pensar en la plaga ponía las cosas un poco en perspectiva para Oliver. Aunque la misión por encontrar a Isaac Newton era excitante, la Inglaterra del siglo diecisiete era un lugar peligroso. Por no decir insalubre. Había todo tipo de enfermedades que podía contraer. ¡Oliver incluso había leído en un libro de historia que la mayoría de las personas tenían piojos!

La doncella giró la cabeza por encima del hombro y gritó al mozo de cuadra una vez más para que los acompañara.

Al final del pasillo apareció un chico que aparentaba aproximadamente la misma edad que Oliver. Tenía cara de sueño, como si se acabara de despertar, y llevaba unos pantalones cortos marrones de lino que dejaban sus dolorosamente protuberantes rodillas al descubierto.

Oliver sintió un pinchazo de pena por el chico. Él mismo había vivido una vida de miseria. Pero su experiencia de pobreza en la vida moderna era muy diferente a la experiencia de pobreza de este chico. Como mínimo, no le habían obligado a ganarse el sustento.

El chico fue apresuradamente hacia la doncella.

—¿Sí, Señorita Dean?

—Estos son conocidos del Maestro Newton —anunció, adoptando un tono innecesariamente brusco con el chico—. Tienen que ser llevado a Londres de inmediato. Por expreso deseo del Profesor Amatista.

Al nombrar al director, el chico abrió los ojos como platos. Estaba claro que el Profesor Amatista era una leyenda por aquí. Tan solo mencionar su nombre provocaba ondas.

—Voy a buscar el carro y al conductor ahora mismo, señora — tartamudeó.

Hizo una reverencia y se dio la vuelta para irse. Pero antes de que hubiera dado un paso, la doncella alargó el brazo y le dio una torta en la cabeza, haciéndolo caer.

Oliver hizo un gesto de dolor.

—¡La próxima vez que te mande venir lleva puesta tu gorra! —gritó la doncella.

—sí, señora, lo siento, señora.

El chico desapareció en las sombras.

Todo aquel diálogo hizo que Oliver se sintiera fatal. El chico ya parecía medio muerto de hambre. Lo mínimo que merecía era una palabra amable. Se sentía sumamente agradecido por haber nacido en un momento de la historia en el que los niños ya no estaban obligados a trabajar.

Cuando la doncella se dirigió de nuevo a Ester, Ralph y Oliver en la puerta, su comportamiento volvió a ser amable. Sonrió.

—¿Queréis pasar a tomar el té?

Lo último que quería hacer Oliver era pasar el tiempo con alguien que trataba a los demás de forma tan cruel.

Estaba a punto de rechazarlo cuando la doncella añadió:

—La señorita no tiene muy buen aspecto.

Oliver miró a Ester. Estaba muy pálida y se mecía de un lado al otro.

—Se hizo daño en la cabeza —explicó él. Miró a Ester a los ojos—. ¿Estás bien?

Ester volvió de golpe al momento, como si despertara de una pesadilla.

—Sí. Sí, estoy bien —Se frotó la barriga—. Viajar me provoca náuseas.

Oliver aceptó su explicación pero todavía no estaba seguro. Ester sencillamente no parecía la misma.

Justo entonces, oyeron el ruido de las pezuñas de los caballos y todos se giraron desde la puerta para mirar detrás de ellos.

El carruaje apareció por la esquina, tirado por dos caballos de color negro azabache. El jinete, un caballero que llevaba una chistera y tenía un bigote muy grande, les lanzó un gesto poco impresionado antes de dar un brinco desde su asiento.

—Ya está aquí el carruaje —dijo la señora, sorprendida.

—El chico dijo que era una urgencia —dijo el conductor.

La doncella asintió.

—Órdenes del Profesor Amatista.

El conductor dejó de fruncir el ceño de inmediato.

—Ah. Ya veo.

Les hizo un gesto a los tres para que se acercaran.

Mientras lo hacían, la doncella exclamó:

—¡Aseguraos de que os mantenéis alerta cuando lleguéis a la ciudad! Es un lugar indecente. Lleno de carteristas y malhechores.

Después se metió dentro y cerró la puerta.

Ester, Ralph y Oliver subieron al carro de caballos, donde el conductor les sujetaba la puerta abierta. Cogió a Ester de la mano y la ayudó a entrar, después se apartó para que Ralph y Oliver entraran por ellos mismos.

—Puf, caballerosidad —murmuró Ester.

Una vez los tres estuvieron sentados el conductor aseguró la puerta y subió delante de nuevo. Tomó las riendas de los caballos y tiró de ellas. Con un relincho, los caballos se pusieron a trotar. Oliver notaba que el carruaje se sacudía. Las ruedas chirriaron. Estaban en movimiento.

—Isaac Newton —murmuró en voz baja, incrédulo.

Estaba muy emocionado por conocer a uno de sus héroes de todos los tiempos.

Había aprendido sobre él en clase y leyendo su libro de inventores. Su niñez era inspiradora. De bebé, no se esperaba que viviera y, de niño, tuvo que esquivar a los abusones, igual que Oliver. Había encontrado consuelo en inventar cosas – otra cosa que tenían en común-construyendo maquetas como relojes de sol y molinos de viento. Estudió en la mejor universidad de Inglaterra, Cambridge, reconstruyó el telescopio y escribió su texto entres volúmenes sobre las leyes de la física, que incluía su revolucionario descubrimiento de la gravedad. ¡Y ahora Oliver iba a conocerlo!

Pensó en la línea de tiempo. En 1690, Newton había terminado la parte principal de su trabajo. De hecho, estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Pero una vez se recuperara de eso, procedería a recibir su título de caballero, el primer científico en hacerlo, y convertirse en Sir Isaac Newton.

A Oliver le rondaban muchas preguntas por la cabeza. Estaba impaciente.

CAPÍTULO VEINTE

Dentro del carruaje que se movía suavemente, Oliver miraba a Ester. Se había quedado dormida casi de inmediato, el movimiento de vaivén lo llevó hasta la inconsciencia. Oliver no podía evitar preocuparse. Cuando habían caído del portal ella había estado inconsciente durante un largo minuto. ¿Y si la caída la había herido de alguna manera que no se veía? Él había oído que eso pasaba, cuando la gente se daba un golpe en la cabeza y parecían estar bien, pero más tarde caían muertos. Tampoco la podían llevar a un hospital. ¡No existirían por lo menos durante cien años más!

—¿Qué pasa, Oliver? —preguntó Ralph.

Oliver volvió de golpe a la realidad. Miró a la cara a su amigo.

—Estoy preocupado por Ester.

Ralph asintió.

—Debo confesar que fue una sorpresa cuando escapó.

Eso no era de lo que Oliver hablaba pero ahora que Ralph lo había mencionado, Oliver se preguntó de repente si podría saber más cosas

acerca del por qué Ester había dejado la escuela. Quizá podría atar cabos.

—¿Sabes por qué se fue? —preguntó Oliver.

Ralph negó con la cabeza.

—No lo dijo. Al principio estaba bien. Quiero decir, después de que tú te fueras.

Estaba un poco deprimida pero, por otro lado, todos lo estábamos.

—¿Qué cambió? —preguntó Oliver.

Ralph se tocó la barbilla, reflexionando.

—No estoy del todo seguro. Tuvo unas cuantas reuniones con el Profesor Amatista. Después de eso, estuvo muy callada. Después, un día, desapareció y los profesores anunciaron que había abandonado la escuela.

Oliver pensó en las palabras de Ralph. Ester no le había dicho nada de ninguna reunión con el director. Estaba claro que algo de lo que habían hablado la había molestado. Se preguntaba qué podría haber sido. Más que para atar cabos, las palabras de Ralph solo habían servido para que el hecho de que Ester dejara la escuela fuera aún más misterioso. A no ser que la respuesta fuera realmente el amor. Ese pensamiento hizo que se le encendieran las mejillas.

—Estoy muy contento de que estés aquí, Ralph —dijo entonces Oliver —.

Aunque sea bajo circunstancias tan terribles.

—Yo también me alegro de verte —sonrió Ralph—. La escuela no es lo mismo sin ti.

Al mencionar la Escuela de Videntes, Oliver comprobó su medallón por instinto.

Todavía estaba frío. Si no encontraban pronto la Esfera de Kandra, quizá nunca volvería a ver su querida escuela.

Vio que Ralph estaba jugueteando con algo. Era el cuchillo Obsidiano, el arma ilegal de los videntes canalla.

—¿Por qué crees que el Profesor Amatista tiene eso? —preguntó

Oliver—. Si es peligroso e ilegal, como tú dices que es, ¿qué iba a hacer con él?

Ralph retorció los labios.

—Supongo que la tiene a buen recaudo para que no caiga en las manos equivocadas. Debo confesar que tenerlo me parece una enorme responsabilidad.

—Como mi brújula —dijo Oliver, sacándola. Se la enseñó a Ralph por primera vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Ralph, mirándola asombrado.

—Me la dio Armando. Después conocimos a un vidente en la Universidad de Harvard que nos dijo que es tecnología de videntes. Se supone que adivina el futuro. Estábamos siguiendo sus pistas. Yo pensaba que me estaba llevando hasta mis padres.

El corazón se le hundió de golpe cuando se percató de que la misión de encontrar a sus padres se había quedado a medio camino. Tendría que sacrificar su propia meta personal por el bien de la escuela.

En voz baja, añadió:

—Pero supongo que eso ya no importa.

Se guardó la brújula de nuevo en el bolsillo de su mono. Si sobrevivía a esta misión, rescataba la Esfera de Kandra y salvaba la escuela, volvería a sacarla y retomaría su búsqueda. Pero por ahora, los apartaría –a ella y a sus padres-de su mente. Ahora había cosas más grandes en juego.

Oliver miraba desde el interior de la diligencia, observando cómo la campiña inglesa daba paso a la ciudad. Estaba más abarrotada, con gente deambulando en las calles extremadamente estrechas y los caballos cruzando por ahí. El carruaje redujo la marcha considerablemente a causa de todo el ajetreo, y eso les permitió tener aún más tiempo para inspeccionar la ciudad.

Oliver lo había leído todo sobre Londres en esta época. En los libros de historia, parecía un lugar espantoso lleno de pobreza y enfermedad, y verla en directo la hacía incluso peor. Las calles estaban llenas de mendigos. La gente caminaba por las sucias aceras con los pies descalzos y ropa andrajosa, llevando canastos de mimbre grandes y pesados llenos de mercancías para vender –de todo desde cerillas a

roas y a ostras. Oliver vio un grupo de niños que no podían tener más de seis años, con la cara cubierta de hollín, que llevaban unas escobas largas para chimeneas, a los que un hombre de aspecto mezquino espantaba con un palo para que subieran por una escalera de madera tambaleante.

Ralph se estremeció.

—Este lugar es horrible.

—Y también huele mal —dijo Oliver, arrugando la nariz, justo cuando una mujer abrió la ventana y arrojó el contenido de su orinal a la calle.

Desde su posición superior a la de ellos, el conductor gritó:

—Estos son los barrios pobres de St. Giles. No abráis las ventanas. Aquí es donde empezó la plaga.

Oliver tragó saliva.

Llegaron a un puente y empezaron a cruzar el río Támesis. estaba completamente abarrotado de barcos, desde pequeñas barcas pesqueras hasta barcos mercantes de madera más grandes. Y el hedor era horrible. Oliver recordó haber leído que el río estaba muy contaminado y a menudo se usaba para verter desechos, comida podrida e incluso cadáveres. Y, aun así, en las orillas había un montón de gente aseándose y lavando su ropa. La náusea le revolvió el estómago. Intentaba no respirar muy profundamente.

Una vez llegaron al otro lado, pasaron por delante de un grupo de hombres con picos que cavaban el suelo.

—Están colocando tuberías —gritó el conductor—. Esto bombeará agua desde los embalses directamente a las casas de las personas. ¿Podéis imaginar algo así?

Continuaron avanzando y un tipo de Londres muy diferente apareció ante ellos.

estaba claro que esta parte era para las personas acomodadas. Las calles estaban llenas de caballeros de apariencia rica. Pasaron por delante de hermosos parques con rosales y podas ornamentales. Los edificios parecían mucho más macizos, aunque muchos de ellos tenían el mismo estilo Tudor que los de las partes más pobres. Oliver apenas podía creer la cruel diferencia entre como vivían los ricos y los pobres

en la ciudad. La vida había sido verdaderamente desagradable para sus antepasados.

Justo en ese momento, el carruaje se detuvo. Oliver echó un vistazo por la ventana y vio la gran casa señorial que tenían delante. Ester despertó de golpe.

—Hemos llegado —le dijo Oliver suavemente.

Ella se quitó el sueño de los ojos y, a continuación, miró por la ventana.

—Guau. Londres es hermosa.

Ralph y Oliver intercambiaron una mirada cómplice.

El conductor bajó del carruaje de un salto y les abrió la puerta. Una vez más, tendió su brazo para ayudar a bajar a Ester pero dejó que los "hombres" bajaran del carruaje por sí solos.

Se agruparon en la acera y miraron fijamente al edificio que tenían delante. Era una casa de piedra ancha con el techo de paja y ventanas que sobresalían hechas de pequeñas hojas de vidrio con forma de cubo unidas con varillas de hierro. Un par de escalones llevaban hasta una puerta de madera oscura, que también estaba enrejada con hierro negro. Tenía una altura de poco más de metro y medio y había una aldaba de oro pulida para que brillara. Era evidente que era la casa de una persona adinerada. Estaba a años luz de los endebles edificios de madera que habían visto en los barrios pobres.

—Allá vamos —dijo Oliver.

Juntos, los tres amigos se dirigieron hacia la puerta. Oliver tomó la pesada aldaba en sus manos y dio tres golpes con ella.

Un instante más tarde, un mayordomo abrió la puerta. A diferencia de la casa señorial de campo de Newton, iba vestido con ropa elegante y parecía muy vanidoso. Los miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—¿Sí?

Oliver tragó saliva.

—Estamos aquí para ver al Maestro Newton.

El mayordomo sonrió con superioridad.

—Oh, ¿en serio? ¿Y qué va a querer el Maestro Newton de tres niños como vosotros?

—Nos manda el Profesor Amatista.

En el momento en el que Oliver lo dijo, la expresión del mayordomo cambió. se puso muy serio y el tono sarcástico desapareció de golpe.

—En ese caso, entrad. Entrad.

Los hizo pasar y cerró la puerta tras ellos.

Oliver echó un vistazo a la entrada principal de la casa de Newton en Londres.

Era una habitación con paneles de madera, bastante lujosa con una extensa

cantidad de obras de arte europeas adornando las paredes. El olor a fiambres y especias colgaba en el aire.

—Por aquí se va al salón —dijo el mayordomo.

Los tres lo siguieron a toda prisa por un oscuro pasillo, iluminado solo por un par de candelabros. Al final, se detuvieron al lado de una puerta cerrada. Del otro lado venían ruidos de escandalosa alegría.

Oliver frunció el ceño con curiosidad.

—El Maestro Newton se está divirtiendo —explicó el mayordomo. Después, añadió de forma algo fría—: Otra vez.

Abrió la puerta. Del salón salió el olor a humo de puro y a troncos quemándose.

Oliver estiró el cuello para ver dentro de la habitación pero la espalda del mayordomo le tapaba la visión.

—Maestro Newton —oyó que anunciaba la voz del mayordomo—, tiene invitados. Los manda el Profesor Amatista.

Se oyó una voz sofocada, cuyas palabras Oliver no pudo distinguir, pero el tono era claramente emocionado. Entonces el mayordomo se dio la vuelta y les hizo una señal para que se acercaran.

—El Maestro Newton os recibirá ahora.

Oliver tragó saliva. Ya estaba. Estaba a punto de verse cara a cara con el famoso Sir Isaac Newton.

Calmó sus nervios y entró en el salón.

Y lo que vio lo dejó sin aliento.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Chris siguió al chico por los desconocidos callejones.

—¿Me puedes decir otra vez dónde vamos? –preguntó.

—A un lugar secreto —respondió Malcolm—. Un lugar oculto de los humanos.

Chris frunció el ceño confundido, pero asintió de todos modos.

—¿Y cómo me dijiste que te llamabas?

Pero Malcolm no contestó.

Chris se estremeció. Si este chico no le hubiera atraído con la promesa de acabar con Oliver, a estas alturas ya hubiera escapado. Era extraño y sus grotescas maneras hacían que Chris se sintiera todavía más incómodo. Las cosas de las que hablaba –poderes, viajes en el tiempo y esferas mágicas-hacían que a Chris le diera vueltas la cabeza. Por no hablar del hecho de que lo estaba llevando por unas calles laterales de Nueva Jersey a barrios a los que incluso a Oliver le intimidaba aventurarse.

Llegaron a lo que parecí la parte trasera de un restaurante chino. Malcolm golpeteó la puerta con los nudillos. Mientras esperaba a que le dejaran entrar, se giró y sonrió a Chris. Chris notó que se le erizaba la piel. Podría jurar que los ojos del chico destellaban a la luz de la luna.

La puerta se abrió chirriando y un hombre con un delantal sucio miró desde dentro. Cuando vio a Malcolm, le hizo un gesto para que entrara. Chris se coló tras él, con la sensación de que potencialmente estaba cometiendo un enorme error.

Dentro, olía a aceite y arroz. Decididamente era un restaurante. Chris se preguntaba por qué Malcolm lo había traído hasta aquí. Pero en lugar de llevarlo hasta la cocina o el comedor, Malcolm empezó a subir por una oscura escalera de caracol. Chris tragó saliva y le siguió.

—¿Deseas la oportunidad de vengarte de Oliver para siempre? —preguntó Malcolm mientras daban vueltas, vueltas y más vueltas mientras iban más y más arriba.

—Sí —dijo Chris.

Empezaba a sentirse un poco mareado con tantas vueltas.

—¿Y eres lo suficientemente valiente para hacerlo? ¿Cuándo llegue el momento?

Chris cerró las manos en puños. De eso, no tenía ninguna duda.

—Sí, mataré a ese mocoso a la primera de cambio.

Malcolm llegó arriba del todo de las escaleras y abrió de golpe una gran puerta de acero. Un aire frío picó las mejillas de Chris. Vio que Malcolm desaparecía por la puerta.

Temblando, le siguió.

Estaban en un tejado, mirando desde arriba a aquel barrio de Nueva Jersey en decadencia.

Chris vio que Malcolm se subía al borde del tejado y daba un paso hacia la pared.

—¿Qué haces? —exclamó Chris, corriendo hacia él.

El viento aquí era violento. Bastaría una fuerte ráfaga para llevarse a Malcolm.

El extravagante chico giró de forma elegante sobre la parte trasera del pie, como si fuera una bailarina. Chris hizo una mueca. Estaba claro que era un chico peculiar.

—Si quieres mi ayuda para destruir a Oliver —dijo Malcolm—, tendrás que hacer un acto de fe.

—Ya te dije que lo haría —dijo Chris—. Ahora sal de la cornisa.

Pero en lugar de saltar, Malcolm le mostró la mano abierta a Chris.

—Piensa en esto como un ejercicio de confianza.

Chris negó con la cabeza.

—Ni hablar. No voy a subirme ahí.

Malcolm hizo puchero.

—¿Eres un miedica?

—No —rebatió Chris de inmediato—. Solo soy inteligente.

Malcolm sonrió diabólicamente.

—No te caerás. Lo prometo. Confía en mí.

A Chris no le gustaba que le llamaran miedica. En especial este bicho raro delgado que hacía piruetas como una bailarina y hablaba como un caballero victoriano.

Puso un pie en la cornisa. Apareció la vista de la calle que había abajo e hizo que se le removiera el estómago. Ignoró los impulsos naturales de su cuerpo por apartarse del peligro y se subió a la cornisa al lado de Malcolm.

—Ya está —dijo Malcolm—. Te dije que no caerías. Lo único que te hacía falta era un voto de confianza.

Después, en un movimiento repentino, tiró de la mano de Chris, haciendo que ambos se desviaran al lado del edificio.

Cuando Chris colgó en el vacío, empezó a chillar.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El salón de Isaac Newton era espacioso, con una gran chimenea, un mobiliario elaborado y todo tipo de obras de arte. También estaba lleno de gente. Al parecer, Oliver y sus amigos habían interrumpido una especie de velada.

El hombre tenía el mismo aspecto que en los libros de historia. El pelo largo, ondulado y canoso. La nariz puntiaguda. Un pequeño hoyuelo en la barbilla.

Llevaba una chaqueta de seda marrón y unos calcetines blancos que le llegaban hasta las rodillas. Oliver estaba profundamente asombrado al verlo.

—Entrad, entrad —dijo Newton. Señaló a una mesa donde había diferentes tipos de teteras—. Tés de China. Por favor, dejadme que os sirva algo.

Oliver negó con la cabeza.

—Ah, no, nosotros no estamos aquí por el té, nosotros…

Newton interrumpió.

—¿Habéis probado alguna vez los plátanos? —Les ofreció una bandeja de plata sobre la que había unos plátanos pequeños y magullados, elegantemente presentados como si fueran las cosas más increíbles del mundo—. Han empezado a traerlos desde China. Tienen un sabor bastante suave. ¡Vale la pena!

Oliver negó con la cabeza de nuevo. No había tiempo para té y plátanos, ¡no cuando la escuela estaba en peligro!

Pero Newton parecía no tener ninguna prisa. Estaba eufórico por lo que parecía, yendo de un sitio al otro, desapareciendo entre grupos de hombres y nubes de humo.

Oliver recordaba lo que había leído sobre el regreso de Isaac Newton a Londres tras estar años en su casa escribiendo su libro de texto. Era un momento apasionante para él, en el que cada vez era más y más distinguido, se movía en círculos más grandes y era venerado entre algunas de las más grandes mentes del mundo. Este era su apogeo, justo antes de su caída. No era de extrañar que pareciera tan inquieto.

—¿A dónde fue? —preguntó Ester, acercándose a Oliver.

—Allí, al lado de la chimenea —dijo Ralph, señalando.

Newton saludó con la mano, haciéndoles un gesto para que fueran hacia allí.

—Estos son dos de mis amigos más cercanos.

Los hombres se levantaron del lujoso sofá y saludaron con la mano a Oliver, Ralph y Ester cuando Newton los presentó.

—John Locke, un fabuloso filósofo. Y este es Nicolas Fatio de Duillier. Ha venido desde Suiza. Él es un…

—… matemático —terminó Oliver susurrando anonadado.

Había oído hablar del hombre en su libro de inventores y era impactante estar delante de él. Estaba anonadado.

—Usted inventó el reloj mecánico —le dijo Oliver a Nicolas Fatio de

Duillier—.

O por lo menos, lo hará pronto.

Nicolas Fatio de Duillier parecía muy sorprendido.

Newton frunció el ceño.

—¿Cómo puede saber eso un chico joven? —Después chasqueó los dedos como si se hubiera dado cuenta—. Claro. Sois videntes. Viajeros en el tiempo. Ya lo debéis saber todo sobre nosotros.

Se hacía extraño oír a Newton hablar de videntes y de viajes en el tiempo como si fuera saber popular. Pero sabía que era cosa del Profesor Amatista, que el director solo elegía a las mentes humanas más brillantes para aprender sobre los videntes; Armando, el guía de Oliver y, evidentemente, Newton. Las mentes de la mayoría de los otros humanos explotarían con un conocimiento así, pero no grandes inventores como ellos.

Aun así, era extraño descubrir que Newton, un hombre sobre el que había

aprendido en la escuela, realmente poseía conocimiento sobre videntes. Oliver intercambió una mirada con sus amigos. Esto era muy surrealista.

—Cuéntame… —dijo Newton—. ¿Descubro alguna otra cosa revolucionario durante mi vida? —Después negó con la cabeza a toda prisa—… No, no. ¡No lo fastidies! No debería saberlo.

—¿Se encuentra bien? —dijo Ester en voz baja.

Oliver no podía culparla. Newton parecía un poco raro. Pero teniendo en cuenta las cosas que había descubierto, se le podía perdonar. Se necesitaba una mente muy singular para resolver las cosas que había resuelto.

—¿Os vais a quedar mucho tiempo? —preguntó Newton—. Esta noche hay una pelea de gallos. Podríamos ir a verla en la plaza de la ciudad.

—¡Y peleas entre perros y osos! —exclamó Locke.

Oliver negó con la cabeza.

—No. Er. No creo que tengamos tiempo para… deportes.

Fatio de Duillier habló a continuación, con un marcado acento europeo.

—Un joven con gustos más refinados, tal vez. ¿Quizá deberíamos frecuentar el teatro esta noche? Están haciendo una obra de la que se rumorea que sale un intérprete femenino. ¿O debería decir actor-a? En cualquier caso, es bastante revolucionario. Por mi parte, me gustaría ver cómo se las arregla esa monada.

Ester hizo una mueca. Oliver le lanzó una mirada comprensiva.

Ralph olfateó.

—¿Qué es ese olor? —dijo en voz baja.

El desodorante no existe en los años 1600 —explicó Oliver bajito.

Ester hizo muecas.

—¿Quieres decir que han inventado un telescopio que puede ver las estrellas, pero no se han percatado de las ventajas de bañarse? —susurró.

Oliver encogió los hombros.

—Así que os mandó el Profesor Amatista—dijo entonces Newton—. Supongo que es por algún que otro invento. Siempre manda estudiantes viajando atrás en el tiempo para verme durante periodos de peligro leve.

Se rió entre dientes.

—Es más que un peligro leve —intentó decir Oliver, pero Newton ya estaba saliendo del salón, de espaldas a Oliver. Oliver fue dando saltitos para alcanzarlo. Los otros le siguieron.

—Discúlpeme —dijo Oliver—. Maestro Newton.

Pero el inventor iba andando a grandes pasos por el pasillo bastante rápido, sin prestarle atención. Los tres intercambiaron una mirada y aceleraron el paso para alcanzarle.

Él desapareció tras una puerta. Cuando entraron detrás de él, a Oliver se le cortó la respiración por la sorpresa.

Habían entrado en un laboratorio. Encima de las estanterías había varias copias acabadas de imprimir de Philosophiæ Naturalis Principia

Mathematica, el famoso texto de Newton que acabaría por convertirse en el texto explicativo sobre la física en los siglos venideros. También había varias pizarras a un extremo de la pared, cubiertas de fórmulas, una de las cuales, Oliver reconoció, era la fórmula de la gravitación de Newton.

Pero esas no fueron las cosas que sorprendieron a Newton. Lo que sorprendió a Oliver fueron los elementos evidentemente mágicos del laboratorio de Newton.

Sobre la gran mesa del centro había una serie de vasos de precipitación y tubos, con pequeñas llamas debajo. El aparato resoplaba y zumbaba. Parecía que Newton había preparado algún tipo de experimento trabajando con diferentes aleaciones de metales, calentándolos y enfriándolos. Nunca había leído nada sobre que Newton trabajara con metales.

—¿Para qué es eso? —preguntó Oliver, sorprendido.

—Ah, sí —dijo Newton—. Esta es mi ocupación más reciente. La alquimia.

Oliver se quedó sin aliento. Él sabía que la alquimia era parecida a la magia. Los que la estudiaban normalmente intentaban transformar un metal en otro –el hierro en oro, por ejemplo. No tenía ni idea de que a Newton le interesara.

—Estoy tratando de descubrir el elixir de la vida —dijo Newton—. De la inmortalidad. La mayoría de los hombres que están aquí está noche forman parte de mi Gremio de Alquimistas. Bien… tú lo sabrás. ¿Lo logro o no lo logro?

Oliver encogió los hombros.

—No estoy seguro, si le soy sincero. Si lo logra, no es algo de lo que se haya hablado.

Newton se dio golpecitos en la barbilla.

—Interesante. Quizá me quede mis descubrimientos para mí. O tal vez mi teoría de la gravedad se considere más importante.

Empezó a correr, haciendo girar a su paso unas esferas que colgaban del techo.

—Últimamente he llegado a la conclusión de que la tierra es un

esferoide achatado —anunció.

Ester levantó las cejas.

—¿Quiere decir que el mundo es redondo?

A Newton le chisporrotearon los ojos.

—¡Pues claro! Es bastante lista para ser tan hermosa.

Ester puso su cara de poco impresionada. Cruzó los brazos.

—He oído que la iglesia no está muy contenta con usted.

Entonces Newton pareció deshincharse.

—No todo el mundo acepta mis teorías. Pero lo único que hago con mi trabajo es intentar comprender la creación e Dios. Por ahora, estoy haciendo un gran avance con mi alquimia. Mirad, esta es la receta del mercurio sófico.

Oliver miró por encima del hombro el montón de papeles que Newton le mostraba. Estaba estupefacto. Allí debía de haber más de un millón de palabras – palabras que Oliver sabía que nunca se publicarían. Se preguntaba por qué el exhaustivo trabajo de Newton sobre la alquimia nunca vería la luz del día. ¿A causa de lo que había descubierto? ¿O a causa de que no había descubierto nada?

—Mirad, estoy estudiando estos textos antiguos —dijo Newton—, en relación a explorar la naturaleza de la materia —Señaló el experimento que estaba preparado sobre la mesa—. Destilando mercurio y calentándolo con oro repetidamente, he creado esta aleación. Mirad sus delicadas ramas. Como las de un árbol. El metal cobra vida.

A Oliver todo esto le fascinaba mucho. ¿Quizás había algo aquí en este laboratorio que Newton estaba estudiando y que los ayudaría en su búsqueda de la Esfera? ¿Algo que estuviera en la frontera de los reinos de la ciencia y la magia? Para empezar, tenía que haber habido una razón concreta por la que el Profesor Amatista quisiera que encontraran a Newton. de hecho, Ralph había parafraseado sus palabras así: “Solo hay una persona en el universo que pueda ayudar”.

—Señor, el Profesor Amatista nos envió aquí en busca de su ayuda —explicó Oliver—. Han robado la fuente de poder de nuestra escuela. Si no la devuelven dentro de veinticuatro horas, la escuela se

desmoronará.

Newton susurró:

—¿Y el Profesor Amatista pensó que yo podría ayudar?

Parecía preocupado y fue como paseando hasta la ventana, por donde entraban unos fuertes rayos de luz. Delante de ella había un objeto extraño; una gran vara de latón con un trozo de cristal con una forma rara pegado a él. Hizo girar el cristal sin prestar mucha atención. De repente, los colores del arcoíris salieron a chorro en diferentes direcciones por toda la habitación. Era hermoso. Todos se quedaron sin aliento.

—¿Qué es eso? —preguntó Ralph.

—Mi más reciente invento —explicó Newton—. Me refiero a él como óptica.

Usando el concepto de la alquimia, de descomponer un material en las partes que lo componen, he descubierto que el color en realidad es una propiedad de la luz.

He hecho muchas de estas cosas —señaló al cristal— de formas y tamaños diferentes para ver si hay diferentes propiedades dependiendo de cuál. Mirad, aquel prisma encima de la mesa es uno.

Oliver fue hacia allí e inclinó el prisma de cristal hasta que cogió la luz. De inmediato, salieron más colores del arcoíris de él, como rociando la mesa.

—¿Este también es uno? —preguntó Ester.

Estaba sujetando un catalejo.

—Sí —Newton negó con la cabeza—. Pero este no funcionó nunca.

Ester se lo acercó al ojo.

—Para mí sí que funciona.

Newton tenía una mirada de asombro.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ves?

De repente, se animó mucho y fue corriendo hacia ella.

—Arcoíris —dijo Ester—. Por todas partes.

Se lo pasó a Newton. Él miró a través del catalejo. Pero sus hombros se desplomaron por la decepción.

—te equivocas. Todavía no funciona. Este es un fracaso.

—No me equivoco —refutó Ester—. Yo sé lo que vi. Verá, démelo.

Newton se lo pasó y ella volvió a mirar.

—Sí. Decididamente hay arcoíris.

—Déjame intentarlo —dijo Oliver.

Ella se lo pasó. Él miró. En efecto, el laboratorio de Newton se llenó de los colores del arcoíris de repente.

—Ella tiene razón —dijo—. Funciona. Por lo menos, para nosotros.

Ralph fue hacia allí y miró por el catalejo. Asintió para confirmarlo. Los tres videntes podían ver a través del catalejo.

—Creo que ha inventado una pieza de tecnología para videntes, Maestro Newton

—dijo Oliver, sonriendo.

—¿Quizá sea eso para lo que nos envió el Profesor Amatista? —sugirió Ester—.

¿Algo a través de lo que solo los videntes pueden ver?

Newton chasqueó los dedos de golpe, como si hubiera tenido un momento de inspiración.

—La escuela oculta.

Oliver frunció el ceño e intercambió una mirada con sus amigos.

—¿La qué?

—¡La escuela oculta! —repitió Newton—. Se rumorea que es un lugar de magia, justo aquí en Londres. Yo y el resto de la sociedad de la alquimia hemos estado intentando seguir pistas para encontrarla, sin suerte. Se dice que está escondida a la vista del ojo humano.

Oliver abrió los ojos como platos.

—¿Pensáis que esto podría llevarnos hasta ella? ¿Podemos ver la escuela a través de él quizás?

Oliver fue corriendo a la ventana, emocionado de repente. ¡Puede que fuera eso!

Alzó el catalejo hacia la ventana y miró a través de él. Ahora todo tipo de colores bañaban las calles. Era una vista impresionante.

—¡Allí! —gritó Oliver—. ¡En el horizonte! Veo algo brillante.

Los otros fueron corriendo hacia allí. Tomaron turnos para mirar a través del catalejo, inspeccionando el extraño brillo a lo lejos.

—Sea lo que sea —dijo Oliver—, está claro que es mágico.

La esperanza creció en el pecho de Oliver.

—¿Pensáis que podría ayudarnos a encontrar la Esfera de Kandra?

—Sí, tal vez —le dio la razón Ralph—. O, tal vez, si encontramos la escuela oculta habrá gente allí que pueda ayudarnos.

—Deberíamos investigar —sugirió Ester—. Por ahora, es la mejor pista que tenemos.

Oliver asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Llevadme con vosotros —dijo Newton—. Si es la escuela oculta, quiero verla.

Oliver se mordió el labio, preocupado de repente. Si la escuela estaba oculta a los ojos humanos, debía de haber una buena razón para ello. Y si Newton no podía ni siquiera usar el catalejo que él había inventado, ¡debía de haber una razón aún mejor!

—Primero iremos solo nosotros tres —explicó Oliver—. Después volveremos y le contaremos si encontramos o no la escuela. Además, usted está ocupado con sus invitado, ¿no es así?

Newton hizo un pequeño puchero.

—Tenéis razón. Pero regresaréis, ¿verdad? ¿Y me contaréis lo que encontrasteis?

—Por supuesto —exclamó Oliver. Alzó el catalejo—. Tenemos que hacerlo de todos modos, para devolver esto.

Newton asintió, aunque parecía decepcionado por no poder ir con ellos a encontrar la escuela. Los llevó hasta el pasillo y los dejó a cargo de su mayordomo.

—Fue maravilloso conoceros a todos —dijo Newton—. Regresad cuando no estéis en una misión arriesgada. No llegasteis a probar el plátano.

El grupo fue andando hasta la puerta.

—Lo haremos —le prometió Oliver a Newton—. Tiene mi palabra. Tan pronto

como hayamos salvado la escuela.

—¡Buena suerte! —dijo Newton.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Chris estaba tumbado sobre su espalda. Se tocó el tronco, las piernas, la cabeza.

Estaba entero.

Recordó la aterradora caída desde el tejado y se incorporó, parpadeando sorprendido. ¿Estaba muerto? ¿Era esto el infierno? Parecía que estaba en una habitación muy oscura.

—Estás despierto —se oyó la voz de Malcolm. Parecía rodearlo, viniendo de todas direcciones.

Chris miraba en la oscuridad.

—¿Dónde estás?

—No podrás verme —respondió Malcolm—. Eres humano. Hay un velo sobre tus ojos.

—Pues quítamelo —tartamudeó Chris—. Me estoy asustando.

Oía el clic-clic-clic de los pasos de Malcolm sobre lo que parecía un suelo de mármol. Pero Chris no veía nada.

—Solo hay una forma de quitar el velo —dijo Malcolm—. Y es que te

unas a nosotros.

—¿Que me una a quién?

—A nosotros. A este lugar. A la Escuela de los Obsidianos.

A Chris le daba vueltas la mente. No tenía ni idea de qué estaba hablando Malcolm.

—Vale. Lo que sea. Pero déjame ver.

De repente, la cara de Malcolm apareció ante él, solo a dos centímetros de distancia. Parecía que la iluminaba la luz de las velas, aunque Chris no veía ninguna vela.

—Primero tendrás que firmar este contrato —dijo Malcolm.

Chris notó un trozo de pergamino en sus manos y una pluma de oro. Entonces Chris se dio cuenta de que la luz venía de la pluma.

Sin ni siquiera leer lo que estaba firmando, agarró con fuerza la pluma en su puño y garabateó su nombre rápido sobre el pergamino.

De golpe, la luz resplandeció en la habitación, tan brillante que Chris tuvo que protegerse los ojos. Cuando por fin los abrió de nuevo, pudo ver por primera vez donde estaba.

Parecía un salón de baile, con suelos de mármol negro y brillante y paredes con paneles de madera oscura. El techo era muy alto y había varias escaleras de gran envergadura que subían hasta unas puertas y pasarelas. Justo arriba del todo del techo, directamente en el centro, Chris vio una pequeña abertura. La luna brillaba a través de ella.

—¿Vinimos por allí? —tartamudeó Chris.

—Sí —dijo Malcolm, sonriendo.

—Pero ¿cómo? —Chris todavía no lo entendía. ¿Cómo había caído desde tan lejos y estaba aún entero? ¿Y dónde estaba este sitio extraño? ¿Escondido bajo las calles de Nueva Jersey?

Antes de que Chris tuviera la oportunidad de hacer alguna de sus preguntas, notó que el estómago se le revolvía.

—Creo que voy a vomitar.

Malcolm se acuclilló.

—Es solo un mareo por el viaje. Se te pasará.

—¿Un mareo por el viaje? —preguntó Chris, confundido—. ¿A dónde he viajado?

—Estás en la Escuela de los Obsidianos —explicó Malcolm—. Existimos dentro de las dimensiones.

—Dentro de… —empezó a repetir Chris. Luego vomitó el desayuno.

Malcolm parecía indignado.

—Venga. Levántate. Vamos a lavarte para tu ceremonia de iniciación.

Le cogió la mano a Chris y tiró de su voluminoso peso para que se pusiera de pie.

—¿Mi qué? —preguntó Chris, limpiándose las babas de los labios con el dorso de la mano.

—Iniciación —repitió Malcolm. Ondeó el pergamino. Ahora te has inscrito en la escuela.

Chris no estaba particularmente contento de oír que se había inscrito a una nueva escuela, especialmente esta que parecía igual de cara que la católica que estaba cerca del Campbell Junior High.

—¿Hay cuotas? —preguntó—. Porque mis padres no tienen donde caerse muertos. ¿Y cómo son las clases? Yo odio aprender cosas. Mejor que no haya clases de historia —Después le dio un escalofrío—. O de francés. No voy a quedarme sentado escuchando todo ese rollo del oui madame. ¡Pensaba que todo esto iba de aporrear a Oliver!

Malcolm miró a Chris con el ceño fruncido, evidentemente molesto por el bombardeo de preguntas que le estaba disparando. Negó con la cabeza.

—No hay cuotas. No hay clases. Esta no es una escuela normal, Chris. Es una escuela de videntes. Y una vez te iniciemos, tendrás tus poderes.

Chris miró fijamente a Malcolm incrédulo.

—¿Poderes? ¿Quieres decir como los que tiene Oliver?

Pensar en convertirse en un bicho raro como su hermano le incomodaba. Pero entonces recordó todas las cosas que le había hecho

Oliver. Si él tenía sus propios poderes, ¡podría devolvérselas multiplicadas por diez! ¡Podría hacer que Oliver resbalara sobre su culo por las calles de Nueva Jersey!

Siguió a Malcolm hacia la escalera, con una emoción repentina.

—¿Vais a convertirme en vidente?

—No en un vidente cualquiera —dijo Malcolm—. El mejor tipo de vidente. Un vidente malvado.

—¿Malvado? —Chris sonrió—. ¡Me gusta como suena!

Siguió a Malcolm escaleras arriba. Llegar hasta arriba del todo hizo que le dolieran los muslos. Con suerte, cuando tuviera sus poderes, podría volar o flotar o algo así. Las escaleras eran un fastidio.

Atravesaron un pasillo oscuro iluminado por antorchas encendidas. Chris notaba que la Escuela de los Obsidianos era muy fría.

—Oye, ¿se supone que mi voy a dormir aquí o algo así? —preguntó, apresurándose a coger el ritmo de Malcolm—. Porque hace un montón de frío.

Espero que haya mantas. Y no voy a compartir habitación. Con nadie.

Malcolm se detuvo de repente y se dio la vuelta. Era evidente que Chris lo había enfurecido y él había llegado al límite de su paciencia. Miró fijamente a Chris con sus ojos oscuros y amenazadores. Las venas del cuello se le hincharon.

Alzó la mano. Entonces, de golpe, Chris fue volando hacia la pared. Aunque Malcolm no lo tocaba, a Chris le daba la sensación de que lo tenía agarrado por el cuello con las manos. Él luchaba por poder respirar, dando patadas contra la pared mientras se retorcía aterrorizado.

—No —dijo Malcolm fríamente—. No dormirás aquí. Tienes una misión. Una que emprenderás cuando te hayamos iniciado. Así que cierra la boca y escucha.

Chris sentía la presión en su cara mientras sus reservas de oxígeno se iban agotando. Asintió, desesperado porque lo soltaran.

Finalmente, Malcolm le quitó los dedos del cuello. Chris cayó al suelo, respirando con dificultad. Veía borroso, pero pudo distinguir los pies

de Malcolm mientras este se marchaba.

—¡Vamos! —retumbó la voz de Malcolm.

Y, de repente, Chris estaba deslizándose sobre sus manos y rodillas. Alzó la mirada y vio que era Malcolm el que lo hacía, arrastrándolo a lo largo del suelo pulido solo con el poder de su mente. Se deslizó hasta los pies de Malcolm y levantó la vista hacia el amenazador chico.

Malcolm lo miró con desdén.

—Vamos, venga. No hay tiempo para arrastrarse. Levántate. Sacúdete el polvo.

Habrá cosas mucho peores esperándote.

Chris se levantó de inmediato de un salto. La sonrisita se le había borrado de la cara. Normalmente, le encantaba molestar a la gente. Pero a Malcolm no. Aquel chico extraño lo aterrorizaba.

Chris echó un vistazo a la puerta ante la que se había parado Malcolm. En el letrero que había sobre ella se leía «Señorita Obsidiana».

Malcolm golpeteó la puerta bruscamente con sus nudillos. La puerta se abrió chirriando y él entró. Temblando por el terrorífico encuentro, Chris dio un paso incierto hacia dentro.

En el centro de la habitación había una gran mesa redonda y candelabros esparcidos por todas partes. Las paredes eran negras. A Chris le recordaba la guarida de un vampiro. A la cabeza de la mesa había un gran trono y una mujer de aspecto aterrador estaba sentada en él.

—Christopher Blue —dijo, sonriendo de forma desconcertante—. estoy encantada de que decidieras unirte a los Obsidianos. Yo soy la Señorita Obsidiana, la directora de aquí.

Alargó una mano para dársela a Chris. Sus dedos eran largos, pálidos y huesudos. Sus uñas eran como garras negras y brillantes.

Él le dio la mano. Su piel era fría como el hielo.

—Por favor, sentaos —dijo ella.

Chris y Malcolm se sentaron a la mesa. La Señorita Obsidiana se dirigió a Malcolm. Él le pasó el pergamino que Chris había firmado.

Lo miró con gozo y lo enrolló.

—No me has decepcionado —le dijo a Malcolm—. Has hecho exactamente lo que te he pedido.

Malcolm levantó la barbilla con orgullo.

Pero Chris se sentía particularmente impaciente. No quería estar todo el día aquí sentado escuchando cómo alababan a Malcolm. Quería conseguir sus poderes para poder empezar a dar palizas a Oliver.

—¿Podemos seguir con la iniciación? —dijo—. Quiero mis poderes.

La Señorita Obsidiana desvió bruscamente sus fríos y oscuros ojos hacia él.

—Estás impaciente.

—Impaciente por golpear a Oliver hasta hacerlo puré, sí —dijo Chris, dando un puñetazo sobre la mesa.

Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—En ese caso, no perdamos más tiempo.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Cuando volvió, llevaba un extraño objeto de metal. Parecía un hierro de marcar ganado, del tipo que usaban para quemar números en el costado de las vacas.

—Um… ¿eso para qué es? —preguntó Chris, revolviéndose en su asiento.

—Necesitarás una marca oscura —dijo la directora—. Todos las tenemos.

Entonces Malcolm se subió la manga de la camisa para mostrar la cicatriz en la carne de su brazo. Era un símbolo extraño parecido a un volcán.

—La marca de los Obsidianos —dijo Malcolm, mirándola con orgullo.

Chris empezaba a sentirse asustado. ¡No quería que lo marcaran!

La directora se sentó de nuevo en su trono. A continuación, con un movimiento de mano, la vela que había antes encima de la mesa cambió de repente. Su llama se volvió oscura.

Puso la pieza de metal en el fuego.

—Ahora tiende tu brazo, Christopher —dijo, mientras el metal se ponía al rojo vivo—. Eso es, buen chico.

A Chris se le secó la boca. Negó con la cabeza.

—No. No lo quiero.

Pero, de repente, su brazo dio un golpe fuerte sobre la mesa sin ni siquiera decidirlo él. Con pánico, alzó la vista y vio que los ojos de Malcolm estaban fijos sobre su brazo. ¡Lo estaba haciendo el chico! Igual que cuando antes le había estrujado el cuello a Chris sin ni siquiera tocarlo, ahora le sujetaba el brazo sobre la mesa solo con el poder de su mente.

—Solo escuece un momento —dijo amenazador.

La Señorita Obsidiana levantó la marca, que estaba al rojo vivo, en el aire y la hundió sobre la carne de Chris en un movimiento repentino y amplio.

Chris chilló cuando un dolor ardiente salió enseguida del lugar en el

que la marca lo tocaba. Su piel chisporroteaba y el olor a carne quemada le provocaba arcadas. Nunca había sentido algo tan horrible. Le dolía más que cualquier cosa que hubiera conocido.

Le salieron lágrimas de los ojos, pero las reprimió. De ninguna manera iba a llorar delante de ellos.

De repente, la Señorita Obsidiana retiró la marca. Las ataduras invisibles de Malcolm también se soltaron.

Chris se sujetó el brazo contra el pecho. En su piel había un horrible habón sellado. El olor era insoportable. Deseaba llorar pero mantenía sus lágrimas a raya.

La Señorita Obsidiana se levantó de nuevo y devolvió la marca a su lugar dentro

del armario de cristal en la esquina de la habitación. Pero no había terminado.

Sacó otra cosa y empezó a caminar hacia Chris. Él vio que sujetaba un cuchillo con la hoja negra.

Al instante, Chris se echó hacia atrás en su silla.

—¡No… no me corte! —suplicó.

La Señorita Obsidiana echó la cabeza hacia atrás y rió. En su asiento delante de Chris, Malcolm también se rió a carcajadas.

La Señorita Obsidiana volvió a la mesa caminando lentamente y se sentó en su trono. Sujetó el cuchillo delante suyo, con la punta señalando al cielo.

—Esto no es para cortarte a ti, querido —dijo—. Es para cortar el universo.

Después lo bajó muy lenta y cuidadosamente, como si cortara un trozo de pastel.

Chris soltó un grito ahogado al darse cuenta de que estaba cortando justamente el aire.

—¿Alguna vez has visto una estrella de cerca? —murmuró.

Quitó los lados de la hendidura que había hecho y una brillante luz cegadora salió repentinamente. Chris parpadeó ante su resplandor.

A través de sus ojos entrecerrados, Chris pudo distinguir a la Señorita Obsidiana metiendo el brazo en el corte que había hecho y sacando algo. Después apretó toda la hendidura a lo largo y se cerró.

El corazón de Chris latía muy fuerte. Miró a la Señorita Obsidiana. En su mano había una pequeña bola de luz brillante, del mismo tamaño que una pastilla.

—Una vez el poder esté dentro de ti —dijo la Señorita Obsidiana—, te mandaremos a una misión muy especial.

Movió su mano libre por encima de un cuenco grande de líquido brillante. Chris entrecerró los ojos y vio que en él empezaba a aparecer una imagen. Era Oliver.

La mandíbula se le puso tensa. Empezó a apretar los dientes.

—¿Cómo voy a tener el poder dentro de mí? —dijo.

—Trágate esto —la Señorita Obsidiana sujetó la pastilla brillante en alto.

—¿Esto qué es? —preguntó Chris.

—Es parte del universo. La única manera de que un humano se convierta en vidente es tragándose esto.

Chris miró fijamente el trozo de estrella que ella tenía en la mano. Su brazo palpitaba por la marca. Se sentía agotado por todo lo que había sufrido en este despacho. Había sido traumático. No quería recibir más dolor.

Pero después se acordó de la estúpida cara de Oliver. Haría cualquier cosa para vengarse. Incluso tragarse un trozo del universo.

Alargó el brazo y cogió aquella cosa brillante del tamaño de una pastilla de la mano de la Señorita Obsidiana. Después se lo puso en la boca y se lo tragó.

Un segundo más tarde, sus entrañas parecían arder.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Oliver todavía no podía casi creer que había estado delante de Sir Isaac Newton.

Pero también sabía que debía concentrarse en encontrar la misteriosa

escuela oculta.

Levantó el catalejo y miró a través de él en la dirección en la que originalmente había visto la luz en el horizonte. Todavía estaba allí, una explosión de rayos de color azul verdoso.

—Es por aquí —dijo Oliver, señalando.

Él, Ester y Ralph se dirigieron hacia las concurridas calles.

Empezaba a llover cuando ellos se dispusieron a caminar por las estrechas calles del Londres de la década de 1690. Era extremadamente ruidosa y el aire estaba lleno del olor de basura, metal ardiente y excrementos y orina de caballo. Oliver apenas podía creer que más de un tercio de la población había fallecido recientemente, teniendo en cuenta lo abarrotada que aún estaba la ciudad. Antes debió ser incluso peor, aunque Oliver no podía imaginar cómo toda esa gente había cabido.

—¡VIGILAD! —les gritó una voz de repente por detrás.

Los tres amigos dieron un salto al lado justo a tiempo para que un jinete pasara galopando rápido. Las pezuñas de los caballos salpicaron dentro de los charcos, rociándolos a todos con agua de lluvia fría y excrementos.

Ester parecía consternada. Miró su repugnante ropa fijamente.

—Bueno, esto es genial.

Ralph hizo una mueca.

—¿Y ahora qué?

—Estamos justo al lado de una taberna —dijo Oliver, señalando un letrero en el

que se leía «The Lion».

—Entremos a secarnos.

Entraron a la taberna. Estaba caliente, con una hoguera chisporroteante. Pero entraba muy poca luz por las ventanas, que al parecer estaban cubiertas con cortinas oscuras, que le daban un ambiente sórdido al lugar. La única luz venía de las pequeñas velas que había en cada mesa. También olía a humedad, como a cerveza y fiambres y estaba llena de mesas y clientes. Era evidente que a los

hombres bebedores de Londres no les importaba mucho que fueran las primeras horas del día.

Cuando Oliver y sus amigos fueron hacia la chimenea, todas las miradas de la habitación los siguieron. Oliver tuvo la sensación de inmediato que venir aquí había sido una mala idea.

—Eh —gritó el tabernero con voz ronca. Estaba detrás de la barra limpiando vasos con un trapo—. Vosotros, ¿qué vais a beber?

A Oliver la pregunta lo cogió desprevenido. Era evidente que eran niños. ¡No estaban aquí para beber!

—Nada, gracias —tartamudeó—. Solo entramos para protegernos de la lluvia y secarnos.

—¿Para secaros? —dijo el tabernero enojado—. ¿Os parece que esta taberna es un paraguas? —Olfateó y claramente pilló una tufarada de los excrementos de caballo con los que los habían salpicado—. ¿Qué sois, vagabundos?

Oliver se echó hacia atrás, sintiendo que decididamente fue una mala idea entrar aquí. El resto de los clientes también los estaban mirando fijamente, ya que evidentemente allí no pintaban nada.

—Salgamos de aquí —dijo Ester.

—¡Eso mismo! —chilló el dueño—. ¡Largo!

Empezaron a retirarse hacia la puerta.

Justo entonces, un grupo de adolescentes que estaban sentados al lado de la

ventana se levantaron. Les bloquearon la salida de la taberna. El más alto se puso delante de la pandilla. Tenía una apariencia sucia, su ropa era poco más que harapos. Oliver inmediatamente vio costras en sus nudillos. Este chico era un luchador habitual. Un rufián del barrio en busca de problemas.

—No te preocupes —gritó el chico al tabernero—. Les enseñaremos una lección a estos mocosos.

Tumbó un silla y esta fue a parar al suelo dando un fuerte golpe.

Oliver tragó saliva. Una pelea de bar era la última cosa en la que quería verse metido ahora mismo. ¡Era una distracción de su misión

incluso menos bienvenida de lo que lo habían sido los excrementos de caballo!

—Nosotros nos vamos —le dijo Oliver al chico—. No queremos pelea.

El chico sonrió, mostrando los agujeros donde debería de haber habido dientes.

—Pues yo sí.

A su alrededor, el resto de los clientes se estaban animando. Era evidente que querían ser testigos de una pelea. Oliver pensó que la violencia y el entretenimiento iban de la mano en el siglo diecisiete.

Por encima del hombro vio a Ester a un lado y a Ralph en el otro. Oliver podía ver en sus ojos que los dos ya habían entrado en el estado parecido al trance necesario para acceder a sus poderes. Personalmente, él no deseaba en realidad gastar sus poderes para una situación como esta; era agotador y quería guardarlos para los posibles golfos que pudiera haber después de estos. Pero también sabía que ellos tres no tenían otra manera de ahuyentar a los adolescentes. Eran más grandes. Más fuertes. Y estaba claro que hacían esto de forma habitual. No había otra opción.

—Pues muy bien —dijo Oliver con un suspiro, subiéndose las mangas del mono

—. Vosotros lo habéis querido.

Ralph fue el primero en actuar. Usando su especialidad biológica, dirigió su atención a las velas que había en cada mesa. De repente, todas las llamas crecieron, pasando de ser una pequeña llama a una explosión de unos treinta centímetros de altura, como columnas de fuego. Desde la chimenea, hizo que el fuego saliera hacia fuera en un estallido. El calor de la sala incrementó diez veces.

Los clientes que todavía estaban en las mesas dieron un salto hacia atrás.

—¡Brujas! ¡Demonios!

Si los rufianes adolescentes estaban asustados con la muestra de poder de Ralph, lo escondieron de sus expresiones y continuaron avanzando hacia Oliver, Ester y Ralph.

Ester fue la siguiente en expulsar sus poderes. Usó su especialidad

sónar para hacer que un estridente ruido agudo vibrara desde donde ella estaba. Se movía en ondas, cada una más estridente y fuerte que la anterior. Esta vez, los golfos no tuvieron más remedio que reaccionar. Gritaron, agarrándose las orejas por el dolor.

Pero no los detuvo por mucho tiempo. El leader se puso más furioso. Tiró otra silla por la habitación, esta vez con otra fuerza para hacerla astillas. Las astillas de madera salieron volando como a chorro en todas direcciones, haciendo que los clientes se acobardasen. La gente empezó a correr hacia la puerta, intentando escapar del caos. Empujaban a Oliver, Ralph y Ester para pasar, corriendo en desbandada para salir.

Pero los tres amigos se mantuvieron firmes.

Pronto, solo quedaron los golfos. Era evidente que lo iban a llevar a cabo.

De golpe, fueron corriendo hacia ellos, con los puños levantados para un combate cuerpo a cuerpo. Oliver dio el siguiente golpe. Sacó sus poderes y empujó a los chicos hacia atrás. Salieron volando por los aires y fueron a parar encima de una mesa, haciendo que se resquebrajara y se hiciera pedazos debajo de ellos. Los vasos que había encima cayeron al suelo y se hicieron añicos.

Los chicos cayeron en el suelo en un montón, quejándose. Uno de ellos tenía un gran tajo debajo del ojo por el cristal destrozado.

—Salgamos de aquí —tartamudeó—. No vale la pena.

Parecía que el cabecilla quería llamarle cobarde. Pero cuando alzó la vista hacia

Oliver, Ester y Ralph preparados en sus posiciones, los tres clara y completamente tranquilos por sus intentos de intimidarlos, cambió de opinión.

Los golfos salieron a toda prisa de la taberna, con las colas firmemente entre las piernas.

Ralph soltó sus poderes, dejando que las llamas de las velas volvieran a la normalidad.

Oliver miró a su alrededor al espacio ahora destruido.

—Bueno —comentó Ester con una sonrisita—. Fue una manera de

secarnos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El fuego en el estómago de Chris por fin dejó de quemar. Abrió los ojos y parpadeó, sorprendido al ver que todavía estaba en el despacho de la Señorita Obsidiana. Ella y Malcolm estaban mirándolo detenidamente. Todo su cuerpo se había desplomado sobre la mesa. Tiró de él hasta sentarse.

—¿Se ha acabado? —preguntó, oyendo que su voz salía frustrantemente tímida.

La Señorita Obsidiana cruzó las manos delante de ella.

—Sí. ¿Cómo te sientes? ¿Diferente?

Christopher se miró las manos y las giró una y otra vez. Parecían normales. Se tocó el cuerpo. Nada parecía diferente.

—Creo que no —dijo—. Realmente no.

—Puede que tarden un poco en hacer efecto —dijo la Señorita Obsidiana—.

Mientras esperamos, hablemos de tu misión.

Entonces se abrió la puerta y entró un grupo de estudiantes. Tomaron los asientos vacíos alrededor de Chris.

—Este es tu equipo —anunció la Señorita Obsidiana.

—¿Mi equipo? —repitió Chris—. ¿Quiere decir que voy a ser el líder?

Pero Malcolm interrumpió de inmediato.

—El más fuerte es el que lidera. Así es como funciona en los Obsidianos.

—Correcto —respondió la directora—. Malcolm es nuestro mejor estudiante. Él orquestará esta misión.

Chris se sintió ofendido de inmediato. Siempre había sido el más fuerte en todos los grupos que había dirigido. Él era un líder natural. La gente lo admiraba y lo temía, los dos componentes más importantes del liderazgo. Y si solo se trataba de demostrar su fuerza para alcanzar la posición de mandamás, Chris tendría que asegurarse

de poner a Malcolm en su sitio más pronto que tarde. De ninguna manera iba a permitir que ese tipo raro le dijera lo que tenía que hacer.

—Tu misión —continuó la Señorita Obsidiana— tendrá lugar en 1690. Londres.

Un murmullo de emoción recorrió la habitación. Chris notó que se le abría completamente la boca.

—Espere. ¿Quiere decir… que viajaremos en el tiempo?

Vio la expresión de superioridad de Malcolm, como si Chris fuera un idiota por no darse cuenta de que su misión implicaría viajar en el tiempo. El odio de Chris hacia él creció aún más. Estaba impaciente porque sus poderes empezaran a hacer efecto. Entonces le demostraría quién era realmente superior.

—Sí —dijo la Señorita Obsidiana—. He preparado un portal para ti. Tu misión es localizar a Oliver Blue y destruirlo de una vez por todas.

—Me parece bien —dijo Chris—. Vamos.

Se levantó de la mesa. De golpe, la cabeza empezó a darle vueltas. Se tambaleaba, notando que una ola de náuseas se apoderaba de él.

—Hummm —se quejó—. No me siento muy bien.

La habitación daba vueltas. Chris se agarró a la mesa para mantener el equilibrio. Pero allí donde sus manos se agarraban a los lados, la madera se deshacía.

Dio un grito ahogado y apartó las manos, mirándolas fijamente atónito. La marca de sus manos quedaba allí mientras la madera goteaba hasta el suelo.

—¿Eso lo hice yo? —tartamudeó.

—Tus poderes están empezando a hacer efecto —dijo la Señorita Obsidiana con una sonrisa amenazadora.

—¡Cambié la madera de sólida a líquida! —exclamó Chris.

Se dio la vuelta y puso las manos sobre su silla. Pasó lo mismo. La madera se convirtió en una sustancia viscosa y formó un charco en el suelo. Chris soltó una risa frenética.

—¡Eso es genial!

—Pronto podrás hacer mucho más que derretir cosas —le dijo la Señorita Obsidiana —Ahora, venga, todos. Es hora de irse.

Chris todavía se miraba fijamente las manos incrédulo. Su poder era embriagante. ¿Y esto solo era el comienzo? ¿Qué pasaría cuando tuviera todos sus poderes? ¡Sería increíble! ¡Sería invisible!

Se dio cuenta de que casi todos se habían ido de la sala y se marchó a toda prisa para alcanzarlos.

La Señorita Obsidiana estaba delante, andaba dando largos pasos por los pasillos, su capa se inflaba tras ella. Todos los estudiantes paraban y la miraban al pasar. Miraban a Malcolm y al resto de estudiantes selectos que había escogido para este trabajo con evidente envidia.

Chris estaba lleno de orgullo. Por fin, su único talento en la vida – pegar a Oliver-era recompensado. ¡Estaba impaciente por ir atrás en el tiempo y ver la cara que ponía el tonto de su hermano cuando se diera cuenta de lo que sucedía! No tendría precio.

La Señorita Obsidiana entró tranquilamente en una habitación y todos entraron tras ella corriendo. Chris vio que en la habitación había una gran arcada que parecía antigua, con un extraño vórtice arremolinado en el centro.

Abrió la boca de golpe.

—¿Qué es ese…?

—Un portal de transportación —le dijo Malcolm como si fuera evidente.

Chris decidió que verdaderamente odiaba a Malcolm. El chico era presumido.

Vanidoso. Chris estaba decidido a suplantarlo y tomar su posición como líder del grupo. Debía de ser él de todas formas, era él el que tenía un vínculo directo con Oliver, a fin de cuentas. ¡Esta misión estaba hecha para él!

—Entra —dijo la Señorita Obsidiana—. Recuerda, destruir a Oliver Blue. Eso es lo que tienes que hacer.

Chris se acercó al portal. Saludó a la Señorita Obsidiana.

—No se preocupe por ello. Atraparé a Oliver por usted. No le decepcionaré.

Ella sonrió maléficamente.

Y Chris entró en el portal.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Oliver echó un vistazo a la taberna ahora vacía. Era un competo caos.

—Dejadme que os traiga una bebida —balbuceó el tabernero, mirando con temor a Oliver, Ester y Ralph. Su comportamiento había cambiado por completo desde su muestra de poder. Su actitud brusca había sido sustituida por un miedo obediente—. ¿Os gusta el agua mezclada con miel?

Oliver dijo que no con la cabeza.

—No. Gracias. Como ya le dije al principio, solo queríamos secarnos —Cogió una de las sillas que habían caído—. Le arreglaremos todo este desorden y después le dejaremos en paz.

Ester puso rectos los cuadros que estaban torcidos en la pared, mientras Ralph usaba sus poderes para poner la mesa hecha añicos de una sola pieza. Durante todo el rato el tabernero los observaba con una mirada de terror congelada en la cara.

De repente, las puertas de la taberna se abrieron de golpe. Oliver se giró para ver lo que pasaba. Había un grupo de gente en la puerta, con el perfil en contraste con la lluvia. Blandían garrotes y antorchas encendidas.

Oliver suspiró.

—Otra vez no.

—¡Oímos que había brujas! —roznó el líder, entrando bruscamente a la taberna.

Los demás le siguieron hacia dentro y Oliver pudo ver con más claridad las armas que blandían. Uno llevaba unas cadenas con bolas en las puntas, otro linchacos. Un tercero empuñaba un garrote de aspecto horrible del que sobresalían trozos de metal afilado. A Oliver no le gustaba la idea de estar en el extremo receptor de eso.

El líder de la panda de brutos miró al tabernero. Este todavía estaba

temblando,

con la mirada llena de miedo y clavada en los tres niños.

—No… brujas no —tartamudeó, evidentemente demasiado asustado por un castigo imaginario por confesarlo—. Solo son niños.

El grupo de justicieros miró con desconfianza a Oliver, Ester y Ralph. Oliver intentaba que su cara parecía lo más inocente posible. Realmente no quería verse envuelto en otra pelea.

Pero, de golpe, se oyó un gran estruendo detrás de él. Oliver se encogió de miedo por el ruido. Vio que los gestos en las caras de los justicieros inmediatamente se convirtieron en terror.

Oliver se giró sin moverse del sitio para ver lo que pasaba detrás de él. Ante su consternación, un remolino negro y lila estaba creciendo en el centro de la habitación.

—¡Un portal del tiempo! —gritó Ester.

Oliver se tambaleó hacia atrás y chocó con los justicieros que momentos antes habían venido a pelear, pero que ahora estaban fascinados y atemorizados por el portal que se estaba formando.

—¿Pensáis que nos lo envió el Profesor Amatista? —preguntó Ralph.

Pero Oliver negó con la cabeza. Eso no era así. Tenía una horrible sensación de que se acercaba una fatalidad.

De repente, empezó a salir gente del remolino y a entrar decididamente a la taberna. Era un grupo de chicos. Todos tenían más o menos la misma edad que Ester, Ralph y Oliver y llevaban unos uniformes negros.

Oliver dio un grito ahogado al darse cuenta de que este debía de ser el grupo de estudiantes que Ralph le había contado que atacaron la escuela. No era un ejército sino un grupo de escolares.

Entonces sucedió algo tan inesperado que Oliver apenas podía hacerse a la idea.

La última persona en salir del portal se abrió camino a empujones a través del grupo de chicos hasta ponerse al frente. Era alguien a quien Oliver pensaba que no vería jamás. No era otro que su hermano, Chris.

—Hola, Oliver —dijo Chris amenazador—. ¿Te sorprende verme?

CAPÍTULO VEINTISIETE

Chris notaba su cuerpo extraño después de meterse en el portal del tiempo, como si de repente sus zapatos estuvieran hechos de plomo. Era una sensación rara pero débil en comparación con la euforia que sentía al mirar la expresión en la cara de Oliver. Eso era impagable. Todo el dolor que había sufrido en el despacho de la Señorita Obsidiana había valido la pena solo por este instante.

—¿Esto qué es? —dijo Malcolm, asintiendo con la cabeza al grupo de brutos que estaban detrás de Oliver blandiendo armas—. ¿El comité de bienvenida?

Chris oyó una risita proveniente de los estudiantes Obsidianos. Apretó los dientes. No quería que miraran a Malcolm como el líder. Él quería mandarles.

Tendría que demostrar su fuerza para tomar su lugar legítimo como jefe.

—¿Qué está pasando? —tartamudeó Oliver—. ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo es que estás aquí?

Chris hizo una sonrisita.

—Siempre pensaste que eras tú el especial. Con tus inventos y tus poderes. Pues

¿sabes qué? Ahora yo también soy especial.

Oliver negó con la cabeza. Parecía incómodo, como si estuviera a punto de llorar. Esto hizo que el corazón de Chris latiera fuerte de alegría vengativa.

—¿Cómo? —exclamó Oliver—. ¡Tú no puedes ser un vidente también!

Chris cruzó los brazos.

—Pues lo soy. ¡Y lo único que tuve que hacer fue tragarme un trozo de estrella!

—Esto no funciona así —rebatió su patético hermano pequeño—. ¡No puede sencillamente tragarte una estrella y convertirte en vidente! El universo debe concederte los poderes.

Chris miró a Malcolm por el rabillo del ojo. Por mucho que no le gustara el

chico con aspecto de comadreja, sí que confiaba en que él y la Señorita Obsidiana le habían infundido poderes de vidente.

—¿Sí? —se mofó Chris—. Entonces ¿cómo puedo hacer esto?

Lanzó las manos hacia delante enfrente de él e intentó empujar a Oliver hacia atrás, tal y como había visto hacer a Malcolm.

Pero no pasó nada. Chris notaba que le ardían las mejillas. ¿Por qué no funcionaba?

Rápidamente, agarró un vaso de pinta de la mesa. Se convirtió en líquido en su mano. Sonrió victorioso ante el gesto de asombro en la cara de Oliver.

—¡Una bruja! —gritó uno de los brutos.

De repente, estaban avanzando hacia los Obsidianos, moviendo sus antorchas encendidas. Chris consiguió coger una antorcha cuando la blandieron hacia su cara. Se la quitó violentamente de las manos al hombre que la llevaba. Intentó golpear con ella a su atacante pero se derritió entera en sus manos, llama incluida. Sus poderes de principiante estaban resultando un poco difíciles de controlar.

Alrededor de Chris, los Obsidianos empezaron a pelear con los brutos del lugar.

Chris disfrutaba del caos. ¡Era genial! le habían concedido una licencia para sembrar el caos. Mientras las llamas y los rayos pasaban disparados por encima de su cabeza, él se agachaba para apartarse, riendo de contento por la emoción de todo aquello.

Sin ninguna arma, el bruto con el que se había enfrentado primero Chris se lanzó hacia él solo con sus manos, yendo directo a su garganta. Pero con lo que no contaba el bruto era que el combate cuerpo a cuerpo era la primera pasión de Chris, y que era mucho más experto usando sus codos y habilidades de autodefensa de lo que era usando sus poderes.

Golpeó al hombre en la barbilla con la base de la mano. El hombre se tambaleó hacia atrás, aturdido. Se ha mordido la lengua en el ataque y tartamudeó ceceando.

—Yo me ladgo de aquí.

Y salió por patas por la puerta.

Chris alzó el puño victorioso.

—¡Eso! ¡Pírate, perdedor!

El resto de los brutos se apresuraron a salir de la taberna. Incluso el tabernero se fue, chillando:

—¡Sois animales! —¡Todos! ¡Una manada de sucios animales!

Entonces la puerta se cerró de golpe y las únicas personas que quedaron fueron los videntes.

Los Obsidianos estaban allí, respirando con dificultad, mirando fijamente a los tres videntes de Amatista.

Chris estaba victorioso al frente de ellos. Clavó su mirada sobre Oliver.

—¿Lo ves? Ahora que soy un vidente como tú, puedo darte bien de hostias —

Dio un puñetazo en su mano—. A ti y a los bobos de tus amigos.

No pudo evitar reírse. Era muy satisfactorio ver que, por fin, al engreído y mojigato de Oliver se le bajaban los humos.

Pero, de golpe, Malcolm se abrió paso hacia delante a empujones y se puso al lado de Chris. Chris le lanzó una mirada asesina. Estaba intentando eclipsarlo.

Invadiendo el momento de victoria de Chris, el momento que la Señorita Obsidiana le había encargado.

—¡Nosotros tenemos la Esfera! —le dijo Malcolm a Oliver.

Aunque Chris no tenía ni idea de lo que quería decir, por la expresión de Oliver podía decir que esta era una revelación sorprendente. Parecía que a su hermano pequeño le había picado una abeja en la boca.

—Y está escondida —continuó Malcolm—. Sin ella, vuestra patética escuela se derrumbará.

—Entonces ¿por qué vinisteis hasta aquí? —exigió Oliver—. ¿No tenéis ya la

Esfera? ¿No va a desmoronarse nuestra escuela? ¿Qué queréis de nosotros?

Chris dio un puñetazo sobre su mano.

—Vinimos aquí para destruirte a ti.

Oliver recorrió rápidamente el lugar con la mirada, como si buscara una salida.

Pero Chris sabía que no había ninguna. No había salida para su hermano y sus patéticos amigos. Esta vez eran suyos.

—Ralph… —dijo Oliver, mirando al chico alto y desgarbado que había a su lado

—. Usa el cuchillo.

—¿Qué? —gritó Ralph—. ¡No!

—¡No hay otra salida! —balbuceó Oliver.

Justo entonces, Chris vio que el chico alto, Ralph, se sacaba un cuchillo del bolsillo. Era exactamente el mismo que la Señorita Obsidiana había usado para hacer un corte en la dimensión.

—¡Eh! ¡Tú no tienes permiso para eso! —le rugió Chris a Ralph—. ¡Solo la Señorita Obsidiana puede usar ese cuchillo!

Se lanzó hacia él, sintiendo una extraña sensación de lealtad hacia al mujer que lo había arrancado de las tinieblas y le había dado el poder para vengarse de Oliver.

Pero Ralph apuñaló con el cuchillo y le hizo un corte en la piel a Chris. Chris hizo un gesto de dolor y se llevó el brazo al pecho.

—Te vas a arrepentir de esto —dijo con desprecio.

De repente, la panda de chicos que había detrás de él avanzaron hacia Oliver y sus dos amigos, haciéndolos retroceder hacia una esquina.

Ahora, estaban perdidos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Chris observaba, con los brazos cruzados, con una sonrisa dibujada en los labios.

Pero cuando su cuadrilla estaba tan solo a un par de centímetros de atraparlos, se detuvieron todos.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Chris.

Malcolm se giró, con la cara furiosa por la rabia.

—Hay un escudo. Uno de ellos debe de tener una especialidad sónica.

Chris realmente no había escuchado la explicación de Malcolm sobre las diferentes especialidades de vidente, ni las diferencias entre el cobalto y el bromo, ni nada de la palabrería científica. Lo único que le importaba era estar fuerte y luchar. Pero en este momento sus poderes eran prácticamente inexistentes, aunque según la Señorita Obsidiana se desarrollarían con el tiempo.

Ver a su banda avanzando impotentes a trompicones por un estúpido escudo le enfurecía.

—¡Haz algo! —chilló—. ¡Atácalos con relámpagos o rayos láser de tus ojos o lo que sea que hagas!

Pero no sirvió de nada. Estaban completamente inhabilitados por el escudo.

Malcolm se dirigió a Chris.

—¡Haz tú algo si eres tan poderoso!

***

Oliver apenas podía creer lo que estaba sucediendo. ¡Chris era un vidente!

¡Había atravesado tranquilamente un portal hasta 1690 para destruirle! Era

imposible de comprender.

El escudo de Ester estaba reteniendo a los chicos de la escuela malvada, pero Oliver sabía que no podría aguantarlo para siempre. Estaban atrapados. Eran más que ellos. No había salida.

Mientras Chris discutía furiosamente con uno de los Obsidianos, Oliver oyó un ruido procedente de la ventana que había tras él. Sonaba como shht.

Dio un vistazo rápido tras él. Para su sorpresa, allí había un chico, mirando a través de la ventana, que había dejado un poco abierta con

una calza.

—Vamos —dijo el chico, haciendo un gesto para que se acercaran.

Oliver se dio cuenta de que esta era su oportunidad. Los Obsidianos estaban bloqueados tras un escudo. Chris estaba distraído, demasiado ocupado discutiendo con el otro chico. ¡Podían escapar por la ventana!

—Ester, Ralph —dijo por un lado de la boca—. Por aquí.

Oliver corrió hasta la ventana y se metió por la pequeña abertura. Un segundo después, Ester cayó tras él. Finalmente, Ralph hizo lo mismo. Todos habían escapado ilesos.

Oliver miró fijamente al chico que había venido a la ventana. Le sonaba.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No hay tiempo para eso —respondió el chico—. Rápido. ¡Por aquí!

Empezó a correr.

Oliver le siguió, yendo tan rápido como sus piernas le podían llevar. Le quemaban los pulmones con el frío aire de Londres. A su lado, Ester y Ralph corrían con la misma fuerza, sus expresiones eran un reflejo de la suya. Ninguno de ellos comprendía lo que acababa de pasar.

Cuando estuvieron finalmente satisfechos de haber perdido a Chris y el resto de los Obsidianos, se detuvieron en una estrecha calle lateral y cogieron aire profundamente.

—¿Qué narices está pasando? —dijo Ester.

Oliver negó con la cabeza.

—Ese era mi hermano —Apenas podía creer lo que estaba diciendo—. Es un vidente…

Ralph frunció el ceño.

—Pero ¿cómo? ¡Y qué está haciendo con esos chicos que atacaron la Escuela de Videntes?

—Son una escuela rival —dijo Oliver mientras todo iba poniéndose en su sitio dentro de su mente—. ¿No oísteis lo que dijo Chris sobre el

cuchillo? La Señorita Obsidiana es la única a la que se le permite tenerlo. Parece que sea una profesora, ¿no? Y estoy seguro de que he oído ese nombre antes.

Se exprimió los sesos, buscando entre sus recuerdos.

—¡Ya está! —Oliver chasqueó los dedos al recordarlo con un repentino zumbido.

—El Profesor Amatista dijo el nombre. Cuando yo hice mi primer examen de vidente en su despacho. Dijo que yo era el tipo de vidente más raro, una especialidad atómica con una mezcla de bromo y cobalto. Entonces dijo algo como: “No creo que ni la Señorita Obsidiana tenga haya tenido un vidente extraordinario como tú”. ¿Pensáis que la Señorita Obsidiana podría ser una directora rival?

Ralph asintió.

—Nada de esto tiene sentido —tartamudeó Ester—. ¡Se supone que no hay ninguna escuela para videntes que no sea la Escuela de Videntes! ¿Y de qué iba eso de que Chris consiguió sus poderes tragándose una estrella? ¡Así no es como alguien se convierte en vidente! —Su voz se volvió taciturna—. Tengo la sensación de que el Profesor Amatista nos ha estado mintiendo.

Oliver negó con la cabeza.

—No podemos saberlo con seguridad. Puede que nos haya escondido la verdad

sobre la escuela malvada para protegernos.

Ralph habló más fuerte.

—Bueno, no podemos pasar todo el día hablando de esto. Nada de esto importa.

Tenemos que encontrar la Esfera.

Justo entonces, les interrumpió una tos. Todos se giraron, sorprendidos, pues se habían olvidado por completo del misterioso chico que los había sacado por un estrecho rincón.

—Puedo ayudaros —dijo el chico—. Yo soy un vidente.

Todos soltaron un grito ahogado.

—¿No me reconocéis? —añadió.

El chico se quitó su gorra de lana. Oliver se dio cuenta de repente de que era el pobre mozo de cuadra de la mansión de Newton, al que la mezquina doncella, la Señorita Dean, había dado un golpe en la oreja.

—Sí… yo sí —respondió Oliver—. Pero ¿qué estás haciendo en Londres?

—Lo explicaré todo por el camino —dijo el chico. Se dio la vuelta y empezó a correr de nuevo.

—¿De camino a dónde? —preguntó Oliver.

El chico miró por encima del hombro.

—¡La Escuela de Londres para los que Ven el Futuro, por supuesto!

Oliver intercambió una mirada con Ester y Ralph.

—¿Debe ser esta la escuela oculta? —dijo Ester.

Oliver encogió los hombros.

—Solo hay un modo de descubrirlo.

Se fueron corriendo tras el chico.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—¿Dónde está? —vociferó Chris, mirando con odio al otro extremo de la taberna, al lugar donde previamente estaban Oliver y sus amigos.

Malcolm también se giró, mirando boquiabierto a la ventana abierta.

—¡Escaparon!

Chris se dio la vuelta y dio un golpe con el puño a la pared de la taberna.

Inmediatamente hizo un gesto de dolor y se lo llevó al pecho para sostenerlo.

Estaba muy furioso. La Señorita Obsidiana le había dado una increíble oportunidad para hacer polvo a Oliver de una vez por todas –y una banda entera de videntes de ayuda-y aun así, de algún modo, habían escapado. ¡Justo cuando lo tenían acorralado! Era exasperante.

Se dio la vuelta y dirigió su enojo a Malcolm.

—¿Cómo dejaste que pasara esto?

Malcolm puso una cara rabiosa.

—¿Yo? ¿Y tú? ¿Qué hiciste tú? ¡Te quedaste ahí parado!

Chris le lanzó una mirada asesina.

—Yo usé mis poderes antes. ¿Cuándo tendré más? ¿Por qué fallaron tan rápido?

—Se puede tardar un día en digerir una estrella —respondió Malcolm. Después, con cara de asco, añadió—: Más tiempo para los que tienen tendencia a ser más barrigones.

A Chris le quemaba el estómago por la rabia, que le recorrió el cuerpo hasta llegarle a la cara.

«¿Cómo se atreve?»

Cogió a Malcolm, lleno de rabia, y lo empujó contra la pared de ladrillos,

dejándolo allí clavado.

—¿Lo hiciste a propósito? —preguntó—. ¿Hiciste que mis poderes se debilitaran de esa forma para poder mandar?

Malcolm empujó hacia atrás con sus brazos, pero Chris apenas se movió un par de centímetros. Era mucho más voluminoso y físicamente fuerte, aunque sus poderes fueran débiles en comparación.

—Eres un idiota —dijo Malcolm—. Tus poderes vienen del universo. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—¡No te atrevas a llamarme idiota! —vociferó Chris.

Dio un golpe en la pared con la mano justo al lado de la cabeza de Malcolm, haciendo que este se encogiera de miedo. Pero Malcolm no iba quedarse allí aguantando.

Usando sus poderes, Malcolm empujó a Chris hacia atrás. Salió volando por la sala y se estrelló contra una mesa. Esta se rompió debajo de él y fue a parar al suelo despatarrado.

Todos los espectadores Obsidianos respiraban agitadamente por la emoción.

Chris se quejó, le costa respirar por el golpe. Peo no iba a abandonar tan fácilmente.

«Si quieren pelea, se la daré» —pensó.

Se puso de pie con esfuerzo y arremetió Malcolm como un toro a un torero.

Pero Malcolm extendió su mano y empujó con sus poderes invisibles. Chris se precipitó de cabeza contra una especie de barrera. Sintió que su cabeza chocaba contra ella, como si se hubiera estrellado contra un muro de ladrillos. Cayó al suelo con un dolor angustioso.

A su alrededor, oía a los Obsidianos riéndose. No iba a soportar eso. Nadie se reía de Christopher Blue.

Intentó levantarse pero la cabeza le daba vueltas. Unas estrellas negras flotaban

por sus ojos. No podía mantener el equilibrio lo suficiente como para forzarse a estar de pie.

De golpe, Malcolm se alzaba imponente sobre él. Se agachó sobre una rodilla y cogió con el puño la camiseta de Chris. Después tiró de ella hacia él en un movimiento brusco, levantando a Chris del suelo. Sus caras solo estaban separadas por dos centímetro.

—Creo que se te olvida quién es aquí el líder —dijo Malcolm con un agudo susurro.

A Chris la cabeza todavía le daba vueltas, pero pudo formular una frase:

—El más fuerte es el líder. Eso es lo que dijo la Señorita Obsidiana.

—Y el más fuerte soy yo —respondió Malcolm.

Entonces alzó el puño al aire y fue a parar de un golpe en el lateral de la cabeza de Chris.

El dolor brotó en la cara de Chris. Nunca había sentido algo así. En todos sus años de abusón, NADIE había conseguido ganarle.

Vino otro golpe de los nudillos huesudos de Malcolm y esta vez Chris

notó un gusto metálico en la boca. ¡Aquella rata le había partido el labio!

Intentó empujar a Malcolm pero Malcolm debía estar usando sus poderes para mantenerlo atado porque Chris parecía incapaz de moverse.

«Está haciendo trampa» —pensó para sí mismo—. «No es una pelea justa».

Chris escupió a un lado, el labio le escocía por el corte que tenía en él. Entonces un tercer puñetazo le alcanzó en la oreja, haciendo que sonara. Era tan doloroso que Chris deseaba chillar. Pero no iba a darle la satisfacción a Malcolm.

«Ojalá tuviera mis poderes» —pensó Chris—. «Entonces le demostraría quién es el más fuerte».

Vio, completamente indefenso, cómo el puño de Malcolm iba hacia su cara una cuarta vez. Pero antes de que hiciera contacto, Chris notó que un cambio repentino se apoderaba de su cuerpo. Solo hizo falta un instante para que una pequeña ola de poder emanara de su corazón. Era un aluvión de sus poderes.

Habían regresado a él.

Chris apartó su cabeza a un lado y el puño de Malcolm no le alcanzó. Su movimiento había sido ágil, instintivo y rápido como un rayo.

Malcolm solo tuvo tiempo de lanzarle a Chris una perpleja expresión de confusión antes de que Chris contraatacara.

Dio un golpe hacia delante con la mano. La base chocó contra la barbilla de Malcolm. El chico voló por los aires con la espalda arqueada. Fue volando hasta llegar al otro lado de la taberna y se estrelló tan fuerte contra la pared que dejó una abolladura.

Los estudiantes Obsidianos se sumieron en un griterío excitado, como los espectadores de un partido deportivo.

Chris notó que las cadenas invisibles con las que Malcolm lo había atado desaparecían. Se puso de pie de un salto, de repente ligero como una pluma y se miró las manos. Sintió un chisporroteo de energía en ellas. Sus poderes se habían revitalizado y ahora eran más fuertes que antes.

Cogió un vaso de pinta de una de las mesas. Esta vez nos e derritió en sus manos automáticamente. La apretó y el vaso se hizo añicos.

—Perfecto —murmuró Chris con una sonrisa.

Clavó su mirada con la de Malcolm, que estaba despatarrado en el suelo. De golpe, los ojos del chico estaban llenos de sorpresa.

Chris dio un fuerte golpe y bajó la mirada hacia él.

Todos los chicos Obsidianos empezaron a hablar en susurros alborotados y apresurados. Chris vio que eso era exactamente lo que les encantaba. A él también le encantaba. Era el momento de tomar su posición como líder.

—El más fuerte es el líder, ¿verdad? —dijo, mirando a Malcolm, que estaba hecho un bulto, por encima del hombro—. Entonces te reto a una pelea.

Descubramos quién es el más fuerte de una vez por todas.

CAPÍTULO TREINTA

—¿Cómo te llamas? —preguntó Oliver, mientras el chico y él caminaban por el callejón y sus pasos repiqueteaban sobre la calle empedrada.

Ester y Ralph estaban justo detrás, vigilando por si los chicos de la Escuela Obsidiana les tendían de nuevo una emboscada.

—Michael —respondió el chico—. Michael Chapelman.

—estos son Ester y Ralph —dijo Oliver, señalando a cada uno de ellos por turnos—. Y yo soy Oliver Blue. Tu trabajas para Newton, ¿verdad? En su casa de campo.

—Más o menos —explicó Michael—. Mi padre trabaja la tierra allí y necesita que yo trabaje para ayudar a pagar las facturas, así que ayudo en los establos y hago trabajillos para la Señorita Dean. Papá quiere que siga sus pasos y me convierta también en agricultor.

—Pero tú en realidad eres un vidente —acabó por él Oliver.

—Sí. Solo que nosotros decimos que vemos el futuro. No creo que la palabra vidente se adopte completamente hasta, por lo menos, dentro de otros cien años.

—Pareces muy joven para tener ya poderes, si no te importa que te lo diga.

—para anda —respondió Michael—. Tengo diez años, soy el más joven de mi escuela.

—¿Cómo descubriste que podías ver el futuro?

—Por mi relación con Newton —explicó Michael—. Es amigo de profesores de viaje en el tiempo. Creo que al principio pensaron que él mismo estaría dotado.

Pero en realidad, solo es un ser humano excepcional. Bueno, los profesores se dieron cuenta de que yo tenía un don para ver el futuro casi de inmediato. Uno de los profesores me vino a buscar en mi décimo aniversario. Al principio, mi padre me dejaba asistir a la escuela. Al fin y al cabo, eran las órdenes de su señor. Pero después de unos meses, pidió que me mandaran a casa. Dijo que todo eso era brujería y no quiere que yo forme parte de eso. Entonces me prohibió volver.

A Oliver le sonaba la historia. Padres que no entendían, que no dejaban que sus hijos cumplieran con su potencial, sometiéndolos a una vida de trabajo duro y pobreza… todo se acercaba un poco a su propia educación. Por no hablar del hecho de lo mal que lo trataba la Señorita Dean y de su aspecto medio muerto de hambre. A Oliver le recordaba mucho a sí mismo y su historia hacía que Oliver sintiera una gran pena hacia él.

—Eso tiene sentido —dijo Oliver, pensando de repente en algo—. ¿Y cómo llegaste hasta aquí? Hasta Londres, me refiero.

Michael le hizo una sonrisa traviesa.

—Cuando la Señorita Dean dijo que eran órdenes dl Profesor Amatista, supe que esta era mi única oportunidad. Ese nombre es muy importante en la mansión.

Nadie del personal sabe el porqué, solo sabe que si viene un mensaje del Profesor Amatista tienen que obedecer de inmediato.

—Pero tú sí que lo sabes.

—Por supuesto. ¡El Profesor Amatista es uno de los videntes más poderosos que jamás ha existido! —Los ojos de Michael brillaban por la emoción—. Supe que era mi única oportunidad. Así que me metí a

hurtadillas en el carruaje cuando nadie miraba, en el maletero que hay debajo.

Oliver se quedó boquiabierto.

—¿Estabas debajo del carro de caballos todo el tiempo?

Michael asintió.

—No fue especialmente cómodo pero estoy acostumbrado a cosas mucho peores.

Entonces se quedó callado. Oliver sabía que se refería a las horribles condiciones de trabajo a las que lo sometía la Señorita Dean, la ama de llaves de Newton. Se sentía muy mal por Michael, especialmente por lo de que su padre le prohibiera venir a la escuela.

—¿Tú sabías —dijo Oliver, de modo alentador— que el mismo Newton tuvo una experiencia parecida? Su madre quería que fuera agricultor, igual que su padre. No fue fácil para él convencerla de que tenía una mente brillante y única que necesitaba una educación adecuada. Y mira cómo funcionó.

Michael sonrió.

—Sí. El Maestro Newton es muy inspirador. Si no fuera por él, yo no hubiera tenido la oportunidad, para empezar. Di, ¿sigue inventando cosas incluso más brillantes?

Entonces Oliver sonrió.

—Tú espera y verás.

Continuaron con su viaje, zigzagueando por las estrechas calles de Londres.

Pasaron por delante de varias cafés llenos de jóvenes que disfrutaban de los tés y cafés recientemente importados de China, y también por delante de cervecerías.

Mientras caminaban, intentaban evitar a todos los vendedores ambulantes que trataban de vender sus mercancías.

—¡Anguilas! —exclamó Ralph—. ¿Lo habéis visto? ¡Estaba vendiendo anguilas en gelatina! ¡Un cesto entero!

Michael se rió.

—es una exquisitez muy popular por esta zona. Anguilas en gelatina.

Berberechos. Ostras. Solo los pudientes comen carne en realidad. El resto nos apañamos con lo que podemos coger en el río.

Entonces Oliver se dio cuenta de que aproximadamente estaban siguiendo la ruta del Támesis en dirección oeste. El río estaba lleno de barcos mercantes que traían especias exóticas a la gente de Londres. Parecía extremadamente contaminado. Lo último que él querría hacer era comer algo que se hubiera pescado en sus aguas.

—¿Es la primera vez que vuelves a la escuela? —preguntó Oliver a Michael—.

Desde que tu padre te sacó, quiero decir.

Michael asintió.

—me pregunto si mis amigos me habrán echado de menos.

Oliver pensó en el resto de sus amigos de la escuela de Videntes; Walter, Simon y Hazel. Todos ellos estaban en peligro. Cada segundo que pasaba con la Esfera de Kandra fuera de la escuela era otro segundo que estaba más cerca de derrumbarse.

—Estoy seguro de que sí —respondió Oliver—. Estarán muy contentos de verte.

—Eso espero —fue la seria respuesta de Michael.

Las calles empezaron a ensancharse, una clara señal de que habían llegado a una zona más rica. Pero en lugar de casas lujosas como en la que Newton residía, había muchos armazones chamuscados de casas abandonadas. Las ratas corrían por las ruinas.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Ester.

—El Gran Incendio —explicó Michael, mirándola por encima del hombro.

—Claro —dijo Oliver.

Lo había leído todo sobre el Gran Incendio de Londres de 1666. Había arrasado la ciudad. Incluso veinticuatro años más tarde estaba en proceso de ser reconstruida.

—Esa era otra razón por la que mi padre no quería que me marchara

de Winchester —añadió Michael—. El Gran Incendio. La Plaga. Él piensa que Londres debe de estar maldita.

Continuaron andando por las calles dañadas por el fuego. Después de poco rato, casas de reciente construcción empezaron a aparecer de nuevo.

—Ahora todas las casas deben construirse con ladrillos —les dijo Michael—. De ese modo los incendios no se propagarán tan rápido.

Por fin, llegaron al extremo oeste de Londres. Michael los llevó por un callejón oscuro atrapado entre dos edificios muy altos.

—La escuela está oculta —explicó.

Oliver miró a Ester. Ella tenía razón. Esta era la escuela oculta de la que Newton les había hablado.

Ella sacó el catalejo de Newton y miró a través de él. Ella asintió para confirmarlo.

—Es hermosa.

Llegaron a una gran puerta de acero. Michael la tocó con los nudillos de forma rítmica. Sonó como una especie de llamada especial y secreta. Todo era muy diferente a la puerta de entrada holográfica a la Escuela de Videntes y al conducto tipo tobogán por el que tenías que bajar para llegar a ella.

Con el ruido chirriante de metal sobre metal, se abrió una pequeña ventanilla en la puerta—. Soy un estudiante de Escuela de Londres para los que Ven el Futuro —¡Ya lo veo! —dijo la voz sofocada de detrás de la puerta.

Se oyó el ruido de un cerrojo abriéndose dentro y un pomo girando y, a continuación, la puerta se abrió chirriando. Al otro lado había un chico con una amplia sonrisa, en sus ojos ya no había desconfianza, sino que estaban llenos de alegría.

—¡Bueno, nunca! ¡Michael Chapelman! ¡Nunca pensé que volvería a verte!

Dio un salto hacia delante y abrazó con fuerza al escuálido Michael.

—Samuel —dijo Michael con voz tensa, con el pecho tan apretado como para poder decir bien las palabras.

Samuel soltó a Michael. Miró a los otros tres, de Oliver a Ralph, y finalmente a Ester. Su mirada se detuvo en ella un poco más de lo que a Oliver le hubiera gustado.

—¿Quiénes son tus amigos? —preguntó Samuel.

—Otros videntes —respondió Michael.

Samuel arrugó la frente.

—¿Qué están haciendo aquí?

Michael bajó la voz.

—Entremos. No es seguro hablar aquí fuera.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Chris y Malcolm estaban cara a cara en el callejón de fuera del Lion Inn. El cielo estaba empezando a oscurecer. A su alrededor estaban el resto de los chicos Obsidianos. El ambiente era electrizante, la tensión entre Malcolm y Chris palpable.

Chris sabía que solo tenía un tiro en esto. Si Malcolm le vencía de nuevo delante de todos, nunca se ganaría su respeto y tomaría su posición como líder. Pero también era consciente de que los poderes que habían llegado a él hasta ahora estaban en sus comienzos. Realmente, no tenía ni idea de cómo controlarlos, o incluso de lo que hacían. Aparte de derretir cosas y de poder moverse más rápido, no tenía ni idea de qué poderes el universo había decidido infundirle.

Malcolm ya había presumido de su especialidad atómica, que se suponía que era el tipo más fuerte que un vidente podía tener. Esta no iba a ser una pelea fácil.

Pero Chris estaba decidido. Y lo que le faltaba en poderes desde luego que lo compensaba con la experiencia. En su haber tenía trece años de abusos, al fin y al cabo, mientras que Malcolm parecía el tipo de débil que se había pasado toda la infancia en el lado receptor de la tortura.

Entre ellos había una chica pelirroja. Iba a tener el papel de árbitro.

—Las normas son las siguientes —dijo, proyectando la voz para que todos los Obsidianos pudieran oír—. ¡Todo vale! Ya está. Una norma.

Chris se encontró con la mirada de odio de Malcolm. Tenía la mirada fijada en él. Él le devolvió la mirada de odio.

—Cuando cuente a tres —gritó la chica—. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Que comience el duelo!

Malcolm se movió a la velocidad del rayo. Una de sus ataduras invisibles de cogió a Chris por los brazos, estrujándolos por la mitad. Parecía que lo tenía sujeto una serpiente pitón.

Chris sabía que sus poderes parecían concentrarse en sus manos. Retorciendo sus manos atadas hacia arriba, pudo agarrar las cuerdas mágicas que no podía ver.

Malcolm hizo una mueca de dolor cuando Chris cogió las cuerdas. Se derritieron en sus manos. Era libre.

Chris fue al ataque, aprovechando el instante de oportunidad que había ganado.

Sabía que atrapar a Malcolm si quedaba alguna oportunidad de ganar.

Malcolm dio un salto al lado pero Chris alargó el brazo y lo agarró por el jersey.

Los hilos se encendieron y quemaron un agujero del tamaño de un puño en el uniforme de Malcolm.

Todo el mundo vitoreó.

Malcolm bajó la mirada hacia la marca chamuscada, furioso.

—¡Cómo te atreves! —vociferó.

Fue hacia Chris, sin nada en las manos, y lo cogió por el cuello. Usando sus poderes para ayudarse, lo empujó contra la pared del callejón. Chris colgaba de allí, a unos metros del suelo. Intentaba golpear con los brazos, pero Malcolm también los había clavado contra la pared. No había manera de que se pudiera mover.

Los ojos de Malcolm sobresalían con amenaza mientras miraba con maldad a Chris. Chris nunca había visto tanto odio y rabia. Ahora podía ver que el chico era un psicópata. Malcolm realmente quería matarlo.

—Malcolm… —dijo la chica pelirroja por detrás.

—Dijiste que valía todo —respondió Malcolm sin dudar ni un momento.

—¡Pero esto no es una lucha a muerte! —gritó la chica.

Chris intentaba coger aire pero no entraba ni la más mínima cantidad. Sentía que se le escapaba la vida. Él se retorcía e intentaba con todas sus fuerzas hacer contacto físico con Malcolm. Pero cuando, por fin, liberó una mano y lo agarró, descubrió que no le quedaba nada. La pequeña cantidad de poderes que le habían infundido parecían haberse agotado por completo. Lo único que pasaba ahora era que de su mano salía una burbuja.

Malcolm se rió.

Ya está, pensó Chris. Había echado a perder su única oportunidad para bajar los humos a Malcolm. Y ahora iba a morir.

La oscuridad se filtró en su visión.

—¡Malcolm! —la árbitro pelirroja gritó otra vez.

Justo cuando Chris estaba a punto de perder la consciencia, Malcolm por fin lo soltó.

Chris resbaló hasta el suelo y cogió una enorme bocanada de aire. Se quedó allí desplomado mientras el oxígeno llenaba su necesitado cuerpo.

—Estás jugando sucio —oyó que la chica árbitro le decía a Malcolm.

—Estoy usando mi fuerza —replicó Malcolm—. De eso va el duelo.

Chris deseaba volverse a levantar y continuar peleando, pero su cuerpo parecía cristal hecho añicos. Solo consiguió ponerse a cuatro patas cuando, repentinamente, un calor lo atravesó como lava al rojo vivo. Era más intensa que su rabia habitual. De hecho, notaba que cada vez estaba más caliente.

—¡Mira! —exclamó alguien.

Chris echó un vistazo a sus manos y vio que de ellas salía vapor. Entonces un dolor como ningún otro lanceó todo su cuerpo. Chilló. Una luz negra brotó de su boca.

Los estudiantes Obsidianos se reunieron a su alrededor en un círculo, observando sus gestos de alarma.

—¡Una luz negra! —gritó alguien.

—Pero eso solo puede significar una cosa —dijo otro.

—Su especialidad es nuclear —dijo un tercero con la voz entrecortada.

Chris chilló hasta quedarse sin aire en los pulmones. Entonces la luz se cortó y él cayó hacia delante, cayendo de bruces en un frío charco de agua de lluvia. Se enroscó en una bola, sintiendo que todas sus terminaciones nerviosas estaban ardiendo.

Se hizo el silencio.

Chris estaba allí tumbado, dejando que el agua fría refrescara su piel ardiente.

Entonces el dolor empezó a esfumarse. Allí donde tenía la mano dentro del charco, notó que el agua empezaba a silbar y borbotear como residuos tóxicos.

¿Puede que esta fuera la especialidad nuclear que había oído decir a alguien?

Se forzó a sentarse. En el sitio en el que había estado tumbado ahora había el contorno de su cuerpo. El suelo de debajo se estaba derritiendo y desprendía gases nocivos.

—¡Es verdad! —gritó alguien—. ¡Es nuclear!

—Pero hace siglos que no hay un nuclear —tartamudeó otro.

Chris oís el asombro y el miedo en sus voces.

—Yo oí decir que estaba prohibido —susurró un tercero.

Cuanto más oía sus suspiros, más poderoso se sentía Chris. Por lo que parecían, le habían concedido un poder extra especial. Uno raro. Uno potencialmente muy peligroso. Debía de ser un poder mejor que el de todos esos débiles juntos por el modo en el que susurraban sobrecogidos. La Señorita Obsidiana debía de haber visto lo especial que era para haberle dado una fuerza tan increíble.

Finalmente, se puso de pie, sorprendido al ver que su cuerpo ya no estaba lleno de golpes sino fuerte. Se dio la vuelta para mirara a su compañero de lucha.

Malcolm tenía los ojos abiertos como platos por el miedo. Eso era justicia divina.

Chris levantó la mano y vio que estaba cubierta de una sustancia viscosa verde y tóxica. Sonrió.

—¿Continuamos con nuestra pelea?

Pero Malcolm parecía haber perdido toda su determinación. De hecho, Chris veía que había empezado a temblar.

Chris soltó una fuerte risotada.

—¿O tienes demasiado miedo? —le retó.

Malcolm parecía demasiado estupefacto incluso para hablar.

—No… —tartamudeó.

Chris aprovechó la oportunidad para dirigir la atención a su debilidad. Miró a los Obsidianos.

—¿Es a este al que queréis seguir? —dijo con desprecio—. ¿A este desgraciado patético y llorón? ¿Este cobarde que tiene demasiado miedo de acabar nuestro duelo ahora que ha descubierto que mi especialidad es nuclear?

—Yo no tengo demasiado miedo —dijo Malcolm en un voz nada convincente.

Los chicos Obsidianos observaban a Chris prestando mucha atención. Sabía que ahora eran suyos.

—O —vociferó— ¿queréis seguirme a mí? Alguien que no solo tiene fuerza por sus poderes, sino que también es físicamente fuerte. Alguien que puede luchar en un combate cuerpo a cuerpo y que es lo suficientemente fuerte mentalmente para acabar lo que empezó. —Dirigió este último comentario mordaz a Malcolm.

El grupo empezó a aclamar. Y, a continuación, empezaron a corear:

—¡Chris! ¡Chris! ¡Chris!

En los labios de Chris se dibujó una sonrisa. Miró a Malcolm, cuya cara era un cuadro. Había perdido su puesto de líder. Chris estaba preparado para tomar su legítima posición en el trono.

—Bien —dijo bruscamente Chris—. Entonces está decidido. Ahora vamos a dejar de perder el tiempo. Tenemos una misión que completar. Es el momento de destruir a Oliver de una vez por todas.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La Escuela de Londres para los que Ven el Futuro era igual de impresionante por dentro que la Escuela de Videntes, pero de una forma completamente diferente.

En primer lugar, la arquitectura era extremadamente antigua, lo que le daba un aire de castillo medieval. La sala principal era hexagonal, con una enorme columna de piedra en el centro que iba del suelo hasta arriba del todo. En lo único en lo que se parecía a su querida escuela era en que estaba llena de estudiantes atareados corriendo de clase en clase.

Samuel se cogió del brazo de Michael mientras caminaban.

—¿Qué te dan de comer en la granja? Pareces medio muerto de hambre. Venga, vamos a buscarte comida de verdad. Han empezado a traer piñas. ¿Las has probado alguna vez? Son extremadamente dulces y jugosas.

Samuel guió a Michael hacia una sala de banquetes. Oliver, Ester y Ralph les siguieron. La sala era ridículamente larga y muy estrecha, con una única mesa que se extendía a lo largo de ella y dos bancos de madera a cada lado. De hecho, era tan larga que desaparecía entre las sombras. Y en el otro extremo, aunque demasiado lejos para verlo, un cuarteto de cuerdas tocaba una triste canción. Las notas resonaban en la enorme y cavernosa sala.

—¿Tenéis violines a la hora de cenar? —comentó Ester, mientras tomaba asiento en el banco.

Ralph se sentó a su lado y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el cinturón para abrocharse?

Michael arrugó la frente.

—¿Abrocharte? Pero ¿para qué quieres abrocharte?

—Déjalo —respondió Ralph.

—Las cosas son un poco diferentes en vuestra escuela —explicó Oliver.

En cuanto las palabras hubieron salido de su boca, una bandeja de cerdo asado apareció de repente en el centro de la mesa. Ester pegó un

buen salto.

—¿De dónde ha salido eso? —dijo.

Un segundo después, a la bandeja le siguieron un cuenco de plata lleno de puré de patatas, una salsera de porcelana con jugo de carne y un plato hondo lleno de arándonos de un rojo fuerte.

Oliver estaba atónito y buscaba a su alrededor alguna pista de dónde se había materializado la comida. Pero no había ninguna explicación. Seguía sin entenderlo.

—Por favor, servíos —dijo Samuel.

Oliver no iba a decir que no. Aunque la comida hubiera aparecido de la nada, su estómago rugía demasiado como para resistirse. De hecho, no recordaba la última vez que había comido y desde que habían viajado en el tiempo —dejando Boston por la noche y llegando a Inglaterra al amanecer— ¡fácilmente podría haber sido un día entero!

Ralph tampoco necesitó que se lo dijeran dos veces. Fue directo a las patatas y se puso un buen pegote con la cuchara en el plato.

Delante de ellos, Samuel y Michael se sirvieron abundantes cantidades y Michael tenía los ojos abiertos como platos por la emoción.

Ester era la única que nos e movía.

—¿Estás bien? —le preguntó Oliver.

—Todavía me siento un poco mal por todo el viaje —respondió ella.

Michael la miró preocupada.

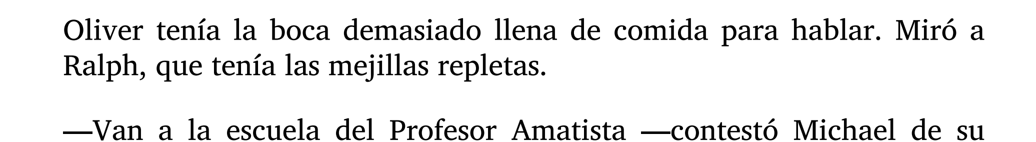
—¿La comida no es de tu agrado? ¿Es muy diferente a la que tú estáis acostumbrados?

Oliver pensó en las tortitas lilas y en las mermeladas de fluorescentes que habían comido en la Escuela de Videntes. En realidad, era bastante diferente a esta comida inglesa bastante tradicional.

—Es perfecta —dijo educadamente.

Todos empezaron a zamparse la comida. Todos excepto Ester, que solo tomaba pequeños mordisquitos.

—Entonces ¿de dónde sois todos vosotros? —preguntó Samuel.



Oliver tenía la boca demasiado llena de comida para hablar. Miró a Ralph, que tenía las mejillas repletas.

—Van a la escuela del Profesor Amatista —contestó Michael de su parte.

—¿De verdad? —exclamó Michael—. ¡Qué emocionante!

—¿O sea que nos conocéis? —preguntó Ester—. ¿Sabéis que hay otras escuelas?

Samuel le sonrió y eso hizo que a Oliver se le encendieran las mejillas por el enojo.

—Conocemos la escuela del Profesor Amatista, sí —explicó—. Al fin y al cabo.

es el mayor vidente que ha existido nunca.

—¿Y qué me dices de los Obsidianos? —preguntó bruscamente Oliver, intentando forzar a Oliver para que apartara la vista de Ester.

Michael y Samuel se miraron.

—No, no hemos oído hablar de ellos.

—Han robado la fuente de nuestro poder —explicó Oliver—. La Esfera de Kandra. Sin ella, el Profesor Amatista está en peligro y su escuela puede desplomarse.

—Por eso los traje aquí —le dijo Michael a Samuel—. Pensé que sí hacíamos llamar a la Hermana Judith, ella podría ayudar.

Samuel hizo una mueca.

—Sí, ella sabrá qué hacer, pero ya sabes lo que piensa de que la interrumpan

durante sus oraciones celestiales.

Michael asintió con seriedad.

—Lo sé. Pero es la única manera.

Oliver se tragó su bocado de cerdo.

—Por favor. Necesitamos toda la ayuda que nos puedan dar. Si esta tal

Hermana Judith puede ayudarnos, agradeceré que la hagáis llamar.

Michael y Samuel se miraron. Finalmente, Samuel suspiró.

—Tienes razón. Venga. Vamos a llamarla ahora.

Se levantaron de la mesa, dejando los platos con la comida a medio comer y salieron corriendo de la sala de banquetes. Los pasillos de piedra de la escuela eran muy fríos y la única luz venía de los candeleros de la pared que tenían antorchas encendidas dentro. Las ventanas eran poco más que pequeñas rendijas que dejaban entrar el fresco del mundo exterior.

Los chicos los llevaron a una escalera de caracol de madera.

—hay un largo camino hasta el campanario —explicó Michael.

Empezaron su ascenso, subieron, subieron y subieron. para cuando llegaron arriba del todo, a Oliver le dolían las piernas.

La habitación en la que estaban ahora era redonda. Alrededor de las paredes había agujeros donde deberían estar las ventanas. En el centro había una enorme campana.

—Tenemos que tocarla para llamar a la Hermana Judith —explicó Michael—.

Todos, tapaos los oídos.

Hicieron lo que les dijo. De repente, Oliver oyó repicar tan fuerte que le vibraron las piernas.

Cuando sus dientes dejaron de castañear, miró a su alrededor. Ahora, en la esquina de la habitación había una mujer con una larga capa gris. Parecía una monja. Era espeluznante.

—¿Me llamasteis? —preguntó con una mirada gris penetrante como la de un halcón, contemplando a los chicos uno a uno.

Tenía la cara llena de profundas arrugas. Tenía un halo feroz, pero también había amabilidad. Parecía el tipo de persona que era firme pero justa.

Michael le hizo una señal a Oliver.

—Adelante. Cuéntale lo que está pasando.

Oliver se sentía bastante intimidado por la presencia de esta mujer. Tenía la garganta cada vez más pegajosa.

—Venimos de la Escuela de Videntes del Profesor Amatista —dijo—. La Esfera de Kandra que alimenta nuestra escuela ha sido robada. Sin ella, la escuela se desmoronará.

La mujer lo observó atentamente. Le siguió un largo silencio. Oliver tragó saliva, sentía que quizás, después de todo, interrumpir sus oraciones celestiales había sido una terrible idea.

Finalmente, habló.

—Hay una cosa que puede ayudar —dijo—. El pozo de las visiones.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—¿El qué? —preguntó Oliver.

—El pozo de las visiones —repitió ella en una voz imponente—. Lo muestra todo. Te muestra lo que deseas saber. Pero mirar dentro de él no es algo que pueda tomarse a la ligera. Te cambiará. Posiblemente para siempre. Y solo a los dignos se les permite ver los secretos que contiene.

Oliver tragó saliva. Notó que Ester y Ralph se tensaban a su lado.

—¿Cómo sabemos que somos dignos? —preguntó Ester.

La Hermana Judith dirigió su penetrante mirada hacia Ester.

—Tendré que mirar en vuestras mentes y apelar a los poderes celestiales para que me digan si sois lo suficientemente dignos.

—Lo haremos —dijo Ralph con decisión.

—Muy bien —dijo la Hermana Judith.

Se acercó a Ester y apretó la mano contra su frente. Empezó a murmurar en voz baja, hablando en un idioma que Oliver no pudo descifrar. Observaba con curiosidad cómo trabajaba la divina mujer.

Después retiró la mano de Ester y la dejó caer a un lado. Su expresión era malhumorada.

—Tú no puedes entrar en el pozo.

Ester se enfadó.

—¿Por qué no?

La Hermana Judith frunció los labios. Oliver veía cómo cavilaba. Se preguntaba por qué.

—Tú ya sabes por qué —dijo la mujer—. Te lo han dicho.

Ester palideció y retrocedió, retirándose a las sombras como si tuviera algo que ocultar. Oliver frunció el ceño. Se preguntaba qué significa el enigmático mensaje. Estaba claro por su reacción que Ester sabía a lo que se refería. Decidió que cuando hubieran encontrado la Esfera, se lo preguntaría. Pero por ahora, debía concentrarse en el trabajo que les ocupaba.

A continuación, la Hermana Judith se acercó a Ralph. Colocó la mano en su frente. Una vez más, empezó a murmurar en voz baja en un extraño lenguaje. A continuación, se retiró con un gesto de decepción en la cara.

—¿Yo tampoco soy digno? —preguntó Ralph.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, joven vidente. Tus poderes son demasiado débiles.

Ralph soltó un suspiro y se señaló a sí mismo.

—No es ninguna sorpresa. A fin de cuentas, soy el peor estudiante.

Finalmente, la directora se dirigió a Oliver. Le puso la mano en la frente.

él sintió el extraño frío de su piel. Casi parecía que un latido salía de las puntas de sus dedos hacia su cabeza.

Entonces un repentino dolor le pinchó entre los ojos. Oliver hizo un gesto de dolor y la Hermana Judith retiró la mano como si también hubiera sentido el dolor. Abrió los ojos como platos.

—Tu especialidad es atómica —dijo—. Pero eres una mezcla de cobalto y bromo.

—Sí —dijo Oliver sintiendo.

Samuel y Michael dieron un grito ahogado.

—Entonces el pozo de las visiones es para ti —le dijo la Hermana Judith—. Te mostrará sus secretos. Eres digno.

Oliver estaba estupefacto. Quería saber qué. ¿Qué le hacía tan especial que le había concedido el acceso al pozo de las visiones? Pero no tuvo ocasión. Porque, de repente, la habitación cambió a su alrededor.

Oliver parpadeó sorprendido cuando apareció una nueva habitación. Ahora estaban en un sótano frío y húmedo con el ruido de un goteo a lo lejos. El campanario había desaparecido. La Hermana Judith también había desaparecido.

En su lugar, delante suyo había un muro de piedra en forma circular que les llegaba hasta la cintura.

Oliver dijo con la voz entrecortada:

—El pozo de las visiones.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Chris marchaba por el callejón. Sus nuevos amigotes le seguían. Se sentía genial.

Más poderoso que nunca. Había puesto clara y verdaderamente en su lugar a Malcolm. El chico andaba dando largos pasos con una cara como si hubiera chupado un limón.

Pero cuando llegó al final del callejón por el que Oliver había escapado, se detuvo y miró a su alrededor. El camino seguía por dos direcciones diferentes.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó.

—¡Por allí! —dijo de golpe la chica pelirroja que había arbitrado su duelo con Malcolm.

Se adelantó corriendo y cogió algo del suelo. Parecía una horquilla. Una horquilla de pelo de chica. Una que, evidentemente, no se había inventado en la época en la que estaban actualmente.

—Esto es de ellos —dijo la chica pelirroja—. Deben de haber ido por aquí.

Chris asintió, encantado con sus habilidades de deducción.

—¿Cómo te llamas?

—Madeleine.

—Muy bien, Madeleine, estate atenta. Tú puedes ser nuestra rastreadora.

Madeleine sonrió, claramente orgullosa del papel que le habían dado.

Empezaron a marchar por las calles. Chris pensaba que Londres era un sitio de mala muerte. Y olía mal. Estaba sucia y contaminada y toda la gente que abarrotaba las calles parecían indigentes. Qué ciudad tan horrible en la que vivir.

Cuando llegaron al final de la calle, Chris miró a Madeleine.

—¿Y bien? ¿Ahora qué? —preguntó.

Ellas e quedó sin palabras.

—No lo sé. No hay más pistas.

Chris vio el miedo en sus ojos e hizo una sonrisa de satisfacción. Le encantaba llevar a la gente al límite.

Justo entonces, algo llamó su atención. Parecía una luz tenue. Frunció el ceño y fue a inspeccionarla. Todos lo siguieron obedientes.

—¿Eso qué es? —dijo, señalando a la extraña forma que había en el suelo.

Parecía una pisada.

Por detrás había silencio. Se giró y les lanzó una mirada asesina a todos.

—¿Y bien? ¡Que alguien me conteste!

Malcolm dio un paso adelante. Parecía avergonzado después de la pelea con Chris. Su timidez hacía que Chris se sintiera aún más poderoso.

—No vemos nada —dijo Malcolm.

Chris lo miró amenazadoramente.

—¿Qué sois, ciegos o algo así? Está allí. Una pisada, creo. Sí, mirad, hay más, en esa dirección.

Malcolm se balanceaba sobre sus pies. Cuando habló, lo hizo entre dientes:

—Deben de ser tus poderes.

—¿Qué? —preguntó Chris, incapaz de oírlo.

—Dije que deben de ser tus poderes. Algo exclusivo de ti.

Chris se quedó quieto y dejó que eso calara.

—Oh… ¿Te refieres a que como soy un increíble vidente nuclear soy mejor que tú? ¿Qué puedo ver cosas que tú no puedes ver? ¿Cómo visiones con rayos X?

Malcolm hundió las mejillas. Chris podía ver que deseaba decir que no, pero no

era tan estúpido como para retarle de nuevo.

—Sí —dijo, suspirando.

Chris sonrió, encantado.

Madeleine alzó la voz:

—Me pregunto si es por el rastro de Oliver —dijo—. Al fin y al cabo, hay una conexión entre vosotros dos. Por eso te quería a ti la Señorita Obsidiana. Quizás tus poderes pueden ayudar a seguirle el rastro.

¡Sería muy satisfactorio que realmente fueran pisadas que le llevaran hasta Oliver! Un camino de migas de pan que había dejado caer sin querer para que lo siguieran.

—Vamos a seguirlas y a averiguarlo —dijo Chris, cada vez más emocionado.

Marchó hacia delante. Su equipo le seguía como ovejitas obedientes. Chris apenas podía templar la emoción que tenía en el estómago. Ahora tenía sus poderes y empezaba a ser capaz de controlarlos. Tenía una especialidad nuclear, que al parecer era tan peligrosa que se había prohibido. Y era líder. Solo necesitaba una cosa para completar esta imagen perfecta: el cuerpo muerto de Oliver colgando flácido en sus brazos. Estaba impaciente.

Las pisadas les llevaron hasta las orillas del Támesis. Chris pensó que allí aún olía peor. Arrugó la nariz por el asco.

Justo entonces, un hombre harapiento salió dando tumbos de la sombras. Estaba extremadamente sucio, su ropa era poco más que harapos que envolvían su huesuda figura.

Se lanzó sobre Madeleine, agarrándola por el cuello con un brazo, mientras con la otra mano le apuntaba al cuello con un cuchillo.

—¡Vaciad vuestros bolsillos! —exclamó el hombre—. Todos. O la chica recibe.

Madeleine abrió más los ojos por el miedo.

—¡Suéltala! —chilló Chris.

Sacó sus poderes. Un chorro de algo ácido salió desde sus muñecas directo a los ojos del hombre. El hombre soltó a Madeleine y se agarró la cara, tambaleándose, chillando por el dolor.

—¡Mis ojos! —gritaba.

Se tambaleaba torpemente. A continuación, perdió el equilibrio y cayó al río. Se revolcaba dentro del agua.

Chris empezó a reírse. El resto de los Obsidianos también. Se quedaron mirando hasta que el hombre desapareció bajo las oscuras aguas.

Chris se dirigió a Madeleine.

—¿Estás bien?

Ella asintió y se arregló el uniforme.

—Estoy bien. Gracias por intervenir. Me cogió por sorpresa.

Chris miró bruscamente al resto de la banda.

—La próxima vez que alguien se nos encare, podéis hacer algo, ¿vale? No me dejéis a mí todo el trabajo duro.

Ellos asintieron, parecía que los habían puesto en su sitio. Chris sintió que su poder aumentaba. Ahora los tenía comiendo de su mano.

Continuaron, siguiendo la curva del río y las pisadas brillantes que Chris veía a lo largo de él. A medida que avanzaban, las casas eran más grandes.

Continuaban a lo largo de la calle, pero las distancias entre ellas parecían aumentar. Chris tenía la impresión de que estaban en una parte más rica de Londres que la de antes.

Las pisadas brillantes giraban en la calle principal hacia una calle lateral. Chris hizo una señal a su banda para que le siguieran.

Siguieron las pisadas hasta llegar a una gran mansión. Tenía una pequeña puerta y una aldaba brillante de oro macizo. A través de la ventana salía una brillante luz amarilla y ruidos de alegría. Parecía que dentro había una fiesta.

—¿Es aquí? —preguntó Madeleine.

Chris asintió.

—Aquí es donde terminan las pisadas.

Malcolm se acercó de puntillas y miró la placa con el nombre que había al lado de la puerta. Después se giró de repente, con una mirada de auténtica sorpresa en la cara.

—¿Qué? —preguntó Chris.

—El nombre. De la placa —dijo Malcolm—. La persona de quien es esta casa.

—¿Y bien? —dijo bruscamente Chris, cada vez más enojado—. Suéltalo. ¿De quién es esta casa?

Malcolm empezó a sonreír.

—Según la placa, es de Isaac Newton.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Oliver miró dentro del pozo de las visiones. Era oscuro como boca de lobo y no podía ver el agua al fondo.

—¿Estás seguro de que lo quieres hacer? —preguntó Ester, mirando del sombrío agujero hacia él.

Él asintió. Estaba seguro.

—es la única forma de salvar la escuela.

Ester alargó la mano y le frotó el brazo con ternura.

—Te estaremos esperando.

Oliver se subió al muro de ladrillos que rodeaba el pozo. Se quedó quieto por un instante para calmar los nervios. Después saltó.

De inmediato, Oliver se sumergió en la oscuridad negra como el carbón. Su pelo volaba por todas partes mientras el viento rugía en sus oídos. Estaba cayendo muy rápidamente, tan rápido que hacía que el estómago se le revolviera. El corazón le iba a un kilómetro por minuto.

Entonces impacto contra el agua helada.

Oliver esperaba parar aquí. Pero no fue así. Continuó cayendo, por debajo de la superficie y hacia abajo, sumergiéndose más en las profundidades.

El corazón de Oliver latía aún a más velocidad. Tenía agua dentro de las orejas y de la nariz. Tenía la sensación de ahogarse con ella. Intentaba mantener la calma, obligar a su mente a aceptar que esto era solo una visión y no la realidad. Que, igual que en la prueba para videntes en el despacho del Profesor Amatista, era una alucinación extremadamente realista. Pero eso no evitaba que su manos temblaran. El pensamiento de ahogarse era aterrador.

El hecho de no poder ver absolutamente nada era aún más desconcertante. Oliver

necesitaba cada pizca de su valentía para no sentir pánico.

«Esto es una visión» —se recordaba a sí mismo.

Finalmente, sintió que sus pies tocaban el fondo del pozo. Dejó de hundirse y se detuvo con suavidad. Miró a su alrededor pero no veía nada. La oscuridad era impenetrable.

Entonces, de repente, se encendió una luz brillante y cegadora. Oliver giró la cara y se tapó los ojos con el brazo. La luz era tan brillante que hacía daño. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Cuando se hubo quitado los puntitos parpadeando, se giró. Y allí estaba. La Esfera de Kandra.

Oliver sintió inmediatamente el tirón en el corazón que había sentido la primera vez que puso sus ojos encima de la esfera. Su instinto primario como vidente era protegerla a toda costa.

Alargó la mano hacia ella, pero vio que sus dedos la atravesaban. La esfera no era real. Evidentemente que no. Pero, aun así, Oliver sentía una amarga decepción por no poderla sostener con seguridad en sus manos.

Rechazando todos los instintos de su cuerpo, Oliver observó desplegarse la escena.

La Esfera de Kandra flotaba en la oscuridad. Parecía un universo en sus comienzos, como los que flotaban en la sexta dimensión.

Entonces aparecieron otras luces en el pozo. Galaxias diminutas. Oliver se dio cuenta de que estaba observando la formación de la Vía Láctea. La Vía Láctea.

Y justo en su centro estaba la Esfera de Kandra, tan importante para su dimensión como lo era el sol para la tierra.

Oliver seguía observando, sin aliento por el asombro, mientras la escena alrededor de la Esfera se transformaba.

Ahora le mostraba la Esfera de Kandra en su lugar especial dentro del despacho del Profesor Amatista, descansando sobre el pedestal en la sexta dimensión.

Verla en su debida posición hacía que el corazón de Oliver rugiera de alegría.

Observó cómo la escuela se formaba alrededor de la Esfera, un proceso que ahora se daba cuenta que no había sido escogido o planeado, sino que había sucedido de forma espontánea. La escuela existía alrededor de la Esfera. Para la Esfera. No al revés. No podían existir la una sin la otra. Eran la misma cosa.

Entonces es cuando sucedió. Oliver vio con una claridad aterradora el momento en el que los Obsidianos entraron a la fuerza en la escuela. No habían entrado por una brecha en las paredes, como habían hecho los canallas de Lucas, ni por un agujero hecho en la pared dimensional como la bomba de Lucas había intentado crear. Los Obsidianos consiguieron entrar directamente en la sexta dimensión usando un cuchillo Obsidiano.

Oliver se quedó sin respiración. Ya sabía que el arma de Ralph era peligrosa, pero verla en acción era una cosa muy diferente. Su corazón gritaba de dolor al observar que el tejido de la realidad se iba abriendo poco a poco. Eso estaba mal.

estaba muy mal. Ahora veía que el arma era extremadamente oscura y peligrosa Y Ralph había tenido razón al negarse a usarla en la taberna. No era de extrañar que el Profesor Amatista normalmente la guardara bajo llave y candado. El arma tenía demasiado poder. En las manos equivocadas, podría usarse para fines malvados.

Continuó observando cómo el corte entre el tejido de las dimensiones se desgarraba más y más para permitir que los Obsidianos se filtraran dentro. Era como observar a las termitas saliendo de su termitero. Oliver notó el sabor de la bilis en su garganta.

Los estudiantes trabajaban en perfecta armonía. Incluso fueron necesarios tres de ellos trabajando con delicada precisión para sacar la Esfera de su pedestal. En el segundo en que lo hicieron, la sexta dimensión empezó a temblar.

Oliver también sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Era una sensación horrible, que le causaba un profundo dolor en el pecho, pues sabía que era esto lo que sus amigos y profesores debían de estar sintiendo en la Escuela de Videntes ahora mismo. No había nada que deseara más que detenerlos allí y entonces. Pero solo era una visión. Él no tenía ningún poder.

Los estudiantes solo tocaban la Esfera durante un segundo cada uno, pasándola a lo largo de la cadena rápidamente como si pudiera quemarles la piel si la sostenían demasiado tiempo. Entonces la pasaron a través del corte del tejido dimensional. Los estudiantes se apresuraron a ir tras ella, desapareciendo de nuevo por el agujero tan rápidamente como habían entrado.

Oliver continuó observando, desesperado, cómo se cerraba el agujero y la luz de la Esfera se ahogaba. Detrás solo quedaba el suelo temblando. Era la sensación más solitaria y escalofriante del mundo.

De golpe, la escena cambió. Oliver bajó la mirada y vio un edificio oscuro, como un castillo gótico. Dentro, un grupo de Obsidianos estaban de celebración. Una mujer de aspecto aterrador vestida con una capa larga y negra parecía dirigir todo el festejo. Y allí, en una jaula de oro, estaba encadenada la Esfera de Kandra. Como si fuera un ser consciente, la Esfera se revolcaba en sus cadenas, rebotando contra los laterales de su prisión mágica. Sus movimientos parecían deleitar a la mujer, que la observaba mientras se reía con un regocijo maníaco.

Entonces vio que la mujer sacaba su cuchillo Obsidiano. Sabiendo ahora la verdad de su poder, el mismo sentía cómo temblaba con tan

solo verla.

la mujer levantó la mano, sujetando el cuchillo por encima de su cabeza.

Después lo bajó hasta colisionar con ella, perforando justo el centro de la Esfera.

Un ruido como ninguno que Oliver hubiera oído antes le llenó los oídos. Era como un grito agonizante, el estallido de un trueno, una ola al chocar, un tren fuera de control, unas uñas sobre una pizarra, todos los peores ruidos a la vez.

Supo de inmediato que era el ruido de la Esfera de Kandra al morir. Sintió que se le rompía el corazón.

El temblor empezó de inmediato. Él se forzó a abrir los ojos, aunque ahora su visión estaba llena de lágrimas, para observar el resto de la espeluznante escena.

La mujer sujetaba la Esfera muerta en sus manos. Ya no era de un blanco brillante, sino negra como un trozo de carbón. Pero su expresión ya no era de júbilo. Oliver se dio cuenta entonces de que el temblor también le afectaba a ella.

Era evidente que algo que no había imaginado estaba teniendo lugar, que destruir la esfera había tenido una especie de efecto profundo en su propia realidad que ella no había previsto.

Entonces todo empezó a derrumbarse sobre sí mismo. Dentro de un remolino, todo empezó a dar vueltas alrededor del bulto de la Esfera muerta en su mano.

Oliver soltó un grito ahogado al percatarse de lo que estaba mirando. La Esfera

se había convertido en un agujero negro y lo estaba aspirando todo.

Observaba, horrorizado, cómo todo se derrumbaba y caía en el vacío del agujero negro. Después el último punto de luz desapareció y todo se volvió negro.

Ella lo había destruido todo. No solo la Escuela de Videntes y la dimensión en la que estaba, sino su propia escuela, su propia dimensión.

De golpe, todo cobró sentido en la mente de Oliver. Cuando mató a la Esfera, la mujer no sabía que se estaría destruyendo también a sí misma. Los Obsidianos eran las sombras de la luz de Amatista. El mal para su bien. Se equilibraban entre ellos. Ninguno podía existir sin el otro.

De repente, la escena delante de Oliver parpadeó como el rollo de una película antigua. Apareció de nuevo la escuela. Allí estaba la mujer con el cuchillo Obsidiano. La Esfera estaba enjaulada ante ella.

Oliver vio que debía de ser una línea temporal diferente. El mismo acontecimiento desde otra dimensión paralela.

—Escondamos la Esfera —anunció la mujer—. En algún lugar en el que no piensen en mirar.

Estaba claro que había aprendido la lección de que las escuelas se necesitaban entre ellas para existir. Esta vez, iba a esconder la Esfera en lugar de destruirla.

Observó cómo usaba el cuchillo para hacer un corte en el tejido del tiempo.

Después metió la Esfera dentro, como si estuviera en un pequeño bolsillo dentro de las dimensiones.

Antes de que Oliver tuviera la oportunidad de averiguar dónde debía estar, lo rodeó de repente un arcoíris de luz. Inmediatamente, recordó el laboratorio de Newton y el prisma giratorio que dividía la luz en los componentes del arcoíris.

¿Por qué el pozo de las visiones le estaba mostrando esto?

Mientras miraba los rayos de luz a su alrededor, un repentino y extraño árbol dorado empezó a crecer del suelo.

Algo hizo clic en la mente de Oliver. Recordó los experimentos de alquimia que Newton había estado llevando a cabo, la receta en la que había estado trabajando que transformaba el metal en una estructura que recordaba las ramas de un árbol.

¿Era esto lo mismo? Los experimentos de Newton solo habían producido cantidades pequeñas. Este árbol estaba crecido y crecía por momentos.

Oliver se tambaleaba hacia atrás mientras el árbol crecía más y más.

Pronto, las ramas eran gruesas y fuertes y rompían los ladrillos que le rodeaban. La habitación empezó a temblar.

Oliver intentaba no sucumbir a su miedo, recordándose a sí mismo que esto solo era una visión. Pero ver los ladrillos del pozo caer y salpicar el agua oscura que había a su alrededor era espantoso.

Repentinamente, una brillante luz blanca apareció arriba del todo del pozo.

Oliver sintió que su corazón tiraba hacia ella. Supo enseguida que era la Esfera de Kandra.

Entonces empezó a caer, rebotando de una rama a la siguiente.

Cuando cayó suavemente hacia él, Oliver la miró fijamente, con el corazón elevado. Pero tuvo que recordarse a sí mismo que no era real. Esto solo era una visión. La Esfera real estaba escondida en algún sitio. Y él todavía tenía que descifrar lo que el pozo de las visiones estaba intentando decirle.

De golpe, la Esfera de Kandra cayó de la última rama y le dio un coscorrón en la cabeza a Oliver. Al hacerlo, la respuesta le vino en una repentina explosión de inspiración.

¡El árbol alquimista de Newton tenía el poder de atravesar las paredes de la prisión invisible de la Esfera de Kandra! Dondequiera que la mujer la hubiera escondido, fuera cual fuera la dimensión en la que la habían guardado, el árbol de Newton crecería hacia ella y la liberaría de su prisión!

En cuanto Oliver lo pensó, el pozo empezó a borbotear. El agua debajo de él empezó a dispararse, empujándolo hacia arriba. Entonces, en una enorme ola, lo empujó por el borde del pozo.

Cayó a los pies de sus amigos. Se sorprendió al ver que estaba completamente seco.

Todos lo miraban: Ester, Ralph, Michael y Samuel.

—¡Oliver! —gritó Ester—. ¿Estás bien?

Él asintió. Toda la experiencia lo había perturbado, y mojado un poco, pero en general estaba lleno de motivación y una repentina sensación de claridad.

—Sé cómo encontrar la Esfera de Kandra —les dijo.

—¿Cómo? —preguntó Ester.

—Necesitaremos la ayuda de Newton.

Ester parecía exasperada.

—¿Newton? ¿Te refieres a la persona que dejaste para venir aquí? —Parecía frustrada. Agotada. Oliver no podía culparla. Era frustrante estar en esa situación.

—No te preocupes. esto no fallará. El pozo me mostró qué hacer exactamente.

—Entonces no perdamos el tiempo —dijo Ralph, metiéndose—. Desde aquí hay un largo camino de vuelta a casa de Newton.

—Nos puedes contar lo que viste por el camino —añadió Michael.

Todos corrieron por los pasillos, en dirección a la salida de la escuela. A continuación, salieron a la ahora negra noche.

Oliver tiritaba mientras zigzagueaban por las calles escondidas hasta el centro de Londres.

Pero justo al girar la esquina, se chocaron con alguien que estaba en la entrada del callejón. Y cuando el tipo se dio la vuelta, todos dieron un grito ahogado por la conmoción.

Ante ellos estaba Isaac Newton.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Chris miró la mansión de aspecto lujoso. Había visto fotos de este tipo de edificio en clase de historia. En la vida real, las puertas eran incluso más cortas.

—Vamos entonces —dijo, animado—. Vamos a ver si Oliver está aquí.

Cogió la brillante aldaba de oro y llamó con fuerza repetidas veces. El ruido era tan fuerte que resonó por toda la calle. Chris sonreía para sí mismo mientras continuaba golpeando con la aldaba una y otra vez.

De repente, la puerta se abrió. Allí había un mayordomo, vestido con la ropa más cara de la época. Chris no podía aguantar la risa. El hombre se veía ridículo.

¡Llevaba mallas!

—¿Sí? —preguntó el hombre, mirando fijamente al grupo de niños con una expresión de desconfianza.

—Estamos buscando a alguien —dijo Chris—. Pensamos que podría estar aquí.

Un niño pequeño, de esta altura —Indicó con la mano hasta donde Oliver le llegaba por el hombro—. Un tonto. Con aspecto de ratón.

El mayordomo apenas reaccionó.

—¿Te refieres al jovencito que vino a visitar al Maestro Newton? ¿Acompañado por una chica y un chico más alto?

Chris chasqueó los dedos.

—¡Ese es!

Se dispuso a entrar en la casa pero el mayordomo le cerró el paso.

—Discúlpame —dijo el mayordomo bruscamente—. No puedes entrar en la casa de esta manera.

Tenía una expresión muy altiva, una expresión que molestaba a Chris.

Chris entrecerró los ojos.

—Creo que no debería intentar detenerme, abuelo.

El mayordomo no parecía perturbado. Estaba claro que ya había tenido su ración de invitados desagradables llamando a la puerta para tratar de entrar. Una panda de niños no le asustaba.

—Tus amigos no están aquí —dijo el mayordomo, cruzando los brazos.

A Chris se le tensó la mandíbula al instante.

—¿A dónde fueron? —preguntó, mientras empezaba a apretar los dientes.

—No lo sé —respondió el mayordomo—. Estuvieron en compañía del Maestro Newton cuestión de minutos hace un rato. Después se fueron.

Antes de que Chris tuviera ocasión de hacer más preguntas, la puerta

se cerró en sus narices.

Se giró para mirar a su banda. Vio que Malcolm ni tan solo trataba de ocultar su risita. La furia chisporroteaba por sus venas.

—Bien, vamos a capturar a Newton —dijo de golpe Chris.

Malcolm se burló.

—¿Qué? ¿Por qué?

Chris lo miró amenazadoramente.

—¿Ahora quién es el estúpido? ¡Porque este tal Newton debe de ser importante si Oliver ha estado aquí! Si lo secuestramos, Oliver intentará salvarlo. En lugar de perseguir a Oliver, esto lo traerá directamente hasta nosotros. El pequeño bobo este no podría dejar a uno de sus amigos en peligro, aunque esto significara sacrificarse él —Giró los ojos.

Sin esperar más discusión, Chris se dio la vuelta y agarró la aldaba. Accedió a sus poderes, algo que ahora parecía poder hacer más fácilmente, y la aldaba se derritió y la madera empezó a gotear.

Desde atrás, oyó que la banda cada vez estaba más alborotada. Por fin, iban a desencadenar un caos. Y como era contra humanos en lugar de contra otros videntes, no había forma de que perdieran.

Con su pesada bota, Chris dio una patada a la puerta. Salió volando de sus bisagras y se hizo astillas contra la pared.

Apareció el mayordomo, entrando a toda prisa en el recibidor. Chris tendió su mano y disparó un chorro de ácido directo al pecho del hombre. La ropa del mayordomo empezó a chisporrotear mientras él salía disparado hacia atrás.

Chocó contra la pared y resbaló hasta el suelo. estaba inconsciente.

Chris entró a la casa pisoteando, los estudiantes Obsidianos iban a la retaguardia.

Después la banda fue hecha una furia por el pasillo. Chris disparaba barro a las obras de arte que colgaban de las paredes, destruyendo todos los caros cuadros europeos solo por diversión. Uno de su banda hizo explotar el candelabro de techo con un rayo. Otro disparó llamas desde las puntas de sus dedos, chamuscando el papel de pared.

Siguieron avanzando, desatando el caos a su paso. Procedente de la puerta del final oyeron lo que parecía una fiesta. Chris avanzó hasta allí y la abrió de una patada.

Golpeó muy fuerte contra la pared, haciendo que todos los que estaban en el salón pegaran un salto. Se hizo el silencio. La sala estaba llena de montones de distinguidos caballeros sujetando platos de plátano troceado, tazas de café sobre platillos y copas de vino. Miraban fijamente a los repentinos intrusos.

—Buenas noches, caballeros —dijo Chris, llevándose las manos a la cintura—.

¿Quién de ustedes es Newton?

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

—¿Sir Newton? —tartamudeó Oliver—. ¿Qué hace usted aquí?

El científico parecía fuera de lugar en los oscuros callejones de Londres en lugar de su acogedor salón.

Isaac Newton parecía avergonzado.

—Os seguí. Quería ver la escuela oculta por mí mismo —Suspiró profundamente—. Veréis, los demás en el Gremio de Alquimistas están…

bueno, están empezando a dudar de mí. Hasta ahora he fracasado en todos mis experimentos de alquimia. La gente está empezando a llamarme charlatán. Pensé que si encontraba la escuela podrían no echarme.

En su imaginación, Oliver recordó lo que había visto en el pozo de las visiones.

—Usted no es para nada un charlatán.

Newton subió las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A tu trabajo en alquimia —dijo Oliver, reflexionando por un momento si era prudente revelar lo que acababa de ver—. Va por el buen camino. De hecho, creo que es su receta lo que nos ayudará a encontrar la Esfera de Kandra.

Newton abrió los ojos como platos.

—¿Así que tengo razón? ¿Mis experimentos darán sus frutos? Hinchó el pecho con orgullo. Pareció que se producía un cambio repentino en él. En su mansión había dado la impresión de estar algo disperso, casi al borde de un ataque de nervios. Pero ahora parecía decidido. Concentrado—. ¿Qué necesitáis que haga?

Oliver se quedó quieto por un momento. Necesitaba que Newton creara una de sus aleaciones, la que había visto en la visión. Pero el laboratorio de Newton estaba a kilómetros de distancia. Sería una larga caminata y se estaban quedando sin tiempo.

Miró a Michael.

—¿Tenéis laboratorio en la escuela?

Michael asintió.

—Sí. Para la clase de pociones.

—¿Podemos usarlo?

Michael y Samuel asintieron.

Todos volvieron a la escuela. Newton en particular parecía entusiasmado por estar dentro de la misteriosa escuela oculta. Mientras iban a toda prisa por los pasillos, Oliver explicó lo que había visto en el pozo de las visiones. Newton prestaba mucha atención, su expresión era más entusiasmada a cada paso.

El laboratorio estaba en el sótano. Bajaron varias escaleras de piedra antes de entrar corriendo en él. Tenía un ambiente un poco espeluznante. Como una cámara de torturas.

Pero Newton no parecía desconcertado. Entró y se subió las mangas. De repente, parecía muy concentrado, de un modo que no lo había estado antes. Era evidente que estaba como pez en el agua.

—Bien. Necesitaré una fuente de llama, vasos de precipitación de cristal, tubos.

Michael y Samuel se apresuraron a ir a los armarios que había a los lados de los laboratorios.

—¿Qué metales tenéis? —preguntó Newton a Oliver.

Oliver frunció el ceño.

—Ninguno. O sea, hay algo de cobre en mi brújula. Y este amuleto está hecho de plata —sacó el amuleto del Profesor Amatista.

Newton negó con la cabeza.

—No. No. Esto no valdrá.

Ralph habló alto:

—¿Qué tal esto?

Todos se giraron para mirarle. Sostenía el cuchillo Obsidiano. Verlo de nuevo hizo que a Oliver le diera un escalofrío en la columna. Después de lo que había visto que hacía en el pozo de las visiones, no quería volver a ver uno nunca.

Newton abrió los ojos como platos.

—¿De qué está hecho?

Ralph negó con la cabeza y se lo pasó a Newton.

—Es un cuchillo Obsidiano. Así que imagino que está hecho de obsidiana.

Newton dio un grito ahogado.

—Metal no. Cristal. ¡Claro!

Oliver frunció el ceño.

—¿Claro, el qué?

Pero Newton estaba lanzado. Empezó a hablar muy rápidamente.

—Hasta ahora, todos mis experimentos han sido en metal. Ni tan solo he pensado en la obsidiana porque es un cristal que se forma de manera natural. El cristal de un volcán. ¡Pero podría ser justamente esto!

Justo entonces, regresaron Michael y Samuel, con los brazos cargados de todas las herramientas que había pedido Newton.

Sin dudar, Newton empezó a ordenar todas las cosas, conectando los tubos a los vasos de precipitación con una precisión experta. Colocó el

cuchillo delante de él, encendió una vela y la colocó debajo dela artilugio que había montado.

Después empezó a decir que no con la cabeza.

—No, no, no, esto no funcionará. La llama es demasiado pequeña.

Ralph dio un salto hacia delante.

—Yo tengo una especialidad biológica. Yo debería poder hacerlo.

Se concentró en la pequeña llama y la hizo crecer.

—¡Eso es! —exclamó Newton.

Todos prestaban mucha atención mientras Newton trabajaba. Oliver se sintió aliviado cuando vio que la hoja del cuchillo Obsidiano se derretía. Ralph estaba también claramente aliviado de no tener ya la carga de llevar algo tan peligroso encima. Un cuchillo Obsidiano menos en el universo era obviamente algo bueno.

—Esto llevará un tiempo —dijo Newton—. Tengo que ajustar los ingredientes.

Mi receta original era para una aleación de metal, no para una de cristal. Tengo que averiguar las cantidades exactas para condensar esta mezcla.

Oliver sabía que no podían meter prisa a Newton, que el proceso científico duraba lo que duraba. Pero en su interior se le revolvían las tripas. Se estaban quedando sin tiempo para conseguir la Esfera y devolverla a la escuela antes de que se derrumbara. cada segundo que pasaba parecía angustioso.

Pero ahora no había nada que pudieran hacer. Se apartaron del científico, dándole espacio para trabajar, y fueron a sentarse a otra mesa.

—Si esto funciona —dijo Oliver—, ¿cómo lo haremos para devolver la Esfera a la escuela?

—¿El pozo de las visiones no te mostró cómo? —preguntó Ester.

Oliver negó con la cabeza.

—No. Solo me mostró cómo recuperar la Esfera. No qué hacer con ella una vez lo hubiera hecho.

—Hay portales a la escuela esparcidos por todo el universo —dijo Ralph—. Solo tenemos que encontrar uno.

—Tu amuleto —sugirió Ester.

Oliver lo sacó de debajo del mono y, al hacerlo, dijo que no con la cabeza.

—Está frío. Siempre frío. Nunca estamos cerca de un portal.

De repente, a Michael se le encendió la mirada.

—¡Aquí hay uno! Un portal, quiero decir. Justo aquí en Londres —Entonces se desinfló—. Pero está oculto.

Ester chasqueó los dedos y sacó el catalejo de su bolsa.

—Tenemos esto. Es un aparato especial que solo podemos usar los videntes.

Hace que las cosas mágicas desprendan un brillo. Vuestra escuela, por ejemplo, es de color azul verdoso.

—Eso podría funcionar —dijo Michael, asintiendo.

Justo entonces, se oyó el ruido de una súbita explosión. Todos miraron a Newton. Un bucle de humo salía del charco de obsidiana derretida en su placa de Petri. El científico se tambaleaba hacia atrás.

Todos se levantaron de un salto y fueron corriendo hacia él.

—¿Qué es esto? —preguntó Oliver.

—Algo está pasando —tartamudeó Newton—. ¡Mirad!

Oliver se giró y vio que sobre la superficie del cristal negro derretido algo extraño tomaba forma. Parecía una planta pequeña. Empezó a crecer del charco.

Mientras crecía, le salían ramas.

—Lo consiguió —gritó Oliver—. Esto es exactamente lo que vi en el pozo de las visiones.

Newton parecía estupefacto. Esto es mil veces más grande que lo que jamás he conseguido. ¿Qué está haciendo?

Las únicas respuestas que tenía Oliver eran de lo que el pozo de las visiones le había mostrado.

—Sus ramas pueden perforar el tejido dimensional. Está creciendo hacia la Esfera de Kandra.

—Como una fuente de luz —exclamó Newton—. Todas las plantas crecen hacia el sol.

—Y la Esfera de Kandra está en el centro de nuestro universo —dijo Oliver, con la voz entrecortada.

Todos continuaron observando, boquiabiertos, mientras del árbol brotaban más y más ramas. Entonces, igual que había hecho en el tanque de la visión, las ramas más lejanas rajaron el aire y cortaron el tejido dimensional. A través de la hendidura salió una brillante luz blanca. Entonces apareció la Esfera de Kandra.

—¡Allí está! —gritó Oliver, con los ojos llenos de lágrimas.

No podía creerlo. Lo habían conseguido. Realmente lo habían conseguido.

La Esfera atravesó la hendidura y empezó a rebotar por las ramas hasta caer a la tierra. Ester alargó la mano, la cogió y la meció en su brazos como un bebé.

—Te tenemos. Ahora estás a salvo.

—Vamos a devolverla a la escuela a la que pertenece —dijo Ralph.

Él y Ester no iban a perder el tiempo. Fueron corriendo hacia la salida. Pero Oliver se dirigió a Newton.

—Gracias. Por todo. Nunca lo hubiéramos hecho sin usted.

Newton hizo un gesto con la mano ante el halago como si no fuera nada.

—Gracias a vosotros. Estaba a punto de abandonar mis experimentos. Pensaba que lo había intentado todo. Estaba desperdiciando mis días recibiendo invitados. Pero me habéis ayudado a darme cuenta de que mi trabajo todavía no ha terminado. Aún me queda más por hacer — Le dio la mano a Oliver—. Ahora, corred. Regresad a vuestra escuela. Salvad al Profesor Amatista.

—¿Usted estará bien? ¿Volverá a casa sano y salvo?

—Lo haré —dijo Newton.

Con el resto de sus amigos, Oliver fue a toda prisa hacia la salida de los laboratorios. Pero se detuvo en el umbral y miró atrás hacia Newton.

—Por cierto —gritó—, van a nombrarle caballero. ¡Será el primer científico que se convierte en Sir!

Newton retorció el lateral de sus labios en una pequeña sonrisa.

—Es muy bueno saberlo. Gracias, Oliver Blue.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—¿Qué significa que no está aquí? —vociferó Chris, fulminando con la mirada a los caballeros reunidos en el salón lujosamente decorado—. ¿Qué clase de anfitrión se marcha de su propia fiesta?

Estaba furioso. Habían seguido la pista de Oliver hasta aquí para descubrir que se había ido, ¡y ahora resultaba que el señor de la casa tampoco estaba aquí!

¿Cómo se suponía que iban a desviar a Oliver de su misión si aquí no había nadie a quien secuestrar?

Chris se lanzó sobre el hombre que tenía más cerca. Era muy delgado y llevaba perilla, e iba vestido con mallas largas y una blusa con volantes. Cuando Chris se tiró a dos centímetros de su cara, al hombre se le cayó su taza de té de porcelana.

Se hizo añicos en el suelo.

—¿A dónde fue? —preguntó Chris al aterrado hombre.

—No me di cuenta de que se había ido —respondió el hombre con un marcado acento europeo—. Cuando los del Gremio de alquimistas nos reunimos para una velada tendemos a perder la noción del tiempo. Nuestros debates científicos ocupan toda nuestra atención.

Chris lo miró de reojo confundido, junto poco a poco las cejas hasta fruncir el ceño.

—No tengo ni idea de qué acabas de decir. ¿Al-ca-qué?

Desde detrás suyo, oyó una risa. No una risa jovial sino una risa burlona y sarcástica. Enseguida, Chris supo que venía de Malcolm.

Sujetando todavía la camisa del hombre, Chris miró rápidamente al chico por encima del hombro.

—¿Qué problema tienes? —vociferó, entrecerrando los ojos.

La sonrisita continuaba firme en la cara de Malcolm. Fue andando hacia delante

despreocupadamente.

—Se me acaba de ocurrir que no tienes ni idea de en casa de quien estamos.

Chris encogió los hombros.

—Ni lo sé ni me importa.

esta vez, el resto de los Obsidianos empezaron a reírse. Chris escuchaba sus risitas y notaba que la rabia crecía en sus tripas.

Malcolm le lanzó una expresión arrogante.

—Es Sir Isaac Newton. El hombre que descubrió la gravedad —Le salió una risa de mofa del fondo de la garganta.

—¿Y qué? —replicó Chris—. La clase de ciencia es para imbéciles.

Pero Malcolm estaba en racha.

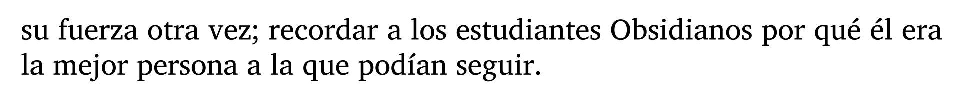
—Anda, no tenía ni idea de lo estúpido que eras en realidad.

Los Obsidianos empezaron a reír sinceramente, uniéndose a sus crueles burlas.

Chris notaba que la rabia daba vueltas en su interior. Lo que más odiaba en el mundo era que le llamaran estúpido. Era su mayor inseguridad. Era él el que llamaba estúpida a la gente, ¡y no al revés!

Al girarse completamente para enfrentarse a Malcolm, soltó la camisa del hombre europeo. El hombre se apresuró a ir hacia los caballeros acobardados, que lo recibieron en el centro del grupo antes de mirar de nuevo a los Obsidianos que los acorralaban.

La atención de Chris cambió a Malcolm. Chris pensaba que su archienemigo se estaba pasando de listo otra vez. Estaba empezando a desautorizarlo. Era evidente que estaba intentando recuperar el control. Pero Chris no iba a dejar que eso pasara. Tenía que demostrar


su fuerza otra vez; recordar a los estudiantes Obsidianos por qué él era la mejor persona a la que podían seguir.

—Venga, vámonos —dijo Malcolm.

Pero Chris se mantuvo firme.

—Ni hablar.

Malcolm lo miró amenazadoramente.

—Newton no está aquí para secuestrarlo. Así que no hay razón por la que Oliver regrese.

Aunque Chris sabía que Malcolm tenía razón, de ninguna manera iba a admitirlo delante de todos. eso solo lo debilitaría ante sus ojos. Lo haría parecer incompetente. haría cualquier otra cosa antes de seguir las instrucciones de Malcolm. Y sabía que la última vez que Malcolm había amenazado su posición como líder, se los había ganado con una pelea. Esta vez, si les daba la oportunidad de desatar el caos, con un poco de suerte los tendría de su lado.

—Pero hemos venido hasta aquí —dijo Chris amenazadoramente—. Merecemos divertirnos un poco —Desvió rápidamente la mirada hacia los ricos caballeros y los miró con desdén.

Inmediatamente, los Obsidianos empezaron a alborotarse más. Veía que el deseo de destrucción brillaba en sus ojos.

—Estamos perdiendo el tiempo —protestó Malcolm.

Pero Chris veía que ya nadie le escuchaba.

—Que alguien ate a estos hombres —ordenó.

Madeleine obedeció. No perdió la oportunidad, su mirada estaba borrosa cuando recurría a sus poderes de vidente.

De golpe, las largas cortinas de sida empezaron a transformarse y se convirtieron en enredaderas retorcidas. Todos los caballeros gritaban de miedo cuando las enredaderas se arrastraron por el suelo hacia ellos y empezaron a enroscarse por sus piernas, hasta su cintura y, finalmente, hasta sus brazos, inmovilizándolos.

—¿Cómo lo hizo? —dijo uno de los hombres.

—Parecía alquimia —respondió otro con un grito ahogado.

Chris sonrió. Los Obsidianos todavía lo veían como líder. Sacar algo de su rabia con estos engreídos era justo lo que necesitaba.

Alzó las manos y miró el ácido verde que se formaba en ellas. Fue andando hacia el delgado europeo de la perilla y le quitó el reloj de oro del bolsillo de arriba. De inmediato, el reloj empezó a sisear y se derritió en sus manos. Alzó la mirada hacia los ojos muertos de miedo del hombre y sintió una ola de poder.

—¿Tú qué eres? —tartamudeó el hombre—. ¿Una especie de espíritu maligno?

—No —respondió Chris—. Algo mucho peor que eso.

Chris se disponía a lanzarse sobre el hombre –tenía la mente puesta en derretirle esa estúpida perilla y quitársela de la cara-pero antes de que tuviera la oportunidad, la puerta del salón se abrió de golpe. Un hombre entró a toda prisa.

Tenía el pelo largo, blanco y ondulado y una chaqueta marrón de seda que le llegaba hasta las rodillas.

Chris oyó el grito ahogado de los Obsidianos.

—¿Qué está pasando? —dijo el intruso—. ¿Qué le pasó a mi puerta delantera?

¿Por qué mi mayordomo está desmayado en el recibidor? ¿Por qué mis invitados están atados con enredaderas? ¡¿Y quiénes sois vosotros?!

Se dibujó una sonrisa en los labios de Chris.

—Bueno, bueno, bueno. Tú debes de ser Isaac.

CAPÍTULO TRENTA Y NUEVE

—¿Alguna novedad? —preguntó Oliver.

Ester sujetaba el catalejo en alto, mirando a su alrededor mientras iba a toda prisa por los callejones, en dirección hacia el centro de Londres. Desde que se habían ido de la Escuela de Londres para los que Ven el Futuro, habían estado andando por las calles durante mucho tiempo sin ninguna suerte.

—Todavía no —dijo—. No es fácil cuando no sabes lo que estás buscando.

—¿Y el amuleto? —preguntó Ralph.

Oliver lo tocó y negó con la cabeza.

—Todavía frío.

Aceleraron el paso hasta que estaba entre caminar rápido y correr. Pronto llegaron a las orillas del Támesis. Incluso a esta hora de la noche navegaban los barcos mercantes.

No habían andado ni diez pasos a lo largo del río cuando la tierra empezó a temblar de repente.

—¿Qué está pasando? —tartamudeó Ester.

—Esto no es un terremoto, ¿verdad? —dijo Ralph.

Oliver negó con la cabeza y de agarró al lateral de un edificio para sujetarse,

—En Inglaterra no hay terremotos.

El agua del Río Támesis salpicaba de un lado a otro de las orillas, haciendo que las barcas y embarcaciones se balancearan de forma precaria. Era una visión muy extraña, como si el río de golpe se hubiera convertido en un océano durante una tormenta.

Los barcos de madera chirriaban mientras se movían de arriba abajo, de atrás

hacia delante, surcando las olas. después, con un enorme estruendo, los mástiles de dos embarcaciones colisionaron. Los marineros empezaron a chillar asustados. Un hombre fue corriendo hasta el lateral y saltó. Pero en lugar de salpicar en el agua, flotó hacia arriba.

Ester, Oliver y Ralph se quedaron si aliento al ver que el hombre flotaba hacia arriba como un paracaidista al revés.

Acababa de llegar a la parte de arriba del mástil cuando llegó otra sacudida del suelo enorme bajo sus pies. De golpe, el hombre cambió de dirección, cayendo al agua en picado. Soltó un grito de terror antes de darse una panzada en el río.

Entonces vino otro temblón. Esta vez, el mismo Oliver sintió que empezaba a flotar hacia arriba.

—¡Ayuda! —gritó.

Estiró su mano y Ester la agarró. Pero ella también empezó a flotar separándose del suelo. Ralph se agarró rápidamente a una farola, pasando un brazo alrededor de la misma y agarrando a Ester con su mano libre. Entonces él también empezó a flotar.

—Está claro que esto no es un terremoto —exclamó Ester mientras se apartaban más y más del suelo flotando.

Oliver le sujetaba la mano con fuerza. Parecía que el cielo tiraba de él. Casi como si la gravedad se hubiera invertido.

—¡Newton! —tartamudeó.

Ester lo miró. Tenía los brazos estirados y tensos entre él y Ralph. ¡Si el extraño movimiento que tiraba de ellos no paraba, pronto la rompería por la mitad!

—Creo que hay algún problema con la gravedad —gritó Oliver—. Creo que Newton está en peligro.

Oliver notó que su mano empezaba a resbalar del agarre de Ester mientras la sensación de que tiraban de ellos era más y más fuerte.

—¡Oliver, me estoy soltando! —gritó Ester.

Solo se sujetaban por las puntas de los dedos. Oliver sintió que le clavaba las uñas en la piel mientras se agarraba solo con cuatro dedos.

De golpe, otra sacudida y un estruendo resonaron. La fuerza que había tirado de ellos hacia arriba dio la vuelta. Ahora la gravedad tiraba de ellos hacia el suelo.

Ralph impactó primero contra el suelo, cayendo a una distancia de unos cuantos metros. Ester cayó encima de él, cayendo en picado casi dos metros. Después Oliver chocó contra los dos. Había caído la altura de la farola y algo más. Por lo menos tres metros. Cayó en el grupo y sintió que el dolor le recorría todo el cuerpo.

—¡Ay! —se quejó, saliendo rodando del montón—. ¡Mis costillas! ¿Estáis bien, chicos!

Ester y Ralph consiguieron sentarse con esfuerzo. A Ralph parecía que le costaba respirar. Ester se frotaba los hombros, haciendo una mueca de dolor mientras lo hacía.

—De algún modo, no se han dislocado —dijo—. Aunque podrían

haberse estirado tres o cuatro centímetros.

—estamos bien —dijo Ralph—. Es de Newton de quien debemos preocuparnos.

Ester hizo una mueca de dolor al meter la mano en su bolsa y coger el catalejo.

Se lo pasó a Ralph—. Toma. A ver si esto te muestra algo.

En el breve descanso de las sacudidas, Ralph se llevó el catalejo al ojo y echó un vistazo a través de él. Inmediatamente dio un grito ahogado.

—Oh, no.

—¿Qué? —preguntó Oliver, aterrado.

—Hay un enorme remolino —Señaló a lo lejos.

—Ester, todavía frotándose el hombro, dijo:

—Por tu cara imagino que este no es el portal que nos llevará a casa.

Ralph se había puesto muy pálido. Negó con la cabeza.

—No. este es malo. Muy malo.

Le pasó el catalejo a Oliver para que mirara. Estaba estupefacto por lo que vio a través de él. Una enorme forma negra como un tornado estaba dando vueltas en el cielo. Fuera lo que fuera, desde luego no parecía un portal. Parecía siniestro.

Malvado.

—Viene de la dirección de la casa de Newton —dijo Oliver, con el miedo revoloteando en su pecho—. ¡Creo que está en peligro! Le ha pasado algo y está alterando la gravedad. ¡Tenemos que salvarle!

—¿Y qué pasa con la Esfera? —dijo Ralph, mordiéndose el labio.

Oliver dijo que no con la cabeza.

—Él nos salvó. Nos dio su catalejo para que pudiéramos encontrar el portal. Es nuestro deber devolverle el favor.

—Entonces pongámonos en marcha —dijo Ester, levantándose—.

Antes de que empecemos a flotar hacia el espacio.

Tendió una mano para que Oliver la cogiera y tiró de él hasta ponerlo de pie.

Ralph se levantó y, a continuación, todos empezaron a correr en dirección a casa de Newton.

CAPÍTULO CUARENTA

Oliver intentaba no perderse en sus oscuros pensamientos mientras se dirigían al horrible remolino negro, pero era difícil no hacerlo porque cada cinco segundos más o menos el suelo volvía a temblar.

Por todas partes, la gente que andaba confundida por las calles hablaba con voces asustadas. Las calles estaban hechas un desastre, con cestas de mimbre destrozadas por todas partes sobre los adoquines, sus mercancías esparcidas al azar a su alrededor. Algunas personas cuidaban de los moratones y los huesos rotos. Estaba claro que habían sufrido la misma experiencia que el marinero, Oliver y sus amigos acababan de pasar, escapando de la gravedad antes de caer de vuelta a la tierra.

Entonces una enorme sacudida repentina hizo que todo el mundo cayera como los bolos. Algunos se cogían a los edificios para sujetarse pero los edificios también se balanceaban. Trozos de piedra y paja caían al suelo.

—¡Cuidado! —gritó Oliver evitando por poco los escombros.

—Por lo menos cae en la dirección correcta —bromeó Ester.

Pero en cuanto lo hubo dicho, la gravedad volvió a girar. Los trozos de piedra y paja empezaron a flotar hacia arriba.

—¡Oh, no! —exclamó Ralph—. ¡Allá vamos otra vez!

Sintió que los pies se le despegaban poco a poco del suelo.

Aterrorizado, Oliver buscó algo a lo que agarrarse. Consiguió cogerse a la cornisa de un tejado que sobresalía a las calles. Ester y Ralph hicieron lo mismo.

Estaban allí colgados, con los pies apuntando hacia el cielo. Era la sensación más singular y desconcertante que habían vivido. No era solo que el tirón direccional de la gravedad parecía cambiar de

dirección, sino que su fuerza también fluctuaba. Un segundo Oliver se sentía ingrávido, como si estuviera sentado en un coche en el punto más alto de una colina. Un instante más tarde su cuerpo pesaba, como durante una repentina reducción de velocidad. ¡Daba la sensación de estar en una montaña rusa solo que las vías no existían!

Un hombre que no había podido cogerse a nada para sujetarse pasó flotando por delante de ellos con las manos en posición de rezar.

—Por favor, Señor —gritó—. Hemos superado tu plaga. Después tus incendios.

Por favor, Señor, no podemos aguantar más castigos tuyos. ¡La gente de Londres nos arrepentimos de nuestros pecados!

Oliver notaba el esfuerzo en sus músculos mientras la atracción de la gravedad sobre su cuerpo se hacía aún más fuerte.

—No puedo aguantar mucho más —gritó a sus amigos.

Entonces, repentinamente, todo volvió a cambiar. La gente exclamaba aterrada cuando caían en la calle. Ralph, Ester y Oliver volvieron a girar, ahora sus pies apuntaban hacia abajo. Estaban atrapados colgando a dos plantas del suelo.

—Si nos soltamos, nos romperemos las piernas —exclamó Ralph.

Justo entonces, dos balas de heno pasaron volando por delante de ellos. Debieron de haber flotado hacia el cielo cuando la gravedad se invirtió. Se estrellaron contra el suelo y la paja se esparció como una sábana.

—¡Excelente! —gritó Ester.

Se soltó de la cornisa y se dejó caer sobre la bala de heno.

Después se dio la vuelta y llamó a los chicos.

—¡Vamos! ¡Es seguro!

Oliver y Ralph intercambiaron una mirada. A la vez, se soltaron de la cornisa.

Cayeron y fueron a parar pesadamente en la paja al lado de Ester. Se dieron la vuelta, ilesos.

—Vayamos a casa de Newton antes de que la gravedad vuelva a dar la

vuelta —

dijo Oliver.

Ralph asintió. Parecía un poco pálido.

—No creo que pueda aguantar otra de estas.

Se esforzaron por ponerse de pie y corrieron, su paso era aún más rápido que antes, ahora corrían a toda pastilla por la calle adoquinada.

Cuando la casa de Newton apareció ante su vista, Oliver vio que habían arrancado la puerta de sus bisagras. Había un enorme agujero en el techo de paja, a través del que salía el remolino negro.

—tened todos cuidado —exclamó Oliver por encima del estruendo de otro retumbo de la tierra.

Se acercaron con cautela. Las hojas de vidrio caían de los pisos de arriba de la casa de Newton, rompiéndose en el suelo. Ralph tuvo que apartarse de un salto para evitar los escombros que caían.

Cuando se acercaron más, Oliver vio la puerta hecha astillas. Pronto dedujo que alguien le había dado una patada para poder entrar.

Después se dio cuenta de que la gran aldaba de oro había desaparecido. Por un breve instante, se preguntó si alguien la había robado. Después vio las gotas doradas resbalando por la madera y el charco de oro líquido cuajado en el umbral.

—Algo ha derretido la aldaba —dijo Oliver, con una voz mezclada con curiosidad y miedo.

Ester negó con la cabeza.

—Algo no. Alguien.

—Los Obsidianos —añadió Ralph, acabando su pensamiento.

Oliver se tragó los nervios, recordando lo que había visto hacer a Chris en la taberna con el vaso, su demostración de su poder para derretir cosas. Era la única explicación. Chris estaba aquí.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Sabiendo cómo funcionaba la mente de su hermano, Oliver entendió

que Chris había venido aquí para hacer daño a Newton para poder atraer a Oliver a su casa.

La rabia hizo que le ardieran las mejillas.

El suelo todavía temblaba violentamente cuando atravesaron la puerta y entraron en la casa. Toda la casa estaba hecha un desastre. El mayordomo de Newton estaba sentado despatarrado contra la pared.

Ester soltó un grito ahogado y fue corriendo hacia él, se agachó para tomarle el pulso en el cuello. Después suspiró aliviada.

—Está vivo —dijo, regresando a los chicos—. Solo inconsciente.

Mientras los pasillos temblaban a su alrededor, Oliver identificó el sonido de ruidos procedentes del salón. A diferencia de la última vez que habían estado aquí, no eran ruidos de júbilo y alegría, sino de pánico. Terror. Miedo. Oliver sintió que se le revolvía el estómago en respuesta.

la gravedad volvió a cambiar, el cambio más repentino que antes. En lugar de flotar, los tres amigos se estrellaron contra el techo.

—¡Ay! —gritó Ralph, cuando su cabeza impactó contra él.

Oliver aterrizó dolorosamente sobre su hombro. Ester golpeó el techo con la espalda. El cristal del candelabro de techo se hizo añicos al impactar contra el techo con fuerza, echando pequeñas esquirlas afiladas por todas partes.

Oliver se levantó frotándose el hombro magullado. Ahora tenía los pies sobre el techo. Arriba se había convertido en abajo. Le dolía todo el cuerpo de haber golpeado el suelo tantas veces. Pero tenía que continuar.

—¡Esto es muy confuso! —exclamó Ralph al levantarse también, con los pies en el techo y la cabeza apuntando al suelo.

Ester se les unió y se levantó.

—Esto me está dando un gusto totalmente nuevo por la gravedad.

Los tres amigos se tambalearon a lo largo del techo por el pasillo hacia el salón.

Oliver vio que todas las obras de arte estaban dañadas. Era evidente que no era un daño causado por la gravedad cambiando

drásticamente; parecía que habían sido derretidas con disolvente de pintura. Oliver se dio cuenta que esto debería haberlo hecho Chris. Él era el que podía derretir cosas. Su hermano había pintarrajeado obras de arte históricas incalculables solo por diversión. Apretó los dientes con rabia.

Llegaron a la puerta del salón que estaba del revés y-al encontrarla abierta-irrumpieron en él. La escena que les aguardaba hizo que la rabia de Oliver llegara a su límite de aguante.

En un montón en el techo estaban todos los distinguidos amigos de Newton; los más grandes matemáticos, científicos y filósofos de la época. Estaban atados con enredaderas y parecían muertos de miedo. A su alrededor, los estudiantes Obsidianos parecían descontrolados, usando sus poderes para hacer que todas las teteras y jarrones volaran por los aires, estrellándolos contra las paredes, riendo de forma histérica mientras los amigos de Newton gritaban de miedo.

Cuando los incontrolados escolares vieron a los tres videntes de Amatista en la puerta, sus trastornados gestos se volvieron todavía más malvados. Hasta entonces Oliver nos e dio cuenta de que Chris no estaba con ellos. Y tampoco estaba Newton.

Ester debió darse cuenta de ello al mismo tiempo, pues se dirigió a Oliver y dijo:

—No te preocupes. Lo tengo.

Hizo salir su escudo y atrapó a los Obsidianos dentro. Algunos golpeaban sus puños contra la barrera invisible, mientras otros intentaban derretir el escudo con rayos de calor para atravesarlo.

Ralph entró corriendo al salón para desatar a los amigos de Newton. Mientras trasteaba con los nudos de las enredaderas, alzó la mirada hacia Oliver.

—¡Prueba en el laboratorio!

Oliver salió de la habitación, después giró y fue corriendo hacia el laboratorio

que Newton le había mostrado antes ese mismo día. La puerta estaba cerrada.

Del espacio de abajo salía una luz intermitente.

Justo cuando Oliver llegó a la puerta vino otra sacudida repentina. La gravedad volvió a cambiar y Oliver cayó sobre el duro suelo de madera. El dolor le recorrió todo el cuerpo.

Agarró el pomo de la puerta como ayuda para levantarse. Una vez de pie, abrió la puerta con el hombro y entró tambaleándose.

Inmediatamente, el viento empezó a golpearle. El remolino que había visto por encima de la casa salía de esta habitación. Salía irrumpiendo por un agujero en el techo que bajaba justo hasta la cabeza de Newton. El científico estaba flotando por encima de la mesa, luchando contra unas cadenas invisibles que parecían inmovilizarlo. El vórtice salía justo de él. De su cerebro.

La escena hizo que Oliver respirara agitadamente en shock.

Alrededor de la mesa había dos estudiantes Obsidianos –el chico de pelo oscuro con el que Chris había discutido en la taberna y una chica pelirroja. Los dos estaban en un estado como de trance, proyectando sus poderes para hacer que Newton flotara y atándolo con cadenas invisibles. Ninguno se dio cuenta de que Oliver se había colado en el laboratorio.

Entonces Oliver vio a Chris de pie junto a ellos. Y ante su incredulidad, era Chris el que parecía proporcionar energía a todo aquello, haciendo que el vórtice negro saliera de la cabeza de Newton. Estaba completamente absorto en cualquiera que fuera la actividad maligna ene la que estaba ocupado.

Cualesquiera que fueran los poderes que tenía Chris, eran mucho más que solo la habilidad de derretir cosas.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Oliver a su hermano.

Chris giró la cara bruscamente hacia él, dándose cuenta de repente de la intrusión. Sus ojos brillaron con maldad al darse cuenta de que Oliver estaba allí.

Oliver veía el vórtice negro reflejado en sus pupilas.

—Pensé que esto te llamaría la atención —dijo Chris con desprecio.

—¡Para! —gritó Oliver—. ¡Sea lo que sea lo que estás haciendo, tienes que

parar ahora! ¡Es a mí a quien quieres hacer daño, no a Newton! ¿No

ves el daño que estás causando?

Chris sencillamente rió.

—Sí. Lo veo. ¡Y es increíble!

—Estás alterando las leyes del espacio y el tiempo. Dándole la vuelta a la gravedad.

Oliver negó con la cabeza, completamente paralizado con lo que estaba viendo.

Lo que Chris estaba haciendo era imposible. No era algo que pudiera hacer un vidente.

Entonces a Oliver se le ocurrió que los poderes de Chris podrían no ser poderes de vidente para nada. Como Ester había puntualizado, el universo concedía poderes a los videntes. No podían tomarse. Chris era algo completamente diferente. Algo que parecía increíblemente poderoso.

—¡Tienes que parar! —chilló Oliver.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Chris solo sonrió.

—Intenta detenerme.

Oliver sabía que no se podía razonar con Chris. De todas formas, tampoco lo había atraído hasta aquí para eso. Chris quería pelear. Solo podía detenerlo por la fuerza. Y eso dejaba a Oliver solo con una opción. Tendría que luchar.

Habían peleado muchas veces en el pasado y Oliver siempre había salido peor.

Su hermano era físicamente más grande y fuerte que él. Solo los poderes de vidente principiante equilibraban la balanza. Pero ahora Chris también tenía poderes. Poderes malvados al parecer.

Justo entonces, oyó unos pasos. Ralph entró a toda velocidad a la habitación.

—Los hombres están libres —dijo apresuradamente—. Y Ester está reteniendo a los Obsidianos.

Entonces vio la escena que tenía delante y abrió los ojos como platos.

—Coged a esos dos —dijo Oliver, haciendo una señal con la cabeza hacia el chico y la chica—. Yo tengo que parar a Chris.

Ralph fue a toda prisa hacia el chico y la chica, haciendo estallar sus poderes por el camino. Oliver concentraba toda su energía hacia Chris mientras accedía a sus poderes de vidente.

De repente, Oliver recordó el prisma de luz de encima de la mesa que Newton les había mostrado antes. También lo había visto en el pozo de las visiones.

Rápidamente, sacó sus poderes, forzando a las luces a atravesar las ventanas y los diferentes prismas de cristal de la habitación. Se proyectaron rayos multicolor por todas partes. Oliver usó sus poderes para doblar las luces, haciendo que quemaran en los ojos de Chris.

Chris gruñía como un animal. Se dirigió a Oliver, perdiendo su concentración en Newton, y empezó a ir hacia él haciendo ruido. Pero Oliver se apartó rápidamente del camino. Siempre había sido más rápido que el torpe y patoso de su hermano. Era el único as que le quedaba bajo la manga.

Mientras corría, sus poderes salían como un estallido tras él, transformando el suelo en una consistencia de gelatina. El siguiente pie torpe de Chris fue directo allí. Lo paró de golpe. Él se tambaleó, intentando vadear hacia Oliver pero luchando por dar incluso un paso.

—¡Estás MUERTO! —gritó.

Mientras tanto, Ralph consiguió atar a los dos Obsidianos juntos con un revoltijo de enredaderas. Estaban totalmente incapacitados.

Justo entonces, Oliver avistó una bandeja de servir de plata en el suelo. Usó sus poderes para hacer que volara hacia él. Atrapó la luz de los arcoíris mientras iba volando hasta sus manos.

Se giró. Chris iba hecho una fiera hacia él, liberado de la gelatina. Sus ojos se habían vuelto completamente negros. Le salía vapor de las manos, que estaban cubiertas de una espeluznante sustancia viscosa negra. Estaba a un milisegundo de agarrar a Oliver por el cuello y estrangularlo con sus poderes tóxicos.

Rápidamente, Oliver hizo que la bandeja de plata se estrellara contra su cabeza.

Los ojos de Chris volvieron de inmediato a la normalidad. Después se desplomó en el suelo. Estaba fuera de combate.

El temblor alrededor de Oliver cesó de inmediato. Con un ruido parecido a un silbido, el vórtice negro de la cabeza de Newton desapareció.

Newton cayó de repente de sus cadenas invisibles y fue a caer encima de la mesa con un batacazo. Cogió una gran bocanada de aire y recuperó la consciencia.

Aturdido por la experiencia, Oliver estaba allí respirando entrecortadamente, mirando la escena de completa destrucción que había a su alrededor. después dejó caer la bandeja de plata y fue corriendo hacia Newton.

_¿se encuentra bien? —preguntó Oliver, mientras lo ayudaba a bajar de la mesa

y ponerse de pie.

Newton parecía que estaba en estado de shock. Miraba del agujero del tejado a los rayos luz del arcoíris que aparecieron en la habitación y, finalmente, a los Obsidianos atados y a Chris tumbado en el suelo.

Se frotó la cabeza.

—¿Qué pasó? Lo último que recuerdo es que tú me dijiste que me iban a nombrar caballero —Se dio golpecitos en la cabeza—. ¡Después volví a casa y me encontré con que todos mis amigos estaban atados!

—Él le hizo algo —dijo Oliver, señalando a su hermano—. De algún modo accedió a su mente e invirtió la gravedad.

la expresión de Newton cambió a rabia.

—¿Se metió en mi mente? —Parecía furioso—. ¡En ese caso… —Se levantó y fue hecho una furia hacia un armario. Lo abrió de golpe y sacó un extraño artilugio de madera y metal—. …yo me meteré en la suya!

Fue hasta donde estaba Chris desmayado en el suelo y le plantó el casco.

Después cogió algunos de sus materiales de alquimia –viales de una extraña sustancia viscosa, multicolor y reluciente-y los vació en una

boca que había arriba del todo. Se sacó un vial del bolsillo. El líquido negro podía reconocerse de inmediato como procedente de la hoja del cuchillo Obsidiano derretido.

—¿Esto qué es? —tartamudeó Oliver.

—Mi elixir de la confusión —dijo Newton con una sonrisa—. Imagino que igual que mi última poción de alquimia, este es el ingrediente clave que me ha faltado todo el tiempo.

Justo entonces, Ester entró corriendo. Dio un vistazo rápido a la habitación antes de sonreír al ver a Newton a salvo, Chris despatarrado en el suelo y los otros dos Obsidianos atados y amordazados.

—¿Mis amigos están bien? —le preguntó Newton.

Ella asintió.

—Están bien. He atado a los Obsidianos pero no sé cuánto tiempo aguantarán mis ataduras. Algunos de ellos son bastante buenos con sus poderes. Estoy segura de que las romperán muy pronto.

—No te preocupes por eso —dijo Newton—. Solo un poco de elixir de la confusión los dejará bien aturdidos.

de golpe, abrió los ojos como platos.

—¡Esperad! ¿Por qué estáis todavía aquí? Pensaba que habíais salido a buscar el portal que os llevará de vuelta a casa.

—Teníamos que rescatarle —dijo Oliver—. Cuando vimos que las leyes de la gravedad estaban siendo alteradas supimos que quería decir que usted estaba en peligro.

—Ahora estoy bien —respondió Newton mientras miraba a los tres chicos incapacitados en su laboratorio. Alzó su vial y lo meneó—. Ya tengo con qué encargarme de estos sinvergüenzas.

Oliver se sentía indeciso. Dejar a Newton con un enorme agujero en el tejado y una casa llena de videntes malvados no parecía una buena idea. pero si no encontraba el portal y devolvía la Esfera de Kandra a casa pronto, todo podía colapsarse.

Newton se dio la vuelta.

—¡Daos prisa, ahora! ¡Marchaos! Aquí lo tengo todo cubierto. Gracias

a que me mostrasteis que la obsidiana era el ingrediente secreto, mis pociones de alquimia funcionarán. El Gremio de alquimistas no me echará.

Parecía bastante animado.

—Vamos… —Ralph le metió prisa a Oliver—. ¡Por favor, vamos a encontrar el portal!

Oliver por fin se decidió. Aquí habían neutralizado la amenaza. Newton ya no los necesitaba. Tenía que continuar con la misión.

Se dio la vuelta para salir del laboratorio.

—Espera, Oliver, antes de que te vayas —dijo Newton—. Toma esto.

Apretó algo contra la mano de Oliver. Cuando Oliver lo miró, vio que era una pequeña tintura de cristal. Dentro había un líquido dorado. Una de sus aleaciones de alquimia. No el líquido de la obsidiana sino algo totalmente diferente.

—¿Esto qué es? —preguntó Oliver.

—Visión avanzada. Creo que pronto la necesitarás.

Oliver cogió con fuerza el vial en su mano de manera protectora. Después miró a Newton por última vez antes de despedirse y se fue corriendo con Ester y Ralph con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Mientras iban a toda prisa por los pasillos de la casa de Newton, Oliver tenía que decirse a sí mismo una y otra vez que el científico ahora estaba a salvo. Que Chris tendría lo que merecía. Pero otra parte de él sabía que esta no era la última vez que vería a Chris. Newton no podría retener a los Obsidianos indefinidamente y, el momento en el que se liberaran, irían tras él. Al fin y al cabo, todas esas jugarretas con Newton habían sido para atraer a Oliver hasta su casa y distraerlo de su misión. A quien querían realmente era a él. Antes ya se les había escapado una vez de las manos. Ahora por segunda vez. ¿Qué posibilidades había de que fallaran una tercera vez si tenían la oportunidad?

«Entonces será mejor no darles la oportunidad» —pensó Oliver.

Volvieron corriendo a las dañadas calles de Londres. Pronto llegaron a

la zona que todavía no había sido reconstruida tras el Gran Incendio. Los armazones ennegrecidos de las casas seguían allí ominosos. Ahora estaban incluso más perjudicados por los giros de la gravedad. El lugar parecía completamente devastado.

Ester sacó el catalejo y buscó entre las ruinas alguna pista del portal. Habló entre dientes con frustración.

Se giró rápidamente para mirar a Ralph y a Oliver.

—¡Esto es inútil!

Pero enseguida que hubo hablado soltó un grito ahogado.

—¿Qué? —preguntó Oliver, mirando al río por encima del hombro, muerto de miedo de repente por si los Obsidianos habían escapado y los habían encontrado.

—El portal… —murmuró Ester, con la atención concentrada en el cristal y la voz llena de asombro—. ¡Lo veo! ¡Está allí! ¡Al sur del Támesis!

—¿El portal? —exclamó Ralph.

A Oliver se le llenó de esperanza el corazón.

Pero entonces el gesto de Ester cambió.

—Oh, En realidad…

—¿En realidad qué? —preguntó Oliver.

Ella se volvió a mirarlos.

—Hay más de uno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ralph.

—Hay dos —dijo Ester—. Vamos a tener que escoger uno.

—Pero ¿cómo? —tartamudeó Oliver. Sintió que se le hundía el pecho. ¿Cómo iban a saber cuál era el que los iba a llevar a casa?

Ester dio un enorme suspiro.

—No tengo ni idea. Pero lo primero es lo primero, busquemos un puente para cruzar el río. La verdad es que no quiero nadar en esa

porquería y este puente no parece de gran ayuda.

Señaló hacia los restos chamuscados del que había en el río. Parecía hecho polvo, oxidado y que se caía a trozos.

—El Puente de Londres —dijo Oliver—. Por aquí. Vamos.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

La Señorita Obsidiana miraba fijamente en su cuenco de las visiones con incredulidad y una rabia creciente. ¿Cómo Christopher Blue había sido vencido por un vidente? ¡Le había infundido el poder de la materia oscura! ¡El poder más fuerte y volátil que podría poseer un humano! ¿Y cómo le había decepcionado Malcolm Malice de un modo tan espectacular? ¡Era su mejor estudiante! Lo único que tenían que hacer era destruir a Oliver Blue para que no pudiera rescatar la Esfera de Kandra. Pero habían fracasado por completo, quedando atrapados en riñas insignificantes entre ellos.

Nunca les debería de haber confiado un trabajo tan importante.

—Se levantó de la mesa, furiosa –con ellos y con ella misma por poner su confianza en ellos-y fue hecha una furia hacia la ventana.

Por los campos de juego sus estudiantes trabajaban en su práctica de tiro con arco. Y pensar que los había decepcionado a todos. Esa escuela de Amatista todavía estaba en pie, todavía dominando la comunidad de videntes entera, negándoles su legítima posición como maestros del mundo y los mortales que hay en él.

¡Su azucarada agenda provocaba náuseas a la Señorita Obsidiana! ¿Proteger a los humanos? ¿Por qué? ¿Cuándo los videntes eran de lejos el grupo más extraordinario? Estaba claro que el universo quería que ellos estuvieran a cargo y, aún así, ¡el Profesor Amatista y su escuela de hermanitas de la caridad insistían en proteger a los mortales!

La rabia hacía que la cabeza le diera vueltas. Se agarró a la cornisa y tomó aire profunda e irregularmente.

Entonces desvió la mirada hacia el armario de cristal de su izquierda. Dentro estaba el cuchillo Obsidiano. Había aprendido lo suficiente estudiando el cuenco de las visiones que el uso excesivo del cuchillo podía ser desastroso. Todavía luchaba por quitarse de la cabeza la imagen de su homóloga en otra línea temporal implosionando tras apuñalar a la Esfera de Kandra. eso bastaba para que ella fuera

extremadamente cautelosa. Y ya lo había usado una vez, para darle a Christopher Blue sus poderes. ¡Y mira cómo había acabado!

Pero aúna sí, alargó la mano hacia el cuchillo como atraída por su oscuro poder.

Lo sacó con cuidado del armario y le dio la vuelta en sus manos, reflexionando.

Su mente iba de un lado a otro, de un lado a otro. Quizás era ahora el momento decisivo. Oliver tenía la esfera pero todavía estaba atrapado en 1690. Todavía no la había devuelto a su pedestal en la sexta dimensión. Todavía había tiempo de ganar esto, con un poco de ayuda del mundo oscuro…

La Señorita Obsidiana se sacó de la mente a la fuerza la imagen de su yo paralelo muriendo. Levantó el cuchillo por encima de su cabeza, con la punta hacia el cielo e hizo un corte como si fuera un bizcocho. Hizo un corte desde la altura de su cabeza hasta el suelo. Después, con las manos, destapó los bordes del universo. Se metió dentro.

El espacio donde estaba ahora era muy oscuro y muy frío. Un lugar en medio del tiempo. No había ningún ruido. Solo una oscura extensión de nada.

La Señorita Obsidiana echó un vistazo a su alrededor, en busca de lo que había ido a buscar. Entonces, lentamente, unas pequeñas esferas azules empezaron a encenderse a su alrededor. Eran los ojos de los canallas despertando de su duermevela.

—El ejército oscuro —anunció—. Os invoco.

Empezaron a abrirse más y más ojos, brillando con su singular luz azul en la oscuridad.

Entonces con un repentino silbido como la fuerza de un tornado, los canallas salieron volando por el agujero que ella había hecho en el tejido del tiempo.

La Señorita Obsidiana luchaba por respirar mientras el viento le azotaba el pelo.

Su capa salía volando detrás de ella. Los canallas atravesaban a toda prisa la raja tan rápido que se convirtieron en un manchón negro y azul brillante.

Se agarró a los bordes del tejido dimensional para intentar sujetarse. Después una malvada sonrisa brotó en sus labios. Entre ellos se le escapó una risa.

Realmente lo había hecho. Realmente había soltado al ejército oscuro en el mundo.

—¡Intentad detenerme ahora! —chilló al vacío.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Cuando el Puente de Londres se alzó ante su vista en el horizonte, Oliver, Ester y Ralph hicieron turnos para mirar por el catalejo a la lejana orilla del Río Támesis. de hecho, a través del catalejo podían ver el contorno de dos arcos de metal diferentes, con extraños brillos relucientes y rayos bifurcándose en su superficie. Eran idénticos y a Oliver le recordaban los ojos de buey de los submarinos.

—¿Cómo sabemos cuál es el portal del que nos habló Michael? —dijo Ralph, que parecía preocupado mientras le devolvía el catalejo a Ester. Después tragó saliva—. ¿Y si no lo es ninguno de los dos?

Oliver revisó su amuleto.

—A medida que nos acercamos hace más calor. Así que por lo menos uno de ellos tiene que ser el camino de vuelta a la Escuela de Videntes.

—Ninguno de los dos parece particularmente estable —añadió Ralph —. Todo el metal está oxidado. Y chamuscado. Deben de haber sufrido daños durante el Gran Incendio.

Justo entonces, Ester levantó la cabeza y miró a lo lejos.

—¿Lo oís? Parece viento.

Oliver entrecerró los ojos para mirar a lo lejos.

—A mí me parece un galope —dijo Ralph.

A continuación, Oliver dijo con voz entrecortada:

—¡Son pasos! Los Obsidianos se deben de haber liberado de Newton. ¡Rápido!

Vayamos hacia el puente.

Pero Ester negó con la cabeza.

—Los Obsidianos vendrían por el norte. El ruido viene del sur del río.

Pero en cuanto las palabras habían salido por sus labios, algo llamó la atención de Oliver a lo lejos. Viniendo del sur –en la misma dirección en la que ellos tenían que ir-Oliver vio unos puntos de luz azul. Estaban todos agrupados por pares y se movían de un modo peculiar, con un peculiar movimiento arriba, abajo, arriba, abajo.

Ester y Ralph también se giraron.

—¿Qué es eso? —preguntó Ralph.

De repente, Oliver cayó en la cuenta de lo que estaba mirando. No eran Obsidianos acercándose. Dio un grito ahogado.

—¡Canallas!

A medida que los canallas iban a toda prisa hacia ellos, otro ruido –proveniente esta vez del oeste-hizo que todos se giraran.

—¿Esa es…? —empezó Ester.

—¡Es la Hermana Judith! —acabó Ralph.

La anciana monja iba corriendo hacia ellos a la velocidad del rayo. Y detrás suyo iban más mujeres vestidas con idénticos hábitos grises, además de los estudiantes de la Escuela de Londres para los que Ven el Futuro.

—¡Es Michael! —exclamó Oliver—. ¡Y Samuel!

—Esperad —dijo Ralph, con la voz entrecortada.

Oliver alzó la mirada hacia la calle adoquinada que conectaba el Támesis con el norte de Londres. Bajando por ella a toda prisa iban Chris y los Obsidianos. Se habían liberado de Newton y avanzaban hacia el puente con velocidad.

Oliver se dio cuenta de que los tres grupos iban a juntarse en este punto. Un encuentro de videntes. El bien contra el mal.

Iba a ser una batalla épica.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

A Chris todavía le dolía la cabeza por haber estado inconsciente, por no hablar del horrible brebaje de alquimia que Newton le había dado. Por suerte, sus poderes nucleares superfuertes parecían contrarrestarlo. Al darse cuenta de que Oliver se había ido y que su plan de poner en peligro a Newton para traer a Oliver hasta él había fracasado, no había perdido el tiempo y había liberado a los Obsidianos atados y había vuelto directo a su persecución de Oliver.

Afortunadamente, el estúpido de su hermano había dejado sus pasos brillantes para guiarlo.

Incluso desde la otra punta del largo callejón, Chris dirigió su atención hacia Oliver. Su patético hermano estaba en un puente mirando hacia el Támesis. Veía la luz de esa Esfera con la que todos parecían estar obsesionados brillando dentro de la bolsa de la chica. Para Chris la Esfera no significaba nada. Lo único que quería él era ver a Oliver destrozado. Y esta vez, no iba a dejarlo escapar.

Mientras iba hecho una furia por el callejón, con los Obsidianos a la retaguardia, Chris de repente oyó el ruido más extraño. Era una mezcla de pezuñas y el rugir del viento. Miró hacia delante y se quedó sin respiración. Una extraña procesión avanzaba hacia el Puente de Londres, todos con unos extraños ojos azules brillantes.

—¡Canallas! —chilló encantada Madeleine.

—No unos canallas cualquiera —le dijo Malcolm—. Es el ejército oscuro. La Señorita Obsidiana debe de haberlos convocado —Parecía encantado.

Chris vio otro grupo de gente que venía por el oeste. Giraron en el extremo norte del Puente de Londres.

—¿Quiénes son ese grupo? —preguntó Chris—. ¿Ese grupo de niños y todas esas monjas?

Por una vez, el pedante de Malcolm no tenía una respuesta.

—No tengo ni idea.

En cuanto lo hubo dicho, los dos grupos se encontraron justo en el medio. Sin dudarlo, se sumieron en una despiadada lucha mágica.

Por parte de las monjas y los niños en un lado, chispas de luz blanca salían disparadas en el aire como flechas. Bombardeaban al ejército oscuro. Una flecha brillante fue directa al ojo de un canalla. Soltó un

grito desgarrador y se tambaleó mientras un líquido azul fluorescente bajaba goteando por su cara.

Impactó contra la barrera del río y cayó por el borde hacia el agua.

El ejército oscuro contraatacó las flechas de luces con chorros de aceite negro. El líquido viscoso salía disparado de las manos de los canallas que iban al frente, cubriendo a las monjas que iban al frente del grupo.

Las mujeres chillaban como si el líquido las quemara. Pero usaron sus poderes para contraatacar al aceite, convirtiéndolo en una miel dorada con aspecto pringoso. El líquido parecido a la miel hizo un charco en el suelo a su alrededor y empezó a filtrarse hacia el ejército de canallas. Los canallas lanzaron todavía más aceite sobre la miel, cubriéndola, enterrándola. Algunos trozos de luz brillante consiguieron atravesarlo pero rápidamente el aceite la asfixiaba.

Cuando el último trozo de luz fue ahogado, el aceite se congeló como la lava solidificada de un volcán.

Mientras tanto, las flechas de luz continuaban diluviando sobre los canallas. Sus propias flechas negras volvían de regreso.

¡Chris nunca había visto algo así en su vida!

—¿Para qué están luchando? —preguntó.

Malcolm le lanzó su mirada altiva.

—Las monjas están del lado de la luz, evidentemente. El ejército oscuro está de nuestro lado. El lado oscuro.

Pero Madeleine soltó un grito ahogado de repente. Con voz preocupada, añadió:

—El ejército oscuro solo puede estar aquí si son convocados. La Señorita Obsidiana debe de haberlos llamado —Puso la mano en un puño—. No se fía de que nosotros evitemos que Oliver se escape.

—¿A dónde se supone que va a escapar Oliver? —se rió Chris—. Están atrapados en el medio. No pueden ir a ningún sitio.

Continuaron avanzando hacia delante. A Chris no le daba miedo unirse a la batalla que estaba ocurriendo ante sus ojos. Sabía que encajaba a la perfección con el ejército oscuro. De hecho, ellos le

gustaban mucho más que los Obsidianos. Estaba harto de la cara de Malcolm. Y la rata lo había decepcionado demasiadas veces. No culpaba a la Señorita Obsidiana por perder la fe en ellos y recurrir a otros luchadores.

Sí, Chris se adaptaba mucho más a un ejército que a una escuela. Quizá si demostraba lo que valía delante de los canallas oscuros, le dejarían unirse a ellos. El pensamiento echaba más leña al fuego.

El ruido de la batalla era más fuerte a medida que se acercaban. El cielo estaba lleno de luces, polvo, nubes y lluvia. Todo tipo de materia iba de un lado para otro entre el grupo enfrentado como artillería hecha de cristales de hielo y granizo.

Llegaron al extremo del puente poniéndose al final del grupo de escolares. El resto de los Obsidianos disminuyeron el paso. Pero Chris no lo hizo. Ya estaba accediendo a sus poderes, reuniendo el pringue tóxico verde que tenía el poder de quemar todo lo que tocaba.

—¡Chris! —dijo entre dientes Malcolm—. ¡Frena! Necesitamos un plan de batalla!

Pero Chris lo ignoró. Fue directo a la pelea. Su mente solo estaba concentrada en Oliver. Aunque los chorros de lava encendidos pasaran por encima de su cabeza, Chris caminaba hacia delante, sin miedo, como si no pasara nada.

En su camino había un chico, que le obstruía el paso hacia Oliver. Era un chico joven.

«Un perdedor llorón que ha escogido el lado equivocado» —pensó Chris mientras lo agarraba por detrás y lo arrancaba del suelo.

El jersey del chico empezó a arder mientras Chris lo tiraba como si no pesara

nada.

Continuó abriéndose paso hacia delante. Agarró al siguiente niño y lo empujó bruscamente hacia un lado, ignorando sus gritos cuando su ropa empezó a arder en el punto en el que él la había tocado.

Alcanzó a las monjas que estaban guiando al grupo. Una de ellas se giró hacia él.

Estrechó sus ojos grises y clavó la mirada en él. Chris se estremeció.

Parecía que había penetrado en su mente.

—Christopher Blue —dijo—. No es demasiado tarde para escoger la luz.

Chris se rió de ella. La empujó con ambas manos y la tiró hacia atrás con toda la fuerza de su poder. Esta cayó y fue derrapando por el puente, justo hasta en medio de los canallas oscuros. Estos se le echaron encima.

Justo entonces, Chris vio a Oliver. Él y sus amigos estaban intentando hacer retroceder al ejército canalla. La chica los protegía de los golpes de los canallas con uno de sus escudos mientras el chico los bombardeaba con granizo que parecía arrancar del cielo. Y Oliver, el pequeño llorón de Oliver, partía las tablas de madera que tenían bajo sus pies, haciéndolos caer al mar.

Chris apretó los dientes y continuó avanzando.

Si quisiera, podía acabarlo ahora. En el caos de la batalla, con Oliver distraído, podía derribarlo con sus poderes. Pero él quería usar sus manos. Quería ver cómo la vida se escurría de la cara de Oliver de cerca.

Siguió adelante. Cuando alcanzó a Oliver, lo agarró por detrás y le hizo una llave de cabeza.

Oliver gritaba y agitaba los brazos. Él le dio una patada y su bota impactó con la espinilla de Chris. Chris hizo una mueca de dolor. Pero el dolor no fue nada.

Desde luego no lo suficiente para que lo soltara. Oliver nunca había sido particularmente bueno en autodefensa.

se retorcía como un gusano en un anzuelo, intentando luchar para liberarse pero sin conseguirlo. Siempre había sido muy débil, pensaba Chris mientras apretaba el brazo alrededor del cuello de Oliver.

—¿No es como en los viejos tiempos? —dijo con desprecio Chris mientras clavaba sus nudillos en el cuero cabelludo de Oliver—. Tú y yo riñendo.

Oliver jadeaba. Era evidente que le costaba respirar. Su cara estaba adquiriendo un interesante tono lila.

Entonces, de golpe, vino un aluvión por detrás. Las monjas y los

escolares habían ganado algo de terreno. Avanzaban a toda velocidad.

Chris notó que alguien chocaba contra su espalda. Perdió el agarre de Oliver.

Rápidamente, antes de que Oliver pudiera dispararle poderes, Chris se agachó dentro de la multitud para ocultarse de la vista de Oliver. La batalla era tan caótica que se mezcló bien.

Justo entonces, oyó los gritos desesperados de la chica de pelo oscuro.

—¿Oliver? Oliver, ¿dónde estás?

Levantó la mirada y vio que estaba justo allí.

Chris sonrió maliciosamente. Otro rehén. Perfecto. Otra persona a la que Oliver nunca dejaría atrás.

Fue corriendo hacia delante a toda prisa, hombro a hombro con los escolares, y agarró a la chica.

Su gritó perforó el aire. Él le puso la mano en la boca para silenciarla. Ella le mordió.

Ahora le tocó chillar a Chris. Se echó hacia atrás, pero no la soltó.

A través del caos de cuerpos y ráfagas, apareció Oliver.

A pesar del dolor que tenía en la mano, Chris sonrió. Sabía que Oliver volvería a por ella.

—¡Suelta a Ester! —exclamó Oliver.

—La cambiaré por ti —respondió Chris—. Ven aquí.

Podía sentir que Ester decía que no con la cabeza contra su pecho. Oliver se mantenía firme. Pero Oliver podía ver en sus ojos que estaba pensando, que estaba muy cerca de acercarse. Solo necesitaba algún incentivo.

Chris levantó a Ester del suelo y balanceó sus piernas por el borde, haciéndola colgar por encima del agua.

Bastó con hacer esto. Oliver fue corriendo a toda pastilla hacia ella.

—¡Ester!

—Eso es, hermanito —murmuró Chris en voz baja—. Salva a tu amiga.

Después dejó ir a Ester.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Oliver no se lo pensó. Se lanzó al agua tras Ester. El agua asquerosa se le metió en la nariz y le provocó náuseas.

Oyó un plof por detrás. Era Chris. Había saltado al agua tras ellos.

Oliver daba vueltas en busca de Ester. Estaba demasiado oscuro y sombrío.

Apenas podía ver nada.

De repente, recordó la tintura que newton le había dado. Era para visión avanzada. ¿Podía este ser el momento en que la necesitara?

Podía oír a Chris por detrás, el ruido de sus brazos golpeando contra el agua. Se le estaba echando encima.

Echó la mirada atrás justo a tiempo para ver que Ralph se sumergía en el agua.

Empezó a forcejear con Chris.

Eso le proporcionó a Oliver el tiempo que necesitaba. Mientras se mantenía a flote con una mano, cogió la tintura de su bolsillo.

—Allá vamos —Se lo bebió de un trago.

Casi de inmediato, la visión de Oliver empezó a cambiar. Igual que si mirara a través del catalejo que Newton había inventado para detectar la magia, Oliver ahora podía ver los brillos, los restos de magia que quedaban en el aire. Si no hubiera sido un momento tan peligroso, hubiera pensado que era hermoso.

De repente, la vio a través del agua. Ester. Tenía un halo amarillo brillante como un campo de árnica. Brillaba tanto que la pudo ver a través de suciedad del Támesis. estaba forcejeando. Era evidente que se había desorientado y no podía adivinar dónde estaba arriba y dónde estaba abajo.

Fue nadando hacia ella, forzando la cara bajo el agua apestosa.

Bajó la mano hasta alcanzar el bello brillo amarillo que era Ester.

Entonces le

cogió la mano y la apretó con fuerza, incluso con más fuerza que el agarre de cuatro dedos que ella había usado para salvarlo de salir flotando cuando la gravedad se invirtió.

Con cada pizca de fuerza que tenía dentro, tiró. Costaba mucho más subir con el peso de ella arrastrándolo hacia abajo. Oliver sentía que se quedaba sin aire en los pulmones.

Entonces, de golpe, llegaron a la superficie y salieron al exterior. Ester cogió una gran bocanada de aire.

—El portal —balbuceó Oliver—. Nademos hasta él.

Miró hacia las orillas. De golpe, vio que los dos portales eran de colores diferentes. El de la izquierda era de un amarillo brillante. El de la derecha desprendía una luz oscura.

Miró alrededor en busca de Ralph.

—¡Ralph! ¡Vamos! ¡Es el portal de la izquierda! ¡la izquierda!

Ralph remojó a Chris y salió corriendo tras él. Juntos, los tres nadaron tan rápido como pudieron hacia la orilla.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Chris salió de debajo del agua y respiró profundamente. El agua sucia le provocaba arcadas. Dio un golpe contra la superficie. Oliver había desaparecido.

Pero entonces vio un brillo de luz, igual que los pasos que había estado siguiendo. Evidentemente, Oliver era el origen del rastro brillante. Unos bucles de luz parecían formarse tras él, filtrándose en el agua como una tinta brillante.

Chris sonrió para sí mismo con satisfacción. ¡El estúpido de su hermano había encendido un camino justo hasta él!

Echó un vistazo a través del río hasta el otro lado. Con su visión especial, solo podía distinguir los débiles contornos de lo que parecían portales. A Chris le recordaban el portal del tiempo que había atravesado para llegar aquí.

De golpe, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. ¡Oliver y sus amigos estaban tratando de huir a través del tiempo! ¡Si conseguían

llegar al otro lado, saltarían a través de los portales y desaparecerían! Chris no podía permitir que eso sucediera.

Pero no podía detenerlos solo.

Alzó la vista hacia el puente. La batalla estaba en su apogeo. Solo podía distinguir a Malcolm.

—¡Malcolm! –gritó.

Pero su voz era demasiado baja para que la oyeran por encima del ruido de la lucha.

Frustrado, Chris accedió a sus poderes. esta vez, su voz salió como un estruendo que resonó por todas partes:

—¡MALCOLM!

El chico apareció en el extremo del puente. Parecía que tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Y, para deleite de Chris, por un poco de miedo.

—Hay unos portales del tiempo —le gritó Chris con su voz estridente —. Al sur de la orilla. Evita que Oliver llegue a ellos.

Con una desorbitada sensación de poder, Chris vio que Malcolm giraba y ordenaba al resto de los Obsidianos que siguieran sus instrucciones. Realmente, ahora era el líder. de verdad.

Pero todavía había trabajo por hacer.

Se impulsaba con más fuerza con brazos y piernas, intentando alcanzar a Oliver.

Pero Oliver era un nadador más rápido que Chris y estaba muy lejos de su alcance.

Pero Ester no. Parecía nadar más lenta que los chicos y luchaba contra la fuerza del agua. La bolsa con su valiosa carga brillante flotaba junto a ella.

De golpe, a Chris le vino un extraño momento de inspiración. Todos habían estado insistiendo en esa Esfera como si fuera la cosa más importante del universo. Era obvio que para Oliver era tan importante que nunca escaparía a través del tiempo sin ella. Así que si Chris pudiera hacerse con su valiosa Esfera, Oliver no tendría otra opción que quedarse rezagado y luchar.

«¡Y entonces le derretiré la cara con mi ácido tóxico!» pensó Chris, cada vez más emocionado.

Sintió que una ola de energía le recorría el cuerpo como si los poderes que le habían infundido estuvieran reaccionando a sus pensamientos. Como si estuvieran de acuerdo con su plan. Pero en ese momento parecían extrañamente separados de él. Como algo que él contenía en lugar de una parte de él. Pero ahora no había tiempo para pensar en eso.

Chris avanzaba a través el agua, acercándose a Ester. Tenía que actuar rápidamente antes de que ella tuviera ocasión de lanzar uno de sus escudos.

Tendría que acercarse sigilosamente a ella disimulando. En silencio.

Siguió nadando, justo debajo de la superficie del agua como lo haría un cocodrilo. Nadando de este modo no hacía ningún ruido. Pudo acercarse por detrás a la chica de pelo oscuro.

Entonces, cuando estuvo a un brazo de distancia de él, aprovechó su momento

para atacar. Estiró el brazo, agarró la bolsa y se sumergió bajo el agua.

Ester se sumergió con él. Sus manos agarraban con fuerza la correa de la bolsa como si su vida dependiera de ella. No iba a soltarla.

A medida que él descendía más en el agua, Ester iba con él.

Ella se revolcaba, con el miedo en los ojos. Se le escapó un grito de la garganta pero el agua se tragó el ruido. Aún así, debió de ser suficiente para que lo oyera Oliver, pues Chris oyó que su patética voz estridente gritaba: —¡Ester!

Chris tiraba de la bolsa, intentando arrancársela a Ester. Forcejeaban con la bolsa, tirando de ella de un lado a otro entre los dos. La solapa se soltó. Ahora Chris podía ver la esfera dentro de la bolsa, dando golpes de un lado a otro.

Justo entonces, Chris se dio cuenta de que la mirada de Ester estaba desenfocada. Sabía que eso significaba que estaba a punto de acceder a sus poderes y mandar uno de sus escudos sonar.

Dio un tirón de nuevo, esta vez desesperado, pues no quería quedarse atrapado tras una de sus paredes invisibles y ahogarse.

Pero para gran sorpresa de Chris, no pasó nada. Los poderes de Ester no funcionaban debajo del agua.

Sintió una ola de alegría. ¡Ahora era su ocasión para atacar!

La Esfera empezaba a flotar hacia arriba por un lado de la bolsa. Él soltó la bolsa. Usando su supervelocidad, agarró la Esfera justo cuando empezaba a asomar por la parte de arriba de la bolsa. Entonces la cogió con fuerza entre sus brazos y dio patadas con las piernas, volviendo por donde había venido.

Desesperado por respirar, se impulsó con los pies hacia la superficie del agua.

Salió y vio que estaba de cara al norte. En el puente, la batalla entre el bien y el mal estaba en su apogeo. En la orilla sur detrás de él, veía al amigo de Oliver trasteando con el portal para intentar activarlo. Pero Oliver no estaba allí.

Entonces Chris vio rayos brillantes en el agua, del tipo que dejaba Oliver. Su

hermano venía detrás de él. Tenía que moverse. Y rápido.

Nadaba con más fuerza y más rápido incluso que antes, en dirección a la orilla norte.

De repente, una luz cegadora llenó el cielo. Venía de la orilla sur. Chris miró hacia atrás y vio que el portal se estaba abriendo. Las bifurcaciones en forma de rayo que chisporroteaban contra su superficie se transformaron en brillantes luces cegadoras que parpadeaban. Era como un efecto estroboscópico. La visión hizo que a Chris le diera vueltas la cabeza.

En uno de los destellos, de golpe vio que Oliver iba a toda velocidad hacia él.

Chris volvió a ponerse en marcha. Se empujaba con las piernas, intentando propulsarse hacia la orilla. Pero la Esfera lo empujaba hacia abajo. Era como si tuviera mente propia. Notaba como si intentara arrastrarlo hacia el portal.

Entonces, repentinamente, sintió una extraña sensación en los brazos. Parecía que estaban hirviendo. Bajó la mirada y vio que la parte de los brazos que tocaba la esfera emanaba vapor. El dolor era cada vez peor. ¿Se estaba defendiendo de él la Esfera?

Chris solo tenía unos segundos para actuar. Dejó caer la Esfera. Flotó lentamente hacia abajo a través del agua y fue a parar sobre el fondo lodoso del río, su brillo era poco más que una débil vela.

El dolor de sus brazos se esfumó.

Pero su alivio duró poco. Porque de golpe notó que el agua a su alrededor empezaba a salpicar violentamente, convirtiéndose en un remolino turbulento.

Dio más y más vueltas, mareándose más a cada giro.

Y cada vez que giraba y miraba hacia el sur, veía una silueta que cada vez estaba más cerca.

Oliver.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La rabia chisporroteaba por las venas de Oliver. Jamás había estado tan enfadado. Incluso durante los años de tortura que le había hecho pasar Chris, nunca había tenido una rabia tan intensa.

Porque antes Chris solo le había hecho daño a él. Pero cuando vio a Ester –la persona que le importaba más que nadie-en peligro por culpa de Chris, algo se había partido en su interior. Se había desatado una rabia que no había sentido antes. Ahora que Ester estaba a salvo, lo único que quería hacer Oliver era vengarse del abusón de su hermano.

El remolino que había hecho aparecer había venido sin pensarlo. Era como una especie de instinto emocional que hacía que sus poderes se pusieran en marcha.

El resultado había cogido por sorpresa incluso a Oliver. Nunca antes había mandado a una fuerza de la naturaleza tan enorme como un río. Pero la venganza avivaba su mente, haciendo gira violentamente el agua como si se la tragara un desagüe.

Y allí estaba Chris. Atrapado en medio de su fuerza, dando vueltas y más vueltas. Miraba aterrorizado pero a Oliver no le importaba. Quería que sufriera.

Durante toda su vida juntos, lo único que había querido era que Chris lo dejara en paz. Que parara de abusar de él.

Ahora no. Ahora quería vengarse. Quería su revancha.

Oliver usó sus poderes para hacer que el agua se agitara todavía más rápido. Usó una fuerza tal que el lecho del río de repente apareció en el centro de la tormenta, en medio del remolino.

De golpe, Oliver vio la Esfera de Kandra en el barro al fondo, allí calzada.

Parecía estar hundiéndose más en el fango pegajoso y su luz cada vez era más y más tenue.

De golpe, algo hizo clic en su mente. Casi parecía que la Esfera de Kandra le estaba hablando, llamándole, retándole.

¿Qué estaba haciendo? ¡El objetivo no era hacer daño a Chris! ¡Nunca lo había sido! Si actuaba por venganza y rencor, no era mejor que su abusón. Su misión siempre había sido únicamente rescatar la Esfera, no causar daño a otro ser vivo, aunque este resultara ser su hermano que lo quería ver muerto.

Entonces se dio cuenta de repente que era de eso de lo que el Profesor Amatista lo había estado advirtiendo. El bromo que tenía dentro estaba tirando constantemente de él hacia el mal. Esta era la primera vez que había sentido su magnetismo. No debía ceder ante él. La atracción del poder oscuro era algo contra lo que debía luchar.

Oliver cambió su atención de Chris a la Esfera. Dejó ir el remolino con su mente. Pero la fuerza centrífuga que actuaba sobre el agua ahora era demasiado grande. Se impulsaba a sí mismo. El movimiento que él había empezado lo zarandeaba más y más por su propia cuenta. Tardaría mucho tiempo en perder energía y volver a la tranquilidad.

No quedaba otra opción. Para salvar la Esfera, Oliver tendría que meterse en el remolino.

Respiró profundamente, calmando sus nervios y, a continuación, se sumergió en el agua revuelta.

Inmediatamente, el agitado remolino se apoderó de él, arrojándolo al centro.

Daba vueltas y más vueltas, las náuseas le revolvían el estómago. Le entró agua en la nariz y en la boca, que le hacía atragantarse y farfullar. Era una experiencia sumamente aterradora. Tuvo una enorme sensación de vergüenza sabiendo que había sometido a Chris a esto.

Entonces vio a Chris, clavado contra la pared de agua enfrente de Oliver. Su hermano lo fulminaba con la mirada, sus ojos ya no eran azules sino totalmente negros. Oliver tembló al ver la terrible transformación que se habían apoderado de Chris. Los poderes que le habían dado no eran poderes de vidente, hasta aquí estaba claro. En la sangre de Chris bombeaba algo más. Algo oscuro y malvado.

Oliver vio que Chris todavía peleaba. Se empujaba con sus extremidades, peleando contra la fuerza del agua, dirigiéndose hacia abajo.

Iba hacia la Esfera.

Oliver sabía que Chris no tenía ni idea de para qué era la Esfera y por qué era importante. Solo la quería porque era algo que importaba a Oliver. Igual que cuando eran niños, con los juguetes y la comida, Chris lo destrozaría todo por el placer de enojar a Oliver. Pero mientras entonces solo le hacía daño a él, ahora toda la Escuela de Videntes estaba en juego.

De ninguna manera Oliver iba a dejar que Chris llegara allí primero.

Él seguía empujando, los músculos le dolían por el esfuerzo. La Esfera yacía enclavada en el suelo del lecho del río, calzado en una almohada de cieno y barro. Hundiéndose. Su luz apenas brillaba ahora y se iba apagando a cada segundo.

Oliver estiró las puntas de los dedos. Estiraba y estiraba. Pero la Esfera continuaba hundiéndose. Entonces, de golpe, la luz se consumió.

El miedo se apoderó de Oliver. Apenas podía ver a través de la penumbra.

Metió las manos en el barro y escarbó por ahí, desesperado por agarrar la Esfera.

Entonces tocó algo ligeramente caliente con los dedos. Suave como el cristal.

Metió la mano izquierda en el barro y tiró. La Esfera de Kandra salió propulsada hacia arriba desde el barro y golpeó a Oliver en el pecho con la fuerza de bola de boliche, dejándolo sin aire. Al día siguiente tendría un moratón en las costillas, pero a Oliver no le importaba el dolor. Tenía la Esfera. Estaba decidido. Lo único que importaba era devolverla al lugar que le correspondía sobre el pedestal de la sexta dimensión.

Mientras la envolvía con sus brazos, sosteniéndola y el corazón se le llenaba de alivio, vio que su luz había desaparecido por completo. Se preguntó si era demasiado tarde para salvarla.

Sin perder un segundo, Oliver se giró hacia la orilla sur y empezó a nadar, sosteniendo la Esfera de Kandra en sus brazos de forma protectora.

Entonces fue cuando vio que los niños Obsidianos corrían a lo largo de las orillas. En dirección a los portales. En dirección a Ester y Ralph.

CAPÍTULO CINCUENTA

Por fin, el remolino perdió su fuerza y el agua volvió de golpe a su sitio, tragándose a Chris con ella. El agua le anegó la cabeza, una ola de terror como jamás había sentido se apoderó de él. El peso del agua lo precipitaba hacia abajo, empujándolo hasta la oscuridad del fondo del Támesis.

Impactó contra el lecho del río y notó que se hundía como una piedra en el barro.

Los pies se le quedaron pegados. El cieno era como arenas movedizas.

«¿Es así como voy a morir?» —pensó desesperadamente, el pecho le dolía por la falta de oxígeno.

Después de todo lo que había pasado, había fracasado. Y ahora iba a ahogarse en un río sucio en 1690.

Cuando unas estrellas negras empezaron a aparecer de forma intermitente en su visión privada de oxígeno, una imagen repentina se mostró rápidamente en la mente de Chris: Oliver sosteniendo la Esfera.

Inmediatamente, se llenó de rabia. Rabia al rojo vivo. Era tan fuerte que expulsaba cualquier pizca de miedo que hubiera sentido.

¡Él era Chris Blue! ¡No le vencería su patético hermano! ¡Él no moriría aquí en el fondo del río, hundiéndose en arenas movedizas! No sería derrotado. Por nadie. Y especialmente no por Oliver.

Chris bajó sus brazos y se cogió la pierna derecha. Tiró hacia arriba. Estaba totalmente atascada pero él no iba a abandonar. Apretó los dientes y tiró de nuevo. Se estaba moviendo. Lo estaba consiguiendo. Se estaba liberando.

Con cada pizca de fuerza que poseía, tiró de su pierna hasta sacarla del barro.

Después se cogió la otra y tiró también de esta. Finalmente, era libre.

Mientras luchaba por abrirse camino hacia arriba, notaba que los últimos restos de oxígeno en sus pulmones iban menguando. La debilidad se apoderaba de él.

Un destello del cielo por encima del agua le mostró que solo estaba a centímetros de la superficie. Podía hacerlo. Un solo empujón más.

Chris salió del agua y cogió una gran bocanada de aire. Sus pulmones se llenaron rápidamente. Farfullaba, tosiendo, respirando con dificultad, agitando sus brazos para mantenerse a flote. Entonces su respiración empezó a ir más lenta. Lo había conseguido. Se había salvado de ahogarse.

Chris miró a su alrededor y vio que los Obsidianos habían conseguido llegar a las orillas y ahora estaban peleando con Ester y el chico alto, que estaban ambos tiritando, parecían ratas ahogadas. El parpadeo de la luz contraria era cegadora, desorientadora.

A su lado, los dos portales estaban activados.

Pero Oliver todavía estaba en el agua, la Esfera metida bajo un brazo, obligándolo a nadar solo con uno. Esto lo hacía ir más lento.

Chris todavía tenía una oportunidad. Una última oportunidad. Si Oliver atravesaba el portal del tiempo, nunca volvería a tener esta oportunidad.

Fue a por ello. Tenía que ir a por todas.

Accedió a sus poderes y reunió un chorro de burbujas para que lo empujaran desde atrás. Salió disparado por el agua, estas lo empujaban más y más cerca de Oliver. Le estaba dando alcance a una velocidad aterradora.

En el siguiente destello de luz, Chris vio que Oliver llegaba a las orillas. Ester y el chico intentaron ayudarle pero Oliver les estaba gritando.

—¡Tomad la esfera!

Ester la cogió. Después se dio la vuelta y dio un salto hacia uno de los

portales.

El chico alto saltó tras ella.

Chris usó su voz estruendosa, ahora frenética.

—¡Atravesad el portal! —chilló a los Obsidianos.

Pero su panda de estúpidos no había visto por qué portal habían entrado.

Ninguno de ellos sabía por dónde saltar. Parecían perplejos.

—¡Idiotas! —chilló Chris.

Oliver estaba llegando a trompicones hacia las orillas, intentando salir del agua.

parecía considerablemente cansado por haber nadado.

Pero Chris no. A pesar de casi haberse ahogado, los poderes que corrían por sus venas le hacían sentir más fuerte que nunca. Empujaba aún con más fuerza.

Estaba muy cerca.

Llegó a la orilla justo cuando Oliver se puso de pie de un salto y se dirigía a toda prisa hacia el portal.

Chris salió del agua y estiró su mano con garras, tratando de coger a Oliver por el tobillo. Con los dedos cogió la tela del mono de Oliver.

Oliver cayó, su estómago dio un golpe contra la orilla.

Chris intentó agarrarlo mejor para meter a Oliver de nuevo en el agua. Su hermano le daba patadas, pero los golpes apenas le alcanzaban. Chris ni tan solo sentía dolor.

Estiró su otra mano, intentando coger el otro tobillo de Oliver. Pero perdió el agarre.

De repente, no había nada en las manos de Chris. Oliver había escapado como una serpiente, igual que una anguila escurridiza.

Chris desvió rápidamente la mirada hacia arriba a tiempo de ver a Oliver lanzándose a través del portal izquierdo. Un rayo chisporroteó en su superficie.

—¡Seguidlo! —les gritó a los Obsidianos.

Madeleine fue corriendo hacia él. Pero era demasiado tarde. Con una descarga eléctrica, el portal se cerró. Ella cayó hacia atrás en el suelo con un golpe seco.

Oliver había escapado.

Un grito de rabia salió desgarrando el pecho de Chris.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Alrededor de Oliver, las paredes del portal temblaban violentamente. Las luces parpadeaban tan rápido que eran un manchón.

No tenía ni idea de si Chris o alguno de los Obsidianos habían atravesado el portal tras él. Ester y Ralph habían entrado primero pero Chris estaba justo detrás de él. ¿Y si también lo había atravesado? No habría manera de saberlo hasta que llegaran a la salida. Si es que llegaban a la salida, claro.

El portal parecía no acabar nunca. Daba vueltas y giros como una montaña rusa.

Oliver sentía que lo que tenía en el estómago se revolvía.

Entonces, igual de rápido que había empezado, todo cambió alrededor de Oliver.

Notó que sus rodillas chocaban con algo duro. Un suelo de mármol. Resbaló por él y se dio con la cabeza en una pared.

Aay.

Antes de recuperar el sentido, oyó los gritos de Ester y Ralph. Ambos venían corriendo hacia él. Se estrellaron contra él y los tres acabaron en un montón.

—¿Dónde estamos? —gritó Ralph, desenredando sus extremidades de Oliver.

Oliver consiguió sentarse con un poco de esfuerzo justo a tiempo de ver que el agujero espacio-temporal se cerraba. nadie más había entrado. ¡Habían perdido a Chris! ¡Lo habían dejado en el otro lado en 1690!

Pero también habían dejado al ejército oscuro de videntes canallas en

una acérrima batalla con la Hermana Judith y los estudiantes de la Escuela de Londres para los que Ven el Futuro. Oliver rezaba para que estuvieran bien. Para que entendieran por qué él, Ester y Ralph habían tenido que aprovechar esta oportunidad para meterse en el portal.

Seguro ahora de que nadie los estaba persiguiendo, Oliver echó un vistazo alrededor. Estaban en una habitación que estaba extrañamente vacía. Con el suelo de mármol negro. Las paredes con azulejos oscuros. Y era evidente que era enorme, pues sus voces parecían no dejar de resonar.

De repente, Oliver se dio cuenta. Aunque tenía una apariencia diferente cada vez que entraba, Oliver estaba seguro de que habían vuelto a la Escuela de Videntes.

Aunque técnicamente esto era un vacío, él reconocería el despacho del Profesor Amatista en cualquier lugar.

—¡Estamos en la sexta dimensión! —exclamó. Se puso de pie de un salto—.

Rápido, pasadme la Esfera.

Ester le pasó la Esfera de Kandra a Oliver. Estaba completamente oscura, no brillaba nada de luz en ella.

—¡Tenemos que encontrar el pedestal! —dijo él, sosteniéndola.

Se pusieron a correr, en dirección a la oscuridad.

Entonces Oliver lo vio, brillando a lo lejos. El pedestal vacío sobre el que la esfera tenía que estar. Fue corriendo hacia él.

Levantó la Esfera en alto y, poco a poco, la soltó.

Oliver aguantó la respiración, esperando, rezando por que la hubieran traído a casa a tiempo. La Esfera estaba allí flotando, a pocos centímetros por encima del pedestal, justo donde tenía que estar. Entonces, de golpe, una luz en su centro empezó a parpadear.

—Está bien… —dijo Oliver con la voz entrecortada.

La luz intermitente se hizo más fuerte y más brillante.

—¡No me lo creo! —gritó Oliver, al ver que la Esfera estaba volviendo a la vida

—. Lo conseguimos. Realmente lo conseguimos.

Ester y Ralph empezaron a saltar de arriba abajo, gritando de alegría. El temblor a su alrededor cesó. La Esfera de Kandra volvió a su plena belleza, emitiendo una brillante, hermosa y brillante luz blanca.

En ese momento, una voz flotó a través de la oscuridad. Una voz familiar que Oliver conocía muy bien. La voz del Profesor Amatista.

—Oliver Blue. Sabía que no me decepcionarías.

Alrededor de Oliver, Ester y Ralph los colores empezaron a derretirse en las paredes como pintura. El vacío negro se transformó en el claustro principal de la escuela de Videntes. Habían vuelto y estaban al lado del kapok.

Y todo estaba tranquilo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Oliver vio un destello de dulce de azúcar y mantequilla. Entonces, de golpe, Hazel apareció a su lado. Sus ojos grises brillaban de alegría.

—Estoy muy feliz de verte —exclamó.

—Hazel —respondió, con la voz rompiéndose por la emoción. Realmente pensaba que no volvería a verla.

Ella lo miró a los ojos.

—¡Lo conseguiste! —gritó—. ¡Salvaste la escuela!

—Eso creo —respondió Oliver, a pesar de que su mente daba vueltas.

Todo había pasado muy rápido. La pelea con Chris. El remolino del tiempo. Su ropa todavía estaba empapada.

—¿Por qué estás tan triste? —gritó Hazel mientras se lanzaba a sus brazos—.

¡Lo conseguiste!

—Eso creo —respondió Oliver aturdido.

Entonces vio dos caras conocidas más por encima del hombro. Una de piel clara y la otra oscura.

—¡Simon! ¡Walter! —exclamó Oliver.

Los dos chicos echaron a correr y se lanzaron a los brazos de Hazel y Oliver.

Entonces vinieron Ralph y Ester y se unieron a la piña.

Era fantástico volverse a reunir. A Oliver le haría feliz que este momento durara para siempre.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Walter.

Se soltó del abrazo.

—Debe de ser el Río Támesis —dijo Ralph, mirando su ropa empapada —. Hele bastante mal.

Hazel era lo suficientemente educada como para ignorar el olor.

—¿Así que habéis vuelto para siempre? —preguntó a Oliver y a Ester.

—Si el Profesor Amatista no me ha expulsado por escaparme — respondió Ester con las mejillas cada vez más sonrosadas.

Oliver se hacía la misma pregunta. No tenía ni idea de dónde estaba en ese momento, si era parte de la escuela o no—. Si me deja volver —Añadió.

—Por supuesto que lo hará —dijo Walter—. ¡Eres uno de los nuestros!

Oliver sonrió, sintiéndose bienvenido e incluido en el grupo.

Hazel lo cogió del brazo.

—Vamos, va a haber una fiesta en la sala. Una celebración.

—Comida —dijo Simon con su sofisticado acento inglés—. Alegría. Será espléndido.

Walter le dio un golpecito en la espalda a Oliver.

—Entonces tal vez después de que hayas comido podemos jugar un partido de switchit.

Oliver se rió. Por mucho que le encantaría volver a jugar al switchit con Walter, estaba más que agotado.

—Quizá después de una larga noche en la cápsula de dormir —dijo—. Hace…

bueno, creo que cuarenta y ocho horas que estamos despiertos.

Su cabeza dio vueltas al pensar en ello. Dos días y, a la vez, miles de años. ¡Qué viaje habían hecho!

El grupo entró en la sala. de golpe, resonó el ruido del aplauso. Oliver se quedó sin aliento, mirando a todos los profesores y estudiantes que les aclamaban. Él sintió una ola de orgullo.

La música empezó a sonar. Oliver vio que las mesas estaban cubiertas por un increíble festín de las locas comidas de la Escuela de Videntes. La fiesta empezó.

El Profesor Amatista se acercó a él y le puso una mano firme sobre el hombro.

—Oliver Blue, sabía que no me decepcionarías.

Oliver miró a sus sabios ojos. tenía una sensación molesta en la barriga.

—Pero ¿qué pasó después de que nos marcháramos? ¿A la Hermana Judith y a los estudiantes de la Escuela de Londres para los que Ven el Futuro? ¿Están bien?

El Profesor Amatista sonrió amablemente.

—La luz se impone en esa particular batalla. Escogiste el portal correcto y, al hacerlo, se cerró. Eso permitió a la Hermana Judith y a las otras madres celestiales a hacer correr rumores entre el ejército oscuro de que habíais escapado por un portal. Los engañaron hasta las orillas. Esto los llevó directamente a las profundidades de las que venían. Pero dime. ¿Cómo supiste cuál elegir?

—En realidad, fue Newton —dijo Oliver—. Me dio la tintura de un líquido que me ayudó a ver la magia. Ester tenía un brillo amarillo. Igual que el portal.

Imaginé que si ella era buena, entonces la puerta amarilla también debía de serlo.

El Profesor Amatista sonrió.

—Qué sabio. Y tú también le ayudaste a él, por supuesto. Mostrarle el

cuchillo Obsidiano le proporcionó la última pieza del rompecabezas. Gracias a ti, él y el Gremio de Alquimistas descubrieron muchas cosas increíbles que nosotros los videntes usamos hoy en día. ¡Su obra publicada tiene más de un millón de palabras!

—Pensaba que la obra de alquimia de Newton nunca había visto la luz del día —

respondió Oliver.

—En el mundo humano no —dijo el Profesor Amatista—. Pero en el mundo de los videntes sus libros son un éxito en ventas.

Oliver se permitió una pequeña sonrisa. Estaba aliviado y algo calmado por saber que todos estaban bien. Pero había un pensamiento que todavía le preocupaba.

—Dígame. ¿Y Chris? ¿Qué pasa con mi hermano?

A pesar de todo lo que Chris le había hecho pasar, Oliver no le deseaba ningún mal. Si se permitía aunque solo fuera una pizca de odio hacia Chris, entonces estaría dejando entrar un poco del lado oscuro contra el que tenía que luchar.

—Eso está por ver —contestó el director—. Se hizo la marca de los Obsidianos.

Tragó materia oscura. Les pertenece. Su futuro es muy incierto.

Oliver asintió seriamente.

—¿Así que no son poderes de vidente los que le dieron? Esto no funciona así.

El Profesor Amatista subió y bajó la cabeza de manera evasiva.

—Solo tienes razón a medias. Chris sí que adquirió poderes de vidente. De la especialidad nuclear. Es un tipo que fue apartado. Es demasiado peligroso.

Extremadamente irascible. Son poderes que pertenecen al mundo oscuro, no a un chico humano.

El tono de su voz era muy serio. Oliver no necesitaba pedir una explicación para saber que fuera lo que fuera lo que Chris se había hecho a sí mismo, era muy malo.

—¿Y cómo estaba mi amigo Newton? —preguntó el Profesor Amatista.

—Fue una gran ayuda —explicó Oliver—. Su receta de alquimia nos ayudó a saber dónde estaba escondida la Esfera de Kandra. Y su catalejo nos mostró el portal al final. Nunca lo hubiéramos conseguido sin él —Hizo un gesto hacia Ralph y Ester, incluyéndolos en su comentario. Entonces sacó el amuleto, que estaba ardiendo ahora en su mano—. Y esto también. Nos mostró la salida de una crisis en el último momento.

En los labios del Profesor Amatista se dibujó una sonrisa.

—Supongo que ya no os servirá de mucho.

Oliver frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque vas a volver a la Escuela de Videntes, por supuesto —dijo el Profesor Amatista.

Oliver se quedó boquiabierto.

—¿De verdad? ¿Puedo volver para siempre?

—¡Por supuesto! —dijo el profesor—. Un vidente como tú tiene que formarse.

Así que, ¿qué me dices? ¿Volverás?

Oliver asintió enérgicamente.

—Por supuesto. Por supuesto.

Entonces, repentinamente, se acordó de su misión por encontrar a sus padres.

Había tenido que abandonarla por la Esfera de Kandra. Pero aún estaba desesperado por saber dónde estaba. Por encontrar a Maggie y a Teddy. Por encontrarse con ellos cara a cara.

—Pero hay una cosa —le dijo Oliver al Profesor Amatista—. Quiero encontrar a mis padres.

El Profesor Amatista asintió.

—Lo entiendo. Te ayudaremos con tu búsqueda. Cuando llegue el

momento, evidentemente puedes marcharte para encontrarlos.

Oliver sintió una ola de emoción. ¿El director le ayudaría en su misión por encontrar a sus padres? ¡Era como un sueño!

Se sacó el amuleto y se lo pasó al Profesor Amatista.

—En ese caso, tiene razón. Ya no necesitaré más esto.

El Profesor Amatista le apretó el hombro.

—Qué bien tenerte en casa, Oliver Blue.

Oliver dejó al profesor y fue hacia su grupo de amigos, que estaban todos bailando con desenfreno al ritmo de la música. Hazel le dio una vuelta y Walter lo despeinó. Simon le cogió la mano y la levantó en el aire como si fuera un boxeador que acababa de ganar en el ring, mientras Ralph le dio varios golpecitos en la espalda.

Entonces fue cuando Oliver se dio cuenta de que Ester no estaba entre ellos.

Echó un vistazo alrededor, buscándola.

Cuando finalmente la vio, se dio cuenta de que no parecía estar disfrutando para nada de la fiesta. Estaba a un lado de la sala sujetando una bebida, a la que daba pequeños sorbos. Oliver vio que su piel parecía más pálida desde que había vuelto a la Escuela de Videntes.

La preocupación asaltó su pecho.

—Perdonadme un momento —dijo, dejando al grupo.

Fue hacia Ester. Ella alzó la vista cuando él se acercó.

—Oliver —dijo, con una débil sonrisa. Su voz sonaba floja, como si estuviera agotada y luchando por mantenerse despierta.

Oliver apoyó la cabeza contra la pared a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No parece que tengas ganas de celebraciones.

Ester negó con la cabeza.

—Nada. Solo… lo estoy procesando todo.

Pero Oliver podía ver que no era eso. A estas alturas, ya conocía a Ester lo suficiente. Escondía algo. de hecho, había tenido algo en la mente desde el instante en el que llegó a Boston.

Le dio un empujoncito con el hombro.

—Por favor, Ester. Sea lo que sea, puedes decírmelo.

Le aguantó la mirada un buen rato. Después, por fin, asintió lentamente.

—Está bien. Pero aquí no. Busquemos un poco de intimidad.

*

Ester y Oliver paseaban poco a poco por los jardines de la Escuela de Videntes.

Era el lugar de su primera cita. Desde entonces habían pasado muchas cosas.

Oliver se sentía una persona completamente diferente.

Lanzó una mirada a Ester. Su expresión era demacrada. Estaba claro que tenía algo en mente.

—No me pediste que viniéramos aquí para una cita, ¿verdad? —preguntó Oliver.

Su estómago daba vueltas por la angustia. La expectación era insoportable.

—Sentémonos —dijo Ester, señalando a una serie de tocones de árboles.

Los dos e sentaron. Ester alargó el brazo y le cogió las manos a Oliver. Lo miró a los ojos con seriedad.

—Cuando aparecí en Boston por primera vez, me preguntaste por qué me había ido de la escuela.

Oliver asintió.

—Sí.

—Te mentí sobre el porqué.

Se le hundió el pecho. Había sido demasiado bueno para ser verdad, que Ester hubiera sacrificado su vida en la escuela de Videntes porque lo quería.

—Oh… —dijo él con tristeza.

Ester le apretó la mano.

—No de ese modo. No seas tonto. Yo te seguí porque quería estar contigo. Pero eso era porque… porque quería pasar mis últimos meses contigo.

Oliver subió la cabeza de golpe.

—¿Qué significa los últimos meses?

El repentino cambio en el curso de lo que él esperaba que dijera le cogió por sorpresa. ¿De qué estaba hablando Ester?

—Me estoy muriendo, Oliver.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

En ese momento, Oliver sintió como si todo el mundo se le cayera encima.

—No, no te estás muriendo.

Ester le lanzó una mirada triste.

—Sí, Oliver. Lo siento. El Profesor Amatista me dio el diagnóstico después de que volviéramos de Alemania.

—¿De qué? —exclamó Oliver. La emoción amenazaba con apoderarse de él.

Parecía estar apretándole el cuello.

—Una especie de enfermedad por viajar en el tiempo.

Oliver negó de nuevo con la cabeza.

—Bueno, entonces no pasa nada. la enfermedad del viaje en el tiempo tiene cura.

Yo la he tenido y ahora estoy bien —Él no quería creer lo que estaba oyendo—.

Y tú viste a Ralph la primera vez que nos encontró. Se recuperó inmediatamente.

—Oliver, escucha —dijo Ester más seriamente—. Esta no es la enfermedad del viaje en le tiempo habitual. Lo que yo tengo es un tipo muy raro. Y es letal.

Oliver pensó en todos los momentos de su aventura. Las referencias de Ester a las náuseas. Su falta de apetito. Sus dolores de cabeza. Su debilidad al nadar.

Incluso su desconfianza hacia el Profesor Amatista. Todo había estado relacionado con su diagnóstico de una enfermedad del viaje en el tiempo incurable.

—La Hermana Judith —dijo Oliver con un grito ahogado—. ¿Fue eso lo que vio cuando miró en tu mente? ¿Era por eso por lo que no podías entrar en el pozo de las visiones? Porque tú te estás… estás…

No podía forzarse a decir la palabra de la M.

Pero Ester asintió tristemente y acabó la frase por él.

—… muriendo.

Finalmente, Oliver se dio cuenta de la verdad. Era real. Ester estaba muriendo realmente.

El dolor le apuñaló en el pecho. ¡Esto no era justo! ¿Por qué Ester? Después de todas las cosas malas que había experimentado en su vida, ¿por qué iban a quitarle lo mejor que había encontrado jamás?

De repente, se acordó de la brújula. Había una manecilla que no se movía nunca; la que señalaba al chico y a la chica. El Profesor Ruiseñor dijo que la imagen simbolizaba la amistad. El primer amor. Y si la brújula le mostraba el futuro, ¡entonces su futuro era con Ester!

Se levantó de golpe y le soltó la mano.

—Oliver —dijo Ester, con la voz cansada—. ¿A dónde vas?

—Voy a hablar con el Profesor Amatista. Tiene que haber alguna forma de salvarte.

Las lágrimas brillaban en los ojos de Ester.

—No la hay. Yo ya he hablado con él. Tienes que aceptarlo. Voy a

morir.

—No —dijo Oliver, negando con la cabeza con decisión—. No lo harás. Yo no te dejaré.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Oliver fue hacia el despacho del Profesor Amatista. Parecí que el hombre ya lo estaba esperando, pues la decoración que había elegido era la que había usado cuando Oliver hizo su prueba –un sofá de cuero raído y una mesa de centro maltrecha. Ya había hervido una tetera y había dos tazas dispuestas a su lado.

—¿Ha hablado contigo? —dijo el director, desviando la mirada de su mesa hacia Oliver.

Oliver asintió y se tragó el doloroso nudo que tenía en la garganta.

—Sí. Ester me dijo que se está muriendo. Que su enfermedad es incurable. Pero no lo es, ¿verdad?

El profesor hizo un gesto hacia el sillón.

—Por favor, Oliver. Siéntate.

En contra de su voluntad, Oliver hizo lo que le dijeron. Lo único que quería era que el Profesor Amatista le dijera cómo salvar a Ester. pero tendría que seguir todos los pasos antes de que el director le diera detalles.

El anciano se sentó en el asiento de delante de él y se tiró hacia arriba las piernas del pantalón de su traje al hacerlo. Sirvió un poco de té y le pasó a Oliver una taza. Oliver cogió la taza y el platillo y los apoyó en su regazo. Estaba demasiado concentrado en Ester como para beber té.

El Profesor Amatista dio un largo sorbo.

—Entiendo que has pasado muchas cosas estos dos últimos días —dijo, finalmente, dejando su taza sobre la mesa de centro—. Y has aprendido acerca de las herramientas para videntes.

Oliver asintió.

—La brújula. El amuleto. Y el pozo de las visiones.

—¿Y…? —le refrescó la memoria el director.

Oliver reflexionó durante un instante. después recordó.

—Oh. El cuchillo Obsidiano.

El Profesor Amatista asintió.

—En las manos adecuadas, como las de Newton, un invento vidente puede usarse para un bien extraordinario. Pero también se puede abusar del poder enormemente. En las manos incorrectas, un invento vidente puede tener consecuencias devastadoras.

Oliver estaba cada vez más impaciente.

—Por favor, Profesor, ¿podemos hablar de Ester? Tiene que haber un modo de salvarla.

El director sonrió.

—Voy a llegar a eso. Paciencia, querido —Dio otro sorbo de té—. En efecto, existe una manera de salvar a la Señorita Valentini.

Oliver se sentó más derecho. El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué es? Haré cualquier cosa.

El tono del Profesor Amatista era muy serio.

—Es extremadamente peligrosa. Tendrás que ir atrás en el tiempo y encontrar un artículo muy valioso que pertenece a los videntes. Un invento maravillosos. Uno de los mejores. Esto, y solo esto, puede salvar la vida de Ester.

Oliver se puso de pie.

—Iré. Ahora mismo. Ábrame el portal y yo entro.

El Profesor Amatista se quedó sentado. Levantó la mirada hacia Oliver.

—Será un viaje muy peligroso. Y debo advertirte, Oliver, de que es extremadamente improbable que lo logres. No hay camino de vuelta, ningún agujero espacio-temporal que pueda crear para que tú regreses por él. Tendrás que encontrar uno allí, lo cual es casi imposible. Es un viaje de ida.

—No hay nada imposible —respondió Oliver.

El director sonrió.

—Tu devoción por la Señorita Valentini es admirable.

—Vale la pena sacrificarse —dijo él con decisión.

El Profesor Amatista examinó la cara de decisión de Oliver. Finalmente, se recostó y asintió.

—Muy bien, entonces, Oliver Blue. Tendrás tu viaje.

Oliver asintió, notando que sus ojos se inundaban de lágrimas.

«Un viaje peligroso. Un viaje de ida».

No lo podía permitir. No por su bien. Sino por el de Ester.

Debía encontrarlo, fuera lo que fuera, y devolverlo para salvarle la vida.

Pues sin ella viva y bien, ¿qué sería de él?

Se dio cuenta de que nada. Nada en absoluto.

Y en ese momento fue cunado lo vio: la quería.

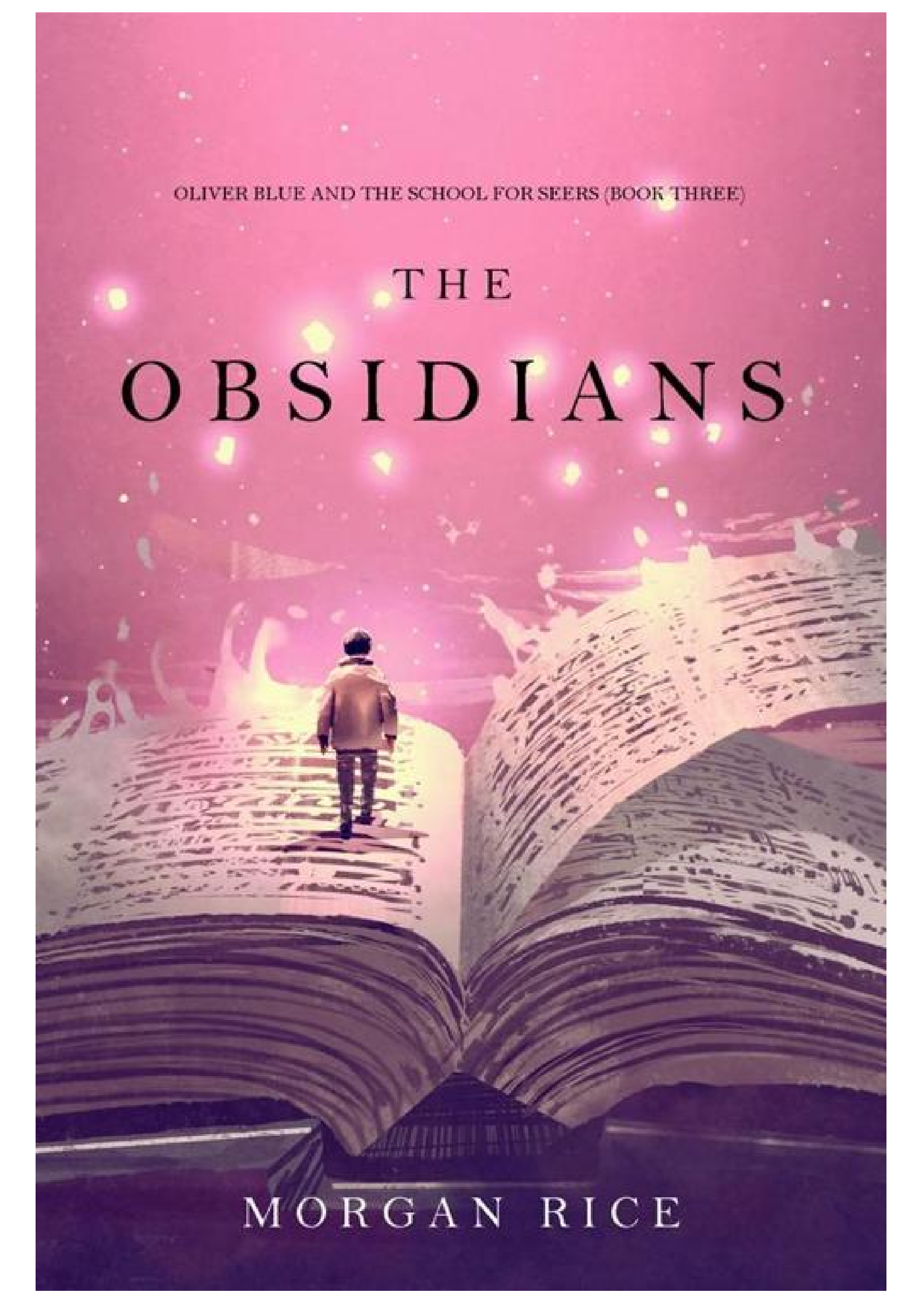
La quería más de lo que se quería a sí mismo.

Respiró profundamente y todos sus miedos se esfumaron.

Fuera el viaje que fuera, fueran los peligros que fueran, se enfrentaría a ellos.

Una vez más, era el momento de irse.

¡AHORA DISPONIBLE POR ADELANTADO!



LOS OBSIDIANOS

(Oliver Blue y la Escuela de Videntes—Libro tres)

«Un poderoso primer libro de una serie [que] mostrará una

combinación de protagonistas enérgicos y circunstancias desafiantes para involucrar plenamente no solo a los jóvenes adultos, sino a los adultos aficionados a la fantasía que buscan historias épicas avivadas por poderosas amistades y adversarios».

-- Midwest Book Review (Diane Donovan) (re Un trono par alas hermanas)

«¡La imaginación de Morgan Rice no tiene límites!»

--Books and Movie Reviews (re Un trono par alas hermanas) De la autora de fantasía #1 en ventas Morgan Rice llega una nueva serie para jóvenes lectores -¡y también para adultos! Los fans de Harry Potter y Percy Jackson ¡no busquéis más!

En LOS OBSIDIANOS: OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

(LIBRO TRES), Oliver Blue, de 11 años, se encuentra de nuevo en la carrera de su vida. Su querida amiga Ester está muriendo de la enfermedad del viaje en el tiempo, y la única manera de salvarla es arriesgar su vida y viajar atrás en el tiempo una vez más.

Esta vez, es a la Italia de los años 1400, para visitar a dos personas muy importantes: Leonardo Da Vinci y su rival, Michelangelo. Solo los inventos de Leonardo tienen la respuesta; y solo los cuadros de Michelangelo tienen la clave.

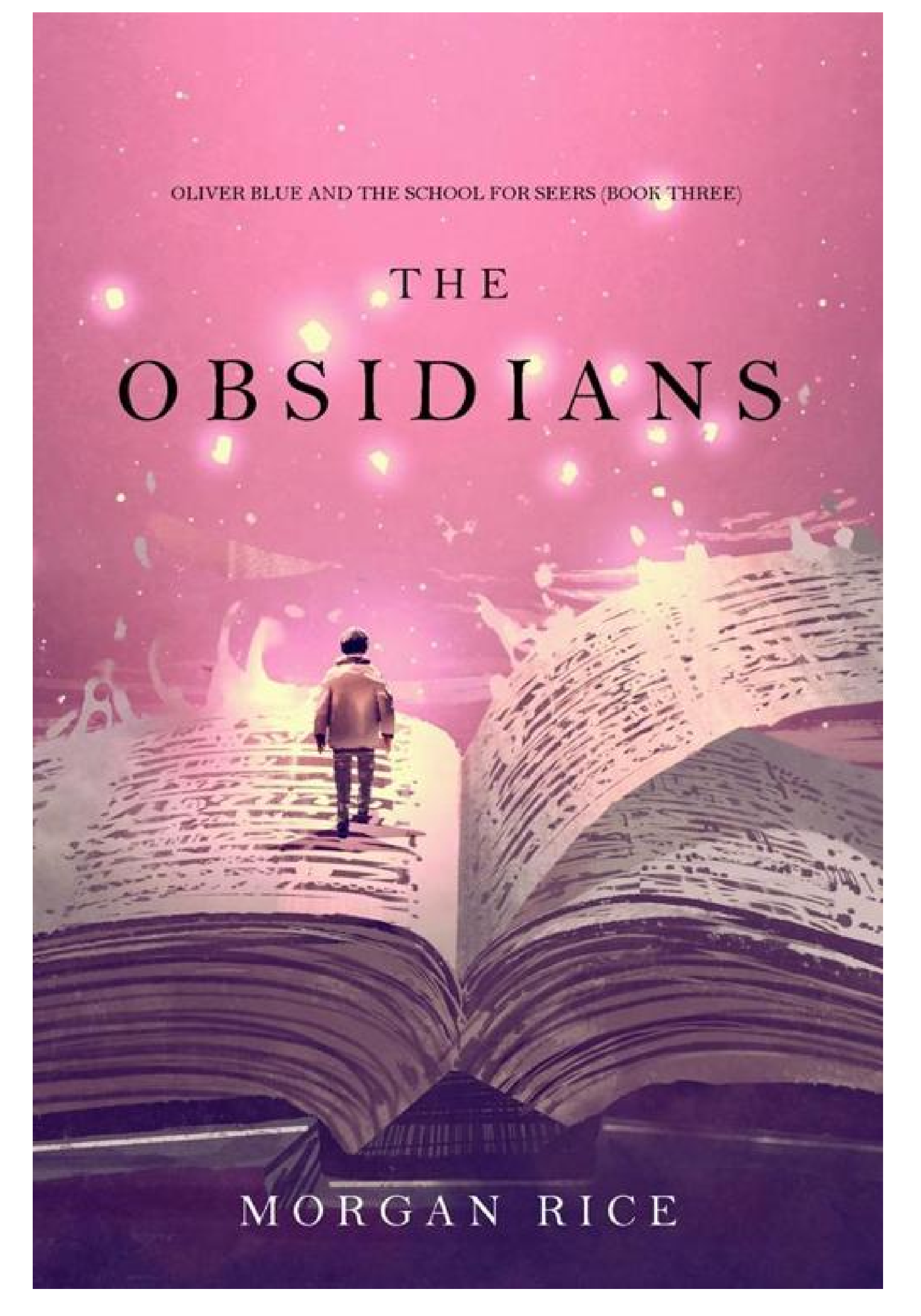
Pero los Obsidianos están empeñados en vengarse y Chris está decidido a no parar hasta acabar con su hermano pequeño.

Una novela de fantasía inspiradora, LOS OBSIDIANOS es el libro#3 en una nueva y fascinante serie llena de magia, amor, humor, desamor, tragedia, destino y una serie de giros sorprendentes. Hará que te enamores de Oliver Blue y no podrás ir a dormir hasta tarde.

¡El Libro#4 de la serie pronto estará disponible!

«El principio de algo extraordinario está aquí».

--San Francisco Book Review (re La senda de los héroes)



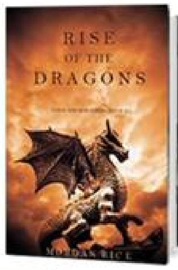
LOS OBSIDIANOS

(Oliver Blue y la Escuela de Videntes—Libro tres)

¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis

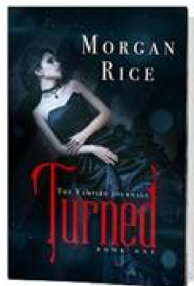
series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!



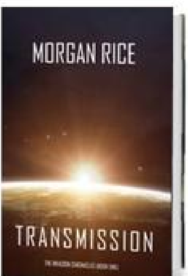












Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

REGRESO (Libro #4)

EL CAMINO DE ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3)

UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4) UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5)

HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro #6) **EL ANILLO DEL HECHICERO**

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

VAMPIRA, CAÍDA

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA(Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE

SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las



últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Document Outline

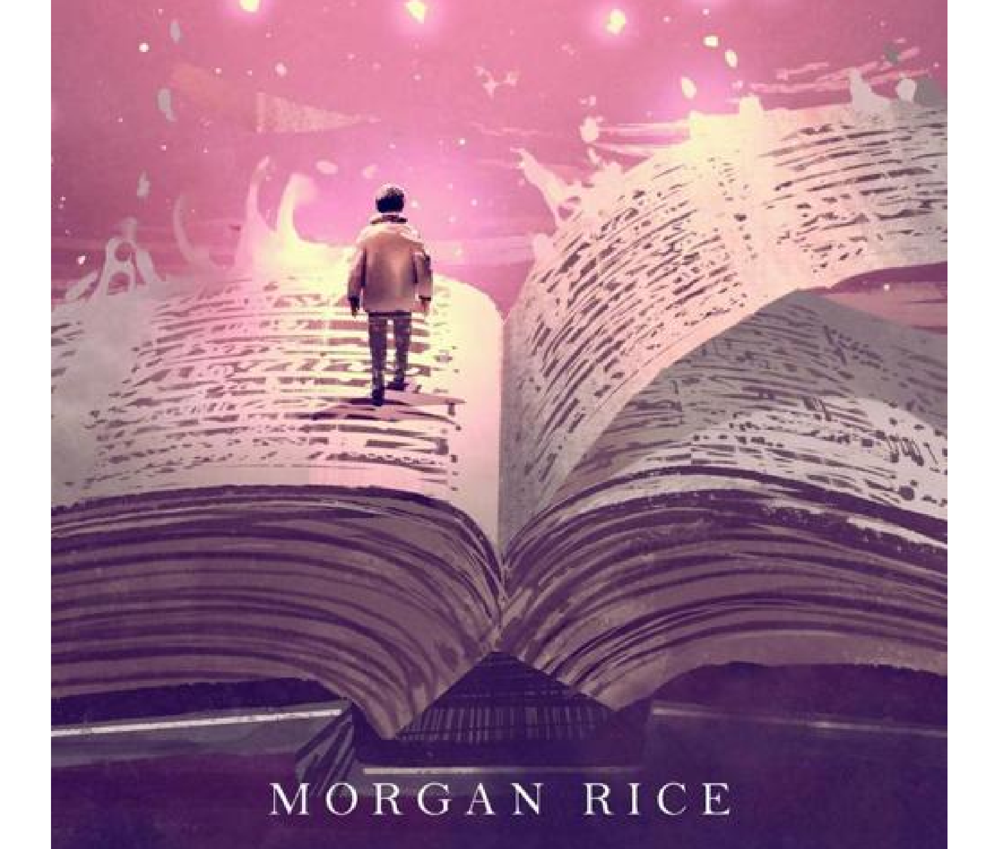
OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO TRES

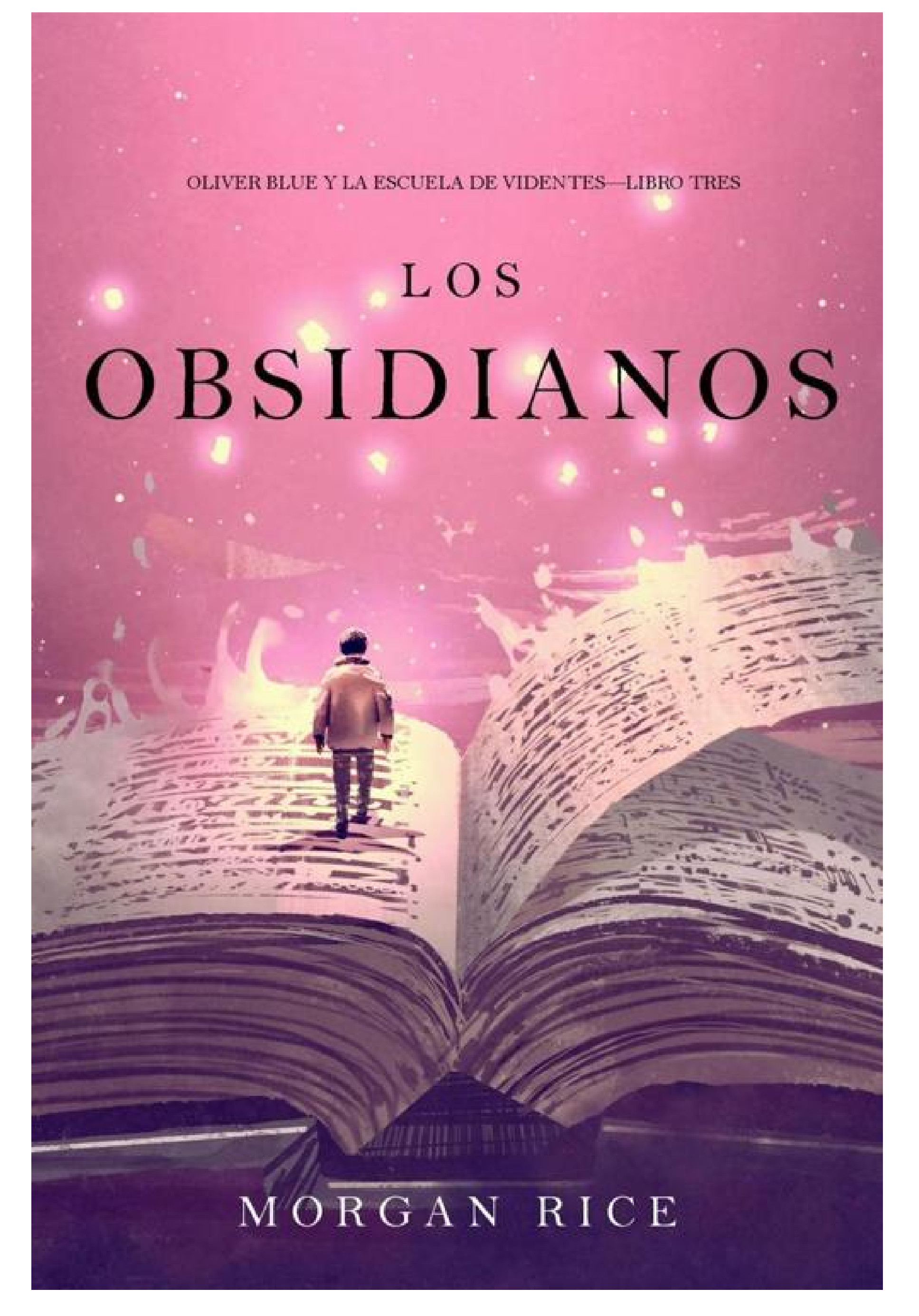
LOS OBSIDIANOS



OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO TRES

LOS OBSIDIANOS





LOS O B S I D I A N O S

(OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES—LIBRO TRES)
MORGAN RICE

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE

SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones sobre Morgan Rice

«Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL

ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS

DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trols y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan ha conseguido de nuevo producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página… Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita».

--Books and Movie Reviews

Roberto Mattos

«Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL

CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini… Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y

pedirán más».

--The Wanderer, A Literary Journal (sobre El despertar de los dragones)

«Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama.

La senda de los héroes trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia…

Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles… Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos».

--Midwest Book Review (D. Donovan, eBook Reviewer)

«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos

«En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica El anillo del hechicero (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey… La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante».

--Publishers Weekly

Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

EL CETRO DE FUEGO (Libro #4)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

EL CAMINO DEL ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

SOLO LOS VALIENTES (Libro #2)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4)

UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

CABALLERO, HEREDERO, PRÍNCIPE (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5)

HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

LA MARCHA DE LOS REYES (Libro #2)

EL DESTINO DE LOS DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA CARGA DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE HIERRO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

LA CAÍDA DE LOS VAMPIROS

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA (Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!



¿Quieres libros gratuitos?

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratis, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis ¡y regalos exclusivos!

Para suscribirte, visita:

www.morganricebooks.com

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

Oliver sentía que su latido recorría insistentemente su cuerpo. Ester Valentini estaba muriendo. Cada segundo que pasaba era un segundo

malgastado. Tenía que salvarla, pasara lo que pasara. La quería demasiado para decepcionarla. Se enfrentaría a cualquier peligro al que tuviera que enfrentarse. No importaba lo pequeña que fuera la posibilidad de éxito, tenía que arriesgarse.

Miró al otro lado de la mesa de centro al Profesor Amatista, que estaba sentado en un maltrecho sofá de piel bebiendo té de una delicada taza de porcelana. El director de la Escuela de Videntes había dado permiso a Oliver para aventurarse en un peligroso viaje atrás en el tiempo para encontrar un invento oculto de videntes que podría salvar la vida de Ester. Pero ahora Oliver necesitaba los detalles exactos para cumplir una misión así.

—Haré todo lo que haga falta —le recordó Oliver una vez más, con voz fuerte y decidida—. No importa lo peligroso que sea, yo salvaré a Ester.

El director de la Escuela de Videntes asintió lentamente.

—Es mi deber como mentor tuyo decirte que esta será una prueba arriesgada.

Una que podría muy bien fracasar.

—Cualquier posibilidad es mejor que ninguna —dijo Oliver con firmeza.

El Profesor Amatista dejó su taza de té. Tintineó y el ruido resonó a lo amplio de su despacho en la sexta dimensión.

—Para salvar la vida de Ester —dijo—, debes viajar atrás en el tiempo y encontrar algo llamado el Elixir. Es la única cosa que puede curarla.

«El Elixir» —repitió Oliver dentro de su mente, sintiéndose anonadado. Sonaba muy importante.

—Han escondido el Elixir —continuó el director— porque es muy poderoso. Y

muy peligroso.

—¿Dónde lo han escondido, Profesor? —preguntó Oliver.

—Nadie lo sabe. Es un secreto firmemente guardado.

A Oliver se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a encontrar el Elixir si estaba escondido? ¿Si nadie sabía dónde estaba?

Justo entonces, vio un pequeño destello en los ojos del director, un brillo que le decía que no todas las esperanzas estaban perdidas.

—Pero creo que he encontrado una manera de encontrar el sitio escondido —le dijo el anciano vidente.

El pecho de Oliver se llenó rápidamente de esperanza.

—¿Ah, sí?

—No te emociones demasiado —dijo el profesor, templando el repentino optimismo de Oliver—. Conozco un portal que podría llevarte hasta allí.

—¿A qué se refiere? —preguntó Oliver, que parecía perplejo. Los portales unían dos lugares creando agujeros espacio-temporales que se entrelazaban entre el espacio y el tiempo. Sin duda alguna, o el portal del que hablaba el profesor llevaba a Oliver allí o no había otra posibilidad.

El director se aclaró la garganta y empezó a explicar.

—No es un portal corriente. Es uno muy especial impregnado de una magia rara.

Puede llevarte exactamente a donde tienes que ir.

A Oliver le dio un salto el corazón. ¡Eso era perfecto! Pero entonces ¿por qué el gesto del Profesor Amatista era tan serio?

El anciano vidente continuó:

—Para hacerlo funcionar, debes retener la intención en tu mente cuando entres, de que vas al sitio correcto por el mayor de los bienes. Si no se volverá extremadamente inestable y te expulsará.

A Oliver se le secó la garganta como la mojama. Ahora lo comprendía. Si

entraba en el portal sin el corazón puro, sin duda iba a fracasar.

—¿Solo funcionará si mis intenciones son verdaderas? —preguntó.

—Sí —respondió el profesor asintiendo solemnemente—. Si tus intenciones no son puras, te expulsará al vacío del espacio. ¿Entiendes ahora lo arriesgado que es?

Oliver sentía que los escalofríos le recorrían el cuerpo como miniterremotos.

Tenía miedo del portal, de si a este le parecería que sus intenciones eran lo suficientemente buenas. Pero tenía que intentarlo. Por Ester. Estaba decidido.

Oliver levantó la barbilla con valentía.

—Estoy preparado.

El Profesor Amatista lo miró larga y fijamente. Después se levantó.

—Ven conmigo.

Oliver hizo lo que le dijo, notando que sus nervios se le aceleraban diez veces más mientras salía de la sexta dimensión tras el director y volvía a la concurrida Escuela de Videntes. Estaban en la planta de arriba del todo, mirando hacia abajo al atrio central y a los cincuenta pisos de pasarelas entrecruzadas llenas de estudiantes, que llegaban hasta abajo al árbol del kapok.

—Todo esto es gracias a ti, Oliver —dijo el Profesor Amatista—. A causa de tus heroicas acciones, de tu voluntad de poner todo por encima de ti mismo, la Esfera de Kandra ha vuelto. La escuela ahora es más fuerte de lo que lo jamás había sido.

Oliver sintió sus mejillas sonrojadas. ¿Por qué le mostraba esto el profesor?

—Es precisamente esta la pureza de corazón que necesitas para enfrentarte a este próximo viaje —explicó el profesor. Sus ojos brillaban con intensidad.

Oliver asintió. Lo comprendía. El profesor quería que sintiera –realmente, que sintiera de verdad-lo que hacía falta, para atravesar el portal; recordarle exactamente lo que estaba en juego y dónde se encontraba su corazón.

Pero Oliver no estaba del todo de acuerdo con lo que le acababa de decir el profesor. Solo no hubiera logrado su anterior misión. Había tenido a sus amigos.

Sin que ellos le recordaran lo que era importante, nunca habría tenido éxito en la última misión por salvar a Sir Isaac Newton y rescatar la Esfera de Kandra.

—No lo hice solo —le dijo Oliver al profesor, con un poco de indecisión.

Para sorpresa de Oliver, apareció de repente una amplia sonrisa en la cara del director.

—¡Exactamente! —Chasqueó los dedos, como si acabara de ganar una competición—. Exactamente por eso lo he organizado todo para que te embarques en esta misión con otros.

Oliver abrió los ojos como platos por la sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes?

Ester lo había acompañado en su última misión, y ahora yacía moribunda en el ala médica. Ralph también había ido en su ayuda y casi se ahoga en el Río Támesis por sus problemas. Llevar a la gente atrás en el tiempo era muy peligroso. Oliver odiaba pensar en poner a alguno de sus otros amigos en peligro.

Oliver oyó el ring del ascensor desde la otra punta del pasillo. Echó un vistazo cuando se abrieron las puertas.

Se le alegró el corazón al reconocer a quienes estaban saliendo. Eran Hazel Kerr, con el pelo color de dulce de azúcar y mantequilla recogido en un moño alto, y Walter Stroud, que llevaba una camiseta retro de un juego de ordenador, el color amarillo vivo complementaba su oscura piel. Eran dos de sus amigos más cercanos. Pensar en que ellos le acompañarían en esta misión era muy reconfortante.

Pero mientras sus dos amigos íntimos iban andando hacia él, Oliver vio que una tercera persona salía por las puertas. Esta persona era desconocida para Oliver.

Era un chico alto con la piel bronceada y el pelo oscuro y ondulado que le caía hasta la barbilla.

—¿Quién es ese? —le preguntó Oliver al profesor.

—Dejaré que se presente él mismo —respondió el director.

Los tres estudiantes llegaron hasta Oliver. Hazel le dio su golpe de hombro de costumbre. Walter le dio golpecitos en la espalda, como hacía a menudo. Oliver hizo un saludo con la cabeza a los dos, agradecido por tenerlos a su lado. Pero dirigió su mirada al tercer estudiante, al que no conocía.

—Me llamo David Mendoza —dijo el chico, ofreciendo la mano a Oliver para que se la diera—. Soy de segundo curso.

—Ah —respondió Oliver, dándole la mano—. ¿Vas a venir conmigo?

El profesor habló más alto.

—David está altamente entrenado en el combate. El mejor de la escuela. Quiero que tengas protección en tu viaje. Piensa en él como la fuerza para el cerebro de la Señorita Kerr y el corazón del Sr. Stroud. Con estos tres compañeros a tu lado, tendrás las mejores posibilidades de triunfar.

Oliver asintió. Confiaba en el Profesor Amatista –su mentor todavía no lo había decepcionado-pero no conocía de nada a David Mendoza. No sabía si podía confiar en él.

—Aquí tienes algunas cosas que necesitarás —continuó el profesor. Sacó un amuleto del bolsillo—. Es un amuleto de zafiro. Puedes usarlo para ver cómo está Ester. Él te la mostrará.

Se lo pasó a Oliver.

Oliver miró la extraña joya negra con el ceño fruncido. Solo podía distinguir la hermosa cara de Ester Valentini brillando en su superficie, como si la hubieran dibujado con carbón. Tenía los ojos cerrados y parecía gravemente enferma. A Oliver le dolía el corazón al verla.

—¿Esto es a tiempo real? —preguntó Oliver.

El director asintió.

—Sí. Te ayudará a mantener tu corazón puro. Si alguna vez dudas, mira el amuleto y recuerda por qué estás en ese viaje.

Oliver se puso el valioso amuleto alrededor del cuello. Lo guardaría como un tesoro, su conexión con Ester.

A continuación, el Profesor Amatista le pasó un cetro enjoyado. Oliver lo miró con asombro. Tenía un tubo interior hueco por el que corría arena y no importaba las veces que Oliver girara el cetro, la arena continuaba corriendo en la misma dirección y a la misma velocidad, como si estuviera encantado.

—¿Qué es esto? —preguntó Oliver.

—Cuando golpees el cetro, este creará una luz brillante que causa ceguera temporal. Así que úsalo sabiamente. La arena de dentro te muestra lo que le queda de vida a Ester.

Oliver se quedó sin aliento, el miedo se apoderó de él. Una sensación nauseabunda lo recorrió mientras observaba el cetro.

El director lo cogió por los hombros, interrumpiendo sus pensamientos.

—No solo se trata de Ester —explicó—. Ella está destinada a morir. Tú cambiarás el destino para salvarla. Como tú bien sabes, esto tendrá un efecto colateral. Habrá otros cambios que no podemos prever. Pero yo he mirado a través de muchas líneas temporales y, si Ester muere, el resultado será peor.

A Oliver le dio un vuelco el estómago.

—¿Qué quiere decir?

—Su vida está unida a la escuela, Oliver. Su muerte tendrá una reacción en cadena a través del tiempo. Pero no puedo decir nada más específico que esto.

Sabes que no puedo revelar lo que he visto en líneas temporales alternas.

Oliver lo entendía. Pero pensar que aquí había más en juego que Ester le causaba una gran ansiedad. De algún modo, la escuela también estaba en peligro.

Miró de nuevo el temporizador de arena que había dentro del cetro. Cada segundo que pasaba permitía que otro granito de arena se colara.

—Del mismo modo, también pasará si sobrevive —continuó el profesor—. El Elixir no solo curará a Ester, también permitirá a todos los videntes viajar a momentos difíciles en el tiempo y regresar a salvo, para cumplir misiones urgentes según sea necesario. Este tipo de viaje ilimitado en el tiempo es arriesgado. Así que ahora ya ves, Oliver, por qué esto es tan importante.

Oliver sintió que los nervios le subían a la garganta y la apretaban como si la estrujara una boa constrictor. Había mucho más en juego de lo que él había pensado.

Miró a Walter y Hazel, sus mejores amigos, y después a David, su nuevo compañero. Finalmente, miró al Profesor Amatista.

—No le decepcionaré —dijo.

El Profesor Amatista asintió con rotundidad. Le dio un golpecito en el hombro.

—Entonces quizás ahora sea el momento de decir adiós.

Oliver asintió.

—Sí. Pero primero, necesito ver a Ester.

—Por supuesto.

El profesor guió a Oliver hasta el ascensor y este los llevó hasta el ala del hospital. Al entrar, Oliver examinó la sala en busca de Ester. Cuando la encontró, vio que había una persona encorvada a su lado. Se le tensó el pecho. Era Edmund.

Edmund se giró bruscamente cuando Oliver se acercó. Le lanzó una mirada asesina y, a continuación, se puso de pie de un salto, furioso.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó Edmund al profesor, señalando con un dedo acusatorio a Oliver—. Él es la razón por la que Ester está en este estado.

Sus palabras atravesaron a Oliver como un rayo de dolor. Era cierto. Para empezar, que Ester contrajera la enfermedad del viaje en el tiempo fue culpa suya.

Pero el Profesor Amatista negó con la cabeza.

—Ester sabía que se estaba muriendo incluso antes de marcharse a Inglaterra —

le dijo a Edmund—. Oliver no tuvo nada que ver con eso.

Oliver no acababa de creer al profesor. Ester le había dicho lo mismo, pero él aún sentía que le estaban mintiendo para hacerle sentir mejor y que no se culpara a sí mismo. ¿De qué otra forma Ester podría haber contraído la enfermedad del viaje en el tiempo sino por su viaje atrás en el tiempo con él? No añadieron nada más.

Mientras Edmund estaba allí echando humo, Oliver se dio cuenta de que tenía las manos apretadas en puños. Sabía que Edmund también

quería a Ester. Debía de haber sido más fácil para él culpar a alguien de su problema, especialmente si ese alguien era Oliver, a quien ya odiaba.

—No le creo —replicó Edmund—. Ella estaba bien antes de ir a esa misión con Oliver. Ahora está así —Dejó caer el brazo hacia donde Ester yacía muy quieta, con los ojos cerrados—. ¿Y aún confía en Oliver para que le salve la vida?

Su mirada mostraba rabia.

Oliver casi no podía creer que Edmund estuviera hablando al Profesor Amatista de ese modo. Era su venerado profesor, ¡y Edmund estaba discutiendo con él como un niño con sus padres!

Pero lo que era aún más sorprendente era que el Profesor Amatista se lo permitiera. Cualquier otro estudiante, en cualquier otra circunstancia, seguramente sería castigado por comportarse de una manera tan brusca y enfadada. Esto solo sirvió para que Oliver tomara conciencia de lo excepcionalmente desesperada que era la situación de Ester ahora mismo.

El Profesor Amatista observó a Edmund con calma.

—El corazón de Oliver es puro —explicó—. Sus sentimientos hacia Ester son puros. Los tuyos, me temo, Edmund, no lo son.

Edmund se sonrojó.

—¿Cómo se atreve a decir eso? ¡Yo también la quiero! ¡La quería mucho antes de que él pusiera un pie en la escuela! Yo podría hacer esta misión tan bien como Oliver. Mejor, incluso.

Pero el director simplemente dijo que no con la cabeza.

—Lo siento, pero eso no es verdad. Solo hay una persona que tiene posibilidades de lograrlo. Y ese es Oliver.

Edmund se quedó quieto durante un instante más, mirando con furia del director a Oliver. Después dio un golpe fuerte con el pie y salió hecho una furia, empujando a Oliver con el hombro al pasar. El ruido de gemidos ahogados llenó el ala del hospital mientras él se iba a toda prisa.

Oliver observaba cómo se iba. No podía evitar sentir lástima por Edmund. Él también estaría hecho polvo si Ester no hubiera

correspondido a su cariño.

Sin Edmund allí, Oliver dirigió su atención al cuerpo dormido de Ester. Se acuclilló a su lado y le cogió la mano. Tenía la piel fría, como si no fuera capaz de producir suficiente calor corporal. La apretó.

Para sorpresa de Oliver, notó que ella también lo apretaba. Oliver aguantó la respiración. ¡Estaba despertando!

En ese momento, los párpados de Ester empezaron a temblar. Un pequeño gemido escapó de su garganta.

—Estoy aquí —murmuró Oliver—. ¿Ester?

Oliver podía ver que sus ojos se estaban moviendo bajo los párpados. Era evidente que se estaba esforzando por abrirlos.

Después, por fin, como si le costara un gran esfuerzo, abrió los párpados y Oliver se quedó mirando fijamente sus hermosos ojos color verde esmeralda.

Ella lo observaba en silencio. La más pequeña de las sonrisas tiró de las esquinas de sus labios. A continuación, con un suspiro, sus párpados cayeron de nuevo. Se había vuelto a quedar dormida.

—No te decepcionaré, Ester —susurró Oliver, sintiendo que su voz hacía gallos por la emoción—. No dejaré que te mueras.

CAPÍTULO DOS

Christopher Blue estaba sentado empapado y temblando en el despacho de paredes negras de la Señorita Obsidiana. Su pelo rubio oscuro colgaba de su cabeza en unos tirabuzones mojados. Había traído con él el mal olor del Río Támesis y toda la habitación apestaba por ello.

Todos los demás Obsidianos estaban sentados alrededor de la mesa con gesto abatido, los brazos cruzados y fulminándolo con la mirada. La mirada de Malcolm Malice era la mirada más irascible de todas, el tipo de mirada que podía convertirte en piedra.

Era obvio que Malcolm culpaba a Chris de su fracaso en el año 1690.

Con una dolorosa puñalada de frustración, Chris recordó el momento en el que casi había matado a Oliver a orillas del Río Támesis. ¡Tenía la mano alrededor de su tobillo y lo único que tenía que hacer era

arrastrarlo a las profundidades del agua! Pero de algún modo su hermano había logrado escapar de su agarre y deslizarse a través del portal.

La puerta se abrió de golpe, arrancando a Chris de sus reflexiones. La Señorita Obsidiana entró tranquilamente, con su negra capa alzada tras ella.

Chris la observaba con cauteloso recelo mientras se dejaba caer en su asiento pesadamente y echaba un vistazo a cada par de ojos con una mirada penetrante.

La tensión en la habitación aumentaba con cada segundo de silencio.

Finalmente, habló:

—Me habéis decepcionado.

Recorrió a Chris con la mirada. Él se sentó más recto, más erguido y hundió las mejillas. Se preparó para su reprimenda.

Pero, ante su sorpresa, pasó de largo de él y se concentró en su lugar en Malcolm.

—Tú más que nadie, Malcolm Malice —Su tono era frío como el hielo.

—¿Yo? —exclamó Malcolm. Lanzó un brazo hacia Chris—. ¡Fue él el que dejó que Oliver escapara con la Esfera de Kandra! Si hay que culpar a alguien, es a él.

Él era nuestro líder.

—Se suponía que tú tenías que dirigir —replicó la Señorita Obsidiana.

—Usted dijo que debía dirigir el más fuerte —protestó Malcolm.

La Señorita Obsidiana dio un golpe fuerte con las manos sobre la mesa para callarlo.

—¡Tú deberías de haber sido el más fuerte, Malcolm! ¡Tú! ¡Un vidente preparado! ¡A Christopher le acabábamos de infundir sus poderes, sin embargo, tan solo después de unas horas, su fuerza superó a la tuya!

Chris sintió que el pecho se le hinchaba con orgullo. Siempre había sospechado que era especial. La cara de vergüenza en el rostro de Malcolm era algo que valoraría para siempre.

Pero, de golpe, la Señorita Obsidiana dirigió su mirada hacia él.

—Ya puedes borrar esa sonrisita de tu cara, Christopher Blue —gritó —. A ti te tengo guardado más.

Chris notó que su pulso llegaba a su punto máximo por la ansiedad.

Rápidamente cambió su gesto hacia una expresión neutra.

—Sí, señora —gimió, su mente dando vueltas a todos los posibles castigos que ella iba a infligir con toda seguridad.

La Señorita Obsidiana lo clavó en su asiento con su mirada fría y cruel, y continuó en el mismo tono firme.

—Yo te he infundido la más poderosa magia negra. Tienes mucho potencial.

Pero tienes que entrenar.

Chris parpadeó conmocionado. A su alrededor, oía el ruido de los otros estudiantes obsidianos revolviéndose en sus asientos. Las palabras de la Señorita Obsidiana les cogieron a todos por sorpresa.

—¿Entrenarlo? —soltó Malcolm—. ¿Y qué tal castigarlo?

La Señorita Obsidiana ignoró su arrebato. Su mirada seguía fijada en Chris.

—¿Entrenar? —repitió Chris.

—Sí. Como es debido. Tus poderes son demasiado como para que cualquiera de los profesores de la Escuela de los Obsidianos puedan manejarlos.

La directora chasqueó los dedos y la puerta de detrás suyo se abrió de golpe. Un hombre entró en el despacho. Iba vestido con una larga túnica negra que cubría la totalidad de su rostro y también todo su cuerpo. Las únicas cosas que se veían eran sus brillantes ojos azules, los ojos azul chillón de un vidente canalla.

—Este es tu nuevo entrenador —le dijo la Señorita Obsidiana a Chris —. El Coronel Caín.

Chris reconoció al hombre al instante. Era uno de los luchadores del ejército oscuro que había luchado contra la Hermana Judith junto a él en la Inglaterra de los años 1690.

Su corazón empezó a latir con fuerza. Se sentía mareado por la emoción. Unos segundos atrás esperaba un duro castigo, ¡pero ahora en su lugar descubría que lo entrenaría un soldado del ejército oscuro! Era un cambio bastante grande el que tenía que hacer su mente.

A pesar de todos sus intentos por mantener un gesto inexpresivo, Christopher sintió que una sonrisa aparecía en la comisura de sus labios. Cuando estuvo en Inglaterra en los años 1690, luchando junto al ejército oscuro, había sentido una llamada hacia ellos, una especie de señal que le decía que él encajaba mucho más en el ejército que en la escuela obsidiana. Ahora su deseo se estaba haciendo realidad.

—Será extremadamente duro —gritó la Señorita Obsidiana, forzando su atención de nuevo hacia ella y alejándolo de su pensamientos.

Chris asintió apresuradamente varias veces y habló con voz rápida:

—Lo entiendo. Trabajaré duro para usted, señora.

La directora se quedó parada, sus labios fruncidos en una fina línea mientras lo observaba durante un par de segundos.

Chris notó que se le retorcían las entrañas. La Señorita Obsidiana tenía ese efecto en la mayoría de las personas. Por extraño que pareciera, su miedo por ella no hacía más que incrementar su admiración y deseo de complacerla.

—Más te vale —dijo por fin, colocándose de nuevo en su trono—. Pues no habrá una tercera oportunidad.

Las palabras golpearon a Chris como un rayo. No necesitaba que la Señorita Obsidiana le explicara lo que eso significaba. Había fallado una vez. Esta era su última oportunidad para demostrarle lo que valía. Si volvía a fracasar, se acababa.

Por el rabillo del ojo, veía que el aviso –no, mejor dicho, la amenaza- de la Señorita Obsidiana había convertido la mirada fulminante de Malcolm Malice en una malvada sonrisa de placer. La visión de su estúpida cara hizo que la determinación creciera en el estómago de Chris.

—No la decepcionaré —dijo Chris contundentemente, con la atención dirigida a la Señorita Obsidiana como un dardo a una diana—. Cueste lo que cueste. Me mande donde me mande. Sea quien sea quien usted quiera que mate. Lo haré.

La Señorita Obsidiana levantó la barbilla, con la mirada clavada en la suya.

Chris vio el brillo que había detrás de sus ojos que le decía que creía en él.

Se le quitó la tensión en su pecho. Se sentó un poco despatarrado en su silla, agotado por el estrés de todo aquello, pero aliviado por saber que tenía fe en él.

Su aprobación lo significaba todo para Chris.

—Bien —dijo la Señorita Obsidiana asintiendo bruscamente con la cabeza una vez—. Porque no hay tiempo que perder.

Se inclinó hacia delante apoyándose en sus codos y pasó la mano por encima de el cuenco de las visiones que estaba en la mesa que tenía enfrente. Era su artilugio para espiar, el que usaba para vigilar a sus rivales en la Escuela de Videntes de Amatista. Normalmente había una imagen dentro, pero esta vez no había nada a excepción de un manchón borroso, como una nube oscura de tormenta.

—Desde vuestras correrías fallidas en la Inglaterra de los años 1690, la Escuela de Videntes de Amatista se ha fortalecido aún más —explicó —. Ya no puedo ver dentro. Pero no os preocupéis. Tengo gente trabajando para nosotros desde dentro.

—¿Se refiere a un topo? —preguntó Madeleine, la vidente pelirroja.

Era la primera vez que alguno de los estudiantes obsidianos a excepción de Malcolm o Chris se había atrevido a hablar.

La Señorita Obsidiana la miró y sonrió.

—Sí.

Madeleine parecía encantada. Aplaudió.

—Qué emocionante. ¿Quién es? ¿Un estudiante? ¿Un profe…?

Pero antes de que Madeleine pudiera acabar su frase, la Señorita Obsidiana movió la mano en el aire simulando el movimiento de cerrar algo con cremallera. En un abrir y cerrar de ojos, los labios de Madeleine desaparecieron, dejando solo una capa carnosa donde tenía la boca.

Chris se encogió de miedo en su asiento. La visión de Madeleine sin

boca le perturbaba. Pero lo que le perturbaba aún más era por qué la Señorita Obsidiana había decidido exhibir sus poderes de ese modo. Chris se dio cuenta de que era una advertencia. Una advertencia para él. Esto, o algo parecido, era el destino que le esperaba si metía la pata en la misión.

Madeleine tenía los ojos abiertos como platos por el susto mientras apretaba las manos contra la boca. Ahora su voz no era más que un ruido ahogado.

—¿A alguien más le apetece interrumpir? —preguntó la Señorita Obsidiana, recorriéndolos a todos con su mirada fulminante.

Todos se quedaron callados.

La directora continuó como si no hubiera pasado nada.

—Las fortificaciones que tapan mi habilidad para ver solo abarcan los terrenos de la escuela. Lo que significa que en el segundo en el que Oliver Blue traspase los límites de la escuela, podré seguirlo de nuevo.

Al oír el nombre de su hermano, Chris se incorporó y se puso más erguido en su asiento. Su deseo de matar a ese mocoso de una vez por todas creció aún más en su interior, aumentando hasta un extremo asesino que resonaba en sus oídos como un tambor tribal.

—Y en el segundo en el que lo haga —continuó la Señorita Obsidiana, con voz maliciosa—, os mandaré a vosotros tras él.

Dio un puñetazo sobre la mesa y todos pegaron un salto. Pero su mirada solo estaba clavada en la de Christopher.

Tragó saliva mientras la intensidad de su mirada quemaba en su interior.

Su voz se hizo más fuerte, más seria, más ansiosa.

—Esta vez, no fallaremos. No podemos fallar —Sus ojos brillaban con maldad.

Se puso de pie y levantó un puño al aire—. Esta vez, mataremos a Oliver Blue.

CAPÍTULO TRES

Dejar la Escuela de Videntes siempre era difícil para Oliver. No solo porque esto suponía dejar atrás a los amigos y profesores que adoraba,

sino porque la escuela estaba situada en 1944, justo en mitad de la guerra, y eso significaba que marcharse de allí era siempre arriesgado.

Oliver oyó que Hazel silbaba a su lado. La miró y vio que estaba mirando fijamente alrededor a la fila de ruidosas fábricas, todas construyendo cosas por el esfuerzo de la guerra. Sus altas chimeneas escupían humo al aire. Las escaleras de incendio de acero estaban colocadas en zigzag en sus exteriores. Unos pósteres grandes adornaban cada edificio, instando a los hombres a unirse a la guerra contra el telón de fondo de banderas americanas. Unos peculiares coches negros que parecían directamente sacados de una película de gánsteres circulaban sin prisa pero sin pausa.

—Había olvidado cómo era el mundo fuera de la Escuela de Videntes —dijo Hazel—. Hace mucho tiempo.

Como el resto de los estudiantes, Hazel había abandonado su antigua vida para formarse y convertirse en vidente, para participar en importantes misiones de viaje a través del tiempo para mantener en orden la historia. Esta era su primera misión. Oliver entendía por qué parecía tan abrumada.

Walter se acercó a su lado, quedándose en la acera mientras el tráfico pasaba zumbando.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó.

David se acercó también a su lado. Él llevaba el cetro; Oliver pensó que tenía más sentido que guardara el arma el luchador que había entre ellos. Veía que la arena corría dentro del tubo hueco que tenía dentro. Saber que el tiempo estaba pasando para ellos le mandó un sobresalto de pánico.

—Debemos encontrar el portal —dijo Oliver con urgencia.

Rápidamente, sacó su brújula del bolsillo. Su guía, Armando, le había dado el

artilugio especial. Había pertenecido a sus padres. Junto a un cuaderno de los viejos apuntes de clase de su padre, era el único vínculo que tenía con ellos. Le había ayudado en una misión anterior y Oliver estaba seguro de que le ayudaría ahora. Aunque nunca los había conocido, Oliver sentía que sus padres siempre le estaban guiando.

Los símbolos, cuando se interpretaban correctamente, le mostraban el

futuro.

Podía usarla para guiarlos al portal.

Miró la brújula. La manecilla principal, la más gruesa de todas, señalaba directamente al símbolo de una puerta.

Oliver pensó que eso era muy sencillo de entender. Su misión era encontrar el portal y eso, sin duda, estaba representado por el símbolo de la puerta.

Pero cuando miró de cerca las otras manecillas de oro, cada una señalando a símbolos que parecían jeroglíficos egipcios, se hizo un poco más difícil averiguar el significado que la brújula intentaba mostrarle. Una imagen parecía un piñón. Otra parecía ser un búho. Un tercer símbolo se identificaba fácilmente como un perro. Pero ¿qué significaban todos ellos?

—Un piñón. Un búho. Un perro… —reflexionó Oliver en voz alta. Entonces, de repente, se dio cuenta. Cuando se percató de a donde le dirigía, dijo con la voz entrecortada: —¡La fábrica!

Si había interpretado correctamente la brújula, le dirigía a un lugar que a Oliver le resultaba muy familiar. La fábrica de Armando Illstrom, Illstrom's Inventions.

La fábrica no estaba muy lejos de allí. El piñón podía representar la máquina en la que trabajaba, el búho era por los pájaros mecánicos voladores que se acurrucaban en sus vigas y el perro podía representar a Horacio, el sabueso de confianza del viejo inventor.

Oliver no estaba seguro de si su interpretación era correcta, pero sin duda parecía creíble que el portal pudiera estar en algún lugar dentro de los límites de la fábrica. No podía evitar sentirse emocionado ante la expectativa de volver a ver a su viejo héroe. Daba la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que Oliver había puesto un pie en la fábrica mágica.

—Por aquí —les dijo a los demás, señalando en la dirección en la que sabía que estaba la fábrica.

Empezaron a caminar, pasando por delante de una fila tras otra de fábricas de munición de tiempos de guerra. Trabajadores vestidos con monos marrones y beige entraban y salían en fila por las puertas de acero pesado, también muchas mujeres. Cada vez que se oía una puerta, los ruidos de sierras, taladros y maquinaria pesada crecían.

—Espero que Ester no esté sufriendo mucho —dijo Hazel mientras avanzaban.

Solo mencionar su nombre lanzaba flechas de angustia al estómago de Oliver.

—Están cuidando de ella —respondió Walter—. El hospital de la Escuela de Videntes es el mejor del universo.

David se acercó al lado de Oliver. Le sacaba por lo menos una cabeza a Oliver y se había recogido su pelo negro, que le llegaba por la barbilla, en una pequeña cola. Con su vestimenta totalmente blanca y el cetro colgado en la espalda, se parecía un poco a un ninja.

—¿Por qué estás conmigo en esta misión? —le preguntó Oliver.

En cuanto lo hubo dicho, se dio cuenta de que su tono había sido muy directo.

No había sido su intención, simplemente estaba confundido. Llevar a un extraño a la misión añadía otro nuevo nivel de incertidumbre.

David lo miró, con una expresión neutra. Tenía un aire serio.

—¿No te lo contó el Profesor Amatista?

Oliver negó con la cabeza.

—En realidad no. Solo dijo que eras un buen luchador.

David asintió lentamente. Su cara continuaba inexpresiva, de un modo que a Oliver le recordaba a un soldado entrenado—. Me han mandado como tu guardaespaldas personal.

Oliver tragó saliva. ¿Guardaespaldas? Él sabía que ir a misiones de viajes en el

tiempo era peligroso, pero tener guardaespaldas parecía un poco desmesurado.

—¿Por qué necesito un guardaespaldas? —preguntó.

David frunció los labios.

—No me han contado todos los detalles. Pero el Profesor Amatista fue bastante claro acerca de mis instrucciones para esta misión. Mantenerte con vida. Hacer todo lo necesario.

Su explicación le sirvió poco de consuelo a Oliver. El Profesor Amatista nunca había considerado que necesitara protección extra, ¿por qué ahora? ¿Qué era tan peligroso en esta misión en particular?

Pero ¿quién era él para dudar de cómo dirigía el director? El Profesor Amatista era el vidente más poderoso de todos, tenía siglos de edad, y había visto evolucionar muchas líneas temporales. Sabía qué era lo mejor. Si el extrañamente militarista David Mendoza era parte de eso, entonces Oliver tenía que aceptarlo.

Mientras caminaban dando largos pasos por las calles, Oliver dirigía su atención una y otra vez al tubo hueco de dentro del cetro. La arena ya se había movido visiblemente, indicando que el tiempo ya se estaba colando. Pensar que a Ester se le estaba terminando el tiempo hizo que una descarga de dolor le apuñalara el corazón.

No había tiempo que perder. Tenía que llegar al portal.

Aceleró el paso.

El cielo empezaba a oscurecer cuando llegaron a la calle en la que estaba situada la fábrica. Pero antes de que Oliver tuviera ocasión de caminar directamente hacia allí, Hazel lo detuvo poniéndole suavemente la mano en el brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Hazel señaló a la brújula que Oliver tenía en las manos.

—Las manecillas de la brújula, han cambiado todas de repente.

Con el ceño fruncido, Oliver se acercó la brújula a la cara para interpretarla mejor.

Todos se amontonaron para poder mirar también. Algunas de las manecillas habían cambiado de posición, aunque la manecilla principal continuaba señalando decididamente a la puerta.

—Todavía nos lleva hasta el portal —explicó Oliver—. Pero parece que ahora quiere que vayamos por otro camino.

Entrecerró los ojos, intentando descifrar los símbolos y lo que le mostraban ahora.

—No lo entiendo —murmuró frustrado—. Ahora señala a un árbol, una pared de ladrillos, una llave y… —Puso la brújula del revés para

intentar encontrarle el sentido al último símbolo— …¿una boca de incendio?

—Oh —se oyó la voz de Hazel—. ¿Quieres decir como estas?

Oliver levantó la cabeza de inmediato y vio que Hazel señalaba al otro lado de la calle. En efecto, había una boca de incendio delante de un gran roble. Un poco por detrás de ellos, había una pared alta de ladrillos rojos. En la pared había una puerta vieja de madera con el ojo de la cerradura grande y oxidado.

Oliver se quedó sin respiración. La brújula debió de haberlo dirigido hacia la fábrica para llevarlo hasta este lugar concreto.

—¿Piensas que la puerta es el portal? —preguntó Hazel.

Oliver se volvió a meter la brújula en el bolsillo.

—Solo hay un modo de averiguarlo.

Llevó a los demás al otro lado de la calle hasta la puerta. Alzaron la mirada hacia ella. Parecía completamente normal. Sin ninguna señal de que fuera un portal.

Walter probó el pomo.

—Está cerrada con llave.

Entonces la inspiración le vino como un rayo a Oliver. Recordó el símbolo de la llave en la brújula. Se agachó y colocó su ojo en el ojo de la cerradura para mirar a través.

Al otro lado, un vórtice lila y negro giraba en remolino, con unos rayos de un blanco brillante que se bifurcaban y golpeaban su superficie.

Estupefacto, Oliver dio un grito ahogado y se encogió hacia atrás de forma tan violenta que cayó justo sobre su trasero.

—¿Qué viste? —preguntó Hazel, agarrándole el brazo para parar la caída.

David le cogió del otro brazo con la misma rapidez.

—Un portal… —tartamudeó Oliver—. Ese es el portal.

Mientras David y Hazel ayudaban a Oliver a ponerse de pie, Walter

fue corriendo a toda prisa emocionado hacia el ojo de la cerradura y miró dentro.

Cuando se giró para mirarlos, tenía una amplia sonrisa en la cara.

—¡Esto es una locura! —exclamó.

Él siempre era el más entusiasta de los amigos de Oliver, aunque también era propenso a los ataques de mal genio. Hazel era la lista. Ella había ayudado a Oliver a desactivar la bomba atómica de Lucas.

Hazel se apresuró a ser la siguiente en mirar por el ojo de la cerradura. Pero cuando se dio la vuelta, su expresión era bastante diferente a la de Walter.

—Parece un poco aterrador.

Oliver asintió lentamente. Se sentía igual que Hazel. Las luces lilas que daban vueltas en remolino y el largo túnel interminable eran más que intimidatorios.

Pensar en entrar allí lo aterrorizaba. Ya había atravesado los suficientes como para saber lo extraño y desagradable que resultaba viajar a través de un portal.

Pero sabía que no le quedaba elección. Tenía que ser valiente por Ester y por la escuela.

—¿Y cómo entramos? —preguntó David, agitando el pomo.

A diferencia de los demás, no parecía interesado en mirar el portal a través del ojo de la cerradura.

—Necesito intenciones puras —explicó Oliver—. Eso me conectará a donde sea que tenga que ir —Miró a sus amigos que estaban tras él—. Y todos me seguiréis.

Oliver sabía que existía un modo de asegurarse de que sus intenciones eran puras. Miró en el amuleto de zafiro.

En la superficie del reluciente ónix negro, podía ver que Ester estaba durmiendo.

Estaba igual de guapa que siempre. Pero parecía preocupada, como si estuviera sufriendo un dolor terrible.

A Oliver le dio una sacudida el corazón. Tenía que salvarla.

—Estoy preparado —dijo.

Cogió el pomo y lo giró. Pero la puerta estaba atascada.

—¡No funcionó! —dijo Oliver.

Su pecho palpitaba. ¿Sus intenciones no eran lo suficientemente puras después de todo? La duda empezó a apoderarse de él. Quizá el Profesor Amatista había cometido un error mandándolo a esta misión. Quizá no tenía un corazón suficientemente puro a fin de cuentas.

—Déjame probar —dijo Hazel—. Ester también es mi amiga.

Ella también agitó el pomo. Pero no se abrió.

Walter fue el siguiente en probar. Él también fracasó.

A Oliver se le cayó el estómago a los pies. ¡No podían caer en el primer obstáculo! Y el reloj haciendo tictac dentro del tubo hueco del cetro era un recordatorio constante de que el tiempo de Ester era finito, de que estaban en una carrera por salvarla. Tenían que darse prisa.

Justo entonces, David dio un paso adelante. Oliver sabía que David, que no tenía para nada ninguna intención hacia Ester, pues no la conocía, no podía ser de ninguna manera el que abriera la puerta al portal. Pero se habían quedado sin opciones, así que él también podía probar.

David parecía contemplativo mientras examinaba la puerta de madera que tenía delante, inclinando la cabeza de izquierda a derecha. Después dio un par de pasos hacia atrás, clavó los pies firmemente en el suelo y le dio una fuerte patada a la puerta con la suela de su bota. Usó la fuerza de un boxeador.

Para sorpresa de todos, la puerta se abrió de golpe.

El portal giraba delante de ellos, una bestia enorme y rugiente como un violento remolino agitado. Oliver soltó un grito ahogado cuando una enorme ráfaga de viento parecía intentar tragárselo hacia dentro.

Pero incluso ahora con acceso, no podía deshacerse de la sensación de ser un fracaso. ¿Por qué la puerta no se había abierto para él? ¿Por qué David?

Echó un vistazo, con el pelo volando delante de su cara, al chico que

el Profesor Amatista había mandado con él a esta misión.

—¿Por qué funcionó para ti? —preguntó Oliver por encima del rugido del viento.

—Porque —respondió Davis gritando— imaginé que si el portal solo te lleva a donde tienes que ir con intenciones puras, quizá la puerta del portal solo se abre para alguien con la intención pura de abrirla. Tú estás completamente centrado en Ester, en el destino. Pero mi concentración está en ayudarte en cualquier cosa que deba. Así que mi intención pura era abrirte la puerta.

Sus palabras impactaron profundamente a Oliver. ¿Así que la única intención de David en esta misión era ayudarle? Su habilidad para abrir la puerta había demostrado su lealtad. Por eso el Profesor Amatista lo había mandado.

—Ahora te toca a ti, Oliver —dijo Hazel—. Te toca demostrar tus verdaderas intenciones.

Oliver lo entendió. La motivación entró rápidamente en sus venas mientras cogía de nuevo el amuleto y se concentraba en Ester durmiendo dentro. El corazón le dio una sacudida.

El viento daba vueltas.

Miró de nuevo a sus amigos.

—Allá vamos.

Saltaron.

CAPÍTULO CUATRO

Chris estaba en el campo fangoso en la sombra de la Escuela Obsidiana de Videntes. Estaba cubierto de barro hasta la cintura. La lluvia caía sobre él de forma torrencial.

—Otra vez —exigió el Coronel Caín. Sus inquietantes ojos azules destellaban.

Chris apretó los dientes. Estaba agotado. Había estado dando vueltas corriendo durante lo que parecían horas. Pero entonces recordó su misión –matar a Oliver-y su motivación regresó.

Su riguroso entrenamiento para el combate había empezado de inmediato. Y

mientras, por una parte, estaba emocionado por ser el único vidente que existía en poseer el poder de la materia oscura, los entrenamientos de buena mañana le estaban destrozando el entusiasmo.

Chris siempre había sido un chico fornido –prefería picotear que hacer deporte-y todas las horas corriendo en el barro y la lluvia mientras le vociferaban órdenes a la cara le estaban agotando. Y, aún así, a pesar de todas las dificultades, su motivación no hacía más que crecer. Mataría a Oliver. En la próxima misión, no lo dejaría escapar.

Empezó a correr de nuevo, su pecho se movía agitadamente. Tenía un fuerte dolor en el costado, pero lo ignoró y continuó. Por el rabillo del ojo veía que el Coronel Caín lo estaba observando, sus ojos azules brillaban incluso a través de la lluvia torrencial.

Justo entonces, avistó una silueta que estaba en una de las ventanas de los dormitorios de la Escuela de los Obsidianos. Supo de inmediato que era Malcolm Malice. Sonrió con satisfacción, lleno de orgullo de que Malcolm le estuviera observando. Sabía que Malcolm estaba celoso de sus poderes y de la atención especial que estaba recibiendo. A Malcolm le hubiera encantado que le entrenara el ejército oscuro. Todavía estaba resentido por su misión fallida y por caer en desgracia a ojos de la Señorita Obsidiana.

Mientras corría, resbalando y patinando sobre la hierba embarrada, Chris recordó

de nuevo aquel momento a orillas del Río Támesis en el que tuvo cogido el tobillo de Oliver con la mano durante un instante y, a continuación, lo había perdido de repente y Oliver había desaparecido a través del portal. Chris estaba decidido a no permitir que eso volviera a suceder. La próxima vez que se encontrara cara a cara con Oliver, acabaría con él. Entonces conseguiría todo el prestigio de todos los Obsidianos y Malcolm Malice se quedaría sin nada.

Chris se percató de que el cielo estaba oscureciendo. Giró la esquina y volvió corriendo hacia el Coronel Caín. Había estado entrenando desde el amanecer, sin parar ni para comer. El coronel era como un sargento instructor. Pero no importaba lo duro que fuera el entrenamiento, Chris nunca se quejaba. Incluso ahora, que su respiración consistía en jadeos intensos y roncos, no dejaría que el hombre viera el dolor en su cara. El Coronel Caín era duro, sí, pero era admirable. Chris lo respetaba de un modo que nunca lo había hecho con su padre.

Llegó hasta el Coronel Caín. A través de la túnica oscura del hombre, Chris veía que miraba hacia abajo detenidamente con los ojos sobrenaturales y brillantes de un vidente canalla.

El Coronel Caín apretó el botón de arriba de su cronómetro.

—¿Qué tal lo hice? —preguntó Chris.

—Estás yendo más lento —fue la respuesta del coronel, con una voz imponente y estruendosa.

—Tengo hambre —respondió Chris, colocando las manos sobre sus rollizas caderas—. ¿Cuándo vamos a parar para comer?

El coronel entrecerró sus brillantes ojos azules. Parecía furioso.

—Tienes el poder de la materia oscura en tu interior, Christopher —dijo bruscamente—. No deberías tener ninguna necesidad. El poder que la Señorita Obsidiana te otorgó es la envidia de todo soldado oscuro del universo.

Entre las punzadas de hambre, Chris sintió una ola de orgullo.

—Ven aquí —dijo el Coronel Caín, haciendo un gesto a Chris.

Chris se acercó cauteloso, resbalando un poco sobre la tierra embarrada.

—Levanta las manos —dijo el coronel.

Chris hizo lo que le habían ordenado.

—¿Sabes el poder que contienen? —preguntó el coronel.

Chris asintió.

—Puedo lanzar chorros de ácido con ellas —dijo con orgullo, recordando cómo había destrozado las valiosas obras de arte de Newton en Inglaterra en los años 1690.

—Puedes hacer mucho más que eso —dijo el coronel.

Cogió las manos de Chris por las muñecas. Su agarre era firme. Sus dedos eran como garras, protuberantes y largos, casi inhumanos.

—Concentra tu mente —exigió el coronel—. Accede a tus poderes oscuros.

Después usa ese poder para derretir el tejido de las dimensiones.

—Debe de estar gastándome una broma —murmuró Chris.

—Yo no gasto bromas —respondió el coronel.

Chris había descubierto el tejido dimensional cuando la Señorita Obsidiana había llamado al ejército oscuro para que los ayudaran en la última misión. Había usado un sofisticado cuchillo para hacerlo. Pero ¿se esperaba que Chris lo hiciera solo con sus manos?

El coronel lo estaba mirando con insistencia. Chris respiró profundamente y dejó que su mente encontrara aquel lugar meditativo en el que la realidad empezaba a difuminarse.

Cada vez que accedía a sus poderes era emocionante para Chris, pues cada vez que los encontraba en su interior podía ver que habían crecido. Sus poderes estaban situados como una enorme roca volcánica ardiente, justo en el centro de su barriga. Incluso desde el poco tiempo que había estado entrenando con el coronel notaba lo mucho más grandes que eran, lo mucho más que deseaban ser utilizados. Era como si fueran algo extraño para él, un alienígena que residía dentro de su cuerpo, que le daba la clase de poder con el que la gente solo soñaba.

Buscó en su interior y empezó a tirar de sus poderes hasta llevarlos a sus brazos.

Sintió que el calor se deslizaba por sus antebrazos extendidos y hasta sus muñecas, que el Coronel Caín todavía agarraba con fuerza. Entonces notó que se filtraba hasta sus manos, calentando su piel hasta una temperatura abrasadora.

Finalmente, lo expulsó, proyectando la imagen que había creado en su mente del tejido derritiéndose y convirtiéndolo a la fuerza en una realidad.

Al hacerlo, se dio cuenta de que el ambiente alrededor de sus manos empezaba a cambiar. Empezó a resplandecer.

—Funciona… —tartamudeó Chris.

Alzó la mirada hacia el Coronel Caín. Aunque la capucha del hombre hacía sombra en su rostro, Chris podía ver por sus ojos que ahora sonreía diabólicamente.

Chris sintió que su corazón empezaba a golpearle el pecho.

—Lo estoy haciendo —dijo, sintiendo una ola de victoria.

—Ahora, suelta —ordenó el coronel.

Chris dejó caer las manos. En el lugar donde sus manos habían coincidido con el tejido de la dimensión, ahora había dos agujeros chamuscados.

—Impresionante —murmuró Chris.

—Así es cómo tienes acceso al espacio entre el tiempo —dijo el coronel—. El vacío. El reino donde reside el ejército oscuro —Alargó los brazos hacia delante y, apretando, juntó de nuevo las partes chamuscadas del cielo—. ¿Ves lo valioso que es el poder que hay en tu interior?

Chris asintió.

—Sí.

—Bien. Entonces corre.

Chris sintió un tirón en el pecho.

—¿Correr? ¿Otra vez?

El momento de amabilidad del Coronel Caín se esfumó. Su voz se volvió fría y dura de nuevo.

—He dicho que corras.

Chris no iba a discutir. Volvió a dispararsele el corazón, para hacer aún otra vuelta al campo.

Esta vez, cuando alzó la vista hacia la ventana de los dormitorios, vio que Malcolm ahora no estaba.

Al girar y avistar la silueta del Coronel Caín a lo lejos, Chris se percató de que su mentor ya no estaba solo. Había una segunda silueta a su lado. Alguien más pequeño. Un estudiante, se percató Chris.

Al acercarse aún más, se dio cuenta. Malcolm, que había estado observando a Chris entrenando, ahora había bajado a los campos de juego.

Chris tensó la barbilla. No quería que Malcolm interactuara con el Coronel Caín.

¡El coronel era su mentor!

Aceleró aún más el paso, hasta que el dolor de su costado parecía la hoja de un cuchillo. Le dolían los pulmones pero se forzaba a avanzar más y más y más.

Por fin, llegó donde estaba el coronel con un gran estruendo, disparando barro hacia las piernas del pantalón de Malcolm.

El Coronel Caín parecía sorprendido. Paró su cronómetro.

—Esta ha sido tu vuelta más rápida, Christopher —dijo, con la mínima expresión de orgullo en su voz. Miró a Malcolm y, de nuevo, a Chris —. Imagino que un poco de competición es buena para ti.

Chris respiró muy profundamente, los pulmones le dolieron al hacerlo.

—¿Competición? —balbuceó—. ¿Qué quiere decir?

Pero estaba claro que el Coronel Caín había tenido una idea.

—Malcolm me estaba hablando de vuestra última misión. Se ha ofrecido voluntario para ir contigo a la próxima. Iba a decirle que no. Pero ahora que he visto lo rápido que puedes ser para derrotar a un contrincante, he decidido mandarlo a él también.

—¡No! —gritó Chris. Lo último que quería era que Malcolm le robara su prestigio, le quitara el protagonismo—. Yo soy el único en el que la Señorita Obsidiana confía para esto. Malcolm ya ha fracasado. Me toca liderar a mí.

Pero el coronel no estaba escuchando. Había ido hacia un lateral del campo donde había dispuesto equipamiento de pelea y guantes de boxeo. Cogió un par de guantes rojos.

—Toma —dijo, ofreciéndoselos a Chris. Le pasó otro par a Malcolm—. Veamos cómo os batís en duelo.

Chris no podía creerlo. ¡Se suponía que este era su momento para brillar! Ahora Malcolm se había abierto camino a empujones. La rata estúpida había sido la mitad del problema en la última misión. ¡Llevárselo a esta era una idea horrible!

Tendría que dejarlo inconsciente y causarle una conmoción tan grande

que no hubiera modo de que pudiera venir.

Fulminando con la mirada a Malcolm, se fijó los guantes. La fría lluvia caía con fuerza pero él ya no la sentía. Toda su atención estaba en Malcolm. En darle una buena paliza.

Malcolm se puso los guantes y chocó sus puños de una forma amenazadora.

Hizo su horrible sonrisa de comadreja. Chris estrechó aún más los ojos.

—El último que quede de pie —anunció el Coronel Caín—. ¡Vamos!

Malcolm no perdió el tiempo. Fue a toda velocidad hacia Chris como si hubiera estado esperando esta oportunidad toda su vida.

Chris adoptó su posición de defensa. Podía utilizar el arrebato de Malcolm contra él. El chico estaba lleno de rabia, no pensaba. Lo único que tenía que hacer Chris era agotarlo antes de darle un golpe certero.

Malcolm lanzó un puñetazo. Chris alzó los brazos y lo bloqueó fácilmente. Este había sido un primer intento chapucero.

Malcolm lo intentó de nuevo, probando con un gancho de izquierda. Pero Chris ya lo había previsto. Lo volvió a parar. Esta vez, contraatacó con un golpe en el lado descubierto de Malcolm.

—¡Uff! —susurró Malcolm mientras se tambaleaba.

El barro era resbaladizo y tropezó. Chris se dio cuenta enseguida de que allí tenía una oportunidad. Había estado entrenando durante horas sobre el barro resbaladizo y se mantenía más estable de pie, pero Malcolm no y apenas podía mantenerse.

Chris sabía que debía aprovechar este momento en el que Malcolm había bajado su defensa.

Dio dos grandes pasos hacia delante y se concentró en el hombro descubierto de Malcolm y, a continuación, puso todo el peso de su cuerpo en estrellar su puño derecho contra él.

Pero Malcolm de repente se irguió y se agachó en el último instante. En lugar de darle una paliza en el hombro, la mano de Chris pasó rápidamente por delante de él, llevándose todo el cuerpo con ella.

Se tambaleó. Había cometido un gran error. Un error de cálculo.

Un fuerte golpe repentino le impactó detrás de la oreja derecha. El dolor creció rápidamente hacia la mandíbula, el cuello y la mejilla. Las orejas empezaron a zumbarle.

Desorientado, Chris dio una vuelta, intentando echarle el ojo a Malcolm. Pero Malcolm debía de haberse puesto a toda prisa detrás de él, pues lo único que pudo ver Chris era el campo embarrado y la lluvia torrencial.

Se le metían las gotas en los ojos, lo que dificultaba más la visión. Entonces sintió que otro horrible golpe le impactaba detrás de la cabeza. Este fue tan fuerte que le repiquetearon los dientes. Unas estrellas negras bailaban en sus ojos.

Empezó a intentar golpear, intentando encontrar a Malcolm desesperadamente, para intentar acertar con cualquiera de sus golpes. Pero fallaba. Solo estaba sacudiendo brazos y piernas. La vergüenza se apoderó de él.

Llegó un tercer golpe. Este le alcanzó en la garganta. El dolor fue tan horrible que Chris sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Respirando entrecortadamente, cayó de rodillas sobre el suelo empapado.

Después se desplomó hacia el lado, sin poder ya sostener su cuerpo, que estaba debilitado por una tos angustiosa. Su cara impactó contra el suelo. Mientras jadeaba, probó el sabor del barro.

Los pies de Malcolm aparecieron a su lado. Cuando alzó la mirada hacia su silueta enmarcada por gotas de agua, el chico sonrió diabólicamente.

Después el Coronel Caín dio un paso adelante y miró hacia abajo a Chris.

—Sí —dijo el Coronel Caín, asintiendo con la cabeza—. Creo que vosotros dos haréis un buen equipo.

CAPÍTULO CINCO

Oliver notó la extraña sensación de que tiraban de su cuerpo al cruzar el portal.

No importaba cuántos portales atravesara, nunca se acostumbraría a esa sensación. Parecía que le separaran los átomos y se los volvieran a juntar.

Las parpadeantes luces lilas del portal pasaban zumbando por delante de él, con un brillo cegador, que aumentaba su malestar general. Notaba que las náuseas le revolvían el estómago.

Oliver no podía evitar sentir lástima por sus amigos. Ni Walter ni Hazel habían viajado jamás a través de un portal y este era particularmente salvaje, especialmente teniendo en cuenta que no había ninguna garantía de que consiguieran llegar al otro lado. Solo podía rezar para que fuera capaz de llevarlos a salvo a su destino deseado. Pero si sus intenciones no habían sido lo suficientemente puras, todos serían expulsados al espacio. Contemplar ese pensamiento era demasiado horroroso.

Después de lo que parecieron horas, Oliver oyó un extraño ruido de succión, como agua escurriéndose por un desagüe. A continuación, con un pum como cuando explota un globo, todas las luces intermitentes y las sensaciones de tirón desaparecieron.

Oliver sintió que volaba por los aires como si lo lanzaran con una catapulta. Fue a parar al suelo violentamente y se quejó de dolor.

Por detrás de él se oyeron tres claros golpes secos y Oliver supo que era el ruido de cada uno de sus compañeros al ir a parar al suelo.

Miró hacia atrás. Todos parecían aturdidos y desaliñados. A David se le había deshecho la cola durante el viaje y el moño de Hazel se veía revuelto y torcido.

Una vez más, Walter era el que menos se había inmutado. Se levantó de un salto y lanzó un puño al aire.

—¡Ha sido genial!

Oliver se puso de pie con dificultad rápidamente.

—¡Chss! —dijo, corriendo hacia Walter—. No sabemos dónde estamos. ¡No llamemos mucho la atención!

Llegó a Walter a la vez que Hazel y David.

—Lo que lleva a la pregunta —dijo Hazel—. ¿Dónde estamos?

Todos empezaron a mirar alrededor. Estaban rodeados de una serie de edificios que parecían estar en diferentes estados de abandono. Era evidente que en algún momento habían sido iglesias extremadamente decoradas y extravagantes, con escalones de piedra, altas columnas blancas y tejados abovedados, pero algo las había deteriorado. ¿El tiempo? ¿La guerra? Incluso parecía posible que se hubieran llevado los materiales de los edificios. En general, parecía que todo estaba a punto de derrumbarse.

Las calles también estaban sucias. El ganado salvaje deambulaba por ahí, dejando caer excrementos a su paso y algunos zorros entraban y salían a toda prisa de las iglesias.

Oliver se estremeció.

—Algún lugar de Europa. Pero dónde y cuándo exactamente, no tengo ni idea.

Vamos a buscar pistas.

Empezaron a pasear por las calles. No había ningún coche, pero sí un montón de estiércol de caballo, lo que les ayudó a restringir la época a antes de la invención del automóvil. Había muy poca gente desperdigada por ahí, principalmente mendigos, lo que hacía que el lugar pareciera un poco una ciudad fantasma.

—Me da la sensación de que la población debe de haberse reducido hace poco

—dijo Hazel—. Parece que hay demasiada poca gente para todos estos edificios.

—Así que quizás estemos en algún tipo de ciudad antigua que ha perdido a su gente por alguna razón —sugirió Oliver—. Eso explicaría por qué los edificios parecen tan deteriorados.

—¡Mirad allí! —dijo Hazel, señalando hacia una zona rectangular rodeada por unos grandes edificios que parecían importantes—. Eso parece un foro romano.

Solo que está lleno de ganado y mercados —Tenía los ojos muy abiertos por la emoción—. Creo que podríamos estar en Roma. Justo en el umbral del Renacimiento.

—¿De qué? —preguntó Walter.

—El momento en el que Europa marca la transición de la Edad Media a la época moderna —respondió con entusiasmo—. Cuando prosperaron el arte, la arquitectura y la filosofía. ¿No te suena la era de los descubrimientos?

A Walter se le escapó una risa burlona.

—Eres una empollona.

Pero Hazel estaba en racha. Ignoró por completo a Walter y parecía cada vez más emocionada.

—Por eso están cayendo todos los edificios. En el siglo catorce, la economía se desplomó a causa de la guerra y la plaga además de la hambruna por una pequeña edad de hielo. La población se redujo entre un veinticinco y un cincuenta por ciento.

—Así que esto debe ser principios del siglo dieciséis —respondió Oliver.

—Creo que sí —dijo Hazel asintiendo.

Justo entonces, pasaron dos mujeres charlando por delante de ellos. Oliver no entendía el idioma. Pero David estaba escuchando con atención, como sí él tal vez lo entendiera.

Oliver miró a David con las cejas levantadas con esperanza.

—¿Y bien? ¿Las entendiste?

David asintió lentamente.

—Sí. Yo hablo varios idiomas. Quizás esta sea otra razón por la que me envió el Profesor Amatista.

—¿Y? —preguntó Oliver—. ¿Tenemos razón? ¿Estamos en Italia?

David asintió.

—Estamos en Italia.

Oliver no pudo evitar exclamar:

—¡Italia!

Hazel también parecía completamente fascinada por donde habían ido a parar.

—¡Roma! ¡Durante el Renacimiento!

Walter giraba y estiraba la cabeza para internalizar la visión de las altas iglesias derruidas.

—Me alegro de que estéis tan contentos con el sitio al que hemos ido a parar. Yo estoy contento de que no estemos muertos.

—Entonces, el portal nos llevó a la Italia del siglo dieciséis —dijo Hazel, que todavía parecía impresionada a pesar de su intento por volver al trabajo—. ¿Por qué iba a estar la cura para Ester precisamente aquí?

Al mencionar el nombre de Ester, a Oliver le dio un vuelco el estómago. No había tiempo para quedarse embelesado con el entorno, para sorprenderse por haber llegado a la Italia del siglo dieciséis, pues cada segundo que pasaba era un segundo desperdiciado.

—Tenemos que averiguar dónde vamos a ir ahora —dijo apresuradamente.

Oliver sacó su brújula. Pero, para su sorpresa, mientras la manecilla de oro principal señalaba a un vial -que seguramente representaba la medicina-todas las demás manecillas más pequeñas señalaban al mismo símbolo. No les daba ninguna otra pista.

Oliver dejó caer los hombros. Se sentía derrotado.

—Es… Esto no funciona —tartamudeó, con gesto de impotencia.

—¿Y ahora qué? ¡Estaban en Roma durante el Renacimiento sin tener ni idea de adónde ir o qué hacer a continuación! Cada momento que estaban allí vacilando era otro momento en el que Ester iba hacia la muerte.

—Ehhh… Oliver… —dijo David con voz de alarma.

Oliver apartó la mirada de su brújula inútil. Para su sorpresa, un niño venía corriendo hacia ellos. Parecía desesperadamente preocupado.

Oliver sintió que el terror crecía en su interior. ¿Quién era el chico y por qué se dirigía hacia ellos de esa manera, con una mirada de pura ansiedad?

Llegó corriendo hasta ellos y empezó a hablar en italiano de manera urgente y rápida. Oliver miró a Oliver y Hazel, que parecían igual de

perdidos que lo que estaba él, con gesto de impotencia.

David tomó la iniciativa. Dio un paso adelante y asentía mientras el chico hablaba.

Cuando el chico de piel tostada por fin terminó, David miró por encima del hombro a Oliver.

—Es un vidente —dijo.

Oliver arrugó las cejas.

—¿Un vidente? ¿Cómo nos encontró?

—Dice que cuando activamos el portal, este mandó una luz de alarma a su escuela. Dice que debemos seguirle. Estar aquí es demasiado peligroso.

—Pero ¿por qué? —preguntó Hazel—. ¿Qué tiene de peligroso estar inocentemente en las calles?

—Quieres decir aparte del ganado que deambula y de los mendigos —bromeó Walter.

David le tradujo su pregunta al chico. Este negó con la cabeza, parecía estar cada vez más exasperado. Hablaba de un modo rápido y exagerado, moviendo los brazos de forma melodramática.

—¿Y bien? —preguntó Oliver, cada vez más nervioso a cada segundo que pasaba.

—La luz —dijo David con la voz entrecortada, transmitiendo el mensaje a los demás. Clavó su mirada en Oliver, cuya expresión ahora era de profunda preocupación—. No solo manda una señal de alarma a la escuela. Todos los videntes pueden captarla.

Hazel soltó un grito ahogado.

—Te refieres a…

—Los canallas —terminó David por ella—. Les hemos mandado una señal de que estamos aquí.

Oliver sintió que el calor desaparecía de su cara. Por fin entendía por qué el chico vidente italiano estaba tan frenético. ¡Prácticamente, habían mandado una señal para que viniera cualquier vidente canalla a complicar la historia!

—¡Rápido! —les dijo Oliver a sus amigos—. Salgamos de aquí.

Hazel le cogió del brazo.

—¿Estás seguro de que podemos fiarnos de este chico?

—Se arriesgó mucho solo para venir a buscarnos aquí —dijo Walter.

Pero Oliver no estaba tan seguro.

—David, ¿puedes preguntarle más sobre él? ¿Y enterarte de si existe alguna manera de probar lo que nos está diciendo? —preguntó.

David giró la vista hacia el chico y le preguntó algo en italiano.

—Se llama Gianni —les transmitió a los demás—. Dice que puede demostrar que es de confianza.

El chico, Gianni, dio un paso adelante y se sacó una llave de bronce del bolsillo.

Se la pasó a Oliver y la apretó contra su mano.

Preguntándose por qué parecía que Gianni quería que la tuviera él, Oliver cogió la llave, con el ceño fruncido y la giró en sus manos. Entonces lo comprendió.

En la parte de atrás había un símbolo conocido. Un anillo con tres ojos separados

uniformemente. El símbolo de la Escuela de Videntes.

Oliver sintió que se formaba una sonrisa en sus labios. Aquel símbolo le hacía sentir como en casa.

Se lo mostró a los demás. Walter asintió, satisfecho, pero Hazel cruzó los brazos.

—Todavía no lo sé —dijo.

Su escepticismo le recordaba a Oliver cómo él se había sentido respecto a David.

Pero David había demostrado su valía en el portal y ahora confiaba plenamente en David. Su guardaespaldas no los conduciría al peligro.

—Si David dice que podemos fiarnos de Gianni, entonces creo que

podemos confiar en él —le dijo.

Una mirada de orgullo apareció en la cara de David.

—Te lo prometo, Hazel. Gianni es exactamente quien dice ser. Un vidente. Un amigo al que han mandado a buscarnos.

Hazel se mordió el labio como si reflexionara. Pero, finalmente, asintió.

—Supongo que, estadísticamente hablando, es más probable que nos pillen los videntes canallas si nos quedamos aquí que si vamos con él. Contad conmigo.

Walter giró los ojos.

—¡Confiemos en la decisión que ha tomado Hazel basada en estadísticas!

Guiados por Gianni, el chico vidente de la era del Renacimiento en Roma, los amigos empezaron a correr.

CAPÍTULO SEIS

La Señorita Obsidiana estaba sentada en su despacho, mirando fijamente el cuenco de las visiones. Lo había estado vigilando de cerca casi de manera constante, ignorando todas las señales de fatiga que había en su interior que le pedían que durmiera, todas las señales de hambre que le decían que comiera.

Nada era más importante para ella que encontrar a Oliver Blue y destruirlo de una vez por todas.

Pero el agotamiento ya era difícil de combatir. Había perdido la cuenta de los días. ¿Dos? ¿Posiblemente tres? Su vida se había convertido en mirar fijamente y de manera obsesiva dentro del cuenco de las visiones, escuchando los gritos constantes del Coronel Caín desde fuera de su ventana mientras entrenaba a Christopher Blue en las artes oscuras.

El pensamiento dibujó una retorcida sonrisa en sus labios. Esta vez no había ninguna posibilidad de fracaso. Christopher tenía la magia más peligrosa en su interior. Junto con el mejor entrenamiento que podía ofrecer el ejército oscuro y el incomparable deseo asesino de Chris por matar a Oliver, esta vez lo lograrían.

Solo deseaba que su topo se diera prisa. ¿De qué servía colar a un espía en la Escuela de Videntes de Amatista, para tender una trampa que atrajera a Oliver, si le iba a llevar mucho tiempo llevar a cabo el plan?

Puede que tuviera que hacer aparecer otro, uno que acelerara un poco las cosas.

Quizá pudiera encontrar a alguien a quien manipular dentro de la escuela. Añadir algo de viaje en el tiempo por diversión. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de lo divertido que sería. Tenía que haber un estudiante dentro de la Escuela de Videntes que se sintiera insatisfecho. Moldear una joven mente influenciable –tal como había hecho con Malcolm Malice, y ahora con Christopher Blue-era una de las cosas que más le gustaba hacer.

Sí, embaucaría a uno de los estudiantes para que obedeciera sus órdenes.

En cuanto hubo decidido su nuevo plan, algo parpadeó en su cuenco de las visiones.

La Señorita Obsidiana se alzó de golpe, con la espalda erguida y se inclinó más hacia el cuenco. A través de las oscuras nubes de tormenta que le habían tapado la visión durante días, ahora veía una resplandeciente luz lila que giraba.

Enseguida supo lo que estaba mirando. Era un portal. Oliver Blue estaba en marcha.

La emoción chisporroteaba por sus venas. Observó atentamente mientras la imagen se volvía aún más clara. Entonces el corazón le dio un vuelco en el pecho.

¡Allí estaba! ¡Oliver Blue!

Estaba en una calle muy ornamentada. La Señorita Obsidiana frunció el ceño, intentando identifica la arquitectura.

—¿Roma? —murmuró en voz baja—. ¿Siglo dieciséis?

Continuó observando, las náuseas daban vueltas en la boca de su estómago, mientras Oliver y sus molestos amiguitos se acercaban. Entonces vio a otro chico que los llevaba a toda prisa por las calles.

El grupo llegó a una pared de ladrillos y el chico presionó una serie de

ladrillos.

La pared se abrió.

La Señorita Obsidiana supo lo que estaba sucediendo de inmediato. ¡El otro chico era un vidente de la ciudad que llevaba a Oliver Blue a su escuela para que estuviera a salvo! ¡En el instante en el que se metieron dentro, ya no pudo verlo más!

La frustración la venció. Dio un golpe con los puños sobre la mesa cuando la rabia se apoderó de ella. De su pecho salió un gruñido de rabia.

—¡No importa donde vaya, ese mocoso siempre consigue ayuda! —gritó furiosa.

Echando humo, se dirigió hacia la ventana y se agarró al alféizar. No soportaría otros tres días mirando fijamente dentro del cuenco de las visiones. Había visto lo suficiente como para averiguar que Oliver Blue estaba en Roma en el siglo dieciséis. Ya tenía ventaja. Y ayuda. No había tiempo que perder.

Abrió la ventana de golpe, ignorando la lluvia torrencial que le caía encima.

—¡Es la hora! —vociferó hacia el cielo oscuro.

Su voz, magnificada, resonó en la noche como una campana descascarillada.

Volvió a la mesa hecha una furia y se dejó caer en su trono. Un instante después, oyó que se abría la puerta. Entraron el Coronel Caín, Christopher Blue y Malcolm Malice, en respuesta a su llamada. Parecían ratas ahogadas, cubiertas de barro, tenían las mejillas muy rojas por el esfuerzo excesivo. Era satisfactorio verlos de ese modo.

—Sentaos —les dijo de forma brusca a todos.

Ellos hicieron lo que les ordenó. Lo que más le gustaba a la Señorita Obsidiana era la obediencia absoluta.

—He localizado a Oliver Blue —anunció—. No hay tiempo que perder. Debéis viajar hacia él de inmediato.

Christopher puso cara de espanto.

—Pero yo he estado entrenando desde el amanecer. Es casi

medianoche. Estoy agotado.

La Señorita Obsidiana sintió que el enfado chisporroteaba en su interior. Estos estudiantes eran muy quejicas siempre. Ella les daba la mejor educación, los poderes más oscuros, todas las oportunidades para prosperar y poder apoderarse del universo, y lo único que hacían era quejarse.

—He estado aquí sentada durante tres días esperando esta señal —le dijo la Señorita Obsidiana—. Cuando tú hayas hecho lo mismo, entonces podrás hablarme de estar cansado.

Hizo una pausa. Pensándolo mejor, quizá Christopher tenía razón. Mandar a dos videntes cansados para esta tarea era una pérdida de tiempo. Necesitarían ayuda, al menos hasta que hubieran descansado y hubieran renovado sus fuerzas.

—Cada uno de vosotros puede llevarse a alguien con él —dijo—. Vigilantes que se preocupen de cuándo necesitáis dormir. Pero debéis decidiros rápidamente. ¿A quién os llevaréis?

—A Natasha Armstrong —dijo Malcolm sin perder un segundo.

—Buena elección —respondió la Señorita Obsidiana. Natasha era una de las alumnas que asistía a sus clases para los dotados y los que tenían talento. Sería una buena incorporación a la misión—. ¿Christopher?

Chris se había quedado sin palabras.

—Yo no conozco a nadie. Nunca he tenido la oportunidad de hacer amigos aquí.

—Entonces llévate a alguien que conocieras en tu última misión —le dijo impaciente la Señorita Obsidiana, intentando meterle prisa—. Quien sintieras que más te ayudó.

—Madeleine —dijo Christopher, encogiendo los hombros.

La Señorita Obsidiana se mofó.

—¿Madeleine? La pelo de zanahoria a quien le cerré la boca con cremallera el otro día? Muy bien. Es tu decisión.

Accedió a sus poderes de vidente, buscando en su interior el arranque de energía que necesitaba para mover átomos. Conocía todos los

rincones y recovecos de su adorada escuela y para su mente era fácil captar los lugares exactos done Madeleine y Natasha estaban durmiendo. Sería un despertar muy brusco para ellas.

Usando su espléndido talento, la Señorita Obsidiana agarró sus átomos, los movió y tiró de ellos hasta su despacho. Los recolocó de nuevo hasta que las dos chicas se materializaron delante de ella.

Ambas parpadeaban, parecían sobresaltadas, se sonrojaron al darse cuenta de que estaban en camisón en pleno despacho de la directora.

—Madeleine. Natasha —anunció la Señorita Obsidiana—, hoy es vuestro día de suerte. Hoy vais a ir a una misión muy importante, una que tendrá como consecuencia la aniquilación de Amatista de una vez por todas. Hoy vais a ir a Roma. Hoy mataréis a Oliver Blue.

CAPÍTULO SIETE

Gianni, el vidente italiano, guiaba a los cuatro amigos a través de la pared de ladrillos encantada. Cuando aparecieron al otro lado a través del velo, Oliver soltó un grito ahogado al ver lo que les aguardaba.

Nunca había visto nada parecido. La versión italiana de la Escuela de Videntes era el lugar con el aspecto más extravagante que había visto. Al contrario que la escuela de la Hermana Judith en Inglaterra, que tenía el ambiente de un monasterio, y su propia escuela en los EE. UU., que a veces daba la sensación de ser una nave espacial futurista, esta tenía el ambiente de un palacio real. De alguna manera esperaba ver a un rey entrando a sus anchas por las enormes puertas, o a una fila de músicos con corneta para anunciar su llegada.

—Por aquí —dijo David, informándoles de lo que Gianni estaba diciendo.

Entraron a toda prisa dentro de la enorme escuela. Aquí, la opulencia no hacía más que aumentar. Había columnas de mármol y estatuas por todas partes, por no hablar del techo abovedado y pintado con gran detalle. Esto hizo pensar a Oliver en los artistas de la época Renacentista, como da Vinci y especialmente Miguel Ángel, que pintaban enormes murales en los techos de edificios religiosos. Se preguntaba si algunos habían visitado la escuela.

Mientras iban a toda prisa por los pasillos, Oliver sintió que una extraña sensación de déjà vu se apoderaba de él. No podía entenderlo, pero le daba la sensación de que él ya había estado allí.

—¿Estás bien? —preguntó Hazel.

Oliver asintió.

—He tenido una sensación extraña, eso es todo. Como si yo ya hubiera estado aquí.

Entre las cejas de Hazel apareció un ceño fruncido.

—Tal vez has estado. Otro tú, quiero decir. De una línea temporal diferente.

Oliver reflexionó sobre sus palabras. Evidentemente, era posible que una versión diferente de sí mismo hubiera estado antes en este lugar, pero esto no justificaba la extraña sensación de familiaridad que estaba teniendo Oliver. Cualquier Oliver diferente de una línea temporal diferente tendría recuerdos diferentes. No había manera de que él pudiera acceder a ellos.

Era un completo misterio. Y aun así, a cada paso que daba, más tenía la sensación de que él ya había hecho este camino.

Oliver se sacudió los pensamientos de la cabeza. Era imposible. Debía de haber estado pensando en un libro de historia que había leído o en un documental que había visto. Tal vez estaba recordando un sueño. En cualquier caso, no tenía tiempo que perder pensando en ello. Tenía que concentrarse en Ester, en encontrar el Elixir para salvarle la vida.

Gianni los llevó hasta una gran puerta barnizada y la golpeteó con los nudillos.

Giró la cabeza y le dijo algo a David. David pasó el mensaje en inglés a los demás.

—Esta es la oficina de la directora.

Oliver tragó saliva. No podía evitar sentirse nervioso cada vez que conocía a otro vidente poderoso y venerado. Respetaba al Profesor Amatista más que a nadie en el universo y conocer a sus homólogos a lo largo de la historia siempre era una experiencia aleccionadora y estresante.

Gianni abrió la puerta y los hizo pasar dentro del despacho. Era enorme, parecía más el salón de baile de un palacio que el despacho de la directora. Había cuadros grandes con marcos de oro por todas las paredes de color verde oscuro y una enorme chimenea de mármol.

Del techo colgaban unos candelabros y el olor a almendras cortaba el aire.

Cuando se adentraron más, Oliver vio un gran escritorio, detrás del cual estaba sentada una mujer de aspecto sumamente elegante. Aunque era mayor, era extremadamente glamurosa y en su mirada había una energía juvenil. Tenía la misma piel color oliva y los mismos ojos oscuros que Gianni. Sobre un hombro caía el pelo largo y negro en ondas de forma sensual.

—¿Oliver Blue? —preguntó, con voz suave y rítmica, en un marcado acento italiano.

—Sí —tartamudeó él, un poco abrumado por su fuerte presencia.

—Por favor. Sentaos —Señaló con la mano una fila de sillas y sonrió, sus dientes eran blancas, su sonrisa seductora—. Todos.

Oliver se sentía desconcertado por todo, pero hizo lo que le dijeron. Sus amigos se sentaron junto a él en solidaridad.

—Soy la directora de la Escuela de Videntes de Roma —anunció la mujer—.

Lucia Moretti. En primer lugar, dejad que os dé la bienvenida.

—Gracias —tartamudeó Oliver. Se sentía un poco aturdido en presencia de una mujer tan elegantemente poderosa.

La directora continuó:

—Entiendo que pudiste activar el antiguo portal que se decía que lleva al Elixir.

Debo decir que me sorprende bastante que te llevara hasta aquí —Había un destello de emoción en su mirada—. Y pensar que la clave para encontrar el Elixir has estado todo el tiempo en el umbral de mi puerta —Sonrió a Oliver—.

No me sorprende que después de todos estos siglos, fueras tú de entre todos el que consiguiera activar el portal, Oliver Blue.

Oliver frunció el ceño, confundido. ¿Qué significa eso?

—No lo entiendo —dijo—. ¿A qué se refiere con “de entre todos”?

—¡Pues que tú eres el hijo de Margaret Oliver y Theodore Blue! —

exclamó—.

¿No es así?

Al oír el nombre de sus padres, Oliver sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza. Walter y Hazel dieron un tirón visiblemente en sus asientos. Como dos de los amigos más cercanos de Oliver, sabían a la perfección que él había estado buscando a sus padres desesperadamente.

—¿Conoce a mis padres? —preguntó Oliver, con una voz que parecía sin aliento por la conmoción.

—Por supuesto que sí —respondió la directora. Esta frunció un poco el ceño—.

Son bastante famosos por esta zona. Pero tú ya lo sabes todo.

—En realidad no —se apresuró a decir Oliver—. Mis padres me dieron en adopción. No sé nada de ellos —Ahora aceleró la voz, como si intentara ir a toda prisa con la conversación para llegar más rápido a la conclusión—. ¿Están aquí?

¿En Roma? ¿Sabe dónde puedo encontrarlos?

Lucia Moretti puso cara de decepción.

—Lo siento. Creo que he hablado cuando no debía.

—Para nada —respondió Oliver rápidamente—. Por favor, cuénteme lo que sabe. No tengo nada para continuar. Solo sus nombres y que estudiaron en Harvard. Ah, y un cuaderno que era de mi padre.

La directora levantó lentamente las cejas hacia la frente.

—¿Un cuaderno? —preguntó—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto —Oliver cogió el cuaderno de Hazel, que lo tenía guardado en su mochila y se lo pasó rápidamente. Si sabía algo de sus padres, él quería saberlo.

La Señorita Moretti hojeó el libro.

—Oliver, ¿sabes qué es esto?

Él negó con la cabeza.

—Es una fórmula —le dijo—. Una fórmula para el Elixir.

Oliver soltó un grito ahogado.

—¡¿Cómo?! ¿Quiere decir que el remedio ha estado siempre conmigo?

—Espera. Relájate —dijo—. No te precipites. Lo que quiero decir es que esto es un intento por crear la fórmula del Elixir. Tus padres eran humanos, Oliver. Esto lo sabes, ¿verdad? Ellos no tenían poderes de vidente. Por lo tanto, los viajes en el tiempo no estaban en absoluto disponibles para ellos. Pero se movían en círculos de videntes. Querían experimentar lo que los videntes podían experimentar. Aquí está la prueba de que tu padre trataba de crear su propio Elixir. Con él, podría viajar en el tiempo, a través de líneas temporales y mundos paralelos alternativos. Pero está incompleto. No lo logró.

Un montón de emociones luchaban en el interior de Oliver. No podía absorber toda la información que le acababan de dar. Pensar que sus mortales padres habían estado intentando desentrañar los secretos del viaje en el tiempo se le hacía raro. ¿Para qué querrían poder viajar en el tiempo? Los videntes viajaban en el tiempo para cumplir el destino del universo, para proteger las líneas temporales que estaban bajo su control, para enmendar el trabajo de los videntes canallas que intentaban crear el caos. Pero los humanos no tenían ninguna necesidad de viajar en el tiempo. Para un vidente era muy peligroso, ¿y para un humano? Sin duda alguna era un suicidio.

No sabía si sentirse o no aliviado de que la fórmula de su padre estuviera incompleta. Si Teddy Blue hubiera logrado crear el Elixir, hubiera podido salvar la vida de Ester. Pero al no haberlo hecho, ¿quizás esto mismo había salvado la vida de su padre?

La Señorita Moretti cerró de golpe el cuaderno.

—Oliver, sabes que nada pasa por casualidad. El portal te trajo hasta aquí por alguna razón, porque de algún modo este es el lugar en el que se descubrirá el Elixir. Creo que este cuaderno es el primer paso. El segundo paso proviene de mí.

Oliver frunció el ceño con curiosidad.

—¿A qué se refiere?

—Yo soy matemática, Oliver —dijo la Señorita Moretti—. La mejor mente que el universo haya conocido jamás. Tengo una mente a la que solo puede ganar la de Einstein —Repiqueteó los dedos encima de la

mesa y sus ojos brillaron por la emoción—. Necesitas mi instrucción. Necesitas mi conocimiento. Si te preparo, juntos podremos completar la fórmula.

—Pero yo no tengo tiempo —dijo Oliver—. No estoy intentando encontrar el Elixir para desentrañar el viaje en el tiempo, ¡lo estoy haciendo porque el Profesor Amatista me dijo que esto es lo único que puede salvar a mi amiga de la enfermedad del viaje en el tiempo! Mi amiga está cerca de la muerte —Su voz se rompió cuando apareció una imagen de Ester en su imaginación. Por instinto, agarró con fuerza el amuleto—. No tengo tiempo para prepararme aquí.

La directora hizo una pausa. Inclinó la cabeza hacia un lado y observó a Oliver por un instante.

—Ya veo.

Parecía decepcionada porque Oliver no había aceptado su oferta de formarlo aquí. Él no pretendía insultarla. En otro momento y lugar, hubiera aceptado sin dudar la oportunidad de formarse en la Escuela de Videntes de Roma, para aprender toda la genialidad matemática que poseía la Señorita Moretti. Pero no tenía tiempo.

Hazel no paraba de pasarse ansiosamente las manos por el regazo. Miró a Oliver con gesto nervioso

—Pero ¿no es esta nuestra única oportunidad? —preguntó—. El Elixir no se ha creado nunca. El portal nos trajo hasta aquí porque era aquí donde podíamos encontrar todas las piezas del rompecabezas necesarias para crearlo. La mente de la Señorita Moretti sin duda es parte de ese rompecabezas.

—Entiendo lo que quieres decir —le dijo Oliver—. Pero seguramente Ester morirá antes de que tenga la oportunidad de aprender todo lo que necesito.

—Existe un ritual —soltó abruptamente la Señorita Morettti, interrumpiendo su conversación.

—¿Un ritual? —preguntó Oliver. No le gustaba cómo sonaba. Le sonaba amenazante. Incluso peligroso.

La Señorita Moretti asintió lentamente.

—Es… cómo lo diría… un procedimiento complicado. Algo que no he hecho nunca. Pero puede que sea nuestra única esperanza.

Oliver se puso aún más nervioso. Sus palabras no le reconfortaban en absoluto.

—¿Qué supondrá? —preguntó, oyendo el temblor de su voz.

—Te transferirá todo mi conocimiento y mis habilidades —explicó—. Te enseñará todo lo que sé. Tendrás acceso a mis recuerdos, incluso a los del subconsciente que hace tiempo que he olvidado. Entonces, creo, podrás usar ese conocimiento para terminar la fórmula para el Elixir. ¿Qué me dices?

Todo aquello aterrorizaba a Oliver. Pero Ester lo necesitaba. Igual que la escuela.

Además, la Señorita Moretti le había dicho que podría ver sus recuerdos. Ella conocía a sus padres. ¿Y si sus recuerdos pudieran tal vez acercarlo más a encontrarlos?

—¿Me hará daño? —preguntó Oliver.

La Señorita Moretti torció los labios hacia un lado consternada.

—No creo que sea una experiencia placentera —le dijo—. Imagino que será una conmoción bastante grande para el cuerpo.

Oliver miró a sus amigos.

Walter le hizo una señal con la cabeza para tranquilizarlo. Lo mismo hizo Hazel, aunque su mirada delataba su miedo. Por último, Oliver miró a David. Confiaba en David incondicionalmente.

—Creo que es una buena idea —dijo David.

Tragándose el nudo que se le había formado en la garganta, Oliver se giró hacia la Señorita Moretti. Asintió con decisión.

—De acuerdo. Lo haré. Haré el ritual.

CAPÍTULO OCHO

Chris no sabía qué estaba pasando. Un segundo antes estaba en el despacho de la Señorita Obsidiana, escuchando cómo le advertía que un fracaso en esta próxima misión daría lugar a que lo mandaran a un horrible infierno, y un instante después estaba aquí… donde fuera que estuviera.

A su alrededor, Chris solo veía oscuridad. Se sentía muy tranquilo, un

poco como si estuviera durmiendo.

En su mente empezaron a proyectarse unas imágenes. Veía agua, turbia y revuelta. Después olió ese horrible hedor a aguas residuales.

El miedo se apoderó de Christopher cuando se dio cuenta de golpe de dónde estaba. ¡El Río Támesis! ¡No!

¿La Señorita Obsidiana lo había vuelto a mandar a ese sitio horrible? ¿Y si toda esta segunda misión había sido alguna clase de trampa elaborada, un modo de hacer que tuviera esperanzas para frustrárselas otra vez mandándolo a su tumba acuosa. El miedo empezaba a consumirlo.

Chris notaba el agua contra su piel y todo los residuos pegajosos de las toxinas de dentro del sucio río. El hedor dentro de sus fosas nasales hacía que le lloraran los ojos.

Daba vueltas, vueltas y más vueltas, como si estuviera en un remolino. Entonces, de repente, vio el destello de otra persona. No estaba solo.

—¿Oliver? —gritó Chris incrédulo.

El enclenque de su hermano pequeño también estaba allí, dando vueltas en las aguas revueltas. ¿Qué estaba pasando?

Las olas chocaban contra ellos y les obligaron a ir hacia las orillas. Christopher cayó desplomado sobre el barro, respirando con dificultad. A su alrededor, brillaban unas luces estroboscópicas.

Levantó la mirada y vio de dónde procedían las luces. En la orilla del río, delante de él, había dos portales, ambos oxidados y con aspecto decrépito, exhibiendo sus luces eléctricas intermitentes.

Mientras las luces parpadeaban por todas partes, haciendo que su visión se fuera y viniera, Chris intentó ponerse de pie. Vio que Oliver estaba tan solo a unos metros a su lado intentando también ponerse de pie con dificultades.

Christopher se dio cuenta de que se dirigía al portal.

No había tiempo que perder. Todavía boca abajo sobre la orilla embarrada, Chris lanzó un brazo hacia Oliver, estirándolo todo lo que pudo. Cogió a su hermano por el tobillo.

Pero Oliver era como un gusano, retorciéndose en el barro. Su tobillo

resbalaba por el agua y la basura tóxica del río.

A pesar de la fuerza de Chris, Oliver consiguió escurrirse de su agarre. En un segundo, estaba atravesando el portal. Se cerró como con una cremallera. Las luces se apagaron, sumiendo a Chris en la oscuridad.

Chris cogió mucho aire. Se sentó volando y miró a su alrededor, completamente aturdido.

La cara de Madeleine se materializó ante él.

—¿Estás bien, Chris? —preguntó.

Chris tragó el enorme nudo que tenía en la garganta y cayó en la cuenta de que había estado soñando. Había tenido una pesadilla, su mente rememoró el horrible momento en el que no había conseguido matar a Oliver en su última misión. Estaba más decidido que nunca a no dejar que esto volviera a suceder.

Al mirar a su alrededor vio a Natasha y a Malcolm a unos metros, sacudiéndose el polvo después del viaje lleno de sobresaltos.

—¿Qué pasó? —le preguntó Christopher a Madeleine.

—Atravesamos el portal —explicó ella—. Debes de haberte quedado dormido.

Malcolm levantó la cabeza y se rio, como si dormirse en un portal fuera señal de mala educación o algo parecido.

—¿Cómo pude quedarme dormido en un portal? —dijo Chris con la voz entrecortada, arreglándose su pelo desaliñado.

Él ya había viajado a través de portales. No eran experiencias particularmente agradables. Normalmente, le hacían sentir como si todo su cuerpo se estuviera despedazando átomo a átomo. ¡Debía de haber estado realmente agotado para haberse dormido durante el transporte a través de un portal! Era una prueba de lo duro que había sido el entrenamiento con el Coronel Caín.

La sensación de pánico que la pesadilla de Chris había provocado empezaba a desvanecerse. Echó un vistazo alrededor.

—¿Dónde estamos entonces? —le preguntó a Madeleine.

—En Roma, creo. En algún momento del siglo dieciséis.

—¿Eh? —gruñó Chris. Precisamente no había disfrutado de viajar hasta el siglo diecisiete y tenía la sensación de que el dieciséis sería aún peor.

Natasha y Malcolm se habían recuperado y se acercaron.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Natasha a Chris.

Chris no quería perder ni un momento. Se puso de pie de un salto y se frotó las manos con gran regocijo.

—Ahora encontraremos a Oliver —dijo, sonriendo con malicia a su variado grupo de seguidores—. Y por el camino provocaremos un poco de caos.

CAPÍTULO NUEVE

Oliver estaba sentado en la otra punta de la gran mesa de la Señorita Moretti. La temperatura en la Escuela de Videntes de Roma era helada y solo servía para pronunciar más sus nervios. Veía la carne de gallina en sus brazos.

Pero el instrumento de bronce que había encima de la mesa le provocaba más ansiedad. Parecía un poco un detector de mentiras, pero una de las primeras versiones prototipo hecha con cables de cobre y metal pulido. No había ninguna duda de que no pertenecía al siglo quince –los materiales y aleaciones involucrados todavía no se habían inventado-así que Oliver imaginó que era tecnología de videntes del futuro.

—Por favor, Oliver, relájate —le entonó al oído la rítmica voz italiana de la Señorita Moretti—. El ritual será difícil, sí. Pero tengo la esperanza de que no será doloroso.

Tendió dos sondas para colocarlas en sus sienes. Oliver intentaba calmarse pensando en las cápsulas de dormir de la Escuela de Videntes. También funcionaban con sondas en las sienes. No era para tanto, ¿verdad?

Mientras apretaba las sondas para colocarlas en su sitio, Oliver apretaba los dientes con decisión. No era el dolor lo que le preocupaba, era el tiempo. Cada momento que pasaba allí era otro momento en el que Ester se acercaba más a la muerte. Y con David justo a su hombro derecho, Oliver tenía una visión clara del temporizador de arena de dentro del cetro y de su tiempo que cada vez menguaba más.

Oliver sabía que sus nervios no le ayudaban. Tenía que forzarse a relajarse si quería tener alguna posibilidad de completar el ritual. Igual que para acceder a los poderes de vidente de uno mismo, un estado de estrés intenso no era muy favorable.

Notó una mano firme sobre su hombro izquierdo y, al girarse vio que Hazel le estaba sonriendo.

—Ya lo tienes, Oliver —le dijo—. Y todos nosotros estamos aquí a tu lado.

Sus palabras fueron como un bálsamo reconfortante para Oliver. El Profesor Amatista había acertado al enviar compañeros con él en esta misión. Sus amigos tenían el efecto de mantenerlo con los pies en el suelo y apoyarlo en los momentos en que más desesperadamente lo necesitaba.

Desde el asiento contrario, Lucia Moretti se fijaba sus propias sondas. Toqueteó algunas manecillas de la máquina y Oliver oyó un suave ruido electrónico vibrante en sus oídos. La vibración se extendió hacia su mente y el suave golpeteo empezó a incrementar.

—¿Estás bien? —le preguntó la Señorita Moretti.

—Sí. Estoy bien —dijo, aunque se sentía cualquier cosa menos bien.

—Necesito incrementar la frecuencia —explicó—, hasta que las ondas de nuestros cerebros vibren en la misma. Entonces podré transferir mi corriente a través de los cables hacia ti. También recibirás mi conocimiento.

Oliver asintió.

La directora giró otra manecilla. Esta vez, la vibración se convirtió en un martilleo.

Oliver soltó un grito ahogado. La sensación era bastante desagradable. Le recordaba a llevar el casco durante el entrenamiento de switchit. Lo único que mientras el casco hacía que sus pensamientos pareciesen confusos y espesos, esta vez la sensación parecía que hacía que sus pensamientos fueran claros como el agua, como si pudiera ver sus pensamientos con una precisión exacta. Era sumamente confuso. Oliver notaba que empezaba a perder el contacto con la realidad.

Hazel le cogió del hombro todavía más fuerte. Sus dedos parecían un ancla, como un vínculo con el mundo real.

La Señorita Moretti giró otra manecilla y un ruido como de quejido estridente empezó en sus oídos.

Oliver hizo un gesto de dolor. Esta era la sensación más desagradable que jamás había tenido.

De repente, tuvo una sensación de sobretensión, como si todas sus sinapsis estuvieran disparando a la vez.

A Oliver empezaron a temblarle las manos. El temblor le subía por los brazos, hacia los hombros y bajaba por el torso hacia las piernas. Notó que los ojos se le ponían en blanco y su cuerpo cedía ante el temblor.

—¡Le está haciendo daño! —gritó la voz de Hazel. Pero parecía que estaba a millones de kilómetros. Era como un eco susurrando en el viento.

—¿Oliver? —la voz de la Señorita Moretti se oía clara—. ¿Puedes oírme?

—Sí —respondió Oliver, sorprendido de lo fuerte y estable que se oía su voz—.

¿Dónde estamos?

—Abre los ojos.

Oliver hizo lo que le dijeron. Ante su completo descrédito, ahora estaba en una enorme habitación blanca. Estaba completamente vacía, era cavernosa, con el suelo y las paredes hechas de las mismas baldosas blancas brillantes. A lo lejos, unas pequeñas esferas de luz flotaban por ahí.

Oliver soltó un grito ahogado. Reconocía este lugar. Era igual que la sexta dimensión. Pero diferente a la vez.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Lucia.

—Dentro de mi mente —le dijo ella.

Una extraña sensación le revolvió el estómago a Oliver. En primer lugar, ¿cómo podían estar dentro de una mente? Y en segundo lugar, ¿por qué parecía la sexta dimensión, el lugar entre el espacio y el tiempo donde nada existía?

—No lo entiendo —respondió.

—Es una representación visual —explicó la Señorita Moretti—. Tu mente la ha hecho aparecer, accediendo a sus receptores ópticos para entender algo que no tiene sentido.

—Parece la sexta dimensión —respondió Oliver—. ¡Incluso hay universos bebé

flotando a lo lejos!

La Señorita Obsidiana soltó una risita.

—Los lugares interdimensionales se parecen extraordinariamente al interior del cerebro. Los universos bebé parecen globos de impulsos eléctricos. En muchos aspectos, el interior del cerebro es su propio universo. Pero quizás esta es la clase de discusión filosófica que deberíamos guardar para otro momento.

A Oliver la mente le daba vueltas. Era complicado procesar esta información.

Este es un tipo de filosofía que él todavía no era lo suficientemente maduro para entender del todo. Deseaba poder tener el tiempo para hacerlo. Le encantaría perderse en este lugar, explorar todas sus partes.

Pero por mucha curiosidad que tuviera, tenía que mantener su atención en Ester.

—Por favor, ¿podemos empezar el ritual? —le preguntó a la Señorita Moretti.

En el rostro de la mujer se dibujó una enorme sonrisa de diversión. Oliver frunció el ceño. ¿Se estaba riendo de él?

—Oliver, querido —exclamó—, el ritual es este. Has estado absorbiendo mi conocimiento todo este rato. De hecho, creo que casi hemos terminado.

Y, en efecto, cuando ella dejó de hablar, Oliver notó una repentina sensación de sacudida como si se desplomara dentro de un ascensor descontrolado. Las náuseas le revolvieron el estómago. El sudor le resbalaba por el cuello. No quería gritar, pero a medida que la aceleración aumentaba, no pudo evitarlo.

Oliver abrió rápidamente los ojos. Ante él apareció el techo del despacho de la Señorita Moretti, un mural pintado que representaba el

cielo. Estaba tumbado de espaldas en el suelo.

—Está despierto —se oyó la voz de Hazel.

De repente, las caras de Walter y David se cernieron sobre él. David parecía preocupado, pero Walter sonreía satisfecho.

—Bienvenido de nuevo a la tierra de los vivos —bromeó Walter.

Le ofreció la mano. Oliver la cogió y dejó que su amigo tirara de él hasta sentarse.

Todavía tenía los electrodos pegados a las sienes, así que se los sacó de un tirón.

Dejaron un resto pegajoso sobre la piel.

—¿Qué pasó? —preguntó, mirando alrededor.

Detrás de él estaba la mesa a la que había estado sentado, con todas las sillas vacías. Seguramente, él se había escurrido de la suya durante su miniconvulsión y sus amigos se habían levantado de un salto de las suyas para reunirse a su alrededor.

La Señorita Lucia, sin embargo, todavía estaba sentada en su asiento, con las manos cruzadas delante de ella sobre la mesa en posición de perfecta compostura. Estaba claro que el dolor que había sufrido Oliver no había sido compartido. El sufrimiento lo había experimentado él solo.

—Transferí muchos datos a tu mente de una sola vez —explicó con calma la directora—. Quizás un poco más de lo que tú estabas preparado para manejar.

Hazel se agachó delante de Oliver y le miró a los ojos.

—¿Cómo te sientes? ¿Diferente? ¿Más fuerte? ¿Más listo?

Oliver se miró las manos. Parecían igual.

—Raro —respondió—. Me siento raro.

La mirada de emoción de Hazel se convirtió en preocupación.

—¿Tienes alguna idea de cómo completar la fórmula de tu padre? ¿Te ha dado alguna pista toda esta mezcla de mentes?

Oliver buscó dentro de su mente, intentando encontrar el nuevo conocimiento que la Señorita Moretti había implantado en su interior. Sin duda, allí había algo, una especie de dolor de cabeza palpitante que venía de lo más profundo de su cerebro. Pero parecía inalcanzable, como un picor que no se podía rascar.

—Puedo sentir que está ahí —le dijo a Hazel—. Pero no puedo acceder a él.

—Tal vez te llevará un poco de tiempo traer a la memoria la nueva información

—explicó la Señorita Moretti—. Al fin y al cabo, existen diferentes sistemas de consolidación de la memoria y de recuerdo de la memoria. Probablemente, por instinto has levantado un mecanismo de defensa para protegerte de demasiado conocimiento todo de una vez.

Eso no era lo que Oliver esperaba oír. Se mordió el labio.

—¿Cuánto tiempo llevará? —preguntó, oyendo el desesperado filo trepando lentamente a su tono. ¡No podía quedarse allí todo el día esperando el conocimiento que solo era probable que le ayudara a completar el Elixir!

Miró las caras de preocupación de sus amigos. Y, como siempre, el cetro atrajo su mirada. La arena había bajado de manera considerable. Eso solo sirvió para que Oliver se preocupara más.

—Quizá deberíamos probar algo que desencadenara el recuerdo —dijo Hazel, chasqueando los dedos—. Yo lo aprendí todo sobre esto. Dependencia del contexto. Como cuando un olor te trae un recuerdo repentino o un hecho aleatorio que pensabas que habías perdido.

—Una idea genial —le dio la razón David.

Mientras Hazel se dirigía a toda prisa hacia la Señorita Moretti, Oliver por fin encontró la fuerza en sus extremidades para ponerse de pie. Fue hasta el sofá y se dejó caer en él, agotado. Walter se sentó a su lado, dándole un golpecito en el hombro a su modo en parte agresivo y en parte cariñoso.

—¿Tiene algún perfume? —preguntó Hazel a la Señorita Moretti—. ¿Algo que lleve cada día?

—¿Perfume? —preguntó la mujer.

—Perdón, todavía no se ha inventado, ¿verdad? —respondió Hazel mientras una ligera vergüenza enrojecía sus mejillas—. Lo que quiero decir es ¿hay algo que se ponga en el cuerpo, algo que huela bien, para… ya sabe… esconder los olores corporales desagradables?

Oliver oyó que Walter soltaba una risita en voz baja. A pesar de todo, Oliver no pudo evitar que una pequeña sonrisa apareciera de repente en sus labios. Oír a Hazel andarse con rodeos en una pregunta tan personal era bastante gracioso.

—Uso una mezcla de especias y aceite de almendras —dijo la Señorita Moretti, que parecía algo molesta por la pregunta. Abrió el cajón superior y sacó una pequeña botella de cristal llena de un aceite de color ámbar—. Toma.

—Gracias —dijo Hazel, con las mejillas ahora de un rojo intenso.

Fue corriendo hacia Oliver y abrió el tapón de la botella. Se lo pasó por debajo de la nariz.

Oliver olfateó profundamente el dulce aroma a almendras. De inmediato, un rayo de dolor le golpeó justo entre las cejas. Chilló y se agarró la cabeza mientras el dolor se le metía en el cerebro. Una ola de náusea se metía en su interior capa a capa.

—¡Lo siento! —dijo Hazel, retirando la botella.

—No —dijo Oliver jadeando—. Creo que está funcionando.

Su mente empezaba a formular recuerdos y pensamientos. A pesar de sus manos temblorosas, hizo un gesto a Hazel para que le acercara de nuevo la botella.

Con una mirada de inquietud, Hazel lo hizo. Oliver olfateó otra vez.

El dolor le atacó diez veces peor que antes. Sentía que la sangre abandonaba su cara, dejándole las mejillas frías y húmedas. Empezó a respirar más deprisa, su ritmo cardíaco se aceleraba. Un sudor frío se apoderó de todo su cuerpo.

Pero en medio de todas las sensaciones desagradables, en la imaginación de Oliver se formó una imagen clara.

Podía ver un edificio. No, una iglesia. Un lugar de culto grande y opulento.

Había un púlpito y bancos de madera en forma de herradura alrededor. Una estatua. Columnas de mármol. Techos pintados.

—La Capilla Sixtina —se oyó decir a sí mismo Oliver, aunque no se había dado la orden a sí mismo de hablar.

La Señorita Lucía se incorporó. Frunció el ceño.

—¿Qué sucede con ella?

—No lo sé —dijo Oliver—. Pero la veo. Clara como el día. Nunca he estado allí y, sin embargo, supe enseguida dónde estaba.

Cuando el aroma de dentro de sus fosas nasales se desvaneció, también lo hizo la visión. El martilleo de dentro de su cabeza había disminuido a poco a más que un leve dolor.

—¿Esto es significativo? —interrogó Hazel a la directora.

—Yo me formé allí —explicó la Señorita Lucia—. Antes de descubrir que era una vidente, me eduqué en la Iglesia Católica. Pasé una gran parte de mi vida allí.

Oliver intercambió una mirada con sus amigos.

—Tal vez este sea el siguiente detonante —sugirió Hazel—. Si la Señorita Moretti fue educada allí, tiene sentido que algo de su conocimiento se desencadene si vuelve. Tú podrás recordar aún más, Oliver. ¡Tal vez incluso encontrar la pieza final de la fórmula para crear el Elixir!

Oliver podía ver que cada vez estaba más emocionada. Pero sus emociones eran más templadas. Odiaba sentir que buscaban una aguja en un pajar, que se agarraban a un clavo ardiendo. Pero debía recordarse a sí mismo que ahora tenía la inteligencia de dos videntes combinados. Si pudiera encontrar un modo de acceder al nuevo conocimiento, seguramente tendría una mayor posibilidad de terminar la fórmula que su padre había empezado.

—Tienes razón —le dijo a Hazel—. Vale la pena intentarlo.

Se puso de pie con esfuerzo.

—Gracias, Señorita Lucia. Por todo.

La directora asintió.

—Por favor. Para mí es un placer —Le dio la mano—. ¿Volverás algún día, Oliver Blue? Me encantaría entrenarte.

—No lo sé —respondió Oliver—. Ahora solo puedo pensar en el Elixir.

Parecía decepcionada pero la comprensión brillaba bajo su mirada.

—Eres un vidente noble —dijo—. Uno de los mejores. Margaret y Theodore estarían muy orgullosos.

Sus palabras significaban mucho para Oliver. Esperaba que en algún lugar en los recovecos de los recuerdos de Lucia Moretti, encontraría un día algo que le ayudara a llegar hasta sus padres.

—Llevaos a Gianni con vosotros —dijo la Señorita Moretti de repente.

Oliver frunció el ceño.

—Seguramente es demasiado peligroso. Y yo tengo mi propio guardaespaldas —

Hizo un gesto con la mano hacia David.

Pero la Señorita Moretti parecía insistir.

—Gianni es uno de los videntes más brillantes de la escuela. Puede guiaros a través de Roma hacia la Capilla Sixtina. Puede ayudaros.

Oliver no podía comprender por qué ella querría poner a uno de sus alumnos en grave peligro de esa forma, especialmente cuando los videntes canallas ya iban tras ellos.

Pero cuando le pasó el mensaje en italiano a Gianni, este pareció entusiasmado.

—Perfecto entonces —respondió Oliver—. Supongo que necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

El grupo se despidió de la directora. Gracias a ella, se iban con un par de manos de más en forma de Gianni y una mente extra, que actualmente estaba latente dentro de la de Oliver. Era más ayuda de la que jamás hubiera esperado y solo podía rezar para que fuera suficiente para ayudarlo a completar el Elixir y salvar la vida de Ester antes de que fuera demasiado tarde.

***

El día se había vuelto bastante frío mientras Gianni sacaba a Oliver y a los demás de la escondida Escuela de Videntes de Roma para volver a las calles. A Oliver le encantaría que hubiera tiempo para disfrutar de la vista, para contemplar la belleza de la ciudad derruida de la época del Renacimiento, pero sabía que no había tiempo que perder.

Mientras avanzaban, David no dejaba de mirar a su alrededor, con la mano preparada en el mango del cetro para luchar contra los canallas que pudieran atacar.

Atravesaron corriendo una plaza pavimentada que había entre enormes iglesias y edificios de piedra gris.

—Piazza —les dijo Gianni.

Después fueron a toda prisa por los callejones hasta que llegaron a un hermoso puente de piedra con muchos arcos que cruzaba un gran río. Al contrario que los edificios derruidos de Roma, este puente parecía estar mejor conservado.

—Fiume Tevere —les dijo Gianni.

La geografía de Oliver era lo suficientemente buena para saber que en su idioma, el río que atravesaba Roma se conocía como el Tíber. Entonces se dio cuenta de lo maravillosamente básicos que eran los ríos. Siempre estaban ahí. No importaba a qué siglo viajara, los grandes ríos eran una constante. El Támesis. El Charles. Y ahora el Tíber. Parecía que el paso del tiempo no les afectaba, como si estuvieran congelados para siempre, y eso hacía que Oliver se solidarizara enormemente con ellos; los ríos y los videntes tenían eso en común.

Gianni los llevó hasta el puente –Oliver se sintió aliviado al ver que era fuerte bajo sus pies-y empezaron a cruzar el río a toda prisa. Debajo de ellos, las vacas bebían agua y pastaban en las herbosas orillas. El agua no apestaba a estiércol como lo había hecho el Támesis, lo cual era un alivio, aunque Oliver se oponía igualmente a caer en él, pues sabía perfectamente bien la poca higiene que había en aquel tiempo.

Gianni señaló hacia delante a una gran pared de unos seis metros de altura.

—El Vaticano —dijo.

Oliver asintió. Lo entendía. Al contrario que en su época, el Vaticano

todavía estaba separado del resto de Roma, cerrado tras un muro como una ciudad independiente. No se le había ocurrido que entrar pudiera suponer un problema.

Esta no era la época del turismo. ¡La Capilla Sixtina no estaría exactamente abierta a los visitantes!

Fueron a toda prisa hacia la gran entrada arqueada de piedra. Estaba bloqueada por una gran puerta de madera, igual que podría estarlo en un castillo medieval.

Había unos guardias colocados fuera.

Sin tan solo una pizca de recelo, Gianni fue hacia los guardias y empezó a hablar con ellos en italiano. Señaló a Oliver y, a continuación, les mostró su llave con el símbolo del aro de tres ojos de la Escuela de Videntes.

Igual que previamente con Oliver y sus amigos, el símbolo tuvo un efecto inmediato en los guardias. Se apresuraron a girar la manivela de madera. La enorme portezuela se abrió con un chirrido de sus bisagras.

—¿Qué les dijo? —le preguntó Oliver a David, pues era el único de la panda que hablaba italiano.

—Que esto era una urgencia —explicó David.

Oliver reflexionó sobre ello. En efecto, para él sí que era una urgencia. Salvar a Ester era lo más importante personalmente. Pero no era urgente para la Señorita Lucia, ni para Gianni. Se preguntaba si a Gianni se le daba bien actuar. O quizás era la amenaza de los canallas que habían traído con ellos al activar el portal lo que hacía de esto una urgencia. Cada momento que Oliver y sus amigos pasaban aquí era otro momento que traía un posible peligro a las puertas de la Escuela de Videntes de Roma.

En cualquier caso, esto no parecía importar mucho. Habían podido entrar en el Vaticano. A continuación, solo tenían que meterse en la Capilla Sixtina.

Una vez más, Gianni los guiaba. El chico parecía tener unas habilidades de navegación impecables.

A diferencia de Roma, el Vaticano parecía conservarse de forma impecable. La

iglesia católica era la propietaria de toda la ciudad y, por eso, debían de haber usado los fondos de la iglesia para su mantenimiento. Era bastante hermoso y Oliver se sentía honrado por estar andando por las antiguas y famosas calles.

No muy tarde, llegaron al exterior de la Capilla Sixtina.

Era impresionante verla en vivo y en directo. Oliver solo la había visto en los libros de texto o en la televisión. Pero en la realidad era mucho más. Era enorme y su tamaño le hacía sentir muy honrado por estar allí, experimentando algo que poca gente experimentaría jamás.

Subieron las escaleras de piedra, sus pasos apresurados resonaban en la Piazza vacía. Cuando llegaron a la puerta, David y Gianni tuvieron que tirar juntos de la puerta para abrirla.

Una ráfaga de aire frío golpeó a Oliver. Él tembló. Las iglesias siempre le parecían frías, con toda esa piedra y el poco aislamiento térmico. Se frotó los brazos mientras entraba con cautela. Olía a polvo.

Los otros le siguieron, merodeando tras él mientras caminaban por los azulejos de mármol del decorado suelo hacia el centro.

—¿No se supone que hay una pintura? —le preguntó Walter a Hazel, mirando hacia arriba.

—Supongo que todavía no está terminada —le dijo ella—. Miguel Ángel empieza a pintarla en 1508, así que debemos haber ido a parar a una época anterior a eso.

Oliver apenas estaba al tanto de la conversación entre sus amigos que tenía lugar tras él, pero se centraba principalmente en explorar la iglesia, en busca del lugar de sus recuerdos.

De repente, se detuvo y se quedó helado.

—Es este —anunció, sintiendo una abrumadora sensación de déjà vu —. Este es el lugar de mi recuerdo.

Se dio la vuelta para mirar a sus amigos que estaban tras él. Pero entonces, de repente, Oliver sintió una ráfaga de calor procedente de encima suyo.

Al unísono, David, Hazel, Walter y Gianni soltaron un grito ahogado y pusieron cara de sorpresa.

Oliver levantó la cara con un movimiento brusco. Un gran chorro de luz brillaba desde el techo hacia él como un foco. Era cálido y el calor se le filtraba en la piel. Unas pequeñas motas de oro brillaban en el rayo.

—¿Qué está pasando? —tartamudeó Oliver.

De repente, tuvo la sensación de que unas ondas le atravesaban todo el cuerpo como fuego que corría por sus venas. Pero no le dolió como los impulsos eléctricos de la Señorita Moretti lo habían hecho. Era más como un bálsamo relajante. Como un caldo de pollo cuando estás enfermo. Como el chocolate caliente en un día de lluvia. El abrazo de una madre cariñosa.

Oliver cayó de rodillas mientras la luz lo empapaba, lo calmaba, lo reconfortaba.

Las pequeñas motas de oro se colocaron sobre su piel y, a continuación, esta pareció absorberlas. Y a medida que su cuerpo absorbía más y más oro brillante, su sensación de paz y tranquilidad se hacía más grande.

Finalmente, la luz se apagó. Aparecieron de repente unas sombras. Se hizo el silencio.

—¿Oliver? —preguntó Hazel—. ¿Estás bien?

Oliver se quedó quieto por un instante. Después, poco a poco, alzó la cabeza y miró a sus amigos a los ojos. Todos parecían preocupados. No los culpaba.

Desde donde ellos estaban debió de haber parecido inquietante. Pero Oliver no se sentía para nada asustado. Se sentía totalmente en paz.

—¿Me podríais traer el cuaderno de mi padre? —preguntó, oyendo el extraño ritmo en su voz que no había oído antes, como si algo de la afectación de la Señorita Lucia se hubiera convertido en suya propia.

Hazel lo sacó de su bolsa y se apresuró a dárselo.

Oliver empezó a examinarlo, leyendo la fórmula que antes parecía no tener sentido con una nueva comprensión.

—Sí, entiendo… —empezó a murmurar, mientras empezaba a descifrar el

código.

—Ollie —dijo Walter, acercándose también a él—. ¿No tendrías que frenar un poco?

—¿Frenar? —respondió Oliver con curiosidad en su voz—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque un enorme rayo de luz blanca acaba de aparecer de la nada y tú absorbiste un montón de copos de oro extraños en tu piel.

Oliver se quedó quieto y alzó la mirada hacia Walter y después hacia Hazel. Tras ellos, veía que Gianni y David estaban nerviosos. Todos parecían preocupados.

Pero Oliver estaba calmado.

—Estoy bien —respondió.

—¿Estás seguro de eso? —le interrogó Hazel—. Quiero decir que nosotros no tenemos ni idea de lo que te acaba de pasar. O de por qué.

—El poder celestial —dijo Oliver, la palabra venía de un recoveco de su mente al que nunca antes había tenido acceso.

—¿Cómo? —preguntó Walter, levantando una ceja—. Nunca he oído hablar de eso.

—Ni yo tampoco —confesó Oliver—. Pero ahora sé que es eso —Desvió su atención de nuevo a la fórmula de Teddy—. Ahora silencio. Tengo que trabajar.

Sus amigos se quedaron callados, pero él notaba que la preocupación salía chisporroteando de ellos como una carga eléctrica. Estaban muy tensos, muy inquietos, mientras él se sentía de repente extremadamente concentrado y tranquilo.

De golpe, Oliver se dio cuenta de dónde se había equivocado su padre y de qué faltaba en la fórmula.

—Falta un ingrediente —dijo Oliver—. Pero no sé qué puede ser.

Justo entonces, salió un tipo de entre las sombras. Todos se encogieron de miedo. David desenfundó su arma.

—¿Quién eres? —preguntó, con el cetro levantado.

El hombre alzó sus manos en defensa.

—Por favor. No estoy aquí para haceros daño —Su voz era muy tímida—.

Creo… creo que puedo ayudaros.

David se acercó más con su cetro.

—¿Cómo puedes ayudar? ¿Qué viste?

El hombre se acobardó un poco ante la hostilidad de David. Oliver quería decirle a su guardaespaldas que se calmara un poco pero después recordó que David solo hacía lo que había prometido que haría: mantener a salvo a Oliver.

—Soy boticario —tartamudeó el hombre—. Vi la luz. Vosotros sois videntes,

¿verdad?

Oliver escuchó con curiosidad. Se suponía que los videntes eran un secreto firmemente guardado. Si este hombre los conocía, debía de ser muy importante.

Oliver se levantó de donde estaba arrodillado en el suelo y fue andando hasta el hombre.

—¿Qué sabe de los videntes? —preguntó.

—Sé que tú eres uno de ellos —dijo el boticario—. Y que se supone que yo debo guiar a uno. Creo que tú eres el que yo estoy destinado a ayudar.

Oliver recordó que a menudo los videntes eran emparejados con un guía humano, alguien brillante que pudiera ayudarlos en su viaje a lo increíble. Pero Oliver ya tenía un guía –Armando Illstrom.

—Usted no es mi guía —le dijo Oliver—. Pero quizás haya alguna razón por la que estuviéramos destinados a encontrarnos.

Aunque no fuera el guía de Oliver en concreto, era obvio que el hombre era importante si lo habían considerado suficientemente excepcional para saber de la existencia de los videntes.

Pero el hombre parecía insistente.

—Se supone que debo guiar al chico de la piel dorada —dijo—. El chico que está buscando el Elixir.

Oír la palabra elixir fue como si le hubiera alcanzado un rayo. Oliver lo sintió con la misma fuerza que un puñetazo. Empezó a acelerársele el corazón. Por primera vez, sentía que ahora estaba en el camino correcto, que todas las piezas estaban encajando.

—Ese soy yo —le dijo Oliver, asintiendo—. Pero como le dije, yo tengo un guía.

Yo no soy el vidente al que usted guiará. Pero lo que sí que creo es que está destinado a ayudarme. ¿Quién es usted?

—Solo soy un humilde boticario —dijo el hombre—. Tengo un taller en Roma.

He estado viniendo aquí día tras día durante una década, esperándote a ti, al chico bañado en oro que completará el Elixir.

Oliver sabía que debería de sentirse aturdido, o sorprendido, o anonadado. Pero no era así. Los poderes celestiales que había absorbido solo le hacían sentir sereno.

—Entonces lléveme a su taller —le dijo con clama—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

CAPÍTULO DIEZ

Ester sentía que sus párpados se agitaban. La luz del sol entraba a chorro por ellos, chamuscándole las retinas. Intentó incorporarse, pero se encontró con que su cuerpo estaba completamente inmóvil. El pánico se apoderó de ella.

—Chss, chss, estoy aquí —dijo una voz que venía de su lado—. No pasa nada.

Empezó a recuperar los recuerdos. Estaba enferma. No, muriendo. Estaba en el ala del hospital. ¡Y Oliver estaba allí! Le había cogido de la mano y le había dicho que iba a curarla.

—¿Oliver? —tartamudeó, mientras el corazón le palpitaba.

Se obligó a abrir los ojos y movió la cabeza hacia la voz. Pero para su decepción, no era Oliver el que estaba sentado a su lado. Era Edmund.

Ella hizo una mueca y soltó un fuerte suspiro de resignación.

—Oliver se ha ido —dijo Edmund con un tono gélido—. Ha huido cuando tú lo necesitabas. Soy yo el que está aquí cuidando de ti.

Ester notaba que tenía la garganta seca. El esfuerzo al hablar de pronto le parecía demasiado.

—¿Por qué? —fue lo único que consiguió decir.

Sintió que Edmund le apretaba con fuerza la mano. Le acariciaba la piel con el pulgar una y otra vez, provocándole la sensación de que unas patas de araña subían sigilosamente por el espinazo.

—¿Por qué qué, mi amor? —murmuró Edmund.

Ester apretó los dientes.

—¿Por qué. Estás. Aquí? —Cada palabra se le hacía como escalar una montaña.

—Estoy aquí porque te quiero, tonta —respondió Edmund, riéndose por lo bajo

—. Estoy aquí para cuidarte. Porque te quiero. ¿Sabes? Tú crees que es Oliver el que te quiere pero no es así. Yo soy el único para ti.

Ester notó el sabor de la bilis en la parte posterior de la garganta. Odiaba a Edmund. Odiaba todo lo que él representaba. Era un cruel abusón. No poseía ninguna de las cualidades que le hacían querer a Oliver. De hecho, ¡no podía estar más lejos de él!

—No —dijo Ester, con la voz saliendo como un susurro parecido a un graznido

—. No.

—¿No qué? —preguntó Edmund con su voz repugnante y empalagosa.

—No. Te. Quiero.

Hubo una pausa. Ester miraba a Edmund a través de sus ojos medio cerrados, intentando descifrar qué le estaba pasando por la mente. Notó que le soltaba la mano.

—¿Qué? —dijo.

Su tono había cambiado. Ya no era mimoso, sino frío y sin emoción, como si hubieran tocado un interruptor.

Ester no tenía fuerzas para repetir.

—Ya lo has oído —fue lo único que pudo decir.

Edmund se levantó rápidamente, su silla chirrió con la brusquedad de su movimiento.

—De acuerdo, lo he oído —dijo furioso con desprecio—. Y te arrepentirás de esto.

Ella escuchaba el ruido de sus pasos mientras se marchaba hecho una furia.

Una sensación de paz la anegó. Edmund se había ido. Qué alivio.

Pero al no tener que centrarse en él, Ester era más consciente de su dolor. Sentía golpes en la cabeza. Sentía que tenía mucha fiebre y notaba que las sábanas estaban empapadas en sudor. Oía su propia pulso en sus oídos, latiendo con demasiada rapidez como si su corazón estuviera funcionando a toda máquina.

Era espantoso.

De repente, notó que una presencia se acercaba a su cama. Preocupada porque fuera Edmund que volviera a molestarla, intentó abrir los ojos.

—Tranquila, Ester —se oyó la voz reconfortante del Profesor Amatista —. No hagas mucho esfuerzo.

A Ester se le hizo un nudo en la garganta. Se sentía muy aliviada por tener al director allí a su lado. Era más que reconfortante.

—¿Dónde está Oliver? —dijo con voz ronca.

Si alguien podía saber dónde estaba su enamorado, ese era el Profesor Amatista.

—Se ha ido a buscar una cura, Ester.

—¿Se ha ido?

Notó que el profesor le apretaba el brazo para consolarla.

—Pero no te preocupes. Él aún puede verte. Le di un amuleto de zafiro. Siempre que lo mire, puede verte.

Ester sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Estaba abrumada por el alivio de saber que dondequiera que estuviera Oliver, realmente no la había abandonado. Todavía podía verla. Esa conexión bastaba para hacer que sintiera como si realmente estuviera allí. De hecho, casi podía sentir que su mano rodeaba la de ella.

Justo entonces, notó le metían algo frío a presión en la mano. Parecía cristal.

—Esta tintura contiene una poción muy especial —dijo el Profesor Amatista—.

Llegará un momento, en un futuro cercano, donde tendrás que usarla. Cuando tomes la sustancia, tendrás una explosión de energía. Pero debes ir con cuidado para no usar toda la energía que te da. Si te excedes y agotas hasta la última gota de energía, morirás. Así que úsala con sensatez. Ya sabrás cuándo.

Ester apretó la mano alrededor del pequeño vial de cristal. Entonces todo se volvió oscuro y ella volvió a quedarse inconsciente.

CAPÍTULO ONCE

Para Christopher, Roma era igual de insípida que había sido Londres. Edificios de piedra gris y más iglesias de las que serían necesarias, calles adoquinadas y sucias por las que costaba caminar, mendigos y zorros con aspecto harapiento, y un río grande, viejo y sucio. ¡Ni siquiera había coches! Solo caballos estúpidos que hacían que todo apestara a estiércol. Chris ansiaba un poco más de emoción en su vida. Con suerte, cuando hubiera matado a Oliver, la Señorita Obsidiana lo recompensaría enviándolo al futuro. ¡Cómo le gustaría ver un coche volador!

El cielo cada vez estaba más oscuro y Christopher no estaba más cerca de encontrar a Oliver. Sus viajes los habían llevado hasta el río, al que atravesaban varios puentes de piedra arqueados. Al otro lado parecía haber varias iglesias con un diseño extremadamente meticuloso.

Chris se burló.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de pueblo iglesia?

Malcolm le lanzó una fulminante mirada asesina.

—Sí. Es el Vaticano. ¿Has oído hablar de él? Ya sabes, donde vive el Papa.

En realidad Chris no había oído hablar del Vaticano, aunque sí que sabía que para mucha gente el Papa era algo muy importante.

—Sí —murmuró bruscamente—. Claro que sí.

Malcolm reprimió una sonrisita.

—Seguro que sí —respondió con sarcasmo. Después cruzó los brazos y lanzó una mirada cansada y asesina a Christopher—. Así, oh Poderoso Líder, ¿a dónde vamos exactamente? Está oscureciendo y todavía no hemos encontrado ni una sola pista.

Chris notaba que el enfado borboteaba en su barriga. Malcolm era como un grano en el culo. Deseaba desesperadamente que la Señorita Obsidiana no lo hubiera mandado a esta misión. A él le iría mucho mejor sin sus constantes quejas.

—Este lugar es pequeño –dijo Chris—. Oliver acabará apareciendo.

Oyó que Madeleine suspiraba a su lado. Giró bruscamente la cabeza hacia allí.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó.

A Madeleine se le enrojecieron las mejillas.

—No —dijo rápidamente, un poco acobardada ante el dominio de Chris—.

Tengo los pies cansados. Eso es todo.

—Yo estoy aburrida —dijo una segunda voz.

Christopher se giró para mirar a Natasha, la chica alta a la que Malcolm no dejaba de mirar. Tenía una pierna apoyada y doblada contra el lateral del puente, y se estaba quitando esmalte negro de la uña del pie. Alzó lentamente la mirada, con un aspecto entre cansado e indiferente.

—Qué mal —le dijo Chris—. Solo estás en esta misión porque Malcolm está colado por ti. Y Malcolm solo está en esta misión porque al parecer la Señorita Obsidiana piensa que yo necesito competencia para hacer las cosas. Aunque no es así. Podría encontrar a Oliver con los ojos cerrados.

Natasha levantó las cejas.

—No me tientes —dijo con su voz lenta y monótona.

Malcolm se rio de forma desagradable.

—Natasha es la mejor de la clase con la especialidad biológica —dijo con voz altiva—. Podría convertirte en rana si la molestas demasiado.

Chris chasqueó la lengua y negó con la cabeza. Por supuesto, no solo había elegido a Natasha porque pensaba que era guapa. Había elegido a alguien que pudiera ser su guardaespaldas, que le protegiera contra Christopher. Típico.

Chris debería haberlo sabido. Entonces no hubiera desperdiciado su elección con esa estúpida cabeza de zanahoria de Madeleine, que hasta el momento había sido inútil y que a la Señorita Obsidiana no le gustaba especialmente. Tendría que ganarse su lealtad de alguna manera o ya veía que Malcolm aprovecharía esta oportunidad para hacerle daño.

—Chicos, si estáis tan aburridos —dijo Christopher—, quizá deberíamos hacer un poco de daño. Vamos a liarla un poco.

Natasha se animó de repente.

—¿Te refieres a grafiti? Traje mis botes de espray —Cogió su bolsa y la abrió, en ella había varios botes de pintura en espray que tintineaban los unos con los otros. Desprendían un olor químico.

—No sé si esto es buena idea —dijo Malcolm—. Podríamos complicar la línea temporal.

—¿Desde cuándo te importa eso? —replicó Chris, mientras buscaba dentro de la bolsa de Natasha y sacaba el bote de pintura negra—. Tú destruiste todo tipo de obras de arte valiosas cuando estuvimos en casa de Newton.

—Eso fue muy diferente —respondió Malcolm violentamente—. Destruimos algunos cuadros, es verdad, ¡pero no introdujimos una tecnología en el entorno en que todavía no la habían inventado! ¡No tienes ni idea de lo que podría pasar si usas eso! ¿Qué pensará la gente que lo vea? ¿Que los extraterrestres vinieron de visita?

Pero Chris ya no escuchaba las quejas de Malcolm. Agitó el bote, se agachó al lado de la pared de piedra del puente, apartó un matorral que estaba en el medio y apretó la boquilla. Salió un chorro de pintura y cubrió con una capa el lateral del puente de piedra. Garabateó su

nombre y se sentó, satisfecho.

—Oh, mira —dijo con tono irónico—. No ha pasado nada.

Malcolm parecía nervioso.

—Sí, bueno, ¿tengo que recordaros que fracasamos en la última misión? ¡Tal vez porque nuestro líder nos hizo hacer cosas inútiles como destruir cuadros!

Pero nadie escuchaba ya a Malcolm.

Natasha se rio. Fue corriendo hacia allí y empezó a pintar su nombre sobre la piedra, usando colores vistosos. Era muy artística. Su letra molaba.

Chris giró los ojos.

—Mis tropas necesitan soltarse un poco. ¿Verdad, chicos?

Le tiró el bote a Madeleine. Ella lo cogió y se apresuró a añadir su nombre al lado del de Chris.

Malcolm simplemente observaba con aspecto resentido, como si hubiera chupado un limón. Chris sonreía por dentro. Esto era exactamente lo que había estado esperando. Quería que Madeleine y Natasha estuvieran en su equipo, y Malcolm se quedara fuera. Ahora, con sus tres nombres garabateados en la pared y el de él ausente, parecía que estaba un paso más cerca de conseguir su objetivo.

—Bueno, mientras vosotros tres estabais ocupados perdiendo el tiempo —dijo Malcolm—, yo vi algo que podría ser interesante.

—¿Sí? ¿Qué? —preguntó Chris, no creyéndoselo ni por un segundo.

Malcolm señaló hacia las torres de la iglesia del Vaticano al otro lado del río.

—¿Qué os parece una luz blanca grande y brillante?

Madeleine se puso de pie en un instante, los ojos le brillaban por la emoción.

—¿Luz celestial?

Malcolm asintió.

—Eso creo.

Chris también se levantó y fue hacia ellos.

—¿Qué es la luz celestial?

Malcolm se burló.

—Siempre olvido la poca educación que tienes —Su voz había adquirido de

nuevo su tono arrogante.

Chris sentía que le hervían las entrañas por la repugnancia.

—El poder celestial —explicó Madeleine— es un tipo de don de los videntes. Es muy raro. Posiblemente, incluso el más raro. El universo solo dotará a alguien con poderes celestiales en tiempos de gran crisis. He oído decir que una persona a la que se le infunde ese poder realmente podría morir por el esfuerzo de contenerlo. Realmente no es algo que el vidente medio pueda resistir. Pero se supone que solo es temporal. A diferencia de las habilidades habituales de un vidente que permanecen contigo a lo largo de la vida y que puedes pulir y perfeccionar, los poderes celestiales se consumen. Una vez se agotan, se acabó.

Desaparecen.

Chris reflexionó acerca de sus palabras. Si solo se les podían dar poderes celestiales a los videntes, eso significa que debía de haber un vidente cerca.

¿Podría ser Oliver? ¿Era esta su primera pista?

—¿Dónde viste la luz? —le preguntó a Malcolm.

—Parecía que provenía de la Capilla Sixtina —respondió, con un aspecto de estar completamente orgulloso de sí mismo.

No había otra cosa que Chris deseara más que sacarle a Malcolm la sonrisa engreída de la cara de un puñetazo.

—Bueno, esa es la mejor pista que tenemos por ahora —dijo Natasha encogiendo los hombros de forma despreocupada—. Venga. Vamos a comprobarlo.

Se dispuso a cruzar el puente.

—¡Eh! —vociferó, dando un fuerte pisotón.

Natasha se quedó helada y se dio la vuelta para mirarle.

—Soy yo el que da las órdenes —le dijo Chris, con firmeza.

Hubo un momento de duda, como si Natasha fuera a desafiarle. Pero al final, cruzó los brazos y levantó una ceja.

—Vale, de acuerdo. Como quieras.

Chris miró a su supuesto ejército. No toleraría disentimiento entre sus filas.

Tenían que seguirlo como líder. Tenían que obedecer todas sus órdenes.

—El mejor procedimiento —dijo, intentando sonar autoritario— es seguir esta posible pista a la Capilla Sixtina.

Natasha se burló.

—PERO… —añadió Chris, levantando la voz por encima de su insubordinación

— actuad con cuidado. Si Oliver es el vidente al que le han dado poderes angelicales…

—…celestiales… —le corrigió Madeleine con voz tímida.

—Poderes celestiales, entonces podría ser más fuerte de lo que esperamos.

Malcolm parecía molesto.

—Y yo que pensaba que eras tú el más fuerte de los videntes. Parece que te dé miedo un poco de polvo cósmico.

—¡A mí no me da miedo nada! —vociferó Chris.

Pero veía que estaba perdiendo su poder sobre ellos. Madeleine y Natasha habían dejado de escuchar y se dirigían tranquilamente hacia el puente.

Malcolm hizo lo mismo, dando un golpe en el hombro a Chris al pasar.

—Gran mando.

CAPÍTULO DOCE

La misma sensación de tranquilidad que Oliver había sentido en la Capilla Sixtina permanecía en él mientras seguían al boticario a través del puente hacia Roma.

Pero justo cuando llegaron al final del puente, algo muy extraño llamó la atención de Oliver. Detrás de los matorrales había unos colores brillantes y parecían muy artificiales en este entorno.

—¿Qué es eso? —dijo Oliver en voz alta, alejándose del resto del grupo.

David lo siguió de cerca a su lado, dejando a los demás a la espera.

Cuando llegó al seto, Oliver lo apartó con un brazo. Soltó un grito ahogado ante lo que vio. Había tres nombres garabateados con pintura de grafiti sobre la piedra. «Madeleine». «Natasha». «Chris».

El shock se apoderó de él. Conocía la letra de su hermano a la perfección. Chris estaba allí.

—¿Qué es esto? —le preguntó David, al ver claramente el susto en su cara.

—¡Mi hermano! —tartamudeó Oliver—. Está con los Obsidianos. Nos están persiguiendo.

David cogió el cetro de su espalda y lo alzó en posición de pelea.

—Yo te protegeré —dijo, mientras echaba una mirada de un lado a otro rápidamente.

—Salgamos rápido de aquí —dijo Oliver—. Vamos.

Volvieron a toda prisa con los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Hazel.

—Mi hermano está aquí —le dijo Oliver.

Abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—No lo sé. Pero me ha dejado una señal. Y se ha traído a otros Obsidianos.

Todos se quedaron sin respiración.

—¿Crees que lo han mandado para que te mate? —preguntó Walter.

—Oh, sé que le han mandado para que me mate —respondió con seguridad Oliver. No había olvidado la mirada en los ojos de Chris mientras forcejeaban a orillas del Río Támesis. Su hermano lo quería muerto. No existía ninguna otra razón por la que estuviera allí, en el mismo tiempo y lugar que Oliver.

—Démonos prisa —dijo David.

Le explicó la situación a Gianni, que pareció sorprenderse ante la noticia, después continuó guiándolos.

Mientras corrían por las deterioradas calles de Roma, Oliver no podía parar de mirar por encima del hombro, medio esperando ver a Chris siguiéndoles. Estuvo todo el día nervioso.

El boticario los llevó hasta una pequeña cabaña de piedra. Fuera había un pequeño letrero de madera con el símbolo de una cruz en él.

Cuando les mostró el interior, Oliver sintió que se relajaba al instante. La sensación de paz que lo había impregnado en la Capilla Sixtina volvió.

Estaban en una habitación sencilla. Las paredes estaban llenas de estanterías de madera y estas estaban abarrotadas de frascos de varias formas y tamaños llenos de líquidos y polvos. En el centro de la habitación había una mesa grande sobre la que había herramientas que parecían de equipamiento científico, entre ellas jeringas, cuencos y cucharas de madera para mezclar.

Aquel lugar a Oliver le hacía pensar en la guarida de una bruja. Por lo menos debería haber sentido una pizca de preocupación, pero en cambio se sentía muy decidido. Entró, las tablas de madera crujían con su peso y él empezó a mirar todos los diferentes polvos.

—Tapioca —dijo, cogiendo un tarro polvoriento de la estantería—. La recuerdo de una de las recetas de Newton.

—¿Newton? —preguntó el boticario, que parecía confundido.

Oliver selló los labios. No le tocaba explicar el futuro.

—Es una especie un boticario, aunque trabajaba más con metales que

con medicinas. Es de Inglaterra. Mire, tengo algunos de sus textos. Podrían ayudarnos.

Sacó de su bolsa algunas de las páginas que Newton le había dado y se las pasó al hombre. Este las cogió de buena gana, fue corriendo hasta la mesa y encendió una vela para poder leer las páginas.

Justo entonces, Oliver notó que alguien le tocaba suavemente el brazo. Al mirar, vio que era Hazel. Parecía prudente, tal y como lo había sido en el Vaticano.

—No tienes de qué preocuparte —le dijo—. Sé que este hombre puede ayudarnos.

—No es el quien me preocupa —respondió Hazel—. Oliver, creo que tienes que frenar un poco. Acabas de recibir mucho poder. Nadie sabe cómo podría afectarte.

Oliver estaba de acuerdo con ella en que parecía que actuaba por instinto.

—No puedo frenar —le dijo Oliver. Hizo un gesto hacia David y el cetro que llevaba sujeto a la espalda—. A Ester se le está acabando el tiempo.

—Lo sé —dijo Hazel—. Pero tú te estás comportando como un… maníaco.

Desde que te dieron los poderes celestiales actúas de una forma muy rara.

Oliver agradecía su preocupación pero estaba seguro de que iba por el buen camino. Ahora estaba demasiado concentrado como para parar.

—Estamos cerca —le dijo—. Puedo sentirlo. Casi lo tenemos.

Por lo menos, el boticario parecía compartir el entusiasmo de Oliver. En ese momento, alzó la mirada de la mesa e hizo una señal a Oliver para que se acercara.

—Ven, chico, mira esto.

Oliver fue corriendo hacia allí y echó un vistazo por encima de su hombro.

Estaba señalando una lista de ingredientes y una receta, casi como la que mirarías para hacer un pastel. Un pastel hecho de estrafalarias

aleaciones de metales, claro.

Oliver se sentó en el banco al lado del hombre, sumamente consciente del gran suspiro que había soltado Hazel y agachó la cabeza para ponerse a trabajar.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó el boticario, agitando los papeles de Newton—. Esto es material extremadamente avanzado.

Fue Hazel la que contestó, desde el taburete en el que estaba sentada al otro lado de la habitación—. Sí, sí que es material avanzado, ¿verdad, Oliver? Casi como si viniera del futuro.

Oliver comprendió lo que estaba intentando decirle. Traer conocimiento del futuro al pasado podía ser peligroso, especialmente si caía en las manos equivocadas. Quizás ella tenía razón en que se estaba precipitando con las cosas.

—Recuérdemelo —dijo Oliver—. ¿Por qué me está ayudando?

—Ya te lo dije —respondió el hombre—. Se supone que tengo que guiar a un chico vidente.

Oliver asintió.

—Sí, lo recuerdo. Pero ¿cómo supo de los videntes? ¿Quién le dijo que se había convertido en guía?

—Seguramente no me creerás si te lo digo, pues la historia es bastante extraña.

Pero un caballero vino a visitarme, aquí a mi taller. Llevaba la ropa más rara que jamás había visto. Era del color de una hoja de otoño y a rayas.

A Oliver le dio un salto el corazón. Desde el rincón sombrío de la habitación, oyó el grito ahogado de sus amigos.

—Parece el Profesor Amatista.

El profesor había sido el que había visitado al guía de Oliver, Armando, visitándolo en su fábrica de inventos en Nueva York en tiempos de guerra. Había sido él el que había visitado a muchos otros guías y les había hablado de su propósito. Si su querido mentor y director había sido el hombre con el que se había encontrado el boticario, entonces no había ninguna duda al respecto. Era el destino.

Oliver miró a Hazel. Ella asintió para afirmar –un poco a regañadientes, se dio cuenta Oliver-; Hazel odiaba siempre que se demostrara que se equivocaba.

Volvió a su trabajo con el boticario, ahora más animado por la conexión con el Profesor Amatista. El hombre también parecía muy entusiasmado con la tarea.

El hombre iba corriendo de un lado a otro del laboratorio seleccionando diferentes productos y sustancias químicas para mezclar.

Oliver observó que el boticario tenía su propio cuaderno de notas con fórmulas garabateadas que era muy parecido al de su padre. Evidentemente, había estado intentando descifrar el código del Elixir durante un tiempo.

—Tome —dijo Oliver, mientras sacaba su posesión más preciada de la bolsa de Hazel—. Este es el cuaderno de mi padre. Dentro tenía su propia versión de la fórmula. Tal vez si las mezclamos nos acercaremos más.

Oliver sabía que no debía traer demasiado conocimiento del futuro al pasado, pero sabía que podía confiar en este hombre y, si esto les ayudaba a salvar a Ester y a la escuela, entonces valía la pena.

Al boticario se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! ¡Qué maravilla!

Examinó el cuaderno de Teddy Blue y la fórmula que había dentro con una gran curiosidad.

Oliver y el boticario continuaron trabajando juntos, probando diferentes sustancias químicas que podrían contener la pista, que podrían ser la pieza final necesaria para completar el Elixir. Pero no importaba las combinaciones que usaran, el resultado no era el que querían. Era inútil. Todos sus intentos fracasaban.

Justo entonces, Oliver se dio cuenta de que la vela que había en el centro de la mesa se había consumido hasta quedarse en un resto. Por las ventanas se veía que el cielo se había vuelto negro como el carbón.

Se levantó de golpe, sobresaltado al ver todo el tiempo que había pasado mientras había estado absorto en esta tarea. En el sofá de la esquina, todos sus amigos estaban dormitando.

—Hemos fracasado —dijo Oliver, dándose cuenta de repente de que no quedaba nada más por intentar.

Toda la tranquila paz que sentía se derrumbó de golpe. De repente, la luz parecía más oscura y las sombras que proyectaba la luz de las velas parecían crecer y echársele encima. Una sensación de pánico se apoderó de él.

Sentía como si se le rompiera el corazón. Había estado siguiendo todos estos trozos de pistas y no lo había llevado a ningún sitio.

Agarró el amuleto de zafiro que tenía alrededor del cuello y miró fijamente dentro de la gema negra la cara de Ester mientras dormía. Todavía parecía aquejada, como si tuviera dolor y estuviera luchando contra la fiebre. Mirarla hacía que Oliver se sintiera afligido.

—Espera —dijo el boticario—. ¿Qué es eso?

Estaba mirando el amuleto de Oliver.

—Es un amuleto de zafiro —dijo Oliver con tristeza—. Tecnología de videntes.

—Pero ¿qué es lo que hay dentro? —insistió el boticario—. ¿Quién es esa chica?

—Es Ester —explicó Oliver—. Es la chica que está muriendo y para la que necesito el Elixir para que se cure. El amuleto de zafiro me permite verla a través del espacio y el tiempo —El dolor que tenía dentro era cada vez más y más fuerte. Se sentía desolado—. Pero he fracasado. Va a morir.

Pero el boticario negaba con la cabeza una y otra vez. Cogió el amuleto y miró fijamente dentro e él.

—Conozco su cara –dijo.

Oliver estaba estupefacto. La sorpresa le vino como un golpe.

—¿Cómo? No lo entiendo.

El boticario se daba golpecitos en la barbilla como si estuviera en profunda contemplación.

—Sí. ¡Seguro que es ella! Es una musa, ¿sabes? El tema de una serie de pinturas.

—¿Cómo? —exclamó Oliver. La mente le daba vueltas—. Eso no tiene sentido.

—Cómo no lo sé, si me dices que es una chica del futuro —admitió el boticario

—. ¡Pero estoy seguro de que es la misma chica!

—Bueno, entonces ¿de quién es la musa? —preguntó Oliver, que se sentía aturdido por la revelación.

—Un joven artista llamado Miguel Ángel —respondió el boticario—. Reside en Florencia, creo, y corre el rumor de que posee habilidades mágicas.

Oliver no podía creerlo. Unos instantes antes se sentía desesperado. Pero ahora había una pizca de optimismo. Había viajado atrás en el tiempo las veces suficientes como para saber que cuando se rumoreaba que una figura histórica muy importante y consumada tenía poderes mágicos o místicos, normalmente significaba que era un vidente.

Fue corriendo hacia sus amigos.

—¡Chicos! ¡Despertad!

Walter se frotó sus ojos soñolientos.

—¿Hiciste el Elixir?

—No —dijo Oliver, negando frenéticamente con la cabeza—. Pero sé dónde tenemos que ir a continuación.

Gianni le hizo una pregunta en italiano a David. David le respondió encogiendo los hombros.

—Tenemos que ir a Florencia —les dijo Oliver—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

—¿Florencia? —preguntó Hazel, aplanándose con la mano su enredado pelo—.

¿Qué hay en Florencia?

—¡Miguel Ángel! —gritó Oliver.

Hazel frunció el ceño. Lanzó la mirada a la izquierda hacia David.

—¿Te refieres al artista? —preguntó David.

—Sí —dijo Oliver—. Tiene mucho sentido. Existe el rumor de que tiene habilidades mágicas.

—¿Y? —preguntó Walter, que no conseguía entenderlo.

—Bueno, ¡cuando encontré a Newton existía el rumor de que era mágico! —dijo Oliver con más insistencia—. ¿No lo veis? Siempre que se rumorea que alguien es mágico, después resulta que sabe acerca de los videntes. Y seguramente él sea la persona más famosa en la Italia del siglo dieciséis, ¿verdad?

—Vale… —dijo Hazel con cautela—. Pero Oliver, Newton era científico.

Miguel Ángel es un artista. ¡Y está en Florencia! El portal nos mandó a Roma. Si se suponía que el portal nos llevaba directamente donde teníamos que estar, ¿por qué íbamos a ir a parar a la ciudad equivocada?

—Eso no importa —dijo Oliver, haciendo caso omiso de sus preocupaciones—.

Vas a tener que confiar en mí. Es allí donde tenemos que ir. Estoy seguro de ello.

La emoción se estaba apoderando de él. Volvió a toda prisa al boticario.

—Necesitaremos un caballo y un carro que nos lleve a Florencia —le dijo al hombre.

—¿A estas horas de la noche? —respondió el boticario—. Es bastante tarde. Es posible que no encontremos a nadie dispuesto a llevaros. Existen lo que se llaman asaltantes de caminos, ¿los conocéis? ¿Los ladrones que te atacan por la noche?

—Por favor —suplicó Oliver—. Tenemos que ir ahora. No hay tiempo que perder.

El boticario pareció entender la necesidad en la voz y los ojos de Oliver.

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer.

Se levantó y se echó una capa por encima de los hombros. Después

abrió la puerta delantera de un tirón y salió a toda prisa hacia la negra noche, dejando atrás a Oliver y a sus amigos en el laboratorio.

—Oliver —dijo Hazel con su voz prudente—, ¿no crees que ahora mismo te estás precipitando?

Oliver negó con la cabeza.

—Es una pista, Hazel.

—¿Ah, sí? —le desafió—. Lo único que sabes es que existe el rumor de que Miguel Ángel es mágico. ¿Qué tiene eso que ver con encontrar el ingrediente que falta para el Elixir?

—No lo sé —dijo Oliver, a quien se le estaba empezando a acabar la paciencia

—. Pero tenemos que intentarlo. Tenemos que hacerlo. Por Ester.

Hazel apretó los labios. Oliver vio que unas lágrimas rondaban en sus ojos al pensar en su amiga moribunda.

—Tienes razón —respondió—. Esta es nuestra única pista. Confío en ti, Oliver.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y el boticario entró a toda prisa, trayendo con él una ráfaga de frío viento nocturno.

—Os he conseguido un carruaje —dijo—. Ahora viene. Tenéis que daros prisa.

Es peligroso estar fuera a estas horas de la noche.

Oliver lanzó una mirada decidida a sus amigos. Nunca iba bien oír la palabra peligroso. Pero a medida que el ruido de las pezuñas acercándose se hacía más y más intenso, todos ellos se pusieron al lado de Oliver, ofreciéndole su incansable apoyo como siempre hacían. Oliver esperaba no estarlos llevando a una misión imposible.

Se apresuraron a ir hasta el carruaje que los estaba esperando y subieron en él.

—Gracias por toda vuestra ayuda —le dijo Oliver al boticario—. Espero que el vidente al que se supone que tiene que guiar vendrá pronto a usted. Siento no haber sido yo.

El hombre negó con la cabeza. Parecía conmovido solo por haberlo

conocido y haber trabajado junto a él.

—Cuídese —le dijo Oliver, al recordar la luz que habían activado que advirtió a los videntes canallas y las señales de que Chris los estaba persiguiendo. Temía por si traían el peligro justo al umbral de la puerta de este hombre—. Cierre las puertas con llave. No las abra a nadie. ¿Lo entiende?

El hombre asintió y se retiró a su cabaña. Oliver solo esperaba que hiciera caso de su aviso.

CAPÍTULO TRECE

Christopher no estaba en absoluto impresionado por la Capilla Sixtina. Sabía que era una iglesia famosa y que la gente de su época pagaba montones de dinero para venir a verla, pero él personalmente pensaba que no había para tanto. Se parecía a cualquier otra iglesia sofisticada en la que hubiera estado. ¡Por no hablar del frío que hacía!

Estaba temblando cuando se giró para mirar a Malcolm.

—Bueno, genio. ¿Y ahora qué?

—Pensaba que el líder eras tú —contestó fríamente Malcolm.

—¡Mirad! —gritó Madeleine.

Chris siguió su dedo que señalaba al centro de la capilla. Allí, sobre el suelo de mármol, había un extraño dibujo de manchas negras. Marcas de quemado.

Chris fue corriendo hacia allí, seguido de los demás. Miró el patrón de las marcas que irradiaban desde un lugar central. Parecían extraordinariamente pisadas. Eran pequeñas, Chris sabía que eran justo el tamaño de Oliver, pues él lo había pasado en grande llenando los zapatos del estúpido de su hermano con especias.

—Está claro que estuvo aquí —dijo Chris con los dientes apretados.

Daba vueltas sin moverse del sitio, mirando a su alrededor en busca de pistas de dónde podría haber ido Oliver.

Justo entonces, vio movimiento procedente de los púlpitos.

—¡Eh! –exclamó.

Una sombra salió corriendo. Chris fue tras ella.

Una silueta con sotana iba a toda prisa entre los bancos. Chris la alcanzó, alargó la mano, agarró al tipo por el hombro y le dio la vuelta para ponerlo de cara a él.

Era un sacerdote mayor. Tenía la cara arrugada y Chris le sacaba una cabeza entera. Parecía aterrado. Chris tenía la clara sensación de que este hombre sabía algo.

—¿Por qué huye de mí? —exigió Chris.

El anciano se llevó los brazos a la cara, muerto de miedo.

—¿Estás con ellos? ¿Con los ángeles?

—¿Los ángeles? —preguntó Chris—. ¿De qué está hablando?

—El chico… —tartamudeó el sacerdote—. El que estuvo aquí y lo bañaron con la luz de los ángeles.

Señaló al centro de la sala, al lugar donde Chris sabía que Oliver había estado mientras le infundían poderes celestiales. Chris se dio cuenta de que aquel viejo estúpido pensaba que había presenciado algo divino, y se burló por dentro de la estupidez de los mortales normales.

—¿A dónde fue? Este… ángel —preguntó Chris, su tono se convirtió en repulsión al usar la palabra ángel en relación a su horrible hermano.

El anciano parecía indeciso, así que Chris lo agarró con fuerza por la sotana, arrugándola en sus puños. Estaría encantado de recurrir a la violencia si fuera necesario.

—¿Dónde? —volvió a preguntar, alzando más la voz y haciendo que resonara por toda la amplia capilla.

—El… el… el…

—¡Suéltalo! —vociferó Chris, levantando un puño.

El sacerdote se acobardó y levantó las manos para protegerse la cara.

—¡El boticario! ¡Se fueron con el boticario!

Chris paró por un momento. Dejó caer el puño.

—¿Con el qué?

—Un boticario es como un antiguo farmacéutico —se oyó la voz del sabelotodo de Malcolm—. Alguien que trabaja con productos y sustancias químicas para hacer medicinas.

Chris soltó la sotana del sacerdote y lo empujó por si acaso. El hombre se fue corriendo entre los bancos de la iglesia hasta que desapareció entre las sombras.

Chris se giró para mirar a Malcolm.

—Muy bien, chulito —dijo—. Entonces ¿por qué no nos llevas hasta este boticario, ya que eres tan listo?

Malcolm levantó las cejas de forma arrogante para demostrar que el reto sería fácil.

—No hay problema. Probablemente será el único de la ciudad. Todo el mundo lo conocerá. Solo tenemos que pedir direcciones.

Salieron de la capilla y volvieron a las lujosas y bien cuidadas calles del Vaticano, antes de atravesar el puente para volver a la Roma desmoronada y en ruinas.

Estaba completamente oscuro. Sin farolas, era difícil ver dónde estaban.

Mientras caminaban fatigosamente detrás de Malcolm, Chris se dio cuenta de que las chicas estaban cada vez más descontentas.

—Ya hemos pasado por este edificio —se quejó Natasha.

—Sí, nos estás haciendo dar vueltas, Malcolm —añadió Madeleine.

Chris sonrió con satisfacción para sí mismo. Esto era justo lo que quería. Quería que las dos chicas se volvieran en contra de Malcolm y le siguieran a él como su verdadero líder.

—Es por la oscuridad —dijo bruscamente Malcolm, que parecía cada vez más frustrado—. ¿Cómo se supone que voy a saber en qué dirección voy si no puedo ver nada?

Justo entonces, Madeleine accedió a sus poderes de vidente e hizo aparecer una

pequeña llama flotante.

—¿Mejor así? —preguntó.

—Sí —dijo Malcolm, frunciendo los labios como si le hubiera picado una abeja en la boca.

A media luz, ahora pudieron ver que estaban de vuelta en la orilla del río, bastante cerca del sitio donde habían grafiteado sus nombres. De hecho, Chris veía la pintura de color azul vivo asomando detrás del seto justo un poco más lejos en la calle que tenían enfrente.

—Esperad —dijo, al darse cuenta de algo—. Ese es nuestro grafiti. Pero mirad, han movido los arbustos.

Natasha y Madeleine también se giraron para mirar.

—Tienes razón —dijo Madeleine—. Alguien ha estado en los arbustos para mirar más de cerca lo que hicimos.

—Seguro que fue Oliver —añadió Chris—. ¿A quién más se le ocurriría?

Sintió una ola de emoción. Si Oliver había estado por allí, podían estar más cerca que nunca de encontrarlo.

—¡Mirad allí! —gritó Madeleine.

Estaba señalando a una calle lateral. Había una hilera de edificios muy apretujados que parecían cabañas, y colgando de un aplique de la pared al lado de una de ellas había una antorcha encendida. Esta iluminaba un pequeño letrero de madera que se movía de atrás adelante por la brisa. En el letrero había un símbolo que parecía la cruz que habitualmente usan los farmacéuticos.

—¡Probemos allí! —dijo Madeleine.

Chris sonrió.

—Buen trabajo —dijo.

Ella le devolvió la sonrisa, evidentemente satisfecha por haber sido elogiada.

Malcolm le lanzó una mirada asesina furioso, evidentemente molesto porque Madeleine había solucionado la búsqueda del boticario antes que él.

Atravesaron corriendo la calle y Chris golpeó con el puño la puerta de madera.

Del interior se oyó el ruido de alguien que andaba arrastrando los pies y, a continuación, el ruido del cerrojo al girar. La puerta se abrió unos centímetros chirriando, una pequeña cadena dorada evitaba que se abriera completamente.

En el hueco apareció la cara de un hombre.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

Chris notó que una sonrisa empezaba a aparecer lentamente en sus mejillas.

—Eso depende —dijo— de las ganas que tengas de hablar.

El boticario solo tuvo tiempo de tragar saliva antes de que Chris abriera la puerta de una patada. La cadena se partió y la puerta se abrió completamente de golpe.

Dando un puñetazo contra su mano, Chris hizo entrar a sus tropas.

CAPÍTULO CATORCE

El caballo y el carro empujaban a Oliver de un lado para otro, llevándolo a una sensación de somnolencia. A diferencia de sus amigos –que estaban todos roncando con las cabezas apoyadas en los hombros los unos de los otros-Oliver no podía dormir. La energía chisporroteaba por sus venas. Se preguntaba si eso tenía algo que ver con sus poderes celestiales recién adquiridos, o si era la adrenalina por tener la sensación de que estaba más cerca de encontrar la siguiente pieza del rompecabezas. Fuera lo que fuera, Oliver no dormía.

Se pasó todo el viaje a Florencia –que duraba unas cuantas horas-contemplando por la ventana el ondulante paisaje italiano. No podía ver mucho por lo oscuro que estaba, y rápidamente se hizo evidente por qué el boticario les había advertido del peligro de viajar por la noche. Si les tendían una emboscada aquí en la noche cerrada, a kilómetros de la civilización, bueno, sería un desastre. El boticario debía de haberse gastado un montón de dinero en sobornar al conductor del carruaje para que los llevara de noche.

Evidentemente, no era una emboscada de los asaltantes de caminos lo que temía Oliver. Eran los videntes canallas a los que su luz podría haber atraído. Era que Chris y los otros Obsidianos los siguieran. Rezaba para que el boticario hubiera hecho caso a su advertencia y se hubiera atrincherado.

Empezaba a salir el sol, lo que a Oliver le permitía tener una vista ligeramente mejor. El coche de caballos estaba en un valle, siguiendo un camino cortado entre hermosas laderas cubiertas de hierba. Había cabañas pequeñas de piedra por todas partes.

Al final, pararon fuera de una de esas cabañas, con las contraventanas de madera. Había limoneros en el jardín.

—Hemos llegado —gritó el conductor del carruaje desde su asiento.

Oliver dio empujoncitos a sus amigos para que despertaran.

—Despertad, chicos.

David fue el primero en despertar. Abrió los ojos como platos como sorprendido.

—No deberías haberme dejado dormir —le dijo a Oliver—. Se supone que debo estar alerta.

—No pasa nada —contestó Oliver —. Además, parecía que necesitabas dormir.

En realidad, todos.

—¿Tú no? —preguntó Hazel, bostezando mientras poco a poco se iba despertando. Se sacó a Walter del hombro de un empujón. Le había dejado una manchita de babas y ella hizo una mueca.

—Lo siento —dijo Walter tímidamente.

—No estaba cansado —dijo Oliver, respondiendo a la pregunta de Hazel—.

Estoy demasiado nervioso.

—O hay demasiado zumo de ángel en tu sangre —bromeó Walter.

—Poder celestial —le corrigió Oliver—. Y sí, yo pensé lo mismo. Parece que me hayan hecho tomar diez cafés.

Hazel volvió a bostezar.

—¡Qué bien! Yo me conformaría con uno solo.

—Tal vez Miguel Ángel nos prepare —bromeó Walter, mirando la cabaña de piedra por la ventana—. ¡O limonada recién hecha! Aún

mejor.

Entonces despertó Gianni. Él fue el último, pues se había quedado fuera de combate en el instante en el que salieron de Roma. Oliver todavía no estaba seguro de qué pensar de él o de por qué lo habían mandado con ellos a esta misión. Le parecía raro que la Señorita Lucia pusiera en peligro a uno de sus mejores videntes solo para que tuvieran un guía. Se preguntaba si tenía un motivo oculto.

Finalmente, bajaron del carruaje a un camino de tierra. Todos miraron hacia la casa. Era un edificio de piedra de un tamaño modesto con una puerta de madera.

Oliver fue directo hacia allí dando largos pasos.

—Oliver, espera —dijo Hazel—. Son las cinco de la mañana. No estará despierto.

Oliver encogió los hombros.

—Es un genio artista. Ya sabes cómo son. Es muy probable que esté despierto.

Dio golpecitos con los nudillos a la puerta.

Hubo una larga pausa.

—Te lo dije —dijo Hazel.

Pero ni un segundo más tarde, la puerta se abrió chirriando. En la puerta abierta había un hombre que parecía estar entre los veinte y los treinta años. Tenía el pelo negro, corto y ondulado y una barba a juego.

—¿Sí? —preguntó.

A Oliver le llevó un momento pensar con claridad. Cada día no te encuentras cara a cara con uno de los artistas más famosos del mundo.

—Siento molestarle —empezó, intentando usar sus mejores modales— pero ¿es usted Miguel Ángel?

El hombre de la puerta se quedó quieto por un instante, mirando con sorpresa a Oliver. Oliver estaba a punto de retirarse, disculpándose por haberlo molestado, cuando una sonrisa apareció en su cara.

—¡Pues sí que soy yo! —exclamó con alegría—. Bueno, bueno, bueno,

¡solo he completado algunos encargos y ya soy famoso! —Parecía muy satisfecho consigo mismo—. ¿Y cómo puedo ayudaros, niños? ¿Querríais una firma? ¿Y si os firmo uno de mis esbozos incompletos? ¿Algo que podáis llevar a casa para vuestros padres de mis archivos?

—En realidad… —dijo Oliver. Cogió el amuleto de zafiro y se lo tendió a Miguel Ángel, para que pudiera ver a Ester durmiendo dentro. Si el boticario tenía razón y ella realmente era la musa de sus dibujos, entonces esto tendría un efecto inmediato en él con toda seguridad—. Quería preguntarle por ella.

Miguel Ángel abrió los ojos como platos. Abrió la boca de golpe. Cogió el amuleto de zafiro y se lo acercó a la cara, arrastrando a Oliver con él.

—¿Qué es esto? —preguntó Miguel Ángel—. ¿Es magia? ¿Cómo es posible?

Oliver tuvo que ponerse de puntillas.

—Somos videntes –dijo.

—¡Chss! –dijo Miguel Ángel, apretando el dedo contra su labio. Entonces fue cuando se dio cuenta de que estaba tirando de Oliver por el amuleto de zafiro y lo soltó. Oliver recuperó el equilibrio.

—No tan alto —añadió rápidamente Miguel Ángel, sacando la cabeza por la puerta y mirando de un lado al otro del camino vacío.

—¿Usted también lo es? —preguntó Oliver—. ¿Por eso conoce a Ester? ¿Porque viaja en el tiempo?

Apresuradamente, Miguel Ángel les hizo una señal con la mano para que se acercaran todos.

—Entrad, entrad.

Hicieron lo que les dijeron y entraron en fila a la casa. Cuando estuvieron dentro, Miguel Ángel cerró la puerta rápidamente y echó también el cerrojo.

—Por estas zonas no podéis ir diciendo la palabra que empieza por v –les advirtió—. Los campesinos os perseguirán con sus horquetas. Ahora, venid conmigo.

Los llevó a través de una cocina escasamente amueblada y, a

continuación, salieron por la puerta trasera. Fueron a parar a una especie de galería de cristal adyacente. Este lugar estaba lleno de obras de arte en diferentes etapas de compleción.

—¿Este es su taller? —preguntó Hazel. Parecía estar completamente asombrada.

—Sí —respondió Miguel Ángel.

Para completa conmoción y sorpresa de Oliver, justo en el centro había una estatua que él conocía increíblemente bien, una estatua considerada una de las piezas de arte más famosas e importantes de la historia de la humanidad. Era la estatua de David.

—Eso es… —tartamudeó Hazel, que parecía sorprendida.

—Mi pieza más reciente —dijo Miguel Ángel, caminando hacia ella y rozándola con los dedos—. Espero que esta sea la que me impulse a la fama por todo el mundo.

—Oh, lo hará —dijo Hazel, asintiendo enérgicamente.

—¡Hazel! —la regañó Oliver. Se suponía que no tenían que hablar con nadie del futuro, por si su conocimiento sobre él provocara que lo modificaran de algún modo por accidente.

Hazel se sonrojó.

—Lo siento, no quería hacerlo. Se me escapó.

Pero Miguel Ángel parecía entusiasmado.

—¿Cuál de mis otras piezas se hará famosa? —preguntó.

Hazel apretó con fuerza los labios y negó con la cabeza. ¡Parecía que iba a explotar por tener que guardar el secreto de que cada una de las piezas que había en la habitación acabaría siendo famosa!

—Oh, sed buenos chicos y decídmelo —dijo Miguel Ángel—. ¿Qué más sabéis sobre mi futuro? Me encantaría saberlo.

—No podemos decirlo —dijo David bruscamente.

No parecía en lo más mínimo impresionado por estar en compañía de Miguel Ángel. Su concentración estaba únicamente en el cetro que llevaba colgado a la espalda. No había bajado la guardia ni un segundo desde que despertó. Oliver pensó que podría estar intentando

compensar el hecho que se había quedado dormido estando más alerta de lo necesario.

Miguel Ángel hizo puchero.

—De acuerdo. Bueno, podéis dar una vuelta con toda libertad. Hace poco terminé una estatua de la Virgen maría, está allí, a la que llamaré Madonna de Brujas. Y aquí podéis ver una estatua mía un poquito más antigua llamada…

—… Baco —espetó Hazel, evidentemente incapaz de detenerse. Miraba fijamente la gran estatua de mármol blanco del dios griego del vino.

Miguel Ángel aplaudió.

—¡Eres una verdadera seguidora mía! Qué maravilla.

—Lo soy —dijo Hazel efusivamente—. Oh, Oliver, mira —Señaló emocionada a otra estatua de un ángel arrodillado—. ¡Ese es el Ángel! ¡El Ángel!

A Oliver le encantaría poder compartir el entusiasmo de Hazel. Pero no tenía tiempo de ir por ahí admirando obras de arte famosas. Tenía que llegar al fondo de las cosas y continuar con su misión para encontrar el Elixir.

—No quiero ser maleducado —empezó—. Pero creo que usted podría ayudarnos. Y vamos un poco mal de tiempo.

Se quedaba corto. El reloj de arena del cetro disminuía a cada minuto.

—El tema de los videntes, supongo —Miguel Ángel miró a los cinco chicos que tenía delante—. Entonces ¿todos vosotros sois videntes?

Oliver asintió.

—Sí. Y…

—… ¿Cómo os llamáis? —interrumpió Miguel Ángel.

Oliver templó su enfado. Anunció su nombre y, a continuación, señaló a cada uno de sus amigos uno por uno.

—Walter. Hazel. Gianni. Y David.

—¿David…? —murmuró Miguel Ángel—. Sí. ¡David! ¡Eso es!

Todos fruncieron el ceño confundidos.

Miguel Ángel sonrió.

—Ahora ya sé cómo llamar a mi escultura.

Hazel abrió los ojos como platos y soltó un chillido. ¡Incluso Oliver tuvo que aceptar que molaba bastante que la famosa estatua David de Miguel Ángel se llamara así por un conocido suyo! Era genial descubrir que su presencia en el pasado había influenciado la historia antes incluso de que hubieran viajado realmente hasta allí. Era uno de los aspectos más alucinantes de viajar en el tiempo.

Pero Oliver no podía perder más tiempo con esto. Ester lo necesitaba.

—Por favor —le dijo a Miguel Ángel—. Si usted también es un vidente, creo que puede ayudarnos. La chica del amuleto se está muriendo.

Miguel Ángel pareció perturbado al instante.

—Siento oír eso —Después negó con la cabeza—. Pero yo no soy vidente, querido. Solo soy un hombre con muchos dotes y talento.

De nuevo, parecía muy orgulloso de sí mismo. Oliver vio que aquel hombre joven tenía mucho ego. Seguramente no dejaría de crecer a medida que cumpliera años y acabara más y más de sus piezas más famosas.

—Pero entonces ¿cómo es que Ester es su musa? —preguntó Oliver, que se sentía ligeramente frenético. Cuando el boticario lo había apuntado en Roma, había parecido una pista prometedora. Pero ¿cómo podía Miguel Ángel tener a Ester, una chica del futuro, como su musa cuando él no era un vidente que viajaba en el tiempo?

El comportamiento de Miguel Ángel cambió. Frunció el ceño, como si le hubiera venido un pensamiento desagradable.

—Vi su cara y me gustó —dijo, encogiendo los hombros—. No hay más.

Oliver veía que, evidentemente, había más. Miguel Ángel estaba ocultando algo.

—Pero ¿dónde vio su cara? —insistió—. ¿Cómo pudo un artista del siglo dieciséis per la cara de una chica del futuro?

Miguel Ángel frunció los labios y cruzó los brazos. Parecía disgustado. Casi enfadado.

—Bueno, como venís del futuro, supongo que habéis oído el nombre de mi rival más acérrimo. ¿Leonardo da Vinci?

Todos soltaron un grito ahogado, Hazel más fuerte que nadie.

—¡Pues claro que sí! —exclamó.

A Oliver le dio un vuelco el pecho cuando pensó a dónde podía llevar esto.

—¿Qué pasa con Leonardo da Vinci?

Miguel Ángel soltó un fuerte suspiro de resignación.

—Le robé a él la cara, ¿vale? Me habéis pillado —Tendió las manos en posición de tregua. Después continuó con su explicación—. Estamos peleando, ¿sabéis?, Leonardo y yo. La Signoria nos ha encargado a los dos que pintemos murales de la guerra para decorar el salón de los Quinientos. Yo he pasado dos años diseñando el mío, La batalla de Cascina, y él ha pasado dos años diseñando la pieza que la acompaña en la pared contraria, La batalla de Anghiari. Cada vez que nos encontramos en el salón de los Quinientos para dibujar nuestros esbozos, chocamos. Para ser del todo sinceros, nos odiamos. Un día, eché un vistazo al cuaderno de esbozos de Leonardo cuando él no miraba. Y vi aquel dibujo de la joven hermosa y serena. Esa joven —Señaló al amuleto de zafiro—.

Robé el dibujo. Desde entonces ha sido mi musa.

Todos los amigos intercambiaron una mirada.

—Sabes qué significa esto, ¿verdad, Oliver? —chilló Hazel.

Oliver asintió lentamente.

Si Miguel Ángel había robado la cara de Ester de un esbozo de Leonardo da Vinci, entonces ¿dónde la había visto Leonardo por primera vez? ¿Y si era él el vidente que viajaba en el tiempo y que podía ayudarlos en su misión por encontrar el Elixir?

—Por favor, Miguel Ángel —dijo Oliver—. Sé que odias a Leonardo da Vinci, pero ¿sabes dónde podríamos encontrarle? Nuestra amiga se está muriendo y creemos que él puede ayudar.

Hazel se mofó enfadada.

—Leonardo da Vinci vive en Roma, Oliver. ¡Te dije que no deberíamos de habernos ido nunca!

Pero Miguel Ángel dijo que no con la cabeza.

—Puede que resida en Roma, pero ahora mismo está aquí en Florencia con su Guilda, la Guilda de San Lucas. De hecho, creo que llega hoy para una reunión del comité para hablar de dónde debería exponerse mi nueva escultura. Yo quiero que se quede aquí, en mi ciudad, pero Leonardo y el resto del comité están hablando de llevarla a Roma, en contra de mis expresos deseos.

Volvió a mostrar su expresión de descontento. Parecía aparecer en su rostro cada vez que da Vinci salía en la conversación. Oliver se sentía mal por atosigarlo, pero había cosas mucho más grandes en juego que su insignificante enemistad creativa.

—¿Sabéis qué? Si se llevan la escultura —dijo Miguel Ángel con un suspiro melodramático—, puede que abandone el arte completamente. No estoy seguro de poder aguantar y acabar La batalla de Cascina.

—¡No puede abandonar! —exclamó Hazel.

—Pero no recibo ningún respeto —continuó Miguel Ángel con tristeza —. Como joven artista, se me menosprecia. Todo el mundo prefiere a Leonardo antes que a mí. Si él gana esta reunión del comité, entonces estoy acabado.

—Pero usted está a punto de conseguir mucho más —dijo rápidamente Hazel.

Parecía que estaba a punto de estallar por guardar su conocimiento del futuro.

—Hazel… —le advirtió Oliver.

Iba mucho contra las normas revelar demasiado acerca del futuro. Pero Oliver

comprendía la tentación. Al fin y al cabo, había sido él el que le había dicho a Isaac Newton que le nombrarían caballero. Y si esto evitaba que Miguel Ángel abandonara, entonces tal vez esta fuera una de las razones por las que el universo los mandó hasta él después de todo.

—Si hay algo que podáis decirme sobre mi futuro —dijo Miguel Ángel —, os lo agradecería enormemente. Y ya que yo os ayudé en vuestra misión…

Oliver cedió.

—De acuerdo. Pero solo una cosa.

Miró a Hazel, que parecía estar a punto de explotar con tanta emoción.

—No hace falta que termine La batalla de Cascina —soltó abruptamente, las palabras salieron con rapidez—. Porque Leonardo tampoco terminará su cuadro.

En cambio, habrá un nuevo Papa, Julio II, ¡y él le encargará a usted que construya la tumba papal! Después le encargarán que pinte el techo de la Capilla Sixtina. Y pintará a Dios y a Adán y esta se convertirá en una de las imágenes más famosas del mundo.

Respiró profundamente.

—Hazel —gritó Oliver—. ¡Te dije una sola cosa!

Hazel se sonrojó.

—Lo siento, no pude evitarlo.

Miguel Ángel parecía atónito. A pesar de la arrogancia que había mostrado antes, parecía auténticamente sorprendido de oír todos los maravillosos logros que iba a tener próximamente.

Pero después sonrió, quedaba claro que estaba totalmente satisfecho consigo mismo.

—Bueno, no debería sorprenderme —dijo riéndose por lo bajo—. La verdad es que soy fabuloso.

Oliver tuvo que contenerse para no girar los ojos. Miró a sus amigos.

—Será mejor que nos vayamos a intentar encontrar a Leonardo da Vinci. Quién sabe la ventaja que le llevamos a Chris o si los canallas nos están siguiendo.

—Imagino que Leonardo estará en su taller —dijo Miguel Ángel.

—¿Dónde está? —preguntó Oliver.

Miguel Ángel encogió los hombros.

—Me temo que nadie lo sabe. Como es tan famoso, debe mantener oculto su taller para que no le roben ninguna pieza. Me temo que es un secreto.

Oliver notó que le daba un vuelco el corazón. Justo cuando pensaba haber encontrado la respuesta a su dilema, se le presentaba otro obstáculo.

—Aunque… —continuó Miguel Ángel— se rumorea que tiene unas habitaciones ocultas en la Basílica de la Santísima Anunciación. Su musa, Mona Lisa Gherardini, tiene allí una capilla, ¿sabéis?

—¡Mona Lisa! —gritó Hazel. Parecía que estaba a punto de desmayarse por la emoción.

A Oliver le dio un salto el corazón. ¡Tenía que ser eso!

—¡Vamos! —les gritó a sus amigos—. ¡Démonos prisa! ¡No hay tiempo que perder!

CAPÍTULO QUINCE

—Se acaba de ir —repitió Chris furioso entre dientes.

Bajó la mirada hacia las riendas del caballo que tenía agarradas en sus manos.

Tenía los nudillos rojos y en carne viva por haber tenido que golpear al boticario para conseguir información sobre el paradero de Oliver. Pero al final había hecho que el hombre cantara.

Echó un vistazo al jinete que tenía al lado. Malcolm Malice lucía una expresión increíblemente engreída.

Chris sintió un deseo incontenible de darle un puñetazo en la cara tal como había hecho con el boticario. ¡Solo porque se hubiesen enterado de que Oliver se había ido de Roma momentos antes de que llegaran al boticario no significaba que él fuera un mal líder! Le seguían el rastro y era Chris el que encontraba todas las pistas para seguirlo. Malcolm podía borrar esa estúpida expresión de su cara. O

al menos se le borraría en el momento en el que llegaran a casa de Miguel Ángel y encontraran a Oliver.

El viaje a caballo de Roma a Florencia era extremadamente incómodo.

A Chris no le gustaba mucho lo de montar a caballo -no le gustaba el tacto de su pelo áspero, por no hablar del estiércol apestoso que soltaban-y a pesar de que Natasha aseguraba que podía usar sus poderes biológicos de vidente para hacerlos lo más plácido posible, no era una experiencia muy cómoda. Chris se sentiría aliviado cuando llegaran a su destino y tuviera la oportunidad de estirar las piernas –y los puños.

Sonrió para sí mismo. Ahora ya estaban muy cerca. Podía sentirlo crujiendo en sus huesos.

Natasha también había usado sus poderes para hacer que los caballos fueran más rápido de lo normal, para poder alcanzar a Oliver antes de que pudiera seguir avanzando. Pero el resultado fue que las cuatro bestias que habían robado para el trabajo ahora estaban resollando debajo de ellos y más y más cansados a cada momento que pasaba.

—Vamos a tener que parar pronto —gritó Madeleine por enésima vez. Parecía que su caballo era al que más le costaba de todos y ella se había estado quejando del mal trato a las criaturas cada pocos minutos durante la última hora.

—Pararemos cuando nos caigamos muertos —le gritó Chris.

Madeleine parecía perturbada.

—Por favor. ¿No podemos parar a beber agua? Casi hemos llegado.

—¡No! —vociferó Chris—. No vamos a parar.

Dio una patada con los talones en el costado a su caballo para obligarlo a ir más rápido, solo para reiterar lo que había dicho. Este relinchó en protesta.

Natasha se acercó a su lado a lomos de un corcel negro —había pedido el negro porque hacía juego con sus uñas.

—Allí está el letrero del pueblo —dijo—. Y el portón, tal y como nos dijo el boticario. Solo tenemos que girar en la tercera a la izquierda y habremos llegado.

Chris notaba que su emoción se hacía aún más fuerte. Estaba desesperado por soltar sus poderes oscuros. Podía sentir cómo tiraban de él, exigiendo ser ejercidos. «Ya no queda mucho», les recordó.

El sol había salido, aunque aún hacía fresco. Siguieron los últimos

pasos del trayecto y se detuvieron delante de la cabaña. Parecía bastante pintoresca, con limoneros en el jardín.

Chris bajó del caballo de un salto y los demás hicieron lo mismo.

De repente, se oyó un porrazo desde atrás.

Chris se giró hacia donde venía el ruido. El caballo de Madeleine se había desplomado.

—¡OH! —gritó la vidente pelirroja. Se agachó y le acarició el hocico, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¡Actúa como un hombre! —le vociferó Chris, usando una frase que había oído

muchas veces durante su entrenamiento con el Coronel Caín—. ¡Solo es un animal!

Madeleine volvió de golpe a prestar atención, abandonando al débil caballo. Se limpió rápidamente las lágrimas con la parte inferior de las manos y fue corriendo al lado de Chris.

Chris miró la puerta de madera y notó un tirón en el cuello. Estaba agarrotado por el largo viaje y necesitaba calentar si tenía que dar a Oliver lo que se merecía.

Después dio unos pasos adelante y golpeó la puerta con el puño lentamente, una y otra vez. Todavía estaba tocando cuando se abrió el cerrojo desde el otro lado.

Se abrió la puerta y ante ellos apareció un hombre de aspecto estudiado.

—Supongo que volvéis a por otra firma —dijo. Pero, a continuación, una mirada de sorpresa inundó sus ojos cuando estos se posaron en Chris—. Oh. ¿Sois más admiradores? ¡Dios mío, mi fama realmente se está extendiendo por todo el país!

Supongo que también estaréis deseando ver mi estatua, ¿verdad? Entrad, entrad.

Siempre puedo encontrar tiempo para mis seguidores.

Chris no podía creer la suerte que había tenido. ¡Aquel hombre estúpido parecía estar tan ciego con su propia importancia que iba a dejarles entrar a su casa!

Miró por encima del hombro a su tropa y lanzó rápidamente una vanidosa sonrisa de satisfacción a Malcolm en particular. El larguirucho le hizo una mueca como respuesta.

—¿Os traigo algo para beber? —dijo Miguel Ángel, mientras los hacía pasar dentro de la casa—. ¿Agua fresca con limón? ¿O estáis demasiado ansiosos por ir directamente a las obras de arte? —Soltó una risita para sí mismo—. Lo entiendo, lo entiendo. ¡Es demasiado impresionante! Rápido, por aquí, jóvenes amantes del arte.

A Chris, Miguel Ángel le cayó mal al instante. Parecía superarrogante. Le siguió hasta una gran habitación de cristal como un enorme invernadero. Estaba llena de estatuas horribles de personas desnudas en diferentes estado de realización.

Oyó que Madeleine soltaba un grito ahogado.

—Es la estatua de David —chilló en voz baja.

Para Chris como si era la estatua de Trevor. El arte no era lo suyo. Por lo que a él respectaba parecía una pérdida de tiempo. Nunca entendió el atractivo en realidad.

Miguel Ángel fue andando haciendo aspavientos hacia una de sus estatuas de mármol blanco.

—Este es uno de mis encargos más recientes, la Virgen María con su hijo, Cristo nuestro Salvador.

—Es increíble —exclamó Madeleine. Pero después frunció el ceño—. Nunca he oído hablar de ella.

Chris dio un fuerte golpe con el pie.

—¡Callaos todos! —Se estaba enojando con todo este parloteo sobre arte sin sentido. Era el momento de ir al meollo de la cuestión.

Se dirigió a Miguel Ángel, que parecía un poco sorprendido por su arrebato y le lanzó una mirada asesina.

—¿Dónde está? —preguntó Chris.

Miguel Ángel parecía confundido.

—¿Dónde está quién, querido? Y realmente no hay ninguna necesidad de chillar.

Todo el mundo puede tener una firma.

Chris se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—¡No estoy aquí por una firma! —vociferó—. ¡Estoy aquí por Oliver!

La cara de Miguel Ángel se quedó sin sangre, dejándolo blanco como un fantasma. Evidentemente, se acababa de dar cuenta de que los cuatro niños a los que había invitado a su taller no eran para nada admiradores, sino que estaban allí con un propósito totalmente diferente.

—¿Y BIEN? —gritó Chris, dando un puñetazo en su mano de nuevo,

disfrutando del modo en el que Miguel Ángel se encogía de miedo.

El artista dio un paso hacia atrás y levantó las manos en posición de tregua.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Lo sabes perfectamente bien —respondió Chris de forma amenazadora—.

Sabemos que estuvo aquí. Oliver Blue. ¿A dónde fue?

—¿El… el jovencito? ¿El chico vidente?

—El mismo —respondió Chris.

—Se fue —dijo Miguel Ángel—. Hace unos instantes.

A Chris las palabras le parecieron una bofetada en las mejillas. Sentía que la rabia borboteaba en su interior y le subía por el esófago.

–¿Qué quiere decir que se fue? —dijo Chris apretando los dientes.

La electricidad chisporroteaba por sus venas. Notó un latido de los poderes oscuros de su interior que estaban desesperados por que los soltaran.

—Se fue en busca de Leonardo da Vinci —dijo Miguel Ángel.

No se pudo contener más. Chris no podía creer que Oliver siempre se las apañara para ir un paso por delante. Que estuvieran en esta misión imposible por toda la Italia antigua para acabar descubriendo que ya se había ido. Ya no podía reprimir más su frustración.

Chris se dio la vuelta y pegó un puñetazo a la estatua que tenía más cerca.

Cuando su puño impactó contra el mármol, una enorme ráfaga de luz negra salió de ella. La estatua de mármol estalló en mil pedazos, que salieron disparados por el aire y cayeron como un fino polvo blanco.

—¡Mi estatua! —gimió Miguel Ángel, cayendo sobre sus rodillas—. ¡Destruiste mi Virgen María!

Desde detrás de Chris, Madeleine empezó a reír.

—Ahora ya sé por qué nunca había oído hablar de ella.

Chris se giró para mirarla, con los ojos encendidos. Tenía los puños rodeados por una luz negra que chisporroteaba con electricidad.

—Para cuando haya terminado aquí, el nombre de Miguel Ángel se habrá borrado de la historia.

Volvió la vista atrás hacia el taller y dejó volar sus poderes oscuros.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Oliver alzó la mirada hacia la iglesia. Había unas palabras talladas en relieve en oro sobre la gran puerta de madera: «Santissima Annunziata». Aquí estaba, el lugar donde se rumoreaba que estaba el taller de Leonardo.

Estaba muy nervioso por conocer a Leonardo da Vinci. El hombre era un verdadero genio —un artista, arquitecto, músico, diseñador, dramaturgo, erudito, ¡la lista continuaba! Casi se sentía tonto por no darse cuenta de que una persona tan dotada sería un vidente. Evidentemente, ningún humano podía conseguir las cosas que Leonardo había conseguido en una vida; necesitaría siglos para estudiar tanto y crear tantas cosas increíbles.

Oliver fue hasta la puerta de la iglesia y probó el pomo. Cedió ante él y la empujó para abrirla.

Dentro de la iglesia estaba muy oscuro. Oliver y sus amigos entraron con cautela.

A medida que se adentraba en el edificio, Oliver sentía que una onda se propagaba por su cuerpo. El escenario sagrado parecía despertar sus poderes celestiales.

—¿Hola? —gritó Walter en la oscuridad.

Su voz resonó en las salas vacías. No hubo respuesta.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Hazel a Oliver.

—Deberíamos echar un vistazo —les dijo Oliver a sus amigos—. Buscad una puerta o una escalera escondidas. Si el taller es un secreto, entonces no será fácil de encontrar.

Se dispersaron por toda la iglesia, buscando en todos los rincones y recovecos.

David gateaba por debajo de los bancos de la iglesia buscando una trampilla, mientras Walter probaba tirando de los brazos de las estatuas por si contenían palancas escondidas que abrieran puertas correderas. Pero no había nada. No importaba lo mucho que miraran, no encontraron las habitaciones secretas.

—Tal vez el rumor del taller sea solo eso —dijo Walter con tristeza—. Un rumor.

Oliver apretó las manos en puños.

—No. No podemos abandonar ahora. Estamos muy cerca. Casi puedo sentir la magia de este lugar. Debe de estar en algún lugar en el que no hemos probado.

En cuanto Oliver hubo dicho las palabras, se fijó en una pequeña imagen pintada detrás del púlpito. Era un pájaro. Le despertó la curiosidad y fue hasta la pequeña pintura.

—¿Oliver? —preguntó Hazel.

—Leonardo estudió ampliamente los pájaros —explicó Oliver—. Quería construir una máquina voladora usando los mismos mecanismos físicos que los pájaros. Creo que esta es una de sus pinturas.

Todos se amontonaron para mirar la pintura. El pájaro estaba representado en vuelo y estaba enfocado hacia la parte trasera de la iglesia. Oliver se giró. Allí, para su sorpresa, había un segundo pájaro.

—Tenemos que seguirlos —exclamó.

Todos se apresuraron a ir hacia el pájaro que había al fondo de la iglesia. Este volaba en dirección a la escalera de atrás en la que David

había buscado antes.

Fueron a toda prisa hacia ella y empezaron a subir la escalera de caracol que llevaba hasta el palco de arriba.

—¡Parad! —gritó Hazel.

Estaban a medio camino de las escaleras. Ella señalaba hacia las paredes de piedra, donde estaba grabado el más pequeño de los pájaros. Este pájaro no estaba en absoluto en vuelo, sino reposando con las alas recogidas a los lados.

—¡Debe de estar aquí! —exclamó Oliver.

Empezó a tocar la pared, recorriéndola con las puntas de los dedos, en busca de alguna marca. Ante su sorpresa, notó el claro contorno de una puerta.

—Aquí hay una puerta —dijo.

—¿Una puerta hecha de piedra? —dijo Walter con la voz entrecortada —. Guau, este tío realmente no quiere que lo encuentren.

Oliver pensó en Armando, en todos los trucos y trampas por los que había tenido que pasar para encontrarlo en su fábrica. Era obvio que esta era la única manera en la que los grandes inventores podían hacer su trabajo tranquilos. Había demasiada gente que quería robar sus inventos para su propio beneficio, o destrozarlos por envidia. Estas medidas protectoras con mano tan dura eran obviamente necesarias.

Oliver intentó encontrar algo parecido a un pomo, o a una palanca, pero no encontró nada.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó, sintiéndose frustrado.

Estaban muy cerca y al mismo tiempo muy lejos. Era evidente que Leonardo da Vinci era un hombre al que no le gustaba que le molestaran.

—Tengo una idea —dijo David.

Dio un paso adelante y se sacó el cetro de donde lo tenía colgado en la espalda.

Cuando lo sujetó con las manos empezó a brillar. Oliver se quedó sin aliento. No tenía ni idea de que pudiera hacer eso.

Suavemente, David rozó la marca de la puerta con la punta del cetro brillante.

Del arma salió luz y se coló por las grietas, dibujando un contorno que parecía brillar más y más a cada segundo que pasaba.

Entonces David empujó la puerta y, para completa sorpresa de Oliver, se abrió chirriando.

—¿Cómo…?

Pero la única respuesta de David fue:

—El Profesor Amatista me mandó por alguna razón.

No había tiempo de hacer más preguntas. Ahora la puerta se había abierto del

todo, dejando al descubierto otra escalera que bajaba. Bajaron a toda prisa por ella.

La escalera daba a un enorme taller. Por todas partes había inventos enormes hechos de madera pulida y de metal.

—¡Mola! —gritó Walter, corriendo hacia un cañón de artillería pesada que estaba sobre un eje giratorio. Se dirigió a un gran coche blindado, que también podía rotar y que estaba protegido por chapas—. ¡Increíble! —Finalmente miró a Oliver—. ¡Nunca me dijiste que Leonardo da Vinci hiciera armas militares!

—Inventó muchas cosas —explicó Oliver—. Mecánica. Hidráulica —Fue hasta una enorme grúa giratoria de madera.

Mientras tanto, Hazel miraba maravillada a un tornillo de Arquímedes –un sistema de bombeo de agua que Leonardo inventó para transportar agua de los ríos a las ciudades, para desaguar ciénagas y para el propósito más frívolo de crear fuentes.

—¿Qué es esto? —preguntó David.

Colgada en la pared había una lira de plata con forma de cabeza de caballo, uno de los artículos más extraordinarios de dentro del taller.

—Supongo que no todo lo que hizo Leonardo era importante —respondió Oliver

—. Parece que también tenía sentido del humor.

—Sentido del humor —dijo una voz ronca por detrás de ellos—. Sí, supongo que sí.

Todos soltaron un grito ahogado y se giraron.

Ahí estaba. Leonardo da Vinci. Aparentaba unos cincuenta años, tenía una larga barba poblada y el pelo largo y desaliñado escondido bajo un sombrero negro abultado. Estaba detrás de su ornitóptero, un planeador con un complejo sistema de alas, su primer intento para dar al hombre la habilidad de volar.

—Te mandó el Profesor Amatista, ¿verdad? —dijo Leonardo.

A Oliver le salió al final la voz.

—Sí. Estamos aquí por el Elixir. Tenemos que salvar la vida de mi amiga.

Leonardo dio unos pasos adelante.

—El Elixir, ¿dices? Bueno, es muy peligroso crearlo. Tampoco ha podido crearlo nadie. Yo he resuelto algo de la fórmula. Isaac Newton proporcionó algunas sustancias químicas. Pero hasta ahora, el resto de la fórmula se nos ha escapado.

Oliver tenía que hacerse a la idea del hecho que Isaac Newton –un físico británico del siglo diecisiete-estuviera trabajando con Leonardo da Vinci –un ingeniero italiano del siglo dieciséis. ¡Viajar en el tiempo y los poderes de los videntes en ocasiones eran extraordinarios!

Rápidamente, sacó el cuaderno de su padre.

—¿Esto ayudaría?

Se lo pasó a Leonardo. El anciano lo examinó de cerca y se acarició su larga barba.

—No, no, no —dijo—. Este es un trabajo fantástico. Definitivamente podría ayudar. Pero resolverlo llevará mucho tiempo.

Oliver se puso tenso. El tiempo no era algo que les sobrara. El reloj de arena del cetro corría peligrosamente lento.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Oliver—. Mi amiga se está muriendo.

Leonardo levantó de golpe la cabeza, que tenía hundida en el cuaderno.

—¿No tenéis mucho tiempo? —Se rio—. ¡Querido, eres vidente! El tiempo es lo único que tienes en abundancia. Si es que sabes cómo dirigirlo, por supuesto.

Oliver observó con curiosidad que Leonardo se dirigía hacia un gran péndulo de metal pulido que se balanceaba contra la pared de piedra en una punta de su taller. Chirriaba al balancearse lentamente hacia un lado y después de vuelta al otro. No parecía estar pegado a nada y Oliver no podía entender cómo funcionaba por mucho que lo intentara.

—Esto se llama el péndulo del tiempo —anunció Leonardo—. Es el único en

todo el universo. Inventado por mí, por supuesto.

Los niños intercambiaron miradas serias.

—¿Qué hace? —preguntó Hazel.

—Paciencia —respondió Leonardo, levantando un dedo.

Tenía la clase de actitud imponente, parecida a la de un profesor, que hacía que dejaras de hablar de inmediato y te sentaras recto. Pero paciencia no era algo de lo que Oliver ahora tuviera mucho.

—Yo soy el único vidente del universo que tiene permiso para usarlo —continuó Leonardo mientras el péndulo daba otro balanceo en forma de arco tras él—. Y

aun así, solo si él lo considera apropiado.

Soltó una risita y se apartó de ellos, mirando ahora al péndulo.

Oliver frunció el ceño, confundido con lo que estaba sucediendo.

Entonces, de repente, un torbellino de luz azul oscuro empezó a brillar alrededor de todo el cuerpo de Leonardo. Parecía radiar de su piel.

Oliver se quedó sin aliento. La luz azul tenía una naturaleza cósmica, como si hubiera venido de las profundidades más oscuras del espacio. Quizás así era.

Leonardo levantó los brazos y los dirigió hacia el péndulo mientras

este hacía un movimiento hacia abajo. A continuación, la luz salió de repente de él y pasó al péndulo. Lo recorrió entero rápidamente, menguando en Leonardo hasta que en él no quedaba nada, y ahora era el péndulo el que estaba rodeado, en su lugar, por la extraña luz cósmica azul.

Se oyó cómo todos soltaban un grito ahogado. Oliver no estaba seguro de lo que estaba presenciando pero sabía que era algo muy mágico, algo que quizá ni tan solo el Profesor Amatista tenía el poder de hacer.

Cuando miró fijamente maravillado la luz cósmica, Oliver se dio cuenta de que el péndulo se balanceaba más lentamente. El ruido chirriante que había hecho se convirtió en un ruido crepitante, como si estuvieran dando vueltas a un tornillo oxidado.

Se movía cada vez más y más y más lento hasta que, sin más, se detuvo a medio balanceo. Estaba allí colgado en un ángulo que desafiaba a la física, completamente suspendido.

—Oliver… —dijo David con la voz entrecortada.

Le mostró el cetro. El reloj de arena ya no funcionaba.

Oliver estaba aturdido. Miró a Leonardo.

—¿Paró el tiempo? ¿De verdad?

Leonardo asintió.

—Yo soy uno de los videntes originales, Oliver, y uno de los más poderosos.

Puedo parar el tiempo, pero solo si el universo me lo permite, y siempre que así lo decida. Si el péndulo empieza a balancearse de nuevo puede que no haya manera de que lo pueda volver a detener. Es evidente que esta misión en la que estáis es muy, muy importante si, para empezar, me ha permitido usarlo.

Oliver cogió el amuleto de zafiro. Dentro, Ester estaba ahora completamente quieta, como si fuera una pintura en lugar de una persona de verdad que respira.

El Profesor Amatista le había dicho que su vida estaba atada a más, que aquí había mucho más en juego que si ella se curaba o no. Pero lo que era, no lo sabría hasta que llegara el momento.

—Es importante —dijo Oliver, dejando el amuleto de zafiro de nuevo sobre su pecho, convenciéndose a sí mismo de que Leonardo realmente había parado el tiempo y que Ester estaba a salvo de verdad.

Leonardo aplaudió.

—Entonces nos ponemos a trabajar en este Elixir, ¿verdad?

CAPÍTULO DIECISIETE

Con el tiempo detenido, la inmensa presión por completar el Elixir y salvar la vida de Ester empezó a disminuir. Oliver sintió que se sacaba un peso de encima.

Se acomodó en el taller y empezó a trabajar con Leonardo para descifrar la fórmula de Teddy.

Se hacía muy extraño mirar a Ester en el amuleto de zafiro y ver que ahora estaba completamente congelada en el tiempo. La imagen del medallón ya parecía una extraña pintura al carboncillo, y ahora lo parecía aún más.

Leonardo debió de pillarlo mirando al amuleto de zafiro.

—¿Qué tienes ahí, chico? Imagino que tecnología de vidente, pero no me resulta conocido.

—Es un amuleto de zafiro —le dijo Oliver—. Me une a la chica que estoy intentando salvar con el Elixir.

Se lo mostró a Leonardo y el hombre se quedó sin aliento.

—¡Ester Valentini! ¿Por qué no lo dijiste?

Oliver se sentía tremendamente confundido. Miguel Ángel le había dicho que Ester era algo así como la musa de Leonardo, pero con todo el drama se le había ido de la mente seguir esa línea de intriga. Ahora, al oír salir su nombre de los labios del mismísimo Leonardo da Vinci, le volvió la curiosidad multiplicada por diez.

—¿Cómo es que la conoce? —le preguntó al inventor.

Leonardo respiró profundamente.

—Este es uno de esos momentos enrevesados en las líneas temporales del universo. Ester Valentini es la clave para desentrañar el Elixir. El

Elixir es la clave para viajar en el tiempo para todos los videntes. Sin ella, esto no sería posible. Pero sin esto, salvarle la vida sería imposible. Es una paradoja. Las

paradojas son siempre los puntos más inestables del universo, pues todo dependía de que muchas cosas fueran perfectamente bien. Es como hacer equilibrios con la humanidad sobre la cabeza de una aguja. Un movimiento en falso y te caes, llevándote a todo el mundo contigo.

Oliver tragó saliva. El Profesor Amatista se había referido a esta misión como increíblemente peligrosa, como si tuviera enormes consecuencias más allá de tan solo salvar la vida de Ester. Ahora entendía realmente todo lo que estaba en juego. Estaba titubeando en un momento dentro del universo que tenía que ser perfecto. No había espacio para el error, para la desviación.

Leonardo continuó:

—Encontré este momento de la historia tan significativo que hice de Ester Valentini mi musa. Una versión futura de mí mismo me dejó una imagen de ella, como una especie de pista de las cosas que están por venir. ¡Curiosamente, este debe de haber sido el momento en el que veía por primera vez su rostro!

A Oliver la mente le daba vueltas. Los modos en los que las líneas temporales se entrelazaban e interactuaban siempre le aturdían. Las paradojas siempre le maravillaban. Tuvo que recordar la teoría que había detrás de todo, la que había leído en un libro de texto con Ralph y que le habían enseñado sus profesores en la Escuela de Videntes. El tiempo no era lineal. Todo lo que podía suceder ya lo había hecho. Todo existía a la vez. Por eso Leonardo pudo “detener” el tiempo.

Porque la idea del tiempo en sí misma era una ilusión.

—Oliver —dijo Leonardo—. Creo que es el destino que yo te enseñe todo lo que sé.

Oliver se sobresaltó por la sorpresa. Primero la Señorita Lucia Moretti le había pasado su conocimiento, después le habían dado poderes celestiales ¡y ahora el mismísimo Leonardo da Vinci quería pasarle su conocimiento! La mente de Oliver siempre había sido como una esponja, pero incluso él estaba preocupado por las repercusiones de que le dieran tanto conocimiento en un espacio de tiempo tan corto. ¿Y si le explotaba la cabeza?

—Yo… no sé si podré gestionarlo.

—Tonterías —respondió Leonardo—. ¡Por supuesto que puedes! ¿No ves todas las coincidencias? ¿Todas las líneas temporales fusionándose? Este punto puede

ser el más significativo en la historia del universo. Tú posees la mitad de la fórmula y yo poseo la otra mitad. ¡Si mezclamos nuestras mentes, crearemos la fórmula! Existe un ritual muy sencillo que podemos llevar a cabo usando esta máquina que yo inventé.

Sacó la misma caja de madera con cables que Oliver había usado para unir su mente a la de la Señorita Lucia. ¡Evidentemente la había inventado Leonardo!

Una vidente como Lucia no sería lo suficientemente poderosa para acceder a la tecnología del futuro, ¡pero obviamente un vidente tan poderoso como Leonardo sí!

—Esto yo ya lo he usado —le dijo Oliver.

Leonardo parecía confundido.

—¿Ah, sí? Pero ¿cuándo?

—Fui a la Escuela de Videntes de Roma. La directora de allí me pasó su conocimiento para ayudarme a completar el Elixir.

Leonardo no parecía satisfecho con esta información.

—Lucia Moretti no es de fiar. Está desesperada por completar el Elixir pero me temo que sus intenciones no son puras. Ha mostrado una gran codicia como vidente y me preocupa que desee viajar hasta el futuro para traer tecnología futura y hacerse famosa. Los videntes, como tú bien sabes, deben dejar a un lado sus propias necesidades egoístas por el bien del universo. Me preocupa que su corazón no esté en el lugar correcto.

Los recuerdos y las sospechas de Oliver empezaron a juntarse. Había parecido que a Lucia Moretti le interesaba enormemente su misión para encontrar el Elixir. Había mandado a Gianni a recogerlos casi en el instante en el que llegaron a Roma. Quizás se había inventado todo lo de activar la luz que reunió a los videntes canalla –al fin y al cabo, no habían visto pruebas de nadie que no fuera Chris. Si lo que Leonardo estaba diciendo sobre que la Señorita Lucia quería el Elixir era cierto, ¿fue por eso que había mandado a Gianni para

acompañarlos en su viaje, como una especie de espía? Su presencia en este viaje siempre había confundido a Oliver y ahora los pensamientos horribles empezaban a preocuparle.

—Entonces una vez creemos el Elixir, ¿tendremos que ocultárselo? —preguntó Oliver a Leonardo.

—Creo que esto será lo mejor —respondió el hombre—. Una vez el Elixir esté terminado, debéis llevarlo a la Escuela de Videntes para que esté seguro, bajo la protección del Profesor Amatista. Esta será la creación más codiciada en la totalidad del universo.

Oliver se dio cuenta una vez más de lo esencial que era David para esta misión.

El Profesor Amatista lo había mandado aquí como guardaespaldas, no solo para Oliver sino también por el Elixir. Todo empezaba a tener sentido.

—De acuerdo entonces —dijo Oliver—. Estoy preparado para el ritual.

No podía creerse del todo que estaba a punto de someterse a un ritual que le daría el conocimiento de Leonardo da Vinci. ¡Este hombre era un genio! ¡Una leyenda entre los hombres! ¡Cómo podría Oliver gestionar un peso así?

Se conectaron a la máquina. Leonardo giró la manivela. Un latido empezó a tamborear en la mente de Oliver.

El latido se convirtió en un dolor agudo. Oliver se cogió con las dos manos a la mesa de trabajo mientras el poder del cerebro de genio de Leonardo entraba corriendo al suyo. Tiró la cabeza hacia atrás y chilló.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Christopher salió hecho una furia de la cabaña de Miguel Ángel, con los puños apretados. La rabia que había sacado con todas esas ostentosas obras de arte y estatuas no estaba ni remotamente calmada. Necesitaba más. Más destrucción.

Más caos. Más, más, más.

La frustración de que Oliver estuviera siempre un paso por delante era demasiado para Chris. Su entrenamiento militar con el Coronel Caín no lo había preparado para los constantes contratiempos. Estaba

furioso y su rabia parecía no dejar de crecer. Con su rabia, podía sentir que sus poderes de materia oscura también aumentaban, estallando por las costuras.

Se giró de inmediato mientras Malcolm, Madeleine y Natasha salían corriendo tras él de la cabaña.

—Er… Christopher… —tartamudeó Madeleine—. ¿Estás bien?

—¿A ti te PARECE que estoy bien? —vociferó Christopher. Su voz sonaba extraña. Más profunda. Más poderosa.

—Se te han puesto los ojos negros —dijo Natasha.

Cuando Chris se llevó las manos a la cara y se tocó las sienes con los dedos, se dio cuenta al instante de que un dolor agudo las recorría. Estaban ardiendo.

—Tenemos que encontrar a Oliver —chilló Chris—. Ahora mismo. ¡Y vosotros tres no ayudáis en nada!

Nunca había tenido un grupo de compinches tan ineptos siguiéndole. Incluso los abusones de los que se había hecho amigo en el Campbell Junior High habían sido más despiadados que este grupo. Por lo menos, le habían ayudado a burlarse de Oliver. Pero Natasha, Malcolm y Madeleine eran pesos muertos. Un desperdicio de espacio. Se suponía que eran videntes poderosos, ¡y, sin embargo, eran inútiles!

Christopher decidió encargarse de todo con sus propias manos. Literalmente.

Se miró las manos, los chisporroteos de electricidad que corrían por la superficie. Después las levantó, con las palmas hacia fuera y concentró toda su energía y sus poderes en sus manos.

Imaginó que sus manos derretían la misma estructura de esta dimensión, creando un espacio a través del cual el ejército oscuro podía entrar. La Señorita Obsidiana le había dicho muchas veces lo poderoso que era, lo magníficos y únicos que eran los poderes de la materia oscura. Si ella podía abrir la estructura dimensional para dejar que entrara el ejército oscuro, seguro que él también podía.

Las manos de Chris empezaron a calentarse más y más mientras las levantaba al cielo. Entonces, tal y como él tenía pensado, el aire a su alrededor empezó a moverse tal y como lo hace en el desierto en un

día tórrido. Delante suyo empezaron a aparecer bultos y burbujas pequeñas como si estuviera derritiendo literalmente las sustancias químicas de la atmósfera. Un extraño vacío negro de nada apareció en el lugar en el que estaban sus manos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Madeleine.

Chris la miró.

—Estoy llamando al ejército oscuro —su extraña nueva voz oscura retumbó.

—¡No puedes! —gritó—. ¡Es muy peligroso!

—Para mí no —exclamó, notando que una risa desenfrenada crecía en su pecho

—. Me he entrenado con ellos. Soy uno de ellos. Vendrán a mí cuando los llame.

—Has perdido la cabeza —dijo Malcolm—. Esto es malo. Muy malo. De ninguna manera el ejército va a seguir las órdenes de un chico.

—¿Te juegas algo? —dijo Chris con desprecio.

Dejó caer las manos. La energía necesaria para crear agujeros en la estructura del tiempo lo había agotado por completo. Se dobló hacia delante, sintiéndose exhausto de repente. La sensación de que sus poderes oscuros hacían presión para liberarse también le vaciaba. Estaba claro que había satisfecho sus demandas al rasgar la estructura dimensional.

Cuando Chris alzó la vista, vio la pequeña brecha que había creado con sus manos. Dentro no había más que oscuridad.

Madeleine, Malcolm y Natasha parecían completamente pasmados por la conmoción. Chris también se sentía pasmado, no por el susto, sino por el hecho de que no había pasado anda.

Se puso recto y fue a toda prisa a mirar dentro de la rasgadura. No había nada que ver. Solo oscuridad, oscuridad y más oscuridad.

Después, de repente, apareció un destello de un azul sobrenatural. Chris se encogió hacia atrás por el miedo, tropezando casi con los pies por el shock.

—Están despertando —dijo.

Ahora, detrás de los agujeros negros, aparecieron varios puntos azules brillantes, y el ejército iba despertando progresivamente de su hibernación. Las esferas empezaron a acercarse al agujero para inspeccionarlo.

Entonces Christopher vio algo que le revolvió el estómago.

Poco a poco, aparecieron lentamente unos dedos huesudos y protuberantes por los agujeros que él había hecho. Tenían unas uñas asquerosas parecidas a unas garras y la carne era gris y lila, como la de un cadáver. Los dedos de una segunda mano aparecieron lentamente por el otro agujero. A continuación, en un horrible y raudo movimiento, las dos manos salieron haciendo una rasgadura, que partió la estructura de la dimensión.

Un ruido parecido a un zumbido resonó de inmediato, como el ruido de succión de un avión en una repentina despresurización. El viento azotó a los Obsidianos a su paso, haciendo volar su ropa y su pelo. Era tan fuerte como un viento huracanado. Tan fuerte que incluso era difícil mantenerse en pie.

Junto con el viento vino el ruido de unas fuertes pisadas. El ejército oscuro salió en masa por la rasgadura y empezó a inundar las calles de Italia.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Con todo el conocimiento de Leonardo dando ahora vueltas en su mente, Oliver empezó a hacer rápidos progresos con el Elixir. Todavía no acababa de comprender cómo todo encajaba, que su padre poseyera parte de la fórmula y el MISMÍSIMO Leonardo da Vinci el resto, ni cómo entraban en juego los poderes celestiales que ahora lo recorrían. Pero estaba seguro de que con el tiempo se contestarían estas preguntas. Él era un sirviente del universo; no le correspondía desafiar el orden de las cosas.

Con el tiempo ahora congelado, Oliver también se sentía más capaz que nunca para este trabajo. De algún modo, deseaba que las cosas pudieran quedarse así.

Entonces no tendría que enfrentarse a la posibilidad de perder a Ester, ni a los cambios sin precedentes que traería el salvar su vida.

Mientras ellos trabajaban, el resto del grupo se turnaban para dormir, hacían turnos de vigilancia y recogían diferentes sustancias para que Oliver y Leonardo probaran en la elaboración del Elixir. Hasta el

momento el mejunje incluía aloe.

Raíz de violeta. Suche. Goma kino. Canela. Cardamomo. Piel de naranja.

Ruibarbo. Rizoma de cúrcuma. Azafrán. Anís.

Pronto, la pareja llegó a la última línea de la fórmula, el trozo que incluía el ingrediente final.

Hazel se acercó a la mesa de trabajo con una tintura de algo amarillo oscuro.

—Cinchona —dijo, pasándosela a Oliver—. O lo que sea. ¿Necesitáis algo más?

Oliver cogió la tintura.

—No. Eso es todo. Según todas las recetas de todos los diferentes textos, igual que la fórmula de Teddy, la investigación de Leonardo y la información que sacamos del texto de Newton, esta debería de ser la última pieza de la receta.

Oliver casi no podía creerlo. Este podría ser el último trozo que con suerte completaría el Elixir. Miró a Leonardo. Leonardo asintió.

Ahora o nunca.

Hazel se inclinó y se apoyó sobre los codos mientras observaba atentamente cómo Oliver quitaba el corcho de la parte de arriba del tubo y decantaba su contenido en el frasco de cristal que tenía enfrente en la mesa.

Respiró profundamente y lo alzó. Pero no pasó nada.

—Bah —dijo Hazel, que parecía decepcionada—. Esperaba algo más espectacular. Un destello de luz. Motas de oro. Ese tipo de cosas. ¿Estás seguro de que funcionó?

—Todavía no hay manera de saberlo —respondió Oliver—. Tiene que macerar.

Leonardo se puso de pie.

—Mientras esto pasa, tal vez debería de cargaros a todos con algunas armas. En cuanto el Elixir esté completo, el mundo entero irá tras vosotros. Tenemos que asegurarnos de que estáis protegidos.

Oliver le dio la razón. Fue a despertar a Walter y a Gianni –en quien todavía no estaba seguro de poder confiar-y llamó a David, que se había colocado al lado de la puerta secreta, cetro en mano, durante más de una hora.

Fueron hasta donde estaban los inventos de Leonardo. Había muchas armas interesantes.

Hazel escogió una ballesta gigante.

—¿Qué os parece? —preguntó.

—Muy guay —respondió Walter. Él le estaba echando el ojo a algo que se parecía bastante a una pistola—. ¿Es esto lo que creo que es? —preguntó levantándola.

—Yo lo llamo un autodetonador —explicó da Vinci—. Cuando estalla la munición de dentro, otra se coloca de forma automática.

Walter abrió los ojos como platos.

—¡Esto es literalmente una metralleta…!

—No tenía ni idea de que usted inventara tantas armas —dijo Hazel.

—Lo sé —suspiró Leonardo—. Yo soy pacifista, aunque no lo creáis. Pero las diferentes ciudades estado de Italia están luchando constantemente y a mí a menudo me encargan que use conocimiento sobre ingeniería militar para crear armas. Yo, evidentemente, preferiría centrarme en la belleza y la creación en lugar de en la brutalidad y la destrucción. Pero mis clientes me pagan para lo último y esto me permite centrarme en lo primero.

Oliver pensó que realmente había muchos paralelismos entre Leonardo y Armando. A su mentor también le habían dado fondos para fabricar maquinaria para la campaña bélica. Pero a diferencia de Leonardo, Armando nunca había sucumbido a la tentación. Él nunca había vendido ni un solo invento que pensara que podía usarse para fines malvados.

¿Oliver! —gritó de repente David, arrancándolo de sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver, mirando a su guardaespaldas.

—El cetro. El reloj de arena ha vuelto a funcionar.

Oliver se quedó sin aliento. Miró frenéticamente a Leonardo. Leonardo

parecía igual de confundido.

—Eso no puede ser. Yo detuve el tiempo.

—Debe de ser algo que tenga que ver con el Elixir —respondió Oliver—. El Profesor Amatista me dijo que era la clave para desbloquear el viaje en el tiempo. Tal vez esto signifique que ha terminado de prepararse.

Justo entonces, oyeron un extraño ruido burbujeante procedente de atrás. ¡El Elixir!

Oliver volvió a toda prisa hacia él. De la parte de arriba del tarro de cristal salía una nube de humo y llenó el taller rápidamente, volviéndolo neblinoso.

—¿Qué está pasando? —gritó Hazel, que empezaba a toser por el humo.

A Oliver empezaron a escocerle los ojos.

—No lo sé. ¡Pero espero que signifique que funciona!

Se acercó a toda prisa, apartando la neblina con el brazo. Pero no hacía más que volverse más y más espesa. Y el ruido burbujeante procedente del Elixir era cada vez más fuerte, como si hubiera un aumento en la presión y quisiera explotar.

Oliver no sabía qué hacer. Cuando estiró el brazo hacia el Elixir, se encontró que su mano chocaba con la de otra persona, que cogía el tarro desde el otro lado de la mesa.

La mano no era vieja, así que no pertenecía a Leonardo. La piel no era ni negra como la de Walter, ni bronceada como la de David. Era una mano de chico, así que no era la de Hazel.

Una comprensión repugnante se apoderó de Oliver. Solo podía pertenecer a una persona. Gianni.

Desde siempre había tenido dudas acerca de este chico. Solo las garantías de David y la confianza que él había puesto en su guardaespaldas habían permitido que Gianni viniera en primer lugar. Después, cuando Leonardo reveló que Lucia podía ir tras el Elixir, sus sospechas de que el chico era un espía incrementaron.

Y ahora, bien, ahora no había ninguna duda. Gianni no era un amigo.

Él solo había venido a robar el Elixir.

Oliver entrecerró los ojos, para intentar poder ver la cara del chico a través del espeso humo blanco. Pero cuando este se despejó un poco delante de él, proporcionándole una visión completa del propietario de la mano, a Oliver casi se le para el corazón por el choque.

No era Gianni. Gianni no era la persona que estaba intentando robar el Elixir.

Los ojos a los que Oliver estaba mirando eran los suyos.

Se estaba mirando a sí mismo.

No era la imagen de un espejo. El chico que estaba delante de Oliver era él, exactamente. Un Oliver paralelo.

Oliver solo tuvo un breve instante para pensar en lo peligroso que supuestamente era encontrarse con una versión paralela de ti mismo cuando el mundo entero oscureció.

CAPÍTULO VEINTE

Edmund iba haciendo ruido por los pasillos de la Escuela de Videntes. Notaba que unas lágrimas calientes corrían por sus mejillas y se las limpió furiosamente, lleno de rabia.

Vinnie, su amigo más cercano, estaba más adelante, cerca del dormitorio.

Edmund no estaba muy de humor para hablar con él.

—Eh, Ed, ¿qué pasa? —le preguntó Vinnie a Edmund cuando se acercó.

Pero Edmund no iba a parar. Lo empujó groseramente al pasar por delante, e hizo que Vinnie fuera tambaleándose contra la pared.

—Nada —dijo bruscamente, sin mirar atrás.

Continuó andando a pasos largos hasta que llegó a los baños. Entró rápidamente y se encerró en un lavabo.

Finalmente, las emociones que tanto se había esforzado por contener afloraron.

Toda la tristeza que sentía por la enfermedad de Ester, junto con toda

la rabia que sentía por el modo en el que le había hablado, salieron borboteando a la superficie. Unas lágrimas de pena le cayeron de los ojos. El dolor se apoderó de él de un modo que no lo había hecho en su vida.

¿Por qué le dolía tanto? Era como un dolor físico en la boca del estómago.

¡Era muy injusto! ¡Él ya quería a Ester antes de que Oliver apareciera en escena!

¡Y, para empezar, él nunca la hubiera puesto en el tipo de peligro que hizo que cogiera la incurable enfermedad del viaje!

Se sentía un pringado. Todo el amor y el cariño volcado en ella para nada. El resentimiento empezó a crecer en su interior, sacando a la fuerza su tristeza y ocupando su sitio.

Fue en ese momento que Edmund oyó el más extraño de los ruidos. Parecía una voz llevada por una brisa.

Dio vueltas, examinando el lavabo. Tal vez alguien estaba se estaba metiendo con él, proyectando la voz para asustarlo. Era el tipo de broma que gastarían los idiotas de su escuela.

Pero no había ninguna señal de nada a su alrededor.

Bajó la tapa del váter, se sentó encima y hundió su cabeza en sus manos.

Pensó que estaba falto de sueño. Una buena noche dentro de una cápsula para dormir lo arreglaría.

O quizás estaba perdiendo la cabeza, pensó en contra. Tal vez todo el dolor que sentía por Ester estaba haciendo que se volviera loco. Le pasaría hasta al más fuerte, razonó; pasar días sentado vigilando a la chica que amas para descubrir que ella no te corresponde.

Pero entonces volvió la voz susurrante y, esta vez, Edmund sintió que un escalofrío le subía por la columna.

La voz era femenina. Estaba totalmente seguro de que la palabra que había susurrado era Edmund…

Se levantó de un salto, asustado, y miró de nuevo a su alrededor, esta vez más frenéticamente. Arriba al techo, abajo a la cisterna. Aun así,

no vio a nadie ni nada que pudiera explicar lo que estaba pasando.

Edmund abrió el pestillo de la puerta del baño y salió de allí a toda prisa. Fue hacia el lavabo. Quizás un buen chorro de agua fría le devolvería de golpe algo de vida.

Abrió el grifo, se inclinó hacia delante y se echó agua congelada por toda la cara con la mano ahuecada. La sensación bastó para hacer que se quedara sin aliento.

Se echó hacia atrás en un movimiento brusco y se puso derecho, mientras unas gotitas de agua congelada le caían por la cara y mojaban su camiseta. Entonces fue cuando la vio.

En el espejo había una silueta envuelta en una capa justo al lado de su hombro izquierdo.

Chilló y rápidamente se giró para mirar detrás suyo. Allí no había nadie.

Temblando de miedo, Edmund se giró lentamente para volver a mirar al espejo.

La silueta todavía estaba allí.

—¿E… eres un fantasma? —tartamudeó.

La silueta estiró los brazos para bajarse la capucha. Cuando su cara quedó al descubierto debajo de la oscura tela, Edmund se sorprendió al ver que allí había una mujer. Tenía la cara pálida y el maquillaje oscuro le daba un aire de vampiro.

Los labios, de un rojo rubí, formaban una línea firme y fija.

—Los fantasmas no existen —dijo—. Como vidente, deberías de saberlo.

Edmund reconoció la voz de inmediato como la misma que había susurrado su nombre. El terror le recorrió el cuerpo como el tañido de la campana de una iglesia. Todo esto era muy extraño. Muy confuso. La mente le daba vueltas.

¿Qué estaba pasando?

—Entonces ¿quién eres? —preguntó—. Más bien, ¿qué eres?

—Puedo asegurarte que soy muy real, Edmund —respondió la mujer

—. Te hablo desde otra dimensión.

Su explicación no ayudó mucho a calmar el pánico que corría por sus entrañas.

—¿Quién eres? —preguntó, con la voz temblorosa—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Los labios rojo rubí de la mujer lentamente se convirtieron en sonrisa. Pero no era para nada una sonrisa amable. Había algo muy desconcertante en ella.

Parecía maliciosa e incómoda.

Pero, a la vez, Edmund sentía una onda de fuerza y decisión procedente de la mujer. Había algo admirable en ella. Parecía comportarse con gran dignidad.

—Mi nombre es Señorita Obsidiana —le dijo—. Yo, como tú, soy una vidente poderosa.

A Edmund se le quedó la boca seca. No sabía qué hacer o decir o cómo procesar esta repentina y extraña situación.

—¿Y por qué estás en los servicios? —preguntó—. ¿Hablándome a mí?

La mujer soltó una risa sonora.

—¡Estoy aquí por ti, Edmund! Te he estado observando desde que empezaste tu formación como vidente. De hecho, yo te quería para mí. Pero Amatista llegó primero.

—No lo entiendo… —dijo Edmund, frunciendo el ceño.

La mente le daba vueltas. Era demasiado para asimilarlo.

—Tienes una misión muy importante, Edmund —dijo la Señorita Obsidiana.

Su voz era como un ronroneo y, de algún modo, parecía represiva: Edmund sintió un extraño deseo de complacerla.

—¿Ah, sí? —preguntó él—. El Profesor Amatista nunca me ha mandado a una misión. Incluso cuando era la mejor persona para el trabajo.

Notó que cerraba las manos en puños.

—Lo sé —respondió con aire compasivo—. Y es un escándalo. Eres un buen vidente, Edmund. Podrías ser uno de los mejores si tuvieras la formación adecuada.

Su mente absorbió las palabras de ella como si fuera una esponja. Sí que tenía la sensación de que su potencial no se veía cumplido. Constantemente era ignorado a favor de Oliver Blue. Era un gran jugador de switchit pero todo el mundo adulaba a Oliver. Era un vidente excelente pero todo el mundo se comportaba como si Oliver fuera una especie de genio. Se enojó, sentía que toda aquella injusticia se intensificaba en su interior.

Pero mientras disfrutaba de halagar a su ego, también estaba muy cauteloso con la persona envuelta en una capa que le hablaba desde otra dimensión.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó.

—Ya lo he dicho —respondió la Señorita Obsidiana, que sonaba claramente inocente—, quiero mandarte a una misión. ¿Tú no lo quieres?

Edmund cruzó los brazos. Levantó una ceja.

—Solo el Profesor Amatista puede mandarme a una misión.

La mujer soltó una risa burlona desde lo más profundo de su garganta.

—Por supuesto. Debería de haberlo imaginado. Nunca te ha hablado de mí,

¿verdad? ¿No sabes nada de mi existencia? —Su voz se volvió seria y contundente—. El Profesor Amatista no es el único vidente con una escuela.

Existen muchas, muchas escuelas por todo el universo.

Edmund negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. Solo existe una. La Escuela de Videntes.

Ella negó con la cabeza más enérgicamente.

—Eso es mentira, Edmund. Te ha mentido porque no quiere que tú llegues a todo tu potencial. Pero yo soy tan poderosa como el Profesor Amatista. Tengo el poder de mandarte a una misión. De hecho, te estoy pidiendo a ti concretamente que te embarques en una misión.

Tú. Lo único que tienes que hacer es aceptar.

Edmund no pudo evitarlo. A pesar de su reticencia, la Señorita Obsidiana parecía estar ofreciéndole lo que más ansiaba. Su ego parecía hincharse como un globo.

Todo el malestar que había sentido instantes antes se evaporó.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Porque esta es una misión muy importante y sé que tú lo lograrás. No fracasarás. Tienes una conexión personal con la misión —Hizo una pausa para darle un efecto dramático—. Edmund, necesito que destruyas a Oliver Blue.

Al oír el nombre de su archienemigo, su corazón galopó dentro del pecho.

—¿Destruirlo?

Ella asintió lentamente.

Edmund sintió que se animaba de inmediato.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —dijo—. Haría lo que fuese para vengarme de

ese plasta. ¡Me quitó a la chica que yo quiero! —Podía oír la amargura en su voz y el corazón se le encogió.

La Señorita Obsidiana negó con la cabeza en empatía.

—Lamento oír eso. Tu historia de amor es algo hermoso. Que otra persona te la fastidie debe de ser sumamente doloroso.

—Lo es —dijo Edmund, tragándose su emoción—. Por eso haré cualquier cosa que quieras que haga.

Pero en cuanto lo hubo dicho, Edmund se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. Soltó un suspiró y dijo que no con la cabeza.

—No —dijo, bajando la mirada decepcionado—. No puedo. Han mandado a Oliver en busca de una cura para la enfermedad de Ester. Si le hago daño, no podrá volver y ella morirá.

—Más mentiras —dijo la Señorita Obsidiana entre dientes.

Edmund levantó de golpe la mirada.

—¿Qué?

—¡La misión de Oliver en el pasado no tiene nada que ver con Ester! —gritó la Señorita Obsidiana apasionadamente—. ¡Su misión en el pasado es realmente lo que la está matando!

Edmund abrió los ojos como platos por la conmoción. Esto era muy diferente a lo que le había contado el Profesor Amatista. ¿En quién se suponía que tenía que confiar? De golpe, sintió como si estuviera sobre arenas movedizas, como si los cimientos que tenía debajo se hubieran vuelto inestables.

—No lo entiendo —dijo con la voz entrecortada.

La Señorita Obsidiana parecía furiosa.

—El viaje anterior de Oliver con Ester a la Inglaterra de los años 1690 fue lo que la dañó para empezar. Ahora están intrínsecamente unidos. Cada vez que Oliver Blue entra en la línea temporal equivocada, su enfermedad empeora.

Edmund estaba atónito. La Señorita Obsidiana sabía dónde y cuándo había sido la última misión de Oliver. Eso definitivamente añadía credibilidad a su historia.

—Entonces ¿por qué lo han vuelto a mandar? —preguntó él.

—El Profesor Amatista quiere que encuentre algo llamado el Elixir. Es un poco de tecnología de vidente peligrosa, tan peligrosa que se ha escondido. Si el Profesor Amatista le echa mano, le dará más poder del que ningún vidente debería tener jamás. A Oliver le han prometido una parte de la poción. Por eso ha vuelto a ir atrás en el tiempo.

A medida que Edmund dejaba que sus palabras calaran, su odio hirviente se intensificaba. ¡Qué egoísta! ¡Solo había fingido que Ester le importaba! ¡Y

continuaba poniendo la vida de ella en peligro solo para poder dar un impulso a sus poderes!

—¿Eso es verdad? —preguntó Edmund.

—Me temo que sí. Pero no tienes que fiarte de mi palabra. Sigue al Profesor Amatista. Muy pronto te enterarás de que está preparado por

la misión de Oliver por encontrar el Elixir.

Edmund apretó los dientes. Cada vez se fiaba más de la Señorita Obsidiana.

Todo lo que decía tenía sentido.

Volvió a hablar, ahora más calmada, la rabia febril de su voz se desvaneció.

—Yo sí que sé cómo curar a Ester. De hecho, cuando hayas completado esta misión para mí, te diré cómo.

Se le aceleró el corazón. No hacía falta que la Señorita Obsidiana convenciera más a Edmund. Lo tenía totalmente en el bote.

—Haré tu misión —dijo con seguridad—. Sea lo que sea lo que necesites que haga. Odio a Oliver Blue. Quiero destruirlo. Y haré lo que sea por salvar a Ester.

La Señorita Obsidiana lo observó durante un instante.

—Bien. Y yo estoy segura de que lograrás hacer esta misión, Edmund. Dime,

¿alguna vez has visto un agujero espacio-temporal?

Edmund negó con la cabeza.

—¿Esta misión supondrá usar uno? —El pensamiento le causaba algo de ansiedad.

—En cierto sentido —respondió la Señorita Obsidiana de forma enigmática.

Bajó la voz— Necesito que vayas al árbol de kapok. Hay una rama gruesa, tres filas hacia arriba, que señala directamente hacia los dormitorios como un dedo.

Allí escondida encontrarás una jeringa.

—¿Una jeringa? —contestó Edmund con curiosidad—. ¿Para qué narices sirve eso?

—Contiene un veneno —explicó la Señorita Obsidiana—. Crearé un agujero espacio-temporal para ti que te conectará a donde está Oliver. Estará en el tronco del árbol donde ya hay escondida una máquina del

tiempo. Yo lo ajustaré todo a la perfección de modo que lo único que tendrás que hacer tú es clavar la jeringa en el portal y apretar el émbolo. Ya está. Todo lo demás está previsto.

Edmund se sentía indeciso. Parecía peligroso.

—¿Dolerá?

—¿A ti? Pues para nada, querido. Puede ser una sensación un poco extraña, pero solo lo atravesará tu brazo así que decididamente será inofensivo para ti. Oliver, por otro lado…

—¿Esto lo matará? —preguntó Edmund, con una voz entre la conmoción y el placer.

La Señorita Obsidiana negó con la cabeza.

—No, Edmund. Yo no soy un monstruo. Lo único que hará el suero de la jeringa es inhabilitar los poderes de Oliver. Si realmente logra encontrar el Elixir para el Profesor Amatista y toma un poco, el suero de la jeringa contrarrestará sus efectos. En lugar de hacerse más fuerte, se hará más débil. Sus poderes de vidente acabarán desapareciendo por completo. Entonces no será nada. Un don nadie.

Edmund sentía que la emoción saltaba en su pecho. Si Oliver no tuviera poderes

especiales, ¿le seguiría gustando a Ester? ¡Seguro que no! Seguro que para ella la mitad del atractivo de Oliver era el hecho de que en apariencia es un vidente con mucho talento, especial e importante. Sin sus poderes, ¿qué quedaría?

—Lo haré —dijo Edmund con decisión.

—Bien. Entonces ve ahora. Hazlo de inmediato. El portal estará abierto solo durante unos instantes para asegurarnos de que no te ven. Suerte, Edmund. No me decepciones.

La mujer desapareció del espejo. Edmund volvía a estar solo en el baño.

Se quedó allí quieto, atónito por lo que había pasado. Y por primera vez desde que Ester le había dicho que no lo quería, Edmund sintió una llama de motivación en su interior. Destruir a Oliver podría ser su oportunidad de recuperarla, aunque evidentemente nunca debería descubrirlo. Si lo descubría, nunca le perdonaría. Aun así, el peligro

valía la pena. El fin justificaba los medios.

Salió a toda prisa del baño, ya sin la sensación de tener lágrimas en la garganta.

Mientras atravesaba corriendo el pasillo que lo llevaba de vuelta al atrio central, vio a dos de los amigos de Oliver cerca del árbol de kapok; Ralph Black, el vidente estúpido que parecía que nunca hacía nada bien, y Simon Cavendish, el victoriano muy pálido que hablaba con un molesto acento. Hizo una mueca. Lo último que necesitaba era que metieran las narices donde nadie los llamaba.

Pasó corriendo por delante de ellos, con la esperanza de que no lo vieran.

Cuando llegó al lado del árbol de kapok gigante que daba a los cuartos Z, se detuvo y alzó la vista. Contó tres ramas hasta que vio la que la Señorita Obsidiana le había descrito. Una rama larga y ancha con forma de dedo señalando directamente al atrio Z. Allí, cogiendo la luz y desprendiendo un destello, estaba la jeringa.

La emoción saltaba en el pecho de Edmund. Solo había un problema. La rama estaba muy alta. Demasiado alta para trepar hasta ella sin ser visto.

La frustración ardía en sus extremidades como un picor. Estaba cerca y a la vez lejos y eso era más que molesto.

Solo podría llegar a la jeringa de un modo. Edmund accedió a sus poderes de

vidente. Fue hasta allí con su mente, buscando el objeto extraño enclavado entre todos los elementos naturales. Podía sentir los diferentes átomos que formaban la corteza, los que formaban las hojas. Entonces su mente encontró algo que no encajaba, que no vibraba con la frecuencia de la materia biológica sino con la del metal y el cristal.

Lo agarró con firmeza con su mente y, a continuación, empezó a llevarlo hacia él.

Le llevó mucho esfuerzo. Edmund era un vidente con talento pero todavía no estaba bien entrenado para mover cosas.

De repente, las hojas se apartaron. El corazón de Edmund dio un brinco. Algo saltó de la rama y fue a parar a los pies de Edmund. A la

luz, vio el destello de una sustancia que brillaba en el interior.

Rápidamente, con cuidado por ser lo más discreto posible, Edmund se agachó y sacó la jeringa. Se la metió en la manga para ocultarla y echó un vistazo furtivo a su alrededor para asegurarse de que no lo habían visto. Después se levantó y empezó a buscar la entrada secreta a la máquina del tiempo escondida.

Mientras rodeaba el enorme tronco del árbol de kapok, chocó contra alguien.

Ralph Black.

—¿Qué estás haciendo, Edmund? —preguntó Ralph escépticamente.

Edmund negó con la cabeza.

—Nada. De todas formas, ¿qué tiene que ver contigo? ¿Desde cuándo es asunto tuyo?

Ralph frunció el ceño.

—Alguien está a la defensiva.

Edmund puso mala cara.

—Sí, bueno, Ester se está muriendo gracias a tu mejor amigo. Perdona si no quiero estar de cháchara contigo.

Le empujó al pasar por delante de él y empezó a recorrer el perímetro del árbol de kapok. El árbol era muy ancho. Cuando estuvo al otro lado, ya no veía para nada a Ralph.

Se detuvo y vio la X grabada en la corteza del árbol, el lugar donde se rumoreaba que estaba la máquina del tiempo. Esperó, mirándola fijamente, alguna señal de que era el portal que la Señorita Obsidiana dijo que crearía para él.

Esperó y esperó. A cada segundo estaba más preocupado de que apareciera alguien por ahí y lo pillara. Y con cada segundo, tenía más dudas acerca de lo que estaba haciendo. Empezó a hacerse preguntas. ¿Realmente podía fiarse de la Señorita Obsidiana? Al fin y al cabo, la extraña mujer había aparecido en el espejo como un espectro. Podía ser cualquier persona. O incluso cualquier cosa.

Pero después pensó en Oliver y apretó los dientes. Le daba igual quién fuera. Por él, ya podía ser la suma sacerdotisa del ejército oscuro. Lo

único que le importaba era si podía hacer desaparecer a Oliver y salvar la vida de Ester.

En cuanto Edmund hubo pensado esas palabras, la corteza del kapok empezó a cambiar. Frunció el ceño con curiosidad cuando empezó a temblar. Después empezó a dar vueltas. De golpe, una esfera lila oscuro que daba vueltas empezó a crecer delante de él.

Edmund soltó un grito ahogado. Nunca había viajado en el tiempo. Ni tampoco había visto un portal. Era una visión que había que contemplar.

Se movió lentamente y levantó la jeringa. Lo único que tuvo que hacer fue clavarla en el portal y apretar el émbolo. Ya estaba. Pero se hacía muy extraño hacerlo sin poder ver exactamente qué estaba haciendo.

Edmund dio un paso más para acercarse al portal. Sintió una fuerte necesidad de apretar la cara contra él y ver a donde llevaba. A través de la oscuridad, pudo distinguir más de una silueta.

—Edmund… —el viento trajo la voz susurrante.

Edmund sabía que era la Señorita Obsidiana metiéndole prisa para que pasara a la acción.

El tiempo para las reflexiones había terminado. Edmund levantó la jeringa y la clavó hacia delante.

Sintió su resistencia cuando está chocó con la carne, después la sensación de que se hundía al entrar. Apretó el émbolo e hizo pasar la sustancia. Después retiró la mano. El portal se cerró inmediatamente.

Edmund se quedó allí petrificado, sosteniendo la jeringa vacía. El corazón le latía incontroladamente.

¿Qué había hecho?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Oliver se movió. Notaba golpes en la cabeza. Con un gemido, abrió los ojos.

Descubrió que estaba tumbado en las habitaciones contiguas al taller escondido de Leonardo da Vinci. Estaba en el mismo sofá en el que sus amigos habían estado durmiendo por turnos y alguien se había preocupado de taparlo con una manta de lana áspera. Se incorporó y

miró a su alrededor, parpadeando.

La habitación estaba oscura. Una vela pequeña ardía sobre la chimenea. A través de la ventanita que había por encima de su cabeza, Oliver vio que el cielo se había vuelto negro como la boca del lobo. Unas estrellitas blancas brillaban a lo lejos.

Con la cabeza dándole vueltas como si estuviera en un mar especialmente picado, Oliver se levantó. La manta resbaló de su regazo al suelo mientras él se frotaba su dolorida cabeza.

Se esforzó por recordar lo que había pasado. Un instante había estado trabajando con Leonardo en la fórmula para el Elixir y al siguiente…

Al siguiente…

¿Qué había pasado?

Oliver no podía recordarlo. Todo se había vuelto oscuro. Casi no podía encontrar sus recuerdos.

Justo entonces, le llegó el olor a verduras asadas y especias. Se dirigió a la puerta de las habitaciones, que estaba entreabierta, y miró por el agujero.

La puerta del taller al otro lado tenía una luz flameante. Allí, Walter, David, Hazel y Gianni estaban sentados alrededor de la mesa de trabajo en la que él había estado trabajando con Leonardo. Se disponían a comer unos platos de comida humeante. Leonardo estaba un poco apartado a un lado, sentado delante de un caballete. Parecía estar trabajando en un cuadro.

Oliver empujó la puerta de madera y esta se abrió chirriando. Todo el mundo se giró para mirarlo.

—¡Ollie! —gritó Walter, sonriendo cuando Oliver puso un pie en la habitación.

Hazel se levantó de un salto y fue corriendo hacia él.

—¡Estás bien! —exclamó, lanzándole los brazos alrededor del cuello.

Pero en lugar de consuelo, un pánico repentino se apoderó de Oliver. Un recuerdo había vuelto a él a toda prisa. Se había acordado de que justo cuando el mejunje para el Elixir había empezado a burbujear, el tiempo se había descongelado. Había empezado a moverse de nuevo.

Y eso significaba que Ester había estado sufriendo todo el tiempo que él había estado durmiendo.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —preguntó Oliver, con la voz temblorosa por el dolor.

Hazel retrocedió y fue a buscar el amuleto de zafiro. Lo alzó hacia él, metiéndoselo debajo de la nariz.

Oliver lo cogió con las manos temblorosas, casi demasiado atemorizado de mirarlo y descubrir lo que podría decirle de Ester. Pero para su alivio, Oliver vio que Ester estaba congelada en el tiempo una vez más.

Soltó un suspiro tan grande que todo su cuerpo se debilitó.

—El universo me permitió activar el péndulo del tiempo una vez más —dijo Leonardo tranquilamente, apartando la mirada de su cuadro—. Tú has dormido durante horas, pero el reloj de Ester no ha avanzado ni un solo segundo.

Oliver notó que el alivio lo inundaba. Soltó una gran exhalación.

—Sin embargo —dijo Leonardo, con más solemnidad—, creo que fue una señal.

Una importante que no podemos ignorar. El universo no quiere que enredemos las líneas temporales más de lo que sea absolutamente necesario. Puede que esta vez nos haya dado más tiempo, pero no debemos darlo por sentado. Creo que nos está advirtiendo de que nos demos prisa.

Oliver asintió. Entendía la advertencia de Leonardo. Él también quería

apresurarse con la misión. Cada segundo apartado de Ester parecía una agonía, tanto si era un segundo congelado en el tiempo como si no.

Finalmente recuperado de su pánico, Oliver miró a Hazel con curiosidad.

—Entonces ¿qué pasó?

—¿No te acuerdas? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Nada.

Hazel lo llevó hasta la mesa y empezó a servirle un plato de comida. Cuando Oliver tomó asiento, Leonardo dejó su pincel y giró su taburete para ponerse de cara a ellos.

—Debe de haber sido el agotamiento, Oliver —explicó—. Fuiste a mirar el Elixir cuando este empezó a burbujear y, a continuación, la siguiente cosa que sabemos es que estabas en el suelo desmayado.

—Hacía horas que no dormías —añadió Hazel, colocándole un plato humeante de carne con verduras delante.

—Descuidamos tu salud —añadió David, con un punto de remordimiento brillando tras su mirada—. Todos habíamos tenido ocasión de dormir, pero tú no.

Solo sirvió para deducir que tú te desplomarías en cualquier momento. Asumo toda la responsabilidad.

—No lo hagas —dijo Oliver, apartándolo—. Yo fui el que me forcé.

Recordó las advertencias de Hazel para que bajara el ritmo, advertencias que él ignoró de inmediato. Había estado tan decidido con su objetivo de salvar a Ester que se había olvidado de sí mismo por completo.

Se dio cuenta de que ahora estaba hambriento. Se dispuso a comer su comida, agradecido por el calor y el alimento que notaba que penetraban en su cuerpo.

Pero a pesar de que la comida lo revitalizaba, algo no iba bien. Había un recuerdo justo en la punta de su memoria, uno al que no podía acceder.

Miró a Leonardo. Entonces fue cuando se dio cuenta de en qué estaba trabajando el hombre. Era la mismísima Mona Lisa. Oliver soltó un grito ahogado.

—Está mejor ahora, ¿no crees? —dijo Leonardo, retirando su pincel de la tela—.

Me inspiré en la Ester de tu amuleto.

Oliver miró de nuevo al amuleto de zafiro y a la imagen congelada de Ester durmiendo. En lugar de la mirada de dolor en su cara ahora

parecía haber una sonrisa que se dibujaba lentamente a los lados de sus labios. Era una mirada cómplice, como si poseyera un conocimiento importante. Él no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Añadí una sonrisa —explicó Leonardo, señalando a las esquinas de la boca de Mona Lisa inclinadas ligeramente hacia arriba, la sonrisa cómplice por la que era famosa.

Oliver estaba aturdido. ¡Así que Ester había inspirado la sonrisa de la Mona Lisa! Era una de las partes más extrañas pero también más maravillosas de ser vidente -descubrir en qué maneras has moldeado la historia. Haber influenciado en el cuadro más famoso del mundo era bastante increíble, pensó Oliver.

Pero de nuevo se estaba distrayendo. No estaba allí para maravillarse con la Italia del Renacimiento o disfrutar de la compañía de Leonardo da Vinci. Estaba aquí para completar una misión.

Más recuerdos estaban tirando de su mente, pidiéndole que les prestara atención.

Pero todavía parecían vagos y confusos, como espejismos. No podía distinguir qué recuerdos eran los suyos, cuáles eran de la Señorita Lucia y cuáles eran de Leonardo da Vinci. Su cerebro parecía unos huevos revueltos y no sabía cómo analizarlo todo.

—¿Nos estábamos cargando de armas? —preguntó, recordando que Leonardo les había mostrado una selección de armas que él había inventado.

—Sí —sonrió Walter—. ¡Yo cogí esta pistola tan chula! Levantó la extraña y primitiva versión prototipo de madera de lo que acabaría convirtiéndose en la pistola moderna.

—Cuidado hacia donde mueves esa cosa —le advirtió Hazel.

Oliver asintió. Sí, esto lo recordaba. Walter tenía la pistola, Hazel la ballesta gigante. Gianni había cogido una especie de tirachinas mientras que David había decidido que su cetro fuera su arma. Empezaba a aclarar sus recuerdos paso a paso.

—Estábamos esperando a que se preparara el Elixir —dijo—. Entonces empezó a burbujear y salió un vapor blanco de él. ¿Fue porque estaba terminado? ¿Lo completaron?

Hubo una pausa. Por el modo en el que sus amigos evitaban el

contacto visual con él e intercambiaban miradas furtivas, Oliver podía decir que había algo que no estaba del todo bien en el dibujo que él había hecho. Había algo que no le decían.

—Chicos —preguntó de nuevo—. ¿Qué está pasando? ¿Es por el Elixir? ¿Algo fue mal con él?

De nuevo, nadie parecía dispuesto a hablar. En su lugar, todos sus amigos miraron a Leonardo.

El anciano inventor suspiró profundamente y se puso de pie.

—Creo que deberíamos decirle la verdad a Oliver —les dijo a los demás.

—¿La verdad sobre qué? —preguntó, mirando de una persona a la siguiente.

¿Qué le estaban ocultando?

La expresión de Hazel parecía ser la de mayor preocupación.

—No creo que deba hacerlo —le dijo en voz baja a Leonardo.

Pero Oliver estaba cada vez más y más preocupado.

—¿Qué me estáis ocultando? —preguntó, con la voz temblorosa.

Leonardo levantó las manos e hizo un gesto para tranquilizarlo.

—Lo explicaré todo, Oliver —Miró a los demás—. Por favor, ¿nos disculpáis?

Esta conversación debe de ser en privado.

Obedientemente, Walter, Hazel, David y Gianni se levantaron todos de la mesa de trabajo. Empezaron a salir en fila del taller hacia las habitaciones. Cuando Hazel pasó por delante, le apretó el hombro a Oliver en un gesto de consuelo.

Esto solo hizo que se pusiera más nervioso. Fuera lo que fuera lo que estaba a punto de contarle, era evidente que era grave.

La puerta que daba a las habitaciones se cerró rápidamente, dejando solo a Oliver y a Leonardo da Vinci dentro del taller. Leonardo fue a sentarse a la mesa de trabajo a su lado.

—Acábate la comida, Oliver. Necesitas energía.

Oliver intentó dar otro mordisco pero la garganta se le había cerrado demasiado por la preocupación para poder tragar. Dejó el tenedor y apartó el plato.

—Por favor, cuénteme qué está pasando —le dijo a Leonardo—. Necesito saber qué pasó. ¿Está terminado el Elixir?

—El Elixir está completo —le dijo Leonardo asintiendo con la cabeza.

Oliver se quedó sin aliento.

—¡Entonces debemos de devolverlo a la Escuela de Videntes inmediatamente!

Estupefacto y eufórico, se dispuso a levantarse. Pero Leonardo lo cogió por el brazo y lo detuvo.

—Siéntate, chico —dijo suavemente.

La confusión se apoderó de Oliver. Se dejó caer de nuevo en su asiento.

—Pero Ester…

—Lo sé. No podemos detener el tiempo para siempre. Tú quieres volver a toda prisa con ella. Y lo harás, pronto. Pero primero tengo algo muy importante que decirte.

—Vale… —dijo Oliver. Empezaban a revolvérsele las entrañas mientras el temor arraigaba.

—A pesar de que el Elixir ahora sí que está completo —explicó Leonardo—, se ha hecho evidente que para que funcione realmente en el modo en que necesitas, tendrás que tener intenciones completamente puras.

—Como en el portal —dijo Oliver asintiendo—. Está bien. Ya he demostrado que tengo intenciones puras. Si no las tuviera, nunca hubiera podido llegar aquí para empezar.

Leonardo negó con la cabeza. Su voz había adquirido un tono muy intenso.

—Esta prueba es más difícil de pasar. No es igual que la del portal. Para que el Elixir funcione realmente y para demostrar que tus

intenciones son completamente puras, tendrás que hacer un sacrificio.

Oliver frunció el ceño.

—¿Un sacrificio? ¿A qué se refiere? Yo no tengo nada de valor. La brújula,

¿quizás? ¿O el amuleto de zafiro? —El pecho se le tensó—. ¿El cuaderno de mi padre?

Pero Leonardo negó con la cabeza.

—No. Un objeto no, Oliver. No son cosas tangibles las que busca el Elixir. No tiene ninguna necesidad de posesiones materiales, ni de dinero o joyas o riqueza.

El Elixir se alimenta de emoción. Solo puede funcionar si el sacrificio que haces es personal. Debes privarte de algo que quieras. Tal vez de tu mayor deseo. Tu sueño.

Oliver no comprendía qué podía ser.

—Yo solo tengo un sueño —dijo— y es salvar la vida de Ester. No puedo sacrificar eso o todo esto no tendrá sentido.

Leonardo lo observó con mirada seria.

—Habrá otra cosa, Oliver. Algo en lo más profundo de tu ser. Un sueño que has enterrado. Algo que contiene tanto significado personal que habrá sido demasiado doloroso para ti tan solo acceder. Todos tenemos esto en nuestro interior. Esta necesidad oculta y secreta que queremos que se cumpla, aunque no seamos conscientes de ello. Es esto de lo que debes desprenderte. Cuando llegue

el momento, lo sabrás.

Sus palabras le parecieron muy misteriosas a Oliver. Muy definitivas. No sabía cómo procesar esta prueba que tendría que llevar a cabo sin entender del todo qué podría ser lo que tendría que sacrificar. Pero si realmente era algo que le importaba tanto como salvar la vida de Ester, seguramente sería un gran sacrificio. Un sacrificio que le provocaría un dolor importante.

Ahora mismo, no podía imaginar qué podría ser. Tal vez el sacrificio serían sus poderes de vidente. Tal vez serían todos sus recuerdos. Eran las dos únicas cosas que se le ocurría que para él sería devastador

perder.

Leonardo debía de haber podido ver que la mente de Oliver trabajaba más de lo normal, pues repitió:

—Lo sabrás cuando llegue el momento —Después se reclinó en su asiento y examinó la cara de Oliver—. ¿De verdad no recuerdas lo que pasó antes? ¿Lo que hizo que te desmayaras?

Oliver buscó en su mente. Recordaba la gran nube blanca de neblina y el siseo del Elixir cuando burbujeó. Después de eso, no hubo nada.

Después, de repente, le vino un recuerdo. Había visto una mano que se alargaba a través de la nube y que rodeaba el frasco de cristal que contenía el Elixir.

—¡Gianni! —dijo con la voz entrecortada—. Estaba robando el Elixir. Es un espía de la Señorita Lucia.

Leonardo dijo que no con la cabeza.

—No. No lo es. Te equivocas.

Oliver frunció el ceño, confundido de repente.

—¿Está seguro? La mano solo podía ser suya.

—Te lo prometo —dijo Leonardo—. No era Gianni. Mira de nuevo dentro de tu mente. Busca. Hay otro recuerdo que estás bloqueando. Quizá porque es demasiado para entenderlo.

Oliver echó un vistazo a izquierda y derecha mientras buscaba frenéticamente en su mente el recuerdo que le faltaba. Entonces le vino, golpeándole con toda la fuerza de la conmoción como lo había hecho la primera vez.

—Fui yo —dijo con la voz entrecortada—. Yo mismo. Pero ¿por qué?

Levantó la mirada y buscó en los ojos de Leonardo. Oliver podía interpretar la emoción que había tras ellos. Leonardo ya sabía que se había visto a sí mismo.

De inmediato, Oliver necesitaba una respuesta al desconcertante misterio enseguida.

—Usted ya lo sabe. ¿Cómo? ¿Cómo estaba allí?

Leonardo hizo una pausa como si reflexionara sobre cómo continuar.

—Tú ya has estado aquí, Oliver. En Italia. En la Escuela de Videntes de Roma.

En la Capilla Sixtina. Y en este taller.

Oliver recordó la extraña sensación de déjà vu que había experimentado al llegar a Roma. ¿Estaba Leonardo a punto de revelarle por qué había sentido algo supuestamente imposible?

—¿Se refiere a una versión paralela de mí mismo? —expuso Oliver—. ¿Una que ya ha estado aquí antes?

—Así es. Un Oliver paralelo —Leonardo hablaba lentamente con una voz cuidadosa y paterna, como si estuviera dando una mala noticia—. Él vive aquí.

Conmigo. Es mi aprendiz.

Oliver notó que abría la boca de golpe. Estaba aturdido y en silencio. Parecía que el mundo entero había dado un giro de golpe pero a él lo había dejado atrás. La confusión daba vueltas en su interior.

Bajo esa profunda conmoción, lo único que pudo decir fue:

—No lo entiendo.

Leonardo cruzó los brazos sobre la mesa por delante de él, dejando claro que estaba a punto de lanzarse de lleno a una explicación larga y posiblemente

difícil.

—Hace once años, dejaron a un niño en la Capilla Sixtina. Ese niño, Oliver, eras tú.

El choque le impactó con la fuerza de un tren de carga.

—Mis padres…

—Sí —confirmó Leonardo—. Te trajeron aquí para que estuvieras a salvo.

Sabían que yo era el vidente más poderoso del universo y que te entrenaría. Pero no sabían dónde se escondía mi taller secreto y por eso te llevaron al Vaticano, a la Capilla Sixtina donde se rumoreaba

que ya habían criado a un vidente.

—La Señorita Lucia —Las piezas empezaban a encajar en la mente de Oliver—.

Pero para traerme aquí, mi padre debía de haber acabado la fórmula para el Elixir. Si no, no hay otra manera en la que pueda haber viajado en el tiempo.

Leonardo volvió a asentir, lentamente.

—Lo hizo. Su mente era brillante, Oliver, igual que la tuya. Teddy Blue encontró la fórmula para el Elixir. Pero no sabía el caos que desataría. No podía haberlo sabido de ninguna manera. Él y tu madre empezaron algo que nunca habían pretendido. Y por eso cuando vinieron a Italia en busca de refugio, Teddy se puso a destruir la fórmula. El cuaderno que tú tienes ahora es el volumen uno. El segundo volumen lo enterró en Roma antes de…

Hizo una pausa.

—¿Antes de qué? —preguntó Oliver. Su voz era ahora agitada. Notaba que todo su cuerpo temblaba ante la expectación. Necesitaba saberlo.

Leonardo negó con la cabeza.

—Antes de que fueran absorbidos de nuevo por el portal dimensional por el que habían venido y se… perdieran.

A Oliver le parecía que no le quedaba aire en los pulmones.

—¿Qué se perdieran? —repitió.

Sabía a lo que Leonardo se refería. Se suponía que Theodore Blue y Margaret Oliver, sus dos padres, nunca iban a viajar a través del tiempo. Fueran las que fueran las razones para crear el Elixir y desentrañar el secreto del viaje en el tiempo, el universo no había dado su aprobación. De la misma manera que sus intenciones habían tenido que ser puras para acceder al portal en primer lugar, las intenciones de ellos también habían tenido que ser puras. El universo había considerado que no lo eran. Los había expulsado al vacío del espacio.

Más que un suspiro dolorido, la voz de Oliver salió pequeña.

—Están perdidos entre dimensiones.

Un doloroso entendimiento se apoderó de él. Esa era la razón por la que su mamá y su papá se le aparecían en sueños y visiones. Estaban atrapados en tierra de nadie entre dimensiones. Perdidos en ese horrible vacío de nada. El pensamiento era más que angustioso. Tiraba del corazón de Oliver, haciendo que todas sus partes dolieran por la pena.

—No tuvieron otra opción que dejarte atrás, Oliver —dijo Leonardo en voz baja

—. Si se hubieran aferrado a ti, tú también hubieras sido absorbido por el agujero espacio-temporal. Te abandonaron para protegerte.

Oliver pensó en el cuaderno de su padre. Era el volumen uno de dos. El otro se había quedado aquí. No era de extrañar que Leonardo hubiera podido crear la receta del Elixir con él. Al venir aquí, Oliver había reunido los dos cuadernos.

No había sido por su cerebro increíblemente poderoso que lo habían logrado.

Simplemente había sido cuestión de combinar la información de ambos cuadernos.

—¿Es por eso que ahora el Elixir pide un sacrificio? —preguntó Oliver —. ¿Para evitar que los errores que cometieron mis padres vuelvan a pasar?

—Sí —confirmó Leonardo—. Para asegurarse de quienquiera que cree y use el Elixir otra vez lo haga con un corazón puro.

Oliver respiró profundamente. Su mente daba vueltas a todo lo que había descubierto. Le llevaría mucho tiempo asumir todo aquello.

—¿Qué les pasó a mis padres? —preguntó Oliver—. ¿Cómo fueron a parar a Nueva Jersey con mi familia adoptiva?

—Tu llegada aquí es uno de esos puntos —explicó Leonardo—. Esos momentos en el universo en los que este hace equilibrios sobre la cabeza de un alfiler. Pues coincidió con que tus padres desentrañaran los secretos de los viajes en el tiempo y con que el universo recuperara esa habilidad de inmediato, tú te volviste sumamente importante para el universo. En todas las líneas temporales, tu historia empieza justo aquí. Pero en todas las líneas temporales, este es el punto en el que diverge.

—El Oliver que yo vi —expuso—. Es una versión paralela. Una que se quedó en Roma.

Leonardo asintió.

—Prometió mantenerse fuera de la vista. Pero cuando vio el Elixir, pensó que algo había ido mal con él, que estaba a punto de explotar y echarse a perder.

Nunca os deberíais haber visto. Es por eso que perdiste el conocimiento.

Oliver lo entendía. Pero no pudo evitar un ataque de celos hacia el Oliver de esta línea temporal. Este Oliver se había formado con Leonardo da Vinci mientras que él había sufrido años de abandono a manos de sus padres adoptivos y abusos de su hermano. Esto no parecía justo. Se preguntaba qué había sucedido con todos los otros Olivers de todos los caminos divergentes. Si habían tenido vidas venturosas o si habían sufrido como él.

Tenía muchas preguntas, muchas cosas que quería saber, pero en ese momento llamaron a la puerta. David sacó la cabeza por ahí.

—Siento interrumpir —dijo—, pero, Oliver, el cetro ha empezado a funcionar de nuevo.

Oliver sintió un sobresalto inmediato por el susto. Miró a Leonardo y al péndulo del tiempo que estaba colgado en la pared del otro lado del taller. En efecto, estaba empezando a moverse de nuevo.

—No —dijo Oliver con la voz entrecortada—. ¿Por qué?

Leonardo negó con la cabeza.

—El universo necesita que nos pongamos en acción, ahora. Tal vez solo me permitió detener el tiempo para que te hablara de tus padres y ahora parece que

pide que el tiempo avance. Lo siento. Yo no puedo hacer nada más.

Oliver se levantó como un tiro. Ester. Se había permitido distraerse por sus problemas personales y la había perdido de vista a ella, a lo que realmente importaba.

—Tenemos que irnos —le dijo a David.

Miró a Leonardo, sabiendo que su única posibilidad de encontrar

respuesta a sus preguntas desaparecería en el momento en el que saliera del taller. Pero no había otra opción. La carrera estaba otra vez en marcha. El Elixir estaba terminado.

Era el momento de irse.

Era el momento de salvar a Ester.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Chris observaba con asombro cómo más y más siluetas envueltas en una capa atravesaban la rasgadura de la estructura dimensional. Sentía una gran emoción en su interior. Ahora si que estaban llegando realmente a algún sitio. Con las tropas adecuadas, por fin podría vencer a Oliver de una vez por todas.

Cuando la multitud pasó por delante de él y se coló en las calles de Florencia, se giró y miró a los otros estudiantes obsidianos. Madeleine parecía estupefacta y no en el buen sentido. De hecho, parecía horrorizada por la escena que se desplegaba ante sus ojos.

Natasha tenía una especie de júbilo entusiasmado brillando en su mirada y Chris podía decir que estaba disfrutando del caos tanto como él.

Finalmente, miró a Malcolm. Su archienemigo parecía furioso. Chris pensó que tenía envidia porque no había sido él el que había tenido la genial idea de recurrir al ejército oscuro.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer —le dijo Malcolm seriamente.

—Sé exactamente lo que hago —respondió Christopher.

—¿De verdad? —contestó Malcolm, cruzando los brazos—. Porque tu ejército no tiene órdenes y está corriendo por ahí como pollos sin cabeza.

Chris no iba a aceptar una crítica del estúpido de Malcolm Malice. Él podía mandar al ejército, sin problema. Ahora sabía cómo hacerse respetar por la gente. Había practicado mucho con la banda variada de Obsidianos. Solo se trataba de mostrar fuerza.

Buscó los poderes oscuros en su interior y encontró que ahora estaban más pulidos tras su entrenamiento con el Coronel Caín. Después tiró de ellos a través de su pecho.

Chris abrió la boca y de ella salió una ráfaga de luz negra. Iba acompañada de un ruido espeluznante, como el chirrido del metal. Con un rugido mandó su luz

negra al cielo, como una almenara para llamar a todos los soldados del ejército oscuro.

—¡Mirad! —gritó Madeleine.

Como era de esperar, unas siluetas envueltas en capas empezaron a reaparecer, reuniéndose más cerca de Chris. Chris se sintió incluso más poderoso cuando vio que su plan estaba funcionando. Y la mirada en la cara de Malcolm fue la guinda del pastel. ¿Cuándo iba a aceptar que Chris le había superado de todas las maneras posibles?

Pronto, el ejército oscuro estaba rodeando a los estudiantes obsidianos. Entonces uno de ellos se arrodilló. Los otros le imitaron.

Chris cerró la boca, interrumpiendo la luz y el ruido. Echó un vistazo al mar de cabezas agachadas de su ejército, que aguardaban pacientes sus órdenes.

Se aclaró la garganta.

—Encontrad a Oliver Blue —dijo—. Pero no le matéis —Una sonrisa se dibujó en su cara—. Quiero hacerlo yo mismo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¿Lo oísteis? —preguntó Hazel, con la voz impregnada de pánico.

Estaba arriba del todo de las escaleras de dentro del taller de Leonardo. El anciano inventor había usado sus poderes para abrirles la pared encantada cuando el ruido más extraño penetró en la tranquilidad de la noche. Era como metal arañando metal.

—No parece natural —dijo Walter, visiblemente temblando.

—No te preocupes —dijo David, cogiendo con más fuerza el cetro—. Estamos bien protegidos.

Todos ellos iban cargados con las fabulosas armas diseñadas por Leonardo.

Todos menos Oliver, cuyo único propósito ahora era proteger el valioso Elixir.

Estaba en un frasco de cristal sellado en el fondo de su mochila.

Cuando el horrible ruido resonó a su alrededor, el anciano inventor lanzó una mirada de inquietud a Oliver.

—Podrían ser aquellos que desean obtener el Elixir —dijo.

—¿Existe alguna otra ruta por la que podamos salir? —preguntó Oliver.

Leonardo negó con la cabeza.

—Solo hay una entrada y una salida a mi taller secreto. La única otra manera sería a través de un portal —De repente, se le iluminó la mirada—. Sí. ¡Un portal! ¡Eso es!

Sintiéndose cada vez más aterrorizado por el horrible ruido que resonaba a su alrededor, Oliver frunció el ceño confundido.

—¿A qué se refiere con un portal?

—Como el Profesor Amatista, yo tengo el poder de crear agujeros espacio-temporales —explicó Leonardo—. Yo podría fabricar uno que os llevará a casa,

directamente a la Escuela de Videntes.

A Oliver el pecho le dio un brinco por la esperanza.

—¿Cuánto tiempo le llevará?

Leonardo pasó una mano por su larga barba lentamente.

—No puedo decirlo. Es una ciencia inexacta. Podría llevarme horas. Días. Al fin y al cabo, la Escuela de Videntes es uno de los lugares más protegidos del universo.

«¿Horas?» —pensó Oliver con exasperación—. «¿Días?»

¡No tenían tanto tiempo! Ester necesitaba el Elixir ahora mismo.

Pero ¿qué otra opción había? El portal por el que habían venido al principio estaba allí en Roma. Ellos estaban en Florencia. Viajar de vuelta al portal original ya llevaría horas. Al parecer, quedaba poco más de una hora en el reloj de arena de dentro del cetro.

—Creo que no tenemos tanto tiempo —dijo Oliver en voz alta, su

frustración finalmente se desparramó—. ¿Se le ocurre alguna otra manera de que podamos ir a casa?

De repente, a Leonardo se le iluminó la mirada.

—¡Ya lo sé! En Florencia hay un portal escondido que conecta con la Capilla Sixtina. No es una máquina del tiempo, solo un portal.

—Esto nos llevaría directo a nuestro portal —dijo Hazel.

Leonardo asintió.

—Sí. Si activáis el portal, podéis volver a Roma e ir desde allí.

—¿Dónde está este portal? —le preguntó Oliver a Leonardo.

—Esta justo arriba del todo del Campanile de Giotto —explicó el hombre—. El campanario de Florencia. Gianni sabrá a donde ir.

Oliver miró a su guía, al chico que había pensado que era un espía. Ahora se sentía fatal por eso. Era evidente que Gianni estaba aquí para ayudar.

—El Campanile de Giotto —repitió Oliver asintiendo con la cabeza.

Leonardo se giró hacia la pared y dirigió sus poderes a los ladrillos. Estos se desvanecieron, dejando una abertura lo suficientemente grande como para que todos pasaran por ella.

Cuando Oliver volvió a salir a la tranquila iglesia, el extraño ruido metálico chirriante se hizo ahora aún más fuerte.

—¿Qué es esto? —meditó en voz alta, tapándose los oídos con los dedos.

—Me machaca —respondió Walter.

Llegaron a la entrada de la capilla y Leonardo abrió la puerta.

—De repente, el extraño ruido paró. Todo se quedó en silencio.

—Uf —dijo Hazel—. Me estaba dando dolor de cabeza.

Por encima de ellos estaba el sereno cielo negro acribillado por brillantes estrellas blancas. Alzándose imponente hacia el cielo, la cosa más alta en el horizonte, estaba el campanario. El Campanile de Giotto.

Todos los amigos se adentraron en la oscura noche, preparados para el siguiente paso de su viaje, el paso que sin duda alguna sería el más arriesgado.

Oliver se giró para mirar a Leonardo. El viejo inventor le colocó una mano firme sobre el hombro.

—Recuerda, cuando llegue el momento del sacrificio, lo sabrás. No será un objeto, sino la pérdida de algo que de otro modo hubieras obtenido.

Oliver asintió. Las palabras de Leonardo fueron un solemne recordatorio del importante trabajo que un vidente debe emprender por el bien del universo, incluso cuando supone grandes sacrificios.

Hazel le tiró de la manga.

—Venga. Vayámonos mientras todo está tranquilo.

Oliver asintió. Hizo un movimiento para irse pero entonces se dio cuenta de que faltaba alguien. Walter, Hazel, Gianni…

—¿Dónde está David? —preguntó.

Echó un vistazo alrededor. Su guardaespaldas estaba un poco alejado del resto del grupo. Al principio, Oliver pensó que estaba haciendo algún tipo de reconocimiento. Pero después se dio cuenta de que David tenía la cabeza agachada como con pena.

Cuando por fin el chico alto habló, Oliver no acababa de entender sus palabras.

—He decidido quedarme —dijo.

Oliver frunció el ceño, mientras la confusión lo recorría.

—¿Quedarte? ¿A qué te refieres con quedarte?

—Quiero quedarme aquí con Leonardo. Me siento más cómodo aquí que en la Escuela de Videntes.

—¡Pero se supone que debes protegerme! —tartamudeó Oliver—. ¡Este era tu único propósito en esta misión!

David negó con la cabeza.

—¿No lo entiendes? —dijo—. Te estoy protegiendo. Solo que a un tú

diferente, de una dimensión paralela.

—¿Al aprendiz? —preguntó Oliver, con la voz marcada por el dolor. El pecho se le hundió. No podía creerlo. Había puesto su confianza y su fe en David y ahora el chico le daba la espalda, a favor de otro Oliver al que ni siquiera conocía.

—No puedo explicarlo del todo —dijo David—. Pero tengo la sensación de que debo de quedarme aquí. En el taller. Creo que esto significa que se supone que debo proteger al otro Oliver.

—Puede que tenga razón —sugirió Hazel—. Si Chris sigue nuestras pistas hasta

Leonardo, matará al otro Oliver, dando por sentado que eres tú. Un chico inocente podría morir. Ese Oliver necesita la protección de David más que nosotros.

—Pero es a mí a quien el Profesor Amatista le encargó a David que protegiera

—balbuceó Oliver en protesta—. No a esta otra versión de mí.

David movió su largo pelo oscuro.

—No puedo explicarlo del todo. Es un instinto visceral. Creo que aquí soy necesario.

—Ollie —dijo Walter, intentando captar su atención.

Pero Oliver estaba demasiado concentrado en la situación con David como para hacerle algún caso. Miraba fijamente, horrorizado, al chico que lo estaba abandonando por un Oliver que ya había vivido una vida más afortunada que la suya.

—¡Ollie! —dijo Walter con más insistencia.

Pero aun así, Oliver no prestó atención a su amigo. Continuaba con la mirada enfocada en David, sintiéndose herido por su abandono.

—¿Hay algo que pueda decir para convencerte de lo contrario? —preguntó Oliver desesperadamente.

—Lo siento —dijo David, diciendo que no con la cabeza.

Se quitó el cetro de la espalda y se lo pasó a Oliver. Oliver vio que el reloj ahora se iba quedando peligrosamente sin arena. Su tiempo para

volver a la Escuela de Videntes y salvar a Ester casi había desaparecido. No había más tiempo para quedarse allí discutiendo sobre las intenciones de David. Tenían que irse. Ahora.

—De acuerdo entonces —dijo David, quitándole el cetro.

No quería que sus últimas palabras fueran palabras de enfado, pero era prácticamente imposible que no hubiera dolor en su tono. Se sentía completamente traicionado por David, en el momento en que quizá más lo necesitaba.

Sin más palabras, dio media vuelta y se unió a Walter, Gianni y Hazel. Parecían estar petrificados como estatuas con unas expresiones horrorizadas en la cara.

Entonces fue cuando Oliver por fin se dio cuenta de por qué Walter había estado intentando llamar su atención. De pie en una fila larga y silenciosa había unas figuras envueltas en una capa con los ojos azules y brillantes.

—El ejército oscuro —dijo Oliver con la voz entrecortada.

Entonces un tipo dio un paso adelante y Oliver supo enseguida quién era.

Su hermano.

Christopher lo había encontrado.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Un viento frío pasó a toda prisa por delante de Christopher mientras él estaba a la cabeza de su ejército, contemplando la visión de su patético hermano. Una sensación de satisfacción lo inundó. La última vez que le había puesto los ojos encima a Oliver fue a orillas del Río Támesis en el Londres del siglo diecisiete.

Entonces Oliver había escapado. Pero aquí, en la Italia del siglo dieciséis, no volvería a tener tanta suerte.

El ejército oscuro estaba perfectamente obediente a su lado, esperando sus órdenes. Pero de momento, Christopher solo quería observar, empaparse del miedo de Oliver.

Observó cómo Oliver y su puñado de amigos volvían corriendo al interior de la iglesia de la que habían salido. Le encantaba ver a su

hermano acobardarse. Le recordaba cuando eran pequeños y Chris lo atemorizaba despiadadamente. Solo que ahora había mucho más en juego y esto hacía que todo fuera todavía más emocionante. Ahora no luchaban con los puños sino con la magia.

Mientras el patético grupo de videntes de Amatista entraban a toda prisa en la iglesia, Christopher oyó que Madeleine soltaba un grito ahogado a su lado.

—No me lo creo. Están con Leonardo de Vinci.

—¿Con quién? —preguntó Chris.

Malcolm respondió con voz seca.

—Leonardo da Vinci. Solo es una de las mayores mentes que jamás han existido.

—Debe de ser un vidente —aportó Natasha.

De repente, una sensación de pánico se apoderó de Christopher. Si Oliver estaba junto a un vidente poderoso, entonces seguramente tenía algún tipo de ruta de escape pensada. Otro portal para transportarlo a algún tiempo y lugar donde Christopher ya no le hiciera daño. De ninguna manera iba a dejar que esto volviera a suceder.

—¡Ejército! —gritó, levantando la mano por encima de la cabeza—. ¡Avanzad!

Bajó el brazo con un movimiento rápido y fuerte, imitando los gestos que había aprendido durante su entrenamiento con el Coronel Caín. Inmediatamente, el ejército empezó a moverse. Marcharon hacia delante, moviéndose tan perfectamente al unísono que era una imagen para contemplar. Chris los observaba moverse como aceite filtrándose por los adoquines.

—Venga —vociferó a los otros estudiantes obsidianos.

Obedientemente, lo hicieron.

Cuando el ejército llegó a la capilla, se detuvieron todos. Chris frunció el ceño, preguntándose qué los había hecho parar tan súbitamente.

Pero cuando él llegó a la capilla se dio cuenta de lo que era. Un extraño brillo blanco cubría todo el edificio.

Estiró el brazo y tocó el brillo blanco. Un dolor abrasador como una

quemada de hielo creció rápidamente en el lugar donde su piel había entrado en contacto.

Se retiró al instante.

—¿Qué narices es esto? —preguntó.

Madeleine murmuró la respuesta.

—Los poderes celestiales de Oliver. Están reaccionando en contra de tu materia oscura. Como una especie de fuerza opuesta. Imanes que se repelen.

—¡Entonces destrozadlo! —gritó Chris, enfurecido.

¡Haría falta más que una extraña luz blanca brillante para detenerlo a él y a su ejército!

Los soldados empezaron a acribillar la luz blanca con su propia magia negra, rociando el brillo con chorros de pura luz negra.

—¡Más! —exigió Chris—. ¡Más fuerte!

Él lanzó sus propios chorros a la capilla, expulsando toda la fuerza que podía

reunir.

—Está funcionando —dijo Madeleine con la voz entrecortada—. Mirad.

Para deleite de Chris, tenía razón. Se estaba empezando a formar un agujero en el escudo.

—¡Mantened el ritmo! —les gritó a los soldados.

Si de algún modo se estaban cansando, lo ocultaban muy bien. Todos y cada uno de ellos mantenía toda su concentración en acribillar el brillo blanco con sus chorros de luz negra. La luz negra empezó a derretirse y a bajar goteando por el lateral del edificio.

Chris notó que una burbuja de risa se le escapaba de la garganta. Era demasiado divertido. Podía imaginarse a Oliver dentro de la capilla con sus patéticos poderes celestiales pensando que había salvado a todo el mundo, ¡para acabar descubriendo que no podía retener a alguien tan fuerte como Christopher durante más de cinco minutos! Los poderes más fuertes de Oliver no eran más que un pequeño

obstáculo para Oliver.

Cuando las últimas gotas de luz blanca formaron un charco en el suelo, Chris levantó una mano para ordenar al ejército que se detuviera.

Cautelosamente, Chris fue hasta la ventana y miró dentro.

La capilla estaba completamente oscura. No había ninguna señal de Oliver ni de ninguno de sus amigos. Chris no tenía ni idea de a donde habían ido. Debían de estar muertos de miedo en alguna habitación trasera o algo así.

—Vamos, entremos —ordenó.

Abrió la puerta con el hombro y entró disparado a la capilla. Los otros le siguieron dentro, llenando todo el lugar como una niebla negra de maldad.

Chris no veía ninguna otra puerta o salida.

—Debe de haber alguna escotilla de emergencia —vociferó—. Una trampilla.

¡No os quedéis ahí quietos, mirad!

Los soldados del ejército oscuro obedecieron su orden de inmediato. Pero los estudiantes obsidianos fueron un poco menos obedientes.

Malcolm cruzó los brazos.

—¿No ves que se han ido? —dijo con un tono despectivo que hizo que unas llamas de rabia recorrieran el cuerpo de Chris—. ¿O eres ciego además de estúpido?

A Chris ya le bastaba la insubordinación de Malcolm. Fue disparado hacia él y lo cogió por las solapas de su camisa negra. Lo tiró al suelo.

Madeleine y Natasha soltaron un grito ahogado, aunque las dos avanzaron muy despacio como si estuvieran muy entusiasmadas al presenciar una pelea entre los chicos.

Chris se agachó y agarró a Malcolm por los hombros. Le dio un golpe seco contra el suelo de piedra. Malcolm soltó un dolorido puf.

Una niebla roja bajó sobre la visión de Chris. Levantó el puño y lo estrelló contra la nariz de Malcolm. Ahora era el momento de la

venganza por la pelea que había perdido en el campo de juego.

Volvió a darle un puñetazo a Malcolm.

Perdiendo todo sentido de la realidad, Chris desató su furia, derramando toda su emoción en su puño mientras lo dejaba caer una y otra vez sobre la cara de Malcolm.

Entonces, de golpe, fue consciente del silencio. Alzó la vista. Ahora el ejército entero lo estaba rodeando, de pie en un silencio escalofriante y obediente.

Soltó a Malcolm, que cayó inconsciente al suelo, y se puso derecho.

La niebla roja se disipó de sus ojos. Recuperó el juicio. Ahora sentía el dolor en sus nudillos. Antes había estado demasiado concentrado para sentirlo.

Ni Natasha ni Madeleine se movieron para ayudar a Malcolm. El chico estaba allí tumbado gimiendo de dolor.

—¿Y bien? —preguntó Chris al ejército.

—No hay ninguna otra puerta —dijo una voz inhumana de debajo de la capucha de uno de ellos.

—Tiene que haberla —respondió Chris con una fría determinación—. Vi que Oliver entraba aquí. No puede haberse marchado tan rápido.

—¡Quizás haya una puerta encantada! —sugirió Madeleine—. ¿Una puerta que tal vez hayan hecho que parezca piedra?

Por mucho que a Chris despreciara a la mojigata de Madeleine, esta tenía algunas buenas ideas.

—¿Cómo encontramos una puerta encantada? —dijo sacudiendo su dolorida mano derecha.

—Déjamelo a mí —dijo Natasha—: Yo podré sentir cualquier material biológico a través de las paredes.

Dio un paso adelante y Chris observó que desenfocaba los ojos. Estaba accediendo a sus poderes. Él daba golpecitos con el pie impaciente.

—¡Por allí! —dijo ella, abriendo los ojos.

Señalaba a una escalera. Todos fueron corriendo hacia allí. Chris vio

que en uno de los escalones había un pajarito pintado.

—Oí que sus latidos venían del otro lado de este muro —explicó Natasha—.

Están aterrorizados. A todos les late el corazón incontroladamente.

Chris sonrió para sí mismo. Le encantaba invocar miedo en sus rivales.

—¿Y cómo la atravesamos ahora? —preguntó, mirando la sólida pared de piedra que tenía delante.

—¿Por qué no la acribillas con tus poderes oscuros especiales? —dijo Malcolm con voz burlona.

Al girarse, Chris vio que Malcolm ahora estaba incorporado, con los brazos

apoyados en las rodillas. Por encima del ojo derecho se le estaba formando un desagradable moratón lila y tenía la mejilla muy roja.

—¿Por qué no intentas cerrar la boca un ratito? —le contestó Chris gritando de forma desagradable—. ¿O tengo que volverte a pegar hasta que pierdas el sentido? ¿No te has dado cuenta de que ahora tengo todo un ejército bajo mis órdenes? No te necesito, Malcolm. Podría matarte y a nadie le importaría. Ni a mí. Ni a la Señorita Obsidiana. Ni siquiera a tu amorcito, Natasha.

Por primera vez, Chris vio que un cambio invadía la expresión de Malcolm, uno que decía que su bravuconería por fin empezaba a flaquear. Debería de haberse dado cuenta de que Chris ya no estaba haciendo el tonto, de que iba completamente en serio. De que matar lo llevaba dentro y de que si lo hacía, nadie movería ni un pelo. Malcolm podía considerarse afortunado de que sus intenciones homicidas estuvieran únicamente centradas en Oliver.

Dando la espalda a Malcolm, Chris se dirigió a su ejército:

—Derrumbad esta pared.

Se apartó del medio mientras el ejército oscuro avanzaba en manada hacia la pared y arremetían contra ella con sus dedos como garras, arrancando trozos de piedra y dejándolos por el suelo.

Cuando se empezó a abrir un agujero en la pared de piedra, Chris se abrió paso hacia delante y miró hacia dentro.

Al otro lado, había una habitación lúgubre. Parecía un taller y estaba llena de enormes y extraños inventos de aspecto tosco hechos de madera.

Chris vio con un arranque de repulsión que aquí aún había más arte. Si a sus poderes oscuros no les bastaba con matar a Oliver, entonces les daría rienda suelta con todas estas pinturas estúpidas y pretenciosas que decoraban la habitación.

El ejército continuaba despedazando la pared alrededor de Chris. Finalmente, hicieron un espacio lo suficientemente grande para pasar la cabeza por ahí.

Chris se acercó.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Escondido detrás de la pared mágica en el taller de Leonardo, a Oliver le temblaba el cuerpo por el agotamiento. Reunir sus poderes celestiales para impedir que el ejército oscuro entrara a la capilla había sido agotador. Y aun así, habían derrumbado su defensa rápidamente de todos modos. Esto apenas los había frenado. Ahora estaba agotado, exhausto, y el ejército aún se estaba acercando.

Ahora podía oírlos, al otro lado de la pared, mientras corrían por toda la capilla en busca de la puerta escondida dentro del taller.

Muerto de miedo, miró a sus amigos.

—¿Qué vamos a hacer? ¡No hay ninguna otra salida!

David, Gianni, Walter y Hazel estaban encogidos de miedo juntos, cogidos de las manos.

—El agujero espacio-temporal —les dijo apresuradamente Leonardo —. Lo haré aquí mismo. Me atrincheraré en la habitación trasera para hacerlo. ¿Podréis mantenerlos a raya mientras yo trabajo?

Oliver hizo una mueca. Mantener al ejército oscuro a raya el tiempo suficiente para que Leonardo creara su agujero espacio-temporal no iba a ser fácil, especialmente ahora que parecía que todos sus poderes habían desaparecido.

Pero él tenía a sus amigos, y todos asintieron con la cabeza decididos. Ninguno tanto como David, cuya mirada de vergüenza por haber escogido quedarse rezagado parecía haberse hecho más pronunciada.

—De acuerdo —le dijo a Leonardo.

El inventor se marchó corriendo a sus habitaciones. Oliver miró cómo desaparecía, sintiéndose perdido y sin poder hacer nada en esa situación extrema.

Tambaleándose de vuelta al taller, Oliver se sentía demasiado estupefacto para

entender del todo lo que estaba sucediendo. El asesino de su hermano le había seguido el rastro a través del tiempo, lo había encontrado en el taller de Leonardo da Vinci y ahora tenía la intención de destruirlo con la ayuda del ejército más malvado que el universo haya conocido. Habían estado muy cerca de marcharse con el Elixir, de encontrar el camino de vuelta a la Escuela de Videntes y de salvar la vida de Ester. Era demasiado para soportarlo.

—¿Cómo vamos a retenerlos? —tartamudeó Hazel.

—Esperemos que no encuentren la puerta —respondió Oliver.

—Y aunque lo hagan —añadió David—, tenemos las armas para luchar contra ellos.

Todavía iban cargados con los inventos de Leonardo, por no hablar de que el taller también estaba lleno de cañones y vehículos blindados.

—Venid —gritó Hazel, haciendo un gesto para que fueran hacia el tanque blindado hecho de madera barnizada y paneles de metal—. Usémoslo como protección.

Mientas el grupo se amontonaba detrás del vehículo, Oliver todavía sentía el escozor de la traición que el anuncio de David le había dejado. De algún modo, fue una suerte que Chris y el ejército oscuro los encontraran en ese momento. Si hubiera sucedido después de que hubieran salido del taller, no hubieran tenido con ellos a su mejor guerrero. Pero aquí, por lo menos, David todavía podía protegerlos.

Justo entonces, Oliver oyó el ruido de arañazos proveniente del otro lado de la puerta escondida.

Hazel, con la voz entrecortada, dijo:

—¡Ya nos encontraron!

Oliver estiró la cabeza por un lado del tanque y vio que caían trozos

de piedra y polvo por los bordes de la puerta hacia los escalones. Inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. El ejército oscuro se estaba abriendo paso a arañazos.

Se le cayó el estómago a los pies.

—¿Puedes convocar una de esas cosas celestiales como escudo? —preguntó Walter.

Por primera vez en toda la misión, los ojos de Walter mostraban miedo. Si Walter el perpetuo optimista estaba aterrorizado, Oliver sabía que las cosas debían de estar realmente mal.

—No lo sé —tartamudeó Oliver—. Aún me siento agotado de antes.

David soltó un gruñido de descontento.

—¡Debería haber hecho que descansaras más! Lo siento, Oliver.

—No tienes que sentirlo —le dijo Oliver desesperadamente—. Solo tienes que quedarte y luchar.

Tendió el cetro. David parecía el legítimo dueño de la arma. Siempre parecía encajarle a la perfección.

David dudó y, a continuación, tomó el cetro en sus manos.

—Por supuesto que lucharé —dijo—. No dejaré que nadie os haga daño.

Oliver miró de nuevo hacia atrás a su escondite. La pared todavía se estaba descascarando a trozos, lo suficiente como para que se hiciera un agujero en la pared. Ahora, en cualquier instante, el ejército se colaría.

Pero la primera cara que apareció por el agujero fue una que hizo que Oliver apretara los dientes por la rabia. Chris.

Oliver se agachó detrás del tanque. Ver la cara de su hermano siempre le llenaba de pánico. Era como si cada paliza que había sufrido a manos del abusón de su hermano volviera a él en un flash, reduciéndolo a un niño pequeño asustado. A pesar de que ahora era un vidente poderoso con todo el conocimiento de Leonardo da Vinci y poderes celestiales corriendo por sus venas, ver a Chris podía hacer que rayos de terror le recorrieran.

Pero ahora el miedo iba acompañado. Acompañado de rabia. Furia. De

toda la

oscuridad y la destrucción que eran culpa de Chris. La Señorita Obsidiana se había aferrado a su rivalidad como hermanos para embaucar a Chris para que persiguiera a Oliver por todo el universo, para evitar ensuciarse ella las manos.

Lo alimentaban el odio y la clase de poderes que nadie tan irresponsable y extremadamente malvado debería poseer jamás. Y eso enfurecía a Oliver.

—Sal, sal de donde estés —gritó Chris en la oscuridad, usando una voz cantarina

—. Es el momento de acabar con esto, Oliver, de una vez por todas.

Los escalofríos recorrieron todo el cuerpo de Oliver. Empezaron a formarse gotas de sudor en su frente.

—Es Chris —le susurró a Hazel.

—Lo tengo —le dijo con seguridad, cogiendo con fuerza en las manos la ballesta que Leonardo le había dado.

Se levantó de detrás del tanque blindado y se llevó la ballesta al hombro, adoptando con gracia una postura de lucha. Después soltó la ballesta.

Oliver soltó un grito ahogado y se giró para mirar. Como si fuera a cámara lenta, la flecha salió volando por el taller, en dirección hacia Chris. Después fue a parar a la pared solo un milímetro por encima de su cabeza.

Christopher se echó hacia atrás, desapareciendo del agujero. Oliver oyó su voz gritando desde el otro lado.

—¡Tienen armas!

Hubo un breve instante en el que no pasó nada. Después Oliver vio algo que hizo que se le helara la sangre. Una silueta vestida de negro empezó a salir a presión a través del agujero. Parecía poder contorsionar su cuerpo, haciendo que pareciera menos que humano.

Oliver se estremeció cuando consiguió pasar al otro lado. Sus brillantes ojos azules centelleaban mientras examinaba la habitación. Detrás de ella, otra silueta vestida de negro empezó a colarse por el

agujero.

—Están viniendo… —tartamudeó Oliver a sus amigos con voz susurrante—. Y

no creo que las armas los paren.

Hazel abrió los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que el ejército oscuro sea humano —respondió Oliver.

Walter sacó pecho y se deshizo del rifle automático que le había dado Leonardo.

—Entonces usaremos nuestros poderes contra ellos.

Oliver volvió a mirar por un lado del tanque. Uno a uno, salían más soldados por el agujero que daba al taller. Hicieron una fila con una sincronía perfecta, a la espera de órdenes. Toda aquella visión hacía que unos escalofríos le recorrieran la columna.

Oliver sintió la mano de Hazel sobre la suya.

—Tendrás que usar tus poderes celestiales para luchar contra ellos.

—Pero los gasté con el escudo —le dijo Oliver, con la voz temblando por el miedo.

—Lo sé. Por eso ahora tienes que descansar. Descansa y recupérate. Deja que nos encarguemos de la lucha —Hablaba con voz firme pero maternal.

—No… —protestó Oliver.

¡No podía dejar que sus amigos lucharan por él mientras él solo estaba sentado y observaba! Sería una tortura.

—Tiene razón —le dijo David con firmeza—. Coge fuerzas. Intenta encontrar la calma que antes te daba. Lo tenemos.

—Solo hasta que el portal se abra —les recordó Walter, aunque su rostro estaba empezando a perder el color.

Gianni alargó el brazo, puso la mano encima de la de Oliver y apretó.

—Amico —dijo—. Amigo.

Oliver se sentía mal por haber dudado de la lealtad de Gianni, por pensar que la

Señorita Moretti lo había mandado para robar el Elixir. Era evidente que era fiel a Oliver, a pesar de que nunca habían intercambiado una conversación verbal.

Oliver finalmente asintió.

—Vale.

—Estate alerta a ese portal —añadió Hazel.

Oliver observó, con el corazón cayéndole en picado, cómo sus amigos salían de un salto de detrás del tanque y se colocaban hombro con hombro, preparados para atacar. Después empezaron a lanzar poderes desde sus manos. Gianni creó zarcillos de vid mientras que Hazel arrancó partículas del aire y las cargó con electricidad antes de lanzárselas al ejército.

Oliver se acobardó cuando por encima de él hubo unas explosiones. Unos chorros de luz oscura volaban por todas partes, procedentes del ejército oscuro.

Los amigos de Oliver contraatacaron con sus poderes de vidente. El ruido era ensordecedor.

Echó una última mirada al agujero al fondo de la puerta de da Vinci, en busca de la señal inequívoca del vórtice del remolino lila, pero vio con pesar que todavía no había ninguno. Tenía que concentrarse. Si podía volver a encontrar sus poderes celestiales, entonces quizá tenían una posibilidad. Podía levantar un escudo. Lo único que necesitaba era ganar el tiempo suficiente para que Leonardo creara el portal para que ellos se metieran de un salto.

Apoyó la pared contra el tanque y cruzó las piernas. Después desenfocó la mente y recurrió a todo su entrenamiento de vidente para encontrar ese lugar de paz que existía en su interior.

Buscó y buscó, buscó desesperadamente los poderes celestiales en su interior.

De repente, hubo un fuerte golpe seco al lado de Oliver. Pegó un salto y, al girarse, vio el cuerpo de uno de los del ejército oscuro

desplomarse en el suelo, muerto. El espeluznante brillo azul se desvaneció de sus ojos.

Oliver se obligó a volverse a concentrar. A pesar de todos los ruidos y el caos que hacía erupción a su alrededor, esta era su única esperanza.

Cuando encontró su calma, el mundo pareció derretirse a su alrededor. Después sintió algo, en lo profundo de su mente. Era diferente, desconocido, algo que habían clavado allí. Como un interruptor, concentró toda su atención en activarlo.

De golpe, un calor empezó a colarse en su interior. Con él vino una sensación aún más grande de paz. Sintió que los poderes celestiales corrían por sus venas, impregnando cada ápice de su ser.

Oliver abrió los ojos. Ahora los ruidos de la batalla parecían estar muy lejos. Se levantó, salió de detrás de la protección del tanque e inspeccionó la escena que tenía alrededor.

Todo estaba pasando a una velocidad superlenta. Observó a David –a punto de saltar, con el cetro levantado-avanzando lentamente por el aire. Bajó la espada en diagonal atravesando el cuerpo de una silueta vestida con capa y el soldado empezó a caer. A su lado, Hazel disparaba chorros de sustancias químicas ácidas desde sus manos, acribillando a dos siluetas vestidas con capa cuya ropa empezaba a derretirse y volverse andrajosa, mientras de ella salían nubes de humo. A Gianni le salían largos zarcillos de vid de las manos, que se enrollaron alrededor de las piernas de un soldado del ejército oscuro. Walter estaba usando su especialidad magnética para sacar herramientas de las estanterías de trabajo –

martillos, sierras, clavos-y arrojarlas al ejército oscuro. Era un caos completo y, aun así, todo estaba sucediendo tan lentamente que Oliver tuvo mucho tiempo para asimilar hasta el detalle más insignificante.

De algún modo, los poderes a los que había accedido estaban cambiando el tiempo, frenándolo a su favor. Sentía encarecidamente que este debía de ser un regalo del universo. Igual que les había permitido activar el péndulo del tiempo, le había llevado a encontrar sus poderes celestiales para este mismo propósito. El pensamiento le dio un enorme aumento de seguridad.

Con seguridad, Oliver fue andando hasta el soldado oscuro que estaba más cerca de él. Bajo su capucha, su cara estaba totalmente a la sombra. El único rasgo que pudo distinguir fueron los horribles ojos azules brillantes. Era una visión que siempre hacía que a Oliver se le

helara la sangre. Y ahora, estando solo a unos centímetros de esos ojos horribles, le daba más la sensación de que la sangre se le había convertido en hielo.

El soldado debió de poder ver a Oliver en cierta medida –tal vez como una luz blanca y brillante que se movía rápido, pensó Oliver-pues estrechó los ojos como si estuviera frunciendo el ceño.

Oliver se puso delante de él, preguntándose cómo se suponía que iba a derrotar al soldado oscuro. No tenía ningún arma, solo su poder celestial.

Entonces, alguna especie de recuerdo o conocimiento pareció encontrar el camino hacia su consciencia. Oliver no sabía de dónde había venido –la Señorita Moretti, Leonardo o los mismos poderes celestiales-pero estaba actuando por instinto, alargando el brazo hacia el soldado.

Fue una experiencia extracorporal, como si estuviera viendo una película o una obra de teatro. Cogió la capucha del hombre con las dos manos y se la apartó de la cara.

La visión que le aguardaba hizo retroceder a Oliver. Sin que las sombras ocultaran los rasgos del hombre, pudo ver su cara al completo, y era menos que humana. Era más como un gran esqueleto grande y arrugado con un enorme agujero donde tendría que haber una boca y una nariz corta y rechoncha como la de una calavera.

Los ojos azules, pequeños, redondos y brillantes destellaban aún más.

Oliver se tambaleó hacia atrás, la necesidad de vomitar era incontenible. Nunca había visto algo tan horripilante. El soldado había sido humano, un vidente como Oliver y sus amigos. Y aun así había escogido el camino de la oscuridad. Un camino que lo había llevado hasta aquí, hasta convertirse en un monstruo sin otro propósito que destruir. Este era el camino sobre el que lo había advertido el Profesor Amatista. Aquí es donde podía acabar si caía en la tentación del lado oscuro, como Chris estaba eligiendo.

Un arranque de compasión se apoderó de Oliver cuando se dio cuenta de que este era el futuro de su hermano.

Sabía que debía sentir odio, que se suponía que debía luchar, pero eso no es lo que él quería. Él quería salvar al soldado. Girar las manos del tiempo y, de algún modo, cambiar la dirección del camino que había escogido.

Pero eso era imposible.

Abrumado por la pena por el soldado, Oliver volvió a alargar el brazo. Esta vez su mano, que tenía luz blanca brillando a su alrededor, tocó la frente del hombre.

De repente, la luz de su mano se vertió sobre el hombre, cubriéndolo con un suave brillo blanco.

La esperanza creció en el pecho de Oliver. ¿Sus poderes celestiales estaban cambiando al soldado de algún modo, transformándolo de monstruo a hombre de nuevo?

Pero no. Oliver se dio cuenta entonces de que el hombre empezaba a desvanecerse.

De inmediato supo lo que estaba sucediendo. Sus poderes celestiales podían disipar al ejército oscuro y mandarlos de vuelta al reino del que venían. Tenía el poder de transportarlos literalmente fuera de esta dimensión, de cerrarlos fuera de su realidad. No estaban muertos pero tampoco estaban salvados. Lo único que podía hacer era devolverlos al mundo del limbo del que habían venido.

Esta era todavía su mayor arma. Con su conocimiento recién descubierto, Oliver corrió por toda la habitación, tocando a cada uno de los soldados oscuros con mano delicada y observando cómo la luz blanca los invadía.

Mientras lo hacía, se preguntaba cómo se debía de ver desde la perspectiva de los demás. Lo único que podían ver con seguridad era una luz brillante volando por el taller y a los soldados desapareciendo de golpe.

Miró a la raja de la pared y vio que ya no se colaban más soldados. Todos los que estaban luchando junto a su hermano ya estaban en la habitación.

En su lugar, Oliver vio que tres estudiantes obsidianos estaban metiéndose en el taller a través del agujero.

El último en entrar fue Chris.

Pero al contrario de todos los que estaban en el taller, Chris no se movía a una velocidad superlenta.

Oliver se quedó sin aliento. De alguna manera, a su hermano no le

afectaban las propiedades para alterar el tiempo de sus poderes celestiales.

No había tiempo de pensar en el porqué. Chris ya se estaba abriendo paso a empujones en la habitación, empujando con frustración a los estudiantes obsidianos que se movían a cámara lenta para apartarlos de su camino.

—¡Mi ejército! —gritó, analizando la visión de todos los soldados que desaparecían en un abrir y cerrar de ojos de la dimensión. Después su mirada fue a parar a Oliver.

—Tú. ¡Lo hiciste tú! ¡Tú frenaste el tiempo!

Mientras la lucha continuaba con un movimiento superlento, Oliver se dio cuenta de golpe de que tenía que enfrentarse solo a Chris. Aunque a su alrededor arrasaba la batalla del bien y el mal, ellos tenían su propio asunto pendiente.

Mientras Chris bajaba las escaleras hecho una furia hacia Oliver, una repentina chispa de luz procedente del agujero de debajo de la puerta de las habitaciones captó su atención. Una luz lila brillante. ¡El portal! Leonardo lo había activado.

Si pudiera encontrar un modo en el que todos sus amigos llegaran a él, serían libres.

Pero no había tiempo para actuar. Christopher estaba sobre él, con el puño levantado.

Oliver puso el brazo delante de la cara para cubrirse la cabeza. La fuerza del puñetazo de Chris chocó contra él. El dolor conocido del puño de su hermano estalló en el lugar en el que este había chocado.

Oliver paró el siguiente puñetazo de Christopher con el otro brazo. Nunca se le había dado bien luchar contra Chris, pero en algún lugar en los profundos recovecos de su mente, un conocimiento al que no había tenido acceso antes pareció activarse. Paraba los puñetazos por intuición. Debió de haber sido un habilidad que Lucia Moretti había implantado en su mente, que ahora estaba utilizando instintivamente.

Chris gritaba con rabia. Continuó dando puñetazos, a Oliver le llovían los golpes. Pero Oliver parecía poder pararlos todos. Esto no paraba el dolor, que parecía aumentar cada vez que entraban en contacto, pero bastaba para protegerse la cabeza.

—¡Por qué. No. Te. Mueres! —vociferó Chris.

A pesar de que Oliver sabía que su hermano lo despreciaba, oír esas palabras tan crueles de su boca todavía le hería hasta la médula. ¿Qué había hecho él para merecer un odio así? ¿Para que Chris lo quisiera muerto?

Cuando le cayó otro golpe, Oliver pudo ver los ojos de Chris. Soltó un grito ahogado horrorizado. Se habían vuelto completamente negros. Eran algo diferente. Algo más.

Entonces Oliver se dio cuenta de que Chris parecía inmune a la distorsión del tiempo. Igual que Oliver ahora personificaba poderes celestiales que lo protegían de ello, podía ver también que Chris personificaba algo diferente. Pero no eran poderes celestiales, eran lo contrario. Él era la oscuridad de la luz de Oliver. El negro de su blanco. El portador de la muerte mientras Oliver solo quería traer vida.

—¡Para! —gritó Oliver.

—¿Que pare? —dijo Chris jadeando. Tenía la cara roja por el esfuerzo —.

¿Quieres decir que lo deje? ¡Nunca!

La fuerza en los golpes de Chris parecía no dejar de crecer. Oliver fue tambaleándose hacia atrás y notó que chocaba de espaldas con la pared. Estaba atrapado.

Su mirada fue a toda velocidad hacia la luz lila que se filtraba por debajo de la puerta de Leonardo. Cada vez brillaba más. Era su única oportunidad para escapar, para llevar el Elixir a Ester. ¡Tenía que llamar la atención de sus amigos de algún modo y hacer que entraran! Pero el único modo de hacerlo era si el tiempo volvía a la normalidad, y el único modo de hacer esto era deshaciéndose de su posesión de sus poderes celestiales. ¡Pero eso volvería a darle ventaja!

Chris debió de haber visto hacia donde estaba mirando pues giró bruscamente la cabeza a un lado. Cuando volvió a mirar a Oliver, su mirada asesina era más fría y malvada que nunca.

—¿Un portal? —dijo con desprecio—. ¿Piensas que soy tan estúpido como para dejarte escapar de nuevo por un portal?

De repente, lo soltó y fue corriendo hacia la puerta tras la cual

Leonardo estaba escondido y ocupado haciendo aparecer su portal.

—¡NO! —chilló Oliver.

No podía permitir que Chris entrara en esa habitación. Destruiría el portal. Lo destruiría todo. Si caía en la cuenta de que el taller de Leonardo da Vinci era la fábrica de inventos original, entonces nada lo pararía para destruir este lugar. Las repercusiones eran demasiado grandes para comprenderlas.

No había otra opción.

Oliver fue corriendo hasta la puerta y cerró el paso con su cuerpo. Después soltó sus poderes celestiales.

De repente, el tiempo volvió deprisa a la normalidad. Los ruidos de la batalla librándose a su alrededor volvieron en su totalidad, una cacofonía de gritos y golpes secos.

—¡CHICOS! —gritó Oliver—. ¡POR AQUÍ!

Todos sus amigos se giraron, sorprendidos al ver que Oliver estaba de repente al lado de la puerta de Leonardo. Pero no perdieron el tiempo y fueron disparados hacia él.

Juntos, se precipitaron dentro de la habitación y bloquearon la puerta tras ellos.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Edmund estaba debajo de las ramas del árbol de kapok preguntándose qué pasaría a continuación. Había seguido las órdenes de la Señorita Obsidiana de inyectar un virus a Oliver hasta el final, pero ella no le había explicado qué sucedería cuando lo hiciera. Todavía tenía que darle la cura para Ester y felicitarlo por sus valientes acciones no estaría mal.

Pensó en volver al baño para ver si la Señorita Obsidiana se le aparecía de nuevo.

Pero justo cuando rodeaba el gran tronco del árbol, vio que el Profesor Amatista iba a toda prisa en su dirección. Junto a él estaban Ralph Black y Simon Cavendish, dos de los patéticos amigos de Oliver. Todos ellos parecían muy preocupados y Edmund sintió que el corazón le daba un vuelco por la emoción.

¡Tal vez el virus que le había dado a Oliver ya estaba surtiendo efecto y a estos dos les acababan de dar la noticia! Decidió pegar la espalda al árbol y escuchar lo que hablaban entre ellos.

El Profesor Amatista estaba hablando.

—Lamento terriblemente poneros a los dos en un peligro así, pero esta es la única esperanza de Oliver.

Edmund alzó el puño al aire victorioso. ¡Lo había conseguido! Lo había conseguido de verdad. Le pareció que el Profesor Amatista estaba mandando a Ralph y a Simon a una misión de rescate. Podía imaginar a Oliver, débil, necesitado de ayuda desesperadamente, con sus poderes completamente menguados por el virus.

Recuperando la compostura, Edmund se esforzó por oír las palabras del director.

—El portal os llevará directamente hasta Oliver. Sed lo más rápidos que podáis.

Solo tenéis que meteros dentro y ordenar a los demás que vuelvan enseguida. Sin el Elixir estamos todos perdidos.

Edmund se rio. Así que el Elixir. Era justo lo que había dicho la Señorita

Obsidiana. Ahora en su mente no había ninguna duda de que le había dicho la verdad acerca de la misión de Oliver. No tenía nada que ver con salvar a Ester para nada, sino con ese estúpido Elixir.

Aun así, tenía curiosidad por lo que estaban hablando y lo que suponía realmente la misión. No parecía para nada que Oliver estuviera enfermo, sino que pasaba algo más.

Su momento de autocomplacencia empezó a menguar, dando paso a la duda.

Edmund se concentró de nuevo en las palabras atropelladas del Profesor Amatista al hablar.

—Hagáis lo que hagáis —estaba diciendo el director—, no le digáis a Oliver lo que ha hecho Edmund.

Al oír su nombre, Edmund se quedó sin aliento y pegó la espalda al árbol para intentar asegurarse de que estaba totalmente fuera de la

vista.

—¿Por qué estaban hablando de él? ¿Qué era lo que pensaban que había hecho?

Ahora recordaba que Ralph estaba cerca del kapok cuando había encontrado la jeringa al principio. Pensaba que nadie lo estaba mirando, pero ¿quizá Ralph había visto algo?

¿Sabían que había inyectado un virus a Oliver? Si era así, ¿cómo? Ni siquiera Edmund pudo ver a través del portal! Debían de estar especulando. Conociendo a Oliver y a su patético grupo de amigos. Lo habían visto comportándose de una manera un tanto peligrosa y lo estaban culpando de cualquiera que haya sido el fallo de la misión.

Pero cuanto más pensaba Edmund en ello, menos sentido tenía. ¿Por qué se arriesgaría el Profesor Amatista a mandar a dos estudiantes más a través del tiempo –con todo el daño que un viaje así puede causar-tan solo por una intuición de que él había hecho algo? De alguna manera, debían de haber adivinado lo que él había hecho, en concreto. ¡Seguro que lo castigarían por ello!

La voz del Profesor Amatista se hizo más distante y Edmund se dio cuenta de que había pasado por delante de él y se estaba alejando.

Edmund pensó que tenía que seguirlo. Tenía que averiguar qué estaba pasando

realmente con Oliver y cuánto sabía el director acerca de lo que él había hecho.

Salió sigilosamente de entre las sombras.

Las tres siluetas de Ralph, Simon y el Profesor Amatista caminaban a largos pasos por un pasillo con una gran X encima. Edmund sabía que las partes de la Escuela marcadas con una X eran zonas estrictamente prohibidas para los estudiantes, pero él fue corriendo tras ellos igualmente, siguiéndolos a lo largo del oscuro pasillo. Si de alguna manera descubrían que él le había inyectado un virus a Oliver, tendría un gran problema de todas formas. Colarse en un pasillo en el que se suponía que no debía hacerlo no era el peor de sus delitos.

Mientras iba corriendo, tan silenciosamente como podía, se preguntaba a donde llevaba el pasillo. Todos los atrios independientes de la Escuela de Videntes estaban construidos alrededor de uno central; no había pasillos largos y rectos en ningún sitio. No daba la

sensación de que subieran o bajaran, así que Edmund imaginó que todavía estaban cincuenta pisos por debajo, en el piso inferior de la Escuela de Videntes. Debían de estar bajo tierra, bajo las calles de la Nueva Jersey de 1944.

Al fin, vio luz procedente del otro extremo del pasillo. Las siluetas del Profesor Amatista, Ralph y Simon estaban marcadas en contraste con la puerta abierta y, al parecer, la luz brillante de la mañana entraba a raudales.

El resplandor cogió a Edmund por sorpresa. La Escuela de Videntes estaba bajo tierra. A donde fuera que llevaba esa puerta, no estaba en el exterior. ¿Era quizás otro portal?

Se mantuvo a la sombra, acercándose todo lo posible. Estiró el cuello para ver a través de la puerta y, cuando por fin tuvo una visión clara, las náuseas se apoderaron de él.

La vista a través de la puerta era la vista aérea de una ciudad. Edmund se agarró con fuerza a la pared, sus piernas se convirtieron de repente en gelatina mientras su cerebro no conseguía entender lo que estaba viendo. Era como si alguien lo tuviera colgado a cientos de metros en el aire. El suelo parecía de golpe inestable bajo sus pies y notaba que la cena amenazaba con aparecer.

—Hay una capilla —dijo el Profesor Amatista, señalando a través de la puerta un edificio de piedra de apariencia antigua con una cúpula arriba del todo—. El

taller secreto de Leonardo da Vinci está oculto en su interior y Oliver está atrincherado dentro. Esa luz blanca reluciente es poder celestial. Por ahora está conteniendo al ejército oscuro, pero no aguantará para siempre.

Cuando Edmund vio a todas las personas envueltas en capas negras dando vueltas fuera de la capilla en formación perfecta como hormigas, la mente empezó a darle vueltas. ¿Qué narices estaba pasando? ¡La escena que el Profesor Amatista estaba mostrando a Simon y a Ralph parecía una especie de conflicto con el ejército oscuro! Él pensaba que Oliver solo había ido atrás en el tiempo para encontrar el dichoso Elixir. ¿Qué tenía que ver esto con soldados y ejércitos?

El Profesor Amatista cerró la puerta de un portazo. Edmund dio un salto por el susto y la brillante luz de la mañana se apagó, sumiéndolos una vez más en la oscuridad.

—Cuando la vuelva a abrir, será un portal —dijo el Profesor Amatista —. Un agujero espacio-temporal. Os llevará directamente hasta Oliver. Sacadlos a todos lo más rápido posible y aseguraos de traeros el Elixir. Ahora apartaos. Esto requiere una magia poderosa. Puede llevar un tiempo.

Edmund había oído suficiente. Tiró hacia atrás, usando la oscuridad del pasillo para esconderse y, a continuación, fue a toda prisa hacia el atrio central principal.

Parpadeó con la brillante luz mágica artificial del atrio central y, al ir desorientado, chocó contra alguien. Era Vinnie.

—Edmund… —susurró su amigo, que parecía fascinado—. ¿Te acabo de ver salir de una zona restringida?

Pero Edmund no estaba de ánimos para lidiar con Vinnie. Pasó por delante de su amigo empujándolo y fue corriendo hacia el baño, ignorando que Vinnie le estaba llamando.

—¿En qué carajo te has metido?

Cuando Edmund consiguió llegar al baño, se agarró al lavabo con las manos para mantener el equilibrio.

—¿Dónde estás? —le preguntó al espejo.

Allí, detrás de su hombro, apareció la imagen de la Señorita Obsidiana.

—Me mentiste —dijo Edmund, enfadado—. ¡Oliver no está para anda enfermo!

Está en medio de una especie de batalla por el Elixir. El Profesor Amatista va a mandar una misión de rescate. ¿A quién inyecté?

La Señorita Obsidiana cruzó los brazos. Su cara continuaba completamente neutra.

—Yo no te mentí, Edmund. Inyectaste a Oliver. Se debilitará y por eso es necesaria la misión de rescate.

Edmund no estaba seguro de poder confiar ya en ella. Ya no quería tener nada que ver con esta extraña mujer.

—Dime cómo curar a Ester.

Notó que una pequeña sonrisa empezaba a aparecer en los labios de la Señorita Obsidiana. No era para nada una sonrisa amable. Era maliciosa. Engañosa.

—Por supuesto —ronroneó—. Pero primero, tienes que hacer algo más por mí.

—¿Cómo? —chilló Edmund—. Ya hice lo que me pediste. Tienes que cumplir con tu parte del trato.

La Señorita Obsidiana parecía molesta con el modo en el que le estaba hablando.

Le recordaba a una profesora. Decididamente, era una especie de figura autoritaria. ¿Quién era? ¿Tenía algo que ver con el ejército oscuro que ahora rondaba fuera del lugar donde se escondía Oliver? ¡Edmund sentía que estaba realmente hasta el cuello con esto!

—Oh, por favor —dijo la Señorita Obsidiana de forma desagradable—. No es nada difícil. Lo único que tienes que hacer es obstruir el agujero espacio-temporal para que Oliver no pueda volver por él. Entonces te daré la cura para Ester.

Edmund estaba furioso. ¿Cuántas vueltas más esperaba que diera?

Pero no tenía ninguna elección en realidad.

—De acuerdo —murmuró—. Lo haré. Cerraré el portal.

La Señorita Obsidiana hizo una sonrisa desconcertante.

—Ay, el poder del amor joven…

CAPÍTULO VEINTISIETE

A Oliver se le aceleraba el pulso mientras miraba fijamente el pequeño portal que Leonardo estaba empezando a crear. Del otro lado de la puerta cerrada venía el ruido de los estudiantes obsidianos intentando entrar a la fuerza.

—¡Por favor, deprisa! —urgió Oliver al portal.

Era pequeño pero crecía lentamente y de forma regular.

—¿Qué acaba de pasar allá fuera? —tartamudeó Walter—. O sea, yo no soy el único que lo vio, ¿verdad? ¿Que los soldados del ejército oscuro desaparecían?

Hazel negó con la cabeza.

—Yo también lo vi.

—Fueron mis poderes celestiales —explicó Oliver—. El momento en el que accedí a ellos, el tiempo se enlenteció. Esto me dio el tiempo suficiente para tocar a todos los soldados. En cuanto lo hice, empezaron a desvanecerse. Creo que los mandé de vuelta a su reino.

—Genial —dijo Walter.

De repente, se oyó un ruido espeluznante. Todos hicieron un gesto de dolor y se taparon los oídos. Era tan fuerte que hacía daño.

En el lugar donde el portal lila de Leonardo había estado creciendo regularmente, parecía estar creciendo otro diferente. Este era rojo y de él salían volando unas chispas mientras este temblaba y emitía un zumbido mientras se iba formando.

Los dos portales se estaban solapando, entrecruzándose como si no pudieran ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Pero el nuevo parecía ser mucho más fuerte que el de Leonardo. Estaba ganando, asfixiando por completo al de Leonardo, que era más pequeño.

—¿Qué está pasando? —exclamó Oliver.

—Parece un contraportal —dijo Leonardo con la voz entrecortada—. Creo que alguien está intentando destruir el mío. Esperad. Intentaré contraatacar.

Pero justo en ese momento, Oliver vio algo que atravesaba el portal. A través de sus remolinos intermitentes rojos y dorados estaban saliendo dos personas. Ante su sorpresa, eran Ralph y Simon.

Sus dos amigos irrumpieron en las habitaciones de Leonardo a través del vórtice lila giratorio y cayeron al suelo, formando un montón de extremidades enredadas.

Antes de que Oliver tuviera la oportunidad de conectarlo todo en su mente, el portal de Leonardo se apoderó del portal por el que habían venido Ralph y Simon. El rojo empezó a temblar y a encogerse y, a continuación, desapareció de golpe. Pero se llevó al de Leonardo con él. Ahora habían desaparecido los dos portales.

Se hizo el silencio.

—¡No! —gritó Oliver cuando cayó en la cuenta de que el portal por el que habían pasado Simon y Ralph estaba conectado a la Escuela de Videntes, de que era su cuerda salvavidas hasta casa y ahora había desaparecido.

Todo el mundo se quedó atónito, mirando fijamente al sitio donde habían estado los portales.

Oliver se sentía abatido.

Hazel fue corriendo hasta el montón que habían formado Ralph y Simon.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gritó, abrazándolos con fuerza.

Estaba claramente emocionada por verlos. Oliver sabía que él también debería estarlo. Pero en su lugar, estaba desolado por saber que habían identificado de manera errónea el portal del Profesor Amatista y, al intentar cerrarlo, habían borrado también el portal de Leonardo. En un instante habían tenido dos posibles rutas a casa y ahora no tenían ninguna. Era demasiado doloroso para entenderlo.

Ralph se esforzó por incorporarse y sacudirse el polvo.

—Nos mandó el Profesor Amatista —explicó—. Dijo que habíais creado el Elixir pero que necesitabais ayuda para volver a casa. Se suponía que debíamos llevaros de vuelta a través del portal —Miró por encima del hombro al espacio vacío—. Pero el portal ahora ha desaparecido.

La cara de Leonardo se quedó sin color.

—Mi portal y el del Profesor Amatista no podían existir a la vez. Debían de haberse vuelto inestables y neutralizado el uno al otro. Lo siento mucho.

—No es culpa suya —dijo Oliver con tristeza—. Al menos no se derrumbaron mientras Ralph y Simon estaban viajando.

Sus dos amigos pusieron la misma cara, evidentemente pensando en las consecuencias de que pasara algo así.

—Estoy demasiado débil para crear otro —dijo Leonardo. Tenía todo el cuerpo débil por la fatiga.

—No pasa nada —respondió Oliver, intentándose convencer a sí

mismo y a los demás—. Ya se nos ocurrirá algo. Siempre y cuando mantengamos a los obsidianos al otro lado de esa puerta, tenemos tiempo para pensar.

Pero él sabía que el tiempo no estaba de su parte. La habilidad de Leonardo para detenerlo de nuevo había fallado ya dos veces. El universo, por las razones que fueran, ya no quería que él usara el Péndulo del Tiempo. Y la habilidad de Oliver para que el tiempo fuera más lento parecía estar intrínsecamente ligada a sus poderes celestiales, que parecían haberse consumido al ahuyentar al ejército oscuro. El mensaje del universo era alto y claro: tenían que apresurarse, tenían que hacerlo AHORA.

Ralph se puso de pie. Fue hasta Oliver y lo abrazó con fuerza. A pesar de las circunstancias, Oliver tenía que admitir que era un consuelo tener al resto de sus amigos con él.

Pero cuando Ralph se apartó del abrazo, agarró a Oliver por el brazo y empezó a mirarlo. Oliver lo apartó.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Buscando una marca de jeringa —respondió Ralph.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Justo entonces, Simon llamó la atención de Ralph y le lanzó una mirada de advertencia. Dijo que no con la cabeza. Ralph cerró los labios con fuerza.

—¿Por qué? —preguntó Oliver, sabiendo que Ralph le estaba ocultando algo—.

¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Ralph continuaba con los labios firmemente cerrados. Se parecía a Hazel cuando había intentado evitar contarle a Miguel Ángel lo importante y famoso que un día sería. Fuera cual fuera el secreto que estaba guardando, lo estaba matando.

—Ralph —dijo Oliver otra vez, insistiendo a su amigo—. Yo soy tu mejor amigo. ¿Por qué me ocultas un secreto?

—Es Edmund —soltó finalmente Ralph. Soltó un enorme suspiro como si fuera un globo que ha explotado y está perdiendo aire—. Está trabajando con la Señorita Obsidiana para hacerte desaparecer.

—¿Qué está haciendo qué? —exclamó Hazel.

—¡Vaya un idiota! —añadió Walter.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Oliver con exasperación—. ¡Estoy intentando conseguir la cura para Ester! Él también la quiere. ¿No quiere que sobreviva?

Ralph negó con la cabeza, parecía perplejo.

—Sinceramente, no entiendo nada. Creo que lo deben haber engañado de alguna forma. Debe de haberle prometido algo a cambio.

—¿Y por qué estabas buscando una marca de jeringa? —preguntó Oliver.

—Se suponía que Edmund iba a darte un veneno para debilitar tus poderes. La Señorita Obsidiana abrió un portal para que lo hiciera a través de él. Yo vi cómo

lo hacía. Pero si no fue a ti a quien pinchó, entonces ¿a quién fue?

Oliver se estremeció. Pensar en que alguien inocente recibiera el veneno en su lugar era demasiado espantoso para pensar en ello. Cualquiera podría haber recibido la dosis. Incluso podría haber sido su Oliver paralelo. No había modo de saberlo. Lo único de lo que Oliver podía estar seguro era que no había sido en su brazo donde Edmund había inyectado la solución.

—¿Cómo vamos a ir a casa ahora? —preguntó Hazel—. Leonardo está exhausto.

—Solo necesito un momento para recuperarme —contestó. Pero parecía débil, como si no pudiera mantenerse de pie.

—Todavía está el portal a Roma —dijo Oliver—. El del campanario.

De golpe, hubo un estallido repentino procedente de atrás.

Oliver se giró y vio que la puerta explotaba en mil astillas de madera. Les cayó encima un diluvio de astillas. Cuando el polvo se despejó, allí estaba Christopher, con los brazos cruzados y su pandilla de obsidianos al lado.

Simon soltó un grito ahogado.

Leonardo se puso de pie volando y se tambaleó hacia atrás. Recobró

rápidamente la compostura y empezó a concentrarse en reactivar el portal derrumbado.

Todo pasó en un instante. Los obsidianos entraban a raudales por la puerta y disparaban con sus poderes. Un chorro de color verde chillón iba directamente a la cara de Oliver. Oliver intentó conjurar un escudo para bloquear el ácido pero sus poderes le fallaron. Los había agotado todos al mandar al ejército oscuro de vuelta a su reino. No quedaba nada.

Justo cuando el chorro de ácido estaba a punto de darle en la cara, Oliver notó que alguien se lanzaba a toda prisa contra su costado.

Era David.

Su guardaespaldas había visto los chorros de ácido y había reaccionado en un instante, empujando a Oliver de su trayectoria.

Pero él no tuvo tanta suerte.

El chorro de ácido de Christopher cubrió a David.

El chico echó la cabeza hacia atrás y gritó de dolor. De su ropa empezaron a salir bucles de vapor.

—¡NO! —chilló Oliver.

David cayó de rodillas. Oliver fue corriendo hacia él, intentó levantarlo, pero el chico lo empujó.

—Corred —dijo con voz cansada y ronca—. Corred.

Entonces fue cuando Oliver vio que habían dejado la salida sin vigilancia. Con las prisas por atacar, los estudiantes obsidianos habían fallado en hacer lo más básico –bloquear la salida. tenían la oportunidad de marcharse, de correr hacia el campanario.

Mientras Simon, Hazel y Walter bombardeaban a los obsidianos con sus poderes, Oliver volvió hacia David y tiró de él hasta ponerlo de pie.

—No vamos a dejarte —dijo entre dientes apretados.

Gianni, al ver que David se movía con dificultad, fue corriendo hacia allí y colocó su cuerpo bajo el brazo de David. Pero no sirvió de nada. Se tambalearon unos metros antes de que todo el cuerpo de David decayera.

Se hundió y cayó al suelo, ya sin fuerzas para aguantarse. Su respiración era cada vez más rápida y sonaba más fatigosa.

Oliver negó con la cabeza. No podía creer lo que estaba sucediendo.

—Aguanta, David. Por favor.

Pero David decía que no con la cabeza.

—Corred… —susurró.

Entonces se apagó la luz de sus ojos y Oliver supo que estaba muerto.

Forzando el dolor abrumador que sentía hasta los dedos de los pies, Oliver se puso de pie. Cogió a Gianni, que se había quedado pasmado mirando fijamente el cuerpo sin vida de David, y tiró de él hacia la escalera.

—¡CORRED! —vociferó Oliver a sus amigos.

De inmediato, se dieron cuenta de que la puerta estaba abierta, sin vigilancia.

Todos aprovecharon la ocasión y huyeron. Pero no antes de que Oliver tuviera la oportunidad de girarse a mirar el cuerpo sin vida de David.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¡Chris! —gritó Madeleine—. ¡Están escapando! ¡Vamos!

Pero Chris apenas podía oírla. Estaba de pie junto al cuerpo del chico al que había disparado con el rayo de ácido verde. Aunque el chico tenía los ojos abiertos, la luz había desaparecido de ellos.

El chico estaba muerto. Y Chris lo había matado.

La sensación lo superaba. Chris se sentía perdido en ese momento. Nunca había matado a nadie de verdad. Y aunque había estado entrenando para matar a Oliver, todavía sentía que había cruzado una línea invisible. No sabía qué sentir al respecto.

Se quedó mirando al chico, casi paralizado por la visión.

—¡Chris! —volvió a chillar Madeleine.

Se giró y se sorprendió al ver que Madeleine, Natasha y Malcolm estaban arriba del todo de la escalera, haciéndole señales para que

fuera hacia allí. El resto de las pequeñas habitaciones estaba vacío. Todos se habían ido.

—¿Qué pasó? —tartamudeó.

—¡Escaparon! —gritó Madeleine—. ¡Hacía rato que intentaba decírtelo!

—¡Alguien no bloqueó la salida! —añadió Malcolm con desdén.

Finalmente, Chris volvió de golpe al presente. Se había perdido tanto en el momento que había dejado escapar a Oliver. ¡Otra vez! La rabia se apoderó de él.

Chris fue a toda prisa hacia los demás y se abrió paso entre ellos escaleras arriba.

Cuando llegó al agujero de la pared, miró hacia atrás por encima del hombro una vez más al chico al que le había quitado la vida. Era una vista que no olvidaría mientras viviera.

Chris saltó el agujero y volvió a toda prisa a la capilla y hacia las calles de Florencia. Estaba tan oscuro que era casi imposible ver.

—¿Hacia dónde fueron? —gritó Chris.

Los estudiantes obsidianos se acercaron a su lado. Natasha creó una esfera de luz en su mano y la lanzó hacia el cielo. Esta subió más y más, iluminando las calles a su paso. Al final, estaba tan alta que había iluminado un campanario alto que no estaba muy lejos.

—El campanario —dijo Madeleine, señalándolo—. Oí que uno de ellos lo mencionaba.

Se pusieron a correr en dirección a la torre.

Chris enseguida notó los beneficios de su entrenamiento con el Coronel Caín. La única cosa que Oliver siempre había tenido en él en el pasado era su velocidad.

Pero ya no. Ahora, Chris podía resistir. Su aguante era considerablemente mejor.

Aun así, nada de eso importaba si Oliver encontraba otro portal al que saltar.

—Ese hombre que estaba con ellos —les dijo Chris a los demás

mientras recorrían la acera—. Es el que estaba haciendo el portal. Tenemos que matarlo.

—Ese hombre —dijo Malcolm— ¡es Leonardo da Vinci!

—Me da igual quién sea —respondió Chris—. Tenemos que pararlo.

No podía tomarse la molestia de meterse en otro intercambio de insultos con Malcolm. Ahora no. No después de lo que había hecho.

—También está haciendo que vayan más lentos —respondió Madeleine mientras respiraba entrecortadamente junto a ellos.

Tenía razón. Oliver y sus amigos corrían a una velocidad considerablemente más lenta de lo normal. Chris se les estaba echando encima. Sintió un arranque de emoción en su interior.

—Vosotros matad a da Vinci —ordenó Chris—. Oliver es mío.

Corrieron y corrieron hasta que el espacio entre ellos disminuyó tanto que podían oír los fuertes pasos de los videntes de Amatista por delante.

—¡No podéis correr para siempre! —vociferó Chris a través de la oscuridad.

Vio que Oliver giraba en un callejón lateral, su variado grupito de amigos fueron detrás de él.

Cuando Chris llegó a la esquina, giró y vio, para su absoluto placer, que el callejón era un callejón sin salida. Justo al final de él, Oliver estaba encogido de miedo con sus amigos.

Una sonrisita apareció en la cara de Christopher.

De inmediato, la chica con el pelo color de dulce de azúcar y mantequilla le lanzó un chorro de ácido químico.

—¡Eso es por David! —gritó.

Pero Chris conjuró un escudo negro y lo paró. El ácido impactó contra la coraza brillante y goteó hasta el suelo.

A la vez, el chico italiano se puso a arrojarles piedras de granizo, arrancando la humedad del aire y formando pequeñas bolitas duras de hielo en sus manos.

Chocaban con un golpe seco contra el escudo que Chris había hecho aparecer, sin apenas abollarlo. Nada podía detenerlo. Ni siquiera nada podía frenarlo.

Fue hecho una furia hacia Oliver y agarró a su hermano por el cuello de su mono.

Mientras Chris arrastraba a su hermano por el callejón, Oliver gritó a su amigo:

—¡El Elixir!¡Llevad el Elixir a Ester!

Oliver le lanzó su bolsa a la chica rubia. Ella la cogió.

A Chris no le importaba lo que había dentro que era tan importante para Oliver.

Su misión era matarlo y eso era lo que tenía pensado hacer.

Chris continuó arrastrándolo por el cuello, hasta que tirando de Oliver, había

recorrido el callejón y había llegado a la esquina. Ahora solo estaban ellos dos.

Lo inmovilizó contra el lado de la pared y lo levantó por el cuello sin que tocara el suelo. Era igual que cuando eran niños. Una extraña nostalgia se apoderó de Chris.

Levantó el puño y reunió sus poderes, dispuesto a dejarlo hecho papilla.

Oliver se contoneaba y forcejeaba, luchando para liberarse con todas sus fuerzas.

Chris podía ver el miedo en los ojos de Oliver. Pero eso no era todo lo que podía ver. Su propia imagen estaba reflejada en las pupilas de Oliver.

Y a Chris no le gustó lo que vio.

No parecía el hombre duro que él creía que era –el luchador, el vidente oscuro con poderes raros. Parecía un chico. Un abusón.

Algo en su conciencia le hizo detenerse. Mantenía la mano en el aire.

«Hazlo…» —le instaba una voz en su mente.

Pero otra parte de él decía «no, no, no».

Quizás estaba viendo al chico muerto del taller o quizás era otra cosa, alguna extraña sensación de lealtad hacia su hermano, pero Christopher no podía obligarse a acabarlo.

—Podrías convertirte en un obsidiano —soltó sin pensar Chris antes de que su mente se diera cuenta de que lo había pensado.

—¿Qué? —graznó Oliver.

Chris bajó la presión sobre su cuello.

—Un obsidiano. La otra escuela de videntes.

—Nunca —dijo Oliver bruscamente.

—Te estoy dando una salida —gritó Chris—. Si te convierto a su lado, entonces no tendrás que morir. Todo esto habrá terminado. Se supone que eres un vidente poderoso, así que serías un valor para los obsidianos.

—Prefiero morir —dijo Oliver entre dientes.

Chris apretó la garganta de Chris con el brazo. Bueno, quería decírselo a su hermano. Entonces lo mataría. Pero aun así, no tenía las fuerzas para hacerlo.

Todo su entrenamiento lo había traído a este momento, pero no podía llevarlo a cabo.

—No me tientes… —dijo Chris.

Pero sentía que su determinación estaba fallando.

Él estaba fallando.

Justo en el último segundo, Christopher Blue había descubierto que tenía corazón.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Oliver apenas podía creer lo que estaba pasando. David estaba muerto. Chris lo había matado. Y ahora el asesino de su hermano lo tenía inmovilizado contra una pared, indefenso y solo ¿y le estaba dando a elegir?

—Podrías ser un obsidiano —repitió Chris—. Eres mixto, ¿no?

Oliver recordó el rumor de que los videntes bromo eran buenos y los videntes cobalto se volvían malos. Pero era solo eso. Un rumor. El Profesor Amatista le había dicho un montón de veces que todo depende de las decisiones que tomas.

—Nunca me cambiaría —dijo Oliver con firmeza—. ¡Ser vidente es un honor!

—¿Por qué no puedes entenderlo? —dijo Chris. En su voz había aparecido un tono de súplica—. La Señorita Obsidiana no parará hasta que estés muerto.

De golpe, Oliver se dio cuenta de que estaba viendo algo parecido a la compasión en Christopher. Nunca antes su hermano le había mostrado algo parecido al cariño hacia él. Durante todas sus vidas solo había querido hacer sufrir a Oliver. Pero ahora, cuando se trataba de eso, no podía hacerlo.

Oliver aprovechó la oportunidad de la debilidad de Chris.

Buscó los poderes celestiales en su interior. Para su alivio, quedaba una pizca diminuta. Al contrario que los poderes normales de vidente que se revitalizaban después de descansar, los poderes celestiales parecían ser finitos. Había consumido la mayor parte de ellos levantando un escudo alrededor de la capilla y la mayor parte del resto, mandando al ejército oscuro de vuelta a su reino. Pero quedaba un hilo diminuto y esto era todo lo que Oliver necesitaba.

Forzó a salir los últimos residuos del poder celestial. Una luz blanca explotó en sus manos y chocó contra Chris.

Chris salió disparado hacia atrás, dibujando un arco en el aire como si lo hubieran lanzado desde una de las enormes catapultas de Leonardo.

Al golpear el suelo se oyó un desagradable crujido y cayó con manos y piernas enredados. Oliver oyó un gemido de dolor procedente del montón que era su hermano y sintió un ataque de compasión para correr hacia él. Al fin y al cabo, Chris le había perdonado la vida.

Pero mientras iba caminando hacia él, vio que el cuerpo de Chris estaba cubierto de una electricidad intermitente, negra y crepitante.

Chris rodó sobre su espalda, sus ojos eran completamente negros, su piel bailaba por la electricidad. Después, poco a poco, se levantó hasta

ponerse de pie.

No parecía del todo humano. Era como si el mal se hubiera apoderado por completo de Chris. Ese atisbo de compasión que Oliver había visto brevemente en él había desaparecido por completo, superado por esta energía negra y crepitante.

Oliver se dio cuenta de que había cometido un terrible error acercándose a Chris.

Debería haber escapado. Debería de haber sabido que su hermano no podía cambiar, que había viajado demasiado lejos en el camino del mal para volver ahora.

Chris clavó los pies en el suelo y disparó una lúgubre luz negra.

Inmediatamente, Oliver la contrarrestó, bloqueándola con su luz blanca celestial.

Las dos luces se encontraron, estallando la una contra la otra como dos enormes tsunamis. El blanco contra el negro. El bien contra el mal. Hermano contra hermano.

Oliver insistía con sus poderes, empujaba sin parar. No tenía ni idea de cuánto tiempo más podían resistir sus poderes. A cada segundo parecían disminuir más y más.

Apretando los dientes por el esfuerzo, Oliver fue a su interior e intentó sacar aún más poder, buscando sus poderes de vidente.

En ese momento, algo en su cerebro se puso en su sitio. Un aluvión de poder entró corriendo en su mente. Se dio cuenta de que eran las partes ocultas dela Señorita Moretti despertando dentro de su cerebro.

Ahora que tenía acceso a la totalidad de sus poderes, veía que la Señorita Moretti era completamente pura de corazón. Nunca había intentado robar el Elixir. Solo había intentado ayudar. Si necesitaba alguna prueba más de que Gianni no era un espía infiltrado para robar el Elixir, aquí estaba.

Cuando los poderes de la Señorita Moretti fluían por sus venas, el escudo blanco de Oliver se hacía más y más brillante. Era casi cegador. Una pared de luz brillante y sólida gruesa como el mármol.

Al otro lado, Chris empezaba a acobardarse, hundiéndose bajo el peso del escudo de Oliver.

Oliver dio un paso más hacia su hermano, expulsando más y más poderes.

—Nunca me uniré al lado oscuro —dijo Oliver—. Nunca. Nunca. ¡NUNCA!

Pero no es demasiado tarde para ti, Chris. Puedes cambiar. Siempre hay elección.

Lucha contra el mal. Sé que por allí dentro hay alguna pequeña parte de ti. Solo tienes que encontrarla.

Oliver rezaba para que Chris hiciera lo correcto. Porque si no lo hacía, si se quedaba en el camino equivocado, a Oliver no le quedaría otra elección.

Tendría que matarlo.

Y esa era una línea que Oliver no quería cruzar nunca. Pues sabía que una vez hecho ese salto, podría no volver más.

CAPÍTULO TREINTA

Cada pizca de la fuerza de Chris iba para mantener lejos la ola de luz blanca que Oliver le estaba disparando. Nunca había visto así a su hermano. Era como si se hubiera convertido en un ángel. Estaba bañado en un brillo blanco neblinoso.

Incluso el pelo le relucía.

—¿Qué eres? —gritó Christopher.

—Soy bueno —dijo Oliver acercándose aún más—. Escojo ser bueno.

Chris cayó de rodillas. La pared blanca lo estaba aplastando. Ya no podía luchar contra ella.

—Tú también puedes ser bueno —dijo Oliver.

El blanco empezó a rodear a Oliver. Era cálido y de una belleza impresionante.

Con él vino una extraña sensación de serenidad que Chris no había sentido en su vida. Era como si la luz lo calmara y le dijera que ya no hacía falta que estuviera enfadado. Que no pasaba nada por ser vulnerable. Por ser débil. Que no necesitaba hacer daño a otras personas para sentirse él mejor. Que no tenía que ser el más fuerte, el

que daba más miedo, el más cruel de todos los abusones. No tenía que apartar a todo el que intentaba acercarse a él. De hecho, no era demasiado tarde para abrir la puerta a Oliver. Su hermano, la persona a la que había atormentado toda su vida, le perdonaría. Si se entregaba a la luz, podría cambiar toda su vida. Podría empezar de nuevo.

Pero la oscuridad que crepitaba por toda su piel estaba actuando como una capa protectora. A pesar de que la luz lo atraía/llamaba, la oscuridad la retenía. No podía penetrar en su piel.

Entonces Chris se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. El momento en el que se había tragado la materia oscura en el ritual de la Señorita Obsidiana, había sellado su destino. No podía salvarse. Había escogido el camino del mal y no había retorno.

En cuanto se hubo dado cuenta de eso, Chris sintió un arranque repentino de

fuerza renovada procedente de algún lugar en lo profundo de su ser.

Luchando contra la pesada pared blanca, consiguió tirar de su cuerpo hasta ponerse de pie. Su propio escudo negro empezó a crecer de nuevo, empujando a la luz blanca hasta que Oliver empezó a tambalearse hacia atrás por su fuerza.

Competían por el control, dominaba el blanco, después el negro y vuelta a empezar. Parecía que Oliver y Christopher estaban perfectamente igualados. No habría ningún vencedor.

Un entendimiento repentino abrumó a Chris. No ganaría esta lucha de la luz. Y

no podía llevar a cabo aquello para lo que la Señorita Obsidiana le había dado poderes en un principio: matar a Oliver. Lo desterrarían a un horrible infierno.

Pero no podía hacerlo. No podía matar a su hermano. Por lo menos, no con sus manos.

Pero había otra opción…

Manteniendo a raya la luz blanca de Oliver con un brazo, Chris usó su mano libre para derretir la estructura de las dimensiones y hacer un agujero en ella.

El ejército oscuro podría acabar lo que él no era capaz de hacer.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ester se movió. Notó una presencia. Había alguien en la habitación del hospital de pie a su lado.

Parpadeó hasta abrir los ojos y giró la cabeza. La sala estaba muy oscura y lo único que distinguía era una forma oscura.

—¿Oliver? —dijo con voz ronca.

—Soy yo —se oyó la voz de Edmund.

Ester sintió que se desanimaba.

—¿Qué quieres, Edmund?

Tomó asiento en el borde de la cama, sentándose a su lado, demasiado cerca.

—Quería confesar algo —dijo.

Ester estaba demasiado agotada para preguntarle a qué se refería. Sentía que los ojos le pesaban excesivamente. Dejó caer los párpados de nuevo.

La voz de Edmund entró flotando en su oído.

—Verás —dijo—, creo que hice algo muy malo. creo que cuando el Profesor Amatista se entere me expulsará de le escuela. Es que no pude resistirme.

Alguien me hizo una oferta. Me ofrecieron algo que deseaba desesperadamente.

Ester pensó que Edmund parecía un poco trastornado, como si hubiera dado un paso más hacia la locura. Se preguntaba sobre qué estaba farfullando.

—Allá va —continuó Edmund, y ella notó la indeseada sensación de la mano de él rodeando la suya—. Quiero que sepas que todo lo que he hecho lo hice por ti.

A Ester no le gustaba por donde iba la cosa. Un agujero de terror se abrió en su interior.

Giró la cabeza a un lado y abrió los ojos con esfuerzo.

—¿De qué estás hablando, Edmund?

Él clavó la mirada en los ojos de ella. Veía barbarie en ellos. Algo había pasado.

Algo grande. Su corazón empezó a latir con fuerza por la ansiedad.

—Hice un trato —respondió Edmund—. Con una poderosa vidente. Me dio una misión para completar y, a cambio, ella me daría la cura para salvarte.

Ester sabía de sobra que solo existía una cura –el Elixir-y que Oliver ya estaba en una misión para encontrarlo para ella. Fuera lo que fuera lo que le habían dicho a Edmund era mentira.

—¿Cuál era la misión? —preguntó, mientras el pánico empezaba a consumirla.

Edmund tenía la mirada perdida.

—Solo tuve que dar una dosis a Oliver —dijo con voz hipnótica—. Eso es todo.

Un frío miedo anegó a Ester. A pesar de la fiebre, ahora se sentía como el hielo.

Aunque sus extremidades estaban débiles, de algún modo logró empujarse hacia arriba con los hombros.

—¿Qué. Significa. Una. Dosis?

El esfuerza por hablar era tan inmenso que las palabras salían en staccato.

Edmund parecía sorprendido al verla medio sentada.

—No fue nada —tartamudeó, su confesión salió rápidamente y con una forzada indiferencia—. Solo un suero para debilitar sus poderes. Solo tuve que clavárselo a través de un agujero espacio-temporal. Posiblemente ni se dio cuenta.

De golpe, todo se puso en su lugar en la mente de Ester.

—Oh, no… —gimió cuando empezó a caer en la cuenta de todo lo que había pasado. Agotada y vencida por la emoción, Ester dejó caer la

cabeza sobre la almohada—. No fue a Oliver a quien le diste la dosis. Fue a mí.

Hubo un momento de silencio mientras sus palabras enfatizaban el espacio entre ellas.

—No —dijo Edmund—. Eso no es cierto.

—El portal. En el árbol de kapok —explicó Ester—. Era a mí a quien te unía. A mí hace unas semanas.

Había sucedido cuando ella había estado examinando el tronco del kapok, en busca de la máquina del tiempo escondida en la que había visto desaparecer a los profesores. Había notado una extraña sensación punzante en el brazo y había dado por sentado que se había cortado la piel con una rama larguirucha. Pero solo unas horas más tarde, se había empezado a encontrar mal. El Profesor Amatista había confirmado el diagnóstico de la enfermedad del viaje en el tiempo. Ella no lo había relacionado con el pinchazo que había notado. Pero ahora comprendía cómo ocurrido todo.

—Te engañaron —le dijo Ester a Edmund—. Fuera quien fuera para quien estabas trabajando lo hizo para alejar a Oliver sabiendo que él pondría en peligro su vida por encontrar una cura para mí.

—Te equivocas —cuestionó Edmund—. Era una vidente respetable. La Señorita Obsidiana.

El nombre resonó en la mente de Ester. Sentía todo el cuerpo derrotado. No podía creerlo.

La Señorita Obsidiana había elaborado un plan totalmente diabólico. Había usado los resquicios de los viajes en el tiempo para llevarlo a cabo. Qué perfección, había usado la vida de Ester para alejar a Oliver de la escuela.

Después, había usado la promesa de una cura para esa misma enfermedad para atrapar a Edmund y convertirlo en una marioneta de forma involuntaria. Ester tendría que entregársela a la Señorita Obsidiana –era extremadamente creativa con su particular maldad. Era evidente que sentía un placer enfermizo con estos juegos retorcidos.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —dijo Ester.

Su voz apenas era un susurro ahora, se sentía muy débil, muy

desesperada.

Edmund hico puchero.

—Sí, bueno, hice mucho más que eso —Cruzó los brazos, parecía un niño quisquilloso a punto de soltar una pataleta—. Cerré un portal. Así que Oliver no puede regresar a casa.

La desesperación se apoderó de Ester. Grito con desesperación. ¡Esa era su única esperanza para sobrevivir y Edmund la había destrozado!

—¿Qué hiciste qué? —gritó.

—Cerré el portal. Así que ahora no tendrás ni que volver a pensar en Oliver. Yo te curaré y podremos estar juntos. Enamorados.

La mente de Ester empezó a dar vueltas. Tenía que hacer algo. Oliver estaba atrapado en una época que no era la suya. Tenía que salvarlo. Y sabía cómo hacerlo…

Apretó la tintura de poción que le había dado el Profesor Amatista. Él había dicho que ella sabría cuándo era el momento adecuado para usarla. Ese momento era ahora.

Pero primero, tenía que conseguir más información de Edmund.

—¿Dónde está el portal? —preguntó.

—Está en un pasillo —respondió Edmund—. Uno de los restringidos. ¿Por qué?

—¿Va por debajo de las calles?

—Eso creo. Pero ¿qué importancia tiene? —Suavizó la voz, adoptando ese deje empalagoso que hacía que a ella se le revolviera el estómago —. Solo tienes que tener paciencia, amor mío, y después la Señorita Obsidiana me dará la cura y todo irá bien. Puede que me expulsen pero no pasa nada, puedo ir a su escuela.

Dice que con el entrenamiento adecuados eré un vidente muy fuerte. ¿LO ves?

Así que ya te puedes olvidar del todo de Oliver.

Ester ya tenía suficiente. No podía soportar escuchar la voz de Edmund ni un solo segundo más. El odio que sentía hacia él le absorbía.

Se llevó la tintura a los labios y cogió el tapón de corcho entre sus dientes.

Después lo arrancó de un tirón y lo escupió a un lado. La vació toda en su boca.

—Mi amor, ¿qué estás haciendo? —preguntó Edmund—. ¿Qué es esto?

Un subidón de adrenalina recorrió el cuerpo de Ester. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, notó que sus extremidades recuperaban la fuerza y la energía. Su mente entumecida empezó a despejarse. El dolor que había sufrido sin piedad de repente desapareció.

Apartó las sábanas y se levantó de la cama. Tenía las piernas inestables por la atrofia muscular, pero se sentía más fuerte que nunca.

—Ester… —dijo Edmund con la voz entrecortada—… ¡Amor mío!

Ester se giró y lo miró fijamente.

—¡NO SOY TU AMOR! —Después le dio un puñetazo en la cara.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Atónito, Oliver observó cómo Chris escapaba, hasta que se lo tragó la oscuridad de la noche.

No acababa de entender lo que había pasado. ¡No tenía ni idea de cómo estaba vivo todavía! Justo cuando las últimas gotas de sus poderes celestiales se habían agotado, algo parecía haberse apoderado de Chris y este había escapado.

Oliver se preguntaba si, por fin, había sentado la cabeza.

Palpando en su interior, Oliver vio que todos los poderes celestiales habían desaparecido. Los había agotado por completo luchando contra Chris y ya no quedaba nada. Como, para empezar, eran poderes prestados, Oliver sabía que eso significaba que no volverían a él. No importaba lo mucho que descansara, nunca recuperaría los poderes celestiales. Extrañamente, ese pensamiento era reconfortante. Le venían muy grandes. Nadie debería tener tanto poder. Era una carga.

Mientras miles de pensamientos daban vueltas en su mente, Oliver

notó una peculiaridad en el aire. Parecía que había un trozo de cielo derretido.

«¿Qué es eso?», se preguntó con curiosidad mientras iba caminando hacia él y se agachaba para tener mejor visión.

Había un agujero en la estructura del espacio, un agujero que parecía que se había hecho quemándola. Era del tamaño exacto de la huella de una mano y Oliver cayó en la cuenta de que la debió haber creado Christopher.

Se acercó lentamente un poco más y miró por el agujero. Al otro lado no vio nada aparte de un hueco oscuro, como el vacío espacial.

Oliver se dio cuenta de repente de lo que estaba mirando y se tambaleó hacia atrás aterrorizado. ¡Chris había hecho una entrada a la dimensión secreta del ejército oscuro! ¡Demasiado para haber sentado la cabeza en el último instante!

Chris no le había perdonado la vida, en realidad no. Solo había sido demasiado cobarde para matar él a Oliver. ¡En su lugar, había creado un agujero para que el

ejército oscuro entrara y acabara con él!

Mientras parecía que todos los soldados dormían, como los murciélagos en una cueva, Oliver sabía que tan solo un ruido fuerte bastaría para despertarlos y hacer que entraran como una riada en esta dimensión.

Oliver empezó a retroceder, preocupado por si el ruido de sus pasos bastara para despertarlos.

En cuanto estuvo a una distancia segura, fue corriendo hasta el callejón en el que había dejado a sus amigos peleando con los obsidianos.

Giró la esquina y se encontró, con gran alivio para él, que los tres estudiantes obsidianos estaban tumbados en el suelo hechos una pila. Las enredaderas de Gianni les habían atado las manos.

Todos se giraron con el ruido de los pasos de Oliver. Fue tambaleándose hacia sus amigos, abrumado por la gratitud de que todos estuvieran aún con vida.

—¡Oliver! —gritó Walter—. ¿Qué te pasó?

—¿Te encuentras bien, viejo amigo? —añadió Simon.

—Desapareciste —exclamó Hazel, con a voz marcada por la preocupación—.

Pensé en lo peor.

—Fue Chris —les dijo Oliver—. Me apartó para matarme. Pero, en cambio, huyó.

Al oír que su líder los había abandonado, los tres estudiantes obsidianos atados empezaron a chillar y decir palabrotas.

—¿Nos ha abandonado? —gimió la chica pelirroja.

—¡Qué cobarde! —gritó el chico escuálido de pelo negro.

Oliver miró a sus amigos, la preocupación le quemaba las entrañas.

—Tenemos que salir de aquí —dijo a toda prisa, haciéndoles una señal para que fueran hacia él—. Chris hizo un corte en el tejido dimensional entre nuestro

mundo y el del ejército oscuro. Fue demasiado cobarde para matarme él pero no para dejar que otro lo hiciera por él. He agotado todos mis poderes celestiales así que si despiertan…

—Estamos muertos —acabó por él Walter.

Oliver asintió con seriedad.

—Volvamos al taller —sugirió Hazel—. Leonardo puede volver a trabajar en su portal a la Escuela de Videntes. Allí estaremos seguros.

Pero Oliver se estremeció al pensarlo. Su amigo muerto estaba tumbado dentro del taller de Leonardo. No sabía si podía volver y verlo en ese estado.

—David está allí —dijo en voz baja.

—Con más razón aún —respondió Hazel con voz suave y cariñosa.

Oliver se sentía reticente pero, al final, asintió para demostrar que estaba de acuerdo.

—¿Y qué hacemos con todos estos? —preguntó Walter, echando un vistazo a los tres obsidianos atados.

Oliver deseaba decir que debían dejarlos para que se pudrieran, o lanzarlos al vacío con el ejército oscuro, pero decidió no hacerlo. Había escogido ser bueno.

Y parte de ser bueno significaba mostrar compasión por todo el mundo, sin importar quiénes eran ni lo mucho que los odiaba.

—Nos los llevamos con nosotros —dijo.

Todo se recompusieron y regresaron a las calles de vuelta a la capilla.

Cuando entraron al taller escondido de Leonardo, por fin pudieron valorar la pelea en la que habían sido asediados. Todo el lugar era un completo caos.

Algunos de los inventos de Leonardo habían sido destruidos, incluido su prototipo de aeronave, el ornitóptero. Entonces a Oliver se le pasó por la cabeza que Leonardo da Vinci nunca lograría su misión de dar al hombre el poder de volar. Nunca diseñaría un ornitóptero que pudiera levantarse del suelo. Quizás esta era la razón –porque los obsidianos habían destrozado su prototipo.

Pero los obsidianos habían dejado mucha más destrucción que el ornitóptero a su paso. Pues allí, tumbado muerto en el centro de la habitación, estaba David.

Gianni empezó a sollozar amargamente. Oliver se sentía fatal por Gianni. A él lo habían arrastrado a este peligro. Él nunca había pedido ser parte de él.

Vio que el chico italiano entraba a las habitaciones y regresaba con una manta áspera. Se la puso a David por encima y dijo unas palabras. Aunque Oliver no entendía lo que Gianni estaba diciendo, no le hizo falta. El dolor en su voz era evidente y a Oliver le decía todo lo que necesitaba saber. Le dolía el corazón al ver la muestra de pura emoción de Gianni y notó que Hazel le frotaba el hombro para consolarlo.

Walter llevó a los obsidianos hasta el sofá. Leonardo regresó a sus habitaciones para trabajar en el conjuro del portal que necesitarían para volver a casa. Oliver, Ralph, Simon y Hazel se pusieron a ordenar su taller, sintiendo una gran pena.

Pasó antes de lo que nadie había previsto. De las habitaciones vino un rayo de luz.

Oliver dejó de hacer lo que estaba haciendo y entró corriendo a la habitación.

Allí, un pequeño portal empezaba a girar y a abrirse en medio de la estancia.

Había ido tan rápido -mucho más rápido que el último de Leonardo- que Oliver apenas podía creer lo que veía.

Sus amigos entraron a toda prisa a la habitación tras él. Todos gritaron emocionados.

¡Ya estaba! Esta vez iban a ir a casa de verdad.

—¡Lo consiguió! —gritó Oliver, sintiéndose vencido por el alivio.

Pero Leonardo estaba diciendo que no con la cabeza enérgicamente. Tenía una expresión seria mientras daba varios pasos tambaleándose hacia atrás.

—No. No soy yo quien está haciendo esto —enunció sin rodeos, retrocediendo como con miedo.

Oliver dejó caer los hombros. ¡No! No podía ser. No podía soportar que se le frustraran las esperanzas una vez más. Estar tan cerca y a la vez tan lejos. Era

demasiado para afrontarlo.

—¿Quién lo está haciendo? —gritó Oliver a Leonardo frenéticamente.

—No lo sé —Leonardo parecía aterrado—. No pude entrar en la Escuela de Videntes. Estaba tan vigilada que era casi impenetrable. Alguna otra cosa está haciendo ese portal.

—Debe de ser el Profesor Amatista —sugirió Ralph esperanzado.

—¡Sí! —exclamó Hazel—. ¿Tal vez se dio cuenta de que el otro portal se desmoronó y esté haciendo uno nuevo?

Pero por la mirada en el rostro de Leonardo, Oliver sabía que esa no era la explicación correcta. Algo más siniestro estaba sucediendo y hacía que sintiera un escalofrío en la columna por el miedo.

—Este no es un portal que una líneas temporales, que se cuele por el espacio y el tiempo. Es un agujero espacio-temporal dimensional. Procede del abismo.

Todos intercambiaron miradas de preocupación.

—¿El abismo? —tartamudeó Oliver con la voz trémula—. ¿Cómo el lugar en el que se esconde el ejército oscuro?

Pero antes de que Leonardo tuviera ocasión de confirmar o negar la sugerencia de Oliver, notó que había movimiento procedente del otro lado. Dos figuras nítidas del tamaño de un humano estaban atravesando el portal.

¿Más soldados? ¿Canallas? La mente de Oliver daba vueltas a un kilómetro por segundo. El pánico se agitaba dentro de su pecho.

Pero a continuación sucedió algo que dejó a Oliver atónito hasta la médula. Las dos personas que estaban atravesando el portal no eran soldados. No eran canallas.

Eran dos personas que conocía.

Eran sus padres.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Estando encima del cuerpo inconsciente de Edmund, Ester se sentía fuerte por primera vez en días. Gracias a la poción mágica del Profesor Amatista, el dolor que había sufrido casi se había esfumado por completo.

Pero ella sabía que tomarse la sustancia tenía un precio. El Profesor Amatista le había advertido de que gastar demasiada energía le pasaría factura a su cuerpo y que incluso podía morir.

Pero esto era demasiado importante para Ester. Oliver había arriesgado su vida por ella, ahora le tocaba a ella arriesgar su vida por él.

Vestida solo con su delgada bata de hospital, Ester iba a toda prisa por el pabellón. La enfermera de la central que la había estado cuidando dio un brinco sorprendida cuando pasó a toda velocidad. Tenía los ojos muy abiertos como si estuviera mirando a un fantasma.

—¡No hay tiempo para explicaciones! —gritó Ester.

Abrió las dobles puertas del ala del hospital de un empujón y entró a toda prisa en el atrio central de la Escuela de Videntes.

Sintió el olor del árbol de kapok, dándose cuenta ahora de lo mucho

que lo había echado de menos y de lo mucho que ese olor le hacía sentir como en casa.

Había varios estudiantes por ahí y todos la miraban sorprendidos. Debía de tener un aspecto bastante extraño, allí de pie con su bata delgada como el papel, descalza y, supuestamente, con el pelo como un nido de pájaros. Pero a Ester nada de esto le importaba. Estaba decidida y concentrada en encontrar el pasillo que le había dicho Edmund y en reactivar el portal que este había sellado.

Atravesó el atrio principal a toda prisa, frío por el suelo de baldosas que penetraba en sus pies. Buscaba una X, corriendo de un atrio al otro. Al final, vio una grabada en encima de un pasillo. Fue directamente hacia allí y después corrió por el pasillo tan rápido como le permitían sus debilitadas piernas.

Mientras lo hacía, notaba que se tambaleaba. Al principio pensó que las paredes se habían inclinado hacia un lado. Pero después se dio cuenta de que era ella la que se balanceaba. La poción en la tintura solo era temporal y Ester cayó en la cuenta que sus efectos ya estaban desapareciendo. ¡Había desperdiciado demasiada energía dando un puñetazo a Oliver! Aun así, si iba a morir haciendo esto, estaba contenta por esa pequeña victoria.

El pasillo era cada vez más oscuro alrededor de Ester, aunque ella no estaba segura de si era oscuro porque estaba bajo el suelo y no tenía ventanas o si su vista le estaba fallando. En cualquier caso, no importaba, pues notó que chocaba contra algo. ¡Una puerta!

De golpe, sus rodillas cedieron. Se desplomó como una piedra.

Ester intentó levantarse pero sus piernas eran inútiles.

Alargó el brazo y palpó para encontrar el pomo de la puerta. No había ninguno.

—«¡Pues claro que no hay un pomo de puerta!» —se regañó Ester a sí misma—.

«¡Es un portal!»

Habría un interruptor o un botón para activarlo en algún lugar.

Desde donde estaba desplomada en el suelo, Ester alzó la vista. Sus ojos se estaban adaptando un poco a la penumbra. Vio el contorno de algo que parecía un interruptor.

—¡Aquí está! —gritó fuerte.

Pero estaba colocado a la altura de la cabeza. Estando tumbada en el suelo desplomada, estaba fuera de su alcance. Si quería pulsarlo, tendría que sacar fuerzas de algún sitio para levantarse.

Apretando los dientes, Ester intentó obligar a sus piernas a obedecerla.

Empujaba con las manos, pero las piernas no podían soportar su peso.

Usando las puntas de los dedos, Ester se agarró a la arista de entre los ladrillos.

Apenas tenía un milímetro de profundidad, pero era lo único que tenía. Lo usó como asidero, tirando de todo su cuerpo con las puntas de los dedos.

Justo cuando se había puesto de rodillas, el dolor que había sentido volvió multiplicado por diez. Parecía la peor migraña que había tenido jamás. Ester no pudo evitar que de su garganta saliera un grito.

Pero no se rindió. Continuaba avanzando a arañazos, tirando de ella con cuidado, ladrillo a ladrillo. Sentía que se le empezaban a hacer ampollas en la carne de los dedos por la aspereza del ladrillo. Se le estaban pelando los dedos.

El dolor era tan intenso que Ester sentía que iba a vomitar. Pero finalmente, contra todo pronóstico, estiró del todo el brazo, alargándolo todo lo que pudo, y golpeó el interruptor con su mano.

La última pizca de fuerza se esfumó de su cuerpo.

Antes de que tuviera ocasión de ver si el portal se había reactivado o no, todo oscureció. Ester se desplomó.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Oliver miraba fijamente a sus padres incrédulo. Teddy tenía el mismo pelo revuelto que él. Los ojos oscuros de Maggie eran exactamente del mismo tono que los suyos. Él era una combinación perfecta de ambos.

Miró a sus amigos por encima del hombro. Todos estaban también mirando con incredulidad.

Si sus amigos podían verlos, eso querría decir que eran reales. No una visión o un sueño. Decididamente estaban allí de verdad. No se los había inventado.

Aun así, tenía que preguntar.

—¿Sois reales?

Su mamá y su papá intercambiaron una mirada cariñosa, después se giraron para mirar a su hijo, con los ojos brillantes por las lágrimas y asintieron.

Una ola de alegría arrastró a Oliver.

Antes de que tuviera tiempo para pensar fue corriendo hacia ellos. Ambos abrieron los brazos y él se dejó caer en ellos, sintiendo que su cuerpo estaba envuelto con su calor.

Ahora no se podía negar. Eran reales. Reales de verdad. No se le aparecían en un sueño o en una visión, sino físicamente delante de él, físicamente abrazándolo como siempre había ansiado que lo hicieran.

Oliver se frotaba con ellos.

—¿Cómo es que estáis aquí?

—Volvimos por ti —dijo su madre, con la voz hecha un sollozo.

—Siempre tuvimos la esperanza de que encontrarías el camino de vuelta a Leonardo —respondió su padre.

—Y que cuando lo hicieras, nosotros podríamos volver a ti —acabó su madre.

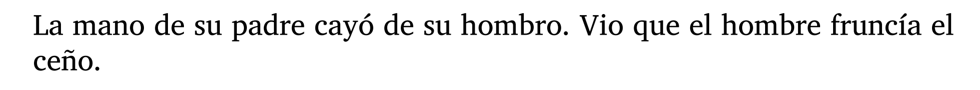
Oliver se puso derecho y se apartó de su abrazo. Su madre se secó la lágrima que le caía por la mejilla con el dedo pulgar, justo del modo en el que él siempre había imaginado que lo haría una madre. Ese simple gesto lo significaba todo para él.

—Es la hora —dijo su padre, poniendo la mano firme sobre el hombro de Oliver

—. ¿Vienes a casa con nosotros?

A Oliver le dio un salto el corazón. Sus padres le estaban ofreciendo lo que más había deseado siempre. Un hogar. Un hogar seguro con personas que lo querían.

Pero una horrible e incipiente comprensión se apoderó de él. Dio un paso atrás.


La mano de su padre cayó de su hombro. Vio que el hombre fruncía el ceño.

—¿Oliver?

Aunque a Oliver le mataba hacerlo, dijo que no con la cabeza.

—No puedo —dijo.

Por detrás de él, oía que sus amigos soltaban gritos ahogados y murmullos por la sorpresa.

Hazel alzó la voz por encima del jaleo.

—Oliver, tienes que irte con ellos. Es lo que siempre has querido.

Pero Oliver volvió a decir que no con la cabeza, esta vez con más firmeza.

—Ester —les dijo a sus amigos—. El Elixir.

—¡Nosotros podemos entregarlo! —protestó Ralph.

—Por favor, Oliver —suplicó Simon—. Nosotros terminaremos la misión por ti.

Aun así, Oliver continuaba diciendo que no con la cabeza. Ellos no entendían lo que quería decir. Ellos no habían estado allí cuando Leonardo le había hablado del sacrificio que tendría que hacer para que funcionara el Elixir.

—El Elixir se alimenta de emociones —les dijo—. Solo puede funcionar si yo sacrifico algo. Algo intangible que siempre haya deseado —Volvió a mirar a sus padres—. Vosotros.

A Maggie le cambió la cara. Parecía desolada, como si alguien le estuviera arrancando a su hijo de los brazos una vez más. Se cogió al brazo de Teddy para apoyarse y él le rodeó la cintura con el brazo para evitar que se cayera.

—Puede que nunca haya otro momento —le dijo él a Oliver, con la voz marcada por el dolor.

—Lo sé —respondió Oliver, oyendo cómo la suya se rompía—. Pero tengo que decir que no. Este es el sacrificio que tengo que hacer para salvar a Ester.

Maggie rompió a llorar.

—Por favor, hijo. Desde que nos obligaron a dejarte aquí, lo único que he deseado es tenerte en casa.

Entonces fue cuando Oliver cayó en la cuenta. Su sacrificio era más que abandonar a sus padres. Tenía que dárselos a otro.

—Hay un Oliver paralelo —dijo, con el pecho palpitando por el dolor —. Él es el hijo que os podéis llevar con vosotros.

Los murmullos en protesta de sus amigos se hicieron aún más fuertes.

—¿Otro Oliver? —preguntó Maggie entre lágrimas y sollozos reprimidos.

Oliver vio un destello de esperanza en sus ojos. Era toda la confirmación que necesitaba de que estaba tomando la decisión correcta.

Teddy parecía confundido.

—¿Aquí hay un Oliver paralelo? ¿Dónde?

—Es cierto —dijo Leonardo, hablando en voz alta por primera vez—. Está dentro escondido para evitar que el universo se vuelva inestable. Pero hay un Oliver aquí para vosotros. Si dejáis ir a este, no estaréis abandonando a vuestro hijo.

Lentamente, parecía que sus padres entendían lo que les estaban diciendo.

—En cuanto yo me haya ido de esta dimensión —añadió Oliver—, él podrá venir a vosotros. pero me tenéis que dejar ir.

—¿Nuestro hijo va a venir a casa? —preguntó Maggie.

Teddy le agarró la mano.

—Sí —Se dibujó una sonrisa en sus labios—. Sí. Va a venir a casa.

Oliver notó que sus amigos se amontonaban detrás de él, ofreciéndole el apoyo que tan desesperadamente necesitaba en un momento de sacrificio personal tan grande. Le estaba dando a otra versión de sí mismo la cosa que más deseaba en el mundo. ¿Volvería a tener otra oportunidad?

Justo entonces, un segundo portal apareció de golpe.

—¡Es el del Profesor Amatista! —gritó Ralph.

Sin duda alguna, el mismo portal rojo y dorado por el que habían venido Ralph y Simon empezó a crecer delante de ellos. No podía haber venido en un momento mejor. La arena del cetro casis e había terminado por completo.

El portal crecía, provocando un fuerte viento en la habitación. Estaba en el mismo sitio exacto en el que había aparecido antes. Oliver notó una gran sensación de alivio por no haberse dirigido al portal del campanario. Este los llevaría directos al lugar por el que habían entrado Simon y Ralph.

—¡Lo abrió de nuevo! —exclamó Simon aliviado—. Vamos, marchémonos antes de que se desplome.

Justo entonces, una explosión sobresaltó a Oliver.

—¿Qué fue eso? —dijo.

El chico obsidiano de pelo oscuro empezó a reír con maldad.

—Eso es el ejército oscuro —dijo con deleite—. Te han encontrado. Han venido a matarte.

Parecía totalmente satisfecho consigo mismo. Pero Oliver levantó una ceja.

—Nos habremos ido —dijo—. El ejército oscuro tendrá que matarte a ti en mi lugar.

Al chico se le puso la cara blanca como el papel. las dos chicas empezaron a gemir y a llorar. Oliver sabía que no debía alegrarse pero la justicia divina era satisfactoria.

El ejército oscuro empezó a arañar al otro lado de la pared mágica. Iban a volver a abrirse camino a arañazos.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Hazel a toda prisa.

Ahora el portal del Profesor Amatista ya había crecido del todo, era lo suficientemente grande para que pudieran escapar por él.

—¿Y qué pasa con usted? —gritó Oliver, mirando a Leonardo.

—Yo escaparé con tus padres a través del otro portal. También me llevaré a Gianni y a mi aprendiz. Así que no te preocupes. Márchate. Nosotros no podemos escapar hasta que tú te hayas ido.

Oliver asintió. Leonardo tenía razón. Sus padres no se irían sin su hijo. Y el otro Oliver no podía dejarse ver hasta que Oliver se hubiera marchado. Tenía que irse ahora o se arriesgaba a que el ejército oscuro entrara antes que Leonardo, Gianni, sus padres y su yo paralelo pudieran escapar.

Sintiendo un dolor como jamás había sentido, Oliver miró a sus padres, intentando grabar cada molécula de ellos en la memoria. Era la primera vez que los veía en persona en lugar de en sueños o visiones, y su naturaleza sólida los hacía parecer mucho más reales. Hacía que dejarlos fuera incluso más difícil.

—Os quiero —les dijo.

—Te queremos —dijeron ambos, abrazándose y secándose las lágrimas.

—Gracias —añadió su madre—. Por sacrificarte de esta manera.

Oliver tragó el nudo doloroso que tenía en la garganta. La magnitud del

sacrificio que estaba haciendo se le clavaba como un cuchillo en el corazón.

Pensaba que nunca se recuperaría de esto. Siempre sentiría ese espacio vacío y hueco en su corazón que podría haber llenado con el amor de sus padres y que, aun así, había decidido que no, por Ester.

En eso era en lo que se tenía que concentrar ahora. En Ester. En su vida.

Oliver se apartó del cálido abrazo. Giró la mirada hacia Gianni y asintió en muestra de gratitud. El chico le devolvió el gesto.

A continuación, Oliver hizo lo mismo por Leonardo, transmitiéndole las gracias a través de la mirada. Leonardo le devolvió el gesto asintiendo de forma humilde.

Después, Oliver miró fijamente a sus padres. A pesar de que deseaba quedarse ene se momento para siempre, clavó la mirada en la de ellos, sabía que eso no podía suceder. Podría muy bien ser la última vez que

viera a sus padres.

Sin decir más palabras, se giró y dio un salto hacia la luz roja que daba vueltas.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Oliver no sabía qué dolía más –las extrañas sensaciones de tirón al atravesar el portal o el sufrimiento por dejar a sus padres atrás. Notaba su ausencia de forma visceral, como si fuera algo sólido.

Mientras el portal lo tiraba de un lado al otro, Oliver tenía su mente en el Elixir.

Ese tenía que ser ahora su centro. Recuperar el Elixir para Ester y salvar su vida.

Después de un viaje largo y aterrador, dando vueltas y girando dentro del portal, Oliver notó que era propulsado de repente al otro lado. Salió volando y cayó sobre el suelo duro. Sus amigos salieron volando detrás de él.

El primer pensamiento de Oliver fue el Elixir. Cogió la mochila y miró dentro.

El frasco de cristal estaba a salvo, su valioso suero brillaba dentro.

—¿Dónde estamos? —dijo Oliver con la voz entrecortada, incorporándose y mirando por todas partes a los desconocidos alrededores. Pensaba que el portal los iba a llevar de vuelta a la Escuela de Videntes, pero donde estaban no lo parecía.

—¡Oliver! —se oyó la voz de Hazel desde algún lugar dentro de la penumbra.

Oliver se giró, buscándola entre la oscuridad. Pero estaba demasiado oscuro para poder ver nada.

—¿Dónde estás? —tartamudeó.

De golpe, empezó a brillar una luz dorada. Ralph había encendido un pequeño fuego en la palma de la mano.

Con la escasa luz, Oliver pudo ver que el portal los había expulsado en medio de un pasillo oscuro.

El pánico abrumó a Oliver. ¿Se habían apresurado dando por sentado

que el portal era del Profesor Amatista? ¡Esto no se parecía en nada a la Escuela de Videntes! En la escuela no había pasillos rectos y oscuros. ¿Y si la Señorita

Obsidiana había creado un agujero espacio-temporal que se parecía al del Profesor Amatista y ellos habían saltado directos a las mazmorras de su horrible escuela?

Pero de repente vio por qué Hazel había estado gritando su nombre.

Allí, tumbada completamente quieta en el suelo, estaba Ester.

Verla hizo que el corazón de Oliver diera un brinco. Cualquier duda de si habían regresado a la Escuela de Videntes abandonó su mente. Estaban exactamente donde tenían que estar. Con Ester.

Fue corriendo hacia ella, la voz le estallaba desde el pecho.

—¿Respira?

Pero a medida que se acercaba vio la mirada en los ojos de Hazel. Brillaban por las lágrimas y estaban muy abiertos por el dolor.

—Está muerta —gimió Hazel.

—¡NO! —gritó Oliver.

Se dejó caer sobre sus rodillas al lado de Ester y la sujetó contra su cuerpo.

Estaba fría como el hielo.

Acercó el oído a la boca de ella, desesperada por sentir el calor contra su piel.

Pero no había nada.

Ester estaba muerta.

Oliver no podía aceptarlo. No después de todo lo que había sufrido. Ya había perdido a David, había sacrificado a sus padres, ¡y ahora Ester también estaba muerta! Era demasiado cruel.

De repente, hubo una extraña sensación de sacudida. Las paredes empezaron a temblar.

—¿Qué está pasando? —tartamudeó Walter.

Oliver recordó que el Profesor Amatista había dicho que había más en juego que

la vida de Ester, que crear el Elixir tendría efectos profundos e impredecibles.

—Hemos alterado la línea temporal —susurró Oliver.

Era demasiado para soportarlo. David. Sus padres. Ester. Y ahora esto…

—¿Qué hacemos? —gritó Simon.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Ralph, mientras un chorro de polvo caía en cascada desde el techo a su cabeza—. Este sitio no parece estable.

—Ayudadme con Ester —chilló Hazel.

—Tenemos que dejarla —dijo Walter, negando con la cabeza.

—¡NO! —gritó Oliver—. No vamos a dejarla.

Había dejado a David. De ningún modo iba a dejar también a Ester.

Entre él y Hazel levantaron a Ester y la aguantaron sobre sus brazos. Había perdido mucho peso por la enfermedad, pero aun así costaba llevarla.

Iban tambaleándose por los pasillos temblorosos, siguiendo a Walter, Simon y Ralph, que iban corriendo más adelante. De las paredes y el techo empezaban a caer trozos de yeso, cubriéndolos con polvo fino. Simon, usando su especialidad molecular, intentaba despejar el camino, apartando el fino polvo con ráfagas siempre que podía. Pero aun así a Oliver se le metía en los pulmones y le hacía toser.

Todo el rato, Oliver se sentía como si estuviera en una especie de pesadilla. En lo único que podía concentrarse era en Ester, en su cara pálida y serena.

¿Qué había estado haciendo en la entrada del portal? Tenía una mirada de decisión en su cara y llagas en las puntas de los dedos. ¿Había sido ella la que les abrió el portal? En su estado de gravedad, ¿había sacrificado Ester sus últimas fuerzas para salvarlo?

Era la única explicación. Esa información le hacía querer a Ester aún más. Pero quererla más hacía que aún peor el dolor por su muerte.

Las paredes temblaron de nuevo, esta vez con tanta fuerza que todos perdieron el equilibrio. Una enorme viga de metal del techo atravesó el techo de yeso.

Impactó contra la pared, la perforó y se llevó parte del cableado. Los cables colgaban peligrosamente, la electricidad golpeaba por todas partes, mandando chispas al aire.

—¡Cuidado! —gritó Ralph.

Atravesó el obstáculo haciendo maniobras, seguido rápidamente por Walter y Simon. Pero hacer pasar a Ester por el agujero no iba a ser ni de lejos tan fácil.

Hazel y Oliver intentaron encontrar el modo de pasar todos por allí, pero fue inútil.

—Vete —le dijo Oliver a Hazel.

Ella dijo que no con la cabeza, los ojos le brillaban por las lágrimas.

—No podrás llevarla tú solo.

—Voy a intentarlo.

—¡Morirás intentándolo, Oliver! —chilló Hazel, intentando ser la voz de la cordura en una situación de locura—. No vale la pena…

Fue aflojando la voz. No hacía falta que terminara la frase para que Oliver supiera lo que quería decir. No valía la pena arriesgar su vida por una chica que ya estaba muerta.

—Tú vete —dijo Oliver con firmeza.

Las paredes volvieron a temblar.

—¡Vamos! —gritó Ralph desde el otro lado de la viga del techo—. El techo puede ceder en cualquier momento.

Hazel lanzó una última mirada a Oliver y, a continuación, atravesó corriendo el agujero.

Oliver se agachó y levantó a Ester en sus brazos y la sujetó como a una niña. Sin

la ayuda de Hazel, Ester pesaba mucho más. Era un peso muerto en sus brazos, que tiraba de él hacia abajo. Tenía los músculos cargados.

Pero no iba a abandonar.

Mientras el polvo y el yeso le tapaban la visión, y las chispas eléctricas explotaban a su alrededor, Oliver se dispuso a atravesar poco a poco el agujero.

Apretó los dientes, dando un paso detrás del otro, metiéndose a presión y llevando a Ester con él.

Finalmente, salió al otro lado, estupefacto por estar sano y salvo.

—¡Lo conseguiste! —exclamó Ralph.

Oliver casi cayó de rodillas.

—Deja que te ayude con Ester —se ofreció Walter, yendo en su ayuda.

Pero Oliver la acercó más a él.

—No. Tú querías dejarla.

Walter parecía abatido. Pero, no obstante, se retiró.

Hazel volvió a su posición para ayudar a llevar a Ester y empezaron a andar por el pasillo tambaleándose. Solo que ahora el temblor era aún peor. Costaba poner un pie delante del otro. Oliver notaba que los dientes repiqueteaban dentro del cráneo.

—Yo sé dónde estamos —exclamó de repente Ralph.

Apenas se oía su voz con el ruido del edificio tembloroso.

—¡Estamos debajo de la Escuela de Videntes! —se oyó gritar su voz.

—Tiene razón —añadió Simon—. Veo el atrio central. El árbol de Kapok. ¡Casi hemos llegado!

Pero Oliver no compartía el mismo entusiasmo. Ester estaba muerta. La escuela se estaba derrumbando. Traer el Elixir había activado una horrible reacción en

cadena. Toda su misión había sido en vano. Inútil. Letal. Nunca se recuperaría de esto.

Oliver se acordó de algo que le había dicho el Profesor Amatista. Que el trabajo de un vidente es una tarea sin fin. Que la lucha nunca terminaría.

Con los dientes apretados, Oliver dobló sus esfuerzos y siguió adelante, luchando contra la fuerza del edificio tembloroso. Esforzándose, siempre esforzándose. Era un vidente. Era lo que tenía que hacer. Continuar.

Más adelante, la luz procedente del atrio central se filtraba en el pasillo. la luz al final del túnel. Oliver se concentró en eso. Ya casi estaban allí.

Justo entonces un enorme ruido de chasquido hizo que todos chillaran. Oliver pegó un buen salto.

Después vino un golpe seco de algo al caer. El suelo tembló. Una columna de polvo estalló en el pasillo. Toda la luz desapareció.

Cuando el polvo se asentó, Oliver miró hacia delante para ver lo que había sucedido.

La salida estaba completamente bloqueada, tapada por una de las enormes ramas del árbol de kapok.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¡NO! —chilló Oliver, cayendo sobre sus rodillas en la temblorosa oscuridad.

Una pequeña luz empezó a parpadear. Ralph había encendido una llama en su mano. Se movía por las paredes temblorosas.

—¿Qué hacemos ahora? —tartamudeó Ralph.

Oliver se sentía fatal. Solo quería abandonar. ¿Qué sentido tenía? Ester ya estaba muerta. El elixir ya había provocado un suceso terrible que estaba desmoronando la escuela. ¿Por qué molestarse?

—Ralph, ¿puedes usar tu especialidad biológica para moverla? —preguntó Hazel.

—Puedo intentarlo —respondió él.

El chico alto se acercó a toda prisa y expulsó sus poderes. Tenía el cuello tenso por el esfuerzo. Los músculos de los brazos sobresalían. Pero el árbol de kapok no se movía.

—No puedo hacerlo. Pesa demasiado.

—Déjame intentar —se ofreció Hazel.

Lanzó sus poderes hacia delante.

—¡Yo tampoco puedo! No puedo alterar su composición química para hacer que se derrita. El Profesor Amatista debe de haber puesto alguna especie de hechizo en él para evitar que lo alteren.

—También podemos quedarnos aquí sentados y morir —dijo Oliver, abatido.

Hazel lo miró enfadada.

—Ni se te ocurra abandonar, Oliver —dijo como si fuera una profesora. Incluso levantó el dedo índice para reafirmar lo que decía —. Has llegado demasiado

lejos y has sacrificado demasiado para abandonar ahora.

Oliver cogió con más fuerza a Ester.

—Todo esto fue para nada.

Hazel dio un golpe fuerte con el pie.

—¡Eres un vidente! ¡Tú más que nadie deberías saber que todo pasa por alguna razón!

—Tiene razón —dijo Ralph—. Si te rindes ahora, nunca sabrás para qué fue todo este viaje. Confía en el universo. No haría esto sin ninguna razón.

Oliver deseaba tumbarse y quedarse dormid. Ya nada tenía importancia. Y, aun así, las palabras de sus amigos parecían estar abriéndose paso hasta su cerebro.

Sentía un pequeño titileo de calor en su corazón. Era parecido a los poderes celestiales pero él sabía que los había agotado en su lucha con Chris. Tampoco parecían sus poderes de vidente. Era algo más. Estaba recuperando la esperanza.

Tenían razón. Había perdido demasiado, pero si paraba ahora, nunca averiguaría lo que ganaría. Todas las experiencias de la visa están por alguna razón. Esta era una lección o una oportunidad para aprender. Cuando se perdía una cosa, siempre se encontraba otra. Si paraba ahora en su punto más bajo, se estaría negando a sí mismo el momento alto que acabaría llegando.

Justo entonces, se oyó un ruido extraño.

Oliver giró bruscamente la cabeza y vio que la enorme rama del árbol de kapok empezaba a moverse. Parecía que algo la estaba apartando de la entrada.

Miró a sus amigos para ver quién lo estaba haciendo. Pero ninguno de ellos tenía la mirada desenfocada que era la señal inequívoca de que un vidente estaba concentrado en sus poderes.

La luz empezó a colarse de nuevo en el pasillo. La rama del árbol se apartó más y más hasta que, de golpe, Oliver vio quien había venido a rescatarlos.

Allí estaba el Profesor Amatista.

A Oliver le dio un brinco el corazón. En su vida había estado tan contento de ver a alguien. Se sentía lleno de agradecimiento y alivio.

—¡Oliver! ¡El Elixir! —gritó el director, saltándose todos los cumplidos.

Oliver se puso enseguida en acción, le dio la vuelta a la mochila y hurgó dentro en busca del frasco. Lo encontró, lo sacó y se lo ofreció al Profesor Amatista.

—¡No, me refiero a que se lo des a Ester! —gritó el director.

Oliver frunció el ceño confundido.

—Es demasiado tarde para salvarla —balbuceó, negando con la cabeza —. Ya está muerta.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Chris corrió y corrió hasta que sus pies no podían seguir.

No tenía ni idea de donde estaba. En algún lugar de la antigua Italia, perdido en las sinuosas calles de un país desconocido en una época que no era la suya. No tenía otro plan que no fuera correr lo más rápido que pudiera.

Se detuvo y se dobló hacia delante, agarrándose las rodillas, dando una respiración irregular tras otra. Ya no le quedaban más fuerzas. Y a pesar de todo lo que Chris había corrido, no se había alejado de sus problemas.

Podía sentir su peso sobre los hombros. Haciendo presión. Esa horrible sensación de compasión que había venido a él demasiado tarde para

hacer cualquier cosa con ella. La sensación de cariño que había sentido hacia Oliver en el último instante. El hecho de que no era el asesino fuerte y duro que siempre había pensado que era. Y de que era igual de cobarde que cualquiera.

Esa nueva información era demasiado para que Chris pudiera soportarla. Esto le dolía más que el hecho de que hubiera fracasado. Era entender que toda su vida había vivido equivocado. Había seguido el camino del odio cuando el camino del amor le hubiera dado mucho más todo el tiempo.

Y ahora era demasiado tarde. Había pasado por el ritual de la Señorita Obsidiana. Se había tragado la materia oscuro. Ahora no había redención para él.

Lo único que quedaba era que ella lo encontrara y lo mandara a ese infierno horrible donde pasaría el resto de su eternidad.

Justo entonces vio un pequeño destello de electricidad lila que apareció delante de él.

Sabía que estaba allí mismo y se puso derecho. Se tambaleó hacia atrás por la fuerza mientras la bola no dejaba de crecer. El viento lo azotaba.

Miró fijamente el vacío del portal de la Señorita Obsidiana.

El pánico se apoderó de él. Sabía lo que sucedería si se metía dentro. Ella lo

mandaría al infierno. Lo arrojaría a ese lugar entre dimensiones. Lo dejaría en el oscuro vacío del purgatorio.

Se tambaleó hacia atrás.

Pero por detrás de él también venía viento.

Se dio la vuelta y se quedó atónito al ver que detrás suyo se estaba abriendo otro portal.

Se giró otra vez. Había portales abriéndose por todas partes. Rodeándolo. No había escapatoria. La Señorita Obsidiana se había asegurado de ello.

De repente, oyó su voz retumbando en los cielos por encima de él.

—Me has fallado, Christopher Blue.

Él cayó sobre sus rodillas.

—¡Lo sé! Lo siento. Por favor. Por favor. Por favor.

De los ojos de Chris salían lágrimas. Agachado sobre sus rodillas, juntó las manos y le pidió a Dios que le perdonara la vida.

Los portales cercaron a Chris y él chilló, sintiendo que tiraban de él en todas direcciones.

Después, sin más, Christopher Blue desapareció.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—Oliver —dijo el director más serio, levantando la voz para que se oyera por encima del volumen del edificio tembloroso—. Confía en mí. Tienes que darle el Elixir.

Oliver miró fijamente la cara pálida de Ester. No había movido un músculo desde que la había encontrado desplomada en la entrada del portal. No había respirado. Tenía la piel fría. Estaba muerta.

Pero aun así, Oliver no discutiría con el vidente más poderoso del mundo, con su mentor. Había aprendido lo suficiente de su querido profesor y mentor como para saber que nunca debía dudar de él.

Suavemente, Oliver bajó el labio inferior de Ester y le abrió la boca. Después dejó caer el Elixir lentamente dentro de su boca.

El líquido brillante desapareció en su garganta. Tan suavemente como pudo, Oliver caer el Elixir más y más en su boca hasta agotar la última gota del frasco por completo. Se había tragado todo el Elixir.

Durante un largo instante, no pasó nada. Ester permanecía completamente inmóvil mientras las paredes continuaban temblando a su alrededor.

Una sensación de abatimiento abrumaba a Oliver. El Elixir no había funcionado.

¿No había sido lo suficientemente puro su corazón? ¿Su sacrificio no había sido suficientemente grande? ¿No había superado la última prueba que el universo tenía para él?

Entonces, repentinamente, una luz dorada empezó a extenderse lentamente por el cuerpo de Ester. Oliver respiró profundamente.

—¿Qué es esto? —balbuceó—. ¿Qué está pasando?

—Es el Elixir —dijo el Profesor Amatista por encima del rugido de la escuela derrumbándose—. Está empezando a surtir efecto.

Oliver se puso tenso y aguantó la respiración. Todos los momentos de su viaje lo habían traído a este momento. Todo lo que había sufrido, todo lo que había sacrificado, se reducía todo a este momento.

Ester tomó una gran bocanada de aire. Abrió de golpe los ojos, relucientes como dos esmeraldas brillantes.

Oliver sintió una ola de gratitud, amor y asombro.

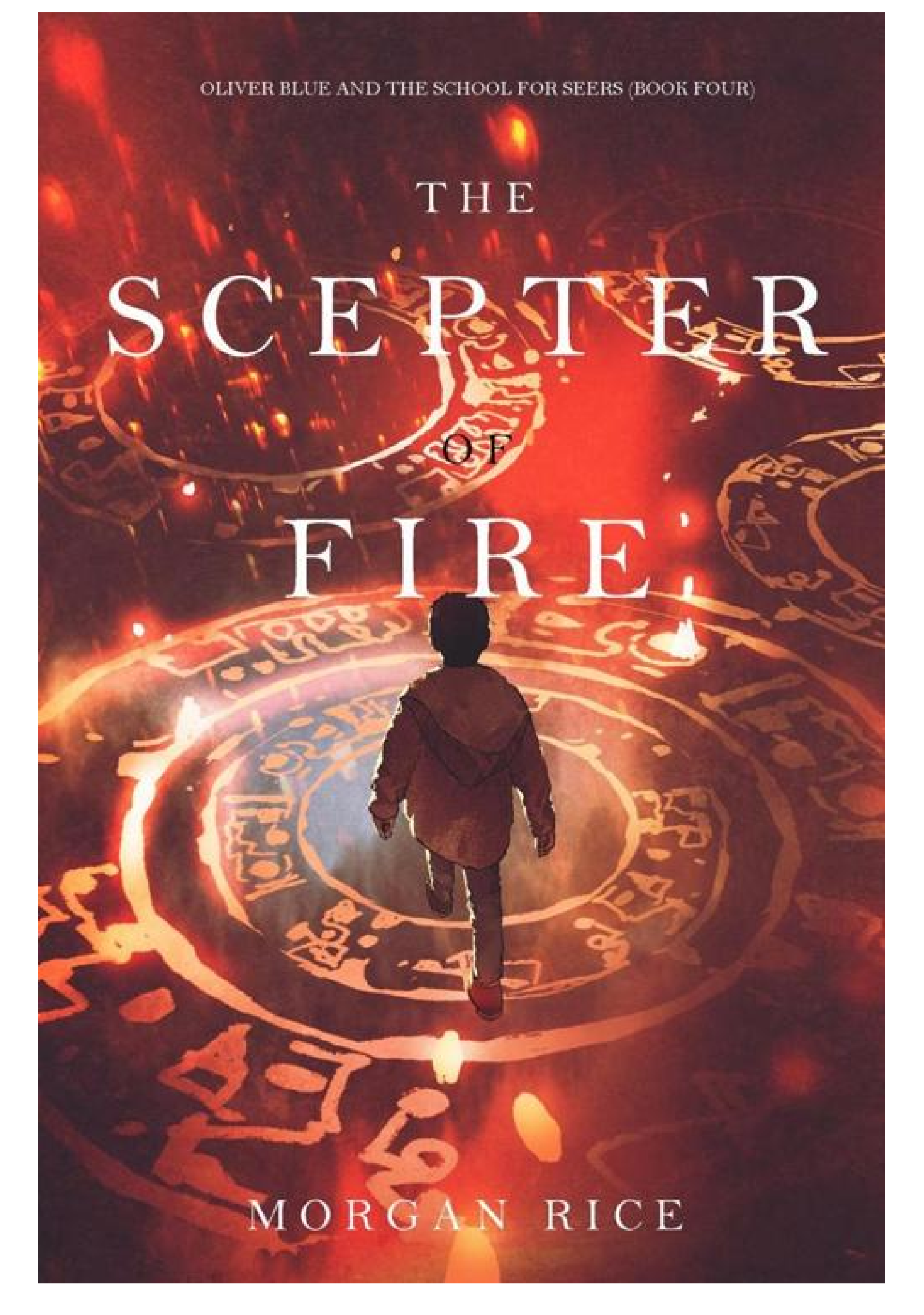
Le acarició la cara y limpió la suciedad de los escombros que habían caído de su piel de porcelana.

—Ester… —fue lo único que pudo decir.

Ester clavó la mirada en la suya. Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara. Era la misma sonrisa que había inspirado a Leonardo y que había añadido a la Mona Lisa.

—Oliver…

¡AHORA DISPONIBLE POR ADELANTADO!



EL CETRO DE FUEGO

(Oliver Blue y la Escuela de Videntes—Libro cuatro)

«Un poderoso primer libro de una serie [que] mostrará una

combinación de protagonistas enérgicos y circunstancias desafiantes para involucrar plenamente no solo a los jóvenes adultos, sino a los adultos aficionados a la fantasía que buscan historias épicas avivadas por poderosas amistades y adversarios».

-- Midwest Book Review (Diane Donovan) (re Un trono para las hermanas)

«¡La imaginación de Morgan Rice no tiene límites!»

--Books and Movie Reviews (re Un trono para las hermanas) De la autora de fantasía #1 en ventas Morgan Rice llega una nueva serie para jóvenes lectores -¡y también para adultos! Los fans de Harry Potter y Percy Jackson ¡no busquéis más!

En EL CETRO DE FURGO: OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

(LIBRO CUATRO), Oliver Blue, de 12 años, es enviado a una misión urgente para salvar la Escuela de Videntes. Debe viajar atrás en el tiempo, a Florencia, en el año 1592, para encontrar el único artefacto que puede salvarlos a todos.

Pero el secreto lo guarda el mismísimo Galileo.

Pero mientras Oliver busca a uno de los más grandes científicos e inventores de

todos los tiempos, el hombre que inventó el telescopio y que descubrió planetas, Oliver debe preguntarse: ¿él también es un vidente? ¿Y qué otros secretos guarda?

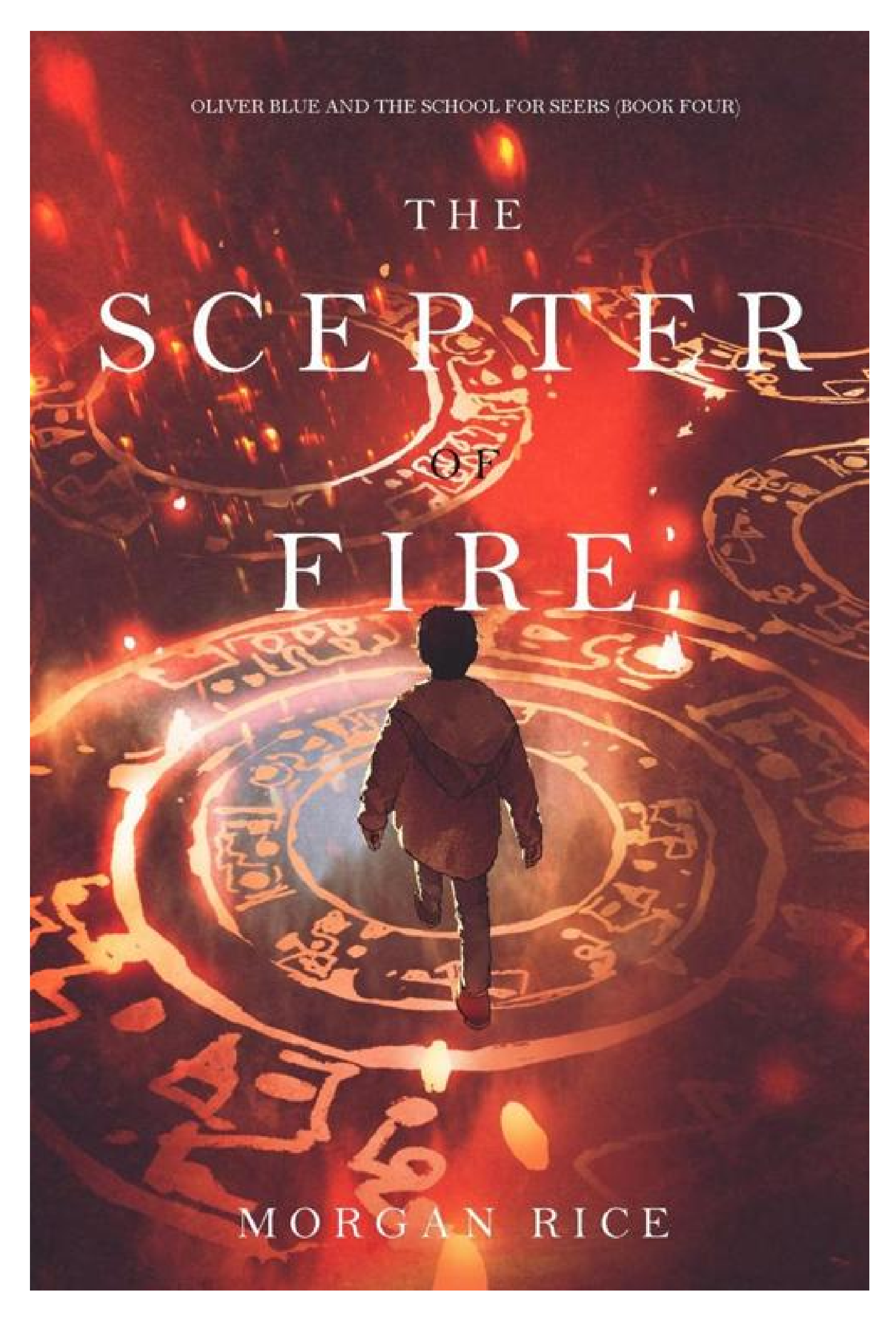
Su hermano Chris, más poderoso que nunca, continúa decidido a matar a Oliver de una vez por todas. Oliver pronto se da cuenta de que es una carrera contra el tiempo, pues el destino de la escuela –y del mundo-está en juego.

Una novela de fantasía inspiradora, EL CETRO DE FUEGO es el libro#4 en una nueva y fascinante serie llena de magia, amor, humor, desamor, tragedia, destino y una serie de giros sorprendentes. Hará que te enamores de OLIVER BLUE y no podrás ir a dormir hasta tarde leyéndolo.

¡El Libro#5 de la serie pronto estará disponible!

«El principio de algo extraordinario está aquí».

--San Francisco Book Review (re La senda de los héroes)

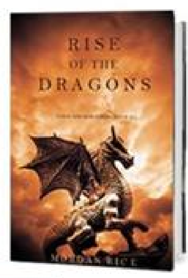


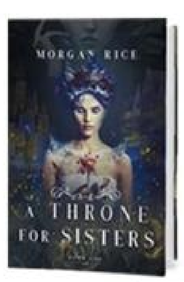
EL CETRO DE FUEGO

(Oliver Blue y la Escuela de Videntes—Libro cuatro)

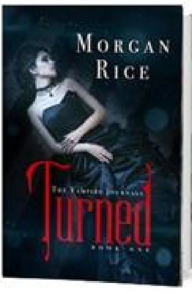
¿Sabías que he escrito múltiples series? ¡Si no has leído todas mis series, haz clic en la imagen de abajo para descargar el principio de una serie!

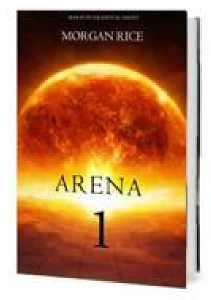


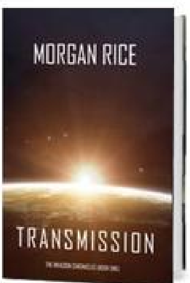












Libros de Morgan Rice

OLIVER BLUE Y LA ESCUELA DE VIDENTES

LA FÁBRICA MÁGICA (Libro #1)

LA ESFERA DE KANDRA (Libro #2)

LOS OBSIDIANOS (Libro #3)

EL CETRO DE FUEGO (Libro #4)

LAS CRÓNICAS DE LA INVASIÓN

TRANSMISIÓN (Libro #1)

LLEGADA (Libro #2)

ASCENSO (Libro #3)

EL CAMINO DEL ACERO

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

SOLO LOS VALIENTES (Libro #2)

UN TRONO PARA LAS HERMANAS

UN TRONO PARA LAS HERMANAS (Libro #1)

UNA CORTE PARA LOS LADRONES (Libro #2)

UNA CANCIÓN PARA LOS HUÉRFANOS (Libro #3) UN CANTO FÚNEBRE PARA LOS PRÍNCIPES (Libro #4)

UNA JOYA PARA LA REALEZA (Libro #5)

UN BESO PARA LAS REINAS (Libro #6)

UNA CORONA PARA LAS ASESINAS (Libro #7)

DE CORONAS Y GLORIA

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro #2)

CABALLERO, HEREDERO, PRÍNCIPE (Libro #3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro #4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro #5)

HÉROE, TRAIDORA, HIJA (Libro #6)

GOBERNANTE, RIVAL, EXILIADO (Libro #7)

VENCEDOR, DERROTADO, HIJO (Libro #8)

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

LA NOCHE DEL VALIENTE (Libro #6)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

LA MARCHA DE LOS REYES (Libro #2)

EL DESTINO DE LOS DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA CARGA DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE HIERRO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

LA CAÍDA DE LOS VAMPIROS

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA (Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE

SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25

idiomas.

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Document Outline